BIBLIOTECA DE CULTURA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

A. Rovira y Virgili

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS NACIONALISTAS

VERSIÓN CASTELLANA POR

FRANCISCO CARBONELL

BARCELONA
EDITORIAL MINERVA, S. A.
Aribau, 179.—Teléfono G. 27

ES PROPIEDAD

Dalmau, Yuste y Bis, S. en C., impresores. Ronda San Pablo, 42. Barcelona.

ADVERTENCIA EDITORIAL

La Historia de los Movimientos nacionalistas, *de don Antonio Rovira y Virgili, ofrece, sin disputa, un interés extraordinario en la hora presente, en que se está procediendo a la reconstrucción de los nuevos Estados, reconstrucción que en gran parte se inspira en el principio de las nacionalidades, según la concepción democrática formulada por Mr. Wilson al proclamar el derecho de todos los pueblos, pequeños o grandes, a disponer libremente de sí mismos.*

Publicada la obra en lengua catalana poco antes de estallar la guerra mundial, obtuvo en Cataluña un gran éxito, y consagró ante el público catalán el talento y el prestigio de su autor. Más tarde, la publicación del libro El Nacionalismo catalán, *por la* EDITORIAL MINERVA, *dió a Rovira y Virgili, ante el público de España, un prestigio no menor al que disfruta en Cataluña.*

Hemos considerado que una traducción castellana de la Historia de los Movimientos nacionalistas *sería de mucha utilidad a los estudiosos, a los políticos y a los escritores de los países de lenguaje castellano. No hay en la bibliografía castellana obra alguna similar; y, por otra parte, los críticos competentes y los doctos conocedores de las cuestiones de política*

internacional reconocen que el libro de Rovira y Virgili está a la altura de los mejores que en este género se han publicado en el extranjero.

Estas consideraciones nos han decidido a dar un lugar en nuestra Biblioteca a la presente traducción castellana de la Historia de los Movimientos nacionalistas, *traducción debida a un joven publicista, don Francisco Carbonell. Hemos obtenido que el mismo autor escribiera la continuación de sus resúmenes históricos, consignando en ellos lo acaecido desde la estampación del texto catalán de la obra hasta el momento actual. De esta suerte, se añade al libro un nuevo valor, al consignarse en él las consecuencias que la gran guerra ha tenido para los diversos pueblos que han reivindicado el derecho a su libertad nacional.*

Otra modificación, ésta puramente externa, hemos introducido en la publicación de la obra. Los tres tomos de la edición catalana quedan reducidos a un solo volumen.

EDITORIAL MINERVA

PALABRAS PRELIMINARES (*)

Al escribir esta obra, me he propuesto reunir en un conjunto integral las monografías históricas de los actuales movimientos nacionalistas.

El problema de las nacionalidades es uno de los problemas más profundos, más interesantes, de la hora presente. Llena a la vieja Europa de voces de lucha, y la acongoja con peligros crecientes y difíciles conflictos. Entra de lleno en el campo de la cultura, de la civilización, de la biología social. «El drama de las naciones», ha llamado a este problema, con frase feliz, un eminente escritor francés. Es toda la arquitectura y todo el funcionamiento de los Estados lo que se halla en crisis. Es toda una orientación espiritual lo que se ha declarado en quiebra. Van apareciendo horizontes nuevos...

Tiene esta cuestión múltiples y ricos aspectos, a cuyo estudio me siento llevado por una fuerte curiosidad intelectual, a la vez que por los sentimientos nacionalistas de mi alma catalana. He creído que para examinar con fundamento y provecho los superiores aspectos ideológicos, sociales y políticos del problema, es necesaria una previa exposición histórica de los hechos que

(*) Del primer volumen de la edición catalana. Barcelona, 1912.

y la finesa *Suomi* significan ambas «tierra de pantanos». En el himno nacional finlandés, el gran poeta Runeberg canta:

¡Oh patria, país de los mil lagos!

Finlandia tiene un clima extremadamente frío. En los días más inclementes del larguísimo invierno, la temperatura desciende a 30º bajo cero en el sud y a 40º en el norte; el invierno dura de octubre a mayo. Es tierra de nieves, pobre, avara, dura, bella, de una belleza austera y fuerte. En sus lagos silenciosos, en sus hielos, en sus bosques de pinos y álamos, en sus *fjords* escarpados, hay una poesía salvaje y una severidad imponente. «La belleza de nuestra tierra —ha dicho el poeta Beltel Gripenberg— hace llorar al que duda.»

Los finlandeses se dedican preferentemente a la ganadería, a la caza y a la pesca. La agricultura tiene en Finlandia relativa importancia. En las últimas décadas, la industria ha tomado gran incremento; actualmente existen numerosos astilleros, aserraderos y fábricas de hilados, de papel, de alquitrán, de jabón, de azúcar y de tabaco.

La población, según el censo ruso de 1910, la forman habitantes 3.015.700. Hay unos 2.600.000 fineses, unos 400.000 sueco-finlandeses y unos cuantos miles de rusos. El profesor checo Lubor Niederle, al dar las cifras relativas de la población de las diferentes nacionalidades de Rusia (1), señala para Finlandia las siguientes: fineses, 86,7 por 100; alemanes (2), 13,0; rusos, 0,2; diversos, 0,1.

Como en los demás países nórdicos, la población es muy poco densa. El número de habitantes de las ciudades constituye un poco más de la décima parte de la población total.

(1) *La Race Slave*. París, 1910. Capítulo I, página 29. Obra traducida del checo al francés por M. L. Léger, del Instituto de Francia.

(2) El autor referido incluye en esta denominación a los escandinavos, entre ellos los suecos. La casi totalidad de la cifra corresponde a los sueco-finlandeses.

Después de Hungría, es Finlandia el país de Europa en que hay mayor proporción de habitantes del campo (1).

La religión dominante es la protestante luterana. Se cuentan unos 50.000 ortodoxos griegos, casi todos en la provincia de Viborg, que es la más afectada por la influencia rusa. El número de fieles de otras religiones es insignificante. La población de los campos está apegada a las viejas creencias religiosas; pero en las ciudades impera una gran independencia de espíritu y una gran audacia de ideas, tanto entre las mujeres como en los hombres.

En Finlandia la vida es dura, y las fortunas opulentas no son allí conocidas; el trabajo, sin embargo, asegura el pan, y la existencia es dulcificada por la simplicidad y bondad de las costumbres. La gente, especialmente la rural, es hospitalaria, de corazón abierto, como quizás no se encuentre otra en parte alguna. Los fineses son algo tardos de inteligencia, y no poseen una gran originalidad; no obstante, son fuertes, constantes, trabajadores, animosos y de muy claro juicio. Hay en su vida social cosas propias de un pueblo primitivo; no es raro encontrar un autor dramático de renombre que tiene, por ejemplo, una tienda de ropas en un pueblo lejano hasta el día de su muerte. La combinación de una alta cultura con un vivir sencillo es la nota característica del pueblo finlandés (2).

II

La dominación sueca.—La unión a Rusia.

Los fineses ocuparon el territorio de Finlandia en el siglo VII y vivieron en él en completa independencia durante algunas centurias. En el siglo XII fueron conquistados por

(1) Pierre Morane. *Finlande et Caucase*. París, 1900. Página 50. Nota.

(2) George Renwick. *Finland to-day*. Londres, 1911.

ducado (1). En el mes de septiembre del mismo año se firmó el tratado de paz de Fredrikshamm, entre Rusia y Suecia, por el cual ésta cedió a aquélla la Finlandia.

La autonomía finlandesa era amplísima. Tenía Finlandia, convertida en monarquía constitucional, sus Cortes, su ejército de tierra, su derecho, su magistratura, bandera nacional, aduanas particulares, monedas y sellos de correos especiales, hacienda propia. Era dueña de toda su vida interior. El zar nombraba el gobernador general (que presidía el Gobierno finlandés y ejercía el mando supremo del ejército), los gobernadores de las ocho provincias del gran ducado, los miembros del Gobierno o Senado y los alcaldes de las poblaciones principales; pero en realidad no tenía importancia esta prerrogativa, pues los nombramientos se hacían según las indicaciones de los finlandeses; por otra parte, el poder de los representantes del emperador era más nominal que efectivo.

El poder legislativo de Finlandia residía en la Dieta, compuesta de cuatro brazos o clases, que se reunía ordinariamente cada dos años y extraordinariamente por convocatoria del emperador (2); no deliberaba en conjunto, sino cada uno de sus brazos separadamente. El poder ejecutivo estaba vinculado en un Senado de 18 miembros. Senado y Dieta tenían su residencia en Helsingfors, capital del gran ducado.

(1) He aquí el texto del juramento:

«Habiendo tomado posesión, por la voluntad del Altísimo, del gran ducado de Finlandia, hemos querido, por la presente, confirmar y ratificar la religión y las leyes fundamentales del país, al propio tiempo que los derechos y privilegios conferidos por la Constitución a cada orden del gran ducado en particular y a todos sus habitantes en general, prometiendo mantener en pleno vigor y sin modificaciones todos los estatutos y prerrogativas existentes. En fe de lo cual hemos firmado de nuestra propia mano esta acta de garantía.»

(2) En un principio, no se reunía más que por convocatoria del emperador, quien tenía exclusivamente la iniciativa de las leyes. Alejandro II reformó la Dieta en sentido liberal, haciéndola periódica y dándole en numerosas materias el derecho de iniciativa. Durante los reinados de los dos zares anteriores, la Dieta no había vuelto a ser convocada, a pesar de los deseos de los finlandeses.

III

El renacimiento nacional en el siglo XIX

Finlandia, políticamente autónoma, con instituciones propias y amplias libertades, estaba, sin embargo, desnacionalizada. La dominación sueca había influído tan fuerte y hondamente en el pueblo finlandés, que éste había perdido los caracteres de su individualidad nacional. Toda la cultura finlandesa era sueca. Los sueco-finlandeses, a pesar de constituir una pequeña minoría, ejercían la hegemonía y formaban la clase directora. El sueco era el idioma oficial, literario y científico, y el finés no pasaba de ser un lenguaje vulgar, un *patois* propio de las clases bajas. Merece consignarse el hecho de que en la Dieta de Borga de 1809, la misma clase campesina había exigido el mantenimiento de la lengua sueca como idioma oficial (1).

Separados de Suecia, los fineses no tardaron en reaccionar contra la desnacionalización. Durante el siglo XIX se produjo un vigoroso renacimiento nacional. Como dice el escritor inglés George Renwick (2), Finlandia, desde la invasión de los suecos hasta la cesión a Rusia, es un campo de batalla, *a cockpit* (un reñidero de gallos). Por la paz y la autonomía convirtióse en una nación: una nación con literatura, arte y patriotismo propios.

Desde los comienzos del siglo XIX, algunos patriotas, entre ellos Porthan y Arvidsson, trabajaron para enaltecer el idioma finés. La Sociedad de Literatura finesa, fundada en

(1) Adolph Fischhof: *Die Sprachenrechte in den Staaten gemischter Nationalität.* Viena, 1885. Página 31.

(2) *Finland to-day.*

1831, dió un fuerte impulso a estos trabajos. El filólogo Castren inició los estudios de lingüística finesa. Para adaptar el idioma patrio a la expresión de conceptos abstractos y difíciles, algunes hombres de cultura comenzaron a traducir al finés numerosas obras filosóficas.

En 1835, un joven dependiente de farmacia, Elías Lönnrot más tarde médico, publicó, después de algunos ensayos parciales, la primera edición del *Kalevala*, el gran poema finlandés, perteneciente a la epoca primitiva, pre-cristiana, de la raza finesa, de autor desconocido y probablemente de creación popular. Este magnífico poema, del cual dió una interesante explicación Ángel Ganivet (1), tiene un carácter étnico, es la epopeya de la raza finesa o carelia. La divulgación del *Kalevala* contribuyó poderosamente al despertar del sentimiento nacional de los fineses. Una brillante pléyade de poetas y prosistas honró la lengua finesa, injustamente menospreciada, levantándola a la categoría de lengua literaria. Nació una espléndida literatura, que ha dado admirables obras. La lengua finesa es dulce, abundante en vocales, rica en términos, tan suave como la italiana y mucho más armoniosa que la sueca.

Como presintiendo aquel renacimiento finés, la literatura sueco-finlandesa había ya renacido en el primer tercio del siglo XIX. Su más excelso representante es Juan Luis Runeberg.

Pronto el renacimiento se extendió a todas las manifestaciones de la vida finlandesa. Hacia 1840, apareció el nacionalismo político, que se dividió en dos partidos: el conservador de los Viejos finlandeses y el liberal de los Jóvenes fineses.

Entre fineses y sueco-finlandeses estalló una larga lucha apasionada. Unos y otros se daban los nombres despectivos de *fenomanos* y *suecomanos*. Los sueco-finlandeses se empeñaban en ridiculizar a los nacionalistas fineses y se mofaban

(1) *Cartas finlandesas*. Carta XX.

de la lengua finesa, a causa, principalmente, de los términos nuevos, entre otros todos los técnicos, que había sido necesario introducir en ella. Pero el idioma nacional entró en las escuelas primarias, y poco a poco fué conquistando el respeto de todos, a pesar de las mofas. En 1850, el zar Nicolás I había intentado detener el movimiento lingüístico finés, dictando una disposición que limitaba el uso de la lengua del país a los libros de religión. Esta limitación fué suprimida por Alejandro II, que en 1863 firmó un decreto en el que se decía: «Por más que el sueco continúe siendo la lengua oficial del país, la lengua finesa gozará de los mismos derechos en todo cuanto se refiera directamente a los habitantes fineses; de manera que los escritos y documentos redactados en finés serán desde hoy en adelante admitidos sin obstáculos por los tribunales y las oficinas públicas en toda Finlandia.» Posteriormente, se declaró por parte de las autoridades rusas la igualdad de derechos de las dos lenguas, a pesar de la oposición de los sueco-finlandeses.

Uno de los principales impulsores del renacimiento patriótico fué Juan Snellman, profesor de la Universidad de Helsingfors (1). Ferviente patriota y liberal convencido, realizó una propaganda constante por la tierra finlandesa en pro del nacionalismo finés y de los principios democráticos. Flageló a la aristocracia y la burguesía, acusándolas de egoístas, de indiferentes a los lamentos de los humildes y a las necesidades de la patria. Gracias a la incansable propaganda de Snellman, el movimiento renacionalizador se acentuó y al propio tiempo triunfaron diferentes reformas liberales. El ideal finlandés se extendió a todas las clases sociales de Finlandia.

Los que siguieron a Snellman formaron la Unión finesa, que tiene por objeto el cultivo del idioma nacional. El aniversario del nacimiento del gran patriota —el 12 de mayo— es fiesta nacional en Finlandia. En este día los finlandeses se reúnen

(1) Snellman nació en 1807 y murió en 1881.

jubilosamente, y llenan los aires los cantos de libertad y de patria; muchos dejan sus nombres suecos y, rebautizándose, adoptan nombres fineses (1).

Se ha creado también una literatura dramática nacional. Además del teatro sueco, con repertorio de obras de autores suecos y sueco-filandeses y de traducciones, existe el teatro finés, en el que se representan las obras de los autores fineses y traducciones, principalmente de obras suecas, noruegas y alemanas. Ibsen es el autor cuyas obras son más representadas en Finlandia. A los autores del país se les protege y se les distingue con honores. «El que consigue distinguirse mucho es objeto de veneración—escribe Ángel Ganivet (2)—; el aniversario de su natalicio es día festivo, teatralmente hablando; hay iluminaciones y colgaduras y representación de gala, algo parecido a lo que en España sucede con *Don Juan Tenorio,* o en Granada el día de la Presa, solamente que aquí el entusiasmo es aún mayor. El *Runebergsdag,* o «Día de Runeberg», es día tan festejado como el de Corpus en España.»

La afición a la música se despertó también en aquel pueblo renaciente. Fueron creados numerosos orfeones. Una de las fiestas públicas más celebradas la constituyen los grandes certámenes corales que se efectúan a menudo. La pintura y la arquitectura encontraron asimismo notables cultivadores.

El renacimiento nacional inspiró a los finlandeses nobles deseos de progreso y cultura. En 1863, Ugo Cignaeus, pastor protestante y escritor notable, organizó la enseñanza primaria finlandesa. Puede decirse que las escuelas han creado la admirable Finlandia de nuestros días, espejo de civilización. Al contrario de lo que casi en todas partes sucede, la cultura fin-

(1) Entre el gran número de finlandeses que han cambiado por nombres fineses sus antiguos nombres suecos, puede citarse al historiador Yrjoe-Koskinen, que se llamaba Forsman; al dramaturgo Kivi, antes Stenvall, y al gran novelista Juhani Aho, llamado anteriormente Brofeldt.

(2) *Cartas finlandesas.* Carta XIX.

landesa es igualmente patrimonio de los dos sexos. La mujer finlandesa es, sin duda, la más culta, la más instruída, la más emancipada del mundo. Las cuatro quintas partes de las escuelas son finlandesas; la otra quinta parte, suecas. No hubo hasta hace poco más que tres escuelas rusas (1). La coeducación predomina. Los establecimientos de segunda enseñanza están excelentemente montados. Es curioso consignar que en el Liceo mixto de Helsingfors estudian generalmente más mujeres que hombres. Para hacerse cargo del grado de instrucción de los finlandeses y de la superioridad de éstos sobre los rusos, basta saber que en Rusia ingresaba en el ejército un 70 por 100 de mozos analfabetos y en Finlandia un 2 por 100.

El incremento del nacionalismo finés ha hecho retroceder al idioma sueco. En 1880 había en Finlandia el 14,32 por 100 de habitantes de lengua sueca; en 1890, el 13,56; en 1900, el 12,98. Y eso que los sueco-finlandeses se defienden cuanto pueden; en los distritos en que predominan, para evitar que aumente el número de fineses, se niegan a vender tierras a éstos (2).

La verdadera historia de Finlandia comenzó después de 1809, al presentarse los primeros síntomas del despertar nacional. Quizás ningún otro pueblo ha hecho más en un siglo. Y este renacimiento nacional ha sido obra de hombres y mujeres humildes (3).

Vemos en Finlandia el caso curiosísimo de una nacionalidad que no tiene ni unidad de raza ni unidad de lengua. Y, no obstante, no puede negarse que es una nacionalidad viva y

(1) Sin embargo, la enseñanza del idioma ruso era obligatoria en todas, aunque los finlandeses no se aplicaban mucho en ese estudio y acostumbraban a olvidar pronto lo poco que del idioma ruso habían aprendido. En cambio, muchísimos hablan correctamente el francés y el alemán.

Posteriormente se fundaron cierto número de nuevas escuelas rusas en la provincia de Viborg.

(2) ARVID MORNE: Artículo publicado en el número de junio de 1911 de la revista *Svensk Tidskrift,* de Stockholm.

(3) GEORGE RENWICK: *Finland To-day.*

a la Constitución finlandesa y contrariaba las leyes del país, según las cuales Finlandia tenía un pequeño ejército propio, de 6.000 soldados, con una escuela de cadetes en Friedrikshamm (1). La Dieta rechazó el proyecto, y entonces promulgóse el manifiesto imperial de febrero de 1899, por el cual fueron sometidas directamente al zar, sin necesidad de la aprobación de la Dieta, las cuestiones legislativas que afectasen a los *intereses comunes* a todo el Imperio, con el propósito evidente de dar a este concepto de *intereses comunes* una interpretación amplísima que hiciese entrar en el mismo todas las leyes finlandesas de alguna importancia.

Formidable fué la protesta de los finlandeses contra el manifiesto imperial, que les arrebataba despóticamente las libertades a las cuales debían el progreso y el bienestar. En Helsingfors suspendiéronse los trabajos del comercio, de la industria y de las oficinas públicas; los estudiantes no acudieron a las clases; las mujeres vistieron trajes de luto y, silenciosas, llevaron coronas y flores al pie del monumento de Alejandro II, el monarca amigo de Finlandia. Un mensaje a Nicolás II, recordándole los juramentos de sus antecesores, recogió en pocos días 500.000 firmas. El texto del mensaje recordaba al zar su iniciativa pacifista del Congreso de La Haya. «Nosotros sabemos —decía—que nuestro gracioso soberano es el mismo que, ante toda la humanidad, ha proclamado que la fuerza debe respetar al derecho.» Y la decepción de los finlandeses fué dolorosísima cuando se enteraron de que el zar ni tan sólo quiso recibir a la delegación que le llevaba el clamor de Finlandia. Como haciéndoles una limosna, el autócrata mandó decir a los delegados «que no quedaba ofendido por su gestión» (2).

La Dieta continuó negándose firmemente a aceptar el proyecto militar y propuso otro, en el cual se hacían a Rusia algunas concesiones.

(1) Desde 1878 el servicio militar era obligatorio en Finlandia.
(2) PIERRE MORANE: *Finlande et Caucase*, págs. 24 y 25.

El Gobierno ruso insistió en su proyecto, y con algunas modificaciones ligerísimas, el 12 de julio de 1901 lo proclamó como ley, a pesar del parecer contrario del Consejo del Imperio.

Si les hubiese sido posible oponerse por la fuerza al nuevo estado de cosas, a buen seguro que los finlandeses se habrían rebelado. Pero, ¿cómo podía luchar un pueblo pequeño, de 3.000.000 de almas, contra un coloso como el Imperio ruso, con más de 100.000.000 de habitantes y con centenares de batallones? No se levantaron en armas los finlandeses; pero opusieron a la rusificación, en todo cuanto estaba en su mano, una resistencia pasiva. Los mozos finlandeses prefirieron irse en masa de su patria antes que servir en el ejército ruso. En el año 1903, 20.000 jóvenes prófugos emigraron.

La agitación del país y la resistencia tenaz que encontraba la obra de rusificación ofrecieron al general Bobrikov el pretexto para seguir una política de arbitrariedades y de persecución. Fué disuelto el ejército regular finlandés; se arrancó de los edificios públicos la bandera finlandesa y se izó la rusa; se dispuso que el ruso fuera el idioma oficial de las autoridades centrales finlandesas y de los gobernadores de provincia; se abolió la inamovilidad de los jueces; se derogó, en provecho de los rusos, la disposición de las leyes fundamentales que estatuía que sólo los finlandeses podían desempeñar en Finlandia cargos públicos. Fueron suprimidos los periódicos que hacían campaña contra la tiranía rusa, confiscados los libros que no gustaban al general Bobrikov, presos y deportados los patriotas que protestaban de aquel estado de opresión, suspendidos los Ayuntamientos tildados de sospechosos. Un decreto imperial, en el mes de enero de 1904, dispuso que se estableciese guarniciones de gendarmería rusa en el territorio finlandés.

El mundo civilizado protestaba de la conducta de Rusia hacia Finlandia: En 1899, la intelectualidad europea dirigió al zar un mensaje contra el manifiesto imperial que suprimía la

autonomía del gran ducado, mensaje que firmaron desde el duque de Broglie a Ernesto Häckel. Nicolás II se negó a recibir la comisión que fué a Petrogrado para entregarle el documento.

En los países escandinavos y en Inglaterra la prensa y los partidos políticos realizaron en favor de los finlandeses una vibrante campaña. Los hombres de recta conciencia veían un crimen en la rusificacion, que es como decir la inferiorización, de un pueblo ejemplar. Ni campañas, ni protestas, ni mensajes detuvieron la labor del general Bobrikov. En 1903, Plehve, ministro del Interior de Rusia, escribió una carta a un publicista inglés que defendía las libertades finesas, en la cual declaraba francamente que el Gobierno ruso había decidido someter a Finlandia al régimen general del Imperio. Estableciose un régimen de terror que encendió en ira al pueblo. El general Bobrikov murió víctima de un atentado; un finlandés llamado Schauman le disparó un tiro, hiriéndole mortalmente, y se suicidó después (16 de junio de 1904).

V

La revolución incruenta de 1905. — Finlandia recobra la autonomía. — Reformas políticas y sociales.

Amordazados, aquietados por el terror, aplastados por los cascos de los caballos de los cosacos, no por eso se resignaron los finlandeses a la pérdida de la autonomía. Un poderoso movimiento nacionalista se manifestó, en el cual tomaron parte todos los partidos políticos y todas las clases sociales, tanto los fineses como los sueco-finlandeses, unidos estrechamente por un sentimiento fortísimo de solidaridad nacional. Y cuando la guerra ruso-japonesa y las amenazas de revolución hicieron

bambolear las instituciones del Imperio, el pueblo finlandés se dispuso a reconquistar la autonomía perdida. La Dieta, reunida en el mes de diciembre de 1904, acordó enviar al emperador un mensaje protestando de la violación de la Constitución finlandesa y pidiendo el restablecimiento de la legalidad.

Temiendo que la revuelta del gran ducado produjese una nueva complicación en las dificilísimas circunstancias por que atravesaba el Imperio, el zar accedió a algunas peticiones de la Dieta finlandesa. En el mes de marzo de 1905 publicó un manifiesto suspendiendo la aplicación de la ley militar de 1901 y estableciendo, en cambio, la obligación, por parte de Finlandia, de pagar durante tres años una contribución anual de 10.000.000 de marcos finlandeses; restableció, además, la inamovilidad de los jueces. Pero estas medidas eran insuficientes, y la agitación siguió aumentando en proporciones extraordinarias.

En el mes de octubre de 1905, coincidiendo con la revolución rusa, estalló en Finlandia la revuelta en forma de huelga general. El partido socialista, que en los últimos años había tenido gran incremento, organizó la huelga ayudado por todos los demás partidos. El pueblo aclamó las libertades nacionales, arrojó de sus puestos a los funcionarios rusos, arrancó de los edificios públicos la bandera imperial y volvió a izar la bandera blanca y azul de Finlandia. Las autoridades rusas no se atrevieron a reprimir aquel movimiento. El príncipe Obolenski, entonces gobernador general, y los ministros finlandeses al servicio del zar dimitieron sus cargos; la policía y los cuerpos armados a las órdenes de los funcionarios moscovitas entregaron las armas. Obreros y burgueses formaron milicias, llamadas, respectivamente, «guarda roja» y «guarda blanca», para mantener el orden y garantizar la seguridad. La huelga duró ocho días. El zar, impotente para vencerla por la fuerza, cedió. En el manifiesto imperial del 4 de noviembre se derogó definitivamente la ley militar y se restableció la situación legal

anterior al manifiesto de 1899. Así triunfó, sin sangre, aquel grandioso alzamiento de todo un pueblo. Poco después, Nicolás II anuló los numerosos úkases y disposiciones que eran contrarios a la Constitución finlandesa.

El manifiesto imperial del 4 de noviembre de 1905, además de restablecer la autonomía finlandesa, quebrantada por el general Bobrikov, convocaba a la Dieta para que ésta dotase a Finlandia de una nueva Constitución que tuviese por base el sufragio universal, y votase leyes que asegurasen al país las libertades de pensamiento, de propaganda, de imprenta, de reunión y de asociación. Con estas medidas quería el zar, en momentos angustiosos, dar una prueba de liberalismo que contrarrestase los progresos que en Rusia hacía la revolución.

Reunida la Dieta, fué discutido y aprobado casi unánimemente un transcendental proyecto que substituía al viejo Landtag por una Cámara única, elegida por sufragio universal, igual y directo, extensivo a los dos sexos. A las mujeres, lo mismo que a los hombres, se les concedió el sufragio activo y pasivo, es decir, se les hizo electoras y elegibles. Y eran las clases conservadoras y privilegiadas, predominantes en la antigua Dieta, las que habían aprobado la reforma. Una nueva era de democracia y de libertad comenzaba para la Finlandia autónoma. Una gran corriente de renovación y de organización política y social removía todo el país.

«Puede parecer extraño—dice el publicista finlandés Hjalman Ekholm (1)—que las clases directoras del país renunciasen con tanta complacencia a su acción preponderante en la representación popular, mediante una reforma tan radical como la substitución de los cuatro estados por una Cámara única. Pero este hecho se explica por el deseo que existía de realizar una de las principales reivindicaciones de la opinión pública y de despertar los sentimientos de responsabilidad en la gran

(1) *Suffrage de femmes et Reformes Sociales en Finlande.* Número de septiembre de 1908 de la revista *Les Documents du Progrés.*

masa popular. Ésta, desprovista del derecho del sufragio político, había seguido la obra del antiguo Landtag, sobre todo en los últimos tiempos, con una desconfianza profunda, si bien injustificada. Dado el fraccionamiento de la población en diversos partidos, distintos por las opiniones políticas y por la lengua, y la inseguridad de su situación en el exterior, Finlandia tenía absoluta necesidad de una representación popular que pudiese contar con el concurso de todas las clases del pueblo.»

Promulgada con fecha del 20 de julio de 1906 la nueva ley —que establecía, además, la representación proporcional—, fueron convocadas las elecciones generales para mediados de marzo de 1907. La convocatoria de las elecciones produjo en todo el país una extraordinaria actividad política. Todos los partidos emprendieron grandes campañas de propaganda y de organización. En los últimos años había crecido formidablemente el partido socialista, favorecido por el aumento considerable del proletariado industrial (1).

En la campaña electoral las mujeres tomaron una parte activísima. Las burguesas levantaron la bandera del feminismo, pidiendo reformas en el Derecho civil que sacasen a la mujer de su situación inferior. Las mujeres socialistas realizaron la campaña al lado de los hombres de su partido, defendiendo íntegramente las doctrinas del colectivismo.

En Finlandia las mujeres socialistas son muy numerosas. Entre los afiliados a la Social-Democracia hay 18.000 mujeres. La Federación de mujeres social-demócratas engloba 200 sociedades locales y más de 5.000 miembros. Existe, además, una Federación social-demócrata de criadas domésticas, que

(1) Para dar una idea del rápido crecimiento de la Social-Democracia finlandesa, citaremos algunos detalles:

En 1895 el número de socialistas era muy escaso en Finlandia. A principios del siglo actual creció en fuerte proporción. He aquí el aumento de los afiliados a la Social-Democracia: 1903, 8.300; 1904, 16.600; 1905, 45.300; 1910, 80.000.

comprende 30 sociedades locales y más de 3.000 miembros (1). El alto nivel de cultura de la mujer finlandesa, superior al de la inglesa, la alemana y la francesa, explica esta expansión del socialismo entre el sexo femenino.

Las mujeres más ilustradas se convirtieron en propagandistas del ideal socialista y se esparcieron por los campos del país para predicar la buena nueva a las mujeres todavía ignorantes. «No podéis imaginaros —dice María Laine— cuán fuerte es el sentimiento religioso en nuestra población rural y cuánto hemos sufrido para llegar a hacer comprender la clara lógica del socialismo a los pobres campesinos esclavizados que no saben leer ni escribir. Pero, comprendiéndonos al fin, se transformaban, por decirlo así. Lloraban, se golpeaban la frente, a la vez que exclamaban: «¡Oh, qué tontas éramos! ¡Perdonadnos el no haberos entendido en seguida! ¡Todo eso que decís es tan verdadero y tan justo! Es, simplemente el cristianismo...» La población rural, penetrada como está del sentimiento religioso, nos considera como nuevos apóstoles del cristianismo.»

El resultado de las elecciones de marzo de 1907 fué sorprendente. Votó el 80 por 100 de los electores masculinos y una proporción aun mayor de mujeres, las cuales con gran alegría y entusiasmo usaron por primera vez el derecho de sufragio en las elecciones legislativas. Por la aplicación del sistema proporcional, los 200 puestos de la nueva Dieta se repartieron así: partido socialista, 80 diputados; Viejo finés, 56; Joven finés, 24; sueco, 21; agrario, 17; socialista cristiano, 2.

Entre estos 200 diputados había 19 mujeres, distribuídas entre los diversos partidos: 9 socialistas, 6 del partido Viejo finés, 2 del Joven finés, 1 del agrario o Liga de campesinos y 1 del sueco. Los oficios o profesiones de las 19 *diputadas* eran

(1) *Le suffrage des femmes en Finlande et en Norvège.* Número de diciembre de 1909 de *Les Documents du Progrés.* Es seguro que posteriormente las cifras citadas han crecido.

los siguientes: una inspectora del trabajo, una directora de una oficina de colocaciones, seis maestras, cinco costureras, una planchadora, dos criadas, dos obreras de fábrica, una ex estudiante y una doctora (1).

Contra las esperanzas de los enemigos del sufragio femenino, éste obtuvo un notable éxito. Lejos de fracasar y de caer en el ridículo, las diputadas finlandesas ejercieron seria y provechosamente sus funciones políticas; formaron parte de diversas comisiones parlamentarias, y en todas realizaron una labor laudable; cierto número de leyes fueron promulgadas por su iniciativa. Como experiencia social, el sufragio de las mujeres ha dado en Finlandia satisfactorios resultados; ninguno de los grandes inconvenientes que los adversarios del feminismo ven en él ha sido allí confirmado por la realidad.

La Dieta comenzó en seguida el trabajo de implantar reformas democráticas y sociales. Una de las primeras leyes elaboradas fué la que prohibía, desde 1910, la preparación y la venta de bebidas alcohólicas, excepto las destinadas a usos científicos y médicos; esta ley, que la necesidad de combatir el azote del alcoholismo justificaba, no fué sancionada por el zar, por creer el Gobierno ruso que los tratados de comercio existentes entre el Imperio y las otras naciones impedían que Finlandia prohibiese la importación en su territorio de las bebidas alcohólicas y de los líquidos espirituosos. Quedaron aprobadas leyes de seguros y de protección a los obreros. Se prohibió el trabajo nocturno en las industrias y se estableció para los panaderos la jornada máxima legal de ocho horas, como primer paso hacia el establecimiento general de la limitación de las horas de trabajo.

Las más importantes reformas discutidas fueron la ley agraria y la ley municipal. En virtud de esta última, se intro-

(1) HILJA PAERSINEN: *Le suffrage des femmes et leur participation aux travaux parlamentaires.* Número de julio de 1909 de *Les Documents du Progrés.*

dujo en las elecciones municipales el sufragio universal para los dos sexos.

A principios de 1908 surgieron desavenencias entre la mayoría de la Dieta y el Senado o Gobierno. En este último predominaban los viejos fineses, es decir, los nacionalistas conservadores, a los cuales se acusaba de mostrarse demasiado transigentes con la autocracia y de no defender con bastante energía los derechos de la autonomía nacional contra las inmixtiones de Rusia. El Gobierno fué interpelado en la Dieta, y ésta, con los votos de los socialistas y de los jóvenes fineses, o nacionalistas liberales, aprobó una resolución que significaba un voto de desconfianza a aquél. Hay que advertir que el partido conservador de los viejos fineses, desde mucho tiempo atrás, había mostrado tendencias a entenderse con el Gobierno de Petrogrado, las cuales no cesaron hasta que se emprendió brutalmente la política de rusificación.

El zar aprovechó el conflicto entre el Senado y la Dieta para disolver esta Cámara, cuyas tendencias y composición le inquietaban. Pero las nuevas elecciones, celebradas en el mes de julio de 1908, dieron un resultado muy poco diferente del de las anteriores. Los partidos de izquierda ganaron todavía terreno.

VI

Nueva campaña de rusificación. — La ley antiautonomista del 30 de junio de 1910.

¡Poco habían de durar para Finlandia aquellos días gloriosos de autonomía!

Como queda dicho, los finlandeses arrancaron a Nicolás II el reconocimiento de su autonomía nacional en un momento de angustia para el zarismo. Vencidos los ejércitos imperiales

en el Extremo Oriente, encendida en todo el país una revolución formidable, en peligro las instituciones y la propia vida, el zar y sus hombres no se atrevieron a luchar contra la revuelta del pueblo finlandés. Le reconocieron la autonomía nacional y las libertades democráticas, pero con el íntimo propósito de deshacer lo hecho tan pronto como aquellas difíciles circunstancias desapareciesen. La cuestión de Finlandia era una obsesión para los oligarcas moscovitas, los cuales comenzaron otra vez a sostener que el Gobierno y el Parlamento de Rusia — entonces se había creado ya la Duma — tenían el derecho de intervenir en las leyes finlandesas que pudiesen interesar al imperio. Para estudiar este punto nombraron comisiones y reunieron conferencias; éstas creyeron que, por el momento, era peligroso intentar nada que fuese causa de agitación en Finlandia. Al cabo de algún tiempo, el gobierno de Petrogrado creyó poderse atrever, y un decreto imperial del 2 de junio de 1908 dispuso que el Consejo de Ministros de Rusia examinase y dictaminase todos los proyectos de ley sometidos por la Dieta finlandesa al Emperador. Los finlandeses protestaron repetidamente ante Nicolás II de este atentado a su autonomía; pero fué en balde. Con esto coincidieron una serie de disposiciones administrativas que vulneraban la inviolabilidad de la persona y del domicilio; la libertad de la prensa y la de reunión (1). Por segunda vez la Dieta fué disuelta; las elecciones de marzo de 1909 no modificaron el carácter de la Cámara.

Además, la cuestión de la ley militar había quedado en pie. En cuanto a los años 1905, 1906 y 1907, la Dieta accedió a pagar una contribución anual de 10 millones de marcos finlandeses, pero sin que ésto pudiese tener valor de precedente y pidiendo que se elaborase una ley que organizase el servicio militar en Finlandia de conformidad con la Constitución del

(1) S. POSENER. *La question finlandaise.* Número del 10 de junio de 1910 de *Le Courrier Européen.*

gran ducado. El Gobierno ruso no hizo caso de la demanda. El manifiesto imperial de 7 de octubre de 1909 substrajo la cuestión del servicio militar a la competencia de la Dieta y convirtió aquélla en materia de la legislación común del Imperio, conculcándose así la Constitución de Finlandia y el artículo 29 de los Estatutos de la Dieta, sancionados por el zar en 1906, artículo que establecía que todo lo relativo a la defensa nacional habíase de resolver de común acuerdo entre el monarca y la Cámara de Helsingfors. Al mismo tiempo, el aludido manifiesto mandaba al Senado finlandés que pagase inmediatamente al Tesoro ruso 20 millones de marcos, correspondientes a la contribución militar de los años 1908 y 1909, y fijaba en 11 millones de marcos la contribución para 1910, debiendo aumentarse un millón cada año hasta llegar a los 20 millones; esta contribución debía desaparecer al volverse a introducir el servicio militar personal. La Dieta, en el año 1909, rechazó los impuestos militares, y el zar la disolvió por tercera vez. Y nuevamente se celebraron elecciones, sin otro resultado apreciable que el fortalecimiento de los socialistas y la debilitación de los viejos fineses.

Los finlandeses no se dejaron intimidar por las repetidas disoluciones de la Cámara, y la cuarta Dieta, elegida en el mes de febrero de 1910, rechazó de nuevo los impuestos militares por 150 votos contra 50. El Senado, entonces compuesto por elementos zaristas, prescindió de los acuerdos de la Dieta y sacó del Tesoro finlandés los millones exigidos por el Gobierno ruso.

Todavía no tenía bastante el zarismo con estos atropellos. Consideraba insuficientes los hachazos a las ramas, por importantes que éstas fuesen, y determinó dar el golpe al mismo tronco de la autonomía finlandesa. Los reaccionarios rusos afectaron creer que los finlandeses trabajaban contra Rusia y en favor de Suecia y del panescandinavismo, y que era necesario restringir sus libertades. En realidad, lo que les alarmaba

era el carácter avanzado de la democracia finlandesa, las propagandas liberales y socialistas, las reformas radicales votadas por la Dieta. Como decía el manifiesto publicado en favor de Finlandia por el *Bureau* socialista internacional, Nicolás II no podía tolerar como gran duque lo que como zar reprimía.

Al creerse fuerte en el interior, la oligarquía rusa insistió en la necesidad de reglamentar la aprobación de las leyes finlandesas que pudiesen interesar a todo el Imperio. Su intención no era otra que anular, prácticamente, la autonomía del gran ducado, pues con el criterio que pensaba aplicar, todas las leyes finlandesas de alguna transcendencia serían consideradas como de interés para el Imperio ruso.

Después del fracaso de una comisión ruso-finlandesa, que no pudo llegar a un acuerdo, el Gobierno de Petrogrado elaboró un proyecto de ley inspirado directamente por el presidente del Consejo, Stolypin. En los primeros meses de 1910, el proyecto fué sometido a una comisión de la Duma; los diputados de las oposiciones se retiraron de esta comisión, la cual aprobó el proyecto con algunas modificaciones de detalle. En esencia, esta ley disponía que en el porvenir se someterían al Parlamento ruso todos los proyectos de ley aprobados por la Dieta finlandesa que interesasen al Imperio; las materias consideradas como de interés general estaban consignadas en una lista formada por diez y nueve clases de cuestiones, que eran todas las de importancia para Finlandia, y muchas de las cuales no tenían nada que ver con el Imperio. Debiendo someterse al Parlamento ruso estas leyes, los finlandeses nombrarían cuatro diputados para la Duma y dos delegados para el Consejo del Imperio (una especie de Senado).

Entre las materias legislativas que dicha ley arrancaba a la autonomía finlandesa había las siguientes: contribución de Finlandia a los gastos del Imperio, así como fijación de las cargas, impuestos y contribuciones necesarias a este efecto; servicio militar y otras cargas exigidas por las necesidades

militares; derechos de los súbditos rusos domiciliados en Finlandia; uso en Finlandia de la lengua rusa; principios y límites de acción de las instituciones finlandesas; mantenimiento en Finlandia del orden legal y organización del mismo; código criminal y responsabilidad de los funcionarios de Finlandia como tales; tribunales y procedimientos judiciales; instrucción pública; derechos de asociación y de reunión; legislación sobre la prensa en Finlandia y sobre la importación de publicaciones extranjeras.

Una ley así equivalía a la completa destrucción de la autonomía de Finlandia; nunca ésta había sufrido un ataque tan grave. Un fuerte movimiento de protesta se extendió con rapidez por el gran ducado. Como la autonomía descansaba en fundamentos jurídicos — el acta de Borga principalmente —, los finlandeses pidieron dictamen a los más eminentes profesores y juristas de Inglaterra, Alemania, Francia y Bélgica, todos los cuales opinaron que, legalmente, no podía suprimirse las libertades fundamentales del gran ducado, sin el consentimiento de éste. Numerosos miembros de diversos Parlamentos de Europa enviaron a la Duma rusa mensajes de protesta contra el proyecto de ley. Nada surtió efecto: los gobernantes rusos opusieron a la protesta europea el argumento consabido: que aquéllas eran cuestiones interiores de Rusia y que los extranjeros no debían intervenir. La Duma y el Consejo del Imperio votaron el proyecto, después de haberse retirado las izquierdas en señal de protesta.

Algunas veces, los unitarios rusos intentaron dar fundamentos de derecho a su acción contra Finlandia. Y sostuvieron la tesis de que, habiendo Suecia cedido por el tratado de Fredrikshamm, el gran ducado a Rusia, ésta podía someterlo al régimen que le pareciese más conveniente. No hay que decir que esta tesis tiene un valor nulo ante los principios de nacionalismo y autonomía, puesto que el derecho de un pueblo a la libertad nacional es independiente de las conquistas guerreras y de los tratados diplomáticos. Pero incluso llevando la cuestión a este terreno, los rusos carecían de razón. Así lo declaró la conferencia internacional de jurisconsultos reunida en Londres el año 1910, la cual hizo un estudio profundo y minucioso del pleito. Después de oir los argumentos de las dos partes, los eminentes juristas que formaron la Conferencia estuvieron de acuerdo en proclamar que Finlandia había de ser, según las palabras del zar Alejandro I, «una nación libre en el interior». Las deliberaciones de la Conferencia fueron publicadas en un volumen, que contiene gran número de documentos demostrativos de los derechos y libertades de Finlandia, repetidamente reconocidos en solemnes juramentos por los emperadores de Rusia. Merece ser particularmente citado el discurso con que Alejandro I abrió, en 1809, la primera Dieta del gran ducado. En dicho discurso se habla de *nación* finlandesa y de *patria* finlandesa. La afirmación de los unitarios rusos, según la cual Finlandia constituye una parte del Imperio igual a las demás, es absolutamente insostenible.

También pretendieron cohonestar los gobernantes rusos su política con el espantajo de los peligros que, en caso de guerra internacional, representaría una Finlandia autónoma para el Imperio; los finlandeses contestaban que su autonomía no impedía a Rusia construir fortificaciones y tomar medidas militares y estratégicas en el territorio del gran ducado. Asimismo se habló en Petersburgo de los supuestos planes de insurrección de los finlandeses, a quienes se acusó de tener organizada secretamente una asociación militar: la *Voima;* pero la verdad es que esta asociación, formada en los últimos meses de 1905 con el objeto de federar las sociedades de deportes y ejercitar sus individuos en el tiro, fué disuelta al año siguiente por el mismo Gobierno de Helsingfors (1).

Para acabar de hacerse cargo de los pobres argumentos

(1) RENÉ HENRY: *La question de Finlandie au point de vue juridique.* Pág. 41. Discurso del presidente de la Dieta finlandesa Michelin.

invocados por los gobernantes del zar, es necesario leer las declaraciones que en el mes de diciembre de 1910 hizo Stolypin en un interviu publicada por el *Financial Times*, de Londres, en las cuales hay más habilidad que verdad. Helas aquí:

«La Finlandia — afirmó Stolypin — ha de ser considerada como formando parte integrante del imperio ruso: y no obstante, este país, que no dista una hora de ferrocarril de Petrogrado, posee sus aduanas; y sus habitantes, por más que son súbditos del Zar, no contribuyen poco ni mucho a las cargas generales del Imperio.

»Un finlandés, en Rusia, es considerado como un compatriota, mientras que un ruso habitante en Finlandia es tratado como un extranjero, casi como un *outlaw* (hombre fuera de ley). Tanto es así, que un ruso no puede ocupar ningún cargo público ni puede usar el derecho de sufragio (1).

»Más aun — añadía —: lo que no deja de tener gracia es que los israelitas de todos los países defienden a los finlandeses contra los rusos; ignoran, de seguro, que en Finlandia, país protestante donde la libertad llega hasta el punto de reconocer a las mujeres la calidad de electores y elegibles, se niega toda libertad a los israelitas. La situación del judío en Finlandia es peor que en Rusia, y, aunque ahora se intente disimularlo, no es menos verdad que la Dieta finlandesa, no sólo ha hecho leyes que arrebatan a los israelitas todo derecho político, sino que no les permiten establecerse en el país sin una autorización especial.

»Rusia es un país que se educa; y, desde que posee una representación constitucional, comienza a tener conciencia de sí misma. El sentimiento nacional, que, por decirlo así, nació ayer, se fortifica de día en día; siente su responsabilidad ante la historia; pero es y ha sido siempre de un espíritu muy susceptible. Y se siente molesta en presencia de la hostilidad constante y del menosprecio altivo que la Dieta finlandesa no

(1) Esto es perfectamente lógico en todo régimen autonomista.

se toma siquiera el trabajo de disimular hacia la madre común, hacia el Imperio ruso, al cual, en definitiva, pertenecen los finlandeses, sin que este punto pueda ser discutido.»

En vano se buscará en las anteriores afirmaciones — victoriosamente contestadas por los finlandeses — un argumento de valor que justifique el atentado a las libertades de Finlandia. La única afirmación fundada de las anteriores declaraciones era la que se refiere a la situación de los judíos en Finlandia: no eran objeto de las salvajes violencias que a menudo sufren en Rusia; pero estaban privados por antiguas leyes de muchos derechos de ciudadanía. No obstante, la Dieta finlandesa, en la cual predominaban los partidos de izquierda, no habría tardado en modificar tales leyes.

Por pura fórmula se pidió a la Dieta de Helsingfors dictamen sobre el proyecto destinado a destruir las libertades del gran ducado; la Dieta se negó a darlo, porque las disposiciones del proyecto eran fundamentalmente atentatorias a la Constitución. A principios del segundo semestre de 1910, primeramente la Duma y después el Consejo del Imperio, aprobaron el proyecto de ley. Voces de justicia se levantaron en favor de Finlandia por parte de los demócratas y de los socialistas rusos. Al procederse a la votación, las oposiciones de la izquierda, tanto en la Duma como en el Consejo del Imperio, se retiraron.

Esta vez el zarismo había descargado los hachazos sobre el tronco mismo de la autonomía de Finlandia.

VII

La aplicación de la nueva ley. — En plena opresión. La actitud del pueblo finlandés.

Aprobada por el Parlamento ruso la nueva ley contra Finlandia, el Gobierno de Petersburgo no vaciló en aplicarla inmediatamente. Así es que, en el mes de agosto de 1910, el em-

perador convocó la Dieta finlandesa para un período de dos meses, a partir del 14 de septiembre, a fin de que se ocupase de la elección de los representantes del gran ducado en la Duma y en el Consejo del Imperio.

Además, la Dieta había de tratar de la contribución militar y de un proyecto concediendo a todos los súbditos rusos residentes en Finlandia los mismos derechos políticos que disfrutaban los naturales del país.

Persistiendo en su actitud de resistencia, la Dieta se negó a tomar en consideración los decretos y proyectos del Gobierno ruso, por ser contrarios en absoluto a la Constitución de Finlandia. El emperador ordenó entonces, en virtud de la ley del 30 de junio, que dichos proyectos fuesen presentados a la Duma. Y, con fecha 8 de octubre, decretó la disolución, por cuarta vez en cuatro años, de la Dieta de Helsingfors, y convocó nuevas elecciones para el mes de enero de 1911. Al leerse el úkase de disolución, los diputados finlandeses no se pusieron en pie, como era costumbre, sino que escucharon la lectura sentados.

Mientrastanto, las autoridades imperiales reanudaron la obra de rusificación, especialmente en la provincia de Viborg, la cual, como ya hemos dicho, había formado parte del Imperio mucho antes de la unión de Finlandia a Rusia. Cuando la ley de 30 de junio se discutía en la Duma, los representantes de la extrema derecha habían pedido que dicha provincia fuese desprendida del gran ducado y anexionada al Imperio; hubo cinco votos en favor de la anexión y siete en contra.

En la Carelia (provincia de Viborg), comenzó la persecución contra la lengua finesa; se fundaron escuelas primarias rusas y se pusieron en juego toda clase de medios para hacer que asistiesen a ellas los niños finlandeses. Por no haber demostrado bastante celo en este trabajo, el inspector de enseñanza y clérigo ortodoxo Schadomikov fué destituído. El

arzobispo de Viborg se convirtió en un agente de la rusificación.

Todas estas medidas hicieron estallar en Finlandia una indignación intensa y general. Pero el Gobierno de Petrogrado había ya tomado la precaución, desde meses antes, de enviar numerosas tropas rusas al gran ducado, para poder ahogar en sangre todo intento de revuelta.

Los periódicos fueron perseguidos, y los versos de los poetas no se salvaron de la persecución. Una bella poesía patriótica de Hjalmar Procope, una de las personalidades más ilustres de las letras finlandesas, fué considerada delictiva (1).

Por una serie de vejaciones, las autoridades rusas parecían proponerse irritar a los finlandeses, hacerlos salir de la legalidad, y cohonestar así una brutal represión que aterrorizase al país y rompiese los resortes de su tenaz resistencia. Los finlandeses se percataron de la trampa y todos sus esfuerzos se encaminaron a conservar la serenidad, a dominar los impulsos de rebelión. El socialista finlandés Hendrickson hizo a un redactor de *L'Humanité,* de París, las siguientes declaraciones:

«El pueblo ha tomado ya su resolución. Rebelarse sería la muerte; eso equivaldría a hacer el juego del enemigo. ¿Qué puede hacer un país tan pequeño contra el poder del Imperio ruso?

(1) He aquí la traducción de los versos de Procope:

«¡Que el rayo nos hiera! Hemos tomado nuestra resolución: estamos decididos a vivir, aun cuando el Asia con todos sus Urales nos quiera ahogar y matar.

»No esperamos una primavera dorada, ni haciendas y graneros repletos; esperamos años de lucha y de adversidad, la época de los hunos devastadores.

»Pero acordáos a tiempo, ¡oh gente de la fuerza bruta! de vuestros crímenes, que deberéis expiar un día u otro. Finlandia no se resignará por una eternidad a brillar, piedra preciosa, en la corona de un extranjero.»

En estos versos vióse un delito de lesa majestad.

»El esfuerzo de los *leaders* finlandeses se ejerce en mostrar al pueblo el peligro que entraña irritarse cuando el enemigo quiere hacernos irritar. Recomendamos constantemente la calma, pero no la resignación.

»En el interior del país, la propaganda no cesa un momento; se hace sin tregua un trabajo de agitación. Continuamente el pueblo está preparándose. Y cuando se sepa que en Rusia hay desórdenes; cuando, como no hace mucho sucedió, la revolución estalle, el pueblo finlandés hará pasar un mal rato al zarismo opresor y criminal.

»Que se sepa: si el pueblo finlandés permanece quieto, no es por cobardía, sino porque cree que el momento aun no ha llegado.

»Y si la opinión de Europa y de América se manifiesta contra el zarismo, si el pueblo de Finlandia se encuentra sostenido por la opinión del mundo civilizado, este momento podría acercarse mucho» (1).

En las elecciones para la Dieta que a primeros de enero de 1911 se celebraron, los finlandeses demostraron su admirable firmeza. El resultado de las elecciones representó un gran triunfo para los autonomistas finlandeses, que no perdieron ni un palmo de terreno, a pesar de la presión y de las amenazas de los funcionarios rusos; el número de votantes fué más alto que nunca. Las repetidas disoluciones de la Dieta, decretadas por Nicolás II, constituyeron una maniobra inútil, pues cada nueva elección confirmaba los resultados de la precedente, con un ligero incremento progresivo de las izquierdas.

He aquí el resultado de las cinco primeras elecciones legislativas, celebradas todas por el sistema de la representación proporcional:

(1) *L'Humanité*, de París, día 10 de agosto de 1910.

	1907	1908	1909	1910	1911
Socialistas	80	83	84	86	87
Viejos fineses	56	34	48	42	42
Jóvenes fineses	24	27	28	28	28
Suecos	21	25	25	26	26
Agrarios	17	9	13	17	16
Socialistas cristianos	2	2	1	1	1

Siguiendo su política de ilegalidades, en enero de 1911 fué nombrado para el puesto vacante de procurador del Senado (ya sabemos que el Senado finlandés es el poder ejecutivo o Gobierno) el juez ruso Hosiainov, nacido en Finlandia, pero que no era ciudadano finlandés. La prensa del gran ducado protestó vivamente e hizo notar la importancia del cargo; el procurador del Senado constituía, en efecto, la piedra fundamental de la Constitución finlandesa: era el consejero del gobernador general y el jefe responsable de la administración de justicia. El nombramiento de Hosiainov arrebató a los finlandeses el puesto más importante desde el cual podían oponer resistencia a la rusificación.

La nueva Dieta finlandesa comenzó las sesiones a primeros de febrero de 1911, renovando la protesta formulada por las Dietas anteriores contra la política centralista del Gobierno de Petrogrado, y especialmente contra la ley de 30 de junio de 1910. El período de sesiones no fué muy largo. Un úkase del zar ordenó que el día 24 de mayo fuese cerrada la Dieta.

Continuando sus trabajos antifinlandeses, los gobernantes rusos fueron dando golpe tras golpe a los derechos del gran ducado. Una de las cosas que más irritaron a los finlandeses fué el proyecto, aprobado por el zar, de anexionar a la provincia de Petrogrado los dos municipios más meridionales de la provincia de Viborg, que forman en conjunto una superficie de 1.553 kilómetros cuadrados y tienen un censo de 31.000 habitantes. Véase como el diario *Rossya* pretendía justificar el desmembramiento del territorio finlandés:

«Estos municipios, que cuentan con un considerable número de rusos entre sus habitantes, están situados sobre la costa septentrional del golfo de Finlandia. Era necesario tener en cuenta la protección militar de Petersburgo, tanto por el lado de tierra como por el lado del mar, y no era posible tomar las medidas necesarias para la defensa de la capital. Además, la población rusa, que crece de una manera particular en esta región durante el verano, sufría los inconvenientes originados por el hecho de serle extraña la lengua de los tribunales y de la administración y por ciertas particularidades de la jurisprudencia finlandesa. Además, este litoral servía de refugio permanente a los revolucionarios rusos, los cuales preparaban allí sus atentados contra Rusia.»

Contra este proyecto se realizó en Finlandia una campaña enérgica. Los habitantes de los dos municipios afectados por el proyecto de anexión dirigieron al emperador un vibrante mensaje de protesta.

Otro ataque lo constituyó el decreto que puso el cuerpo de pilotos finlandeses bajo la dependencia de las autoridades marítimas y militares rusas, cosa que violaba abiertamente la Constitución de Finlandia.

En este nuevo período de opresión, las gloriosas libertades de Finlandia fueron desapareciendo. La libertad de imprenta, la de asociación, reunión y propaganda, la independencia de los tribunales de justicia, todo lo suprimió el Gobierno ruso. El general Sein, a mediados de 1912, dispuso que de entonces en adelante los delitos de imprenta cometidos en Finlandia fuesen juzgados por magistrados rusos, a pesar de que la Constitución del país disponía que sus ciudadanos sólo pudiesen ser juzgados por magistrados finlandeses. Prescindiendo de todo escrúpulo, se nombró a diversos rusos ministros de Finlandia. La exhibición de la bandera finlandesa fué prohibida. La obra de rusificación se dejó sentir hasta en los rótulos indicadores de los nombres de las calles, disponiéndose que ostentaran en

primer lugar el nombre en lengua rusa. También se dispuso que, pasado el término de siete años, el conocimiento del ruso sería indispensable para ejercer cargos públicos.

Merece especial atención, por su importancia y transcendencia, la titulada «ley de igualdad», que la tercera Duma aprobó y que con fecha 7 de febrero de 1912 promulgó el zar. Esta ley concedía a los ciudadanos rusos residentes en Finlandia los mismos derechos que tenían los ciudadanos finlandeses, sin imponerles, en cambio, los deberes de éstos; otorgaba asimismo a los rusos, aun cuando hubiesen hecho en Rusia todos sus estudios, y por más que no conociesen la lengua finlandesa, el derecho de ocupar toda clase de cargos públicos. A todo funcionario finlandés que pusiera impedimentos al uso de dichos derechos por los ciudadanos rusos, la «ley de igualdad» lo sometía a los tribunales de Rusia y le señalaba diversas penalidades, que podían llegar hasta la prisión.

Todas las pretendidas razones que los unitarios rusos quisieron aducir en pro de la ley explicada eran vanas e hipócritas. Esta ley era esencialmente antiautonomista y tenía por finalidad facilitar, en Finlandia, la invasión y la influencia de los elementos desnacionalizadores. En todo régimen autonómico, los derechos políticos de un Estado particular sólo han de gozarlos los ciudadanos del mismo, tanto si lo son por nacimiento, como por naturalización. Sólo naturalizándose podían intervenir lícitamente los ciudadanos rusos en las cuestiones interiores de Finlandia. Precisamente los finlandeses prepararon en 1906 un proyecto de ley destinado a extender los derechos económicos de los rusos y a simplificar para éstos las formalidades de la naturalización; pero el proyecto no fué del agrado del Gobierno ruso, sin duda por encontrarlo insuficiente.

La fecha fijada para entrar en vigor la «ley de igualdad» era la del mes de agosto de 1912. Y en seguida presentáronse conflictos motivados por su aplicación.

Según las leyes finlandesas, la gente del país, para abrir un establecimiento, no tenía más que dar el correspondiente aviso a la alcaldía. Si se trataba de un ruso, éste debía de obtener previamente el permiso del gobernador de la provincia, permiso que siempre era concedido. Pues bien: como obedeciendo a un plan preconcebido, numerosos tártaros y otros súbditos rusos expresaron su intención de establecerse en Finlandia; pero en vez de solicitar el debido permiso, se limitaron a dar aviso a las alcaldías respectivas, como lo hacían los finlandeses. Algunos alcaldes negáronse a tomar en consideración el aviso. Entonces el general Sein se dirigió al Tribunal de Apelación de Petrogrado, encargado de los procesos por resistencia a la nueva ley.

Uno de los casos que más sensación produjo en Finlandia fué el del juez Lagercrantz. Con sus compañeros de tribunal había condenado a un tártaro que no quiso pedir autorización para abrir una tienda. Una comisión de magistrados de Petrogrado fué a Viborg para abrir proceso a los jueces finlandeses, los cuales rehusaron reconocer al Tribunal ruso. Éste les notificó su procesamiento, dejándolos en libertad provisional, bajo fianza. El juez Lagercrantz, fundándose en que el derecho finlandés no admite la fianza, negóse a depositarla, siendo encarcelado. Llevada la cuestión ante el Tribunal de Apelación de Viborg, éste ordenó al gobernador de la provincia que pusiese en libertad al preso; pero el general Sein prohibió que se hiciese tal cosa. Al cabo de algunos días el juez Lagercrantz fué conducido a una cárcel de Petrogrado. Su salida de Viborg dió ocasión a una imponente manifestación patriótica; un gentio inmenso le acompañó a la estación del ferrocarril, cantando el himno nacional. « Compréndese la gravedad de estos acontecimientos—escribía M. Jean-Jacques Caspar (1)— cuando se piensa que en un siglo de historia y veinte años de

(1) *La Russification de la Finlande.* Número de *L'Action,* de París, de 15 de octubre de 1912.

crisis, ésta es la primera vez que un funcionario finlandés es entregado a un tribunal ruso. »

Al morir trágicamente Stolypin, en el mes de septiembre de 1911, confióse por un momento en que su sucesor en la presidencia del Consejo, Kokovtzov, no seguiría los mismos caminos. Pero Kokovtzov continuó la política de rusificación. Para la Finlandia volvieron los tiempos del general Bobrikov. Es de notar que el general Sein estuvo, durante la primera campaña de rusificación, a las órdenes de Bobrikov, del cual era el brazo derecho. El discípulo se mostró digno del maestro.

No quedaba duda alguna de que los gobiernos zaristas se proponían destruir completamente la autonomía de Finlandia y convertirla en una provincia más del Imperio.

La obra iba realizándose con metódica persistencia y con calculado escalonamiento. A los finlandeses no les quedaba otra esperanza que una crisis grave en Rusia, motivada por una guerra internacional o por una revolución interior. Mientrastanto, perdieron aquel lealismo de que dieron muestras, jamás agradecidas, a los emperadores moscovitas. Una bella poesía finlandesa decía al zar: « Puedes venir cuando quieras: el lago reposa silencioso y puedes dormir en el archipiélago de Finlandia con toda seguridad; pero encontrarás nuestro corazón vacío de amor; vacío, silencioso y frío, desde que has roto tu juramento. No podrás encontrar jamás el anillo mágico que hace amar: el mar lo ha engullido para siempre. »

VIII (1)

La guerra de las naciones. — Finlandia independiente.

Ni la gran guerra, que estalló a últimos de julio de 1914, hizo que los ciegos gobernantes de Petrogrado rectificaran su política antifinlandesa. En el mes de octubre de aquel año, las

(1) Capítulo añadido por el autor a la traducción del texto de esta obra.

últimas libertades del gran ducado fueron suprimidas por el Gobierno imperial.

Mientras Rusia luchó, los finlandeses, contra lo que esperaba Alemania, no se alzaron en armas para sacudir el yugo ruso. Por una parte, consideraban que al lado de Rusia luchaban Inglaterra y Francia, países amigos de Finlandia, sobre todo el primero, y que la causa de la Entente, a pesar de la significación de Rusia, era en aquellos momentos, decisivos para el mundo, la causa de la libertad humana. Por otra parte, durante los primeros tiempos de la guerra Rusia continuaba siendo bastante fuerte para dominar y ahogar en sangre todo intento de rebelión en Finlandia.

La situación cambió al producirse la revolución rusa, en el mes de marzo de 1917. Por de pronto, los hombres del Gobierno provisional prometieron a Finlandia la reintegración de su autonomía. Pero los finlandeses aspiraban a la independencia. Produjéronse conflictos entre ellos y el Gobierno de Kerenski, que pretendía entregar a la Constituyente rusa la solución definitiva del problema de Finlandia.

Con el golpe de Estado de los maximilistas (noviembre de 1917) se hizo posible la separación completa de Finlandia respecto de Rusia. Sin embargo, debía pasar antes la tierra finlandesa por una trágica prueba. El incendio maximalista se comunicó a Finlandia. Gracias al concurso de los bolcheviques rusos, los socialistas extremistas finlandeses se apoderaron del gobierno del país. Hubo episodios horribles. Helsingfors, con el sud de Finlandia, estuvo varios meses en poder de los «rojos». En el norte, el general Mannerheim trataba de organizar el llamado ejército «blanco».

Vino la reacción. Para salvarse del bolcheviquismo, los conservadores finlandeses, más inspirados por el pánico que por la prudencia, aceptaron el auxilio militar de Alemania. Con el auxilio de unos cuantos millares de hombres del ejército germánico, los blancos finlandeses derrotaron a los rojos, y

un gobierno conservador se constituyó en Helsingfors, bajo la protección de Alemania.

Así, de la dictadura roja se pasó a la dictadura blanca. Los nuevos gobernantes finlandeses, creyendo en la victoria alemana, pusieron el porvenir de su patria en manos de los hombres de Berlín. Llegaron a intentar que un príncipe alemán fuese rey de Finlandia. Para contar con mayoría en la Dieta, recurrieron al procedimiento fraudulento de arrojar a los diputados socialistas, la mayoría de los cuales fueron presos como complicados en el movimiento rojo. Esta política llegó a poner en peligro la causa finlandesa. Los países de la Entente vieron a Finlandia entregada a los alemanes. Y Francia, que fué uno de los primeros Estados que reconocieron oficialmente la independencia finlandesa, anuló el reconocimiento.

Llegó para Alemania la hora de la derrota. Tercos, los blancos finlandeses persistían en su política germanófila. Entonces el general Mannerheim, que con motivo de la intervención germánica en Finlandia rompió con los alemanes, se puso al frente del movimiento aliadófilo, y consiguió que se le nombrase regente de Finlandia, en substitución del germanófilo Svindhufud. Para ponerse de acuerdo con la Entente, Mannerheim hizo un viaje a Londres y París, con éxito señalado. Obligóse a la tropas alemanas a evacuar el territorio finlandés, y Finlandia rompió los lazos con que se la había querido unir a Alemania.

Esta vez, la independencia de Finlandia es una realidad sólida. Tras un período turbulento y trágico, la bandera blanca y azul de Finlandia palpita, con la intensa alegría de la libertad nacional, en el país de las nieves y de los lagos.

POLONIA

I

Antecedentes

FORMAN los polacos la fracción más numerosa del grupo eslavo occidental. Las diversas tribus eslavas que en otros tiempos se establecieron en la inmensa llanura situada entre el río Oder, los Cárpatos y el mar Báltico, constituyeron, hacia el siglo X, un reino. La unificación se hizo, no de una vez, sino sucesivamente, y se debió a la sumisión de las otras tribus a la tribu central de los *polianas,* bajo la dinastía de los Piast (1). Los polianas dieron así nombre al pueblo polaco (2).

En su frontera del oeste, la primitiva Polonia encontró la resistencia de los germanos, que hicieron de barrera indestructible a la expansión eslava por aquel lado. La lucha obstinada y terrible entre alemanes y polacos, que hasta nuestros días ha perdurado, comenzó doce o trece siglos atrás. Situados en las lindes de dos razas enemigas, los polacos han sobrellevado fatalmente el peso de continuadas guerras.

(1) El fundador de esta dinastía, Piast, vivió en el siglo IX.

(2) Las tribus eslavas que después se unificaron en el reino de Polonia, antiguamente fueron también designadas con los nombres de *Liakhs, Lekhs, Lekhitas,* los cuales se hace derivar del nombre de Lekh, caudillo eslavo que se estableció y dominó en aquellas comarcas.

En los tiempos medioevales, Polonia luchó principalmente para conservar un amplio litoral en el mar Báltico y para tener en el Oder, ya que no en el Elba, su frontera occidental. Pero la invasión tártara, con la batalla desastrosa de Liegnitz (1241), dejó en deplorable situación a los polacos, quienes vieron romperse el vínculo que les unía a Silesia y caer esta región en poder de los alemanes. En el norte, los caballeros teutónicos consiguieron éxitos que prepararon la germanización de las comarcas del Báltico.

Desde el siglo XIII, los teutones emprendieron la colonización de las tierras polacas; las colonias alemanas, lejos de asimilarse, se convirtieron en focos de germanización, la cual se dirigió principalmente contra la lengua polaca. «Exterminar el idioma polaco», fué la consigna de los alemanes en su frontera oriental (1).

Los progresos del germanismo ponía en grave peligro a los polacos, cuando en el siglo XIV se juntaron bajo una misma corona la Polonia y la Lituania, por el casamiento del soberano lituano Jagelón con la reina polaca Hedwige, conservando los dos países su autonomía interior. Así comenzó, en 1382, la dinastía de los Jagelones, que extendió sus dominios del mar Báltico al mar Negro. La literatura polaca, a la cual abrió una era nueva la fundación de la Universidad de Cracovia, por el rey Casimiro el Grande, brilló con esplendor bajo la nueva dinastía, y la lengua nacional se extendió considerablemente. Favorecida por el movimiento hussita, que ejerció una gran influencia contra los alemanes, Polonia fortalecióse. El clero polaco se mostró patriota, y la nueva dinastía adoptó una política nacional. El resultado de esta política fué la batalla de Grünwald, en 1410, en la cual los caballeros teutónicos fueron completamente vencidos por los polacos. Aquella victoria salvó por algún tiempo a la nación polaca del peligro germánico.

(1) L. NIEDERLE. *La Race Slave.* Cap. II. pág. 65.

No obstante, la batalla de Grünwald, si bien detuvo la ola alemana, no pudo conseguir que las tierras del litoral del Báltico y de más allá del Oder volviesen a pertenecer al dominio polaco. La expansión polaca tomó la dirección oriental: se dirigió hacia el nordeste (Lituania) y hacia el sudeste (Pequeña Rusia o Ucrania).

En la segunda mitad del siglo XVI, previéndose la extinción de la dinastía jagelona, por no tener sucesión el rey Segismundo Augusto, creyóse necesario unir la Lituania y la Polonia, que hasta entonces no tenían otro lazo que la comunidad de la corona real. La unión de los dos países fué pactada en Lublin (1569). Tres años después moría Segismundo Augusto y la dinastía de los Jagelones acababa. La monarquía polaca hízose electiva.

Por la parte de Rusia, la expansión polaca creció: la Volinia y la Podolia fueron semipolonizadas. La Lituania se polonizó también, gracias a la acción de la nobleza lituana. Pero el fortalecimiento de los moscovitas, emancipados del yugo tártaro, creó pronto un nuevo peligro a Polonia, por el lado oriental esta vez.

Desde el siglo XVII, no obstante el período próspero y glorioso del reinado de Sobieski en el último tercio de esta centuria, la nación polaca se debilitó gradualmente a causa de las ambiciones y discordias de los nobles, los cuales ejercían un poder absorbente e inmoderado. Baste decir que el veto de un noble anulaba los acuerdos de las Dietas polacas. Esto era lo que se llamaba el *liberum veto*. La nobleza, con sus codicias y con las luchas entre las grandes familias aristocráticas, fué la principal culpable de la ruina de la patria.

II

Los tres repartos de Polonia.—El fin de la nación polaca.

Desgarrada por las discordias intestinas, rodeada de enemigos que esperaban la ocasión de caer sobre su presa, en el

siglo XVIII llegó Polonia a un estado lastimoso. Las guerras civiles la entregaron al extranjero, que por tres veces se repartió los pedazos ensangrentados del reino.

Muerto el rey Augusto III (1763), la emperatriz Catalina de Rusia impuso como rey a Estanislao Poniatowski. Por creerlo esclavo de la voluntad de la zarina, de la cual pasaba por ser el amante, los polacos organizaron conspiraciones contra él, la más importante de las cuales fué la llamada Confederación de Bar (1768). Los patriotas confederados, dirigidos por Casimiro Pulawski, fueron vencidos por las tropas moscovitas, muy superiores en número; los que pudieron salvar la vida emigraron; Pulawski y Kosciuszko marcharon a Norte-América, y pusieron sus espadas al servicio de la causa de la independencia, por la cual luchaba Washington. El primero encontró allí una muerte gloriosa.

Las potencias vecinas aprovecharon aquella ocasión para dar el golpe que desde hacía tiempo meditaban. Y en 1772 pactóse en Petrogrado el reparto de dos quintas partes de los dominios de Polonia entre Catalina II de Rusia, Federico II de Prusia y María Teresa de Austria. La Dieta polaca, bajo la amenaza de las bayonetas moscovitas, debió consentir que las tropas de las tres potencias tomasen posesión de los territorios repartidos.

Se constituyó entonces en Polonia el partido patriótico. Comprendiendo que el poder de los nobles era una de las principales causas del hundimiento de la patria, la Dieta de Varsovia, reunida en 1788 y que duró cuatro años, decidió la abolición del *liberum veto*, hizo hereditaria la corona, acordó la formación de un ejército permanente, proclamó la igualdad de los polacos ante la ley, cualquiera que fuese su religión, y votó una Constitución de carácter liberal, que fué promulgada en el año 1792. Pero la nobleza, al verse desposeída de algunos de sus privilegios, levantó la bandera de las tradiciones polacas, organizó la Confederación de Turgowitz y reclamó la inter-

«Se concederá a los polacos, súbditos de las partes contratantes, autorización para fundar los organismos que tengan por fin conservar y mantener su nacionalidad, en la medida y según las conveniencias políticas que el gobierno interesado juzgará oportuno.»

Al tomar posesión de cada una de las tres partes de Polonia, los respectivos soberanos prometieron explícitamente respetar las libertades polacas. Por lo que concierne a Prusia, el rey Federico Guillermo III dirigió a sus súbditos polacos una proclama en la cual les hablaba así:

«Estáis incorporados a mi monarquía sin que os sea necesario renegar de vuestra nacionalidad. Aquí también tenéis una patria. Recibid con ella el testimonio de mi estima por la adhesión que habéis demostrado a vuestro país.»

El monarca prusiano prometió a los polacos que su lengua sería respetada en las escuelas, en la administración de justicia, etc.

En la Polonia rusa se instituyó una Dieta con facultad de discutir las leyes y los tributos, el zar gobernó como rey de Polonia y se usaron las enseñas y los escudos nacionales.

Durante algunos años, los polacos gozaron de un régimen de relativa libertad. Pronto, sin embargo, las garantías de los diplomáticos y las promesas augustas resultaron nulas. La primera potencia que entró por el camino de la opresión fué Prusia, la cual, faltando a los acuerdos del Congreso de Viena, envió maestros prusianos a las escuelas polacas, para que diesen la enseñanza en lengua alemana y dedicasen a la lengua polaca tan sólo una lección semanal (1). En la Polonia rusa, después de 1822, el gran duque Constantino, hermano de Alejandro I, inauguró una política de violencia y de persecuciones que llenó de patriotas las cárceles y formó largas procesiones de desterrados camino de Siberia.

El alma ardientemente patriótica de los polacos sufrió el

(1) CALIXTO DE WOLSKI. *La Pologne*. París. 1911. Pág. 175.

dolor crudelísimo de la pérdida de la independencia, del reparto de su gloriosa nación, del desvanecimiento de los sueños de grandeza que siempre ha tenido aquella raza heroica. Los polacos sentían la vergüenza de verse a merced de sus enemigos seculares, y no hallaban otro consuelo que la idea de un desquite, que la esperanza en una victoriosa resurrección de la patria. El triunfo de Grecia en su lucha de liberación y la revolución parisiense de julio los espolearon fuertemente.

Una formidable revuelta estalló en Varsovia el 29 de noviembre de 1830. Fué ahogada en sangre (1). Rusia se aprovechó de ella para acentuar la política antipolaca que había adoptado hacía algún tiempo. Muchas de las libertades de que gozaba el reino fueron suprimidas. Adoptáronse las más brutales medidas de represión. Se procedió a la confiscación de bienes, que había sido ya practicada en los años de los repartos de Polonia. En 1831 se arrebató a la nobleza propiedades rurales por valor de 141.300.000 francos (2).

Ni el trágico fin de la nación poloca, ni la bárbara represión de la revuelta, fueron suficientes para que las clases altas polacas cambiasen de conducta y renunciasen a sus inmoderadas ambiciones de dominio político y social. El antagonismo entre la nobleza feudal y las clases populares persistía, dando lugar repetidas veces a terribles escenas de *jacquerie,* algunas de ellas producidas precisamente en momentos en que se luchaba por la independencia nacional. Los nobles quisieron usar en provecho propio y exclusivo los derechos y las libertades de la patria, y sucedió que las demás clases sociales no sentían una patria que les habían arrebatado, que la nobleza había usufructuado en provecho propio.

(1) Son famosas las palabras con que el general Sebastiani, ministro de Negocios Extranjeros de Francia, dió cuenta a la Cámara de los Diputados del fin de aquella sangrienta revuelta: «El orden reina en Varsovia», dijo.

(2) MARIUS-ARY LEBLOND. *La Pologne d'aujourd'hui.* Número del 1 de junio de 1910 de *La Revue,* de París.

La revuelta de 1846 fué fácilmente ahogada y sirvió a los dominadores para agravar la opresión en que vivían los polacos. En la Galitzia los campesinos rutenos, movidos por las autoridades y los agentes de Austria, realizaron una horrible matanza de propietarios polacos. La República de Cracovia fué suprimida e incorporada al Austria. Un postrer esfuerzo realizóse el año 1863. La insurrección se extendió por todo el país y los revoltosos combatieron con inaudito, con épico heroísmo. Todo fué inútil. El esperado auxilio de Francia y de Inglaterra no vino. La revolución quedó vencida. Precisa decir que la población rural polaca la había acogido con indiferencia y aun con hostilidad en algunas comarcas; esta actitud causó en los que lucharon, que eran principalmente los nobles, una honda desilusión.

Fracasado el último intento para reconquistar la independencia, la esclavitud de los polacos fué más negra que nunca. Huyendo de la persecución implacable de que eran objeto, los patriotas emigraron a miles. El dolor de los desterrados conmovió a Europa.

Desde 1863, las naciones dominadoras adoptaron una política francamente encaminada al aniquilamiento del pueblo polaco, a la extirpación de su carácter nacional. Quisieron destruir, no ya la nación polaca, sino la raza polaca. Prusia y Rusia emprendieron esta labor utilizando toda clase de medios, sin retroceder ante las iniquidades y los crímenes. El viejo reino se convirtió, según la expresión de Michelet, en «la Polonia mártir».

IV
En la Polonia rusa.

Es Rusia la que se adjudicó la parte mayor de la Polonia descuartizada. Además del reino de Polonia (el creado por el Congreso de Viena), poseyó los países que Polonia se había

anexionado, o sea la Lituania, la Rusia blanca y algunas provincias rutenas. El reino tenía una superficie de 126.952 km.², y contaba antes de la gran guerra con unos 11.500.000 habitantes. La superficie de los países anexionados era de 470.783 km.² y los habitantes sumaban unos 23.000.000.

Después de la insurrección de 1863, la represión rusa, dirigida por Muraviev, fué espantosa. Pueblos enteros fueron incendiados y arrasados; a miles se envió los polacos a Siberia; quedó prohibido el culto católico; se prohibió la publicación y la circulación de periódicos polacos y la representación de obras teatrales en polaco; el conversar en lengua polaca en los lugares públicos era castigado con una multa; llegóse a prohibir que se enganchasen los vehículos a la manera polaca. Suprimióse todo aquello que de especial quedaba en la organización del reino; se colocaron empleados, funcionarios y profesores rusos en los puestos que estaban ocupados por polacos; se arrojó de las oficinas públicas, de los tribunales y de las escuelas la lengua del país, que fué substituída por la rusa (1); a los funcionarios y empleados del Estado se les prohibió que hablasen en polaco en sus relaciones con el público; se obligó a usar la lengua rusa a todas las compañías de ferrocarriles (2).

La política odiosa y suicida de la nobleza polaca hizo posible que las tres naciones opresoras tomasen, en ciertos momentos, apariencias de justicieras. Los gobiernos de Petrogrado y de Viena principalmente, procuraron atraerse a las clases populares polacas, aboliendo los privilegios de los nobles. Con ésto no se perseguía un fin de equidad social, sino una obra de desnacionalización, ya que era en la nobleza donde más vivo se mantenía el sentimiento nacional.

(1) En las escuelas se hizo de la lengua polaca una asignatura voluntaria, de la cual se daba una lección semanal de dos horas. Posteriormente, aun esta lección semanal se suprimió.

(2) R. Dmoswki. *La question polonaise.* Capítulo I.

Rusia promulgó una serie de leyes agrarias que destruyeron el secular poder señorial y emanciparon a los campesinos. Hay que decir que ésto lo había acordado ya, durante la revuelta, el Gobierno polaco insurreccional. Ha dicho Anatole Leroy-Beaulieu que esas leyes agrarias constituyeron una obra democrática. Pero como la intención de los hombres de Estado rusos no era precisamente ésta, y siendo su propósito profundizar los antagonismos entre las clases sociales polacas, la aplicación de las leyes fué tan arbitraria, que en vez de hacer a los campesinos propietarios de la tierra, el número de proletarios del campo ha triplicado en los cincuenta años últimos (1). El conde de Muraviev confesó que las leyes agrarias eran un «instrumento de dominación».

Una ley del año 1865 prohibió a los polacos y a las personas de origen polaco adquirir tierras en Lituania y Ucrania. Apelaron entonces los polacos al recurso de presentar, como compradores, súbditos rusos, siendo aquéllos los verdaderos propietarios, mediante hipotecas y contratos de arrendamiento a largo plazo. Pronto el Gobierno ruso prohibió a los polacos colocar dinero en hipotecas y arrendar tierras por largo tiempo. En 1884 agravó la situación un úkase en el cual se disponía que en toda la Rusia occidental, para poder adquirir un inmueble rural por venta, legado o donación, «había que profesar la religión ortodoxa». Así se impidió a los polacos, en su casi totalidad católicos, la adquisición de tierras. Desde 1886 se exigió, para toda compra de propiedades rurales, un permiso especial del pope ruso. En 1892, el gobernador de Vilna fijó los precios de las tierras. En 1901, se restringió aún más, en este punto, el derecho de los católicos y de los judíos.

Estas leyes restrictivas desorganizaron y arruinaron la agricultura polaca. Ante la falta de compradores, el precio de la tierra bajó considerablemente; los funcionarios rusos

(1) M. A. Leblond. *La Pologne d'aujourd'hui.*

adquirían por ínfimo precio extensas propiedades, de las cuales obtenían en los primeros años todo el provecho posible mediante cultivos esquilmantes, dejándolas después completamente abandonadas. Antes de la guerra había en la Polonia rusa un millón y medio de campesinos sin tierras y a menudo sin trabajo (1).

Desvanecida poco a poco la inactividad causada por la represión de la revuelta de 1863, los patriotas volvieron a agitarse. Organizaron un gran número de escuelas polacas clandestinas, establecidas principalmente en las casas de campo. En 1886 se constituyó la *Liga Polska* (Liga polaca) y más tarde la *Liga Narodowa* (Liga Nacional); ésta fué una asociación secreta hasta el año 1897, en que se convirtió en el partido democrático nacional.

El advenimiento del zar Nicolás II hizo nacer en muchos polacos, especialmente en los nobles, la confianza de que se les haría concesiones. La visita del zar y la zarina a Varsovia, en 1897, afirmó esta confianza, y el partido lealista o de reconciliación se fortaleció. No tardó mucho en venir la desilusión. Hacía pocos días que había salido de Varsovia la pareja imperial, cuando el gobernador, príncipe Imeretinski, dirigió una circular a los funcionarios y empleados rusos, recordándoles que en sus relaciones con la gente del país no debían usar más que la lengua rusa.

Los polacos tomaron parte muy activa en la revolución rusa de 1905. Su acción tuvo un carácter a la vez revolucionario y nacionalista. En algunas de las manifestaciones que se celebraron enarbolóse banderas polacas. La lucha entre los revolucionarios y las fuerzas rusas fué terrible. A las brutalidades y a las ejecuciones, los polacos respondieron con las bombas de dinamita. Las víctimas cayeron a centenares.

Desgraciadamente, entre los demócratas nacionales y los socialistas revolucionarios estalló una lucha cruenta, recuer-

(1) M. A. Leblond. *La Pologne d'aujourd'hui.*

do de las antiguas luchas de clases; después del famoso manifiesto del zar de 30 de octubre de 1905, se organizaron en Varsovia manifestaciones socialistas y nacionalistas en competencia. A principios de noviembre se celebraron en el mismo día manifestaciones nacionales en todas las poblaciones importantes del reino; por las calles de Varsovia desfiló una inmensa manifestación compuesta de cerca de 200.000 personas, por encima de las cuales ondeaban las banderas con las águilas blancas de Polonia y vibraba virilmente el canto del himno polaco.

El triunfo del constitucionalismo en Rusia aligeró la opresión de aquel pedazo de Polonia. Después de los ruegos respetuosos de los intelectuales y de las revueltas de los obreros, el zar accedió a que los derechos constitucionales rigiesen también para sus súbditos polacos. La ley marcial fué abolida. Quedaron anuladas algunas de las leyes agrarias que hemos citado y los polacos recobraron el derecho de tener tierras en arrendamiento o aparcería, de adquirirlas y de prestar dinero en hipoteca sobre tierras. Pero los funcionarios rusos se esforzaron en poner obstáculos al uso de estos derechos.

Hasta 1908, la brutal arbitrariedad de las autoridades rusas, agravada por el estado de sitio, pesó horriblemente sobre los polacos. A cada momento se practicaban registros y encarcelamientos; el hecho de poseer libros o folletos socialistas era considerado como un crimen; hombres y mujeres, niños y ancianos eran atropellados por la policía y la soldadesca; continuamente iban las víctimas a la horca. Después se estableció el régimen llamado de «defensa reforzada», que es un estado de guerra atenuado. Pero se vigiló estrechamente todas las manifestaciones de la vida nacional. Hubo menos ejecuciones, pero la opresión hízose más metódica; esta fué la obra de Stolypin (1).

(1) M. A. Leblond: *La Pologne d'aujord'hui.*

Los derechos civiles quedaron muy restringidos. Desde el edicto de tolerancia religiosa de 1905, no se hizo nada para mejorar la situación de los polacos respecto a los cargos oficiales del imperio ruso. Las nueve décimas partes de los catedráticos eran rusos; lo mismo pasaba con la magistratura, que ignoraba las leyes del país (1), no escuchaba a los testigos favorables a los polacos y absolvía sistemáticamente a los acusados rusos en las cuestiones entre éstos y los polacos, aunque se tratara de crímenes.

Eran enormes los impuestos que antes de la guerra pagaban los polacos al fisco ruso; una tercera parte de la suma recaudada debíase al monopolio de los alcoholes; el Gobierno favorecía el alcoholismo. Y, mientrastanto, las obras y los servicios públicos estaban vergonzosamente abandonados. Las mezquinas cantidades que se aplicaban a la beneficencia pública aprovechaban casi exclusivamente a los rusos que habitaban en el país; una contribución especial que pagaban las criadas de servicio polacas para proporcionar cama a las compañeras que cayesen enfermas en los hospitales, se utilizaba para socorrer a los obreros rusos (2).

La enseñanza se hallaba en una situación lastimosa. De 1820 a 1910 el número de escuelas de Varsovia quedó reducido a un tercio. La rusificación de las escuelas se realizó gradualmente, acentuándose pocos años después de vencida la última revuelta. Primeramente hízose obligatoria la enseñanza del ruso; en 1866, se introdujo en la impresión de los libros polacos los tipos rusos; en 1867, los manuales escolares del imperio fueron declarados de texto; en 1868, se dispuso que se diesen en ruso las lecciones de ciencias y de historia; en 1869, se suprimió la Universidad polaca y se creó una Universidad rusa; en 1871, se enseñó en ruso en todas las escuelas; de 1879 a 1885 se acabó de rusificar las escuelas prima-

(1) En Polonia rige el Código napoleónico.
(2) M. A. Leblond: *La Pologne d'aujourd'hui.*

rias; en 1892 se prohibió a los polacos de Lituania y de Ucrania el estudio de su lengua; en 1895 se extendió la disposición al reino de Polonia; desde 1899 se hizo desaparecer de las bibliotecas multitud de libros polacos. Castigábase bárbaramente a los niños que se atrevían a hablar en polaco; efectuábanse registros en los domicilios de las familias para apoderarse de los libros polacos (1). Los resultados de esta obra de rusificación fueron deplorabilísimos. En el V Congreso de Educación Popular, celebrado en el mes de agosto de 1910, en Bruselas, el delegado polaco Radzewski exclamaba: «Polonia, que fué la primera nación de Europa que creó un ministerio de Instrucción pública, tiene hoy una enorme cifra de analfabetos». En el reino de Polonia había cerca de un 70 por 100 de analfabetos, y la proporción iba en aumento (2). Había un gran número de pueblos sin escuelas; no se contaba más que un alumno por 40 habitantes; el 75 por 100 de los alumnos dejaba de asistir a la escuela, y sólo un 4 por 100 terminaba los estudios; la asistencia a las clases bajaba progresivamente (3). Y todo ello era debidoa la invencible repugnancia de los niños polacos a recibir la enseñanza en un idioma que no era el suyo y que apenas entendían. La suma que el Gobierno ruso dedicaba a la enseñanza en Polonia, no llegaba a la décima parte de la cantidad que gastaba en policía.

Si los rusos hicieron bajar a un triste nivel la instrucción en Polonia, no consiguieron, sin embargo, extender su lengua. Un director de Enseñanza en Polonia, Apuchtin, había dicho en 1879: «Dentro de quince años las madres polacas harán dormir a sus hijos en la cuna cantando canciones rusas.» Pero en

(1) M. A. Leblond: *La captivité d'une langue. Le Polonais.* Número del 15 de Junio de 1910 del *Mercure de France.*

(2) L. Niederle en *La Race Slave* daba las siguientes cifras estadísticas de la Polonia rusa: Polacos que saben leer y escribir, 34,78 por 100 de hombres y 29,40 por 100 de mujeres. Así y todo, en ésto estaban los polacos muy por encima de los rusos.

(3) M. A. Leblond: *La Pologne d'aujourd'dhui.*

1905, el 60 por 100 de la población del reino no sabía el ruso. A la Universidad de Varsovia los polacos le habían declarado el boycot. El estado de espíritu del país en la cuestión escolar se exteriorizó en los disturbios de 1905; en algunas escuelas los discípulos hicieron hogueras con los cuadros, mapas y libros rusos; en otras, los maestros rusos fueron golpeados y arrojados del local al grito de «¡Marchaos a Rusia!» Declaróse la huelga escolar, que duró muchos meses.

La mitad de los municipios rurales del reino, fundamentándose en una ley no derogada, acordó sustituir el ruso por el polaco como idioma oficial. En los ferrocarriles pertenecientes a compañías particulares restablecióse el uso de la lengua polaca.

Las reformas liberales del año 1905 permitieron abrir escuelas particulares polacas. Fundaron los patriotas la asociación *Macierz szkolna* (La madre de las escuelas), que creó un gran número de éstas, reuniendo 80.000 discípulos. Todas las clases sociales contribuyeron generosamente a esta obra; pero al cabo de año y medio la asociación fué disuelta por las autoridades rusas y sus escuelas quedaron cerradas (1). Se creó también colegios polacos de segunda enseñanza, cuyo funcionamiento dificultaban los rusos continuamente.

Con todo, aquella ejemplar institución, la *Macierz szkolna*, fué una gran prueba reveladora del vigor del sentimiento nacional. En una interesantísima obra publicada por la Agencia periodística polaca de París (2), se lee: «La institución fué liquidada dejando en los corazones polacos una amarga añoranza y, además, la honda convicción de la vitalidad de la nación polaca. Esta obra, realizada con tanta rapidez y ener-

(1) Al hacer la liquidación, la *Macierz szkolna* tenía en caja 700.000 francos, que fueron repartidos entre otras instituciones polacas. Durante el tiempo de su existencia recaudó 3.000.000.

(2) *L'Instruccion publique au Royaume de Pologne.* París, 1910. Página 93.

gía, quedará en la historia de Polonia como un monumento de la buena voluntad, del patriotismo y de la fuerza nacional del pueblo polaco.»

Los partidos políticos que existen en la Polonia ex rusa son: el partido democrático nacional, el progresista, el realista o de la «política real», el socialista y la Unión de los obreros polacos nacionales. El partido democrático nacional es hondamente patriota y aun quizás chovinista; está formado por la burguesía y el bajo clero católico, que son nacionalistas. El partido realista era partidario de la inteligencia con Rusia y de la fidelidad al zar. El partido socialista defiende los principios del socialismo internacional; es partidario de la libertad nacional de Polonia, pero combate fuertemente al partido nacional, al cual trata de patriotero, clerical y reaccionario. La Unión de los obreros polacos nacionales es un partido obrero nacionalista, en lucha con los socialistas, a los cuales acusa de hacer el juego del extranjero; estuvo inteligenciado con el partido nacional, pero se separó completamente de él a principios de 1909, por no aprobar la política débil de los nacionalistas conservadores respecto al Gobierno de Petrogrado.

El más numeroso y poderoso de estos partidos era el democrático nacional; él monopolizó casi la representación polaca en las cuatro Dumas; sus tendencias conservadoras le llevaron a menudo a coquetear con el zar, sin duda con la esperanza de obtener de su benevolencia la autonomía; pero esta esperanza se desvaneció ante los propósitos manifiestos del Gobierno ruso de ahogar más aun las libertades nacionales. Ésto causó a los polacos una honda desilusión. Al Congreso neoeslavista, celebrado en Sofía en el mes de julio de 1910, dejaron de asistir los polacos, como protesta contra la conducta del Gobierno ruso.

Al establecerse el sistema constitucional en Rusia, la ley electoral atribuyó al reino de Polonia 36 diputados. De éstos, las primeras elecciones dieron 34 a los polacos; todos los elegidos eran adictos al partido nacional. Para los otros dos puestos, correspondientes a territorios lituanos, fueron designados diputados lituanos. Además, Lituania y las provincias rutenas eligieron 20 polacos. Todos los diputados polacos formaron en la Duma un grupo nacionalista, en el que había hombres de diferentes clases sociales y de distintas ideas.

Las elecciones de la segunda Duma dieron a los polacos del reino los mismos 34 puestos, de los cuales obtuvo 27 el partido nacional, y los demás se distribuyeron entre el partido realista y el progresista, ambos en inteligencia con el primero; en Lituania y las provincias rutenas, el número de diputados polacos bajó a 12. Estos 46 diputados siguieron una política benévola hacia el Gobierno de Stolypin. Pudiendo decidir con su actitud las votaciones de la Cámara, salvaron en diferentes ocasiones al ministerio y votaron en pro del contingente militar. Pero ante la inflexible hostilidad del Gobierno a las reivindicaciones nacionalistas, los polacos se negaron a votar los presupuestos y éstos no fueron aprobados. Poco tiempo después (16 de junio de 1907), la segunda Duma fué disuelta, y en el úkase de disolución y a la vez de promulgación de la nueva ley electoral, se declaraba que los elementos no rusos de la Cámara no habían de tener fuerzas bastante numerosas para poder decidir de los destinos del Estado ruso. El número de diputados del reino de Polonia fué rebajado de 36 a 12; es decir, fué reducido a una tercera parte. Cosa curiosa: mientras la nueva ley modificaba el sistema electoral en toda Rusia, con la excepción del gran ducado de Finlandia, dejó en pie en el reino de Polonia el sistema establecido en un principio. Eso se debió, seguramente, a la convicción de los gobernantes rusos de que, cualquiera que fuese el sistema electoral, en Polonia siempre daría por resultado el triunfo de los nacionalistas. Por lo tanto, encontraron más práctico rebajar el número de representantes parlamentarios. En la tercera Duma había 18 diputados polacos: 11 del reino y siete de Lituania y las

provincias rutenas. Casi el mismo resultado dieron las elecciones para la cuarta Duma, celebradas en 1912. Es de notar que en éstas fué elegido por el único puesto polaco de Varsovia un diputado socialista, partidario de la inteligencia entre las diferentes fracciones obreras. El Gobierno creó diferentes puestos especiales para los rusos residentes en el reino y en Lituania.

Un nuevo ataque del despotismo ruso vino a causar en 1912 una viva agitación. Nos referimos a la cuestión de Khelm. Sacando del olvido un proyecto concebido hace algunos años, el Gobierno ruso decidió separar del reino de Polonia la comarca de Khelm, que comprende seis distritos en las provincias de Lublin y Siedlce y contiene 800.000 habitantes. A esta mutilación se la llamó «el cuarto reparto de Polonia».

La política del zarismo iba encaminada a aplastar y a diezmar a los polacos por toda clase de medios. A las víctimas de la miseria se añadían las de las deportaciones y las ejecuciones. El servicio militar era una horrible arma de exterminio. Bastará decir que entre las tropas rusas de la Manchuria, en tiempo de la guerra ruso-japonesa, había un 40 por 100 de soldados polacos (1). Pero en todas las ocasiones el hondo sentimiento patriótico de los polacos se manifiesta. Y así se dió el caso emocionante de que los soldados polacos hechos prisioneros por los japoneses y agrupados hábilmente por éstos en unos mismos acantonamientos, pasaban las horas del cautiverio aprendiendo a leer y a escribir en la lengua materna (2).

El progreso de las fuerzas económicas de Polonia se acentuó en el nuevo siglo. La Polonia rusa convirtióse en uno de los más importantes centros de producción del Imperio. La

(1) M. A. LEBLOND: *Une nation qu'on ne voit pas*. Artículo publicado en *Le Matin*, de París, el día 18 de julio de 1910.

(2) CHARLES-LÉON BERNARDIN: *Les Garnisons de Pologne*, id., id. en *L'Action*, el 21 de septiembre de 1912.

industria tomó un gran incremento. Desde 1870, el valor de los productos manufacturados polacos subió de 30 a 420 millones de rublos, y la cifra de los obreros fabriles pasó de 10.000 a 450.000. Una de las más importantes industrias polacas es la de tejidos. Había dicho Lesseps que en el siglo XX Varsovia sería el principal centro del comercio entre Europa y Asia; esta profecía iba realizándose. Las principales poblaciones de la Polonia rusa habían multiplicado enormemente el número de sus habitantes; al comenzar el siglo pasado, Varsovia tenía 40.000 habitantes, y Lodz (llamado el Manchester polaco) 1.000; en 1914 tenían, respectivamente, 800.000 y 400.000 habitantes.

El mercado principal, casi el único, de la industria polaca era Rusia. Este hecho económico contribuyó al cambio operado en una buena parte de la sociedad polaca, que se mostró dispuesta a aceptar la autonomía dentro del Imperio ruso. Una Polonia independiente, sin litoral, rodeada de Estados hostiles, hubiera vivido en condiciones económicas desfavorabilísimas. Ya en 1831, durante la insurrección que estalló el año anterior, Nicolás I había dicho: «Después de haber conquistado la independencia, los polacos se encontrarían en una situación difícil. ¿Qué harían sin puertos de mar? ¿Dónde llevarían los productos de su industria una vez los mercados rusos se hubieran cerrado para ellos?» (1).

La población de la Polonia rusa, según las estadísticas, está formada por los siguientes elementos: polacos, 71,8 %; judíos, 13,5; rusos, 6,7; alemanes, 4,3; lituanos, 3,3; fineses, 0,1; turco-tártaros, 0,1; diversos, 0,2 (2).

Además, en las regiones vecinas se encuentra buen número de polacos, y en las principales ciudades de Rusia hay (o había) colonias polacas muy numerosas.

(1) G. ALEXINSKY: *La Russie Moderne*, París, 1912; pág. 281.

(2) L. NIEDERLE: *La Race Slave*, cap. I, pág. 29.

V

En la Polonia prusiana

En el definitivo reparto de Polonia hecho por el Congreso de Viena, tocó a Prusia la Posnania o gran ducado de Posen, que tiene una extensión de 18.963 kilómetros cuadrados y cuenta actualmente con 2.000.000 habitantes, de los cuales un millón y cuarto son polacos, y la actual Prusia occidental (25.523 km.² y 1.700.000 habitantes, entre ellos más de medio millón de polacos). Además, hay importantes núcleos de polacos en la Prusia oriental (300.000 sobre más de 2.000.000 de habitantes). Y la Alta Silesia debe de considerarse como una región polaca, no sólo históricamente, sino también por la población, ya que de los 2.000.000 de habitantes que contiene, son polacos más de 1.200.000.

Había creído Prusia que, caída y descuartizada la nación polaca, sería fácil la obra de germanización del gran ducado de Posen. Esperaba que unas cuantas décadas bastarían al elemento alemán para imponerse al polaco, y que la desnacionalización se realizaría segura y gradualmente. Desde mucho antes, los alemanes habían emprendido la colonización de aquellas tierras, en las que había ya un 20 por 100 de alemanes en 1815; en 1867, las estadísticas daban el 45 por 100.

Pero los prusianos se engañaron. El censo de 1870 demostró que el elemento polaco de la Posnania, en vez de decrecer, aumentaba. No eran bastante claros los efectos de la intentada desnacionalización. La contrariedad que experimentaron los prusianos fué grande. Victoriosa Prusia sobre Francia y pactada la nueva Confederación germánica, Bismark redobló los

esfuerzos encaminados a la germanización de la Polonia alemana.

La obra de germanización violenta siguió diversas etapas. El *Kulturkampf* fué utilizado como arma antipolaca. Se expulsó del territorio prusiano a 40.000 polacos, que eran súbditos rusos o austriacos (1). Para los mozos polacos, el servicio militar fué un martirio. En 1886 se elaboró la ley de colonización *(Ansiedelunggesetz)*, que autorizó al Gobierno a emplear 100 millones de marcos en la compra de tierras para cederlas a colonos alemanes.

En 1876 desapareció la relativa tolerancia que se otorgaba a la lengua polaca en los tribunales y en las oficinas públicas. En 1886 y en 1887 se prohibió la enseñanza de la lengua polaca y el hablarla en las escuelas, fuera de la clase de religión.

Pactada en 1891 la alianza franco-rusa, las relaciones entre Alemania y Rusia se hicieron tirantes, y durante algún tiempo se creyó inevitable la guerra. Fué entonces cuando el canciller Caprivi procuró atraerse a los polacos, inaugurando una política de conciliación, a la cual contribuyó personalmente Guillermo II; la Polonia prusiana obtuvo algunas pequeñas concesiones. Los diputados polacos, esforzándose en llegar a un acuerdo con el Gobierno alemán, en el año 1893 votaron los créditos para la marina imperial. Este período tuvo una duración muy corta; por una parte, pasado el peligro de una guerra con Rusia, creyeron los alemanes que era necesario volver a la política de germanización; y, por otra parte, la táctica de los diputados polacos era combatida en Polonia por los elementos democráticos, cuya fuerza crecía cada vez más, y que eran enemigos de aquella «política cortesana». Pronto se volvió, pues, a la situación anterior.

En 1894 una sociedad prusiana, la *Ostmarkenverein*, fué fundada por Hansemann, Kenemann y Tiedemann, con el fin

(1) Antes de la guerra, ningún polaco que no fuese súbdito prusiano podía residir en Posnania.

de colonizar las comarcas fronterizas del Este. A los colonizadores alemanes se les dió el nombre de *hakatistas,* formado con las iniciales de los tres personajes citados (H. K. T.).

La actividad de la comisión de colonización aumentó. El primer capital de 100 millones de marcos destinado a la compra de tierras, fué duplicado y triplicado; hasta 1912 se habían gastado unos 500 millones. De 1886 a 1907 compró la comisión 235.000 hectáreas, la mayor parte de las cuales no pertenecían a polacos, sino a alemanes; muchos de éstos realizaron excelentes negocios, vendiendo a buen precio sus tierras a la comisión, bajo amenaza de venderlas a los polacos. La confianza de los prusianos en la eficacia de la colonización era tan completa, que Bismark había dicho: «Ahora a los polacos sólo les falta llevar a Mónaco el dinero de las tierras.» Y, no obstante, el fracaso fué grande.

La escasa eficacia de los procedimientos de colonización exacerbó la barbarie prusiana, la cual elaboró en el transcurso de los últimos años nuevas leyes odiosas. Para dificultar a los campesinos polacos el cultivo y la posesión de sus tierras, se promulgó el 10 de agosto de 1904 una ley que les prohibía levantar en las propiedades rurales edificios que no estuviesen contiguos a otros ya existentes. Los polacos procuraron burlar aquella ley inicua; acudieron al recurso de llevar a sus campos grandes carros cubiertos o vagones que les servían de habitación. Pero las autoridades se opusieron a que estos vagones se convirtiesen en viviendas, y prohibieron que se encendiese fuego en ellas, es decir, que se hiciese allí la comida. Es curioso reproducir el aviso siguiente, enviado por el presidente o alcalde del Municipio de Lindesbusch a un campesino polaco:

«De los informes del gendarme, resulta que habéis instalado un fogón en vuestra habitación en forma de carruaje *(wagennhaelichen).* Siendo así que a raíz de vuestra instalación se os prohibió poner fogón, os ordeno por la presente

que saquéis inmediatamente el citado «aparato de cocinar». Si no lo habéis hecho dentro de tres días a partir del presente aviso, se os impondrá una multa de 80 marcos, de conformidad con el artículo 132 de la ley de policía general.» (1).

La lengua polaca era encarnizadamente perseguida por los prusianos. No era tolerada en la Polonia alemana ninguna escuela polaca, ni pública ni particular. En las escuelas se daba la enseñanza en alemán, y los maestros germánicos castigaban cruelmente a los niños polacos que se atrevían a hablar en su lengua materna. Los niños mostraban ya la heroicidad de su raza. «A los 8 o 9 años—escriben Marius y Ary Leblond—(2) el muchacho se descubre soldado consciente defensor de su raza, de su civilización. Se ha fijado en que hay hombres que combaten la lengua de sus padres, y, frente a las repetidas tentativas de los dominadores para utilizarlo como espía y traidor a su familia, adquiere la noción de su deber.» A menudo se producían grandes huelgas escolares. Si los padres se quejaban de las crueldades de que se hacían víctimas a sus hijos, eran perseguidos y castigados por las autoridades prusianas.

En el mes de mayo de 1901 fueron objeto de violentos castigos los niños y las niñas de Wreschen, por negarse a aprender el catecismo y a entonar cánticos en alemán. Se oían desde la calle los gritos y llantos de las criaturas brutalmente maltratadas. Las madres corrieron a la escuela e intentaron irrumpir en el local. Sometidas a proceso, se las condenó a prisión.

Estos hechos adquirieron gran resonancia y levantaron airadas protestas; en Lemberg (Galitzia) fué arrancado el escudo del consulado alemán. En esta ocasión los socialistas de la Posnania se separaron de los socialistas alemanes; la escisión se puso de manifiesto en el Congreso socialista de Munich, celebrado el año 1902.

(1) GABRIEL SEAILLES: *L'Oppression prusienne en Pologne,* número de *Le Courrier Européen* del 23 de enero de 1908.

(2) *Le captivité d'une langue. Le Polonais.*

Sólo se permitía dar en polaco la enseñanza religiosa en la sección elemental de las escuelas primarias. Pero esta tolerancia cesó en la primavera de 1905. Los maestros comenzaron a introducir la enseñanza de la religión en alemán en las clases elementales. La protesta de los polacos fué formidable. El clero contribuyó a ella decididamente, a pesar de los consejos de resignación y prudencia que le dió el Vaticano. Miles de discípulos declararon la huelga escolar. El número de pequeños huelguistas llegaba a 100.000 a fines de 1906.

Ante el fracaso de la colonización, el príncipe de Bülow presentó el proyecto de ley de expropiación forzosa de las tierras de los polacos, que dió lugar a debates violentos en las Cámaras prusianas. Por 198 votos contra 119 fué aprobado en el Landtag (17 de enero de 1908) y por 143 contra 111 en la Cámara de los Señores (27 de febrero de 1908). Devuelto con pequeñas enmiendas al Landtag, el diputado polaco Stychel, poco antes de votarse definitivamente el proyecto, pronunció un discurso lleno de indignación, a cada momento interrumpido por vehementes protestas e imprecaciones.

«El Gobierno prusiano — dijo — no ha cumplido ninguno de sus deberes para con Polonia y le ha arrebatado uno a uno todos sus bienes morales, intelectuales y materiales.

»Se prohibe a los niños el hablar la lengua materna. Se cambia el nombre de las personas y de los lugares polacos. Se restringe, para los polacos, el derecho de sufragio. Se castiga con penas draconianas a los redactores de los periódicos polacos. Se nos combate con el poder del dinero, con engaños y con trampas, es decir, con armas indignas de un estado civilizado.

»Se nos prohibe levantar casas en nuestras tierras, obligándose a los campesinos polacos a vivir en cuevas y hoyos. Después de todas estas infamias, viene la ley de expropiación, producto de un cerebro enfermo.

»El príncipe de Bülow se queja del juicio que ha merecido esta ley en el extranjero. Es insensato pretender que los extranjeros aprueben lo que los hombres más nobles de Alemania han reprobado en la Cámara de los Señores.

»Esta ley es un golpe de maza sobre la cabeza de nuestra nación. El mismo día en que fué votada en la Cámara de los Señores, el zar declaraba en la Duma que nunca consentiría que se atacase la propiedad privada.

»Los alemanes nos lo han quitado todo. Ahora quieren, además, nuestros corazones, nuestros corazones polacos. Pues bien, ¡no los tendrán nunca! ¡Nosotros seremos, en definitiva, los vencedores!

Contestó al diputado Stychel, que estaba emocionadísimo, el barón de Rheinbaden, entonces ministro de Hacienda del gobierno prusiano. En un lenguaje altivo, expuso el punto de vista alemán.

«No es verdad—declaró—que hayan quedado incumplidas las promesas reales relativas a los polacos. Los reyes de Prusia nunca han dejado de mostrarse conciliadores con Polonia. ¿Y cuáles han sido los resultados? Las respuestas a las benevolencias reales han sido el movimiento de 1830 y las sediciones de 1848 y 1863.

»Todo lo bueno que tienen hoy los polacos lo deben a Prusia. El diputado Stychel ha dicho que los prusianos han hecho de los polacos unos ilotas. Yo digo que ilotas ya lo eran cuando Prusia los conquistó. Los prusianos son los que han llevado a los polacos por las vías del progreso y de la civilización.

»El gobierno no tiene, ni mucho menos, la intención de arrancar los sentimientos del alma polaca. Ya se ha daclarado en Posen que no se trata de arrebatar a los polacos su lengua nacional, ni sus recuerdos y tradiciones, sino que queremos, porque tenemos derecho a ello, que los polacos reconozcan sin reservas el Estado prusiano, cosa que no han hecho hasta ahora.

»Con esta ley, el gobierno prusiano quiere evitar que el elemento germánico se vea sumergido por los polacos.»

Habló después el leader conservador Heydebrand, quien pronunció, dirigiéndose a los polacos, estas brutales palabras, acogidas con una ovación por la Cámara:

«Habéis de sacar de esta ley la única consecuencia que se deriva de ella, que o sea vosotros sois irrevocablemente súbditos del Estado prusiano. Prusia no abandona nunca la tierra de la cual un día se apodera.»

Seguidamente fué aprobado el proyecto por los votos de los conservadores y nacionales-liberales contra los de los católicos del *Zentrum*, nacionalistas polacos y radicales (1). El gobierno quedó autorizado para expropiar 70.000 hectáreas de tierras polacas.

Pocas semanas después, se presentó al Reichstag la ley de Asociaciones *(Vereinsgesetz)*, cuyo art. 7.º representaba, evidentemente, un nuevo y grave ataque a la lengua polaca. Según este artículo, en las poblaciones donde no se hablase una lengua diferente de la alemana por más del 60 p. 100 de los habitantes, el uso de tal lengua en las reuniones públicas podía prohibirse (2). En Prusia había 43 distritos donde el polaco era hablado por más del 60 p. 100 de habitantes; 26 en la Posnania, 12 en la Alta Silesia, 6 en la Prusia occidental y 3 en la oriental. En cambio, el uso del polaco quedó prohibido en Posen, capital de la Polonia prusiana, donde, según las estadísticas oficiales, sólo lo hablaba el 57 p. 100 de los habitantes, y en las principales poblaciones mineras de la Alta Silesia.

(1) No había entonces ningún diputado socialista en el Landtag de Prusia. Los nacionales-liberales alemanes constituían un partido moderado.

(2) El artículo 7.°, en su primitiva redacción, fué rechazado por la Comisión del Reichstag, por 16 votos contra 11. Los radicales presentaron una enmienda, que fué aceptada, según la cual los Estados particulares de la Confederación quedaban autorizados para aplicar o dejar de aplicar el artículo; pero obligándose, en caso de aplicarlo, a hacer ciertas excepciones y a conceder completa libertad de lenguaje en las reuniones públicas del período electoral.

Esta ley afectaba también a los daneses del Sleswig-Holstein y a los alsaciano-loreneses. Sólo en tres distritos hablaba danés más del 60 p. 100. En la Alsacia-Lorena, en un solo distrito, el de Château-Salins, se hubiera podido hablar en francés en los actos públicos, de ser la ley rigurosamente aplicada (1).

A pesar de tantas leyes opresoras y persecutorias, los polacos resistieron heroicamente las acometidas del germanismo. En cuanto a la lengua, podemos citar unas cifras elocuentes de los censos: de los 3.300.000 polacos que había en Prusia, más de 3.100.000 no hablaban ni entendían el idioma alemán; los que lo entendían no llegaban a 200.000.

Por medio de la prensa, principalmente, se defendía en la Posnania la lengua polaca. Los periódicos polacos eran numerosísimos, no obstante la persecución que sufrían. El diario más importante tenía 70.000 suscriptores.

Para la resistencia *a outrance* los polacos cuentan con un factor precioso: la alta natalidad de su raza. La población polaca crece en una proporción mucho mayor que la población alemana. Según la frase del ex canciller Bülow, los polacos se multiplican «como conejos». En las provincias prusianas, la natalidad era mayor cuantos más polacos habitaban en ellas. En el año 1900, mientras mil mujeres casadas polacas producían 344 criaturas, mil alemanas *pur sang* sólo producían 252 (2).

Jacques Bertillon ha dado las cifras estadísticas precisas de la mortalidad y la natalidad en Posen y en Prusia en un año, por cada mil habitantes. Helas aquí:

	Posen 1891-1900	1901-04	Prusia 1891-900	1901-4
Nacimientos.	43,3	42,8	38	36,3
Defunciones.	23,8	22,4	23,1	20,8
Exceso de nacimientos. .	19,5	20,4	14,9	15,5

(1) Estos detalles los facilitó al diario *L'Humanité* un distinguido socialista polaco.

(2) ROBERT HERTZ: *Socialisme et depopulation*. París. 1910. Pág. 11.

«Si Polonia — escribía J. Bertillon (1) — resiste a Prusia, potencia formidable, es porque mientras la población prusiana crece a razón del 15 por 1.000 (y eso es ya enorme), la población polaca aumenta a razón del 20 por 100».

Es de notar que esta proporción resultaba aminorada a causa de la emigración obrera y de la desnacionalización. Las cifras que da N. Niederle (2), como coeficiente anual de crecimiento de la población polaca, son sensiblemente menores: 1,4 por 100 en los países polacos de Alemania.

En un trabajo publicado años atrás, Dmowski resumía así la cuestión polaca: «Cada uno de los tres Estados que se han apropiado territorios de la antigua Polonia tiene poca tierra polaca, pero demasiados polacos, de los cuales no sabe qué hacer». En la Posnania el tanto por ciento de alemanes ha decrecido desde 1867: según las estadísticas oficiales prusianas, había 45 por 100 en 1867; 39,87 en 1890; 38,49 en 1900; 38,54 en 1905. Este pequeño aumento de 0,05 por 100 en los últimos cinco años lo atribuye Dmowski a los trabajos de la comisión de colonización.

No obstante, era en Alemania donde estaba más en peligro la nacionalidad polaca; la germanización hizo notables progresos parciales. El grupo polaco de los mazures está casi desnacionalizado. Los mazures profesan la religión luterana. Hablan un dialecto polaco; pero, como dice el publicista alemán Fr. Tetzner (3), «el mazur evangélico es prusiano de cuerpo y alma y se diferencia completamente del polaco católico». Según Dmowski (4), en los últimos tiempos se han notado en los mazures los primeros síntomas del despertar nacional.

(1) *La force vaincue par la natalité.* Artículo publicado en *Le Journal,* de París, en el mes de marzo de 1908.
(2) *La Race Slave.* Cap. II, pág. 78.
(3) *Die Slawen in Deutchsland.* Braunschwiv. 1902. Pág. 133.
(4) *La question polonaise.* Cap. I. Pág. 18.

El partido más fuerte de la Posnania era el partido popular, formado por la burguesía nacionalista, muy numerosa y muy poderosa. El socialismo internacional no adquirió allí mucha importancia. Una buena parte del proletariado nacionalista militante formaba la Unión de Obreros. Los diputados polacos, tanto en el Landstag de Prusia como en el Reichstag de Alemania, formaban un solo grupo, que debía seguir el parecer de la mayoría. Un solo comité electoral organizaba y dirigía las elecciones. En las elecciones generales de 1907 los representantes polacos en el Reichstag pasaron de 16 a 20; en las de 1912 triunfaron 19.

La persecución política contra los polacos de la Posnania era implacable. Las sociedades, especialmente las gimnásticas o *sokols*, eran a menudo disueltas y procesadas. Los himnos polacos — el religioso *Boze cos Polska* (Dios salve a Polonia) y el patriótico o guerrero *Ieszeze Polska nie zginela* (La Polonia no ha muerto) — estaban severamente prohibidos (1). Además se llegó a prohibir la celebración de Congresos polacos de medicina y de ciencias naturales. Para defenderse de las arbitrariedades gubernativas, los patriotas fundaron en 1905 la asociación *Siraz* (El Vigía).

Los polacos sienten por los alemanes un odio intensísimo. Odian mucho más a los alemanes que a los rusos, y preferían la ferocidad moscovita, con sus deportaciones y ejecuciones, a la metódica asfixia de que eran objeto en la Polonia prusiana. En su obra *La question polonaise,* Dmowski preconizaba una inteligencia polono-rusa para combatir la influencia y los progresos del germanismo; muchos eran los polacos que participaban de esta opinión; pero la política antipolaca de Petrogrado, cuya acentuación se atribuía a la presión de Berlín, hizo imposible la solución propuesta. La aprobación de la ley de expropiación forzosa exacerbó las iras de los

(1) General Bourelly: *La question polonaise en Prusse.* Trabajo publicado en *Le Correspondant,* de París, año 1907.

polacos contra los alemanes; en la Polonia rusa y en Galitzia se acordó declarar el boycot a las mercancías alemanas; en Lemberg fué quemada la efigie de Guillermo II.

En cuanto a la colonización, los esfuerzos de los alemanes para adquirir tierras polacas fueron chocando de continuo con mayores obstáculos y cada vez tenían menos eficacia. Con todo y los millones que la comisión prusiana de colonización gastó en esta obra desnacionalizadora, los polacos la resistieron victoriosamente. La Memoria de la comisión, relativa al año 1910, presentada al Landtag de Prusia, constituye una buena prueba de ello. La comisión se queja de la casi imposibilidad de encontrar tierras en venta y de comprarlas. De año en año adquiere menos. En 1909 compró 3.457 hectáreas de tierras pertenecientes a polacos; en 1910 sólo pudo comprar 1.300, cifras que aun bajaron en 1911. La resistencia de los polacos a enajenar sus tierras era invencible.

Desde hace muchos años, los agricultores polacos organizaron potentes asociaciones para reunir un capital colectivo destinado a luchar contra la colonización emprendida o protegida por el Estado. A los millones alemanes se opusieron los millones polacos.

De otra parte, la colonización de las tierras, como sistema de desnacionalización, no es bastante eficaz en nuestros días. «La colonización de un país —dice Bertillon— la recomendaba Maquiavelo a fines del siglo XV, y se apoyaba en la experiencia de los romanos para elogiarla. Pero las circunstancias han cambiado desde el siglo XV. La posesión de la tierra ya no es, como antes, la única fuente de riqueza. Es, pues, inútil que Prusia rompa sus compromisos solemnes, viole su Constitución y se haga culpable de un odioso abuso de fuerza.»

Ante este fracaso, la comisión de colonización declaró que no había más remedio que aplicar la ley de expropiación forzosa de 1908. El gobierno prusiano, convencido de la iniquidad de la ley, y afectado por la protesta mundial contra la

misma, no se había atrevido aún a aplicarla. Pero en el mes de octubre de 1912, mientras la atención angustiosa de Europa convergía hacia la guerra de los Balcanes, en Berlín se ordenó la expropiación de cuatro propietarios polacos. La aplicación de la ley inicua había empezado.

En la Dieta de Prusia hubo con este motivo un debate violento. Korfanty, diputado polaco por la Silesia, hijo de un minero, orador de cálida elocuencia, interpeló al gobierno en términos durísimos. «La guerra que hacen el gobierno y la administración pública contra los polacos—exclamó—es una mezcla de cobardía y de hipocresía. Una tal política no despertará entre nosotros más que odio, desprecio y dolor. Aceptamos la lucha contra vosotros. Nuestra acción es lenta, pero vendrá un día que vencerá a nuestros enemigos y a nuestros verdugos.»

Católicos, socialistas y radicales combatieron la aplicación de la ley. El diputado socialista Borchardt dijo que los socialistas no eran partidarios de respetar la propiedad privada. «Pero nosotros — añadió — obramos más decentemente, pues vosotros no intentáis otra cosa que un acto de vejación y de odio.» El diputado danés de Sleswig, Nissen, afirmó que la ley de expropiación era una mancha sobre el honor de Prusia.

La protesta repercutió en Austria-Hungría. Y la minoría polaca del Reichsrath, en una reunión a la cual asistieron tres ministros de Austria, declaró que, habiendo puesto en práctica, el gobierno prusiano, la ley de expropiación forzosa, sería en adelante difícil a los diputados polacos sostener la política de alianza con Alemania, por ser éste un «Estado que recurre a leyes de excepción para arrojar a todo un pueblo del suelo cultivado por sus antepasados».

Escribieron entonces Marius y Ary Leblond (1) que «esta manifestación es tanto más importante cuanto que, desde la reciente aplicación del sufragio universal en Austria, la ma-

(1) La Prusse expropie les Polonais. Artículo publicado en *L'Action*, del 5 de noviembre de 1912.

yoría parlamentaria tiende, a cada renovación del *Reichsrath*, a representar efectivamente la mayoría nacional, y los eslavos son dos veces y media más numerosos que los alemanes en la monarquía habsburguesa. Checos, galitzianos y eslavos del sud trabajan, los unos francamente, los otros inconscientemente, para separar el Austria de la Triple Alianza y para acercarla a Francia e Inglaterra».

Intentaban los alemanes cohonestar su política antipolaca con la excusa de que se trataba para ellos de una necesidad. Creían que si ellos no hundían a los polacos, los polacos los hundirían a ellos. Bismarck había dicho que la lucha contra Polonia era para Prusia una lucha por la existencia. Bülow, poco después de los acontecimientos de 1905, declaró: «La cuestión polaca es para nosotros un peligro nacional; si no se la conjura a tiempo, la existencia misma de Prusia quedaría amenazada. Es para nosotros una cuestión de vida o muerte; no está en nuestra mano escoger las armas de combate.» Un prestigioso autor alemán escribe: «Tenemos el derecho y el deber de conservar nuestros territorios polacos que constituyen los vínculos absolutamente necesarios de nuestras provincias orientales... El Estado que renuncia a defenderse, con todas sus fuerzas, contra el enemigo, se condena a sí mismo y ha de sucumbir... Un Imperio alemán en el cual los polacos del Este pudiesen hacer retroceder al elemento germánico y absorverlo, no se comprende: es un absurdo» (1).

VI

En la Polonia austriaca

La Galitzia es la parte de Polonia que se adjudicó Austria en el reparto de 1772; en 1846, le fué anexionada la República de Cracovia, formando en junto un territorio de 78.531

(1) VON MÜLLER: *Deutsche und Poleniender Ostmarken*, Basilea, 1898.

kilómetros cuadrados, que hoy cuenta con 8.000.000 de habitantes, de los cuales 4.000.000 son polacos y cerca de igual número rutenos o ucranios. Hay, además, un importante núcleo de población polaca (250.000 almas) en el Principado de Treschen (Silesia austriaca). En la Galitzia, los polacos habitan principalmente la región occidental, y los rutenos la oriental.

En un principio, Austria siguió con los polacos de Galitzia, que habían pasado a ser súbditos suyos, una política acentuada de opresión y desnacionalización. También los Gobiernos austriacos aprovecharon el antagonismo entre las clases dirigentes y las clases populares. Jean Jaurés lo hizo notar: «¿Qué quiere el conquistador?—hacía observar.—Quiere el silencio, la inercia. Éste fué el caso de la Polonia austriaca, donde Metternich diezmó a la burguesía activa y favoreció a los campesinos inactivos» (1). La política de Metternich arruinó económicamente a Galitzia, que era ya la más atrasada de las regiones polacas.

Después de la batalla de Sadowa (1866), en la cual Austria fué vencida por Prusia, el Gobierno de Viena dió a los polacos galitzianos libertades relativamente amplias, que conservaron hasta hoy y que les hicieron la existencia soportable.

Fué Austria-Hungría el Estado más heterogéneo de Europa. De él formaron parte pueblos de diversas razas, algunas de las cuales han vivido independientes durante varios siglos. Los principales grupos nacionales de Austria gozaban de una autonomía más o menos extensa y tenían Dietas propias; Hungría era casi independiente. Las rivalidades y las querellas no desaparecieron, sin embargo. Pero los polacos aceptaron el régimen que les dió Austria, y sus clases directoras estuvieron, hasta hace poco, en excelentes relaciones con el empe-

(1) De un discurso pronunciado por Jaurés en el Congreso socialista francés de 1906, celebrado en Limoges, combatiendo las doctrinas de Gustavo Hervé.

rador y con el Gobierno de Viena. Galitzia tenía Dieta particular, el idioma polaco no sufría ninguna persecución, y la enseñanza se daba en la lengua nacional de Polonia, con excepción del gran número de escuelas rutenas establecidas en las comarcas orientales.

El regimen autónomo de Galitzia no era ciertamente muy democrático. Las clases conservadoras, inteligenciadas con Viena, predominaron durante un largo período de tiempo. Quizá en eso estaba el secreto del respeto de Austria a las libertades polacas. El escritor italiano Ugo Ojetti ha dicho: «Austria es benigna para con sus polacos. Éstos son religiosos, pobres, conservadores, y, en el Parlamento, ministeriales; merecen toda la libertad» (1).

Los diputados polacos del Reichsrat (Cámara popular de Austria) apoyaron la política imperialista y germanista de los hombres de Estado austriacos. Más aun: un ministro polaco del Gobierno de Viena, Bilinoski, fué el autor de una ley que sometía a los campesinos serbios de la Bosnia, anexionada a Austria, a un consorcio de capitalistas alemanes y húngaros, que constituyó un Banco privado para rescatar, en lugar de hacerlo el Estado, las tierras de los antiguos señores. Los checos, los eslovenos y los croatas combatieron el proyecto violentamente; pero fué aprobado por los votos de los alemanes y de los polacos. Esta actitud de los diputados provocó en Galitzia fuertes protestas.

En los últimos años, las clases populares iniciaron una lucha empeñada contra las clases aristocráticas; y las primeras, favorecidas por el relativo desarrollo de la instrucción entre ellas y por la introducción del sufragio universal en Austria (1907), hicieron decrecer mucho la antes incontestable influencia de la nobleza.

Los polacos austriacos, libres para organizar la enseñanza,

(1) Ugo Ojetti: *La Polonia in festa.* Artículo publicado en el *Corriere della Sera* el 10 agosto 1910.

elevaron el presupuesto de Instrucción pública, desde 1867, de 1 a 20 millones; duplicaron el número de escuelas primarias y triplicaron el de clases y maestros; el número de discípulos pasó de 150.000 en 1867 a 1.000.000. Las Universidades contaban con 6.500 estudiantes, en lugar de 1.750 que tenían en aquella fecha (1).

Así y todo, la enseñanza en Galitzia no era satisfactoria. La influencia católica daba un carácter eminentemente religioso a las escuelas, donde se aprendía más catecismo que conocimientos humanos. Las plegarias por el emperador Francisco José preocupaban más a los maestros polacos que la misma enseñanza del idioma nacional. Estas graves deficiencias traducíanse en el hecho de existir en la Polonia austriaca un 40,8 por 100 de analfabetos (2).

Usando de una libertad que sólo tienen los polacos en Austria, el novelista Kraszewski fundó la *Macierz skolna*, sociedad de instrucción popular, que contaba más de treinta años de existencia y publicaba una biblioteca popular que consta de más de 150 volúmenes de obras de la literatura nacional, de las cuales se hacía un tiraje de 1.000.000 de ejemplares. En Cracovia existía la antiquísima Academia de Ciencias y Bellas Letras, llamada Academia Jagellon.

Los partidos políticos de la Polonia austriaca eran el conservador, el nacionalista demócrata, el progresista y el socialista. El partido conservador, sostenido por el clero católico, dominó hasta hace pocos años. El nacionalismo de los conservadores galitzianos era atenuado, tibio. En las grandes fiestas celebradas en 1910 en conmemoración de la victoria de los polacos sobre los teutones en Grünwald, los conservadores observaron una actitud de abstención y de reserva, sin duda para no hacerse sospechosos a la Corona y al Gobierno de Austria.

(1) M. A. Leblond: *La captivité d'une langue. Le Polonnais.*
(2) L. Niederle. *La Race Slave.* Capítulo II.

Desde hacía algún tiempo, el despertar nacional de los rutenos o ucranios de Galitzia encendió entre éstos y los polacos una lucha apasionada, de la cual nos ocuparemos al hablar de Ucrania.

VII

La cuestión religiosa en Polonia

En la mitad del siglo X, durante el reinado de Mieszislas I, fué introducido en Polonia el Cristianismo. Cuando se produjo el movimiento protestante, los polacos permanecieron fieles a la Iglesia romana; fueron y son católicos fervientes. No obstante, dieron repetidas pruebas de tolerancia; en el siglo XIV, mientras los judíos eran perseguidos en toda Europa, el rey polaco Casimiro el Grande les concedió en sus dominios amplia libertad religiosa, hasta el punto de que la Polonia medioeval fué llamada «el paraíso de los judíos»; en tiempos de las guerras religiosas de la Reforma, los protestantes perseguidos encontraron un refugio en la tierra polaca.

El factor religioso tuvo una gran importancia en el movimiento nacionalista polaco. La religión católica establece una diferencia más entre los polacos y los alemanes y los rusos. De seguro que en la *entente* entre los austriacos y los polacos de Galitzia contribuyó poderosamente el común catolicismo romano. En la lucha de los polacos contra Alemania y Rusia entraba por mucho la lucha de la Iglesia católica contra el Protestantismo y contra la Iglesia griega. Eso no quiere decir que la cuestión nacionalista de Polonia fuese, en el fondo, una cuestión religiosa, pues más bien era esta última la que tomaba un marcado carácter nacional.

Sobre este interesante punto, creemos oportuno reproducir las consideraciones hechas por el escritor polaco Czarnowski (1):

(1) *Le Courrier Européen.* Diciembre de 1905.

«En Polonia se es muy católico gracias a la posición especial de religión nacional que el catolicismo ha tomado en nuestro país. Después del reparto de Polonia, Prusia y Rusia hicieron una guerra encarnizada al catolicismo, que era el vínculo más poderoso de la unidad nacional. En efecto, el pueblo esclavizado no tenia, en su mayor parte, conciencia de su nacionalidad. Solamente su culto le unía a las clases nobles o burguesas, que representaban, inmediatamente después del reparto, la nación polaca.

»El único medio que tenían los partriotas polacos para reconstituir una nación, haciendo entrar en ella a los que estaban excluídos, era tomar por base de solidaridad la unidad del culto. Al contrario de lo que ha pasado en la Europa occidental, el catolicismo fué, en Polonia, un agente de democratización, al promover la fusión de las clases feudales en una comunidad nacional. Sirvió para sacar a los campesinos de su indiferencia en materia nacional, para convertirlos en ciudadanos. Pero, para conseguir ésto, debió perder su universalidad, convertirse en lo que el pueblo llama la «religión polaca».

»Hoy el cura rural puede tener una influencia enorme sobre las masas, con la condición, sin embargo, de atenderlas en sus deseos y sus aspiraciones de ciudadanos. Así es que, si el alto clero es poco recomendable desde el punto de vista nacional, salvo raras excepciones, el clero bajo es, en su gran mayoría, francamente nacionalista, opuesto a toda tentativa de intervención (*main mise*) romana en la democracia naciente de la Polonia rusa.

»Este clero no sólo está individualmente adherido a la causa polaca, sino que también hace cuanto puede para estar a la altura de su misión. Yo no hablaré aquí de los hombres que se han hecho sacerdotes sólo para poder entrar más fácilmente en relaciones con el pueblo. Éstos, naturalmente, son poco numerosos. Pero casi todo el clero joven, desde hace mucho tiempo, se esfuerza en organizarse. En todas las diócesis ha

no disgustar al kaiser, se abstuvo de defender la tesis polaca, absolutamente conforme con los principios de justicia y las doctrinas romanas, e intentó salir del paso aconsejando a los católicos polacos los procedimientos pacíficos y el respeto a las autoridades prusianas.

»Desde hace mucho tiempo—escribe Czarnowski en su citado artículo—habíamos dejado de esperar de Roma ninguna clase de auxilio en nuestras luchas por la libertad nacional. A lo menos teníamos el derecho de esperar que la autoridad papal mantendría una estricta neutralidad respecto al movimiento polaco actual, y que, por su propio interés, no haría esfuerzos para obstaculizarlo. Nos hemos engañado. Sugestionado por la antigua y absurda idea de reunir un día la Rusia ortodoxa a Roma, el Vaticano se ha inclinado ante el imperio de los zares por la vaga esperanza de obtener el derecho de enviar un Nuncio a Petersburgo, quizás de conquistar un concordato. No ha vacilado tampoco en ir contra los intereses de los polacos, que son, con los lituanos, los únicos católicos súbditos de Rusia.»

Es evidente que la influencia deprimente de la teocracia contribuyó, en parte, al atraso intelectual y social de Polonia. En los últimos tiempos esta influencia se ejercía principalmente sobre las clases rurales; en las ciudades, el proletariado industrial y los hombres de estudio fueron sustrayéndose a la acción católica y se encaminaron rápidamente hacia las ideas de libertad.

VIII

La vitalidad de Polonia

Los que creían que el nacionalismo polaco era una causa extinta o definitivamente perdida; los que pensaban que de la nación polaca no quedaban más que los recuerdos heroicos de su historia; los que suponían que los polacos estaban asimi-

lados o iban asimilándose a las naciones dominadoras, cayeron en un formidable error. No; el *Finis Poloniae* no se ha confirmado ni va por el camino de confirmarse. A Polonia, según la frase de Jaurés, se la ha querido enterrar en una triple tumba; pero el patriotismo polaco ha roto las losas sepulcrales prusiana, austriaca y rusa... Todos los que han estudiado la cuestión polaca han formulado la misma conclusión: ¡Polonia vive!

Vivió un siglo y cuarto bajo las espadas del régimen militarista de Rusia y Prusia; perseguida, martirizada; pero siguió viviendo, creciendo y mirando el porvenir con justificadas esperanzas.

Quizá ningún otro pueblo ha sido más terriblemente castigado. Quizá ningún otro pueblo hubiera resistido un tan cruel martirio. La tragedia de Polonia es grandiosa. Tiene un carácter heroico, épico. Es aquélla una raza verdaderamente indomable. Desde este punto de vista, sólo admiración inspiran los polacos. Ellos han hecho por la patria los más dolorosos y cruentos sacrificios; han preferido la cárcel, la tortura, el destierro, la pobreza, la muerte, a la traición a su nacionalidad. Por élla han dado siempre que ha sido necesario, la hacienda, la libertad y la sangre. Los ejemplos de valor y de abnegación de los polacos son, quizá, únicos en nuestros tiempos. El espíritu de esta raza se revela en el hecho de haber levantado en Gracovia una montaña, la montaña de Kosciuszko, hecha artificialmente con las paletadas de tierra llevadas por los patriotas.

Después de la revuelta de 1863, en el último tercio del siglo pasado, prodújose en Polonia un curiosísimo y trascendental fenómeno. Se dieron cuenta los polacos de que el misticismo patriótico, que en la primera mitad del siglo XIX había tenido su expresión genial en el gran poeta Mickiewicz, no bastaba para obtener el triunfo. Y se curaron de su mesianismo loco, dando a su acción un sentido más positivo, más

juicioso. Dejaron de soñar en la resurrección milagrosa de su reino, en la victoria inmediata sobre las grandes potencias dominadoras; y, mediante un movimiento de reconcentración espiritual, trabajaron para despertar y desarrollar las fuerzas internas de la raza. Y sucedió que el pueblo, hasta entonces falto del sentimiento patriótico, existente sólo en la nobleza, se sintió polaco, adquirió la conciencia de su personalidad nacional. La burguesía y la población rural entraron de lleno en el movimiento nacionalista, que tomó el carácter de un verdadero renacimiento en la última década del siglo XIX. En 1897, el gobernador general de Varsovia, el príncipe Emeretinski, confesaba en un documento secreto, dirigido al emperador, que los procedimientos de rusificación puestos en práctica habían fracasado.

Cuando Polonia fué repartida, los polacos eran de seis a siete millones. Hoy son más de 20.000.000. Se extienden por las tierras vecinas e invaden diversas regiones de Prusia y de Rusia. Se calcula que en América hay 3.000.000 de polacos.

Las fiestas del Centenario de la batalla de Grünwald, celebradas en el mes de julio de 1910, fueron brillantes. En Cracovia se realizó una manifestación a la cual asistieron miles y miles de polacos, muchos de ellos llegados de la Polonia rusa y de la Polonia alemana. El entusiasmo de la multitud era imponente. La comitiva, bajo el sol de un día espléndido que hacía llamear las banderas, ora estallaba en frenéticos aplausos, ora cantaba el himno patriótico:

¡Polonia no ha muerto!

Y la gran esperanza de estas palabras, repetidas por la gente que presenciaba el acto desde puertas, balcones y ventanas, encendía los corazones polacos. El famoso novelista Sienkiewicz, en un manifiesto, habló a sus compatriotas en términos llenos de optimismo.

«Grünwald ha de ser una fiesta nacional magnífica, digna y

seria, una fiesta con dos caras: la una vuelta hacia el pasado, con aquellas tristes palabras del Dante: *Nessun maggior dolore...;* y la otra vuelta hacia el porvenir lleno de esperanza y de fe, con la convicción de que la historia de nuestro pueblo no ha terminado y que después de las pasajeras calamidades vendrá el renacimiento seguro, al cual nos llevarán el trabajo, las virtudes cívicas y la instrucción del pueblo.»

Los hermanos Marius y Ary Leblond, que pasaron dos años realizando una encuesta por las tres Polonias, escribían en 1910:

«Al volver de Polonia, se nos pregunta en París: ¿Qué esperan en puridad los polacos?

»Nosotros respondemos: Piden más libertad; pedirán, una después de otra, las libertades que les parezca legítimo y racional desear, según el grado de civilización a que Europa se cree llegada. Quieren volver a entrar en el orden normal de Europa. Actualmente ven libertadas nacionalidades que estuvieron oprimidas como la suya hace un siglo: Italia, Grecia, Rumania, Serbia y Bulgaria. Y dicen: ¿Es qué nosotros hemos prestado a la civilización menos servicios que Bulgaria?

»Aceptarían, a falta de la independencia, la autonomía; estimando que se recogería tal beneficio concediéndosela, que habrá, quizás pronto, ministros bastante inteligentes para hacerles otorgar en el imperio ruso y hasta en el imperio alemán, la autonomía que Austria les concedió después de Sadowa (1).

La frase de Rousseau se ha confirmado en Polonia: Rusia, Prusia y Austria se la comieron, pero no la han podido digerir.

(1) M. A. Leblond: *Une nation qu'on ne voit pas.*

IX (1)

Polonia y la guerra. — La resurrección del Estado polaco.

Cuando, en agosto de 1914, estalló la gran guerra, todos los hombres avisados comprendieron que del choque surgiría un nuevo mapa de Europa; y previeron asimismo que los problemas nacionalistas hallarían su solución.

Entre estas cuestiones, la de Polonia ha ocupado un lugar preferente en el pensamiento de los hombres de gobierno y en los planes de las cancillerías. Podemos decir que los problemas de esta especie que más han preocupado y preocupan son dos: Alsacia-Lorena y Polonia.

Pocas semanas después de empezada la guerra, los polacos oyeron las palabras amigas del gran duque Nicolás, entonces generalísimo de los ejércitos rusos. En nombre del zar, el gran duque declaraba a los polacos que había terminado el período de enemistad entre las dos naciones, Rusia y Polonia, hermanas por la raza y por la lengua, y les anunciaba la concesión de una amplia autonomía. Los polacos acogieron la proclama con júbilo, un poco obscurecido, empero, por el recelo de que pudieran quedar incumplidas tan bellas promesas. Este recelo estaba justificado, en parte, por la actitud de los funcionarios rusos, los odiosos *tchinomiki,* que se empeñaron en continuar obrando en Polonia de la misma manera que antes.

Un año después, todo el territorio de la Polonia rusa era conquistado por los austro-alemanes como consecuencia de la retirada general de los rusos, exigida por la derrota sufrida en Galitzia. Alemania y Austria, tras una serie de vacilaciones y

(1) Capítulo añadido a la obra por el autor.

debates diplomáticos, convinieron en la creación, bajo sus auspicios, de una Polonia independiente, que comprendería el territorio de la antigua Polonia rusa, con las modificaciones que una ulterior delimitación introdujera. Y fué publicado el famoso manifiesto del 5 de noviembre de 1916, firmado por los dos emperadores: Guillermo II y Francisco José I.

Creyeron los austro-alemanes que con este manifiesto habían dado un gran golpe, a la vez político y militar. Su intención era obtener de los polacos, a cambio de una promesa de futura independencia para uno de los pedazos de su patria, la formación de un ejército de algunos centenares de miles de hombres, que vendría a engrosar los contingentes de los Imperios centroeuropeos. Con esa creencia, abrieron en Polonia banderín de enganche. El resultado fué un fracaso enorme. Se alistaron apenas unos pocos miles de hombres. Y, en vez de constituir un gran ejército polaco, los austro-alemanes debieron decidir que el ínfimo número de reclutas se sumara a la legión que en el comienzo de la guerra habían formado los polacos en la Galitzia.

Entretanto, con la mayor parte del conquistado territorio de la Polonia rusa se habían organizado dos zonas de ocupación, la alemana y la austriaca, con la capital respectiva en Varsovia y Lublin, al frente de cada una de las cuales pusieron un gobernador general. Con grandes dificultades pudieron los alemanes constituir en Varsovia un Consejo de Estado provisional, compuesto por representantes del titulado Consejo nacional, especie de comité mixto de los partidos que aceptaron el decreto austro-alemán del 6 de noviembre. Precisa advertir que dichos partidos no representan más que una pequeña minoría del pueblo de la Polonia rusa, y que la mayoría de éste la representa el Club de los Partidos Polacos, integrado por los partidos no conformistas.

A pesar de haberse constituído el Consejo de Estado provisional con elementos germanófilos o de débil sentido nacio-

nalista, muy pronto empezaron los conflictos entre el Consejo y las autoridades alemanas. Una parte de los consejeros dimitió y poco después el consejo declaró que renunciaba a seguir desempeñando sus funciones.

Mientras el conflicto polaco-alemán se agriaba, sobrevino la revolución rusa de marzo de 1917. El cambio de régimen en Rusia produjo un efecto enorme en los polacos. Éstos, que habían protestado del proyecto austro-alemán, porque tendía a perpetuar el fraccionamiento de su patria, se dieron cuenta de que habían desaparecido, por parte de Rusia, los últimos obstáculos a la completa libertad nacional de la Polonia unificada. Esta impresión tuvo confirmación plena en el manifiesto dirigido por el gobierno provisional ruso a los polacos el 30 de marzo. El manifiesto reconocía la independencia de Polonia, sin otra limitación que un voluntario pacto militar, y les invitaba a luchar fraternalmente unidos a los rusos por la libertad rusa y por la libertad polaca. Empleaba así el gobierno provisional la generosa fórmula que los insurgentes polacos de 1830 inscribieron en sus banderas: «*Por nuestra libertad y por la vuestra.*»

Durante el verano de 1917, el conflicto entre los polacos y los austro-alemanes agravóse considerablemente. Por haberse negado los legionarios polacos a prestar juramento de fidelidad a Alemania y Austria, fué disuelta la legión y encarcelado su jefe, el general José Pilsudski, popularísimo entre sus compatriotas. Al mismo tiempo, los polacos de la Galitzia reivindicaban solemnemente el derecho de Polonia a formar un Estado independiente, unificado y con acceso al mar Báltico por las bocas del Vistula y el puerto de Gdansk (Dantzig). Esta demanda ha puesto furiosa a la Prensa alemana, que viene hablando, tiempo ha, de la ingratitud de los polacos.

Con el intento de contrarrestar el creciente disgusto del pueblo polaco, los Imperios centrales promulgaron, el 12 de setiembre de 1917, un nuevo decreto que viene a establecer las

bases de una futura Constitución del Estado polaco. Por dicha acta o decreto se unificaba el territorio de las dos zonas, la alemana y la austriaca, y se disponía la creación de un Consejo de regencia, encargado a su vez de designar un ministerio y un Consejo de Estado. Los polacos dispensaron a los nuevos acuerdos de los gobiernos de Berlín y Viena una fría y reservada acogida.

El más elemental estudio de la cuestión de Polonia llevaba a todo espíritu ecuánime a la conclusión siguiente: *Los Imperios centrales no pueden resolver la cuestión de acuerdo con los dictados de la justicia y con la voluntad del pueblo polaco. Prusia, especialmente, no accederá jamás, a no ser por la fuerza, a la* desanexión *de la parte del territorio polaco que se anexionó. La restauración de la Polonia una y libre sólo puede realizarse por la victoria de la Entente.*

Para los alemanes, son los polacos, hoy como diez siglos atrás, el «enemigo hereditario». El alma alemana habló por boca de Guillermo II, cuando éste, hace algunos años, decía, en un acto celebrado en Posen, en recuerdo de los «caballeros teutónicos»: «Un prusiano del Este es un centinela alemán frente al amenazador polonismo. ¡Jamás debe desertar de su puesto de honor». Y el diario *Neweste Nachrichten* interpretaba el pensamiento de los alemanes, al escribir, hace pocos meses, estas palabras: «El ideal de Kosciusko no existe para nosotros. Combatimos única y exclusivamente por nuestros intereses... Un reino polaco independiente y unificado sería para Alemania una constante amenaza.»

La victoria de la Entente hizo posible la resurrección del Estado polaco, en su plena libertad y en su integridad.

Con la derrota de los imperiales, cayó el régimen germano-austriaco en Finlandia. El general Pilsudski, el jefe de las legiones polacas, que estaba preso en la fortaleza de Magdeburgo, fué puesto en libertad por el nuevo gobierno alemán, y, al llegar a Varsovia, se hizo cargo del poder, destituyendo a los que lo

ejercieron. Constituyó un ministerio de partido, socialista patriota, de conformidad con sus personales ideas, presidido por Noraczewski. Pilsudski vino a ser así el jefe del Estado polaco, el presidente de la República polaca.

Este ministerio, por ser de partido, no era bien visto por gran número de patriotas polacos. Estaba, además, en desacuerdo con el Comité nacional polaco de París, presidido por Román Dmowski, y oficialmente reconocido por las potencias de la Entente como representación de Polonia en el extranjero. Paderewski, tan gran patriota como gran artista, dirigióse desde París a Polonia, con el carácter de delegado del Comité nacional de París, al cual pertenecía. Su triunfal llegada a Posen, capital de la Polonia alemana, coincidió con el levantamiento de aquella región contra los alemanes. Puestos de acuerdo Paderewski y Pilsudski, el ministerio Noraczewski presentó la dimisión y constituyó, bajo la presidencia de Paderewski, un ministerio de coalición patriótica.

A últimos de febrero de 1919 se celebraron las elecciones para la Asamblea constituyente en los tres pedazos de la Polonia, otra vez unidos. Los grupos patrióticos obtuvieron una gran victoria. La Constituyente, reunida en Varsovia, confirmó a Pilsudski y a Paderewski en sus puestos respectivos de jefe del Estado y jefe del gobierno.

LITUANIA

I

Los lituanos. — Unión de Lituania a Polonia.

Los lituanos constituyen una raza aparte entre los arios. Su idioma, que algunos consideran como la lengua de los arios primitivos, tiene mucha semejanza con el latín, el griego y el sánscrito.

La Lituania forma un territorio de 273.000 km.², situado entre Rusia y Polonia, al NE. de ésta. El número de habitantes es de unos 3.500.000, entre los cuales hay numerosos polacos y rusos. La agricultura es la principal ocupación de los naturales del país. Etnológicamente, pertenecen también a la nación lituana los letones, los cuales, en número de 2.000.000, están establecidos en la Curlandia y en la Livonia.

La Lituania actual no es otra cosa que las ruinas de un antiguo pueblo fuerte y numeroso. Los lituanos, con sus hermanos de raza los letones y los prusianos primitivos, ocuparon, siglos pasados, el litoral báltico (1). Vencidos y sojuzgados los primitivos prusianos por los Caballeros teutónicos, fueron completamente asimilados por éstos, que, además, se apropiaron el nombre de *prusianos* y denominaron *Prusia* a su

(1) El nombre del Mar Báltico es lituano. En la lengua lituana, *baltas* quiere decir blanco.

territorio. Otros alemanes, los Porta-espadas, sojuzgaron a los letones, los cuales, sin embargo, conservaron sus costumbres y su lengua. Sólo los lituanos quedaron libres. Y no solamente quedaron libres, sino que en los siglos XIII y XIV engrandecieron por la conquista sus dominios, formando un Estado que se extendía desde el Mar Báltico hasta el Mar Negro, y que era el Estado europeo más amplio de aquel tiempo. Entonces había unos 5.000.000 de lituanos.

Hasta fines del siglo XIV, la Lituania fué un gran ducado independiente. Como ya hemos consignado al hablar de Polonia, en el último tercio de dicho siglo se hizo la unión polono-lituana por el enlace de la reina de Polonia Eduvigis con el duque de Lituania Ladislao Yagellón, conservando, empero, polacos y lituanos su respectiva autonomía. A propósito de esta boda existe una tradición, según la cual la reina Eduvigis estaba enamorada de Guillermo de Austria, del cual era prometida; pero el casamiento con Ladislao Yagellón era de alta conveniencia, ya que con él se ponía fin a la hostilidad de los lituanos y se convertía al cristianismo un príncipe y un pueblo que profesaban el paganismo; en aquel tránsito, un Santo Cristo, que aun es venerado en Polonia, habló a la reina y le aconsejó que sacrificase su amor a la fe y a la patria, casándose con el gran duque Yagellón.

Este régimen de plena autonomía, sin otra limitación que la de un débil vínculo dinástico, duró hasta el siglo XVI, en que se pactó el tratado de Lublin (1569). Entonces quedó estipulado que Polonia y Lituania tendrían un Parlamento común, pero que los lituanos conservarían sus instituciones judiciales y administrativas y tendrían ejército propio. Este régimen era, con poca diferencia, como el antiguo régimen dualista de Austria-Hungría (1).

A partir de la unión de Lublin comenzó la polonización de Lituania. «Las instituciones y la lengua polaca—escribe Niederle (1) — se impusieron a las instituciones y a la lengua de los indígenas; las clases superiores de la sociedad se polonizaron y la colonización polonesa penetró en el país, especialmente en la Polesia.» El sentimiento nacional sólo se conservaba en las clases populares.

(1) J. Gabrys. *Mémoire sur la Nation lithuanienne.* Paris, 1911. Pág. 13

Formando un solo Estado con Polonia, Lituania siguió la triste suerte de aquélla. Al ser repartido el reino polaco, la casi totalidad de Lituania pasó al poder de Rusia y una pequeña parte al de Prusia.

Tan profunda llegó a hacerse la desnacionalización de Lituania, tan fuertemente marcaron rusos y polacos su huella, que durante mucho tiempo ha sido clasificado como un pueblo eslavo. Posteriormente, los estudios antropológicos y lingüísticos han demostrado perfectamente que no pertenece a la raza eslava.

Entre las lenguas indo-europeas, el lituano es el que más se acerca al sánscrito. Contiene un gran número de palabras mucho menos alejadas del radical primitivo que de las lenguas eslavas, latinas y germánicas. Es tal esta semejanza, que los campesinos lituanos pueden entender frases sánscritas compuestas por los sabios (2). De ahí que la lengua lituana tenga un extraordinario interés científico. Diversos filólogos eminentes la han estudiado con provecho. Kant publicó en 1800 una gramática lituana. Eliseo Reclus (3) dice que «si el valor de una nación en el conjunto de la humanidad tuviese que medirse por la belleza de su lengua, los lituanianos estarían en primera fila entre los habitantes de Europa.»

(1) *La Race Slave.* Cap. II, pág. 66.
(2) J. Gabrys. *Mémoire sur la nation lithuanienne.* Pág. 7.
(3) *Geographie Universelle.*

II

Lituanos y polacos. — Polonización y rusificación.

Mientras los polacos gemían bajo la opresión y luchaban por su libertad, usaban contra los lituanos procedimientos semejantes a aquellos de los cuales ellos eran víctimas. Los lituanos, como los rutenos, se quejaban de la tiranía polaca.

Respecto al pleito entre lituanos y polacos, hemos leído pareceres contradictorios. Los agravios de los primeros los encontramos resumidos en un trabajo publicado años atrás en un diario católico de París por el escritor lituano que firma Rankus. En este trabajo hay un conjunto de detalles interesantes. A continuación traducimos un fragmento:

«Un período tan largo de existencia común dió por resultado la absorción de nuestra aristocracia nacional en la aristocracia polaca. Mientras que la clase popular ha guardado fidelidad a las antiguas costumbres y ha conservado la lengua propia, la nobleza se ha polonizado en tan alto grado, que se avergüenza de la lengua de sus antepasados. El clero lituano, procedente en su mayor parte de nobles venidos a menos, participa de los prejuicios de éstos. Y en cuanto al clero que procede del pueblo, al ponerse en contacto con sus aristocráticos colegas, acaba por pensar con ellos y como ellos. Así es como se ha polonizado una parte considerable del pueblo.

»Una vez perdida la independencia de Polonia, la nobleza y el clero comprendieron que la lengua es, después de la religión, el lazo que más vigorosamente une al individuo con una colectividad determinada. Para la polonización estaban abiertos todos los caminos. En las escuelas se enseñaba solo en polaco. Se prohibía a los niños hablar otro idioma que el

polaco. Se imponían penas bárbaras a los escolares que hablaban en lituaniano. Aún hay más: La Iglesia era el agente más eficaz de polonización. El canto, las oraciones, las lecciones de catecismo, todo lo aprovechaban los sacerdotes para servir su celo polonizador. Cuando el obispo fué polaco, el movimiento polonizador se acentuó enérgicamente. A menudo se ha visto que los clérigos de las diócesis lituanianas daban más importancia a la polonización de sus rebaños que a su cristianización. Es necesario nombrar, entre los prelados que fueron grandes apóstoles del polonismo en Lituania, a monseñor Straszynski, nombrado, en 1837, obispo de las diócesis de Seyny (provincia de Suvalki). Tenía el buen gusto de llamar «lengua de corderos» a la lengua lituaniana, cuya belleza, no obstante, ha llamado la atención de distinguidos filólogos de Francia. Este obispo, con sus «decretos de reforma» proscribió de muchas iglesias el uso de la lengua lituana, reemplazándola por la polaca. Llegó a imponer esta lengua hasta en las parroquias donde aún hoy el pueblo no habla más que en lituano.

»Hay una opinión, que no tiene fundamento cierto, según la cual la lengua lituaniana no es otra cosa que un *patois* del polaco. Pero en realidad la diferencia entre estas dos lenguas no es menor que la que existe entre el alemán y el francés. Pero volvamos a monseñor Straszynski. Este exhortaba a sus clérigos a abrir todas las escuelas posibles, pero era necesario que se enseñara a leer y a escribir en polaco. Sus determinaciones son tan inverosímiles, que cualquiera se preguntará, al conocerlas, cómo ha podido un pueblo obedecer tan extraños «decretos de reforma». Ésto se comprenderá si se considera la atmósfera de esclavitud en que siempre vivió el pueblo. Una antiquísima servidumbre doblegó las voluntades, impidiendo toda tentativa de resistencia. Es así como los esfuerzos de los polacos han obtenido tan eficaz resultado. Parece que uno esté soñando cuando lee los documentos, irrecusables por cierto, que refieren la invasión de la «superior cultura

polaca». Las protestas de la nobleza eran rarísimas, y los polonizadores consiguieron el triunfo fácilmente.»

La opresión rusa también se dejó sentir pesadamente sobre la Lituania dividida en provincias. Hasta el uso del nombre de Lituania fué prohibido en 1840 y se substituyó por la denominación geográfica de «País del Nordeste».

Comenzó entonces una brutal política de rusificación. La Universidad de Vilna (Lituania) fué trasladada a Kief; los griegos unidos y los católicos fueron perseguidos; quedó abolido el Estatuto lituano (1848), promulgándose en su lugar el código ruso. Uno de los golpes más fuertes contra la cultura lituana fué la prohibición de usar en las obras impresas los caracteres latinos—introducidos en Lituania en el siglo XVI—, que constituían, para aquel pueblo, un poderoso vínculo con la civilización occidental. El gobierno ruso quiso imponer a los lituanos los caracteres tipográficos rusos, pero aquéllos se resistieron a servirse de los mismos: la literatura y la cultura lituana sufrieron cruelmente. «Es imposible—escribe J. Gabrys (1)—calcular la pérdida moral causada a la nación lituana con tan nefasta prohibición. La nación toda fué condenada a vegetar durante la segunda mitad del siglo XIX (1864 a 1904), sin Prensa, sin ese instrumento indispensable a la instrucción nacional. No hay, pues, nada sorprendente en el hecho de que los lituanos, privados del medio de afirmar su existencia, fuesen considerados como una nación desaparecida.»

III

El nacionalismo lituano.

El zar Alejandro I no había opuesto ningún obstáculo a la influencia polaca en Lituania. La situación cambió, empero, en tiempo de Nicolás I, quien abolió, en Lituania y Volinia, la unión religiosa con Roma o religión de los griegos unidos, y obligó a éstos a que constasen como pertenecientes a la Iglesia ortodoxa. Además, organizó una campaña de rusificación, especialmente en las escuelas. Esta campaña, según Dmowski (1), no tuvo mucha eficacia. «En 1863 – dice—, los polacos eran aún, como antes, el elemento predominante, desde el punto de vista intelectual y económico, y el país conservaba casi íntegramente su fisonomía polaca.» No obstante, el retroceso del polonismo en Lituania había comenzado, y adquirió pronto grandes proporciones.

(1) *Mémoire sur la nation lithuanienne*, pág. 17.

En el artículo citado anteriormente, el escritor lituano Rankus dice:

«El decreto de abolición de la servidumbre, promulgado por el gobierno ruso el año 1861, modificó profundamente las relaciones del pueblo con sus antiguos señores laicos y eclesiásticos. A partir de esta época, comenzó una nueva era para las nacionalidades que estaban bajo la dominación de la antigua Polonia. Los campesinos, enriquecidos por su trabajo, envían sus hijos a los colegios de primera y segunda enseñanza y a las Universidades. Una parte de la juventud lituana se desprende presto de los principios políticos de la escuela polaca. Ésta proclamaba la necesidad de trabajar por la restauración de Polonia y por la expansión del idioma polaco.»

A pesar del grave inconveniente que representaba la prohibición de los caracteres latinos, la literatura lituana, a la cual habían dado un considerable impulso Poszka, Drukantas y el obispo Valanczewski —los tres precursores del renacimiento nacional—, siguió desarrollándose. Los libros y los periódicos lituanos que no podían imprimirse en la Lituania rusa se imprimían en la Lituania prusiana. La literatura lituana hízose profundamente nacionalista. Kudirka escribió la obra *Tevynes Varpai* (Las campanas de la patria) y compuso el himno nacional lituano *Lietuva tevyne musu* (Lituania patria nuestra).

(1) *La question polonaise*, cap. I.

«Afortunadamente—escribe Rankus—, en esta época, una de las sedes episcopales estaba ocupada por un hombre de tacto y perspicacia, dotado, además, de un verdadero genio administrativo.

»Monseñor Valancius, o Valanczewski —así se llamó por exigencias de la moda— era hijo de un agricultor. Le corresponde el inmenso mérito de haber roto la tradición del clero lituano, fiel vasallo de la nobleza, y de haber dirigido la atención de sus sacerdotes hacia el pueblo. El impulso que supo dar a la vida nueva arraigó tan fuertemente, que, a pesar de haber muerto en 1875, hoy aun nos parece que vive, por su influencia, entre este valeroso clero. Fué denunciado muchas veces a Roma como prelado sospechoso, pero supo siempre justificarse. Por desgracia, sólo una diócesis ha tenido la ventura de poseer un obispo patriota. En las otras inmensas diócesis lituanas, la de Vilna y la de Seyny, el clero, de acuerdo con la nobleza, sigue polonizando al país. Los sacerdotes nacionalistas han sido perseguidos. Se ha introducido el idioma polaco en muchas diócesis donde la gente no habla más que lituano. Para hacer desaparecer la lengua lituana, se la trató y se la trata todavía de lengua pagana. Los partidarios del movimiento nacionalista lituano son designados con el apelativo de «litvoman», con el cual se indica que están poseídos de una manía *sui generis*. La táctica polonizadora del obispo de Vilna, monseñor Zvierovicz, consistía en enviar sacerdotes lituanos donde no se hablaba el lituano, y, al contrario, sacerdotes polacos a las parroquias puramente lituanas. Bajo el gobierno de este obispo, la persecución de la lengua lituana llegó hasta el extremo de arrancar la cruz monumental del jubileo eclesiástico de 1900. Fué, en efecto, arrancada de los muros de la iglesia de San Nicolás de Vilna, únicamente por la inscripción lituana que ostentaba. Envióse la cruz a Roma, para que la Santa Sede comprobase su carácter católico. El último obispo de Vilna, el barón de Ropp, ha continuado, en

este punto, la política de su predecesor, si bien evitando los excesos.

»Suceden anomalías increíbles. ¿Se quiere un ejemplo? Helo aquí. Con ocasión del período revolucionario de 1905, en una parroquia de la diócesis de Vilna, un sacristán y un organista pronunciaban discursos socialistas, en lituano, ante el pueblo reunido para el mercado de la semana, mientras el cura predicaba solamente en polaco, pues ignoraba el lituano. Se dirigieron quejas a Roma, pero no se obtuvo otro resultado que introducir de nuevo el lituano en una de las iglesias de Vilna de la cual había sido arrojado. Gracias a las disposiciones del administrador actual de la diócesis, comenzó a emplearse otra vez en las parroquias rurales diocesanas de Vilna. Lo mismo sucedió en otras diócesis; pero estas disposiciones encuentran enorme resistencia por parte de los hacendados más ricos. Por ejemplo, un cura de una parroquia lituana, no pudiendo soportar la absurda tiranía que se le imponía de predicar a los lituanos en polaco, lengua que la inmensa mayoría de la parroquia no entiende, pidió una autorización al obispo para predicar en lengua inteligible. Entonces, los hacendados organizaron un coro de cantores, y, tan pronto como el sacerdote comenzó a predicar en lituano, estalló un canto que ahogó su voz (1). Otros propagadores de la cultura polaca en Lituania se arreglan de distinta manera para conjurar el peligro del «paganismo lituano». Agrupan algunas docenas de hombres, poniéndolos cerca del altar mayor. Cuando el sacerdote empieza el sermón en lituano, los manifestantes comienzan a bajar hacia la puerta de la iglesia. Así dan a entender que no quieren sermón en lituano. Últimamente, se originó un gran tumulto, una verdadera batalla, esgrimiéndose candelabros, banderas y todo lo que vino a mano. A consecuencia de estos escándalos, mandóse cerrar la iglesia donde tuvieron lugar, por mucho tiempo...

(1) En Lituania, el polaco, desde hace algunos siglos, es la lengua materna de la nobleza y de la burguesía.

«Afortunadamente—escribe Rankus—, en esta época, una de las sedes episcopales estaba ocupada por un hombre de tacto y perspicacia, dotado, además, de un verdadero genio administrativo.

»Monseñor Valancius, o Valanczewski —así se llamó por exigencias de la moda— era hijo de un agricultor. Le corresponde el inmenso mérito de haber roto la tradición del clero lituano, fiel vasallo de la nobleza, y de haber dirigido la atención de sus sacerdotes hacia el pueblo. El impulso que supo dar a la vida nueva arraigó tan fuertemente, que, a pesar de haber muerto en 1875, hoy aun nos parece que vive, por su influencia, entre este valeroso clero. Fué denunciado muchas veces a Roma como prelado sospechoso, pero supo siempre justificarse. Por desgracia, sólo una diócesis ha tenido la ventura de poseer un obispo patriota. En las otras inmensas diócesis lituanas, la de Vilna y la de Seyny, el clero, de acuerdo con la nobleza, sigue polonizando al país. Los sacerdotes nacionalistas han sido perseguidos. Se ha introducido el idioma polaco en muchas diócesis donde la gente no habla más que lituano. Para hacer desaparecer la lengua lituana, se la trató y se la trata todavía de lengua pagana. Los partidarios del movimiento nacionalista lituano son designados con el apelativo de «litvoman», con el cual se indica que están poseídos de una manía *sui generis*. La táctica polonizadora del obispo de Vilna, monseñor Zvierovicz, consistía en enviar sacerdotes lituanos donde no se hablaba el lituano, y, al contrario, sacerdotes polacos a las parroquias puramente lituanas. Bajo el gobierno de este obispo, la persecución de la lengua lituana llegó hasta el extremo de arrancar la cruz monumental del jubileo eclesiástico de 1900. Fué, en efecto, arrancada de los muros de la iglesia de San Nicolás de Vilna, únicamente por la inscripción lituana que ostentaba. Envióse la cruz a Roma, para que la Santa Sede comprobase su carácter católico. El último obispo de Vilna, el barón de Ropp, ha continuado, en

este punto, la política de su predecesor, si bien evitando los excesos.

»Suceden anomalías increibles. ¿Se quiere un ejemplo? Helo aquí. Con ocasión del período revolucionario de 1905, en una parroquia de la diócesis de Vilna, un sacristán y un organista pronunciaban discursos socialistas, en lituano, ante el pueblo reunido para el mercado de la semana, mientras el cura predicaba solamente en polaco, pues ignoraba el lituano. Se dirigieron quejas a Roma, pero no se obtuvo otro resultado que introducir de nuevo el lituano en una de las iglesias de Vilna de la cual había sido arrojado. Gracias a las disposiciones del administrador actual de la diócesis, comenzó a emplearse otra vez en las parroquias rurales diocesanas de Vilna. Lo mismo sucedió en otras diócesis; pero estas disposiciones encuentran enorme resistencia por parte de los hacendados más ricos. Por ejemplo, un cura de una parroquia lituana, no pudiendo soportar la absurda tiranía que se le imponía de predicar a los lituanos en polaco, lengua que la inmensa mayoría de la parroquia no entiende, pidió una autorización al obispo para predicar en lengua inteligible. Entonces, los hacendados organizaron un coro de cantores, y, tan pronto como el sacerdote comenzó a predicar en lituano, estalló un canto que ahogó su voz (1). Otros propagadores de la cultura polaca en Lituania se arreglan de distinta manera para conjurar el peligro del «paganismo lituano». Agrupan algunas docenas de hombres, poniéndolos cerca del altar mayor. Cuando el sacerdote empieza el sermón en lituano, los manifestantes comienzan a bajar hacia la puerta de la iglesia. Así dan a entender que no quieren sermón en lituano. Últimamente, se originó un gran tumulto, una verdadera batalla, esgrimiéndose candelabros, banderas y todo lo que vino a mano. A consecuencia de estos escándalos, mandóse cerrar la iglesia donde tuvieron lugar, por mucho tiempo...

(1) En Lituania, el polaco, desde hace algunos siglos, es la lengua materna de la nobleza y de la burguesía.

«Afortunadamente—escribe Rankus—, en esta época, una de las sedes episcopales estaba ocupada por un hombre de tacto y perspicacia, dotado, además, de un verdadero genio administrativo.

»Monseñor Valancius, o Valanczewski —así se llamó por exigencias de la moda— era hijo de un agricultor. Le corresponde el inmenso mérito de haber roto la tradición del clero lituano, fiel vasallo de la nobleza, y de haber dirigido la atención de sus sacerdotes hacia el pueblo. El impulso que supo dar a la vida nueva arraigó tan fuertemente, que, a pesar de haber muerto en 1875, hoy aun nos parece que vive, por su influencia, entre este valeroso clero. Fué denunciado muchas veces a Roma como prelado sospechoso, pero supo siempre justificarse. Por desgracia, sólo una diócesis ha tenido la ventura de poseer un obispo patriota. En las otras inmensas diócesis lituanas, la de Vilna y la de Seyny, el clero, de acuerdo con la nobleza, sigue polonizando al país. Los sacerdotes nacionalistas han sido perseguidos. Se ha introducido el idioma polaco en muchas diócesis donde la gente no habla más que lituano. Para hacer desaparecer la lengua lituana, se la trató y se la trata todavía de lengua pagana. Los partidarios del movimiento nacionalista lituano son designados con el apelativo de «litvoman», con el cual se indica que están poseídos de una manía *sui generis*. La táctica polonizadora del obispo de Vilna, monseñor Zvierovicz, consistía en enviar sacerdotes lituanos donde no se hablaba el lituano, y, al contrario, sacerdotes polacos a las parroquias puramente lituanas. Bajo el gobierno de este obispo, la persecución de la lengua lituana llegó hasta el extremo de arrancar la cruz monumental del jubileo eclesiástico de 1900. Fué, en efecto, arrancada de los muros de la iglesia de San Nicolás de Vilna, únicamente por la inscripción lituana que ostentaba. Envióse la cruz a Roma, para que la Santa Sede comprobase su carácter católico. El último obispo de Vilna, el barón de Ropp, ha continuado, en

este punto, la política de su predecesor, si bien evitando los excesos.

»Suceden anomalías increíbles. ¿Se quiere un ejemplo? Helo aquí. Con ocasión del período revolucionario de 1905, en una parroquia de la diócesis de Vilna, un sacristán y un organista pronunciaban discursos socialistas, en lituano, ante el pueblo reunido para el mercado de la semana, mientras el cura predicaba solamente en polaco, pues ignoraba el lituano. Se dirigieron quejas a Roma, pero no se obtuvo otro resultado que introducir de nuevo el lituano en una de las iglesias de Vilna de la cual había sido arrojado. Gracias a las disposiciones del administrador actual de la diócesis, comenzó a emplearse otra vez en las parroquias rurales diocesanas de Vilna. Lo mismo sucedió en otras diócesis; pero estas disposiciones encuentran enorme resistencia por parte de los hacendados más ricos. Por ejemplo, un cura de una parroquia lituana, no pudiendo soportar la absurda tiranía que se le imponía de predicar a los lituanos en polaco, lengua que la inmensa mayoría de la parroquia no entiende, pidió una autorización al obispo para predicar en lengua inteligible. Entonces, los hacendados organizaron un coro de cantores, y, tan pronto como el sacerdote comenzó a predicar en lituano, estalló un canto que ahogó su voz (1). Otros propagadores de la cultura polaca en Lituania se arreglan de distinta manera para conjurar el peligro del «paganismo lituano». Agrupan algunas docenas de hombres, poniéndolos cerca del altar mayor. Cuando el sacerdote empieza el sermón en lituano, los manifestantes comienzan a bajar hacia la puerta de la iglesia. Así dan a entender que no quieren sermón en lituano. Últimamente, se originó un gran tumulto, una verdadera batalla, esgrimiéndose candelabros, banderas y todo lo que vino a mano. A consecuencia de estos escándalos, mandóse cerrar la iglesia donde tuvieron lugar, por mucho tiempo...

(1) En Lituania, el polaco, desde hace algunos siglos, es la lengua materna de la nobleza y de la burguesía.

«Afortunadamente—escribe Rankus—, en esta época, una de las sedes episcopales estaba ocupada por un hombre de tacto y perspicacia, dotado, además, de un verdadero genio administrativo.

»Monseñor Valancius, o Valanczewski —así se llamó por exigencias de la moda— era hijo de un agricultor. Le corresponde el inmenso mérito de haber roto la tradición del clero lituano, fiel vasallo de la nobleza, y de haber dirigido la atención de sus sacerdotes hacia el pueblo. El impulso que supo dar a la vida nueva arraigó tan fuertemente, que, a pesar de haber muerto en 1875, hoy aun nos parece que vive, por su influencia, entre este valeroso clero. Fué denunciado muchas veces a Roma como prelado sospechoso, pero supo siempre justificarse. Por desgracia, sólo una diócesis ha tenido la ventura de poseer un obispo patriota. En las otras inmensas diócesis lituanas, la de Vilna y la de Seyny, el clero, de acuerdo con la nobleza, sigue polonizando al país. Los sacerdotes nacionalistas han sido perseguidos. Se ha introducido el idioma polaco en muchas diócesis donde la gente no habla más que lituano. Para hacer desaparecer la lengua lituana, se la trató y se la trata todavía de lengua pagana. Los partidarios del movimiento nacionalista lituano son designados con el apelativo de «litvoman», con el cual se indica que están poseídos de una manía *sui generis*. La táctica polonizadora del obispo de Vilna, monseñor Zvierovicz, consistía en enviar sacerdotes lituanos donde no se hablaba el lituano, y, al contrario, sacerdotes polacos a las parroquias puramente lituanas. Bajo el gobierno de este obispo, la persecución de la lengua lituana llegó hasta el extremo de arrancar la cruz monumental del jubileo eclesiástico de 1900. Fué, en efecto, arrancada de los muros de la iglesia de San Nicolás de Vilna, únicamente por la inscripción lituana que ostentaba. Envióse la cruz a Roma, para que la Santa Sede comprobase su carácter católico. El último obispo de Vilna, el barón de Ropp, ha continuado, en

este punto, la política de su predecesor, si bien evitando los excesos.

»Suceden anomalías increíbles. ¿Se quiere un ejemplo? Helo aquí. Con ocasión del período revolucionario de 1905, en una parroquia de la diócesis de Vilna, un sacristán y un organista pronunciaban discursos socialistas, en lituano, ante el pueblo reunido para el mercado de la semana, mientras el cura predicaba solamente en polaco, pues ignoraba el lituano. Se dirigieron quejas a Roma, pero no se obtuvo otro resultado que introducir de nuevo el lituano en una de las iglesias de Vilna de la cual había sido arrojado. Gracias a las disposiciones del administrador actual de la diócesis, comenzó a emplearse otra vez en las parroquias rurales diocesanas de Vilna. Lo mismo sucedió en otras diócesis; pero estas disposiciones encuentran enorme resistencia por parte de los hacendados más ricos. Por ejemplo, un cura de una parroquia lituana, no pudiendo soportar la absurda tiranía que se le imponía de predicar a los lituanos en polaco, lengua que la inmensa mayoría de la parroquia no entiende, pidió una autorización al obispo para predicar en lengua inteligible. Entonces, los hacendados organizaron un coro de cantores, y, tan pronto como el sacerdote comenzó a predicar en lituano, estalló un canto que ahogó su voz (1). Otros propagadores de la cultura polaca en Lituania se arreglan de distinta manera para conjurar el peligro del «paganismo lituano». Agrupan algunas docenas de hombres, poniéndolos cerca del altar mayor. Cuando el sacerdote empieza el sermón en lituano, los manifestantes comienzan a bajar hacia la puerta de la iglesia. Así dan a entender que no quieren sermón en lituano. Últimamente, se originó un gran tumulto, una verdadera batalla, esgrimiéndose candelabros, banderas y todo lo que vino a mano. A consecuencia de estos escándalos, mandóse cerrar la iglesia donde tuvieron lugar, por mucho tiempo...

(1) En Lituania, el polaco, desde hace algunos siglos, es la lengua materna de la nobleza y de la burguesía.

«Afortunadamente—escribe Rankus—, en esta época, una de las sedes episcopales estaba ocupada por un hombre de tacto y perspicacia, dotado, además, de un verdadero genio administrativo.

»Monseñor Valancius, o Valanczewski —así se llamó por exigencias de la moda— era hijo de un agricultor. Le corresponde el inmenso mérito de haber roto la tradición del clero lituano, fiel vasallo de la nobleza, y de haber dirigido la atención de sus sacerdotes hacia el pueblo. El impulso que supo dar a la vida nueva arraigó tan fuertemente, que, a pesar de haber muerto en 1875, hoy aun nos parece que vive, por su influencia, entre este valeroso clero. Fué denunciado muchas veces a Roma como prelado sospechoso, pero supo siempre justificarse. Por desgracia, sólo una diócesis ha tenido la ventura de poseer un obispo patriota. En las otras inmensas diócesis lituanas, la de Vilna y la de Seyny, el clero, de acuerdo con la nobleza, sigue polonizando al país. Los sacerdotes nacionalistas han sido perseguidos. Se ha introducido el idioma polaco en muchas diócesis donde la gente no habla más que lituano. Para hacer desaparecer la lengua lituana, se la trató y se la trata todavía de lengua pagana. Los partidarios del movimiento nacionalista lituano son designados con el apelativo de «litvoman», con el cual se indica que están poseídos de una manía *sui generis*. La táctica polonizadora del obispo de Vilna, monseñor Zvierovicz, consistía en enviar sacerdotes lituanos donde no se hablaba el lituano, y, al contrario, sacerdotes polacos a las parroquias puramente lituanas. Bajo el gobierno de este obispo, la persecución de la lengua lituana llegó hasta el extremo de arrancar la cruz monumental del jubileo eclesiástico de 1900. Fué, en efecto, arrancada de los muros de la iglesia de San Nicolás de Vilna, únicamente por la inscripción lituana que ostentaba. Envióse la cruz a Roma, para que la Santa Sede comprobase su carácter católico. El último obispo de Vilna, el barón de Ropp, ha continuado, en

este punto, la política de su predecesor, si bien evitando los excesos.

»Suceden anomalías increíbles. ¿Se quiere un ejemplo? Helo aquí. Con ocasión del período revolucionario de 1905, en una parroquia de la diócesis de Vilna, un sacristán y un organista pronunciaban discursos socialistas, en lituano, ante el pueblo reunido para el mercado de la semana, mientras el cura predicaba solamente en polaco, pues ignoraba el lituano. Se dirigieron quejas a Roma, pero no se obtuvo otro resultado que introducir de nuevo el lituano en una de las iglesias de Vilna de la cual había sido arrojado. Gracias a las disposiciones del administrador actual de la diócesis, comenzó a emplearse otra vez en las parroquias rurales diocesanas de Vilna. Lo mismo sucedió en otras diócesis; pero estas disposiciones encuentran enorme resistencia por parte de los hacendados más ricos. Por ejemplo, un cura de una parroquia lituana, no pudiendo soportar la absurda tiranía que se le imponía de predicar a los lituanos en polaco, lengua que la inmensa mayoría de la parroquia no entiende, pidió una autorización al obispo para predicar en lengua inteligible. Entonces, los hacendados organizaron un coro de cantores, y, tan pronto como el sacerdote comenzó a predicar en lituano, estalló un canto que ahogó su voz (1). Otros propagadores de la cultura polaca en Lituania se arreglan de distinta manera para conjurar el peligro del «paganismo lituano». Agrupan algunas docenas de hombres, poniéndolos cerca del altar mayor. Cuando el sacerdote empieza el sermón en lituano, los manifestantes comienzan a bajar hacia la puerta de la iglesia. Así dan a entender que no quieren sermón en lituano. Últimamente, se originó un gran tumulto, una verdadera batalla, esgrimiéndose candelabros, banderas y todo lo que vino a mano. A consecuencia de estos escándalos, mandóse cerrar la iglesia donde tuvieron lugar, por mucho tiempo...

(1) En Lituania, el polaco, desde hace algunos siglos, es la lengua materna de la nobleza y de la burguesía.

Los pobres sacerdotes lituanos se ven obligodos a veces a recurrir a la policía contra los perturbadores del orden público. Entonces los periódicos polacos los tratan de traidores.

»La prensa polaca encubre y defiende a sus compatriotas. Nunca acepta informaciones que pongan las cosas en su punto ni condena nunca a sus compatriotas por estas iniquidades. Al contrario, da siempre la culpa a los «patrioteros lituanos». No deja, empero, de estampar frases sonoras para expresar su simpatía a los lituanos. Los llama, a menudo, nación hermana, pueblo hermano. Palabras y nada más. Últimamente la Duma rusa pudo cerciorarse de la fraternidad admirable que une a los polacos con los lituanos. En una de las últimas sesiones de la comisión de Instrucción pública de la Duma, los diputados polacos, de acuerdo con la extrema derecha, han votado un proyecto de ley que dispone que la enseñanza primaria en lengua nacional no rija en Lituania. Según esta ley, la enseñanza se ha de dar en ruso. Otro hecho. En estos últimos tiempos, los polacos decidieron polonizar la Lituania por el horrible sistema de la colonización. A este efecto, abrieron en Varsovia una agencia para favorecer la inmigración polaca... En cartas a los propietarios polacos, alardea esta agencia de haber comprado un número considerable de bienes en Lituania para el indicado fin... No tienen inconveniente en hacer con los lituanos las expropiaciones que hacen los alemanes con sus hermanos de Posnania...»

La pequeña parte de la nación lituana sometida a Prusia había gozado de un régimen benigno. Lengua y costumbres fueron respetadas. En la Universidad de Koenisberg existía una cátedra de lengua y literatura lituana; en los decretos relativos a los lituanos se empleaba la lengua de éstos. «La Lituania —escribe J. Gabrys (1)— no gozaba de una autonomía completa; pero tenía privilegios que permitían a su individualidad nacional desplegarse libremente.

(1) *Mémoire sur la nation lithuanienne*, pág. 24.

Al hacerse poderoso y absorbente el reino de Prusia, y sobre todo desde la formación del actual Imperio alemán, su política hacia los lituanos cambió radicalmente. Bismark inició una política encaminada a la destrucción de la nación y de la raza lituana en Alemania.

En la Lituania prusiana la lengua del país quedó excluída en absoluto de la enseñanza, de las iglesias protestantes y de las oficinas públicas. Los lituanos, como los daneses del Slesvig, como los polacos del ducado de Posen, como los alsaciano-loreneses, sufrieron el asalto brutal y tenaz de la germanización.

Pero ni la opresión de los rusos y los alemanes, ni los esfuerzos de los polacos, pudieron destruir el nacionalismo lituano, que crecía y se vigorizaba. A despecho de la dura persecución que los lituanos sufrieron durante la segunda mitad del pasado siglo — persecución que los hizo emigrar a los Estados Unidos, en número de un millón—, los patriotas fueron desarrollando su acción nacionalista. Tilsit, capital de la Lituania prusiana, se convirtió en centro editorial de los lituanos. Los libros y otras publicaciones se imprimían allí en caracteres latinos y entraban clandestinamente en la Lituania rusa; los que caían en manos de las autoridades rusas eran confiscados y quemados. Los lituanos contestaban quemando, a su vez, los impresos en ruso que el gobierno de Petrogrado hacía repartir entre ellos pródigamente. En 1883, el ferviente patriota Basanovic fundó en Tilsit el diario lituano *Auszra* (La Aurora). Éste fué substituído, más tarde, por otros diarios nacionalistas, como *Varpas* (La Campana) y *Ukininkas* (El Campesino).

Igual que las demás nacionalidades oprimidas del Imperio ruso, la Lituania encontró, en la revolución liberal rusa de 1905, el alivio de su servidumbre. Los úkases que prohibían el uso de los caracteres latinos quedaron derogados. Roto por fin el obstáculo de esta prohibición, la literatura y la prensa lituana han tomado, en estos últimos años, un incremento notable. Poco

después, la ley de 1905 permitió que, en las escuelas, durante los dos primeros años, se diese la enseñanza en lituano.

El 4 de diciembre de 1905 reunióse en Vilna una Asamblea Nacional lituana, en la cual tomaron parte algunos centenares de delegados de los municipios, del clero y de la nobleza. Esta Asamblea proclamó la aspiración del pueblo de Lituania a su autonomía nacional.

El estado de instrucción del pueblo lituano es deplorable, principalmente, por culpa del régimen al cual le sometió Rusia durante tanto tiempo. Las escuelas eran escasísimas; la enseñanza no era obligatoria; las autoridades ponían obstáculos a la enseñanza privada. En Lituania no existía ninguna Universidad desde que la que había en Vilna fué trasladada a Kief. En su noble afán de levantar el bajo nivel de educación del país, los patriotas lituanos organizaron diversas sociedades dedicadas a la enseñanza de los adultos; pero el gobierno ruso las disolvió casi todas, por considerarlas focos de propaganda nacionalista.

En los tiempos de Alejandro II, habíase redactado, para la Lituania, un proyecto de Zemstvos que le otorgaba la autonomía. El proyecto no llegó a ser realidad. En 1911, el gobierno de Stolypin redactó otro proyecto relativo a las provincias lituanas. «Este proyecto —decía M. Gabrys (1)—, que no tiene más que las apariencias de self-government, sufrirá la suerte de todas las medidas tomadas a medias; no mejorará la situación de la nación lituana, a la cual no reserva ni tan sólo un mínimum de participación en las decisiones nacionales.»

Los lituanos estaban excluídos, en su propio territorio, de las funciones públicas. Desde el gobernador a los agentes de policía, todos los funcionarios y empleados eran rusos que no conocían ni la lengua ni las costumbres del país. En todas las oficinas públicas de Lituania el uso del lituano estaba prohibido. Los tribunales aplicaban el derecho ruso, tan diferente del viejo

(1) *Mémoire sur la nation lithuanienne*, pág. 20.

derecho lituano, vivo aún en los usos de la gente. Speranski, ministro y legislador ruso, había propuesto que, sobre las bases del antiguo derecho lituano y haciendo las modificaciones exigidas por la evolución de la sociedad y el espíritu de nuestros días, se redactase un código civil para Lituania. Pero ésto no se hizo.

Los polacos acusaban a Rusia de haber suscitado contra ellos el movimiento nacionalista lituano. A pesar del fuerte retroceso de su influencia en Lituania, aun desempeñan allí los polacos un papel importante, a causa de su superioridad en instrucción y en cultura sobre los lituanos y aun sobre los rusos que allí habitan. Los grandes propietarios y agricultores son, en su inmensa mayoría, polacos. Las elecciones para el Consejo del Imperio, en las cuales solamente votan los grandes terratenientes, dieron por resultado, en Lituania, el triunfo de los representantes polacos. Dmowski afirma que la política antipolaca del gobierno ruso no consiguió otra cosa que desorganizar y estancar la marcha general de aquel país.

Creemos, sin embargo, insuficiente la explicación que dan los polacos sobre las causas del despertar lituano. Rusia contribuyó, quizá, en determinados momentos políticos, a impulsar el movimiento nacionalista de Lituania, así como otras veces lo persiguió; lo que no pudo hacer es inventarlo, fabricarlo. Cualesquiera que sean las circunstancias que hayan favorecido el nacionalismo lituano, éste ha nacido por las mismas razones esenciales que produjeron el general florecimiento nacionalista del siglo XIX.

IV

Lituania y la guerra.

Con la guerra mundial, el nacionalismo lituano tomó nueva fuerza. Convertido quedó en campo de batalla el territorio de Lituania y fué devastado horriblemente. Pero los patriotas

veían en los nuevos horizontes abiertos una compensación a los nuevos dolores y a los enormes daños causados por la guerra al país.

En Suiza se constituyó, ya desde los primeros tiempos de la guerra mundial, una organización lituana, que sostuvo las reivindicaciones de Lituania ante el público internacional. Entre lituanos y polacos se acentuaron las divergencias.

Ocupado el país por los alemanes, pronto nació allí un organismo de gobierno, que ejercía toda la acción, no muy amplia por cierto, que las autoridades alemanes le permitían. La Taryba, o Consejo Nacional lituano, sostuvo en repetidas ocasiones la causa del país contra el proceder de las autoridades germánicas.

En Alemania, durante el período en que sus hombres daban por descontada la victoria, se formularon diversos proyectos sobre Lituania. Predominaba la tendencia a convertir aquel país en un reino sometido de hecho, si no de derecho, a la política alemana. En el verano de 1918 fué llamada a Berlín una delegación de la Taryba, para tratar, con el gobierno, de la nueva forma del régimen lituano. Pero sobrevino la derrota alemana en el frente occidental, y los planes de Berlín quedaron desbaratados. La Taryba proclamó el derecho de Lituania a la independencia completa.

El problema fundamental para Lituania, en la hora presente, consiste en sus relaciones con Polonia. Lituania y Polonia vivieron unidas. Los polacos aspiran a restablecer la unión. ¿Llegarán lituanos y polacos a una inteligencia, basada en la autonomía de Lituania dentro del Estado polaco? ¿Reivindicará Lituania su independencia absoluta? En este caso, las mayores dificultades radicarán en el problema de la frontera polaco-lituana, donde la mezcla de razas y lenguas es muy grande, dándose el caso de que en la antigua capital lituana, Vilna, predominan hoy los habitantes polacos. Una solución autonomista o federalista ofrecería, sin duda, ventajas; sobre

todo si se tiene en cuenta que el espíritu nacional, en Lituania, no ha llegado a la completa sazón y que Lituania aparece todavía como una nacionalidad incompletamente formada, hecho que tendría quizá influencia perniciosa en el caso de adoptarse la solución independendista.

Es asimismo incierta la solución del problema de Letonia. Ésta, como Estonia, han levantado bandera nacionalista después de la revolución rusa. Y los letones no parecen muy dispuestos a confundirse con Lituania.

UCRANIA

I

Los rutenos, pequeños rusos o ucranios.

Las tribus eslavas que en los tiempos antiguos colonizaron el nordeste europeo y formaron el núcleo de Rusia, comenzaron a unificarse cuando la invasión tártara (primera mitad del siglo XIII), obligadas por la necesidad de defenderse del enemigo. Cuando lo hubieron vencido y lo hicieron retroceder (último tercio del siglo XV), los rusos se esparcieron por el sud y el sudoeste. Su expansión occidental quedó detenida por los lituanos y por los polacos. Las tribus rusas quedaron reunidas en tres grupos: el de la Gran Rusia al norte, el de la Pequeña Rusia al sud y el de la Rusia blanca al oeste. Estos grupos se diferencian sobre todo por el idioma. Pero así como, según los filólogos y etnólogos, la Rusia blanca no es más que una rama de la Gran Rusia, las diferencias entre ésta y la Pequeña Rusia son más profundas, hasta el punto de que cada día aparecen con más evidencia como dos diversas nacionalidades. Grandes rusos y pequeños rusos o rutenos se diferencian notablemente, no sólo por la lengua, sino también por la antropología, por el carácter, por las tradiciones, por las costumbres, por los vestidos, por los cantos populares.

Si bien, en los siglos pasados, los rutenos tuvieron el sentimiento de la unidad rusa, políticamente se desligaron de los

grandes rusos y constituyeron un principado, con Kief por capital, que alcanzó gran poderío y esplendor.

Después Ucrania fué anexionada a Polonia y vivió bajo la soberanía de los reyes polacos. A mediados del siglo XVII, Bogdan Khmelnitski, gentilhombre ucranio, entró en lucha con los polacos, de los cuales había recibido agravios, consiguiendo que le siguiese todo su pueblo y que le ayudasen los tártaros. Bogdan presentó al rey Juan Casimiro II unas reivindicaciones que dan idea de aquel pleito. Estas reivindicaciones eran las siguientes: 1.ª, la población ucrania quedará libre de la servidumbre polaca; 2.ª, los jesuitas y los judíos serán expulsados de Ucrania; 3.ª, el rey renunciará a la unión religiosa entre los rutenos y la Iglesia latina; 4.ª, todos los empleos públicos de esta provincia serán ocupados por afiliados a la Iglesia griega; 5.ª, el rey se comprometerá a entregar el intendente polaco que había quitado a Bogdan sus propiedades, le había raptado la mujer y asesinado el hijo (1). No fueron aceptadas por el rey de Polonia estas condiciones, y la guerra estalló. Venció finalmente Bogdan Khmelnitski, que entregó la Ucrania al zar moscovita Alexis (1653), justificando esta anexión por la unidad de raza y de religión. La Galitzia y algunas provincias rutenas quedaron en poder de Polonia.

Los pequeños rusos, como hemos dicho, ocupan el sur de Rusia; una considerable parte de ellos vive en la que fué Polonia austriaca, formando la mayoria de la población en la Galitzia oriental. Se calcula que su número alcanza a 30.000.000 de habitantes; en la Galitzia hay unos 4.000.000; en la provincia de Bucovina, unos 300.000, y en la Hungría septentrional, unos 250.000.

Durante mucho tiempo se designó a los pequeños rusos con el nombre latino de rutenos (2). Modernamente, ellos han aplicado el nombre de Ucrania a su nacionalidad, y se llaman

(1) CALIXTE DE WOLSKI: *La Pologne*, págs. 130 y 131.
(2) Los alemanes casi no usan otro: «ruthenen».

ucranios, por más que en sentido estricto la Ucrania es la región de la Pequeña Rusia que tiene por centro y capital la ciudad de Kief; esta región es la más importante y la que constituye el núcleo histórico de la nacionalidad, lo que explica que su nombre se haya extendido hoy a toda la Pequeña Rusia. También se designa a los rutenos con el nombre de rusinos y rosniacos, que se emplean en Galitzia, y con el de yugo-rusos y rusos meridionales.

II

El nacionalismo ucranio.

Hasta el siglo XIX no adquirieron los rutenos la conciencia de su individualidad nacional. Desde entonces, la diferenciación entre ellos y los grandes rusos se ha ido acentuando progresivamente y ha dado origen al movimiento nacionalista.

El nacionalismo ruteno es obra de los literatos y de los intelectuales de la Pequeña Rusia. Éstos proclamaron la personalidad de su pueblo y se negaron a seguir confundidos con los grandes rusos. El conflicto entre grandes rusos y pequeños rusos comenzó en el año 1798, a causa de la publicación en idioma ruteno de la *Eneida disfrazada,* de Kotliarewski, que provocó el florecimiento de la literatura rutena. Los gobernantes rusos se alarmaron ante aquel renacimiento literario, en el cual vieron tendencias separatistas que ponían en peligro la unidad del Estado ruso. Por su condición de pequeño ruso, al famoso literato Gogol no le permitió el gobierno ocupar una cátedra. Vino un período de persecución contra la literatura de los pequeños rusos. En los años 1847, 1863 y 1876 dictáronse disposiciones prohibiendo la estampación y publicacion de libros escritos en el idioma pequeño ruso, salvo algunas

excepciones. «Pero estas disposiciones —dice Niederle (1)— obtuvieron un resultado absolutamente opuesto al que perseguían. Las tendencias de emancipación literaria se afirmaron tanto más, cuanto más rigurosamente reprimidas eran, y encontraron un terreno favorable en la Galitzia oriental, perteneciente, como es sabido, a Austria.»

El movimiento ruteno se acentuó por efecto de las discusiones científicas, especialmente históricas, lingüísticas y antropológicas, que a mediados del pasado siglo se suscitaron entre grandes y pequeños rusos y que han continuado durante mucho tiempo. Se discutió sobre la época en que ocuparon los pequeños rusos los territorios de Kief, sobre quien había producido la primera literatura rusa en el Estado de Kief, sobre la antigüedad de la lengua rutena, sobre si es ésta un dialecto o un idioma. Del choque de las teorías y de los pareceres contradictorios salió bien precisada la individualidad nacional de los pequeños rusos y se robusteció en ellos el sentimiento de la nacionalidad. Uno de los que con más fuerza afirmó la existencia de la diferenciación fué Kostomarov, el cual, en un trabajo publicado en 1861 y titulado *Las dos nacionalidades rusas,* señalaba las diferencias de historia, de idioma, de costumbres, de carácter, de aspecto físico, y establecía esta teoría: no hay solamente dos lenguas rusas, sino dos nacionalidades que se diferencian completamente una de otra y que sólo la historia ha reunido en un solo todo.

Los intelectuales rutenos, considerando indudable la existencia de su nacionalidad, proclamaron los derechos de Ucrania o Pequeña Rusia. Pidieron la creación de escuelas donde se enseñase el idioma nacional, el libre desarrollo de la literatura rutena y el reconocimiento de la autonomía política.

En el nacionalismo ucranio se constituyeron dos partidos principales: el moderado, que se conformaba con la concesión de la autonomía dentro del Imperio ruso, y el radical, que creía

(1) *La Race Slave,* cap. I, pág. 53.

en el hundimiento del Estado ruso y esperaba la creación de una Ucrania independiente, cuya organización debía estar moldeada en la democracia y el socialismo.

En Galitzia existía el partido de los Viejos rutenos, de tendencias conservadoras y rusófilas; el de los Jóvenes rutenos, de tendencias radicales y enemigo de los polacos y rusos, y el partido socialista internacional.

Entre los rutenos de Hungría no se manifestó el sentimiento nacional. Su situación política es deplorable y la influencia magiar los absorbía. Así es que la frontera étnica húngara hacía incesantes progresos hacia el norte (1).

III

Lucha entre rutenos y polacos en Galitzia.

En la Galitzia oriental hay unos 4.000.000 de ucranios. Los polacos de Austria, que se gobernaban con cierta autonomía, dominaban en Galitzia. El movimiento nacionalista ucranio se extendió a los rutenos galitzianos, y entre éstos y los polacos se suscitó una lucha apasionada.

Hace cosa de cincuenta años que el nacionalismo ucranio comenzó a manifestarse en Galitzia. Antes de este despertar, las clases cultivadas rutenas eran polonistas y luchaban por Polonia. Un registro de las autoridades austriacas después de la revolución de 1830, descubrió dentro de los jergones de los seminaristas rutenos de Lemberg las obras prohibidas de los grandes poetas románticos polacos (2).

(1) E. KOLODZIEJCZKY: Trabajo publicado en la revista *Swiat Slowianski* (El Mundo Eslavo). Año 1911.

(2) *La question ruthéne à Galicie*. París, 1912. Fascículo publicado por la Agencia periodística polaca, pág. 13. Trabajo del profesor polaco, titulado: *Que sont-ils donc, ces Ruthènes?*

Los rutenos de Galitzia se quejan, como los lituanos, de la conducta de los polacos. Pero los rutenos no parecen tan resignados como los lituanos, por lo que el conflicto de razas tomó en la Polonia austriaca un carácter violento.

Disponían los polacos, en Galitzia, de la propiedad rural, de la enseñanza, del poder político, de la prensa, y negaban la igualdad de derechos a los rutenos. Éstos se hallaban sometidos a un régimen de inferioridad, de encogimiento, al cual no querían conformarse. Y en las décadas anteriores a la guerra adoptaron una actitud francamente hostil hacia los polacos, a lo cual pudo haber contribuído la protección que, bajo mano, les ha dispensado Alemania, interesada en combatir a los polacos y crearles dificultades.

Las quejas de los rutenos galitzianos contra los polacos encontraron cierto eco. Björnstjerne Björnson defendió la causa de los primeros. Suyas son estas líneas que traducimos:

«¿Los polacos de Austria pueden defender mejor su nacionalidad en medio de pueblos extranjeros y más numerosos, oprimiendo, al propio tiempo, cuatro millones de rutenos? ¡Cuatro millones de hombres que hubieran podido ser, en las presentes circunstancias, sus fieles aliados!

»Hasta hoy, los polacos han tenido muchas simpatías y a menudo han sido admirados en el Mediodía, en el Norte y en el Oeste de Europa. Pero si se sabe por todas partes que los polacos austriacos, a la vez que luchan por su libertad y su unidad, oprimen a un pueblo más débil, la simpatía y la admiración se desvanecerán.

»Eso es lo que nos ocurre a nosotros, que conocemos los hechos. La grande e invencible nación de los rutenos es digna de ganarse progresivamente la amistad de todos los pueblos libres. En los días de fiesta y en los atardeceres, cuando ellos cantan en el hogar, sobre la tierra de los antepasados, sus canciones populares, tan conmovedoras, es necesario que sepan que no están solos, que se les escucha de lejos. Es nece-

sario que sepan que sus quejas se robustecen con nuestra compasión y con nuestra indignación, hasta convertirse en irresistibles» (1).

Los polacos, cuando tratan de justificar su conducta hacia los rutenos, dicen que éstos son gente incivilizada, de raza inferior. Es de notar que este mismo argumento de la inferioridad y de la incivilización lo usan los prusianos contra los polacos. No faltan escritores amigos de los últimos, como Marius-Ary Leblond, que califican de campaña de calumnias la que se ha hecho en Europa sobre la cuestión de los polacos y de los rutenos en Galitzia.

Niegan los polacos galitzianos, en efecto, su pretendida tiranía sobre los rutenos y citan todas las libertades y ventajas de que éstos han gozado. La enseñanza se daba a los rutenos en su lengua materna: al lado de las 3.000 escuelas primarias polacas había 2.500 escuelas rutenas; existían seis Gimnasios (institutos de segunda enseñanza) rutenos, y los polacos secundaban la demanda de los ucranistas de que se crease una Universidad rutena, cosa que no dependía del gobierno regional de Galitzia. En los tribunales y en las oficinas públicas de la Galitzia del este, el ruteno era la lengua oficial. El idioma ruteno estaba admitido en los debates de la Dieta, y el Presidente de la Cámara, al inaugurar las legislaturas, lo hacía en polaco y en ruteno (2). Es posible que en la práctica los derechos de los rutenos galitzianos sufriesen algún quebranto. Pero siempre resultaban mucho más considerables que los que tenían los ucranios de Rusia, en donde no existía ninguna escuela en que se emplease su lengua nacional, que estaba además desterrada en absoluto de la administración pública.

La lucha entre las dos razas ha ofrecido, a menudo, episodios de sangre y de violencia. En el mes de abril de 1908 un estudiante ruteno mató al polaco conde Potocki, gobernador de

(1) *Le Courrier Européen.* Octubre de 1906.
(2) *La question ruthène de Galitzie,* págs. 51 y sigs.

la Galitzia, para vengar a un campesino ruteno, muerto tres meses antes por la gendarmería polaca, con ocasión de celebrarse las elecciones de la Dieta galitziana. En la Universidad de Lemberg (1), estudiantes rutenos y polacos se han agredido muchas veces mutuamente, resultando de las colisiones algunos muertos y heridos.

Pedían los rutenos al Austria una Universidad propia en Lemberg; cuando en la comisión de Presupuestos del Reichsrath se discutió, a principios de 1911, la cuestión de la Facultad de Derecho italiana, los diputados rutenos presentaron sus reivindicaciones sobre este punto. El diputado Lewyaki dijo que era una gran injusticia no concederles la Universidad, formando, como formaban en Austria, un pueblo de cuatro millones de almas; que el número de estudiantes rutenos era suficiente para una Universidad, contándose en las Universidades de Leopol y Czernowitz unos dos mil rutenos matriculados; que en Galitzia existían escuelas donde se enseñaba en lengua rutena, la cual era ya perfectamente apta para la enseñanza universitaria; y que la institución de una Universidad rutena contribuiría a pacificar el Imperio, pues uno de los motivos del conflicto entre los rutenos y los polacos en Galitzia era la cuestión de la Universidad.

Los ucranistas llevaron unos doce diputados a la Dieta de Galitzia, donde combatían a la vez contra los polacos y contra los rusófilos. En el mes de noviembre de 1910, los diputados rutenos hicieron obstrucción algunos días consecutivos en la Dieta por el divertido procedimiento de organizar en el salón de sesiones una verdadera orquesta, en la cual cada diputado ucranista tocaba un instrumento. El motivo de la obstrucción era la negativa de la mayoría polaca a discutir, antes de los presupuestos, la ley de reforma electoral. Reclamaban los rutenos la igualdad de los derechos electorales entre las diversas razas de Galitzia.

(1) Ciudad llamada también Lwow y Leopol.

En el Reichsrath o Cámara de Diputados de Austria tenían también representantes, los cuales ostentaban una marcada significación democrática.

Se quejaban amargamente los rutenos de los procedimientos usados por los polacos para falsear el censo de la población. En Galitzia, como en toda Austria, las estadísticas de las diversas nacionalidades se hacían teniendo en cuenta la lengua de los habitantes; pero no la lengua materna, sino la lengua usual. Quien hablaba usualmente polaco o alemán, era clasificado como polaco o alemán respectivamente, cualquiera que fuese su raza, su nacionalidad de sangre. Este sistema se presta a toda clase de coacciones y falsificaciones. Y, según los rutenos, los polacos de la Galitzia se aprovecharon de ello para falsificar el censo, en el cual la población polaca fué considerablemente hinchada a costa de la población rutena. Las autoridades locales, polacas todas ellas, y los elementos polonistas, recurrían a todos los medios, hasta a los más inicuos, para obligar a los campesinos rutenos a declarar que su lengua usual era el polaco. El escritor Jaroslav Fedorcuk (1) citó unos cuantos ejemplos elocuentes relativos a las operaciones del censo de diciembre de 1910. A fin de obtener un censo a su gusto, los polacos se esforzaron principalmente en acaparar los nombramientos de los comisarios —uno por cada población— encargados de proceder a la formación del censo. Las asociaciones polacas intervinieron eficazmente en la confección tendenciosa de las estadísticas; la Sociedad de la Escuela Popular de Tarnopol hizo repartir profusamente entre los campesinos rutenos una hoja que decía: «Cuando os pregunten qué lengua habláis en la vida cotidiana, decid que la lengua polaca, pues en esta lengua son pronunciados los sermones que escucháis; en esta lengua rezáis y cantáis en la iglesia; los periódicos que leéis están escritos en polaco; y

(1) *Les ruthénes et le recensement à Autriche*, núm. de 25 febrero 1911 de *Le Courrier Européen*.

también habláis en polaco cuando llegáis a la ciudad y conversáis con el señor propietario. Aquel que olvide esto y diga que habla la lengua rutena será bien pronto castigado, quizá para toda su vida. No recibirá ninguna subvención agrícola y no tendrá derecho a ningún préstamo en los Bancos; pagará por la iglesia polaca en su calidad de polaco y al propio tiempo por la iglesia rutena, ya que habrá declarado que la lengua rutena es su lengua usual».

A esta *fabricación* de polacos, el clero polaco contribuía poderosamente. Con motivo del censo de 1910, el arzobispo católico de Lemberg, monseñor Bilczewiski, dirigió a los clérigos de su archidiócesis una circular en la cual se leía: «Nadie ignora la alta importancia del censo para la religión y para la nacionalidad. Se trata, en primer lugar, de que sea hecho en un sentido favorable a la Iglesia y a nuestra nacionalidad. ¿Cómo ha de procederse para que esta operación tenga para nosotros un resultado favorable? Ya lo sabréis por conducto de vuestro superior que ha tomado parte en la reunión celebrada a este efecto en mi palacio episcopal bajo mi presidencia. Existen muchos lugares donde los fieles católicos romanos no emplean más que el ruteno como lengua usual, cosa que constituye una anomalía. Estos fieles son polacos, ya que rezan en polaco. Habéis de procurar que el polaco sea inscrito en las hojas del censo como su lengua usual.....» Por si todos estos procedimientos de coacción o engaño no fuesen bastantes, después, sobre las casillas de la lengua, en las hojas del censo, se transformaban milagrosamente numerosas notas de «rutena» en las de «polaca». Para facilitar este cambio, había comisarios polacos que escribían las hojas con lápiz.

Así, desde la mitad del siglo pasado, las estadísticas acusan en la Galitzia un descenso de la población rutena y un incremento de la población polaca. En 1849 los rutenos representaban el 50 por 100 de la población total de Galitzia; en 1857, la proporción era del 46 por 100; en 1880, del 42,87;

en 1890, del 42,82; en 1900, del 42,11. En el artículo anteriormente citado, Jaroslav Fedorcuk escribe que el número relativo de los polacos «no aumenta en realidad, y sí solamente en las cifras estadísticas».

Para protestar de las coacciones y falsificaciones realizadas con motivo del censo de 1910, los diputados rutenos del *Reichsrath* acudieron al entonces Presidente del Consejo de ministros de Austria, barón de Bienerth; hízoles éste muchas promesas, pero no las llevó a la práctica. «Los polacos tienen carta blanca para hacer con los rutenos lo que les plazca — decía Fedorcuk en el artículo repetidamente citado—; el Gobierno central se inhibe. Los ciudadanos rutenos no son dignos de las preocupaciones del Gobierno central.»

Quejábanse también los rutenos ilustrados de los engaños empleados por los rumanos de Bucovina para hacer declarar el uso de la lengua rumana a los campesinos rutenos, que no conocen de ella ni una palabra. Los rutenos de Bucovina son de religión ortodoxa; el clero que los dirige es rumano. Allí se llama religión valaca (o rumana) a la ortodoxa, y rutena a la de los griegos unidos o católicos de rito griego de la Galitzia. Aprovechando este equívoco, los clérigos rumanos dieron a entender a los campesinos rutenos que el declararse de lengua rutena equivalía a declararse de religión católica, y que, en consecuencia, les enviarían «curas sin barba» (es decir, católicos, pues los ortodoxos llevan barba). Y como los clérigos griegos unidos inspiran cierto terror a los rutenos de Bucovina, éstos se resignaron a pasar por rumanos. El estado de atraso y de ignorancia del pueblo ruteno hace fáciles los engaños de esta naturaleza.

IV

El sistema electoral de la Galitzia.—Los hechos trágicos de Drohobycz.

Cuando, en el año 1908, el barón Gautsch, presidente del ministerio austriaco, presentó un proyecto de reforma electoral estableciendo el sufragio universal, los diputados polacos se opusieron enérgicamente, por ver en la universalización del voto una doble amenaza al predominio de las clases conservadoras entre los polacos, y para la situación de superioridad de los polacos sobre los rutenos en Galitzia. Caído del poder Gautsch, su sucesor, barón de Beck, consiguió la adhesión de los diputados polacos a la reforma electoral mediante concesiones especiales que aseguraban la situación dominante de la raza polaca en las comarcas galitzianas.

Con la excusa de evitar, en cuanto fuese posible, la lucha entre las dos nacionalidades en las elecciones, estableciose en la Galitzia circunscripciones electorales rurales con dos puestos: uno de mayoría para el candidato que obtuviese más del 50 por 100 de los votos y uno de minoría para el que llegase a reunir el 25 por 100. Con la aplicación de este sistema resulta que en la Galitzia del oeste, donde hay gran mayoría de polacos, los rutenos no podían hacer triunfar ningún candidato, y que en la Galitzia del este, donde las dos terceras partes de la población la forman los rutenos, podían los polacos obtener muchos puestos en las circunscripciones rurales. Así, en la región oriental, a pesar de la proporción de rutenos citada, éstos sólo llevaron a la Cámara austriaca 28 diputados (rurales) contra 32 de los polacos (22 de urbanos y 10 rurales). En toda Galitzia se eligieron 106 diputados para el

Reichsrath de Austria, de los cuales había solamente 28 rutenos, o sea el 26 por 100, a pesar de constituir la población rutena más del 42 por 100 de la población total de aquella provincia; los otros 78 diputados eran polacos.

Pero a más de aprovecharse del sistema electoral, los polacos se valieron en las elecciones de 1911 — y también en las anteriores — de diferentes medios de violentación y falsificación del sufragio: coacciones, compra de votos, trampas, etc. Para poder organizarlas a su gusto, los polacos retrasaron las elecciones en la Galitzia del este, donde comenzaron el día 19 de junio, mientras en todo el resto de Austria, la Galitzia del oeste inclusive, se celebraron el 13 de junio. En la organización de la campaña electoral polaca tomó parte principal la Rada Rarodowa (Círculo Nacional), que es como el comité central de propaganda electoral polaca en las comarcas rutenas. Para combatir a los nacionalistas rutenos, los polacos de la Galitzia hallaron unos auxiliares excelentes en los rutenos rusófilos.

Estas falsificaciones electorales fueron causa de trágicos sucesos en Drohobycz. El Consejo Nacional polaco había designado candidato para la citada población al doctor Löwenstein, judío polonizado, a quién, según los rutenos, se quiso dar el acta mediante maniobras fraudulentas. Estalló un tumulto y la tropa intervino, disparando unos 250 tiros y dando una carga a la bayoneta. Fué una carnicería horrorosa: hubo 28 muertos y centenares de heridos. El doctor Löwenstein, que resultó elegido por Drohobycz, renunció el acta manchada de sangre.

El resultado total de las elecciones fué el siguiente: los rutenos eligieron 26 diputados, perdiendo dos puestos, ganados por los polacos. Los diputados rutenos se distribuían así: nacionales demócratas, 18; radicales, 5; socialistas, 1; rusófilos, 2.

El grupo nacionalista ruteno del Reichsrath quedó formado por 23 diputados de la Galitzia (los 18 nacionales demócratas y los 5 radicales), más 5 diputados de la Bucovina, o sea, en suma, 28 votos.

Los ucranistas de Rusia no pudieron llevar ningún diputado a la Duma. Eso era debido, principalmente, a la brutal persecución que allí sufrían, persecución que les privaba de organizar y de utilizar las armas legales de propaganda y de acción. En el mes de noviembre de 1912, las autoridades rusas clausuraron el Club Ucranio de Kief.

V

Ucrania y la guerra.—¿Independencia o autonomía?

La revolución rusa de marzo de 1917 tuvo sobre la marcha del nacionalismo ucranio una fortísima influencia. Derrocado el régimen zarista, los ucranios de Rusia constituyeron en Kief una organización política propia, la Rada central, que venía a ser el Parlamento de Ucrania.

Pronto surgieron desavenencias entre el Gobierno provisional de Petrogrado y la Rada, por sostener ésta tendencias autonomistas y federalistas.

El día 14 de julio de 1918, llegóse a un acuerdo entre el Gobierno provisional ruso y la Rada ucrania, en virtud del cual el Secretariado general de Ucrania quedó reconocido como el superior organismo de gobierno, en espera de que el problema de la futura Constitución ucrania fuese resuelto por la Asamblea Constituyente. Por no estar conforme con este acuerdo, que representaba una concesión autonomista, los ministros del Gobierno provisional pertenecientes al partido constitucional demócrata (cadetes) presentaron sus dimisiones.

No cesaron con ésto las divergencias entre Petrogrado y Kief. Recabó el Gobierno provisional el derecho de confirmar las decisiones del Secretariado general, que venía a ser el Gobierno de Ucrania. A ello se negaron los ucranios. Vinitchenko, presidente del Secretariado, y el profesor Hruchevski, presidente de la Rada, amenazaron con alzar la bandera independista si la Rusia del norte se oponía a las soluciones federalistas.

El triunfo de los maximalistas en la Rusia del norte agravó el conflicto entre Petrogrado y Kief. A pesar de estar compuesto exclusivamente por socialistas el Secretariado general de Ucrania, los bolcheviques rompieron con él y le trataron de «gobierno burgués» y de «contrarrevolucionario».

Ante la defección del gobierno Lenin-Trotski a la causa de los aliados, éstos ofrecieron al Gobierno de Kief el reconocimiento del Estado de Ucrania y el mayor auxilio bélico posible, si se mostraba dispuesto a continuar la guerra contra los imperiales. Después de algunas vacilaciones, el Secretariado general rehusó el ofrecimiento. Cuando se abrieron las negociaciones de paz de Brest-Litowsk, acudieron allí los delegados de Ucrania. Tras una querella sostenida con los delegados del Gobierno de los Soviets, el 13 de enero de 1918 las cuatro delegaciones imperiales, por boca del conde Czernin, y la delegación rusa, por boca de Trotski, reconocieron a la delegación ucrania como delegación independiente y como representación plenipotenciaria de la República de Ucrania. Y sucedió que, mientras la delegación rusa se resistía a firmar la paz impuesta por los imperiales, la delegación ucrania se adelantó y firmó la paz entre Ucrania y la Cuádruple imperial.

El tratado se basaba en la cesión a los imperiales de grandes cantidades de trigo. No fué posible al Gobierno de Kief cumplir sus compromisos, y los alemanes urdieron entonces el golpe de Estado del general Skoropatski, quien derribó el Gobierno socialista, disolvió la Rada, y se dispuso a ejercer

la dictadura, sostenido por las tropas alemanas del general von Eichhorn, asesinado algunos meses más tarde por un socialista revolucionario ruso.

Después de repetidos golpes de Estado, el ejército rojo de los Soviets, lanzado por el gobierno de Moscou sobre Ucrania, se apoderó de gran parte de ésta, obligando a los aliados a evacuar Odessa y la península de Crimea (abril de 1919).

Hoy, la solución que tenga el problema ucranio depende de lo que en Rusia suceda, principalmente. Es obvio, empero, que han disminuído las probabilidades de la constitución de Ucrania en Estado independiente. La solución autonomista aparece, hoy por hoy, más hacedera.

SLESVIG

I

Los ducados de Slesvig-Holstein. Guerras entre los alemanes y los daneses. Anexión de ambos ducados a Prusia en 1865.

El Slesvig está situado al Sud de Jutlandia (Dinamarca continental).

Los ducados de Slesvig-Holstein, unidos por antiguos derechos, entraron a formar parte de Dinamarca en 1460. Se separaron en 1658, pero en el siglo XVIII volvieron a formar parte de aquel reino.

El Holstein es alemán. El Slesvig es alemán en el sud y danés en el norte. El principio nacionalista que sirvió de bandera a los alemanes en el siglo pasado, pero que no aplicaron más que en su provecho, les condujo a disputar a Dinamarca la posesión de los ducados.

En 1848, los alemanes del Slesvig-Holstein se rebelaron contra los daneses. La Confederación germánica, proclamada en la Dieta de Francfort, entró en guerra con Dinamarca. Prusia consiguió algunas victorias. Pero la actitud amenazadora de Rusia obligó a los alemanes a pactar la paz con los daneses, en condiciones desfavorables para los primeros, y Dinamarca ahogó la insurrección.

Aquella victoria hizo concebir ilusiones excesivas a los daneses, que creyeron poder contar siempre con el auxilio de

poderosas naciones y se consideraron en situación de hacerse respetar por los alemanes. Mientras tanto, éstos se preparaban para una nueva lucha. En 1863, Prusia y Austria declararon la guerra a Dinamarca.

Confiaban los daneses en la superioridad de su flota y sobre todo en la intervención de Rusia, Inglaterra, Francia, Suecia, Noruega... ¡Cruel desengaño! Ninguna de estas potencias corrió a salvar a la pequeña Dinamarca, aplastada por los ejércitos germánicos. Prusia se anexionó los ducados de Slesvig, Holstein y Lanemburg, en 1865. Austria vióse burlada y poco después estalló la guerra austro-prusiana.

«Dinamarca—dice el eminente escritor Brandes (1)—fué trastornada por la derrota. Después de la pérdida de los tres ducados, de las dos quintas partes de su territorio, el país quedó desequilibrado como un hombre a quien se ha amputado un miembro.»

Si Prusia se hubiese anexionado solamente la parte del Slesvig-Holstein que es de raza alemana, su acto hubiera podido ser considerado como un legítimo acto de liberación. Pero, movida por sus ambiciones más que por el principio de las nacionalidades, anexionóse también el Slesvig septentrional, que es tierra poblada de daneses. Hoy existen allí 200.000.

Al redactarse el tratado de Paz de Praga entre Austria y Prusia, en 1867, Napoleón III hizo insertar en él un artículo (el quinto) en el cual se disponía que el Slesvig del norte volvería a formar parte de Dinamarca si los habitantes de aquél lo pedían mediante un plebiscito.

(1) *L'Allemagne et la Danemark*, núm. de *Le Courrier Européen*, de 25 de mayo de 1911.

II

La emigración de los daneses del Slesvig. La germanización.

Anexionado el Slesvig a Prusia, la protesta de los daneses del norte se tradujo, en los primeros años que siguieron a la anexión, en una emigración fortísima. El tratado de paz había concedido a los habitantes de aquellas tierras la facultad, duradera por seis años, de optar entre la nacionalidad danesa y la prusiana.

Los trenes del Slesvig llegaban a Dinamarca llenos de viajeros. Huían principalmente los jóvenes, que no querían prestar el servicio militar en el ejército de Prusia. El éxodo a la «vieja patria» alcanzó proporciones tan importantes, que muchas tierras quedaron abandonadas y numerosas poblaciones rurales casi desiertas. Una gran miseria cernióse así sobre el país.

Aquellos emigrantes, al marcharse, tenían la esperanza de volver triunfadores. Confiaban en el cumplimiento del artículo quinto del tratado de Praga, relativo a la retrocesión a Dinamarca del Slesvig septentrional. Creían que Rusia y Francia lo harían cumplir. Al estallar, en 1870, la guerra franco-prusiana, redoblaron las deserciones de los daneses que servían en el ejército prusiano. Algunos clérigos daneses se negaron a rogar por la victoria de las armas de Prusia. A causa de la agitación que se exteriorizó en el país, se declaró en éste el estado de sitio. Y cuando Francia fué vencida, los daneses sufrieron una dolorosa decepción. Sus postreras esperanzas se desvanecieron en 1878, al conseguir Bismarck de Austria-Hungría la anulación del aludido artículo quinto.

Perdidas las esperanzas en un desquite militar, los habitantes del Slesvig tuvieron que modificar su táctica en la lucha contra los alemanes. Éstos habían adoptado una política de germanización; y a resistirla y a contrarrestrarla se dirigieron los esfuerzos de los patriotas. La acción de los conquistadores se ejercía, principalmente, sobre la escuela y sobre el idioma.

En 1871, habíase declarado obligatorias seis lecciones semanales de alemán en todas las escuelas primarias de los distritos daneses; el número de estas lecciones fué aumentado hasta catorce en el año 1878. Pero la verdadera campaña de germanización escolar comenzó en 1888. Se dispuso entonces que la enseñanza se diese en alemán, con la sola excepción de la asignatura de catecismo, que siguió dándose en idioma danés. No hay que decir que desde muchos años antes habíase declarado oficial la lengua alemana en el país anexionado.

Los maestros de escuela alemanes emprendieron con empeño su labor. Hacían repetir a menudo a los niños daneses, como ejemplo gramatical, las palabras «nosotros somos niños alemanes». Les hacían aprender de memoria y les obligaban a cantar a cada momento el himno nacional de Prusia, al cual se había añadido, para los ducados, este nuevo verso: «Nosotros, que, desde Dybboel, estamos unidos al trono y al pueblo de Prusia por el lazo de la sangre, no queremos mirar hacia atrás. Miremos hacia adelante, confiadamente gritemos a pleno pulmón: también nosotros somos prusianos, queremos ser prusianos. Se prohibió que los alumnos hablasen el danés. A los que eran sorprendidos hablándolo, aun fuera del colegio, se les imponía una multa. El importe de las multas servía para pagar los gastos de las excursiones escolares. Sin embargo, no se doblegaban los pequeños daneses a la prusificación. Y, a menudo, durante la noche, las banderas alemanas del frontispicio de las escuelas aparecían desgarradas o bien eran substituídas por el *dannebrog*, la bandera danesa.

III

Despertar del espíritu nacional. — La acción nacionalista.

Las imposiciones y las persecuciones de los alemanes avivaron, en los daneses del Slesvig, el espíritu de nacionalidad. «Las medidas de germanización del gobierno prusiano —escribe Henning Bagge (1)— han comenzado por despertar o avivar, en los habitantes de lengua danesa del Slesvig, el sentimiento nacional, que hasta entonces había estado a menudo dormido; y la firme resolución de las gentes de continuar siendo daneses, ha provocado una agravación de la opresión gubernamental, la cual, a su vez, ha dado por resultado el hacer que los daneses estrechasen sus filas.»

Para intensificar el sentimiento nacional de los daneses y oponer una fuerte resistencia al germanismo, en el último tercio de la centuria pasada fueron fundadas en el Slesvig diversas instituciones patrióticas.

En 1888, quedó constituída la Unión Electoral del Slesvig septentrional, con el objeto de establecer una inteligencia entre los electores daneses. Gracias a esta inteligencia, los patriotas pudieron dominar en las elecciones, a pesar de la creciente inmigración alemana.

Fundóse después (1892) la Unión Escolar del Slesvig septentrional, destinada a facilitar y extender la enseñanza del danés. Esta institución velaba por que fuese rigurosamente cumplida la disposición legal que establecía en las escuelas cuatro horas semanales de catecismo en danés, y ayudaba a los padres a llevar a sus hijos, cuando eran mayores, a las escuelas

(1) *La lutte des nationalités en Slesvig,* núm. de *Le Courrier Européen* de 25 mayo 1911.

de Dinamarca. La costumbre de llevar a los niños a las escuelas danesas hízose necesidad cuando las autoridades prusianas cerraron las escuelas primarias y superiores que los daneses crearon con duros sacrificios, después de la anexión.

La Unión para la conservación de la Lengua danesa creó bibliotecas, edita un almanaque patriótico, del cual se hace un gran tiraje; contribuye a la publicación del *Anuario del Slesvig,* revista histórica y nacional; edita los cantos nacionales y los relatos de los más interesantes hechos de la historia danesa (1).

Después de la política relativamente suave del canciller Caprivi, comenzó en 1897 un período de fuerte persecución que duró cinco o seis años. Era a la sazón gobernador *(Oberpraesident)* von Köller, quien dejó amarga memoria en el Slesvig. Bajo su gobierno se privó a los daneses del derecho paternal, se expulsó a los criados daneses, se prohibió a los actores del Teatro Real de Copenhague dar representaciones en el Slesvig, se persiguió con nueva furia la lengua danesa (2). Dos muchachas fueron condenadas por el tribunal de Leipzig por cantar canciones danesas. Tenían las autoridades prusianas una lista clasificada de cantos daneses, en la cual constaban 60 canciones calificadas de excitadoras, 70 de peligrosas y 8 de incendiarias (3). Expulsóse cerca de mil personas acusadas de haber pronunciado palabras inconvenientes o de poseer una bandera danesa.

Los prusianos se hicieron la ilusión de que con estos procedimientos habían asegurado la germanización del Slesvig. En 1804, el ministro del Interior de Prusia, Hamerstein, decía: «Vamos por buen camino en el Slesvig septentrional. Los la-

(1) Entre las ediciones hechas por la Unión para la conservación de la Lengua danesa, hay veinticuatro relatos de Jörgensen, donde los niños aprendían la historia de su nación, que no se les enseñaba en las escuelas.

(2) G. BRANDÈS: *L'Allemagne et le Danamark.*

(3) JACQUES DE COUSANGE: *Dans le Slesvig,* public. en *La Revue,* 1911.

mentos que oímos son el canto del cisne que va a amorir.» Pero se engañó. El mismo von Köller, al cesar en su cargo, reconoció que no había obtenido los resultados que esperaba. Más tarde confesaron los prusianos el fracaso de la germanización.

Desde 1902, las asociaciones patrióticas de que hemos hablado reuniéronse anualmente en nutridas y entusiastas asambleas. Con el nombre de Tesoro de hierro, fundaron una caja común a las tres sociedades, y con el dinero de este tesoro se pagaba los gastos de los procesos y de las elecciones, se pensionaba a los niños de talento y se edificaba casas para dar en ellas conferencias patrióticas. La construcción de casas propias era indispensable, pues las autoridades hacían presión sobre los propietarios de los locales para que los negasen a los daneses. Éstos edificaron veinte casas en 1905, y antes de la guerra poseían unas cincuenta.

Todas esas instituciones nacionalizadoras fortaleciéronse en los últimos años.

También en el Slesvig pusieron en práctica los alemanes el procedimiento de la colonización. Pero en seguida los daneses organizaron la resistencia. En 1909 fundaron la Unión de Crédito del Slesvig del norte, con un capital de 830.000 marcos.

«Las medidas vejatorias del gobierno prusiano—decía Henning Baage (1)— no han hecho más que aclarar la situación; si el danés ha perdido fuerza en los distritos bilingües del centro de la provincia, su fuerza numérica ha continuado siendo casi la misma en los distritos del norte, y la cohesión y la conciencia nacional de la población han aumentado ciertamente.»

En la cuestión del idioma era donde la lucha resultaba más terca y fuerte. La ley alemana de Asociaciones de 1908, de la cual ya hemos hablado al tratar de la Polonia prusiana, afectaba también a los daneses del Slesvig, que vieron crecer los obstáculos al uso de la lengua materna. Para alentar a los habitantes del Slesvig, un patriota danés levantó un monumento a orillas del Kongeaa, que los separa de su verdadera patria, en territorio danés. Este monumento simboliza la lengua danesa y mira hacia las tierras del Slesvig. Unos versos del poeta Lembcke están grabados en él: «Nuetra lengua materna es encantadora; tiene una dulce sonoridad, pues ella nos trae a los labios las palabras fuertes y bellas. Y cuando pensaban haberla atado y esclavizado, se ha reído de tan buena gana, que todas las cadenas que la retenían se han roto.»

(1) *La lutte des nationalités en Slesvig.*

Los patriotas daneses siguieron llamando al norte del Slesvig «la Jutlandia meridional», considerándolo así como una parte de la nación danesa, a pesar de que el Gobierno de Copenhague tuvo que reconocer el tratado de 1876 entre Alemania y Austria, que anuló el artículo 5.º del tratado de Praga y confirmó la anexión del Slesvig a Prusia.

«Las probabilidades de una restitución del Slesvig septentrional a Dinamarca —escribíamos en la edición catalana— son cada día menores. Sólo puede confiarse vagamente en un azar favorable.» He aquí que este azar ha sobrevenido. La gran guerra mundial, en efecto, ha asegurado la restitución del Slesvig. Una de las condiciones de paz fijadas por los aliados consiste en la celebración del plebiscito que el tratado de Praga prometió. Y, además del Slesvig del norte, cuya población danesa es compacta y que será llamada a una votación global, será también llamado a un plebiscito por distritos el Slesvig del centro, donde conviven los habitantes de raza danesa y alemana.»

ALSACIA-LORENA

I

Formación histórica de Alsacia y Lorena.

PRIMITIVAMENTE, las tierras situadas entre los Vosgos y el Rhin, que después fueron la Alsacia y la Lorena, estaban ocupadas por tribus célticas. Éstas tuvieron que defenderse, a menudo, de los invasores bárbaros. Amenazadas por Ariovisto, pidieron el auxilio de Roma, «preludiando así —dice un escritor— este eterno papel de país-yunque entre dos civilizaciones, que constituirá la triste unidad de la historia de Alsacia y Lorena. Los romanos vencieron entonces, y las tribus celtas del territorio alsaciano-lorenés formaron parte de la Galia conquistada por Julio César. Así siguieron, durante muchos años, la suerte de los demás países que más tarde formaron la Francia.

En el transcurso de los siglos, Alsacia y Lorena se formaron, se individualizaron. Cuando empezó la desmembración del imperio carlovingio, a Lotario se le dió el país que se llamó *Lottharii Regnum,* de donde salieron los nombres de Lotharingia, Lothringen y Lorraine. Al principio, en este reino y en esta denominación estaba incluída la Alsacia. Se citan diversas etimologías de este último nombre, pero la más generalizada es la que lo hace derivar del río Ill y da al nombre Elsass el significado de país del Ill.

El resto de los países franceses se desprendió del Imperio fundado por Carlomagno. No así el *Lottharii Regnum,* que tuvo, casi siempre, príncipes alemanes, siendo considerado como parte del Sacro Imperio romano-germánico, en el cual entraban, mezclados, reinos, condados, obispados, abadías, monasterios, ciudades y corporaciones, sin verdadera unidad material ni moral. Alsacia y Lorena seguían formándose lentamente; pero en aquel tiempo faltaba todavía mucho para que estuvieran constituídas.

Lorena fué la primera que consiguió la unidad y se constituyó. Muerto Carlomagno, unos cuantos altos dignatarios absorvieron la propiedad y la soberanía, juntando sus dominios en el ducado lorenés. En tiempo de Felipe el Hermoso, convertido en conde de Champagne, los duques de Lorena prestaron vasallaje al rey de Francia. Durante la guerra de los Cien Años, Lorena luchó bravamente defendiendo a Francia, que acababa de constituirse. El emperador Carlos V tuvo que reconocer la independencia de la Lorena, la cual quedó así separada del Imperio alemán.

La unidad de la Alsacia es más reciente. En los tiempos medioevales constituyó una especie de federación de repúblicas urbanas. Los habitantes tuvieron que sostener rudas y continuas luchas para rechazar las agresiones de los aventureros y de los invasores que codiciaban las riquezas naturales del país. En el interior, la clase media luchó contra el patriciado. En estas luchas, Alsacia adquirió un gran amor a la independencia y a la libertad. Al producirse el movimiento religioso del protestantismo, acogió con entusiasmo a los reformadores de la Iglesia, se hizo luterana y combatió contra Carlos V, de acuerdo con Lorena, ya que la casa de Austria, brazo del catolicismo romano, era el enemigo común de los protestantes. El rey de Francia ayudó eficazmente a Alsacia y Lorena en aquella ocasión. Desde entonces creció en aquellas regiones la tendencia a incorporarse a Francia.

II

La Alsacia y la Lorena, francesas.

«De siglo en siglo —dice un eminente escritor francés—, a medida que se relajaban o se rompían los vínculos con el agregado germánico, la Lorena, que había absorbido Bar y realizado la unidad por sí misma, tendía a su vez a dejarse absorber por la monarquía unitaria de los reyes de Francia; como si fuera un río afluente, crecido por sus riachuelos, que se fundiera, por una pendiente fatal, en la unidad del gran río.» Ya, en 1551, los príncipes protestantes de la Alsacia-Lorena permitieron al rey de Francia ocupar las ciudades lorenesas que no eran de lengua alemana: Metz, Toul y Verdun. En 1648 la Alsacia pasó a poder de Luis XIV, si bien éste no pudo entrar en las ciudades alsacianas hasta que, treinta años después, se pactó la paz de Nimega. La Lorena, que se había hecho francesa por sus sentimientos y por el lenguaje, en 1766 fué anexionada a Francia por Luis XV.

Ya plenamente incorporadas a Francia, Alsacia y Lorena se encontraron a su gusto. La francización de aquellas regiones se hizo más completa y más profunda. Franceses de hecho y de derecho, los alsaciano-loreneses conservaron su amor a la libertad; y cuando la Francia de las postrimerías del siglo XVIII se rebeló contra el viejo régimen y escribió aquella grandiosa y trágica epopeya, ellos fueron uno de los más heroicos y entusiastas defensores de las ideas revolucionarias. Es sabido que fué en Estrasburgo, capital de Alsacia, donde resonaron por vez primera, entre el viento de la revuelta, las notas de La Marsellesa, llamada primitivamente Canto del Rhin. Cuando la Francia revolucionaria entró en lucha con los

Estados de Europa, los alsaciano-loreneses dieron pródigamente su sangre en defensa de la patria y de la República en peligro. Más tarde formaron las vanguardias de los ejércitos napoleónicos. Bonaparte contó entre sus mejores generales a los alsaciano-loreneses Rapp, Ney, Kellermann, Kleber, Lefebvre, Richepanse, Custine y Mouton.

El gran amor de los alsaciano-loreneses hacia Francia nació, principalmente, del hecho de haber recibido de ella las libertades individuales, los derechos del hombre. «La primera vez que los alsaciano-loreneses se sintieron ciudadanos de un Estado —escribe el alemán Georg Gothein (1)— fué en 1789, cuando la revolución francesa.» En el Reichstag, el diputado Naumann dijo: «Este primero y poderoso sentimiento público que hace de un hombre un ciudadano, este primer y poderoso sentimiento cívico que un pueblo se transmite fielmente de generación en generación, pues los individuos se acuerdan con agradecimiento del día en que cesaron de ser súbditos para convertirse en hombres, estos sentimientos verdaderamente populares, los alsaciano-loreneses los han recibido de Francia.» Como dice Pi y Margall (2), los alsaciano-loreneses estaban identificados con Francia cien veces más que los bretones.

«Las energías alsaciano-lorenesas—escribe Robert-Pimienta (3)— encontraron todavía otros campos de acción, además de los campos de batalla. Gracias a su perseverancia, gracias a su actividad exuberante, gracias a su espíritu de iniciativa y de realización, alsacianos y loreneses hicieron maravillas en la industria y el comercio. Ellos dieron a Alsacia y a Lorena una formidable potencia económica y las convirtieron en una de las regiones más prósperas de Europa.»

(1) *L'Autonomie de l'Alsace-Lorraine,* núm. de agosto 1910 de *Les Documents du Progrés.*

(2) *Las Nacionalidades,* lib. I, cap. X.

(3) *A la lumière du passé, Alsace-Lorraine.* Núm. de *L'Action* de 14 de diciembre de 1910.

III

La guerra franco-prusiana de 1870. — La Alsacia y la Lorena, alemanas. — La protesta contra la anexión.

Prusia, a medida que se fortalecía y se engrandecía, sentía crecer su deseo de anexionarse la Alsacia y la Lorena, un día alemanas. Los Hohenzollern, señores ya de la Silesia, del gran ducado polaco de Posen y del Slesvig-Holstein, deseaban la posesión de las tierras alsacianas y lorenesas y estaban en espera de una ocasión propicia para apoderarse de ellas. Esta ocasión llegó con la guerra franco-prusiana de 1870. Ya antes de romperse las hostilidades, el Estado Mayor prusiano había trazado un mapa especial de las regiones que había que arrebatar a Francia: la famosa *carte au liseré vert.*

Prusia vencedora no se contentó con la enorme indemnización de cinco mil millones de francos que hizo pagar a Francia vencida, sino que exigió además la Alsacia y parte de la Lorena. Éstas, pues, halláronse otra vez alemanas.

Pero he aquí que los mismos alemanes ignoraban los verdaderos sentimientos del pueblo alsaciano-lorenés. El leader del partido radical alemán, Georg Gothein (1), ha escrito: «Una vez firmado el tratado de Francfort, un gran hálito de entusiasmo pasó a través de todo el pueblo alemán, al pensar que Alsacia y Lorena, estos territorios en otro tiempo alemanes, iban a volver a Alemania. Se veía en los alsaciano-lorenesses a unos compatriotas, estaban prontos en el nuevo Imperio para recibirlos con los brazos abiertos y fué grande la contrariedad al no encontrar en ellos, ni en los de lengua alemana, ninguna reciprocidad de sentimientos y al comprobar,

(1) *L'Autonomie d'Alsace-Lorraine.*

al contrario, que, en todos, las simpatías por Francia eran tan fuertes como en el pasado.»

Los alsaciano-loreneses no aceptaron el hecho de la anexión, no quisieron ser alemanes en modo alguno. En el tratado de paz de Francfort habíase establecido una cláusula según la cual se concedía a los habitantes de las regiones anexionadas un año de plazo para optar entre la nacionalidad alemana y la francesa. Los alemanes creían que sólo unos pocos centenares de alsaciano-loreneses optarían por la nacionalidad francesa, y, con sorpresa, vieron a éstos emigrar a miles hacia Francia y Argelia. Ricos y pobres, aristócratas y plebeyos, hombres de carrera, artesanos y obreros, preferían dejar su tierra a someterse a Alemania. Se calcula que, de 1.600.000 habitantes que entonces tenía el país anexionado, huyeron 600.000 y 500.000 reclamaron el derecho de optar por la nacionalidad francesa, si bien en muchos casos las autoridades alemanas no consideraron válida la opción (1). Por efecto de la emigración, la población de Alsacia-Lorena ha crecido muy poco en los años que han transcurrido desde la anexión; apenas ha aumentado en 250.000 el número de habitantes. La repugnancia de los alsaciano-loreneses a servir en el ejército alemán fué, al principio, invencible; el casco tudesco les horrorizaba. De 1871 a 1874, sobre 111.153 mozos que el Imperio podía reclutar, sólo 10.011 se quedaron en sus casas; todos los demás fueron prófugos.

Los que no emigraron quedáronse en el país para sostener la lucha contra el germanismo, para impedir que los inmigrantes alemanes se enseñoreasen de él. Contra la emigración de los patriotas alsaciano-loreneses levantáronse voces de alarma. «¡Emigrar es desertar!» gritó Maurice Barrés.

Los obreros de Alsacia-Lorena, para combatir la germanización, olvidaron durante muchos años toda acción de clase. «Durante veinte años —escribe el socialista E. Reybel (2)—, los

(1) EDMOND ABOUT: *Alsace,* pág. 261. París. 1906.
(2) *Alsace-Lorraine.* Núm. de *L'Humanité* de 13 de febrero de 1911.

obreros alsaciano-loreneses han apoyado con todas sus fuerzas el movimiento de protesta contra la anexión. Esto significa la inteligencia entre burgueses y proletarios, entre patronos y asalariados. En 1890 y 1892, los sindicatos obreros no existían, ni tan sólo en embrión, en Alsacia-Lorena».

IV

El régimen de la Alsacia-Lorena después de la anexión.

Dice Georg Gothein (1) que los recuerdos de la historia, así como las libertades cívicas dadas por Francia a los alsaciano-loreneses, habrían debido imponer a Alemania la obligación de ofrecerles, después de la anexión, algo equivalente, o al menos de procurar que el cambio de dominación no les apareciese como un descenso intelectual y moral, como una restricción de su libertad.

Pero no fué así. Alsacia-Lorena quedó convertida en un Reichsland (país del Imperio), en posesión común de los Estados que forman la Confederación germánica. Por la ley de 9 de junio de 1871, otorgóse al emperador el poder soberano sobre Alsacia y Lorena y se dispuso que desde el año 1873 rigiera allí la constitución general del Imperio. Por la ley constitucional de 25 de junio de 1873, concedióse al Reichsland el derecho de elegir, como el resto del Imperio, diputados para el Reichstag, el cual ejercía el poder legislativo sobre Alsacia y Lorena; durante los períodos en que la Cámara estaba cerrada, este poder correspondía al emperador, el cual debía recabar el asentimiento del Bundesrath, o Consejo federal, en el que tenían representación los gobiernos de todos los Estados confederados.

(1) *L'Autonomie de L'Alsace-Lorraine.*

En 1877 fué creada en Alsacia-Lorena una especie de Cámara, el Landesausschuss, que era una delegación de otras corporaciones. Estaba compuesto por 58 miembros, de los cuales había 34 elegidos por los Consejos generales de las tres provincias (Alta Alsacia, Baja Alsacia y Lorena) en que estaba dividido el país, 20 elegidos por los delegados de los Consejos municipales de cada distrito y 4 elegidos por los Consejos municipales de las cuatro grandes ciudades (Estrasburgo, Metz, Colmar y Mulhouse). Este organismo tenía la misión de dar un dictamen previo sobre los proyectos de ley relativos al Reichsland, los cuales tenían que ser promulgados después por el emperador, con el asentimiento del Bundesrath. Esto no obstante, siendo la consulta al Landesausschuss facultativa, podíase prescindir del mismo, legislando el Reichstag directamente.

En 1879 se reformó el régimen del «país del Imperio». Encargóse a un Statthalter (lugarteniente o gobernador) la dirección administrativa y se creó una especie de ministerio, compuesto de un secretario de Estado y de tres subsecretarios para los diversos departamentos ministeriales. Fueron además ampliadas las facultades de la Delegación (Landesausschuss).

En virtud de este régimen, la Delegación tenía el derecho de iniciativa. La sanción del kaiser era necesaria para promulgar las leyes relativas a Alsacia y Lorena, aprobadas por el Reichstag y por el Bundesrath, y tenía aquél los derechos de decreto y de gracia. El Reichstag podía aprobar leyes para el «país del Imperio», hasta prescindiendo del Landesausschuss. Para todas las leyes y ordenanzas que afectaban particularmente a Alsacia-Lorena, incluso los presupuestos, era necesario el asentimiento del Consejo federal, que venía a representar, para la Alsacia-Lorena, el papel de una Cámara Alta.

V

Un fenómeno de biología social: cómo se iba formando la nacionalidad alsaciano-lorenesa. La cuestión de las lenguas.

Lorena puede ser considerada como un pedazo de Francia, como una región francesa; Alsacia, no. Alsacia tiene un carácter particular que la distingue notablemente de Francia. Por la raza y por la lengua, los alsacianos se diferencian de los franceses.

Pretenden los alemanes que Alsacia es una tierra alemana. Afirman que su afrancesamiento no es más que un barniz superficial, y que rascando el barniz ha de quedar al descubierto la viva entraña germánica de aquella tierra. Eso querían hacer ellos con su política de germanización. «No trabajamos para desnaturalizar el pueblo de Alsacia — vinieron a decir—, sino para devolverle su carácter original y propio.»

Es evidente que hay en la naturaleza de Alsacia elementos teutónicos. El dialecto alsaciano se parece a la lengua alemana. Originariamente los alsacianos son, quizá, de raza germánica, más o menos pura. Sin embargo, en el transcurso de los siglos, por el trabajo de formación interior y a la vez por la acción de fuertes influencias externas, en Alsacia se ha ido elaborando una civilización particular, distintiva, que ha tomado elementos de la civilización alemana y de la civilización francesa y los ha combinado armónicamente. Dice el escritor alemán Wittich que la influencia francesa ha preponderado en Alsacia desde el punto de vista económico, social y político, y que la influencia germánica se ha ejercido en el sentido religioso, intelectual y moral. La influencia francesa no es, pues, un barniz superficial, sino una profunda raiz que ha llegado

hasta el alma alsaciana y se ha convertido en substancia de ésta.

La especial situación creada en Alsacia ha servido para acentuar en los alsacianos el sentimiento particularista, para despertar en ellos la conciencia de que constituyen una patria. Los nijos de la Lorena, más afrancesados, más franceses, pero unidos a la Alsacia por una misma suerte y por un régimen común, experimentaron un sentimiento igual. Así nacía un patriotismo alsaciano-lorenés. En los años del nuevo siglo, se iba formando una nación alsaciano-lorenesa, que amaba a Francia y era su hermana, pero que no se confundía con la nación francesa.

La lucha nacionalista en Alsacia-Lorena ha sido, en mucha parte, una lucha entre dos civilizaciones, entre dos culturas: la francesa y la alemana. La cuestión de las lenguas fué una de sus principales manifestaciones.

En la Alsacia-Lorena se hablan tres lenguas: el dialecto alsaciano, el idioma francés y el alemán. Entre estos dos últimos la lucha era incesante y ruda a causa de la guerra que al francés hacían las autoridades y los inmigrantes alemanes.

Es en Lorena donde se habla más la lengua francesa. Cuando la ley del 31 de marzo de 1872 declaró oficial en los países anexionados la lengua alemana, se hizo una excepción a favor de veintiun municipios loreneses, en los cuales la lengua francesa era hablada por más del 50 por 100 de los habitantes.

Los alemanes, desde que conquistaron Alsacia-Lorena, esforzáronse tercamente en hacer desaparecer del país la lengua francesa; pero los alsaciano-loreneses oponían a los esfuerzos de los alemanes una resistencia no menos terca. La lucha se entabló hasta en los nombres propios y en los rótulos de los establecimientos. Entre Charles y Karl, Louis y Ludwig, René y Renatus, Jeanne y Johanna, se sostuvo durante años un combate pertinaz, y lo mismo sucedió entre Café y Kaffee, Restaurant y Restauration, etc.

El francés de la enseñanza primaria estaba proscrito. En los cuarteles, los soldados no podían hablarlo.

Una disposición ministerial de 21 de marzo de 1910 abolió, para los veintiun municipios más arriba aludidos, la excepción hecha en su favor, según la cual tenían como oficial la lengua francesa. Para dar apariencias legales a esta medida, las autoridades se valieron de unas estadísticas. Ya hemos dicho que la excepción se había hecho en favor de los municipios donde el francés se hablase por más del 50 p. 100 de los habitantes. Las estadísticas presentadas daban un porcentaje inferior. Los alsaciano-loreneses aseguraban que estas estadísticas estaban falsificadas. Por otra parte, el gobierno alemán aprovechó para su obra de germanización un fenómeno económico, industrial, que se ha producido en Lorena, tanto en la anexionada como en la francesa; y es la inmigración de mineros extranjeros sobre todo italianos. Contando los mineros inmigrados, la proporción de los habitantes de lengua francesa quedaba, según las estadísticas alemanas, por debajo del 50 por 100. He aquí cómo la inmigración de italianos en aquellos municipios sirvió para establecer la oficialidad de la lengua alemana. Es un caso realmente paradojico.

En Alsacia, a pesar de predominar en general el dialecto alsaciano y la lengua alemana sobre la francesa, en el campo literario y en las relaciones particulares la gente del país siguió cultivando y propagando la última con invencible entusiasmo. Puede citarse el ejemplo del *Journal d'Alsace-Lorraine*. Este periódico comenzó a publicarse, escrito en alemán, el año 1789; en 1810 se convirtió en bilingüe de alemán y francés; en 1905 pasó a escribirse sólo en francés. Pues bien: los 800 ejemplares diarios que en 1905 tiraba habían crecido hasta 10.000 al comenzar 1910 (1). El número de periódicos y revistas escritos en francés había aumentado considerablemente en

(1) H. SAVARY: *Alsace-Lorraine*. Núm. de *La Dépêche* de Tolosa de 1 de enero de 1910.

los últimos años. El francés es en Alsacia-Lorena la lengua de la cultura. El socialista Reybel (1) escribía en 1911: «Hasta los alsaciano-loreneses germanizantes no pueden desprenderse de su cultura, que es profundamente francesa. De una manera general, los indígenas tienden a absorber a los inmigrantes alemanes, y es posible que la lengua francesa, desde la anexión acá, haya ganado terreno; en todo caso, a pesar de las trampas oficiales, se ha mantenido sólidamente.»

VI

Los hechos económicos y su influencia. La inmigración alemana.

Después del período de agitación de 1887, en el cual menudearon los registros domiciliarios, los encarcelamientos, las supresiones de periódicos y los procesos ante el Tribunal de Apelación de Leipzig, muchos alsaciano-loreneses comenzaron a fatigarse de una actitud protestataria y rebelde que hacía más de veinte años que duraba. Alejábase la esperanza de la *révanche* francesa, y la situación del país anexionado se hacía difícil. Los hechos económicos, sobre todo, la hacían insostenible poco a poco.

Alsacia y Lorena se hallaron dentro del círculo económico de Alemania. Los productos de la industria francesa fueron barridos de los mercados alsaciano-loreneses por los productos de la industria alemana. Vino después, en 1892, el Arancel proteccionista francés, que cerró a la industria alsaciano-lorenesa los mercados franceses. Todo ésto perturbó extraordinariamente la vida económica de la Alsacia-Lorena, pues las rutas y los mercados naturales de su producción eran los de Francia. Sus principales canales de navegación penetran en el

(1) *Alsace-Lorraine*. Núm. de *L'Humanité*, de 10 de febrero de 1911.

territorio francés y la unen con los grandes puertos del Havre y de Marsella. Con los ferrocarriles sucede una cosa parecida. Las aduanas de la frontera han perturbado, desde la anexión hacia acá, toda la vida económica del «país del Imperio».

Haciase necesario reformar todo el sistema de comunicaciones de la Alsacia-Lorena. Y era el Gobierno imperial el que debía realizarlo. ¿Cómo obtenerlo de él mientras los alsaciano-loreneses persistiesen en su actitud de protesta contra la anexión? Las clases burguesas fueron las primeras que se decidieron a reconocer el hecho de la anexión a Alemania, con el fin de obtener de Berlín las obras precisas para que se pudiese utilizar la vía fluvial del Rhin y los canales, el establecimiento de los grandes depósitos de agua para la fuerza motriz, la creación de tarifas ferrocarrileras ventajosas, etc. Era forzoso, pues, pactar con Alemania.

No hizo, sin embargo, el Gobierno todo lo que era necesario para sacar a Alsacia-Lorena de su deplorable situación económica. Los alemanes trataron al país desde el punto de vista militar y policíaco. No quisieron que en las tierras anexionadas hubiese consulados franceses; para conseguirlo, tuvieron que adoptar una disposición general: suprimir allí los consulados de todas las naciones. Y se dió el caso particularísimo de no existir cónsules en Alsacia-Lorena, con lo cual se perjudicaba seriamente al comercio.

A la copiosa emigración de los alsacianos y loreneses después de la anexión, correspondió una inmigración alemana. Dice Anatole Leroy-Beaulieu que los inmigrantes alemanes tomaron en Alsacia-Lorena el lugar de los alsaciano-loreneses emigrados, quienes, dejando el país, hicieron bajar el precio de las casas y de las tierras, ofreciendo así involuntariamente una especie de prima a la inmigración.

Fué grande el número de inmigrantes alemanes en Alsacia-Lorena, entre los cuales los prusianos llegaban al 80 por 100. Habitaban las ciudades, sobre todo las grandes ciudades. En

Estrasburgo los alemanes formaban la mitad, poco más o menos, de la población; en Metz, las tres quintas partes. Pero esta fuerte corriente inmigratoria no produjo grandes efectos de desnacionalización. El contacto prolongado de los dos elementos —el indígena y el alemán—, en vez de acercarlos, parece hacerles sentir sus divergencias y sus contrastes. Juntos en la misma tierra estrecha, viven separados, aislados (1). Contribuye poderosamente a este divorcio la honda diferencia de carácter entre los alsaciano-loreneses y los alemanes. Los primeros tienen el espíritu claro, irónico y fino de los franceses; la pesadez alemana les enoja, y se mofan graciosamente de ella. Una de las principales armas de los alsaciano-loreneses contra los teutones ha sido la caricatura. Los dibujos de *Hansi* y de *Zislin*, que eran los más populares, constituían la obesión y el terror de los funcionarios y de los inmigrados germánicos. En la Alsacia-Lorena se hizo famoso el proceso seguido a *Hansi* por el profesor alemán Gneisse, director del Liceo de Colmar, de quien el primero había dibujado la caricatura. Wetterle, el *leader* nacionalista, acusado de haber entregado caricaturas del profesor Gneisse a los alumnos de éste, fué procesado también. El dibujante fué condenado a una multa; para pagarla puso a la venta unas postales suyas tituladas «Turistas alemanes en París». La suma recaudada resultó superior a la cantidad de la multa, y el sobrante, entregado al comité del monumento de Wissemburg, sirvió para pagar el viaje a esta población de los veteranos alsacianos y franceses de la guerra de 1870. Wetterle fué condenado a dos meses de cárcel; al día siguiente de su condena, delante de las ventanas de su casa, apareció en letras de un metro de altura, la inscripción *Vive la France!* El día 1.º de enero de 1910, la banda de bomberos de la ciudad de Colmar fué a tocar diana al lado de la cárcel donde estaba recluído

(1) A. LEROY-BEAULIEU: *L'Alsace-Lorraine et la lutte pour la culture française.* Núm. de *Le Correspondant* de 25 de agosto de 1911.

Wetterle, enviándole así la salutación de los patriotas; cuando salió a la calle, cumplida su condena, le aclamaron cinco mil personas.

Zislin, desde 1909, sufrió tres condenas en la cárcel. Es este dibujante un patriota ardiente, un irreconciliable adversario de los que fueron dominadores de su tierra. Desde su semanario *Dur's Elsass* (A través de Alsacia), escrito en francés y en alsaciano, combatía implacablemente a los alemanes y exaltaba los sentimientos franceses de las regiones anexionadas. La primera vez fué condenado a ocho meses de cárcel por una caricatura que se consideró injuriosa para los regimientos de dragones de Mulhouse. En el mes de diciembre de 1910 compareció por segunda vez ante los Tribunales, a causa de una caricatura en la cual la artillería alemana intentaba en vano cazar un aeroplano francés que volaba, majestuoso, por encima de las fortificaciones del Imperio; la pena fué de dos meses de cárcel y multa.

Durante este encarcelamiento de *Zislin*, su compañero *Hansi* publicó dos números de *Dur's Elsass,* para que el periódico no muriese. Desde la cárcel, *Zislin,* en una carta de agradecimiento, decía: «Cuando salga volveré entre vosotros siendo el mismo de antes: alsaciano antes que todo y a pesar de todo.»

Sólo hacía dos días que *Zislin* estaba en libertad, cuando fué condenado nuevamente, esta vez sólo a quince días de arresto y cien marcos de multa. El motivo de la condena fué haber dibujado una postal en la que, de la combinación de los colores, resultaba la bandera francesa. «Parece que los alemanes no permiten pintar azul el cielo; tendremos que cambiarle el color», exclamó el caricaturista, al enterarse de la condena. Y tranquilamente ingresó en la cárcel por tercera vez.

Al quedar de nuevo en libertad, *Zislin* fué a París, donde fué recibido cordialísimamente. En honor de él y de *Hansi* (que se encontraba también en la capital francesa), celebró un banquete la Asociación de Dibujantes Humorísticos, al cual asistieron, entre otros, Willette y Forain. Los brindis de *Hansi* y *Zislin* resultaron tan *sediciosos,* que la prensa parisiense se abstuvo de publicarlos, para no perjudicar a los dos caricaturistas alsacianos ante las autoridades alemanas de Alsacia-Lorena.

La antipatía entre inmigrados e indígenas manifiéstase notoriamente en el hecho de ser rarísimos las uniones de alemanes y alsaciano-loreneses. Las muchachas del país y sus familias consideran como una cuestión de honor el no contraer parentesco con alemanes. Las pocas excepciones que se dan en este punto se producen casi todas en las pequeñas ciudades o en las aldeas, donde los alemanes son pocos y no tardan en asimilarse.

Numerosos son los inmigrados que se asimilan al elemento indígena. Y los hijos de inmigrados que, habiendo nacido o crecido en la Alsacia-Lorena, adquieren los sentimientos del país, son más numerosos todavía. Tan importante es este fenómeno de asimilación, que el canciller Bethmann-Hollweg, hablando, en el Reichstag, del problema alsaciano, dijo, años atrás: «La situación volveríase excesivamente crítica si hubiese alsaciano-loreneses de pura raza germánica que no sólo no opusiesen ninguna resistencia a semejantes aspiraciones — las nacionalistas—, sino que mirasen como cosa permitida, como un deporte autorizado, el coquetear en una forma u otra con estas teorías.»

VII

Los partidos políticos de Alsacia-Lorena.

Mientras los alsaciano-loreneses mantuvieron la protesta contra la anexión, todos, unidos por el sentimiento patriótico, formaron un solo bloque. Mas no podía durar mucho esta mezcla, y se produjo la diferenciación de los partidos.

El proletariado, después de los veinte años de protesta contra la conquista, advirtió que había olvidado toda acción corporativa y toda acción de clase. De esto sufrían gravemente los intereses obreros. La jornada de trabajo era en todas partes de once y doce horas, y existían salarios de hambre, el promedio de los cuales no pasaba de tres francos diarios en las ciudades de alguna importancia (1). En 1891 se constituyó el partido socialista alsaciano-lorenés y se inició el movimiento sindical.

Los socialistas alsaciano-loreneses, a pesar de haber sido acusados de favorecer la germanización con su política de clase, han defendido siempre calurosamente la autonomía. Habiendo ganado en 1902 la mayoría en el municipio de Mulhouse, acordaron introducir en las escuelas primarias municipales la enseñanza obligatoria del francés. Las autoridades alemanas revocaron el acuerdo. Pero, al menos, consiguieron los socialistas que el francés fuese admitido como lengua voluntaria en la Escuela profesional de física y química de Mulhouse. Como hace notar E. Reybel, éste fué el único éxito oficial de la lengua francesa en Alsacia desde 1871. Los socialistas siguieron pidiendo la enseñanza obligatoria del francés en todas las escuelas del país.

«Pero —añade Reybel— se han mantenido, en su acción cotidiana, sobre el terreno del hecho consumado. Como declaró nuestro compañero Emmel, en el Reichstag, el 26 de enero último, han hecho ver al proletariado alsaciano y lorenés que era necesario hacer algo más que mantenerse en la antigua protesta estéril y engañosa. El esfuerzo fecundo hacia una mejor situación y hacia la democracia, sólo es posible luchando a la vez contra el régimen político alemán y contra los patronos indígenas e inmigrados. La Social-Democracia alemana protestó vigorosamente en 1870-71 contra la anexión de la Alsacia-Lorena; los socialistas alsacianos lo recuerdan con orgullo. Pero creen que hoy han de descartar prácticamente

(1) E. REYBEL: *Alsace-Lorraine*. Núm. de *L'Humanité* de 13 febrero 1911.

la protesta incesante contra el tratado de Francfort. En efecto: al lado de los obreros indígenas, miles de obreros inmigrados se han establecido en el país. La unión de todos estos elementos es indispensable si la lucha contra los patronos ha de dar resultado, si se quiere sacudir la opresión que el régimen de la conquista hace pesar sobre todos.»

En el año 1893 fundóse el partido católico nacional, llamado a menudo partido clerical, que, al declararse partidario de la autonomía, reconoció el hecho de la anexión. Su *leader* es el sacerdote Wetterle.

A menudo los partidos avanzados acusaron al partido católico de pactar con las autoridades alemanas en beneficio de los intereses conservadores y eclesiásticos. El socialista Reybel le echaba en cara, entre muchas otras cosas, la moción que el año 1905 presentaron al Reichstag los diputados católicos Wetterle, Preiss y Delsor, pidiendo que se concediese la autonomía a la Alsacia-Lorena, con el emperador como soberano, lo cual hubiera entregado el país a Prusia y hubiera empeorado la situación. Personalmente, Wetterle se declaró favorable a la República, pero el conjunto del partido era monárquico.

Otro de los partidos alsacianos es el partido democrático, fundado por Blumenthal. Es plenamente nacionalista y, al propio tiempo, de ideas francamente anticlericales, laicas y republicano-radicales. Las tendencias manifestadas en los últimos años anteriores a la guerra, por Blumenthal, favorables a la unión con los elementos derechistas, le divorciaron de su partido.

Existía, además, el partido liberal, de tendencias moderadas, que se constituyó en el año 1900 con la fusión de los diversos grupos liberales que existían.

En Lorena fundóse, hace años, el Bloque lorenés, en el cual se juntaron indistintamente hombres de diversas ideas. La política de este bloque resultaba, no obstante, conservadora.

importantes elementos de derecha e izquierda se separaron de él, por encontrarlo demasiado liberal los primeros y demasiado conservador los segundos.

Finalmente, en el mes de junio de 1911 fundóse la Unión Nacional alsaciano-lorenesa, en la que entraron elementos de todas las tendencias, salvo los socialistas. La patrocinaron Blumenthal y Wetterle, entre otros, y su programa era únicamente nacionalista.

VIII

Los sentimientos de los alsaciano-loreneses.

Los franceses, vencidos en 1870 por los prusianos, tuvieron que ceder al enemigo aquellas tierras. Pero en seguida nació en ellos la idea del desquite. Hablando de esta anexión, hecha por ley de guerra, Gambetta dijo aquellas famosas palabras: «Pensemos siempre en Alsacia-Lorena y no hablemos de ella nunca».

A pesar de los años que iban transcurriendo, los franceses seguían pensando vivamente en la Alsacia-Lorena, y los alsaciano-loreneses en Francia. *Le Souvenir Français* titulábase significativamente una sociedad del «pais de Imperio», la cual debió transformarse en *Le Souvenir alsacien-lorrain.*

A pesar de los progresos del germanismo en las tierras anexionadas, progresos representados principalmente por la inmigración alemana, los alsaciano-loroneses lucharon bravamente contra los conquistadores. La batalla fué tan larga como emocionante. Los muros de Metz aparecían a veces llenos de inscripciones que decían «¡Viva Francia!». Debajo de ellas los alemanes escribieron: «¡Francia ha muerto!»

Los incidentes motivados por esta lucha eran frecuentes. En el mes de octubre de 1909, la inauguración en Wissemburg,

de un monumento dedicado «a los soldados caídos por la patria», que eran los soldados del ejército francés muertos el 4 de agosto de 1870 luchando contra los invasores prusianos, causó enorme emoción en Alemania. La prensa pangermanista se mostró extraordinariamente alarmada y atacó, furiosa, a los nacionalistas alsaciano-loreneses. Llevada la cuestión al Reichstag, el canciller Bethmann-Hollweg pronunció un discurso de tonos conciliadores (13 de diciembre de 1909), del cual se dedujo que el Gobierno se proponía hacer concesiones autonomistas al Reichsland, solicitadas ya pocos dias antes en una moción firmada por diputados de todos los partidos, excepto el conservador. He aquí algunos interesantes párrafos del discurso del canciller:

«La fórmula que se oye proclamar con frecuencia creciente y con insistencia siempre mayor: «La Alsacia-Lorena para los alsaciano-loreneses», tiene algo de seductor y de justificado, al menos cuando expresa el deseo de un más vigoroso desarrollo del país. Pero será dificil pensar en dar satisfacción a las demandas que tienden a la realización de este pensamiento, si se suscita en el país una agitación que tenga por fin ahogar los antiguos elementos de vieja estirpe alemana y hacerlos desaparecer, para favorecer el desarrollo de una romanización artificial, que no está justificada ni por la etnografía ni por la historia. Cuanto más se manifiesten públicamente estas tendencias, más se debilitan las inclinaciones a realizar los anhelos constitucionales de los alsaciano-loreneses.

»Esto último no podría tener más que un resultado: el de ver cómo las barreras ficticias que se quieren levantar entre el espíritu alsaciano-lorenés y el espíritu germánico se convierten en verdaderas barreras entre la Alsacia-Lorena y la autonomía.

»Por otra parte, yo quisiera, no obstante, poner en guardia contra la tendencia a considerar toda manifestación de los deseos de los alsaciano-loreneses como una especie de rebelión

contra la idea imperial. La inclinación de los alsaciano-loreneses a la salvaguardia de su carácter particular tiene, como he dicho precedentemente, algo de justificado; y si ese carácter particular fuese tomado en consideración y respetado por los inmigrados, ésto serviría para consolidar la paz interior en el país y para solventar las dificultades existentes.»

En el mes de enero de 1911 causó gran sensación lo sucedido en Metz con ocasión de una fiesta de la sociedad La Lorraine Sportive. Celebraba ésta un concierto y una distribución de premios, cuando la policía alemana penetró en el local y suspendió la reunión. Exasperados por la actitud violenta de la policía, los socios y los invitados entonaron La Marsellesa y el canto patriótico loronés «Flotte, flotte, petit drapeau!...»

A la salida de la disuelta reunión, un gran gentío se dirigió, entre vítores a Lorena, al lugar donde se levantan las estatuas de los mariscales Faber y Ney. Efectuáronse numerosas detenciones, y los soldados que se encontraban cerca de allí recibieron orden de dar una carga a la bayoneta. Estos incidentes ofrecieron pretexto a las autoridades alemanas para proceder contra dicha sociedad. Al principio afectóse creer que La Lorraine Sportive había organizado un verdadero complot. Se la disolvió y su presidente quedó preso e incomunicado. Al cabo de algunos días los presos fueron puestos en libertad, pero el proceso siguió. Las autoridades militares abrieron una información, pues pretendían que algunos soldados de la guarnición de Metz, hijos del país, habían tomado parte en las excursiones de La Lorraine Sportive, a la cual consideraban como un centro de agitación y de conspiración antialemana.

Los diarios chovinistas alemanes aprovecharon la ocasión para hablar del peligro que al Imperio creaba el nacionalismo alsaciano-lorenés. Añadían que existía en Alsacia-Lorena una organización secreta, cuyos afiliados, en caso de guerra, debían cortar los hilos telegráficos y telefónicos y destruir las vías del ferrocarril, a fin de aislar las plazas fuertes.

Incluso en los últimos años que precedieron a la guerra mundial, eran numerosos los alsaciano-loreneses que rehusaban servir en el ejército alemán. Muchos de ellos huían y se alistaban en la legión extranjera del ejército francés. «Sin duda —dice E. Reybel (1)— el recuerdo de Francia ha quedado profundamente arraigado en los corazones, y todavía hoy, cuarenta años después de la conquista, si los alsaciano-loreneses fuesen llamados, por un plebiscito, a escoger entre la nueva y la vieja patria, es seguro que por esta última pronunciaríase la gran mayoría.»

Pero, a pesar de estos sentimientos íntimos, los alsaciano-loreneses iban quizá resignándose al hecho consumado. Comprendían que su derecho y sus sentimientos no podían vencer la fuerza del Imperio alemán. «Evolución inevitable —exclamaba Jaurés (2)—. Durante mucho tiempo, los protestatarios han esperado. Esperanzados por los discursos ambiguos que han pronunciado..... todos los gobernantes de la República burguesa, han creído que el terrible y grandioso nubarrón iba a subir del oeste. Y han visto pasar los días, los meses y los años.....»

El mismo Jaurés decía, hace siete años, que el problema había cambiado de aspecto y que la solución del mismo dependía, no de la suerte de las armas, sino de los progresos y de la victoria final de la democracia alemana, de la cual obtendría Alsacia-Lorena su plena autonomía.

A propósito de esto, escribía E. Reybel (3): «Los mismos alsaciano-loroneses ya no desean una guerra entre Francia y Alemania, de la cual sería su país el sangriento campo de batalla y que haría de ellos las primeras víctimas.»

Una impresión concordante recogió el historiador francés Ernest Lavisse en sus conversaciones con los estudiantes de

(1) *Alsace-Lorraine.* Núm. de *L'Humanité* de 10 de febrero de 1911.
(2) *Assez d'equivoques.* Núm. de 20 agosto 1910 de *L'Humanité.*
(3) ERNEST LAVISSE: Trabajo publicado en la *Revue de Paris* mayo 1911.

en un principio había votado. Mientras tanto, la Delegación de Alsacia-Lorena formulaba las reivindicaciones del país en la moción siguiente: «Pedimos al Gobierno del Imperio: 1.º La situación de la Alsacia-Lorena sobre un pie de igualdad absoluta con respecto a los Estados confederados; la eliminación completa del Consejo federal y del *Reichstag* en la legislación del país; la concesión de tres votos en el Consejo federal. 2.º Un Parlamento popular elegido por sufragio universal, igual, directo y secreto; la delimitación de las circunscripciones electorales por una ley; la supresión de toda Cámara alta, y en caso que esta fuese instituída, que se formase exclusivamente por elección.»

Después de múltiples y contradictorias peripecias en los debates de la comisión parlamentaria, el proyecto de Constitución de la Alsacia-Lorena fué sometida al Reichstag para su definitiva aprobación.

La discusión y aprobación del proyecto por la Cámara resultó fácil, pues todos los puntos principales habían sido ya debatidos en la comisión.

Lo más notable del debate fué el discurso que el canciller del Imperio, Bethmann-Hollweg, pronunció en defensa del proyecto. «Por nuestra parte —dijo—, queremos hacer desaparecer el sentimiento que tienen los alsaciano-loreneses de ser alemanes de segunda clase.»

A fines de mayo de 1911, por 211 votos contra 93 y 7 abstenciones, fué definitivamente aprobado el proyecto. Votaron en contra los conservadores, los alsaciano-loreneses (excepto uno) y los polacos. Votaron en pro los nacionales liberales, el Centro católico, los radicales y los socialistas alemanes.

Los socialistas alsaciano-loreneses mostráronse disgustados por haber votado el proyecto sus correligionarios del Imperio. Éstos se decidieron a votarlo por haberse introducido en él el sufragio universal, hecho que constituía un poderoso precedente para pedir la implantación de aquél en Prusia,

donde regía aún un complicado sistema electoral censitario indirecto y por clases.

Sin embargo, durante el debate, los socialistas, como los alsaciano-loreneses y los polacos, mostráronse partidarios de mayores concesiones autonomistas, es decir, de que Alsacia-Lorena se convirtiera en un Estado más de la Confederación germánica, con iguales derechos que los otros.

Los nacionalistas alsaciano-loreneses eran contrarios a la Constitución que se concedía a su país, quejándose de que a última hora todos los partidos del Reichstag les abandonasen. Por este motivo, el partido católico de Alsacia-Lorena se separó del Centro alemán. La agitación, lejos de desaparecer, aumentó todavía más a causa del cierre del Landesausschuss, decretado por el kaiser con fecha 9 de mayo, decreto que firmó en la misma ciudad de Estrasburgo, donde había ido para asistir a la inauguración del monumento erigido en aquella ciudad alsaciana al emperador Guillermo I.

El diputado por Colmar, Preiss, declaró: «En el fondo, no hay nada cambiado en lo que la cuestión de Alsacia-Lorena tiene de particularmente interesante. No hay otra cosa que una mordaza más» (1). Otros diputados alsaciano-loreneses, los menos, creyeron que, a pesar de ser la Constitución aprobada insuficiente y defectuosa, contenía cierto número de ventajas apreciables.

¿Cuáles eran las concesiones que la nueva Constitución hacía a la Alsacia-Lorena? Realmente, eran bien pequeñas. Concedíansele los tres delegados en el Consejo federal (2); pero

(1) Declaraciones publicadas en *Le Matin* del 25 de mayo de 1911.

(2) Los votos de Alsacia-Lorena en el Consejo federal no debían ser contados en el caso de poder decidir una votación en favor de Prusia. Habiendo censurado el leader de los conservadores prusianos, von Heidebrandt, esta condición en el Landtag de Prusia (23 de marzo), el canciller Bethmann-Hollweg le contestó: «Los hechos nos demuestran que no existe una sola cuestión importante en la cual no se haya llegado a un voto unánime, y los tres votos de los alsaciano-loreneses no cambiarán en nada tal estado de cosas.»

éstos debían ser designados por el statthalter, quien era, a su vez, nombrado por el emperador y podía ser destituído por el mismo. Los miembros electivos de la Cámara alta eran 23, en vez de los 18 que fijaba el proyecto primitivo; pero el emperador conservaba el derecho de nombrar un número igual al de los electivos. Se introducía el sufragio universal puro en la elección de la segunda Cámara, y en ésto consistía la mejora más considerable; no obstante, la Cámara popular quedaba bajo la estrecha tutela de la Cámara Alta.

Jaurés hizo del proyecto aprobado una crítica bastante imparcial: «Esta Constitución — escribió — está bien lejos de dar entera satisfacción a los anhelos de autonomía de los alsaciano-loreneses. Contiene ciertas disposiciones que les son favorables; con otras, al contrario, hiere sus susceptibilidades y limita sus derechos. La Alsacia-Lorena estará representada en el Consejo federal, del cual forman parte los representantes de todos los Estados de Alemania. Tendrá en él tres delegados, y en ésto parece que comienza a tomar aspecto de Estado autónomo. Pero estos tres delegados recibirán sus instrucciones del statthalter o gobernador; y éste será designado por el emperador; he aquí lo que restringe singularmente el derecho de la delegación de Alsacia-Lorena. — El poder legislativo será ejercido por dos Cámaras, y las decisiones de la Cámara popular serán sometidas a la ratificación, no del Consejo federal, sino de una alta Asamblea alsaciano-lorenesa. Ésto aparece como un progreso en el sentido de la autonomía. Además, la asamblea popular será elegida por sufragio universal directo, y el gobierno se ha resignado a última hora a abandonar todas las combinaciones de voto plural en que al principio había pensado. Todos los ciudadanos de Alsacia-Lorena tendrán un voto, y escogerán sus representantes directamente no ya por mediación de corporaciones diversas. — Hay en esto un evidente progreso democrático. Sin embargo, por otra parte, los poderes financieros de esta Cámara popular son restringidos. Muchos créditos pueden ser inscritos de oficio; el veto del emperador puede oponerse a muchas decisiones y la Cámara popular queda sometida a un Senado del cual el emperador nombra la mitad de los miembros. — Ya puede verse cuán compleja es esta reforma constitucional. Ofrece garantías que podrán desarrollarse en el porvenir; impone también restricciones peligrosas y penosas. Ha sido acogida en Alsacia-Lorena con protestas casi generales, si bien de origen diverso. El partido católico, que ejercía una acción muy grande en la asamblea de notables recientemente suspendida, teme la nueva Constitución, tanto por el particularismo alsaciano-loronés, como por su propia influencia» (1).

Los conservadores mostraron hacia la nueva Constitución una irritada hostilidad. «Regalo de bodas hecho a la Social-Democracia alemana»: así juzgaron la concesión a la Alsacia-Lorena del sufragio universal.

Al descontento de los alsaciano-loreneses por la nueva Constitución se añadió el causado por la disolución del Círculo de Estudiantes de Alsacia-Lorena y la expulsión de la Universidad de Estrasburgo del alumno nacionalista Munck (16 junio de 1911). El viaje de éste a Francia y los insultos a los estudiantes franceses publicados por la *Strasburger Post*, motivaron manifestaciones escolares antigermánicas en París y Nancy.

Algunos nacionalistas creyeron que era necesario acentuar el esfuerzo en pro de la verdadera autonomía y que para ello era necesaria la unión de todos los patriotas en un organismo común. A últimos de junio de 1911 se constituyó en Estrasburgo la Unión Nacional de la Alsacia-Lorena, que venía a ser un campo común a todos los partidos. Wetterle, con muchos correligionarios suyos, entró en el nuevo grupo. Otros nacionalistas negáronse a entrar en él. Los socialistas permanecieron alejados en absoluto de la Unión.

(1) J. JAURÉS: *Alsace-Lorraine*. Artículo publicado en *L'Humanité* de 26 de mayo de 1911.

La Unión Nacional, en un manifiesto, expuso su pensamiento y su programa. Hablando de la nueva Constitución, decía: «En su conjunto, no marca un progreso, sino un retroceso. Estamos más alejados de la autonomía que antes.» He aquí los más importantes párrafos del manifiesto:

«Nosotros exigimos que en todas las escuelas los maestros respeten en el alma de los niños las tradiciones de la familia y del país, y que, por consiguiente, se omitan en la enseñanza oral y se eliminen de los libros todo término injurioso y toda apreciación desagradable sobre acontecimientos históricos en que nuestros padres han tomado parte.

»Protestamos contra las tentativas hechas por ciertas autoridades militares para imponer a los soldados alsaciano-loreneses el uso, en sus relaciones privadas, de una lengua que no es su lengua materna.

»Para los vivos como para los muertos, reclamamos el respeto a las banderas que han seguido. Rehusamos renegar de ninguno de los emblemas que han excitado el entusiasmo y hecho la gloria de nuestros antepasados, y reclamamos el derecho de poner sobre sus tumbas las insignias que han ostentado.»

X

La nueva Dieta.

En octubre de 1911 tuvieron efecto las elecciones para la Dieta de Alsacia-Lorena, de conformidad con la nueva Constitución. Después de los dos turnos de votación, los 60 lugares de la Cámara quedaron repartidos así: católicos, 25; socialistas, 11; liberales, 10; bloque lorenés, 10; independientes, 4.

No fué este resultado muy favorable al nacionalismo alsaciano. Casi todos los candidatos de la Unión Nacional fueron

derrotados, entre ellos Blumenthal, Preiss y Laugel. La victoria más señalada la obtuvieron los socialistas, los cuales no tenían ni un solo diputado en el viejo Landesausschuss. ¿Quiére decir eso que el nacionalismo se hallaba en decadencia en Alsacia-Lorena? No. La principal causa del resultado de dichas elecciones fué, sin duda, la confusión que reinó en la batalla y, sobre todo, el haber reunido los candidatos socialistas, a la vez, sufragios de naturales y de inmigrados. Fueron principalmente los candidatos obreros quienes vencieron a los candidatos de la Unión Nacional.

Por otra parte, todos los partidos en lucha se acogieron al programa nacionalista durante sus campañas electorales, «todos predicaron la unión de los alsacianos alrededor de la bandera roja y blanca», como dijo el *leader* nacionalista alsaciano Laugel (1).

Que no podía atribuirse a debilidad nacionalista la derrota de la Unión Nacional lo prueban las palabras siguientes, que pocos días antes de las elecciones escribía E. Reybel, el socialista alsaciano a quien hemos citado diversas veces:

«Existe, en primer lugar, un despertar innegable del particularismo alsaciano, y a la vez de la protesta contra la anexión.

»Los sentimientos francófilos se han exteriorizado bruscamente de nuevo por todo el país y con fuerza tal, que todos los partidos se ven obligados a tenerlos en cuenta. Los mismos diarios que predican la germanización a ultranza, como la *Strasburger Post*, se han visto forzados a cambiar de tono y a cesar en sus ataques violentos contra Francia.

»Es necesario buscar la verdadera causa de este despertar brusco de la protesta nacional en la fanfarrona política de pinchazos practicada por la Alemania imperial contra Francia desde 1905. Las alternativas de paz y las amenazas de guerra, la actitud belicosa y agresiva de los pangermanistas, las acti-

(1) Artículo publicado en el periódico *Le Matin*, de la villa de París, en el año de 1912.

tudes brutales del Gobierno de Berlín, han enervado a todo el pueblo alsaciano-lorenés. La perspectiva de una guerra con Francia, que ha aparecido diversas veces desde 1905, a los alsaciano-loreneses les ha hecho recordar todos los méritos de la antigua patria y ha provocado en ellos un odio fortísimo contra los que querían precipitarlos en un conflicto sangriento con la nación de la cual en otro tiempo habían formado parte.

»En todo caso, esta explosión de sentimientos antialemanes refuerza todavía más la corriente particularista. No pudiendo los alsaciano-loreneses volver a ser franceses si no al precio de una sangrienta guerra, han renunciado a este sueño, pero no quieren convertirse en prusianos. Quieren ser los dueños en su casa, o mejor dicho, quieren volver a ser los dueños en su casa, romper el yugo de la burocracia alemana, conquistar la autonomía del país y conservar a este último su fisonomía propia» (1).

No resultó, por cierto, muy dócil al Gobierno la Dieta de Alsacia-Lorena. Desde un principio, los diputados católicos y los del bloque lorenés se coaligaron, formando una mayoría oposicionista de 35 diputados, que en determinadas cuestiones se aumentaba con los 11 socialistas. Así, la Comisión de presupuestos, en el mes de febrero de 1912, y por los votos de socialistas y católicos, suprimió los créditos destinados al fondo de recompensas imperiales y al nombramiento de un segundo representante de Alsacia-Lorena en el Consejo federal, rebajó a la mitad la asignación del statthalter y eliminó la partida de fondos secretos, que se dedicaba principalmente a los servicios de espionaje.

No obstante, el partido católico —al cual algunos atribuían tendencias a entenderse con el Gobierno, como ya lo hizo en tiempo del statthalter von Köller— quiso atenuar la significación de dichas enmiendas. El mismo Wetterle, a mediados

(1) E. REYBEL: *Les elections legislatives d'Alsace-Lorraine*. Núm. de *L'Humanité* de 18 de octubre de 1911.

de 1912, decía en un mitin, a propósito de los créditos suprimidos: «Nuestra actitud no iba dirigida de ninguna manera contra el Emperador. Nada más lejos de nuestro pensamiento. Nosotros no somos ni revolucionarios ni separatistas; no aspiramos a separarnos del Imperio alemán, sino que nos colocamos plenamente sobre el terreno de las circunstancias actuales, cumpliendo de todo corazón y lealmente nuestros deberes de ciudadanos» (1). Tal lenguaje, en boca de Wetterle, hacía sospechar, efectivamente, que el partido católico alsaciano buscaba una política de conciliación y de transigencia.

Las elecciones para el Reichstag, celebradas en enero 1912, ofrecieron la misma característica del triunfo de los socialistas sobre los nacionalistas. En el Reichstag anterior los 15 diputados de la Alsacia-Lorena se repartían en la siguiente forma: 9 católicos (casi todos nacionalistas), 3 loreneses independientes, 2 socialistas y 1 conservador. En las elecciones de 1912 resultaron triunfantes 5 socialistas, 9 nacionalistas y 1 liberal.

Seguían todavía los comentarios sobre las elecciones para la Dieta, cuando se produjo en Metz, en diciembre de 1911, un incidente que exacerbó las pasiones. Una noche, yendo por la calle varios socios de La Jeunese Lorraine —que era como una continuación de La Lorraine Sportive—, y entre ellos su presidente, Alexis Samain, encontráronse con algunos alemanes. Entre unos y otros se cruzaron palabras desagradables y acabaron por agredirse. Un sargento alemán de la guarnición, llamado Maasch, fué muerto de un tiro de revólver por el lorenés Martin. Además de éste, fueron encarcelados varios jóvenes loreneses, entre ellos Samain y un hermano suyo, convertidos en el blanco de los odios de los inmigrados germánicos. Al poco tiempo, sin embargo, tuvo que reconocerse la inocencia de estos últimos. A consecuencia de este proceso, La Jeunese Lorraine fué disuelta.

(1) Este párrafo lo hemos tomado del artículo que, con el título *En Alsace-Lorraine, Un bilan*, publicó S. Grumbach en *L'Humanité* de 3 agosto 1912.

XI

La nobleza del pleito.

La cuestión de Alsacia-Lorena, por la enemistad que ha creado entre Francia y Alemania, ha influído poderosísimamente en la situación internacional de Europa. Hase dicho, con razón, que todo el juego de la política internacional europea en los últimos cuarenta años se ha movido en torno de la cuestión de Alsacia.

Había, sin duda, un aire de grandeza en la obstinación de Francia y de Alsacia-Lorena al no querer dar por acabado el pleito. En esta noble obstinación fundaron los alemanes su hostilidad a la autonomía integral del país anexionado. «En ningún Estado confederado—escribía la *Post*, de Berlín, mientras se discutía la nueva Constitución— hay tantos desertores como en Alsacia-Lorena. En ninguna parte se cumple tan mal la obligación del servicio militar. En ninguna región del Imperio, a no ser en Polonia, se insulta tanto a la lengua y a la cultura alemanas. Sobre los campos de batalla alemanes se levantan monumentos franceses. Francia es aclamada como la «verdadera patria». Durante las maniobras, los alsaciano-loreneses cortan los hilos telegráficos. ¿Es ésto obrar como buenos alemanes?» La *Gaceta de la Cruz*, diario conservador berlinés, aducía contra las aspiraciones autonomistas de los alsaciano-loreneses esta suprema razón: «Si queréis que se os concedan derechos alemanes, aprended primero a pensar en alemán».

El ilustre historiador Ernest Lavisse, en un discurso que pronunció, a primeros de agosto de 1911, en Nouvion, expuso bellamente esta nobleza de la cuestión alsaciana.

«Una guerra entre Alemania y Francia—dijo—no es deseada ni por la mayoría del pueblo alemán ni por la mayoría del pueblo francés. Pero entre los dos países no es posible una amistad verdadera. Se sienten enemigos y se fatigan en esfuerzos y gastos militares. Oponen liga a liga, Triple Entente a Triple Alianza. He aquí el peligro de la cuestión de Alsacia. Alsacia hubiera podido resignarse a su suerte. Veía a Francia caída, no le quedaba ninguna esperanza de libertad, y su interés le aconsejaba la resignación; hoy sería, si hubiese querido, una provincia tranquila de un Imperio poderoso. Y no ha querido.

»Francia hubiera podido aceptar también el hecho consumado, como se dice. Su interés se lo aconsejaba. Si hubiese querido, hubiera vivido también tranquila. Sus movimientos serían más libres y no estaría preocupada por un peligro siempre posible. Y no ha querido. Existe, pues, un poder más fuerte que el interés y que las bajas pasiones que éste inspira, más fuerte que la fuerza. Este poder es totalmente inmaterial: sentimientos, ideas, honor.

»Tres soluciones ofrece el porvenir al pleito de Alsacia-Lorena —decíamos en la edición catalana—. Una solución es la completa autonomía de aquellas tierras dentro del Imperio alemán. Otra es la independencia. La última es la reincorporación a Francia.

»Por la sola cuestión de Alsacia no irán a una nueva lucha los alemanes y los franceses; pero si sobreviniese una guerra entre las grandes potencias, y Francia y Alemania tomasen parte en ella, inmediatamente se convertiría en uno de los objetivos de Francia la reconquista de las tierras anexionadas.

»La unión espiritual de Alsacia-Lorena a Francia es sólida y duradera. El estudio del nacionalismo alsaciano-lorenés trae a la memoria aquellas frases de Jaurés, de maravillosa elocuencia: «Alsacia y Lorena son como los árboles a los cua-

les puede separarse del bosque por un muro; pero que, por sus raíces profundas, van a encontrar, por bajo del muro del cercado, las raíces del bosque primitivo.»

XII (1)

La reincorporación de Alsacia y Lorena a Francia.

Los hechos de la guerra mundial han confirmado las previsiones que en la edición catalana de este libro hacíamos. Rota por los imperiales la paz de Europa, la Francia, agredida, puso en seguida a la cabeza de sus reivindicaciones justicieras la reincorporación de Alsacia y Lorena al Estado francés.

Los sucesos de Saverne, a fines de 1913, habían acentuado el malestar en el «país del Imperio». Los oficiales del regimiento prusiano de guarnición en aquella plaza provocaron y maltrataron a la población civil. El proceso seguido contra el teniente von Forstner — muerto después en la gran guerra — acabó con la absolución. Y el kronprinz felicitó públicamente a los héroes de Saverne. En todo el país creció la repulsión hacia los alemanes.

Si alguna duda hubiese cabido a los espíritus imparciales respecto a los sentimientos de los alsacianos y loreneses, la actitud de éstos con ocasión de la gran guerra la disiparía por completo. Al abrir la lucha de Europa el camino a la reincorporación de las tierras arrebatadas a Francia, los hijos del país sintieron estallar en su pecho todos los amores a la vieja patria, todos los odios contra el opresor.

En los primeros días del mes de agosto de 1914, un gran número de jóvenes alsacianos y loreneses desertó de las filas del ejército alemán y se presentó en Francia, ofreciéndose a

(1) Capítulo añadido a la obra por el autor.

combatir en las filas francesas. Familias enteras buscaron refugio al otro lado de los Vosgos. Los jefes nacionalistas se trasladaron a la tierra francesa. A Francia marcharon Wetterle, Blumenthal, Laugel, el socialista Weil y muchos otros. Allí fueron también Hansi y Zislin, que pronto quedaron convertidos en soldados franceses. Pero, al fin y al cabo, los que pudieron marcharse sólo constituían una pequeña minoría. Entre los que debieron permanecer en el país, los encarcelamientos, procesos y condenas alcanzaron una cifra enorme. Ante la evidencia de los sentimientos de los hijos de Alsacia y Lorena, las autoridades alemanas emprendieron una dura persecución.

Los mismos alemanes se vieron obligados a reconocer estos sentimientos. Un escritor de Munich, Jurinck, que visitó la Alsacia durante la guerra, dijo: «Lo confieso con franqueza: no he encontrado en ninguna parte sentimientos germánicos manifiestos y entusiastas.» La *Strasburger Post,* órgano oficioso de los funcionarios tudescos de Alsacia, escribía: «De nuevo comprobamos lo que nos separa a los unos y a los otros (a los alemanes y a los naturales). No vemos en los alsacianos ni sombra de solidaridad con nosotros en los acontecimientos de la guerra. Vemos, al contrario, una simpatía declarada hacia el enemigo de raza diferente.» El clero católico, siguiendo el noble ejemplo de monseñor Dupont des Loges en 1870, opuso una brava resistencia a la presión que pretendieron ejercer sobre él las autoridades civiles y militares, y hasta ciertas autoridades eclesiásticas.

El armisticio germano-aliado del 11 de noviembre de 1918 devolvió de hecho la Alsacia y la Lorena a Francia, al establecer la evacuación de aquellas regiones de las tropas alemanas. Pronto los franceses ocuparon militarmente el país, que recibió triunfalmente, con inmenso entusiasmo, a los soldados vencedores, a los hermanos de la verdadera patria. El famoso «¡jamás!» de von Kulhmann, arrojado meses antes a la faz de Francia como un reto, queda hoy plenamente desmentido.

FLANDES

I

El reino de Bélgica. — Flandes y Walonia.

El Congreso de Viena, en 1815, adjudicó Walonia, país de lengua francesa, al reino de los Países Bajos, del cual también formaba parte Flandes. En 1830, walones y flamencos se rebelaron contra el rey de Holanda, Guillermo de Orange. Holanda se dispuso a dar plena autonomía a las provincias meridionales rebeladas; pero ya era tarde. La insurrección separatista, dirigida principalmente por los walones, siguió su camino. Y si bien las tropas holandesas vencieron a los revolucionarios, la intervención de Francia a favor de éstos aseguró su triunfo. En 1831, constituyóse definitivamente el reino de Bélgica.

En éste quedaron reunidos, puede decirse por azar, walones y flamencos. Los flamencos ocupan el norte y el oeste, los walones el sud y el este. La extensión territorial del reino es de 29.456 kilómetros cuadrados.

Entre walones y flamencos las diferencias son profundas. Lo que más les separa es el idioma. Hablan los flamencos un lenguaje muy semejante al bajo-alemán y que está poco influído por el latín, distinguiéndose del holandés o neerlandés por diferencias de pronunciación. En Walonia, la lengua literaria y de cultura es la francesa, si bien el lenguaje popular,

especialmente el de las comarcas rurales, es el walón, dialecto del francés.

Tiene actualmente Bélgica unos 7.500.000 habitantes, de los cuales son flamencos 4.500.000 y walones 3.000.000. Lingüísticamente, puede hacerse una división de Bélgica en tres regiones: región flamenca, región francesa y región mixta.

Es Bélgica uno de los países más poblados de Europa: a cada km.² de su territorio corresponden 255 habitantes.

Predomina la agricultura en las comarcas flamencas, y la industria en las comarcas walonas.

II

El movimiento flamenco.— Conquista de la igualdad de derechos para la lengua flamenca.

La unión de Walonia y Flandes creó una fuerte hegemonía walona en Bélgica. En el campo lingüístico, esta hegemonía se dejaba sentir fuertemente. El francés dominaba en absoluto y era el idioma exclusivo de las escuelas, a pesar del artículo 23 de la Constitución, en el cual estaba consignada la igualdad de derechos de las dos lenguas: francesa y flamenca.

En 1834 se inició el movimiento flamenco; durante muchos años, ni adquirió gran fuerza, ni consiguió gran cosa. En sus comienzos tuvo un carácter literario y erudito. Los primeros flamingants eran—dice Maurice Wilmotte (1)— «profesores en su mayoría, un cura, un archivero, un médico, a quienes los lazos de la confraternidad intelectual reunieron, en Gante, con objeto de realizar una acción colectiva». Estos primeros patriotas fundaron una Academia libre y una revista. Poco después constituyeron una Asociación que tenía por lema: «De taal is

(1) *La Belgique morale et politique (1830-1900)*, págs. 193 y 194. París.

gansch het volk» (La lengua es toda la nación). En este lema sintetizaron su programa. El primer trabajo que emprendieron fué el de editar las obras de la antigua literatura flamenca. Jan Frans-Willems era el alma del movimiento.

Las tendencias políticas y religiosas en el flamingantismo comenzaron a dibujarse en 1846. Hasta entonces habían laborado juntos hombres de todas las ideas, desde Willems, que era librepensador, al clérigo David. Vino la división entre liberales y católicos, y el movimiento se bifurcó. Aunque se combatían en el terreno de las diferencias políticas y religiosas, ambas ramas uníanse siempre que se trataba de luchar por las reivindicaciones nacionales.

Las obras nacionales del flamenco Henri Conscience, llenas de espíritu nacionalista, contribuyeron a la propagación del nuevo movimiento. Con el poeta Ledeganck, los flamencos tuvieron un cantor de sus glorias pasadas y de sus esperanzas de futuro esplendor.

A pesar de los progresos que el movimiento realizaba, acostumbrábase a tomarlo a chacota y a no hacer caso de él. El francés era el idioma oficial en Bélgica, y a la lengua flamenca se la consideraba como un dialecto local a la misma altura del patois de las comarcas walonas. Flandes se iba afrancesando, principalmente sus centros urbanos. Estaba escrita en francés la prensa, y no se leía más que libros franceses. En el teatro se representaba, casi exclusivamente, obras francesas. Francesa era toda la cultura de Flandes. Si las cosas hubiesen seguido por el mismo camino, seguramente hoy toda Bélgica sería francesa de lengua y de cultura.

Los flamingants o neerlandistas habían logrado solamente algunas conquistas parciales. En 1850 obtuvieron que se exigiese el conocimiento de la lengua del país a los empleados provinciales de Amberes; en 1864, lograron establecer igual obligación en el municipio amberés; en 1865, el idioma neerlandés fué declarado allí oficial; ya antes se había autorizado

a los alumnos del bachillerato para escribir su composición en cualquiera de las dos lenguas nacionales. En el mensaje del Parlamento al rey, en 1861, fueron introducidas las siguientes palabras: «Esperamos que el gobierno tomará medidas para satisfacer las reclamaciones del pueblo flamenco, que se considera fundadas.»

En el último tercio del siglo pasado, el movimiento flamenco adquirió rápidamente una fuerza enorme, un irresistible ímpetu. La victoria de Prusia sobre Francia, en 1870, favoreció la propaganda de los flamingants. La masa de éstos se robusteció con el concurso de elementos intelectuales. Tenaces, animosos, con un incansable espíritu de combatividad, los flamencos, al grito de Vlaanderen, vlaamsch (En Flandes, lo flamenco), fueron imponiéndose.

Vino a fomentar el movimiento un error judicial que produjo una inmensa emoción. Dos flamencos fueron condenados a muerte por los tribunales del Brabante; ninguno de los acusados sabía el francés, y no podían entender lo que decían el presidente, el fiscal y los defensores. Después de haberlos ejecutado, el verdadero culpable, confesando el crimen, proclamó la inocencia de aquéllos. En Flandes se produjo un formidable movimiento de protesta y se pidió enérgicamente el uso de la lengua flamenca en los tribunales del país. En 1873 se decidió que en las causas criminales se usase el idioma del acusado.

Desde entonces, las victorias de los flamingants se sucedieron. Declaróse obligatorio, no sólo el conocimiento, sino el uso del flamenco para los empleados y funcionarios públicos de Flandes (1878); se exigió su conocimiento a determinados empleados y funcionarios de Walonia; hízosele usual en las escuelas primarias de Flandes; en la segunda enseñanza estableciéronse, por lo menos, dos cursos de flamenco; declaróse obligatoria su enseñanza en todo el país; en los tribunales, adoptóse el bilingüismo; fundóse una Academia oficial flamenca y creóse diversos teatros municipales consagrados a las obras

escritas en la lengua del país. Hoy la lengua flamenca está, en Bélgica, casi en todo, sobre un pie de igualdad con la francesa; en las monedas hay la inscripción en ambas lenguas; los rótulos de las oficinas y edificios públicos son también bilingües; el *Moniteur Belge,* diario oficial del reino, publica su texto a dos columnas, una en francés y otra en flamenco. En el Parlamento belga se puede usar el idioma flamenco, y hay algunos diputados que no usan otro. Así, el flamingantismo resulta un nacionalismo principalmente lingüístico. El lema de los primeros flamingants sigue inspirando la lucha: La lengua es toda la nacion.

En cuanto al programa flamenquista íntegro, en su forma más radical, Vandervelde lo resume así:

1. En la Bélgica flamenca, el flamenco o, más exactamente, el neerlandés, ha de ser la lengua exclusiva de la enseñanza primaria, la lengua principal de la segunda enseñanza y de la superior; en los municipios mixtos, los niños han de ser agrupados en clases diversas, según su lengua materna.
2. En la Bélgica flamenca, el flamenco ha de ser la lengua oficial en las administraciones comunales y provinciales. Los funcionarios del país flamenco no necesitan saber más que el neerlandés, de igual manera que los funcionarios del país walón no necesitan conocer más que el francés. Todos los documentos oficiales han de ser redactados y todas las leyes votadas en ambas lenguas.
3. El ejército ha de ser dividido en regimientos flamencos y regimientos walones. Los oficiales deben saber ambas lenguas. La Escuela Militar y la Escuela de Guerra han de dividirse en dos secciones: flamenca la una y francesa la otra.
4. En la Bélgica flamenca, la justicia ha de administrarse en flamenco. Nadie podrá ser funcionario judicial, en la parte flamenca del país, si no sabe la lengua flamenca.

III

Agravación de la lucha entre flamencos y walones. La actitud de los católicos, socialistas y liberales.

Las divergencias entre flamencos y walones iban tomando, antes de la guerra, un carácter más serio cada día. Flandes y Walonia se combatían, en ciertos aspectos, como dos pueblos enemigos. Por encima de la cuestión lingüística, en la cual los flamencos han obtenido la victoria, luchaban Walonia y Flandes por la hegemonía. Eran dos razas, dos ejércitos que chocaban. En todas las manifestaciones de la vida social se acentuaba la oposición. Ante la creciente agresividad de los flamencos, los walones organizaron también sus fuerzas y llegaron a contar numerosas ligas y asociaciones de combate.

Estado artificial, arbitrario, obra de la diplomacia, Bélgica sigue siendo, en realidad, una yuxtaposición de dos pueblos completamente diferentes: Walonia y Flandes. Walonia puede ser considerada como una región de Francia; Flandes es indudablemente una región holandesa o, si se quiere, una región germánica. Lengua, raza, cultura, ideas, costumbres, todo es diferente y, a menudo, opuesto entre estos dos pueblos.

Mientras imperó la hegemonía walona, Bélgica pudo aparentar cierta unidad, gracias a la letargia de los flamencos, que habían perdido la conciencia de su personalidad nacional. Pero al despertarse el nacionalismo en Flandes, la oposición de razas se exteriorizó y se acentuó gradualmente, hasta presentar el carácter de una verdadera secesión espiritual.

Impera en Flandes el catolicismo; las ideas francesas son allí generalmente antipáticas. Walonia es, al contrario, tierra de cultura latina y francesa, y las ideas liberales, civilistas,

predominan. De esta divergencia aprovechábanse los católicos flamencos, procurando ahondarla. En la revista católica *Le Correspondant* se ha escrito: «En general, los católicos son favorables al movimiento —el flamingantismo— por dos razones: 1.ª Porque tienen su mayor fuerza en las poblaciones creyentes del norte y del oeste de Bélgica. 2.ª Porque, además, piensan que la ignorancia de la lengua francesa protege eficazmente a la gente del pueblo contra la invasión de la literatura materialista y antirreligiosa que inunda los territorios fronterizos del francés (1). En una reunión sinodal celebrada en 1910, el obispo de Liège, monseñor Rutten, declaraba: «La lengua flamenca constituye un obstáculo importantísimo a la absorción de nuestra patria por Francia... Sirve al pueblo flamenco de muralla contra la invasión de las impiedades modernas, que en nuestro país se propagan principalmente por medio del idioma francés» (2).

No se piense, sin embargo, que los partidos izquierdistas de Flandes sean enemigos del movimiento nacionalista. Al contrario: lo han fomentado y defendido con todas sus fuerzas. Los liberales y socialistas flamencos son plenamente nacionalistas. Entre los campeones del flamingantismo, hay el liberal Luis Franck y el socialista Camilo Huysmans. Éstos y el católico Van Cauvelaert, en un mitin celebrado en Amberes, a principios de 1911, estrecharon sus manos ante el público, jurando ir contra todo gobierno que no atendiese las demandas flamencas. En tierra flamenca, los partidos no usan otra lengua que la del país; el flamenco es el lenguaje oficial de sus asociaciones; en flamenco están escritos sus periódicos, folletos y libros de propaganda. Las cooperativas obreras del partido socialista usan el flamenco, y en este idioma ostentan sus rótulos. El

(1) JEAN DE WITTE: *Vingt-sis ans de gouvernement catolique en Belgique.* Núm. de *Le Correspondant* de 10 de junio de 1910.

(2) HENRI CHARRIAUT: *L'emprise de l'Allemagne sur la Belgique.* Artículo publicado en *Le Matin* del 25 de octubre de 1910.

nombre flamenco de la gran mansión de los socialistas de Gante, «Voruit!» —¡Adelante!—, es famoso.

Existe, no obstante, una parte de flamencos afrancesados, los cuales son los más virulentos enemigos del flamingantismo. La burguesía flamenca usa el francés como lengua habitual. «Puede decirse que Bélgica es dos veces bilingüe —escribe el socialista Vandervelde (1)—: bilingüe desde el punto de vista territorial, en el sentido de que se divide en provincias walonas y provincias flamencas; y bilingüe, desde el punto de vista social, en el sentido de que, en las mismas provincias flamencas, la división de las lenguas corresponde a la división de las clases: abajo, la masa del pueblo, que no habla ni entiende más que el flamenco; arriba, la burguesía, que habla o hace lo que puede por hablar en francés.» Las clases altas desdeñan la lengua del país, la tratan de «lengua de los obreros y de los criados», y afectan ignorarla. En cuanto a la lengua flamenca literaria, el escritor flamenco Maeterlinck ha hablado de ella en términos despectivos. A su juicio, los *meneurs* del flamingantismo «han extraído de los diversos patois populares una especie de jerga oficial y artificial, barroca, pretenciosa y nacida muerta, que no la entiende ni el pueblo al cual quieren imponerla como lengua materna.»

En la primavera de 1911 se organizó en Bruselas una serie de conferencias sobre el pleito flamenco-walón. Oradores eminentes y autorizados de las dos partes expusieron y defendieron sus respectivos puntos de vista ante un auditorio apasionado. Estas conferencias demostraron a todos la situación

(1) *La question des nationalités en Belgique.* Núm. de marzo de 1911 de *Les Documents du Progrès.*

Según la estadística de 31 de diciembre de 1900, de los belgas de más de quince años, hay 1.953.000 que hablan, de los dos idiomas nacionales, sólo el francés; 1.880.000 sólo el flamenco; 712.000 hablan los dos. Como que la población flamenca crece y la walona permanece estacionaria, la proporción de belgas de lengua flamenca aumenta.

grave y peligrosa a que había llegado en Bélgica la lucha de las razas y de las lenguas.

Entre los flamencos que tomaron parte en aquellas conferencias contábase el diputado socialista Huysmans. Su lenguaje fué enérgico. «Nosotros —dijo— no pedimos: exigimos.» Y añadió: «La victoria será de los flamencos. Nosotros somos los más, y contamos con la fuerza. Tenemos lo que no tenéis vosotros, los walones: un ideal. Somos lo que vosotros no sóis: unos fanáticos.»

Otro diputado socialista, el walón Destrée, negó que existiese un «alma belga» e hizo notar la oposición de los dos pueblos: el de Flandes, católico y reaccionario; el de Walonia, liberal y progresivo. «Los flamencos—afirmó—tenían antes razón para quejarse, pero no ahora, cuando las injusticias han sido reparadas... Desde hace veinticinco años, somos nosotros los que sufrimos el yugo de un gobierno flamenco, los que pagamos tributo a un poder centralizador.»

IV

Las tendencias federalistas de los walones. La separación administrativa.

Dentro del régimen actual de Bélgica, parece segura la victoria de los flamencos, a lo cual contribuye el aumento de la población de Flandes, aumento debido a su superior natalidad respecto de Walonia. Desde hace algún tiempo, los walones se mostraban exasperados por las crecientes pretensiones flamencas y ganaba entre ellos terreno la idea de establecer la separación administrativa, es decir, la autonomía de las dos partes del Estado belga. Esta disposición de espíritu de los walones se exteriorizó en el Senado con ocasión de un incidente sensacional que se produjo en la sesión del 9 de marzo de 1910. Acababa de votar la mayoría flamenca una ley haciendo obligatoria para los escribanos (greffiers) de los consejos de prud'hommes el conocimiento de la lengua flamenca, cuando el ministro de Estado, el walón Emile Dupont, se levantó de su asiento y gritó: «¡Viva la separación administrativa!» A mediados de 1912, un Congreso walón, reunido en Liège, pidió esta radical reforma.

«¿No es esto la consecuencia lógica —escribía el walón E. Jennissen (1)— de la campaña flamingante, y más todavía, el régimen ideal para un país pergeñado de cualquier manera por los diplomáticos del Congreso de Viena, para dos nacionalidades distintas y contradictorias?...

»Como Thiers decía, en 1850, del Imperio, puédese afirmar que está hecha la separación en Bélgica. Los dos últimos discursos del rey Alberto, por la insistencia con que se recomendaba la concordia de las dos razas, denotan muy bien que en las altas esferas se ha reconocido la gravedad de la situación.»

Es innegable que ha fracasado el intento de los hombres de Estado belgas del siglo pasado, que quisieron fundir en una sola nación las dos razas. No se ha podido llegar a la unidad moral. «Nuestra historia —ha escrito el eminente político belga Edmond Picard (2)— es la de un trozo de Francia y de un trozo de Alemania yuxtapuestos... Nuestra civilización es el producto de la colaboración de dos fragmentos caprichosamente unidos.»

El poeta Antoine Clesse había dicho:

Flamand, Wallon, ce ne sont là que des prenoms.
Belge es notre nom de famille.

Pero muchos belgas han reconocido que este nombre es puramente una denominación administrativa.

(1) *En Belgique.* Artículo publicado en *Le Matin* de 30 de enero de 1911.
(2) *Essai d'une psicologie de la nation belge.*

De este problema trató ampliamente Jules Destrée en las páginas de la *Revue de Belgique* (1912), en un trabajo dirigido al rey (Lettre au roi). El trabajo de Destrée produjo en Bélgica gran sensación y agudizó la polémica entre walones y flamingantes.

Hombre de claro sentido, Destrée empezó reconociendo que Bélgica no es una nación, sino «un Estado político formado por dos pedazos unidos por instituciones comunes y por intereses parecidos». Ésta es, en verdad, toda la unidad que cabe encontrar en el Estado belga. En cuanto a la analogía de intereses, podría hacerse algunas observaciones. La principal consiste en que tal analogía es debida, más que a condiciones naturales, al hecho de haberse creado artificialmente la unión política.

En general, los socialistas hablan con notable imparcialidad de los problemas nacionalistas. De una parte, los estudian con un criterio de justicia; por otra, están limpios de chovinismo, de «histerismo patriótico», que dice Gustavo Hervé. Esta imparcialidad —que no queremos decir que sea absoluta— informa el trabajo de Destrée sobre el conflicto flamenco-walón. Así, declara legítimo el movimiento flamenco y justas muchas de sus reivindicaciones lingüísticas. Pero censura lo que él cree excesos del flamingantismo.

He aquí las acusaciones —algunas muy justificadas— que el diputado socialista hacía a los flamingants: 1.ª Que han dado al movimiento flamenco una tendencia de hostilidad a la cultura francesa. 2.ª Que han flamenquizado la historia y el arte de Bélgica, dejando en la sombra los hechos y las obras de las provincias belgas. 3.ª Que han acaparado los empleos públicos. 4.ª Que han pretendido substituir en todas partes, hasta en Walonia, la lengua francesa por la flamenca, de manera que aquella pronto no tendrá más que la categoría de tolerada. 5.ª Que Walonia paga al Estado más de lo que recibe.

Destrée escribía que los walones, dentro de Bélgica, viven en la condición de vencidos, y que su situación respecto a

Flandes es la misma que la de los alsaciano-loreneses respecto a Alemania. Esta última afirmación es exagerada.

Creía Destrée irreconciliables las tendencias de flamencos y walones. La cuestión religiosa, sobre todo, los separa profundamente. Dentro del régimen unitario actual no veía el diputado socialista ninguna esperanza de arreglo del conflicto. Por eso defendía decididamente una solución radical: la de la separación administrativa de Flandes y de Walonia. Plenamente autónomos walones y flamencos en su vida interior y unidos por lazos federalistas, desaparecería el motivo de sus apasionadas querellas.

En el Congreso de literatos flamencos que en agosto de 1911 se celebró en Amberes, su presidente, Pol de Mont, contestó a la carta abierta de Destrée. Afirmó que los flamencos aceptarían, si se les exigiera, la separación administrativa, y que en este caso comenzarían por reclamar los 26.000.000 que han pagado en demasía por impuestos territoriales; pero que ellos no piden esta separación, aunque favorecería el progreso intelectual del pueblo flamenco. No sólo no la piden, sino que no la quieren, porque antes que todo son belgas y patriotas. Esta última frase, hay que decirlo, tiene un pronunciado sabor de insinceridad y suena a vacío. El discurso de Pol de Mont fué impreso en las dos lenguas belgas y profusamente repartido, en forma de carta al rey, como el trabajo de Destrée.

Así, pues, los flamencos no querían su autonomía política, a lo menos antes de la guerra, ni eran, por consiguiente, partidarios de la solución federalista. ¿No parece ésto una contradicción?

La cosa se explica. Los flamencos habían llegado a ejercer la hegemonía en Bélgica. Puede decirse que eran los que mandaban. Constituyen la mayoría numérica. A pesar de no haber podido hacer triunfar todavía todas sus reivindicaciones lingüísticas, no sienten la necesidad de un cambio de régimen constitucional. Ejercen sobre Walonia una influencia

que con la separación administrativa no ejercerían. Siguiendo por este camino, pueden esperar la absorción de Walonia por Flandes. Se comprende, pues, que fuese la primera y no la segunda la que pidiese la implantación del régimen autonomista.

No han faltado, sin embargo, entre los walones, los adversarios de la separación administrativa. Entre ellos podemos citar el gran diario liberal *L'Etoile Belge*. Sus argumentos resultan muy poco sólidos; casi todos son hijos de los prejuicios antiparticularistas y unitarios.

La verdad evidente es que para el conflicto entre walones y flamencos no hay más solución factible, racional y justa que la del principio federativo. Aquellos que no la admiten, ¿proponen, por ventura, otra solución concreta? No. Se limitan a defender la continuación del *statu quo*, el cual se ha hecho peligroso e insostenible.

Una de las cosas que han motivado más ásperas controversias es la de la Universidad de Gante. Hay en Bélgica cuatro Universidades: dos del Estado (la de Liège y la de Gante), la católica de Lovaina y la liberal de Bruselas. Todas estas Universidades son francesas. Y piden los flamencos que, al menos, una de ellas, la de Gante, se convierta en Universidad flamenca.

Los walones se oponían a ésto. Recordaban la gloriosa tradición de la Universidad francesa de Gante y presentaban su supresión como un atentado a la cultura. Alegaban que si los flamencos querían una Universidad de su lengua, pueden fundar una nueva en otra ciudad, en Amberes, por ejemplo.

Fué el diputado liberal de Amberes, L. Franck, quien, en la primavera de 1911, presentó a la Cámara un proyecto destinado a convertir gradualmente en flamenca la Universidad francesa de Gante. Es interesante notar que, dentro del partido obrero, los socialistas walones combatieron el proyecto, mientras sus correligionarios flamencos lo defendían calurosamente.

Ante la gravedad del conflicto de razas, se pensó en si, a

causa de su tendencia a separarse de los flamencos, acabaría Walonia pidiendo la anexión a Francia. No puede negarse, en efecto, que los walones son, por la lengua, por la raza y por la historia, tan franceses como los habitantes de las regiones fronterizas.

Pero Destrée poníase en guardia contra esta creencia, que él cree errónea. Decía que los walones no piensan en la anexión a la República francesa, que todos quieren ser dueños de sus destinos. Recordaba que de la misma manera que les inquietó, ya antes de la guerra, la sombra amenazadora de Alemania, antes de 1870 se indignaron contra Francia, por creer que ésta se proponía anexionarse la Walonia. Según las palabras de Destrée (1), hoy separa a walones y flamencos un magnífico y contradictorio deseo de libertad; pero unos y otros uniríanse instantáneamente, si el extranjero, por simpático que les fuese, quisiese dominarlos. Y la epopeya de la Bélgica hollada ha confirmado estas palabras de Destrée.

Había, no obstante, quien creía lo contrario. El walón Jennissen, en su artículo anteriormente citado, después de recordar que, en 1830, los walones llamaron a los franceses y pidieron la unión de Bélgica a Francia, aseguraba que los acontecimientos posteriores sólo han modificado superficialmente las ideas en este punto.

Durante la gran guerra, walones y flamencos han contribuído por igual a la imperecedera gloria belga, luchando unidos contra el invasor. Sólo unos pocos, los que constituyeron el titulado Consejo de Flandes, se pusieron al lado de Alemania. Pero el problema nacionalista sigue en pie.

(1) *La lutte des races et des langues en Belgique*. Artículo publicado en *Le Matin* de 11 de diciembre de 1911.

BOHEMIA

I

Los checos.

El territorio de los checos estaba ocupado, primitivamente, por los boyos, pueblo galaico, del cual procede el nombre latino del reino de Bohemia. Por diversas conjeturas, la arqueología parece demostrar que este país fué invadido por las tribus eslavas del grupo occidental, hacia el primer siglo antes de la era cristiana.

Los eslavos que ocuparon Bohemia y Moravia venían del norte, y al principio se establecieron tan sólo en la parte septentrional de dichos países. Había entonces en el sud tribus galaicas e iliro-tracias; más adelante estableciéronse asimismo en aquellas regiones las tribus germánicas de los marcomanos y los cuados. Después, estas tribus desaparecieron y los eslavos avanzaron hacia el mediodía.

Entre esas tribus eslavas, la más importante era la de los checos. Éstos, dominando a las demás tribus, crearon un pueblo, que desde entonces tomó su nombre. Todas aquellas tribus quedaron comprendidas en la denominación de checos, y el país fué llamado Ceky—pronúnciese Cheki—. Muchos autores creen que, en los tiempos antiguos, los checos de Bohemia y los eslovacos de Hungría formaban un sólo pueblo, un tronco único, del cual se ha desprendido posteriormente la rama eslo-

vaca. Otros opinan que los eslovacos proceden de tribus diferentes, y que pertenecen, no al grupo occidental, sino al meridional de la raza eslava.

Bohemia ha formado, hasta hace poco, una gran provincia de Austria, que limitaba, al N., con Sajonia y Silesia; al E., con Moravia y la Baja Austria; al S., con la Alta Austria; al O., con Baviera. Es una llanura, rodeada de montañas; tiene una extensión de 51.948 km.² y cuenta 6.500.000 habitantes, de los cuales hay un 63 por 100 de checos y un 37 por 100 de alemanes. Pero el territorio de la nación checa se extiende más allá de los límites de esta provincia: comprende gran parte de la provincia de Moravia (22.231 km.²) y de la Silesia austriaca. Los montes Cárpatos, en la Moravia, constituyen la frontera natural que separa a los checos de los eslovacos.

Las estadísticas austriacas de 1910 contaron 5.955.397 checos, distribuídos en la siguiente forma: Bohemia, 3.930.093; Moravia, 1.727.200; Silesia, 146.265; Baja Austria, 102.712 (1).

Hay que advertir que, según los checos, las cifras precedentes están por debajo de las cifras verdaderas, a causa de los procedimientos que usaban los confeccionadores del censo austriaco. L. Niederle (2) consigna que se ejercía generalmente sobre los criados y los trabajadores una fuerte coacción para obligarlos a declarar como lengua usual el alemán en vez del checo.

La agricultura tiene, en los países checos, una gran importancia. La industria, especialmente la textil y la metalúrgica, ha tomado un incremento considerable. Sobre 100 checos, 43 se dedican a la agricultura, 37 a la industria, 9 al comercio y a los transportes y 11 a los servicios públicos.

Los checos, en su gran mayoría, son de religión católica. (96 por 100). Los protestantes apenas llegan a un 2,5 por 100.

Pero en los católicos checos el catolicismo no es muy pro-

(1) Esta última cifra la constituye la colonia checa de Viena.
(2) *La Race Slave*, cap. V, pág. 117.

fundo. Algunos de ellos declaraban francamente que no hubiesen vacilado en hacerse ortodoxos si, en un momento de peligro, fuese ésta la condición para obtener el auxilio de Rusia (1). Bajo la epidermis de los checos católicos de hoy es fácil encontrar a los viejos husitas.

II

Vicisitudes históricas. La lucha entre checos y alemanes. Desnacionalización de Bohemia.

Como los polacos, los checos entraron pronto en lucha contra los alemanes, con los cuales se hallaron en contacto. Por el sud y por el oeste, checos y teutones chocaron. Los primeros tuvieron que retroceder y perdieron terreno. Pero el peor mal, para ellos, no fué este retroceso, sino la colonización alemana de su propio territorio. No sólo las fronteras de su nacionalidad se redujeron, sino que los alemanes penetraron en el corazón de Bohemia y en la Moravia. La colonización germánica adquirió, desde principios del siglo XIII, un vigoroso desarrollo, gracias a la protección que encontró en los reyes de la dinastía de los Presmyslides y en la nobleza y el clero checos. Esta colonización estableció, en Bohemia y en Moravia, cuñas e islas *(enclaves)* de territorio alemán, encontrándose los checos algo así como bloqueados y, además, con poderosas avanzadas del enemigo en el mismo corazón del territorio nacional. Desde entonces, Bohemia y Moravia tienen una parte de población checa y otra parte alemana, y son países bilingües, hechos que complican y agravan el problema nacionalista.

Pronto la influencia germánica, favorecida por los reyes, los nobles, los obispos y los jesuitas, hízose preponderante. La

(1) RENÉ HENRY: *Questions d'Autriche-Hongrie et questions d'Orient*, pág. 26. París. 1908.

lengua alemana fué la preferida, y los habitantes alemanes de Bohemia y Moravia obtuvieron privilegios especiales sobre los habitantes checos. Tan grandes fueron los progresos del germanismo, que, a principios del siglo XIV, se creyó inminente la definitiva germanización de aquellas tierras.

Pero a mediados del siglo XIV, bajo los reyes de la casa de Luxemburgo, Carlos IV y Vaclao, el espíritu checo renació; los nobles y el clero dejaron de ser elementos de germanización. Vinieron después las guerras de los husitas, que tuvieron, además del aspecto religioso, un carácter nacional. La influencia alemana fué decreciendo. Muchas comarcas y ciudades que eran ya germánicas volvieron a ser eslavas. El idioma checo, en el siglo XV, fué declarado oficial en Bohemia, Moravia y Silesia.

Sin embargo, la lucha continuó. Las ventajas conquistadas por los checos, en los siglos XIV y XV, no fueron de mucha duración. En el mismo siglo XV y en el XVI, la colonización alemana volvió a hacer considerables progresos. En 1526, Bohemia había proclamado voluntariamente la dinastía austriaca. Estallaron guerras desoladoras y persecuciones crueles, de las cuales los checos salieron debilitados. La dinastía cooperaba activamente a los esfuerzos de los conquistadores. Casi siempre, la monarquía ha sido el mayor enemigo de la nacionalidad checa.

El desastre de la Montaña Blanca, en 1620, hizo más triste la situación de los checos, que se encontraron regidos por una dinastía absoluta y absorbente. Dice L. Niederle (1): «En 1627 se impuso al país una nueva organización; el alemán adquirió una importancia que no había tenido hasta entonces. Bohemia hallóse mezclada en una serie de guerras, de miserias y de sufrimientos, que hicieron descender hasta el último grado el número y la energía de la nación checa y la entregaron como presa a los inmigrados, cuyo contingente aumentaba cada día. Gran

(1) *La Race Slave*, cap. V, pág. 108.

muy avanzada absorción de que era objeto Bohemia por parte de los alemanes, hizo sentir a aquéllos la angustia de una próxima muerte nacional. La reacción contra el germanismo se inició pidiéndose para los checos la enseñanza en checo. El único resultado positivo de esta campaña fué la creación, en 1792, de una cátedra de lengua y literatura checa en la Universidad de Praga. Cultivóse nuevamente la poesía en lengua nacional, pero los primeros intentos tuvieron más valor patriótico que literario.

Entonces, al usarse de nuevo el idioma nacional como lengua literaria, los checos cultos pudieron comprobar el tristísimo estado de corrupción y de ruina a que había llegado. Era necesario rehacerlo, restaurarlo, reparar los destrozos del tiempo, remediar los daños que había producido en él la decadencia y llenar los vacíos correspondientes a las nuevas formas de expresión exigidas por el progreso de la vida moderna. Este trabajo delicado y necesario lo emprendieron, con solicitud piadosa, Dobrovsky y Jungmann, restauradores y renovadores del viejo monumento sagrado de la lengua patria.

Dobrovsky, autor de notables obras de filología, puede ser considerado como el fundador de la lingüística eslava. Predicó la readopción del idioma checo como lengua de cultura, previa su purificación y perfeccionamiento, utilizando para ello el lenguaje hablado en las comarcas rurales y las obras de la antigua literatura checa. Jungmann, hombre de gran cultura, que poseía diversos idiomas, publicó un diccionario etimológico checo, que vino a ser como el nuevo edificio de la lengua. Sin salir de las lenguas eslavas, encontró, para el checo, nuevas palabras que completaron el idioma y lo hicieron apto para las necesidades modernas. Durante cuarenta años, Jungmann fué el legislador de la lengua nacional. Hace notar el profesor checo H. Hantich (1) que Dobrovsky, al tiempo que

(1) *La Bohème contemporaine,* número de *Les Annales des Nationalités* del mes de octubre de 1912.

predicaba la readopción de la lengua checa, escribía siempre en latín o en alemán, mientras que Jungmann no escribía sino en checo. Este interesante detalle muestra el progreso del renacimiento nacionalista en el espacio de veinte años que separa a los dos sabios (1).

Hasta cierto punto, pues, el checo moderno resulta un idioma artificial. Es obra de los filólogos, y ha salido principalmente de los diccionarios. Haremos notar, de paso, que este hecho es un argumento poderoso contra los que en materia de lenguaje creen demasiado en la naturalidad, en la espontaneidad.

El Museo Bohemio, sociedad patriótica creada en Praga en 1821, convirtiose en un hogar de patriotismo. Algunos poetas, historiadores, sabios y aristócratas, conscientes del pasado glorioso de Bohemia, promovieron el primer movimiento nacional. Esta sociedad fundó, en 1827, la revista *Musejnik.* Detalle curioso: antes de publicarla, la Junta del Museo discutió largamente si era oportuno que fuese publicada en checo, pues muchos de sus individuos no creían que en esa lengua tuviese un número apreciable de lectores. Palacky convenció a sus compañeros, y la revista apareció redactada en checo.

Los grandes impulsores del movimiento eran Jungmann, Palacky y Safarik. En un principio estos tres hombres se encontraron casi solos, hasta el punto de atribuírseles la frase de que si se hubiese hundido el techo que los cobijaba, con ellos hubiera desaparecido la nación checa. Después su voz tuvo eco. La juventud respondió al grito de patria, y en 1830 prodújose una gran agitación, en la cual influyeron, por otra parte, la caída de los Borbones y la insurrección de Polonia. El canto de

¡Eslavos, nuestra lengua no ha muerto!

resonó entonces por primera vez en Bohemia.

«La historia de la literatura checa, desde la segunda mitad

(1) Dobrovsky nació en 1753 y murió en 1829. Jungmann nació en 1776 y murió en 1847.

del siglo XVIII —escribe Niederle (1)—, nos muestra de manera admirable la obra que ha sabido llevar a cabo un pequeño grupo de hombres obscuros, pero llenos de pasión, inflamados por una gran idea».

La literatura nacional adquirió poderoso empuje. Cultivóse nuevamente el olvidado idioma checo, y la producción literaria halló en el pueblo entusiasta acogida. Las clases populares habían conservado, en parte, la lengua, y ellas hicieron posible el renacimiento patriótico.

Mientras tanto, algunos profesores de la Universidad de Praga se esforzaban noblemente en convertir el checo en un idioma apto para las obras de ciencia. Su intento, que más adelante tuvo el éxito merecido, era hacer posible la completa preparación científica de los estudiantes checos sin necesidad de acudir a los libros alemanes.

IV

El movimiento político. Revoluciones de 1848 y 1849.

Bien pronto el renacimiento literario provocó el movimiento nacionalista político. Palacky comenzó la publicación de su *Historia de Bohemia,* que contrib yó en gran manera al despertar del pueblo, y formuló su célebre programa de política nacional.

El movimiento se propagó con rapidez, tomando después del año 1840 un carácter imponente y amenazador. Bohemia había declarado la guerra a la opresión austriaca: exigía la autonomía integral y proponía la transformación del Austria en una monarquía federativa que diese plena libertad a todos los grupos nacionales del Imperio. Los magiares de Hungría, que

(1) *La Race Slave,* cap. V, pág. 110.

luchaban con finalidad egoísta, negáronse a aceptar la solución federal. Al estallar la revolución europea de 1848, Bohemia se sumó al movimiento. Sorprendido por la revuelta general de las nacionalidades austro-húngaras, Metternich, árbitro de la política de Viena durante largo tiempo, tuvo que huir, mientras vacilaba el trono de los Habsburgo. En Praga, por vez primera, se pronunciaron discursos revolucionarios en lengua checa, para la cual pedían los patriotas los mismos derechos que tenía la alemana. La hora era decisiva. La capital de Bohemia es bombardeada y la revuelta cuesta mucha sangre. Sintiéndose débil, la monarquía adopta la política de concesiones, y por el decreto de 8 de abril de 1848, el ministerio Pillersdorf reconoce al idioma checo los mismos derechos que al alemán.

Poco después, en medio de tantos alzamientos nacionalistas, los alemanes iniciaron un movimiento pangermanista, cuya finalidad era la reconstitución del Imperio germánico medioeval. En Francfort se reunió una Dieta de los diputados de todos los países considerados como germánicos. Palacki, invitado a tomar parte en ella, negóse a asistir y escribió aquella memorable carta en la que decía:

«Yo no soy alemán, o al menos no tengo conciencia de serlo, y seguramente no me habréis llamado a vuestro lado para darme el papel de comparsa sin voluntad y sin opinión.

»Yo soy checo, de origen eslavo, y lo poco que valgo está a disposición de mi patria. Esta nación es pequeña, sin duda, pero constituye desde sus comienzos una individualidad histórica; sus príncipes han entrado en el concierto de los príncipes alemanes, pero el pueblo nunca se ha considerado alemán. Por otra parte, vosotros queréis debilitar para siempre y hasta hacer imposible la existencia del Austria como Estado independiente, y yo creo que el mantenimiento de la integridad y el desarrollo del Austria son de alta importancia, no sólo para mi patria, sino para toda Europa, para la humanidad y para la misma civilización.»

En oposición a la Dieta germánica de Francfort, los checos convocaron una Asamblea de todos los partidos eslavos del Austria. La sesión inaugural de esta Asamblea se celebró el 2 de junio de 1848, y sus acuerdos confirmaron una vez más las tendencias nacionalistas y federalistas de aquellos pueblos, sintetizadas en el siguiente párrafo del programa que formularon: «Afirmar el espíritu de solidaridad de todos los eslavos del Austria; protestar contra la incorporación al nuevo Imperio alemán de los países cuyos habitantes no sean alemanes y aliarse para la obra común dentro de los límites del interés nacional y político, estudiando en qué condiciones podría organizarse el Austria en Estado federativo; y, por fin, enviar al soberano un mensaje en el cual queden expuestos los anhelos y las necesidades de los eslavos.» Aprovechándose de algunos disturbios que tuvieron lugar en Praga, la Dieta eslava fué disuelta por las autoridades austriacas.

Pero la dinastía, sintiéndose insegura, quiso intentar la conciliación, y en el mes de julio del mismo año reunió en Viena los diputados de todos los países de la corona, excepto Hungría, que había constituído un gobierno independiente. Esta Dieta, a la cual acudieron alemanes, checos, polacos, italianos, etc., tenía por objeto «acabar la gran obra del renacimiento de la patria y la consolidación de la libertad». No se llegó, sin embargo, a ningún resultado práctico, y, en medio de una tempestuosa agitación que puso en grave peligro la monarquía y el Estado, el irresoluto emperador Fernando abdicó la corona en su sobrino Francisco-José, quien contaba entonces 18 años, y que subió al trono imperial el 2 de diciembre de 1848.

Anunció el joven emperador una nueva política descentralizadora y constitucional. Los checos, con Palacky al frente, renovaron sus demandas de autonomía, defendieron con nuevo ardor las soluciones federativas y expusieron todo un proyecto de Constitución, según el cual habría en los países autónomos Dietas nacionales, que eligirían los diputados de la Dieta central, con un ministro de cada nacionalidad en Viena y cuatro ministros federales: Guerra, Marina, Hacienda y Relaciones Extranjeras.

Parecía que el federalismo austriaco iba a triunfar, cuando la Dieta alemana de Francfort, asustada por aquellas tendencias que ponían en peligro la hegemonía germánica, declaróse contraria a ellas y acordó que la Constitución que estaba elaborándose para Alemania fuese aplicada también al Austria. El gobierno de Viena, indeciso, cobarde, retrocedió, y el día 6 de marzo de 1849 llamó a algunos diputados eslavos diciéndoles que, ausentes los húngaros de la Dieta imperial, no podía ésta votar legalmente una Constitución federalista aplicable a todo el Imperio. En vano contestaron los diputados eslavos que la actitud de Hungría, la cual tenía ya gobierno propio, no era motivo suficiente para impedir la organización federal del Austria; la Dieta de Viena fué disuelta, y poco después promulgó Francisco-José una Constitución unitaria, que no reconocía los derechos de las nacionalidades austro-húngaras. Los checos se rebelaron nuevamente y otra vez fué Praga bombardeada. Victorioso el emperador del alzamiento de Hungría, merced a las tropas rusas, la corte de Viena inició una política absorbente y centralista, apoyada en las bayonetas. Fué declarada oficial en todo el Imperio la lengua alemana y los nacionalistas sufrieron rudas persecuciones.

Duró esta situación hasta el año 1860, en que Francisco José, dolorido por las guerras con Italia y Francia, y deseoso de reconciliarse con los pueblos de su Imperio, reunió en Viena un gran Consejo de Estado, del cual salió una comisión, encargada de estudiar el problema imperial. Las tendencias nacionalistas se exteriorizaron nuevamente en esta comisión y el emperador firmó un manifiesto en el que se declaraba dispuesto a reconocer a las Dietas particulares facultades para legislar según sus formas históricas y consignaba que las instituciones habían de responder a la conciencia del derecho

histórico de los reinos y países del Imperio. Pero otra vez la promesa quedó incumplida: la nueva Constitución no tuvo en cuenta ninguno de los principios autonomistas anunciados en el manifiesto. Decepcionados cruelmente, no por eso los checos se desalentaron. Continuaba el trabajo interno de renacionalización, de restauración del espíritu nacional. Sostenida por los esfuerzos de los patriotas, la lengua checa se extendía, reconquistando el terreno perdido en dos siglos de desnacionalización. La sociedad *Matice Ceska* (la Madre checa), fundada en 1840 por iniciativa de Palacky con el fin de facilitar la publicación de obras literarias en checo, contribuyó mucho al desarrollo de la literatura nacional.

Iniciado por los intelectuales y los literatos, el movimiento nacionalista había hecho suya la gran masa del pueblo. Era en las clases democráticas donde se manifestaba más acentuadamente el renacimiento patrio. Durante la primera mitad del siglo XIX, la burguesía era indiferente, si no hostil, a las aspiraciones nacionalistas, que calificaba de exageradas y utópicas. La gente de buena posición creía que el uso del alemán era un signo de distinción, y en sus relaciones sociales no hablaba otro idioma.

Los directores del movimiento checo se hicieron cargo de que era indispensable, para el triunfo futuro de la patria, la reconquista de aquel sector de la nación que se había hecho espiritualmente extranjero. Entre los medios que pusieron en práctica hay que citar las *besedy* o reuniones familiares. Estas reuniones se celebraban en el domicilio de personas de buena posición, o en establecimientos públicos, donde se pasaba unas horas con la lectura de poesías patrióticas, cantos nacionales y representaciones teatrales. Los concurrentes debían hablar todos en checo, con absoluta exclusión del alemán. De esta manera la burguesía fué acostumbrándose nuevamente al uso del idioma nacional y dejó de mirarlo como un lenguaje inferior y grosero.

Una buena parte de la nobleza, sin embargo, permaneció germanizada y continuó incondicionalmente al servicio de la corte de Viena.

V

La Constitución dualista de 1867. Nuevos esfuerzos por la autonomía integral. Progresos del nacionalismo.

Vencida Austria en 1866 por Guillermo I de Alemania, en grave peligro de hundirse y deshacerse el heterogéneo Estado austro-húngaro, Francisco José vióse obligado a hacer concesiones autonomistas a las nacionalidades del Imperio. En esto obedeció, no a un criterio de justicia, sino a un criterio de miedo. Hizo las concesiones máximas a la nacionalidad más fuerte: Hungría. Las otras, en todo o en parte, fueron sacrificadas. La Constitución del 22 de diciembre de 1867 tuvo por base el dualismo, es decir, el reconocimiento de dos Estados: Austria o Cisleitania, y Hungría o Trasleitania. Así, en aquella hora de suprema crisis, fracasaron nuevamente las generosas tendencias de los nacionalistas checos.

No obstante, la Constitución de 1867 consignó importantes concesiones para las demás nacionalidades. El artículo 19 decía: «Todos los pueblos del Estado tienen iguales derechos y cada pueblo en particular tiene derecho a que sea garantizada la inviolabilidad de su nacionalidad y de su idioma. El Estado reconoce la igualdad de todos los idiomas usuales en el Imperio en todo aquello que se refiere a las escuelas, a la administración y a la vida pública. En los países donde existen diferentes nacionalidades, los establecimientos públicos de enseñanza han de organizarse de manera que cada ciudadano,

sin necesidad de aprender una segunda lengua, pueda adquirir todos los medios de instrucción.»

Pero este artículo, en gran parte, se convirtió en letra muerta. La burocracia y el Gobierno prescindieron de él. No fué respetada la lengua checa. Precisamente es el conflicto lingüístico una de las causas que mantuvieron apasionadamente encendida la lucha entre los alemanes de Austria y los checos.

Bohemia protestó enérgicamente del nuevo régimen dualista. Francisco-José, sometido alternativamente a contradictorias influencias, inclinábase a satisfacer las aspiraciones de los checos. En 1871 encargó a su primer ministro, conde Hohenwart, que entrase en negociaciones con éstos. El resultado de ellas fué el rescripto del 12 de septiembre del mismo año, en el cual el emperador declaraba: «Que conservando un grato recuerdo de la situación jurídica del Estado de la corona de Bohemia y la conciencia del esplendor y del poder que esta corona nos ha prestado a nosotros y a nuestros predecesores, así como en testimonio de la fidelidad inquebrantable con que la población de Bohemia ha sostenido siempre nuestro trono, reconocemos voluntariamente los derechos de este Reino y estamos dispuestos a renovar esta confirmación por el juramento en el acto sagrado de la coronación.»

Creyendo ya seguro el triunfo de sus reivindicaciones, los checos manifestaron un delirante entusiasmo. En el mes de octubre de 1871 la Dieta de Praga votó los artículos de la ley fundamental que debía regular el nuevo régimen. Pero una nueva y dolorosa decepción les esperaba. A semejanza de lo que sucedió en 1848, en que la Dieta de Francfort impidió el reconocimiento de la autonomía checa, esta vez Bismark, en nombre de la Confederación germánica, puso el veto a la libertad de Bohemia. Siempre los alemanes vieron un peligro en los intentos de federación austriaca; siempre temieron que ésta crease un fuerte Estado donde los eslavos predominasen.

Y Francisco-José, ante la oposición de Alemania, fortalecida formidablemente por las victorias de 1866 y 1870, y ante la hostilidad de los magyares al reconocimiento de la nación checa, retrocedió otra vez, prescindiendo del conde de Hohenwart y desistiendo de cumplir las promesas solemnemente hechas en su rescripto.

Tantos contratiempos no detuvieron la marcha ascendente del nacionalismo checo. Si éste no consiguió el triunfo de las reivindicaciones políticas, en cambio avanzó considerablemente en el camino de la renacionalización del pueblo. Cada día era más numeroso el ejército de los patriotas; cada día este ejército daba nuevas pruebas de heroísmo, de abnegación y de fe.

Hacía ya mucho tiempo que los checos deseaban construir un Teatro Nacional. Por fin, en 1868 se colocó la primera piedra del edificio, gracias principalmente al diputado Rieger y al patriota Skramlik. La inauguración, que resultó una gran fiesta nacional, celebróse el día 11 de junio de 1881, cuando todavía no estaban terminadas las obras, y se dieron doce representaciones consecutivas. Dos meses después incendióse el teatro y quedó destruido por completo. Y he aquí que aquel siniestro dió motivo a una espléndida manifestación del sentimiento nacional. Abrióse una suscripción para reconstruir el Narodni Divadlo (Teatro Nacional) y en pocas horas se recogió una suma de un millón de florines. Con actividad febril se construyó el nuevo edificio, muy superior al incendiado; y en medio del júbilo patriótico de todo el país, efectuóse la inauguración del nuevo teatro el día 18 de noviembre de 1883. Fué preciso organizar trenes especiales en toda Bohemia para llevar a Praga a los que querían asistir a las primeras representaciones; tres trenes semanales por cada región, resultaron insuficientes: el telégrafo estaba acaparado por las demandas de localidades; los checos expatriados en América fletaron un buque para asistir a las funciones teatrales y fueron recibidos

con frenético entusiasmo (1). Pronto adquirió el Teatro checo una importancia extraordinaria; su repertorio se compuso de obras nacionales y extranjeras, traducidas éstas con exquisito cuidado. «Desde el día de la inauguración de este bello edificio —escribe William Ritter (2)—, la nación y la lengua checas, en tanto que nación y lengua de cultura moderna, ocupan un lugar en el concierto europeo de las letras y de las artes». En la Exposición Internacional de Teatro y Música celebrada hace algunos años en Viena, la compañía checa obtuvo gran éxito.

Siendo alemanas todas las escuelas del Estado en Bohemia y en Moravia, los patriotas checos decidieron fundar la Matice skolska, sociedad destinada a crear y sostener escuelas privadas en lengua nacional. Entre la Matice skolska y su homóloga germánica, el Allgemeinerdeutscher Schulverein entablóse una gran lucha en el campo de la enseñanza primaria. «Checos y alemanes —escribía René Henry (3)— se disputan los hombres del mañana.» Para enriquecer su tesoro, la Matice usaba unas etiquetas, que se adherían a ciertos artículos de consumo, especialmente a las cajas de cerillas. Los checos, al comprar estos artículos en los establecimientos de venta, exigían esas etiquetas, las cuales constituían así una patriótica contribución indirecta.

Desde 1882 hay en Praga, además de la vieja Universidad alemana, una Universidad checa. Los nacionalistas pedían, sin haberlo conseguido, la creación de una Universidad checa en Moravia.

(1) Estos interesantes detalles están contenidos en la historia del Teatro Nacional de Praga, escrita por su director, Fr. A. Subert.

(2) *Lettres tchéques.* Núm. del *Mercure de France* de 10 enero 1908.

(3) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient,* pág. 27, nota.

VI

El conflicto checo-alemán en Bohemia.

En el primer capítulo de esta monografía ya hemos consignado el hecho importantísimo de existir en Bohemia y en Moravia dos nacionalidades establecidas sobre un mismo territorio. Alemanes y checos viven mezclados en toda la extensión del viejo reino de San Wenceslao. Se trata, pues, de un territorio de nacionalidad mixta.

Un tanto por ciento moderado de población distinta de la predominante, no basta para calificar de mixto un territorio. En mayor o menor proporción, en muchas comarcas del mundo, especialmente de Europa y de América, existe, al lado de la población indígena predominante, otra población alógena, que conserva su carácter propio. Pero cuando esta proporción llega a cierta altura, y sobre todo cuando, además, la convivencia territorial data ya de algunos siglos, hay razón para calificar a un territorio de nacionalmente mixto. Y Bohemia, invadida hace siglos por los alemanes, y donde, tomadas las cifras en conjunto, viven un 63 por 100 de población checa y un 37 por 100 de población alemana, entra en la categoría de los territorios mixtos.

Esta mezcla, sin embargo, ofrece gradaciones notablemente diferentes. En ciertas partes predominan los checos y la proporción de alemanes es débil; en otras predominan los alemanes y es débil la proporción de checos; en otras la minoría, ya checa, ya alemana, es fuerte; estas últimas son las que merecen, extrictamente, el nombre de territorio mixto. Así los distritos de Bohemia estaban clasificados en checos, alemanes y mixtos. Considerábanse pertenecientes a esta última clase aquellos en que la minoría era de un 20 por 100 en adelante.

Si examinamos un mapa etnográfico y político de Austria y Hungría (1), nos llamará enseguida la atención el hecho de aparecer roído por todas partes el territorio histórico y político de Bohemia, Moravia y Silesia. La frontera étnica actual está mucho más adentro que la frontera política. Una especie de corteza alemana—muy gruesa en unos puntos, no tan gruesa en otros—envuelve el territorio checo, salvo en su parte oriental. Y aun dentro del territorio checo hay extensas islas (enclaves) alemanas. Si el mapa fuese más detallado y de escala más baja, las manchas germánicas serían mucho más numerosas. Las islas más importantes son las situadas en la raya que separa Bohemia de Moravia; los alemanes se han esforzado en agrandarlas, en extenderlas, con el intento de convertirlas en una franja que juntase los territorios germánicos del norte y del sud de Bohemia, separando a ésta de Moravia; pero los checos, comprendiendo el gravísimo daño que esto representaría para su nacionalidad, han contrarrestado en todo lo posible los esfuerzos de los alemanes en el sentido indicado. En el norte y en el oeste de Bohemia, que limitan con el imperio alemán, es donde ofrece su máximo grosor el cinturón germánico que oprime el territorio checo.

Los progresos de la frontera étnica alemana fueron detenidos por el despertar nacional del pueblo checo en el último siglo. Sin esto, los checos habrían naufragado entre las olas invasoras alemanas, empujadas por el *Drang nach Osten* (2).

Basta con fijarse en la situación geográfica de la Bohemia, península eslava entre el mar alemán, para comprender la formidable, la heróica lucha que han debido sostener los checos para mantener las mismas fronteras étnicas de cincuenta años atrás y la proporción de habitantes de su raza. Los pangermanistas, con razón desde su punto de vista, dicen que la

(1) En la obra de René Henry ya citada hay uno, en colores, que da idea completa de lo que decimos.

(2) La marcha hacia el Oriente.

Bohemia es el cerrojo (*Querriegel*) que priva a Alemania de forzar la puerta del Adriático. «Los progresos de los alemanes sobre la frontera desde hace medio siglo, son tan insignificantes—escribe Niederle (1)—que serían necesarios todavía algunos siglos para inquietarse por ello».

Gracias al movimiento nacionalista, la situación de los checos en Bohemia mejoró sensiblemente. Su número ha aumentado en una proporción superior al de los alemanes, y tiende a aumentar más. En la primera década del siglo, los checos aumentaron en un 8,5 p. 100, y los alemanes sólo en un 2 p. 100. En la región alemana, los checos aumentaron en un 0,1 por 100, mientras que en la región checa los alemanes disminuyeron 0,5. Existía, sin embargo, una corriente emigratoria de los checos hacia la región alemana, a donde los atraía el mayor desarrollo de la industria.

Pretendían los alemanes que los distritos del norte y del oeste donde predomina el elemento germánico fuesen desprendidos de Bohemia y constituyesen una nueva provincia alemana de Austria, la Deutsch-Böhmen (Bohemia alemana), en la cual los checos no tendrían ningún derecho político y que se verían sometidos a los más inicuos procedimientos de germanización. En favor de su pretensión los alemanes invocaban el hecho de que dicha parte de Bohemia ha de ser considerada como alemana, ya que alemanes son, en gran mayoría, sus habitantes.

Los checos se oponían a esta separación que desmembraría el territorio histórico de Bohemia. Defendían la restauración del reino de San Wenceslao—formado por la Bohemia propiamente dicha, el margraviato de Moravia y el ducado de Silesia—, y lo consideraban indivisible.

Es innegable que el territorio étnico checo no coincide hoy con su territorio histórico. Por otra parte, examinando cada una de las tres antiguas provincias de Bohemia, Moravia y Silesia, vemos que si bien en las dos primeras predominan los

(1) *La Race Slave*, cap. V, pág. 124.

checos, especialmente en Moravia (1.800.000 checos contra 2.500.000 habitantes), en Silesia forman una minoría no muy grande. En efecto: sobre unos 700.000 habitantes, sólo 150.000 son checos (22 por 100).

Siendo así, ¿por qué se obstinaban los checos en reivindicar, como territorio nacional, la totalidad de las tres provincias? Porque es su «derecho histórico». Y este es el único derecho que, en principio, admiten los alemanes, el único lenguaje que en esta materia comprendían los elementos directores de Viena. Si les hubiesen hablado del derecho de los pueblos a la libertad nacional, no los habrían escuchado siquiera.

La situación de inferioridad social de los checos respecto de los alemanes ha decrecido mucho en las últimas décadas. No es hoy Bohemia aquel mísero país de años atrás, sin otra riqueza que la creada por los alemanes con sus industrias. «Los checos—dice R. Henry (1)—se apoderan poco a poco de las fortalezas industriales y comerciales. Las cervecerías, las refinerías, las vidrierías, ya no son monopolio de los alemanes. Están en formación grandes fortunas, instrumento de emancipación económica. Se ha constituído una clase liberal, guía e intérprete de la nación».

Al mismo tiempo, la instrucción ha progresado de una manera admirable entre los checos. En la cifra de los que saben leer y escribir, van al frente de los pueblos eslavos y hasta aventajan a los alemanes de Austria. En la Bohemia hay, según las estadísticas oficiales, solo un 6 % de analfabetos. Entre los austro-alemanes (es decir, austriacos de raza alemana) hay un 8 %.

La difícil situación que el pleito checo-alemán creaba a la Dieta de Praga y al *Reichsrat* de Viena hizo nacer el deseo de llegar a un acuerdo que permitiese el normal funcionamiento de los órganos parlamentarios y de toda la máquina del Estado, gravemente obstaculizada. El primer ministro barón de

(1) *Questions d'Autriche-Hongrie et questions d'Orient*, pág. 27, nota.

Beck, en 1907, esforzóse en suscitar este acuerdo, y checos y alemanes de Bohemia accedieron a celebrar una conferencia encaminada a obtener una solución. El emperador Francisco José, con ocasión de la visita que hizo a Praga en el mes de abril de 1907, había expresado el anhelo de que antes de acabar su reinado se estableciese un estado de paz entre todos los pueblos del Austria y se reconciliasen los checos y los alemanes de Bohemia.

Unos y otros deseaban el acuerdo. Pero no querían ceder en ningún punto importante de sus aspiraciones. Y de esta snerte el acuerdo no era posible. Mientras se esperaba el momento de comenzar la conferencia, produjéronse incidentes que hacían ya prever la ineficacia de la misma. El juez alemán de la población bohemia de Egra negóse a admitir un escrito en lengua checa, alegando que ésta no era lengua usual en su jurisdicción. Llevado el asunto al Tribunal Supremo, éste tuvo que declararse contra la tesis del juez. No obstante, se dieron otros casos semejantes.

La irritación de los checos aumentó a consecuencia de unas agresivas e imprudentes palabras de un discurso pronunciado en Gratz, en enero de 1908, por el ministro Peschka. Hablando del conflicto checo-alemán, dijo:

«No es imposible, al fin y al cabo, que los checos y los alemanes lleguen a un acuerdo en ciertas cuestiones litigiosas; pero es seguro que la lucha entre ellos no cesará hasta el aplastamiento de una de las dos nacionalidades. Nosotros, con el concurso de nuestros hermanos de todos los países donde se habla alemán, procuraremos no ser los aplastados.»

No tiene nada de extraño que, con estos preliminares, la conferencia checo-alemana diese resultados negativos. Los diputados checos que en el *Reichsrat* habían adoptado una actitud de benevolencia hacia el Gobierno, en cuyas promesas habían confiado, tuvieron un completo desengaño. Lejos de apaciguarse las pasiones, éstas encendiéronse más y más. A

últimos de 1908 se produjeron nuevos y graves desórdenes en Praga y la ciudad fué puesta nuevamente en estado de sitio. El origen de los tumultos estaba en los incidentes acaecidos en la Dieta, provocados por los diputados alemanes. Había acordado el municipio de Praga adquirir, para canalizar algunas calles, tuberías de hierro, por valor de algunos millones. En la misma ciudad existía una fundición que hubieran podido fabricarlas; pero esta fundición pertenecía a unos industriales alemanes, quienes obligaban a los obreros checos que trabajaban en ella a concurrir a la escuela alemana. Antes de encargar el trabajo a una fábrica propiedad de industriales anti-checos, el Ayuntamiento de Praga lo encargó a las fundiciones francesas de Pont-a-Mousson. La ira de los alemanes estalló violentamente. Al abrirse una de las sesiones de la Dieta de Bohemia, prorrumpieron en grandes gritos de ¡Pont-a-Mousson! ¡Pont-a-Mousson!, produciéndose enseguida una colisión entre los diputados alemanes y los checos, en la cual los tinteros y los trozos de pupitre sirvieron de proyectiles.

El boycot que los checos declararon a los alemanes se convirtió en una necesidad para la defensa nacional. Podía aplicarse a la situación de unos y otros en Bohemia, las palabras que de los alemanes y de los alsaciano-loreneses decía Anatole-Leroy-Beaulieu: «Juntos sobre la misma tierrra estrecha, viven separados, aislados (1). Checos y alemanes, en las poblaciones donde conviven, tienen respectivamente sus tiendas, sus bancos, sus cafés, sus bars, sus teatros, sus lugares de reunión. Algunas décadas atrás los rótulos de los establecimientos estaban escritos en lengua alemana. Posteriormente los checos los escribieron en su lengua nacional y muchas tiendas ostentaban un aviso que decía: «Aquí sólo compranlos checos». Los alemanes empezaron una acción análoga y propagaron su lema: «En interés del germanismo *(Deutschtum)* no compréis en los establecimientos checos».

(1) Véase la presente obra, parte relativa a Alsacia-Lorena.

En el mes de septiembre de 1910 pareció que el acuerdo checo-alemán llegaría por fin a ser un hecho, al menos en aquellas cuestiones primordiales para el funcionamiento de la administración de Bohemia. La principal causa de la obstrucción alemana en la Dieta de Praga radicaba en la pretensión de los diputados germánicos de que ante todo fuesen discutidos los proyectos relativos a una nueva división de las circunscripciones bohemias según la nacionalidad predominante, a lo cual contestaban los checos que antes había que aprobar los presupuestos y los créditos destinados al sostenimiento de numerosas instituciones autónomas, como escuelas, hospitales, etc. En la fecha indicada, los alemanes accedieron a que fuesen discutidos primeramente los proyectos económicos. Así la Dieta pudo continuar sus trabajos. Pero resultó que, después de ésto, no pudo seguir adelante. Ni en el problema de las lenguas, ni en el de la división de Bohemia, encontróse una solución, por lo que el conflicto volvió a agravarse. La obstrucción checa en el *Reichsrat*, secundada por los eslovenos, hizo imposible la vida parlamentaria, sobre todo al adoptar el primer ministro Biennert una política desfavorable a los eslavos, y fué causa de la disolución de la Cámara en el mes de mayo de 1911. Y el problema quedó sin solución.

VII

Los partidos políticos checos.

Todos cuantos han estudiado la cuestión de Bohemia, coinciden en reconocer que el renacimiento nacional de este pueblo fué decisivamente favorecido por las ideas liberales y revolucionarias que en el siglo XVIII triunfaron en Francia. La tradición checa, la de Juan Huss y los Hermanos de la Uni-

dad (1), era de libertad y de democracia. Los principios de la Enciclopedia y de la Revolución encontraron en Bohemia terreno abonado y ambiente propicio. Así lo consignan Niederle, Léger, R. Henry, Hantich, etc. Además, la estructura de la sociedad checa se adaptaba a las ideas francesas. Los checos son esencialmente democráticos. Al contrario de lo que sucede con los alemanes, no hay en aquellos barreras entre las diversas clases sociales (2). Compréndese fácilmente, que, desde sus comienzos, el movimiento checo haya presentado un doble carácter patriótico y liberal. La revolución europea de 1848, a la vez democrática y nacionalista, tuvo en Bohemia uno de sus focos más importantes.

No tardó, mucho, sin embargo, en producirse en el nacionalismo checo la diversificación de tendencias. El partido de los Viejos checos, hacia 1870, tomó un carácter moderado que disgustó a gran parte de los patriotas. Enviaba representantes al *Reichsrat* de Viena, cosa que entonces muchos censuraban, y sus diputados estaban en inteligencia con el Gobierno central, a pesar de los clamores de los patriotas intransigentes, que los acusaban de claudicación.

El partido de los Jóvenes checos, más radical en los procedimientos nacionales y en las ideas políticas, sociales y religiosas, estuvo al principio alejado del Parlamento de Viena, por considerarlo anti-constitucional desde el punto de vista checo. Pero en 1879 cambió de táctica, tomando parte en las elecciones del *Reichsrat,* al cual envió 7 diputados, mientras que en el mismo año los Viejos checos habían hecho triunfar 34. En 1885, eligieron, respectivamente, 12 y 37.

Pero la protesta contra la política tibia de los Viejos che-

(1) Secta religiosa que adquirió gran importancia e influencia en Bohemia y en Moravia, en la Edad Media, y que contribuyó al esplendor de la literatura checa medioeval. Su último obispo, Komensky (Comenius), es famoso, y todavía hoy su nombre sirve de bandera a los patriotas.

(2) *Questions d'Autriche-Hongrie et questions d'Orient,* pág. 28.

cos tomaba en Bohemia tal incremento, que en 1891, en las elecciones para el *Reichsrat,* sufrieron una tremenda derrota. El número de sus diputados descendió a 11. La ventaja fué para los Jóvenes checos, que eligieron 35. La decadencia de aquellos se acentuó en las elecciones de 1897, en las cuales no pudieron hacer triunfar ni uno solo de sus candidatos.

Durante el segundo tercio del siglo pasado, no hubo otros partidos nacionalistas que el de los Viejos y el de los Jóvenes checos. En las elecciones de 1901 tomaron parte nuevas fuerzas, las cuales debilitaron la situación del partido Joven checo. Este eligió 53 diputados, 6 el partido agrario, 2 el clerical y 5 los obreros radicales-nacionalistas. Posteriormente, los Viejos checos recuperaron una pequeña parte de las posiciones que habían perdido. Mientras tanto, los Jóvenes checos fueron decreciendo, a causa de la aparición del partido radical y del socialismo, que les restaron una buena parte de sus fuerzas. Socialistas y radicales acusaron a los Jóvenes checos de mostrarse demasiado transigentes con el poder central.

En el primer Reichsrat elegido por sufragio universal (1907) el número de diputados checos se distribuyó de la manera siguiente: agrarios, 28; Jóvenes checos, 18; Viejos checos, 7; clericales, 17; radicales, 10; progresistas, 2.

Contra lo que esperaba el Gobierno de Bienerth, las elecciones generales de junio de 1911 no debilitaron la minoría checa, la cual conservó sus fuertes posiciones. El hecho característico de estas elecciones, en cuanto a los países de la corona de Bohemia, fué la derrota del partido clerical checo, que coincidió con la del partido clerical alemán de Austria. En Bohemia propiamente dicha perdió los 7 puestos que tenía y en la Moravia bajó de 10 a 7. La ventaja fué para las izquierdas. Los socialistas checos ganaron un puesto, aparte del que obtuvo un social-demócrata del partido checo centralista.

Respondiendo a la necesidad de crear un órgano para la común acción nacionalista, en 1903 se fundó el Consejo Na-

cional checo *(Narodni rada ceska)*, en el cual se agruparon los patriotas de todas las ideas y de todos los partidos. Tiene este Consejo su Comité principal en Praga y cuenta con una delegación morava instalada en Brünn y una delegación silesiana instalada en Troppau. El Comité central está compuesto de 63 individuos, entre los cuales hay miembros de todos los partidos checos en el Reichsrat, en la Cámara Alta y en las Dietas, y hombres eminentes de la política, las letras, las ciencias y las artes. La Asamblea nacional está formada por los representantes de todas las grandes corporaciones checas, tanto de mujeres como de hombres, de los tres países de la corona de Bohemia. Un gran número de secciones y comisiones están encargadas de las cuestiones especiales que son de competencia del Consejo. Para cubrir sus gastos, el Consejo Nacional edita unos sellos, cuyo producto se dedica en gran parte al sostenimiento de las instituciones checas en las comarcas germanizadas (1).

VIII

El conflicto entre el proletariado checo y el alemán.

El socialismo, que teóricamente coloca en lugar secundario la nacionalidad y la raza, se vanagloriaba de tener en su mano la solución de los conflictos nacionales del Austria-Hungría. Prescindiendo de las diferencias étnicas, pretendía substituir a las fronteras nacionales entre los diversos países del Imperio, las modernas fronteras sociales, creando una solidaridad general proletaria, paralela a la solidaridad general de los intereses burgueses. Recuerda Hubert Lagardelle que Federico

(1) Estos detalles los extraemos de la extensa nota explicatoria que sobre el Consejo Nacional checo publicó su presidente, M. Podlipny, en el número de enero-febrero de 1912 de *Les Annales des Nationnalités*.

Engels, en su lecho de muerte, cuando ya no podía hablar, escribió en su carnet de notas, para el doctor Víctor Adler, leader de los socialistas austriacos, las siguientes palabras: «En Austria, el partido socialista es el único que tiene porvenir, porque sólo él puede resolver el problema de las nacionalidades.»

Pero Engels se engañó. Adler debió confesarlo. No solamente el socialismo austriaco no pudo encontrar la solución del problema nacionalista, sino que él mismo se vió arrastrado y destrozado por este problema. En los últimos tiempos se produjo un hondo conflicto entre los obreros alemanes y los obreros checos.

¡Qué desilusión para los que fían ingenuamente en ciertas pretendidas leyes sociológicas! El proletariado checo, en vez de evolucionar en sentido internacional, ha evolucionado en sentido nacionalista. Ni los obreros ni los burgueses de Austria se desnacionalizaron en razón directa de su desarrollo, como tenía que haber sucedido según las aludidas leyes. «Al contrario—escribe Lagardelle (1),—la clase obrera se ha nacionalizado a medida que su organización ha crecido. La primitiva homogeneidad internacional ha pasado progresivamente a la heterogeneidad nacional de hoy.» Es cierto: las nacionalidades de Austria organizaron su respectivo partido socialista autónomo, organizado libremente, con sus Congresos anuales. En un principio, al fundarse el socialismo austriaco, en el Congreso celebrado en Hainfeld el año 1888, se adoptó una organización unitaria. Pero, al cabo de nueve años, en el Congreso de Brünn (1897) tuvo que adoptarse una organización federalista. Prevaleció el principio: «Autonomía nacional y unión internacional». El conjunto del partido socialista austriaco convirtióse en la reunión de los representantes de los partidos socialistas nacionales.

(1) *De Vienne à Constantinople*, II: *Conflits nationnaux*. Núm. de 21 de julio de 1912 de *L'Humanité*.

Esto en cuanto a la organización política del proletariado austriaco. Si nos fijamos en su organización sindical, veremos que el conflicto entre checos y alemanes estalló todavía más pronto. Al celebrarse el año 1893, en Viena, el primer Congreso corporativo, adoptóse una organización unitaria. El año 1896, en el segundo Congreso, los sindicatos checos pidieron su autonomía, que les fué negada. Ante la negativa, gran parte de ellos se separaron de la organización central y crearon una organización checa con la capital en Praga. Y así hubo en los países de la corona de Bohemia dos grupos de sindicatos obreros —el de los checos y el de los alemanes— que se combatieron duramente.

La organización sindical austriaca era, pues, unitaria, hecho que explica la escisión de los sindicatos obreros checos. Pero la organización política del socialismo era federalista, desde el Congreso de Brünn. ¿Cómo se explica, en este caso, la lucha y la ruptura entre los socialistas checos y los alemanes de Austria?

En el sentimiento nacional encontraremos la explicación. Al chocar con el problema concreto de las reivindicaciones checas, los unos se sintieron checos, los otros alemanes, a pesar del socialismo. Los socialistas alemanes de Austria aceptaron la autonomía federalista como un *continente*. ¡Ah! Pero no pasaban por que se llenase con el *contenido* nacionalista, que es substancia viva.

Fueron los socialistas alemanes los creadores y los organizadores del partido en Austria, y esto explica que ejerciesen la dirección del mismo y marcasen su orientación. En un principio, los socialistas checos siguieron disciplinadamente las órdenes de los directores vieneses, dejando a un lado el problema nacional de Bohemia. Pero la realidad de este problema se interpuso entre unos y otros. En nombre del internacionalismo, los socialistas alemanes de Austria se opusieron a las reivindicaciones de los pueblos eslavos, que calificaban de exclusivistas

y de chovinistas, al tiempo que ellos formaban bloque con los partidos unitarios y con los defensores de la hegemonía germánica.

Duramente atacados por los patriotas de su país, y convictos de la injusticia de la actitud que se les obligaba a tomar, los social-demócratas checos abandonaron la cobarde disciplina que se pretendía imponerles; y en diversas cuestiones que afectaban a su nacionalidad adoptaron un parecer contrario al mantenido por sus correligionarios alemanes. Estas diverhencias ocasionaron polémicas cada vez más agrias. Y la separación no tardó en consumarse.

Despechados por la rebel.ón checa, los socialistas alemanes de Austria atribuyéronla al orgullo y a las ambiciones de los leaders del nacionalismo checo. Pero los hombres imparciales y clarividentes de la Social-Democracia austriaca han debido confesar que el conflicto no tenía su origen en motivos de orden personal, sino en las condiciones políticas, nacionales y económicas en que se hallaba el proletariado checo (1).

En las elecciones legislativas de 1911, los socialistas checos autónomos obtuvieron una gran victoria sobre el pequeño partido obrero centralista, constituído por los elementos del Comité de Viena. El primero hizo triunfar 25 diputados y el segundo sólo uno. Hechos como éstos prueban la verdad de las siguientes afirmaciones del eminente escritor socialista italiano Arturo Labriola (2): «El movimiento socialista austriaco y el partido socialista de este país sufren una violenta agitación y una crisis peligrosa porque por debajo de la etiqueta y del barniz del internacionalismo se ha erguido el cuerpo nacional; el sentimiento nacional, lejos de ser atemperado por las mezclas del internacionalismo, se ha hecho más denso, más compacto, más cerrado y más enérgico. El

(1) OTTO BAUER: *Zu neuen formen* (Hacia nuevas formas). Artículo publicado en el número del 1.° de julio de 1911 de la revista *Der Kampf*, de Viena.

(2) *Tendenze politiche dell'Austria contemporanea.*

caso de Austria es el argumento más fuerte en favor de la tesis según la cual los sentimientos nacionales abarcan y sobrepasan los sentimientos sociales.» A las mismas conclusiones llega el escritor austro-alemán Edwind Steinitzer (1).

Seis partidos nacionales integraban el socialismo austriaco: el alemán, el checo, el polaco, el ruteno, el esloveno y el italiano. Y ni la organización federalista del partido fué bastante para hacer cesar las querellas nacionales entre los socialistas del Austria.

Pruébanos esto que el federalismo, cuando no lleva en sus entrañas el sentido nacionalista, es una hermosa cosa vacía, un simple andamiaje. Los socialistas alemanes habían aceptado la organización autonomista del partido en tierras de Austria. Pero cuando se hallaron ante las reivindicaciones positivas y concretas del pueblo checo, no quisieron saber nada de ellas y retrocedieron.

Tal sucedió en la cuestión de las lenguas. Los diputados nacionalistas checos pidieron, en el Reischrat, el uso oficial de la lengua checa en las escuelas, en los tribunales, en las oficinas públicas, etc., de Bohemia. Votaron en contra de estas peticiones los socialistas alemanes. Los socialistas checos votaron en pro.

Citaremos un ejemplo concreto.

En los últimos tiempos se formó en Bohemia, y especialmente en Moravia, una gran corriente emigratoria de obreros, la cual se dirigió a Viena. Había, además, un gran número de obreros checos que trabajaban alternativamente en Viena y en Bohemia. De ahí que entre la población de la capital austriaca hubiese unos 400.000 checos, en su gran mayoría obreros.

Los patriotas checos no querían que esta corriente emigratoria representase una pérdida de hijos y de fuerza para su nacionalidad. Aspiraban a que fuese, no una sangría, sino una

(1) *Nationalism und Gewerkschafts probleme in Osterreich.* Artículo publicado en la *Frankfurter Zeitung* de 7 de diciembre de 1910.

expansión. Y procuraban solícitamente que los compatriotas que se trasladaban a tierras alemanas no sufriesen un proceso de desnacionalización. Con este fin constituyeron en Viena una asociación —la Komensky— destinada a fundar y sostener en aquella ciudad escuelas de lengua checa.

En el año 1910, un diputado nacionalista checo, Stanek, miembro del partido agrario, presentó al Parlamento austriaco una proposición para que el Estado concediese a la citada asociación checa una subvención de 100.000 coronas. Unánimemente, los diputados socialistas checos defendieron la proposición. Precisamente las escuelas checas de Viena eran altamente útiles a los obreros inmigrados, que sin ellas hubieran tenido que llevar sus hijos a las escuelas alemanas, donde se les enseñaba en una lengua diferente de la propia, lo cual les causaba dificultades enojosas. Al contrario, los socialistas alemanes se pronunciaron contra la proposición. Los socialistas polacos, italianos y rutenios permanecieron neutrales.

Puesta la proposición a votación, fué rechazada por cuatro votos de mayoría. Votando en contra, los socialistas alemanes habrían decidido la suerte de la proposición. Con este motivo, la prensa socialista de Bohemia los atacó durísimamente, y se promovió entre unos y otros una violenta polémica.

Hubert Lagardelle hace constar los motivos que en defensa de su conducta alegaban los socialistas checos. «Ellos hallan su justificación—escribe—en la justicia de estas disposiciones y también en la necesidad de no dejarse colocar en situación inferior, ante su nación, por los diputados burgueses. Alegan, sobre todo, que la lucha por la liberación social siempre se ha confundido y se confunde todavía en Bohemia con la lucha por la liberación nacional. — Los socialistas alemanes, al contrario, objetan que los checos exceden así los límites del autonomismo y caen en el peor nacionalismo.»

En Bohemia los alemanes son principalmente industriales y comerciantes; los checos dan su mayor contingente a la clase

obrera. De esto resulta que, en goneral, el patronato es alemán y el proletariado es checo. El espíritu de dominación de los alemanes era a la vez social y nacional. Consideraban que estando los checos bajo su dependencia en el aspecto económico, debían estarlo también en todos los demás aspectos (1). Ésto daba lugar a que la hostilidad entre el patrono y el obrero se agravara por el hecho de ser el primero, no sólo el explotador, sino también el extranjero (2).

Alguien podría creer que frente a los socialistas checos, plenamente nacionalistas, los socialistas alemanes de Austria representaban la tendencia antinacionalista o, al menos, extranacionalista.

No hay nada de esto. Aunque intentasen disfrazarlo, los socialistas germánicos de Austria, al combatir las tendencias de los checos, lo hacían, no desde el punto de vista internacionalista y de clase, sino desde el punto de vista alemán. La mirada perspicaz de Lagardelle lo vió claramente. Y advirtió en los socialistas alemanes de Austria «la existencia de un fuerte sentimiento exclusivista alemán, análogo al sentimiento separatista checo».

En el Congreso celebrado en 1911 en Insbrück, los socialistas alemanes de Austria tomaron decisiones agresivas contra los checos. Acordóse apoyar a los sindicatos bohemios adheridos a la organización central austriaca, contra los sindicatos checos separados de aquélla; el reconocimiento de un nuevo partido socialista checo centralista, diferente del partido autónomo existente, y la couvocatoria de una próxima asamblea para reconstituir el partido socialista unificado de Austria. El sentido de los acuerdos era marcadamente unitarista. No obstante, muchos congresistas, especialmente los delegados de los obreros alemanes de Bohemia y Moravia,

(1) EDOUARD BENES: *Le problème autrichien et la question tchéque*, página 228.

(2) OTTO BAUER: *Die Nationalitätenfrage und die Socialdemokratie*.

encontraron tibios y poco enérgicos dichos acuerdos. «Fenómeno más grave—añade Lagardelle,—hubo también algunos intelectuales de origen alemán que proclamaron la superioridad de la cultura alemana sobre la cultura eslava y la necesidad de asimilar, de grado o por fuerza, las nacionalidades inferiores.»

El citado escritor veía en los acuerdos del Congreso de Insbrück medidas de rigor aparente, hijas de la política de equilibrio y contemporización de Adler. Pero las conclusiones a que él llegó en este problema tienen un sentido diametralmente contrario. El arreglo del conflicto no lo veía en la reconstitución del viejo partido socialista unitario austriaco, sino en la reforma de la organización de 1897 en el sentido de una mayor autonomía. A su entender, debía irse hacia «un federalismo más desligado, de bases ampliamente nacionales». Decía Lagardelle que esto mismo es lo que pensaban los espíritus inteligentes del socialismo austriaco.

IX

La cuestión de las lenguas.

En un país bilingüe como Bohemia, el nacionalismo checo debía provocar necesariamente un grave conflicto de lenguas. Negada al idioma checo la igualdad de derechos, los patriotas se esforzaron en obtenerla. La lucha formidable del último tercio del siglo pasado, que repercutió gravemente en el Parlamento de Viena, tuvo su eje en el conflicto lingüístico.

En los primeros tiempos del renacimiento checo, los alemanes no se preocupaban de ello, pues creían que su único resultado sería el nostálgico cultivo literario de la moribunda lengua de la tierra y que todo se reduciría a unas cuantas

poesías de romanticismo patriótico. No podían creer que el idioma checo volviese a predominar en Bohemia y en Moravia, que llegase a ser otra vez una lengua de cultura y que desalojase al alemán de gran número de posiciones conquistadas por éste. Cuando se percataron, con gran sorpresa, del vigor y de la verdadera significación del movimiento lingüístico checo, pusiéronse a combatirlo; pero ya era tarde para poder detenerlo. Las chispas primeras se habían convertido en imponente incendio. El alzamiento político del pueblo fortalecía indestructiblemente las posiciones reconquistadas por el idioma patrio.

El período agudo de este pleito comenzó en 1891, en que los Viejos checos, que hasta entonces habían tenido tratos y pactos con el gobierno central, se juntaron con los Jóvenes checos en una cuestión relativa a las lenguas. Una lucha apasionada estalló entre checos y alemanes, y los últimos dejaron de concurrir a la Exposición Universal de Praga del mismo año. Habiéndose decidido, en 1892, que la lengua de los tribunales de Bohemia fuese exclusivamente la alemana, los checos protestaron airadamente, promoviendo disturbios que dieron pretexto al gobierno para poner a Praga en «pequeño estado de sitio».

La política anticheca del ministerio Windischgrätz agravó en gran manera el conflicto y exacerbó la protesta, sostenida principalmente por los Jóvenes checos, hasta que, en 1895, encargóse del poder el conde Badeni, dispuesto a hacer concesiones y cuyos primeros actos consistieron en levantar el estado de sitio y decretar una amnistía política.

Pero los Jóvenes checos, fuertes y bravos, continuaron la batalla, obteniendo, en 1896, un gran triunfo en las elecciones para la Dieta bohemia, a la cual llevaron una mayoría compuesta de 90 diputados. Reclamaron la igualdad de derechos de los dos idiomas en Bohemia y en Moravia, y no cejaron hasta que, en 1897, el conde Badeni presentó los decretos lingüísticos en que se les daba satisfacción.

Se disponía en estos decretos que los documentos oficiales fuesen redactados en el idioma de los destinatarios; que las autoridades se comunicasen con los Ayuntamientos y la Dieta en la lengua usada por estas Corporaciones; que los documentos generales fuesen escritos en ambos idiomas; que los procesos, declaraciones y sentencias judiciales fuesen extendidos en la lengua del acusado; y que, desde el día primero del mes de julio de 1901, se exigiese a todos los funcionarios y empleados públicos de Bohemia el conocimiento de los dos idiomas.

Entonces fueron los alemanes quienes a su vez protestaron airadamente. Tan graves desórdenes se produjeron, que cayó el gabinete Badeni y se proclamó el estado de guerra. El nuevo gobierno, presidido por el barón Gaustch, presentó otros proyectos sobre las lenguas, en los cuales se dividía Bohemia en distritos checos, alemanes y mixtos. En los distritos alemanes se exigía el solo conocimiento de la lengua alemana a los funcionarios y empleados públicos; en los distritos checos y mixtos se les exigía el alemán y el checo.

La obstrucción de los diputados checos ante la abolición de los decretos de Badeni fué de las más violentas que registra la historia parlamentaria; las escenas tumultuosas en el Reichsrat se sucedían continuamente. Entre checos y alemanes sostuviéronse en la Cámara verdaderas batallas. Imposibilitado de realizar su obra parlamentaria, el ministerio Körber tuvo que dimitir (1901). En aquellos momentos de excitación, Francisco José hizo un viaje a Bohemia. Siguiendo los consejos de los caudillos nacionalistas, el pueblo le acogió con entusiasmo. Esto dió lugar a una *détente*, y la obstrucción de los checos cesó de pronto. Pero, haciéndose esperar demasiado la satisfacción deseada, volvieron a dificultar la labor del Reichsrat, al tiempo que los diputados alemanes hacían obstrucción en la Dieta de Praga. La petición de crear en Brünn (Moravia) una Universidad checa llevó al extremo límite la exacerbación

de las pasiones, que se tradujo en graves desórdenes y en tumultos formidables en las Cámaras.

Los checos persistieron en exigir la cooficialidad de ambas lenguas en Bohemia y Moravia, con la obligación, por parte de los funcionarios alemanes, de poseer el idioma del país. Negáronse tenazmente a la división lingüística del territorio patrio, que proponían, a título de transacción, los alemanes, por considerarla una injusticia y un preludio de la desmembración.

No sólo se planteó en el territorio de la corona de Bohemia la cuestión lingüística, sino también en Viena. Como ya hemos indicado, los nacionalistas checos pedían, apoyándose en la Constitución, el establecimiento de escuelas oficiales checas en la capital del Imperio, para que a los hijos de los checos que habitan allí se les pudiera dar la enseñanza en su idioma maternal. Mientras, la asociación Komensky fundó algunas escuelas checas privadas. Pero el Ayuntamiento vienés, con pretextos fútiles, opuso dificultades, llegando a cerrar algunas de ellas (1). Karl Kramarez, el eminente político checo, condenó la conducta de la municipalidad de Viena en un discurso lleno de indignación, que pronunció en el Reichsrat, el 25 del mes de octubre de 1912.

La hostilidad de los vieneses a la lengua checa se ha manifestado en todos los tiempos. Es oportuno recordar que, en el año 1908, con ocasión de las fiestas del jubileo del emperador Francisco José, las autoridades de Viena prohibieron que, en los teatros de la capital, se representasen obras en checo, a pesar de permitirlo en los demás idiomas. Ante este agravio, en Praga se produjeron manifestaciones tumultuosas, en el curso de las cuales la muchedumbre apedreó el Teatro alemán y el Gimnasio.

(1) H. HANTICH: Artículo publicado en *La Vie*, de París, del mes de noviembre de 1912.

X

Los sentimientos de los checos.

Podría creerse, si sólo se juzgase por el carácter francamente agresivo del nacionalismo checo y por la violencia de la lucha checo-alemana, que los patriotas de los países de la corona de Bohemia eran, tiempo ha, separatistas. Grave error sería creer tal cosa. Los checos no han sido separatistas hasta hace pocos años. Defendían, por el contrario, la subsistencia de Austria-Hungría y querían permanecer dentro de ella, si bien trocando el régimen dualista en una amplia federación de nacionalidades. En su carta a la Dieta alemana de Francfort, en 1848, Palacky sostenía ya la necesidad de que Austria subsistiese, buscando en el federalismo la solución de sus problemas internos.

Este sentimiento de los checos, ¿era debido a su afección por Austria-Hungría, a su patriotismo austro-húngaro? Ah, no! Ellos defendían la subsistencia del Imperio desde el punto de vista nacional. Era el interés propio, era la preocupación del porvenir de su pueblo, lo que les impedía querer la independencia política y la disgregación de Austria.

El gran temor de los checos era que, si el Imperio austro-húngaro se disolviese un día, fuesen ellos conquistados por los ejércitos del kaiser, en cual caso su situación habría empeorado enormemente, encontrándose en las mismas condiciones que los polacos de la Posnania, los lituanos de Prusia, los daneses del Slesvig y los alsaciano-loreneses. Hemos aludido anteriormente a la situación geográfica de Bohemia, de la cual hemos dicho que es una península eslava entre el mar alemán que la rodea casi por los cuatro lados. Siendo el más occiden-

tal de los pueblos eslavos, constituyendo la fortaleza avanzada del eslavismo en el centro de Europa, Bohemia temía ser víctima del Drang nach Osten, el día que desapareciese Austria-Hungría y los alemanes de la Confederación pudiesen realizar sus planes de expansión. Deshecho el Imperio de los Habsburgo, Alemania no hubiera resistido el impulso instintivo de anexionarse Bohemia. ¡Cómo habría hecho saltar bruscamente el cerrojo de la puerta que le cerraba el paso del Adriático!... Soñaba en dar a su territorio las más dilatadas y lejanas fronteras; pensaba en colonizar el Asia Menor y crear allí una nueva patria alemana. ¿Y respetaría la independencia de un pueblo situado a su misma vera, puesto como un obstáculo en su camino, y considerado como un enemigo hereditario?

Formidables fronteras naturales protegían, siglos atrás, el territorio de Bohemia. Ésta tiene la forma de un cuadrilátero, tres de cuyos lados son altas cordilleras, como los montes de Bohemia y los montes Metálicos; el otro lado fórmanlo las colinas que la separan de Moravia. Pero ni las cordilleras consiguieron detener la expansión germánica; por el sud, por el oeste y, sobre todo, por el norte, los alemanes, a través de las montañas, invadieron la tierra checa, y hace mucho tiempo que ésta carece de defensas geográficas. Los soldados del kaiser se habrían apoderado, con relativa facilidad, de Bohemia. Los checos, por sí mismos, no podían oponer sino una resistencia desesperada que convirtiese en montón de ruinas la tierra conquistada por el invasor; pero no podían salvar a su patria.

«Ésto enlaza —decíamos en la edición catalana— el problema de Bohemia al problema general de la situación europea. Sólo un debilitamiento de la fuerza de Alemania puede hacer plenamente realizables los anhelos de los patriotas checos.» Hoy este debilitamiento es una realidad. Por eso los checos combatieron, antes de la gran guerra, la política exterior triplicista del Imperio austro-húngaro. Declaráronse enemigos abiertamente de la Triple Alianza. Sus simpatías cordiales han

ido y van hacia Francia y anhelaban la aproximación diplomática de Austria-Hungría a la Triple inteligencia franco-anglo-rusa. Constantemente se manifestaban las simpatías de los checos hacia Francia. Los franceses eran invitados oficialmente a todas las grandes fiestas de Bohemia. Calurosas y significadas explosiones de entusiasmo acogieron la presencia de las delegaciones francesas. No hace muchos años que el alcalde de Praga, hablando a los delegados de Francia, llamaba a los franceses, acentuando las palabras, «nuestros verdaderos amigos».

En general, los checos habían adoptado hacia el difunto emperador Francisco-José una actitud de lealismo. La popularidad de Francisco-José entre los pueblos dominados del Imperio era un hecho innegable. Y es que, en muchas ocasiones, en medio del choque de las pasiones de raza y enfrente de los propósitos violentos de los austro-alemanes, el monarca protegió, hasta cierto punto, a los más débiles e impidió que fuesen aplastados. Sin el respeto al emperador y la confianza, más o menos fundada, que se había tenido en su espíritu justiciero y paternal, probablemente habría comenzado ya muchos años atrás la disgregación de Austria-Hungría.

Uno de los problemas más arduos para Bohemia es el de sus distritos germanizados del oeste y del norte. Habiendo obtenido los checos su independencia nacional, la minoría alemana, sometida a los checos, se considerará perseguida y esclavizada.

La solución del problema estaría en que la reconquista étnica de este territorio por parte de los checos hiciese avanzar las fronteras de la raza hasta las cordilleras que encuadran la Bohemia. Pero ésto, aunque pudiese lograrse, exige un largo período de años.

En la última Asamblea celebrada antes de la guerra, por los patriotas checos en Praga, el presidente del Consejo Nacional, Podlidny, pronunció un discurso amenazador, del cual reproducimos los siguientes párrafos:

«Los tiempos en que una minoría alemana pudo representar, gracias al concurso de la burocracia, el papel de nación dominadora, y tener a las nacionalidades eslavas en una especie de esclavitud, aquellos tiempos, señores, han pasado a la historia. ¡Y si no fuese así, peor para el Estado!

»La nación checa, que todo el mundo creía sepultada en la tumba, encontró en sí misma la fuerza para salir del letargo en que estuvo sumida durante largos siglos, y hoy la vemos marchar al lado de las naciones más avanzadas en civilización.

»¿Se someterá al viejo yugo? ¿Soportará los ultrajes de su adversario? ¿Se dejará agarrotar en un momento en que Europa entera se levanta para la defensa de los derechos de las nacionalidades y tribus que están muy por debajo del nivel moral y material de la nación checa?...

»Formando la mayoría dentro de nuestra patria indivisible, pedimos que se nos ponga en un pie de igualdad con nuestros cohabitantes alemanes. O los órganos imperiales cumplirán su deber con todas las nacionalidades, de conformidad con las leyes que rigen la monarquía de los Habsburgo, o la organización del Estado corre a la ruina pisoteando las leyes y los derechos en vigor.»

Para el día de la solución definitiva, cada cual preparaba y acrecía sus fuerzas. Los checos las organizaron admirablemente. Las sociedades gimnásticas de los sokols, que tan maravillosas fiestas celebran, eran una escuela de fuerte patriotismo y constituían el ejército de la patria. En el período anterior a la guerra, la situación era grave para Bohemia. La sombra del gran Palacky —al cual la nación alzó, en 1912, un hermoso monumento en Praga— pasaba por la llanura de Bohemia y por el valle de Moravia, alentando al bravo pueblo checo.

XI (1)

La república checo-eslovaca.

Las esperanzas de los checos se han confirmado magníficamente. La gran guerra ha hundido el agrietado edificio medioeval de Austria-Hungría. Al caer el Estado artificial, las naciones han surgido a la vida de la libertad política. La República checo-eslovaca, hoy constituída bajo la presidencia del gran patriota Tomás G. Masaryk, es el coronamiento triunfal de la acción nacionalista realizada durante una centuria.

De nada sirvieron al Estado austriaco las persecuciones crueles de que hizo víctimas a los checos en el curso de la guerra. De nada le sirvieron los encarcelamientos y las ejecuciones. Karel Kramar, que fué condenado a muerte por un consejo de guerra como reo del delito de «alta traición», ha sido el primer presidente del Gobierno checo-eslovaco; Klofac, encarcelado por los austriacos, es uno de los ministros de la nueva República libre, en la cual ha hallado forma la unidad de la nación checo-eslovaca.

Bohemia contribuyó poderosamente al derrumbe de Austria-Hungría. Sus diputados, de acuerdo con los de los otros países eslavos de la ex Austria, paralizaron el funcionamiento del Reichsrat y entorpecieron el rodaje de la máquina estatal. La nación viva ha vencido al Estado artificial y opresor.

(1) Capítulo añadido por el autor.

ESLOVAQUIA

I

Los eslovacos.

Por el origen, por la historia y por la lengua —afirman los checos—, los eslovacos son parte integrante de la nacionalidad checa. Esta afirmación no es admitida por ciertos autores. El doctor Czambel niega que los eslovacos procedan de las tribus eslavas venidas del norte, de las cuales proceden los checos, y sostiene que los primeros no pertenecen al grupo occidental, sino al grupo meridional de los pueblos eslavos.

De acuerdo con la opinión de la mayoría de autores, dice René Henry que los eslovacos pueden ser considerados como una parte de la unidad checo-eslovaca, y recuerda que han sido llamados «los provenzales de la nación checa». Contradiciendo al eslovaco Czambel, Niederle afirma netamente la antigua unidad étnica y lingüística de los dos grupos.

Sea cual sea la verdad en este aspecto científico de la cuestión, es evidente que checos y eslovacos constituyeron, en la edad contemporánea, dos pueblos diferentes, y que la Eslovaquia adquirió el sentimiento de su propia v distinta personalidad. Los checos formaban parte del Austria; los eslovacos, de Hungría. Los primeros luchaban contra los alemanes; los segundos, contra los magiares. Esta diversa situación de unos y otros favoreció su recíproco alejamiento.

En cuanto a los eslovacos que hay en Moravia, se les puede considerar absorbidos por la nacionalidad checa. Sólo diez y ocho aldeas, en el extremo sudeste, conservan su carácter eslovaco. Una cosa, sin embargo, han conservado los eslovacos de Moravia, incluso los chequizados: la indumentaria nacional, que es muy típica.

Eslovaquia está situada en el ángulo NO. del que fué reino de Hungría. Limita con Moravia por el O., con Polonia y Rusia por el N., y con Hungría por el E. y el S. Dentro de este territorio existen islotes *(enclaves)* rusos, polacos y magiares. En cambio, existen numerosos islotes eslovacos en Hungría, en Eslavonia y en Croacia.

El número de individuos del pueblo eslovaco es actualmente de unos 2.500.000.

La evolución social de Eslovaquia está bastante atrasada. No cuentan todavía los eslovacos con una burguesía ilustrada que pueda servir de guía al pueblo. Las familias eslovacas de buena posición se habían magiarizado. Forman los eslovacos un pueblo de agricultores y pastores, con dulces y bellas costumbres. Sus canciones populares son exquisitas.

Domina en la Eslovaquia la religión católica (70 por 100); pero hay una masa considerable de protestantes (23 por 100).

El movimiento de la población eslovaca no es muy satisfactorio. El país es pobre, su natalidad es baja, alta su mortalidad. En esto los eslovacos están en condiciones inferiores a los magiares. Además, la emigración a América —a donde han marchado en treinta años (de 1870 a 1900) más de 300.000 eslovacos— ha sido una sangría para el país. Mientras en la última mitad del siglo pasado, el número de eslovacos no creció más que en un 0,66 por 100 anual, los magyares crecieron en un 1,6 por 100, si bien en esta cifra está comprendida cerca de una tercera parte de elementos alógenos magiarizados.

II

El nacionalismo eslovaco.

En 1031, Eslovaquia quedó desprendida de la corona de Bohemia. A pesar de esta separación, la literatura de los dos pueblos, que continuó siendo común, mantuvo cierta unidad.

Cuando, en los tiempos medioevales, los alemanes se introdujeron en Bohemia y Moravia, hiciéronlo asimismo en Eslovaquia. La colonización germánica de la tierra eslovaca comenzó en el siglo IX y se acentuó en el siglo siguiente, durante la menor edad del rey de Hungría Geza II, al llamar los regentes a colonos alemanes con intento de contrarrestar los progresos del polonismo. Favorecida por los acontecimientos históricos, la colonización tomó incremento en los siglos sucesivos. A fines del siglo XV y en la primera mitad del XVI no se encontraba una sola población eslovaca donde no hubiese establecida alguna familia alemana (1).

Pero en estas luchas étnicas vemos a menudo que las razas retroceden y avanzan alternativamente. Desde la segunda mitad del siglo XVI, el germanismo retrocedió. En 1563 y en 1605 promulgáronse por la Dieta húngara leyes que acabaron con los privilegios de los alemanes y combatieron la intrusión germánica. Desde entonces los alemanes del norte de Hungría fueron asimilados por los eslovacos o por los magiares.

Paulatinamente creció en los eslovacos, especialmente en las clases altas, el sentimiento de diferenciación respecto de los checos. En 1787, ya se expresó claramente la idea de una nacionalidad eslovaca. En la primera mitad del siglo pasado, al crearse una literatura eslovaca independiente de la checa,

(1) L. NIEDERLE: *La Race Slave*, pág. 106.

los eslovacos se consideraron como hijos de otra patria, como defensores de un ideal de autonomía diferente del de los checos. Entonces surgió con gran fuerza el nacionalismo eslovaco, que entró en lucha contra la influencia de los magiares, quienes ejercían en Hungría un absorbente poder.

Los austriacos, comprendiendo que el despertar del sentimiento nacional de Eslovaquia crearía a los magiares dificultades serias y debilitaría la fuerza de éstos, alentaron las pretensiones eslovacas. Habiéndose presentado en cierta ocasión a Metternich una delegación de patriotas eslovacos, aquél les dijo: «Vuestra causa es firme como la roca; vuestros derecho son naturales e incontrovertibles. Su Majestad no permitirá de ninguna manera que sean vulnerados; al contrario, los apoyará Esforzaos, pues, en recobrar por el camino de la justicia lo que vuestros enemigos os han arrebatado» (1).

En 1848, en medio de las sacudidas revolucionarias que hicieron vacilar el Imperio austro-húngaro, los eslovacos formularon el programa de sus reivindicaciones políticas. Este programa comprendía, entre otros, los siguientes extremos:

1. Hungría tendrá una Asamblea común, en la cual todas las nacionalidades estarán representadas proporcionalmente al número de sus habitantes.

2. Además, todas las nacionalidades, tanto la eslovaca como las otras, tendrán cada una su Asamblea nacional en el propio país y en un punto concretamente determinado. Esta Asamblea será autónoma y regirá los asuntos de la región.

3. Los eslovacos tendrán una guardia nacional, con oficiales eslovacos y con el eslovaco como lengua oficial.

Entre los patriotas eslovacos estaba aún extendido el paneslavismo rusófilo, ya casi desaparecido de todas las naciones eslavas y substituído por un neoeslavismo más confor-

(1) J. DUGOVIC: *Historia de l'evolució del moviment de la nacionalitat eslovaca*. Citado por J. de Mailath en *L'Hongrie rurale, sociale et politique*, págs. 295 y 296. París. 1909.

me con la plena libertad nacional de cada uno de los pueblos eslavos. Según el conde Mailath, no había ninguna casa de campesinos eslovacos donde no se viesen las efigies de Tolstoi y el zar de Rusia (1). Pero se hace difícil comprender cómo podían armonizar aquellos campesinos la devoción al zar y la devoción a Tolstoi. Es curioso notar que los principales escritores que en el siglo pasado defendieron en Bohemia la tendencia paneslavista fueron Kollar y Safarik, ambos de origen eslovaco.

III

La opresión magyar.

A pesar de la situación de inferioridad en que se hallaban respecto a los austro-alemanes, los eslavos de la Cisleitania gozaban de algunas libertades y tenían Dietas propias, pudiendo, hasta cierto punto, luchar por la conservación y por la acentuación de su individualidad nacional.

Los magiares, mientras han sido la raza dominante en la Transleitania, se han mostrado más unitarios que los austro-alemanes. Budapest era más absorbente que Viena. De ahí que las nacionalidades de más allá del Leita se encontrasen en condiciones peores que las de esta parte del Leita. Sólo la Croacia disfrutaba de cierta autonomía, que los magiares, no obstante, procuraban anular en la práctica. Eslovaquia y Transilvania carecían en absoluto de instituciones propias, sometidas como estaban al implacable unitarismo del Estado húngaro. Enojados por el movimiento nacionalista de los eslovacos y de los rumanos, los magiares los persiguieron duramente.

Bajo la meticulosa vigilancia hostil de las autoridades, la

(1) *L'Hongrie rurale, sociale et politique,* pág. 290.

literatura eslovaca, que en otras condiciones habría sido espléndida y fértil, vivió encogida y raquítica. Diarios, revistas y libros eslovacos, hasta los literarios, tenían que pasar por el tamiz de la censura. Sabían los magiares que los poetas y novelistas de Eslovaquia eran fervientes patriotas, y ni en los relatos ni en las estrofas les permitían la expresión de sus sentimientos. En estas condiciones, la producción literaria y bibliográfica era dificilísima. El trabajo de los que escribían en eslovaco resultaba realmente heroico. Por una parte, su público era muy pobre y no encontraban remuneración material. Por otra, se exponían a las persecuciones rencorosas de la justicia húngara. El más ilustre de los poetas eslovacos, Vajansky, pasó meses y meses en la cárcel. Entre sus obras sobresale la colección de poesías titulada *Zpod jarma,* palabras que significan: «Bajo el yugo». Hace notar W. Ritter que el sentido patriótico de estos versos debió ser atenuado por causa de la censura magiar, y añade que están lejos de los *Cantos de un esclavo,* del bohemio Svatopluk Cech. «Un título como éste—decía—no sería permitido en Hungría. Hablar de yugo es todo lo que a duras penas se tolera» (1).

(1) Nos parece interesante dar una muestra de las bellísimas y características poesías de Vajansky. A continuación transcribimos la versión de un fragmento, en el cual el poeta, dolorido, indignado por la vida miserable de los eslovacos, dice:

«La miseria trenza el látigo para vuestras espaldas... Por esta vida que no vale nada, por un peculio tan mezquino, os dedicáis a un trabajo de esclavos.

»Los pies destrozados, los ojos legañosos, cuando os miro, la tierra huye a mi alrededor.

»Las manos cansadas, los vestidos en girones, ¡oh, cielo! cómo te han hecho, pueblo mío, mi pueblo dorado!

»¡Oh cielo! ¡Qué hermosa parte te han dado de una sola vez! ¡Te han hartado de hambre y te han calentado con el hielo!

»Te han dado a beber hiel; te han vestido de andrajos; te han dado lecho de piedras.

»Por esta fidelidad tuya, por tus dones, ellos te preparan, pueblo mío, un ataúd en el cementerio.

»Te preparan un ataúd...

»Pero el gran Dios está con nosotros... Quizá bien pronto nuestros opresores se tenderán en él.

La persecución de los magiares era particularmente severa en los libros de lectura destinados a los niños. Escribía Ritter que, leyendo algunos de los cuentos eslovacos para niños, «se adquiere la noción penosa de una infancia muy diferente de la nuestra, de una infancia acurrucada y angustiada, en la que, desde los primeros destellos de la razón, el niño ha de ponerse en guardia contra la inmensa conspiración de todo lo que a su alrededor quiere arrebatarle su carácter nacional». De los libros de lectura de las escuelas eslovacas, las autoridades magiares eliminaron la poesía siguiente, que da idea de la lucha que contra los enemigos de su lengua hubieron de sostener los patriotas:

«Yo soy pequeño, pero soy eslovaco. Eslovaco en cuerpo y alma, y el que odia a los eslovacos no puede ser amigo mío. Tiempo atrás un señor me prometió oro si yo prefería una lengua extranjera a la mía. —Querido señor mío, parece que habéis visto poca gente de bien si creéis que un eslovaco es capaz de vender su idioma por oro. Vuestro oro es muy hermoso, pero mi idioma lo es todavía más, y no lo daré ni por oro ni por el mundo entero. Así, pues, quedémonos cada cual con lo nuestro: vos guardaos el oro y yo guardaré mi idioma.»

En la defensa que de su política unitaria hacían los magiares había, para todo hombre de libertad y de corazón, la mejor prueba de su culpa, la mejor razón para condenarlos. El libro francés del magiar conde de Mailath, *La Hongrie rurale, sociale et politique,* es característico. Los puntos de vista que en él se exponen y los principios que en él se sostienen demuestran que su autor y los magiares que como él piensan, viven fuera de la corriente de ideas del occidente europeo; sus palabras hacen el efecto de un lenguaje moral completamente diferente del nuestro. Una observación análoga hemos hecho asimismo leyendo los escritos y los discursos de los alemanes. En el fondo de ello hay una diferencia de mentalidad y de sentimentalidad, una profunda divergencia espiritual. La evolución de

la idea de justicia está todavía considerablemente atrasada en muchas razas del centro y del oriente de Europa.

El conde José de Mailath, en la parte de su citada obra dedicada a las nacionalidades de Hungría, entre otros argumentos paupérrimos, repite a cada momento que ni los eslovacos, ni los rumanos de Transilvania tenían derecho a su autonomía nacional... porque tal derecho no consta para nada en las leyes. Y éste es el argumento que al citado autor le parece de más peso. El famoso derecho histórico, tan querido por los magyares y los teutones, es invocado a menudo por él. En el prefacio que el eminente escritor francés René Henry puso al libro de Mailath, hace constar aquél el abismo que hay entre su propio criterio y el de la obra. Así dice francamente: «Yo no creo mucho en los derechos históricos; creo en el derecho (en el sentido francés de la palabra) y en los derechos de las naciones...» Por otra parte, el conde J. de Mailath confesaba que el propósito de los magyares era hacer de la Transleitania un Estado magyar fuertemente unificado. Y ésto lo consideraba plenamente justo, porque tiene en su favor la historia de mil años y el texto de la ley vigente...

IV

Un episodio trágico. Los fusilamientos de Cernova.

Durante el otoño de 1907, la política opresora de los magyares fué causa de un trágico episodio de sangre en la población eslovaca de Cernova (1).

Los vecinos de Cernova, con su dinero, edificaron una iglesia que les costó 150.000 coronas. De ella debía encargarse el sacerdote Hlinka, uno de los más entusiastas apóstoles de la

(1) Rozsahegy en magiar y Rosenberg en alemán.

causa nacional eslovaca. Desterrado por una sentencia que le condenaba como agitador, sus compatriotas decidieron no inaugurar la nueva iglesia hasta que Hlinka volviese a su tierra. Esta resolución disgustó al Gobierno húngaro, el cual ordenó que la iglesia fuese inaugurada inmediatamente. Para cumplir la orden provocadora, el domingo, día 27 de octubre de 1907, el gobernador y el obispo, rodeados de gendarmes, se encaminaron al templo. La actitud de las autoridades causó en el pueblo de Cernova una gran indignación. El gentío corrió hacia la iglesia y formando un espeso muro humano, trató de impedir que fuese abierta. Ante la resistencia popular, la tropa, brutalmente, sin hacer intimación alguna, descargó sus fusiles, haciendo numerosas víctimas entre la multitud indefensa. La tropa se lanzó al asalto y llegó a las puertas del templo, que unos cuantos centenares de hombres defendían con el ineficaz valor de sus pechos y con la impotente fuerza de sus puños. El lugar quedó cubierto de muertos y heridos, contándose entre los primeros un joven de diez y seis años y una mujer en cinta. Por haber ido a buscar el médico, un joven fué inmediatamente encarcelado. Los heridos no fueron admitidos en el hospital.

Mientras en la Cámara austriaca los diputados checos censuraban duramente el hecho y el presidente de la misma declaraba que el «incidente era deplorable» y que Austria «tomaba parte en el duelo producido por la catástrofe», la Cámara húngara acogía hostilmente, con gritos y protestas, al diputado eslovaco Hodza, que interpelaba al Gobierno sobre aquellos trágicos sucesos.

El citado diputado había advertido anteriormente al Gobierno el estado de espíritu de los vecinos de Cernova. Le rogó que se desistiese de la provocadora orden de abrir la iglesia y se ofreció en nombre propio y en el de sus compañeros de diputación para ir a Cernova a calmar los ánimos y evitar disturbios. Pero el presidente del Consejo, Wekerle, le

respondió con estas ofensivas palabras: «Vos no sois mi hombre de confianza. Lo que yo no quiero es que el pueblo de Eslovaquia pueda escucharos.» Al día siguiente de esta respuesta imprudente y agresiva, la sangre corría en Cernova.

Cuando, después, Hodza se levantó para exigir las responsabilidades de la matanza, la Cámara le interrumpió con gritos e injurias. El diputado eslovaco pedía el castigo de los culpables y preguntaba si serían destituídos el gobernador y el obispo y trasladadas las tropas de Cernova. Y los jefes de los partidos magyares, en vez de condenar el crimen, acusaban a las víctimas e invitaban al ministerio a adoptar enérgicas medidas represivas contra los eslovacos y los croatas, a prohibir toda propaganda nacionalista en las regiones no magyares y a enviar regimientos de soldados a Eslovaquia para ocupar militarmente el país. El ministro del Interior, Andrassy, se levantó, no para reprobar la barbarie de las tropas, sino para apostrofar a los «agitadores».

La conducta de los magyares suscitó las más vehementes protestas en todas partes. El pueblo de Eslovaquia fué propuesto a la simpatía mundial por Björnsjerne Björnson. El conde Tolstoi salió también a la defensa de las pequeñas nacionalidades subyugadas por Hungría. En el *Reichsrat* de Viena se hicieron sentir las voces de hombres prestigiosos, como los checos Masaryk y Kramar, acusando a los magyares. El primero llegó a preconizar la necesidad de una concordia entre los checos y los alemanes de Austria para oponerse a la política de Budapest. El orador expresó con perfecta claridad su atrevido pensamiento. «La lucha entre los alemanes y los checos ha de terminar—dijo—a fin de proceder enérgicamente y con éxito contra los magyares.» Kramar no se mostró menos enérgico. «No hay motivo para tener piedad de los magyares —declaró—. Lo que acaba de suceder en Cernova es infame. Yo espero que todo el mundo civilizado dará a entender a los

magyares que ya no pueden enorgullecerse de su liberalismo ni de su carácter caballeresco.»

Donde más simpatías tuvo la causa de los eslovacos fué en Bohemia. El día 2 de noviembre de 1907 se celebró en Praga una gran reunión pública, convocada por los nacionalistas checos, en pro de sus hermanos de Eslovaquia. El principal orador fué el sacerdote Hlinka, quien, ante una multitud inmensa, explicó las persecuciones de que eran víctimas sus compatriotas. A continuación del discurso de Hlinka se hizo una cuestación, recogiéndose más de 2.000 coronas para los huérfanos de las víctimas de Cernova. Además, el Consejo Municipal de la ciudad de Praga tomó el acuerdo de ayudar materialmente a las viudas y a los huérfanos eslovacos.

El día 1.º de diciembre de 1907, el leader de la causa eslovaca, el sacerdote Andreas Hlinka, ingresó en la cárcel para cumplir dos años de prisión impuestos por el delito de «agitación contra los magyares». Antes de ser encarcelado, publicó en un diario eslovaco — el *Ludove Noviny* — una ardiente proclama, de la cual reproduciremos los siguientes párrafos, que expresan las reivindicaciones del nacionalismo eslovacos:

«Yo he dicho al pueblo eslovaeo: Primero: ¿Por qué el Estado no establece escuelas con el eslovaco como lengua de enseñanza? Segundo: luchemos, unidos, para la defensa de nuestra lengua. ¿Por qué nos imponen que en los actos judiciales se use la lengua magyar, siendo así que la ley manda que se use la lengua eslovaca? Tercero. ¿Por qué se nos procesa y condena en magyar, lengua de la cual no entendemos ni una palabra?

» He aquí los pecados terribles a causa de los cuales se me encarcela junto con ladrones y malhechores.

» Adiós, estimados hermanos de patria. Quizás serán éstas mis últimas palabras, mientras esté en manos enemigas. No os dejéis desheredar, después de veros ultrajados y maltratados como si fueseis los esclavos de la patria. No os durmáis, no os dejéis matar. Nuestra nación no está destinada a tener vida efímera. ¡No os desaniméis y reviviréis pronto! »

Estas enardecedoras palabras provocaron un estallido de entusiasmo patriótico entre los eslovacos. Las autoridades húngaras llegaron a prohibir que se hablase en alabanza del preso.

Estos y otros hechos de los magyares dieron ocasión a Björnson para emprender una campaña contra aquéllos. He aquí como hablaba el gran literato noruego:

«Los jefes del grupo magyar, de la aristocracia reinante en Hungría, han indicado pública, clara y francamente, el fin que persiguen: «Destruyamos —dicen— la selección intelectual de los otros pueblos húngaros; así mutilados, los pueblos cederán bien pronto.» Van, pues, a cerrar sus liceos y sus museos; el alta cultura no puede llegar a ellos más que por mediación del magyar. Toda la historia se convierte en una glorificación de sus opresores. Aquellos que ponen su talento y su valor al servicio de su propia lengua y de su propio derecho, son persiguidos. Diputados, autores, oradores populares, sacerdotes, profesores, periodistas, todos son víctimas de lss medidas persecutorias de las autoridades.

» ¿Queréis una prueba del espíritu que anima estas persecuciones? Quiero reproducir lo que un diario gubernamental escribía no hace mucho respecto del eslovaco Hlinka, un hombre que, por su talento y su amor al pueblo, sería una gloria en cualquier otra nación: « *Hay que arrancarle la piel y echarle* » *aceite hirviendo sobre su carne palpitante*» (1).

» Los periódicos de diferentes nacionalidades se ven privados de toda libertad de imprenta por medio de continuos procesos, que acaban con la cárcel o la multa, y estos periódicos desaparecen uno después de otro.

(1) Si el espíritu que revela esta frase bestial estuviese muy extendido entre los magyares, quedaría justificado el nombre de Semi-Asia que los alemanes de Austria dan a Hungría.

»Desde que el Gobierno actual está en el poder (8 de abril de 1906) los defensores del nacionalismo, periodistas la mayor parte, han sufrido un total de diez y ocho años de prisión y han pagado 18.000 coronas de multas. Y estas cifras no son aún completas. Si alguien les ayuda a pagar las multas y es descubierto, se le castiga. Si alguien, hombre o mujer, va al encuentro de los mártires, cuando salen de la cárcel, también se le castiga. Si el desgraciado pueblo consagra un monumento a la memoria de un mártir, se considera el hecho como un caso de rebeldía. Un cordón de tropa rodea el cementerio para impedir la inauguración.

»El partido magyar ha tratado de apoderarse del mayor número posible de niños eslovacos. Hizo votar una ley según la cual los huérfanos o huérfanos a medias (es decir, que tienen padre o madre solamente) y los niños abandonados en cualquier concepto, han de ser enviados a las comarcas propiamente magyares para ser educados allí. Estos niños sufrían horriblemente: muchos murieron, y otros huyeron; las protestas fueron tan grandes que se oyeron en Rusia y en Bohemia, y la ley tuvo que quedar, en parte, inaplicada. Entonces fueron imaginados los «jardines escolares magyares», obligándose a los niños eslovacos a frecuentarlos. Los padres que no envían allí a sus hijos desde la edad de tres años, son multados. Cuando las multas no son pagadas (el gran medio de acción de la rapacidad magyar), la justicia interviene y se producen escenas inicuas» (1).

Tan grande indignación causó a Björnson la conducta de los magyares, que envió al Congreso de la Paz celebrado en Munich una carta llena de noble indignación, declarando que no asistiría al Congreso porque no quería deliberar junto con los pretendidos apóstoles de la paz que en su patria no se ocupaban más que de oprimir a los pueblos que tenían bajo su

(1) De un artículo de Björnsjerne Björnson, publicado, en marzo de 1908, en *Le Courrier Européen.*

yugo; después, dirigiéndose directamente al conde Apponji, entonces ministro, le decía que si se hubiese encontrado con él en el Congreso de la Paz, no habría cejado hasta arrojar de la asamblea al perseguidor y atormentador de los eslovacos de Hungría.

V

Eslovacos y checos.

Según la tesis científicamente establecida por Czambel y que ya hemos citado, Eslovaquia no es una rama de la Bohemia, como los checos pretenden. Su chequización es debida a la influencia de la literatura religiosa medioeval; de manera, que al separarse modernamente de los checos, no ha hecho más que volver a un estado de cosas anterior.

La verdad es que los mismos checos confiesan que los eslovacos forman hoy un grupo separado en la serie de los pueblos eslavos. «No hemos de hacer más — dice Niederle (1) — que reconocer y respetar la individualidad de los eslovacos y desear que sean fieles al sentimiento de la solidaridad y de la unidad moral de su grupo y de la nación checa.»

¿Es quizás el eslovaco un dialecto del checo? Así lo deja entender Niederle. Sin embargo, William Ritter (2), aunque reconoce que la lengua eslovaca y la checa son las dos lenguas eslavas más parecidas y que quienes las hablan se entienden con facilidad usando cada cual su respectivo idioma, afirma que la diferencia que entre ellas resulta es mucho mayor de lo que se dice, viniendo a ser la que hay entre el provenzal y el italiano, y añade que la eslovaca está mucho menos alejada

(1) *La Race Slave,* pág. 133.
(2) *Lettres tchéques.* Núm. del *Mercure de France* de 15 enero 1906.

que la checa de la vieja lengua eslavona, madre común de las lenguas eslavas. Siendo así, no se comprende como sería posible que el eslovaco, que está más cerca del idioma primitivo, se derivase del checo, que está ya más alejado de aquél. Consigna Ritter que la lengua checa fué introducida en Eslovaquia en la Edad Media, como lengua sagrada, entre la parte de población hussita, que se hizo más tarde evangélica. Su uso era exclusivamente eclesiástico. La empleaban especialmente los predicadores. Dice el citado autor que el checo venía a ser en Eslovaquia como la ropa de las fiestas de la lengua nacional.

El eslovaco es un hermoso lenguaje popular. Los que lo conocen lo califican de encantador. «Es inimitable en sus gracias ingenuas y en su hablar pastoral e idílico» (1). En el lenguage de la gente está muy poco unificado. Sus formas dialectales son numerosísimas. Llega a diferenciarse, no ya de valle en valle y de pueblo en pueblo, sino hasta de barrio en barrio de una pequeña ciudad. «De todo lo que llevamos dicho —escribe Ritter (2)— resulta para el escritor eslovaco una gran latitud en la formación de su lengua y de su estilo.» No obstante, el eminente eslovaco S. Czambel compuso una notable gramática del eslovaco literario. Además, los jesuítas de Tyrnau — población llamada «la Roma eslovaca» — establecieron allí un centro editorial, que ha favorecido en gran manera la unificación literaria de la lengua.

Por parte de los checos se han realizado, particularmente en la Eslovaquia occidental, numerosas tentativas de aproximación. Con este fin fundaron la *Cesko slovanska jednota* (Unión checo-eslovaca), que repartía entre los eslovacos libros checos, llevaba a las escuelas de Bohemia niños eslovacos y trabajaba para que los aprendices eslovacos se trasladasen a los talleres checos a perfeccionarse en sus oficios. Confiesa Niederle (3)

(1) Véase obra citada. (2) V. ob. cit.
(3) *La Race Slave*, pág. 131.

que estas tentativas no tuvieron ningún resultado apreciable.

¿Ha sido un bien para el pueblo eslovaco su independencia espiritual respecto de Bohemia? Niederle, que ya sabemos que es checo, con un loable sentido de probidad y de imparcialidad, no se atreve a contestar esta pregunta. «Es ésta una cuestión — dice — que hoy es difícil y prematuro resolver.» René Henry arriesga la apreciación de que los eslovacos no han sabido comprender la fuerza que les habría asegurado la unidad de la lengua checo-eslovaca. «Esta unidad—añade (1)— hubiera podido efectuarse en el momento en que los checos trabajaban en reforjar su lengua literaria. Los eslovacos han creído, al contrario, que fortificarían su individualidad un poco vaga de pueblo sin historia desarrollando su dialecto.»

No llegan, con mucho, los eslovacos al alto nivel de instrucción de los checos; pero son en esto superiores a los polacos y, sobre todo, a los rutenos. La cifra relativa de los que saben leer y escribir es casi del 70 por 100.

La vitalidad nacional no es tampoco tan fuerte en Eslovaquia como en Bohemia. Conservaron los eslovacos intacta la frontera de la nacionalidad, pero dentro de su territorio sufrieron el asalto del magyarismo, que detuvieron en mucha parte, pero no totalmente. En cambio, por el norte ganan terreno a los polacos y por el este a los rusos. Toda la Eslovaquia del este, según Niederle, no es otra cosa que un pedazo de la Rusia eslovaquizada. Este movimiento de asimilación continúa.

En la edición catalana de este libro decíamos sobre el porvenir de Eslovaquia: «Dentro del régimen dualista austro-húngaro, sometida a Hungría, no puede esperar el triunfo de sus reivindicaciones nacionales. Si se fuese al trialismo por la creación de un Estado sud-eslavo dentro del Imperio, tampoco variaría su situación. Sólo la transformación radical de Austria-Hungría — que puede llegar hasta su disgregación — es capaz de cambiarla. Pero ni en este último caso sería segura la

(1) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient*, pág. 29.

constitución de un Estado eslovaco. Con sólo 2.000.000 de habitantes y rodeada por otras nacionalidades numerosas y fuertes, la nacionalidad eslovaca vive en condiciones poco favorables. Quien sabe si los acontecimientos futuros producían nuevamente una aproximación checo-eslovaca.»

Y así ha sido, en efecto. Eslovaquia unida a Bohemia —a la amplia Bohemia nacional, que comprende la Moravia y parte de Silesia — forma el nuevo Estado checo-eslovaco. La denominación misma de éste, prueba que entre esos dos pueblos de una misma raza existe una unión fraternal, en la que los eslovacos no han debido sacrificar ni sus intereses ni su personalidad.

ESLOVENIA

I

Antecedentes.

PERTENECEN los eslovenos a la fracción occidental de los eslavos del mediodía de Europa. En otros tiempos, hacia los comienzos de la Edad Media, se extendían por el territorio comprendido entre el recodo del Danubio y el norte del Adriático, y penetraban hasta las comarcas de los Alpes. De aquel numeroso pueblo, hoy, ya no quedan más que escasos restos, que habitan en el sud del territorio austro-húngaro, limitados al norte y al oeste por Austria, al noroeste por Hungría, al este por Croacia, y al sud por esta misma nación y por el mar Adriático y las comarcas italianas.

Desde el comienzo de su historia, los eslovenos fueron dominados por los ávaros. En el siglo VII (623-658) alcanzaron la libertad. Pero al cabo de un siglo, conquistados por los alemanes, sus caudillos se convirtieron en vasallos de Baviera (745-772). Pronto fueron conquistados por los francos (788) y después por el Friul. «Su país —escribe Niederle (1)— fué invadido por colonias alemanas que trabajaron sistemáticamente por germanizarlo. La Iglesia católica jugó el principal papel en aquella política de germanización. La obra fué llevada a término por la diócesis de Salzburgo y por la de Aquilea. La conversión al cristianismo aprovechó casi siempre a Alemania.»

(1) *La Race Slave*, cap. VI.

Desde el siglo VIII, empujados por el avance germánico, los eslovenos alpinos retrocedieron. Los alemanes habrían continuado su expansión de no haber sobrevenido los magyares, que en 907 vencieron a los ejércitos de Baviera. Entonces los eslovenos pasaron de la dominación alemana a la dominación magyar. Más tarde fueron súbditos de los Habsburgos.

El país étnicamente esloveno de nuestros días engloba casi toda la Carniola, el norte de Istria, Gorizia, la región de Udine en el Friul, el sudeste de la Carintia, el sud de la Estiria y una pequeña parte del este de Hungría. Además, como sucede con casi todas las nacionalidades del centro y del oriente de Europa, tiene numerosas islas enclavadas en el territorio de otros pueblos. En cambio, en el territorio esloveno hay grupos de otras nacionalidades, principalmente grupos alemanes. El grupo alemán de Gottschee, en la Carniola, es muy extenso y comprende un considerable número de localidades. La cifra total de la población eslovena de Austria-Hungría era de 1.300.000 almas, de la cual pertenecían al Austria 1.200.000 y 100.000 a la Hungría. Su base territorial es la Carniola, ocupada totalmente por los eslovenos, fuera del ya citado grupo de Gottschee.

Según Niederle, los eslovenos, en cuanto a instrucción, están por encima de los polacos, los rusos y los serbo-croatas. Entre ellos, la cifra relativa de los analfabetos no pasa del 24 por 100.

La natalidad de los eslovenos es muy baja. En religión, son absolutamente católicos. Las estadísticas fijan el número de católicos en 99,91 por 100.

Es la agricultura la principal ocupación de los eslovenos. Más de un 75 por 100 de la población total se dedica a las faenas del campo.

II

La situación de la nacionalidad eslovena.

Étnicamente, la nacionalidad eslovena está amenazada en sus fronteras, las cuales van retrocediendo, sobre todo la del norte, donde ganan terreno los alemanes, y la del este, donde ganan terreno los húngaros. En la Carintia y en la Estiria el número de eslovenos ha bajado mucho en las últimas décadas. En 1890 había 101.050 eslovenos; en 1900, sólo 94.495.

En cuanto a la Estiria, he aquí la modificación que en los últimos cincuenta años del siglo pasado se produjo:

	1850	1900
Alemanes	643.194	902.343
Eslovenos	363.750	409.520

Tenemos, pues, que en medio siglo el número de alemanes ha aumentado el 40,5 por 100, y el de los eslovenos sólo ha aumentado el 12,5. El considerable descenso relativo del número de eslovenos lo demuestran con gráfica claridad las cifras siguientes: en 1851 formaban el 6,10 por 100 del total de la población de Austria; en 1857, el 6,01; en 1880, el 5,23; en 1890, el 501, en 1900, el 4,56. En Hungría, los eslovenos son —o eran— rápidamente magyarizados (1).

La cifra absoluta de los eslovenos, que hemos dado ya, no ha aumentado casi en las últimas décadas. Está detenido, pues, el crecimiento de la población eslovena. A este fenómeno contribuyen a la vez el bajo nivel de la natalidad, la des-

(1) L. NIEDERLE: Obra citada, cap. VI. Este autor hace algunas reservas respecto a la exactitud de esas estadísticas, que son las oficiales de Austria, pero reconoce el retroceso esloveno.

nacionalización y la emigración. Así y todo, Niederle escribía (1): «Por poco numerosos que sean, los eslovenos no han de temer la pérdida de su nacionalidad, pues tienen una provincia entera: la Carniola; les basta con que consigan reforzar la conciencia nacional y desarrollar la instrucción pública. Su situación política es importantísima para la raza eslava; ellos son los que impiden a los alemanes formar un territorio continuo del Adriático al mar del Norte».

La lengua eslovena se parece mucho a la serbo-croata. Eslovenos y croatas se entienden hablando cada cual en su lenguaje. Unos y otros son católicos. Sus territorios son vecinos. Aventuraba René Henry (2) la afirmación de que la evolución histórica y social tiende a hacer de los eslovenos y los croatas un solo grupo étnico. «Los eslovenos, careciendo de historia nacional y, por consiguiente, no sosteniendo ningún «derecho de Estado»», pueden adaptarse facilmente al grupo croata». Pero agregaba que era ésta una evolución no terminada todavía, susceptible de ser dificultada por hechos nuevos.

Sometidos desde muchos siglos atrás a los alemanes y súbditos de los Habsburgos desde el siglo XIII, los eslovenos casi no tienen historia propia (3). Tienen todavía menos que los eslovacos. En el siglo pasado, sin embargo, nació en ellos el sentimiento patriótico. Su centro nacional estuvo en la provincia de Carniola, con la ciudad de Lubliana (4) por capital.

Fué Napoleón quien promovió el renacimiento nacional de Eslovenia y de Croacia. La resurrección de las viejas nacionalidades dormidas estaba en los planes de Bonaparte. Así agrupó bajo el nombre de Provincias Ilíricas, la Istria, la Dalmacia, el Friul, la Carniola y la Croacia. Las provincias ilíricas comprendían, pues, a los eslovenos y a parte de los serbo-croatas.

(1) *Ibidem.*
(2) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient.*
(3) *Ibidem:* pág. 32.
(4) Laybach, en alemán.

Una buena parte de los habitantes de estas provincias acogió con entusiasmo la constitución de la Iliria. Un clérigo esloveno, Vodnik, en un oda que se hizo popular en aquellas provincias, cantaba:

Napoleón ha dicho: «Despierta, Iliria».
La Iliria despierta y suspira:
«¿Quién me llama a la luz?
¡Oh, gran héroe! Eres tú quién me despierta.
Tú me das tu mano poderosa, tú me levantas.»

La Iliria cayó al hundirse el poder napoleónico. Por los tratados de 1814 y 1815, las provincias ilíricas volvieron al dominio de Austria. El nacionalismo ilirio fué combatido cruelmente por Metternich. El poeta Vodnik, a quien las autoridades austriacas perseguían sin piedad, murió en la miseria (1). Pero el renacimiento ya había germinado.

Existen dos partidos eslovenos: el liberal y el católico; ambos tienen representantes en el Reichsrath. Antes de la gran guerra, nunca manifestaron tendencias separatistas. Sus diputados entraban a menudo en inteligencias con los croatas y los checos.

III

Eslovenos e italianos. El Estado yugo-eslavo. (2)

Al mediodía, sobre la costa adriática, los eslovenos y las poblaciones italianas sometidas a Austria se hallaban en contacto. En la parte de este libro relativa a Trieste y al Trentino (3), dedicamos a las relaciones, no muy amistosas, entre

(1) *L'Irredenta.* Artículo publicado en *La Revue,* de París, 1.° marzo 1910.
(2) Yugo, en eslavo, significa sud.
(3) Pág. 253 y siguientes.

los italianos y los eslovenos, la atención debida. Los eslovenos, como los croatas, alentados en algunas ocasiones por el gobierno de Viena, han buscado su expansión hacia el Adriático, a costa de los italianos de aquellas regiones. Por eso los italianos no hablan muy bien de ellos. «Las colinas de las cercanías de Trieste—escribe Tullio Giusti (1)—están pobladas por esta raza primitiva (la eslovena), sin cultura, de lenguaje grosero, mezcla de croata, de alemán y de italiano. Devotísimos de la Iglesia y de la dinastía, no escuchando más que la voz de un fanatismo salvaje, eran los eslovenos la gente más indicada para seguir al gobierno en el camino que abría a sus apetitos».

Exteriorizada, con frecuencia la hostilidad italo-eslovena, manifestóse nuevamente con ocasión de la campaña de los italianos de Austria para conseguir una Facultad de Derecho propia. Querían los italianos que la Facultad se estableciese en Trieste; los eslovenos se opusieron, alegando que ni Trieste ni la población del litoral son simplemente italianas; para ellos, el litoral es territorio eslavo. Señalaban el Trentino como una región a propósito para crear en ella la Facultad italiana.

Pero cualquier solución, total o parcialmente favorable a las peticiones de los italianos, era en realidad mirada hostilmente por los eslovenos, pues ellos también pedían una Universidad propia y no se les concedía. Tiempo atrás habíase instituído cátedras eslovenas en la Universidad checa de Praga, pero se suprimieron después. Las reivindicaciones de los eslovenos y de los croatas de Austria en este punto, eran las siguientes: 1. Validez en Austria de los estudios universitarios de los eslovenos y croatas hechos en la Universidad de Zagreb (Croacia). 2. Creación, por de pronto, de cátedras eslovenas en Praga. 3. Creación de una Universidad eslovena en Lubliana.

«Todo el porvenir de los eslovenos—escribíamos en la edición catalana—se presenta hoy vinculado a la solución que tenga la cuestión yugo-eslava. Si prevaleciese la solución trialista austro-húngara, los eslovenos y los serbo-croatas del sud del Austria-Hungría constituirían el nuevo Estado habsburgués. Si el Austria llegase a disgregarse, probablemente formarían parte de un gran Estado serbo-croata independiente, cuyo núcleo sería el reino de Serbia.

(1) *L'Irredenta.* Artículo publicado en *La Revue,* 1.° marzo 1910.

»Los eslovenos son partidarios del trialismo, es decir, de la creación de un Estado sud-eslavo en el Imperio, al lado del Estado austríaco y del Estado húngaro. La guerra de los Balcanes ha dado mayor fuerza a sus anhelos. El leader esloveno Sustersic, diputado en el Reichsrat y alcalde de Lubliana, habló en estos términos significativos:

«Como consecuencia de la guerra de los Balkanes, la cuestión yugo-eslava se ha convertido en una cuestión europea. Esta cuestión preocupa sobre todo a Austria porque es el Estado que contiene más yugo-eslavos. Es imposible encontrar una solución satisfactoria a esta cuestión, mientras subsista el dualismo, sistema gracias al cual un tercio solamente del Estado oprime a los otros dos tercios. El dualismo ha paralizado completamente a Austria-Hungría en su política balcánica. En vez de ser libertados por Austria-Hungría, los yugo-eslavos se han libertado a sí mismos. El *statu quo,* que representaba todo el sentido de la monarquía dualista, ha recibido un golpe mortal. Ahora los esclavos del sud se levantan orgullosos y llenos de confianza en sí mismos. La diplomacia ha sufrido una verdadera derrota y ningún Gobierno ni Parlamento alguno pueden detener la marcha victoriosa de los eslavos del sud, cuyo porvenir se muestra bajo un feliz aspecto. Las altas esferas de la monarquía deberán reconocer que han llegado los tiempos en que el Estado, libre de las cadenas del dualismo, ha de asentarse sobre una base nueva, y ésto por el interés mismo del Estado que está llamado a convertirse en una gran potencia sobre el Danubio y el Adriá-

tico, si sabe sacar su fuerza del amor de todos sus pueblos. Ninguna potencia puede ser, sin el mar, una gran potencia. Y todo el territorio que baña el Adriático es eslavo.»

En labios de un político circunspecto como Sustersic, este lenguaje resultaba amenazador. Indicaba que los eslovenos, hasta hace poco incondicionales súbditos de la casa de Habsburgo, comenzaban a sentir inquietudes nuevas. La voz de la raza hablaba en ellos más fuerte que antes.

No ha sido, pues, una sorpresa para quienes conocían la evolución de los sentimientos en Eslovenia, la unión de ésta al nuevo Estado sud-eslavo, que ha tomado el nombre de Reino Unido de los serbios, los croatas y los eslovenos.

TRIESTE Y EL TRENTINO

I

Antecedentes.

FORMABAN la Italia irredenta los países de lengua italiana no incorporados al reino de Italia. Según *L'Idea Nazionale*, que se titula órgano del nacionalismo italiano, los países irredentos eran el Trentino, Trieste, Istria, Fiume, Dalmacia, Túnez, la isla de Malta, Niza, el cantón suizo del Tessino y la isla de Córcega; también incluía en la lista la Tripolitania, ya «redimida»... Pero las manifestaciones efectivas del irredentismo se han referido casi siempre a los territorios italianos de Austria-Hungría.

Trieste, gran puerto sobre el Adriático, era el principal núcleo italiano de Austria; en el litoral adriático, los italianos se extienden, además, por la Istria, el Friul y la Dalmacia, mezclados con los croatas y los eslovenos; esta región, parcialmente italiana, es la llamada Región Julia. La otra región que formaba el más importante territorio de la Irredenta era el Trentino, al sud del Tirol austriaco.

Fué la ciudad de Trieste una colonia romana; con Venecia e Istria, formaba la décima región itálica. Los bárbaros la conquistaron, y algunos siglos después se instalaron los eslavos en los alrededores (año 790), a pesar de la revuelta de los indígenas, que fueron vencidos y eslavizados.

Al comenzar la Edad media, habíase convertido Trieste en una ciudad libre, cuya autonomía fué reconocida por la paz de Constanza. Luchó contra los venecianos en el siglo XIV, y en 1382 se dió libremente al emperador Leopoldo de Austria, creyendo así poder conservar sus libertades, que el soberano juró. No fué cumplido, sin embargo, el juramento; y tan pronto aquél fué señor de la ciudad, substituyó el cargo de *podestá* (alcalde) por el de *capitano cesareo* (una especie de delegado imperial).

Durante siglos, arrastró Trieste una vida mísera y opaca. Las guerras y las pestes la despoblaron. A 6.000 habitantes quedó reducida en 1740. No tenía más de 30.000 cuando entró en ella Napoleón. Poco después de la batalla de Leipzig (1813) volvió a caer en poder de Austria. Y al Austria continuó sometida hasta el derrumbamiento del Imperio (1918).

El Trentino formó antiguamente el obispado de Trento, que si de nombre estaba incluído en el Imperio germánico, de hecho era libre. Fué en el año 1815 cuando la región trentina quedó anexionada a Austria y unida al Tirol.

Es de notar que ni el Trentino ni Trieste con la región Julia, han formado parte de Italia, ni en la Edad media, ni en la moderna, ni en la contemporánea. La italianidad de aquellas tierras viene de la sangre y de la lengua de sus habitantes.

II

Cómo nació el movimiento nacionalista. Los provechos económicos y el ideal nacional.

El siglo XIX fué de una gran prosperidad económica para Trieste, y los triestinos aceptaron de buen grado la dominación austriaca. «El pueblo —dice un escritor italiano (1)— estaba orgulloso de su riqueza, si no lo podía estar de sus libertades».

(1) TULLIO GIUSTI: *L'Irredenta.*

Era también muy próspera la situación económica del Trentino, cuya principal fuente de riqueza es la agricultura. Viena derramaba todos sus beneficios sobre Trieste (1). Los aranceles de Aduanas austriacos favorecieron extraordinariamente a los agricultores trentinos. Con sus favores económicos, Austria esperaba ahogar las reivindicaciones políticas de Trieste y el Trentino. Haciendo ricos a sus habitantes, creía atraérselos y desvanecer en ellos la añoranza de la *italianitá.*

No lo consiguió. Si en otros tiempos la ciudad de Trieste había merecido del emperador austriaco el título de fidelísima, las luchas que precedieron a la unidad italiana despertaron los sentimientos nacionales de los triestinos. El movimieto nacionalista fué, en sus comienzos, cosa de intelectuales, que publicaron el periodico literario *La Favilla (La Chispa)*, el cual contribuyó considerablemente al renacimiento patriótico.

La revolución de 1848 repercutió en Trieste. Muchos patriotas creyeron llegada la hora del triunfo; pero los desastres italianos desvanecieron aquella ilusión. Por su parte, Austria persistió en su política de concesiones, y en 1850 concedió a la ciudad una constitución autonómica *(Statuto cívico)*, según la cual podía elegir sus administradores y darse, con la venia del emperador, las leyes relativas al régimen particular de la comarca. La autonomía apaciguó temporalmente los espíritus; pero estos se amotinaron nuevamente al estallar la guerra franco-austriaca de 1859. Los triestinos esperaban que también ellos serían emancipados del poder de Austria. La paz de Villafranca les causó una nueva decepción.

El fuego nacionalista, no obstante, llameaba ya, y se extendió por Istria y Friul, por las islas del Quarnero: por toda la Región Julia. «Un día el Gobierno austriaco —dice T. Giusti (2)— se encontró ante un partido qne ya no quería saber nada de los *tedeschi* (austro-alemanes), ni del *tedescho* (lengua alemana).

(1) Ibidem.
(2) Obra citada.

Los italianos, dueños en su propia casa: tal era el lema; la conservación de la nacionalidad, costase lo que costase: tal era el programa». El partido liberal-nacional fortalecióse pronto de una manera formidable. En 1861 envió, por vez primera, representantes a la Corporación municipal, y en 1869 conquistó en ella la mayoría.

III

Los eslovenos y los croatas contra los italianos. El irredentismo. Ejecución de Oberdan.

Alarmados los gobernantes de Viena por el incremento amenazador que el nacionalismo italiano tomaba, acudieron a su recurso favorito en los conflictos nacionales: suscitar la rivalidad y la lucha entre los diversos elementos étnicos del Imperio. Y estalló el odio entre los eslovenos y croatas, de una parte, y los italianos de la región Julia, de otra. Austria se sirvió de los primeros contra los últimos.

Alrededor de Trieste hay algunos villorrios eslovenos, situados en las colinas que rodean la ciudad. Empujados por Viena, los eslovenos se propusieron conquistar Trieste y la costa adriática para su raza. El Gobierno organizó en Trieste una guardia formada por eslovenos. Entre esta guardia y los triestinos se produjo, el año 1868, una colisión que regó de sangre las calles de la ciudad.

No se asustaron, sin embargo, los triestinos. La brutal represión les dió todavía más fuerza. Y así el año 1869 el partido liberal-nacional ganó las elecciones municipales. Desde entonces, los desórdenes estallaron a menudo. La muerte del rey Victor-Manuel dió ocasión a violentas escenas de desorden y de represión. Los triestinos organizaron grandes manifestaciones de duelo, que la policía brutalmente quiso disolver.

Mientras tanto, en el mediodía de Austria la actividad de croatas y eslovenos aumentaba. La ocupación de la Bosnia por Austria habíales enardecido con la esperanza de constituir dentro del Imperio un gran Estado sud-eslavo, en el cual entrarían la Bosnia, la Croacia-Eslavonia y los territorios eslovenos del mediodía austriaco. Era el proyecto del trialismo que había de sustituir al dualismo austro-húngaro.

Impelidos por este ideal, eslovenos y croatas trabajaron impetuosamente para eslavizar las regiones meridionales del Austria, entre ellas la región Julia, donde procuraron vencer a los italianos. En Dalmacia los croatas consiguieron grandes ventajas, ganando a los italianos territorios y pueblos. No faltaron en esta lucha episodios de violencia y de sangre.

La persecución de que eran víctimas lanzó a los triestinos a la conspiración. Decidieron oponerse a la eslavización por todos los medios. El crecimiento urbano de Trieste, que aumentaba rápidamente el número de sus habitantes, italianos casi todos, favorecía la resistencia. A 150.000 almas llegó en 1880, en cuya cifra sólo se contaban 26.000 eslovenos, la casi totalidad de ellos moradores de los suburbios.

El año 1882, el Gobierno austriaco quiso conmemorar el quinto centenario de la sumisión voluntaria de Trieste al Austria con grandes fiestas, en cuyo programa figuraba una Exposición, diversas manifestaciones de adhesión al Imperio y la erección de un monumento. Vieron los triestinos en estas fiestas una provocación intolerable. Y el irredentismo tomó un carácter francamente sedicioso.

Un joven triestino, Guillermo Oberdan, que había ido a Roma para estudiar en aquella Universidad, exasperado su misticismo patriótico por la organización de aquellas fiestas, concibió la idea de atentar contra la vida del emperador de Austria. Secundado por algunos compañeros y compatriotas, tramó un complot, fabricó bombas explosivas y se dirigió a

Trieste. Durante la estancia de Oberdan en la ciudad, una bomba, lanzada desde el tejado de una casa, cayó en medio de una manifestación de *veterani* que en aquel momento pasaba por el Corso y mató a cinco personas. Produjo el hecho extraordinaria sensación. La policía no pudo descubrir al autor. Días después, Oberdan fué detenido en Ronchi (Friul), y dentro de su maleta se encontraron algunas bombas. Entregado el joven estudiante—ilegalmente, según muchos—al tribunal militar de Trieste, negó rotundamente haber arrojado la bomba que en una calle de la ciudad había hecho explosión; pero declaró con firme audacia, que se proponía atentar contra la vida de Francisco José cuando el emperador llegase a Trieste. Oberdan fué condenado a muerte. Causó la condena una emoción extraordinaria y una violenta indignación en los italianos de la *Irredenta* y en toda Italia. La pena no era realmente justa. Ninguna prueba, ningún indicio concreto había de que Oberdan hubiese arrojado la bomba; además, un hombre como él, que declaró espontáneamente su propósito de matar a Francisco-José, a haber sido el autor de la explosión del Corso no lo habría negado. El misticismo y la sinceridad de aquel joven resultaban incompatibles con la mentira. Y la mera intención de cometer contra el emperador un atentado no realizado, tampoco era motivo, según las leyes del país, para condenarlo a la pena de muerte. En favor del condenado se produjo un gran movimiento internacional. Victor Hugo envió un telegrama a Francisco José, suplicándole indultase a Oberdan. Las damas de Trieste dirigieron un mensaje pidiendo gracia a la corte austriaca. Un triestino, miembro del Senado, hombre muy considerado entre los elementos palatinos, fué a solicitar el indulto, arrojándose a los pies del emperador. Todo fué inútil. Guillermo Oberdan fué ahorcado el día 20 de diciembre de 1882, dentro del cuartel de infantería de Trieste. Su muerte fué la de un héroe. Escupió sobre el uniforme austriaco y su último grito fué *Viva l'Italia!*

La ira que la ejecución causó fué inmensa. Por las calles de las ciudades italianas desfilaron tumultuosas manifestaciones. Celebróse gran número de mitines de protesta. Los estudiantes de la Universidad de Roma intentaron asaltar la embajada austriaca. Giosué Carducci escribió violentísimos ataques al emperador de Austria; en los muros de la Universidad de Bolonia se gravó el epígrafe dedicado por el poeta a Oberdan. Entre tanto, una despiadada represión aterrorizaba a Trieste, donde los encarcelamientos no cesaban. La Exposición fracasó. Francisco José juró que no volvería a poner los pies en Trieste durante el resto de su vida. Como hace notar Tullio Giusti, Guillermo Oberdan había conseguido lo que se proponía: que Europa se fijase en la cuestión de la *Irredenta.*

El irredentismo, desde entonces, tomó proporciones amenazadoras. En todas las poblaciones de las comarcas italianas sometidas a Austria fundábanse las asociaciones nacionalistas «Trento y Trieste». Los emigrados convirtieron la Italia del norte en un campo de agitación, cuyo centro era la población de Udine. En Milán, los triestinos fugitivos publicaron un periódico de propaganda, *L'Eco de l'Alpe Giulia.* Un poeta triestino, Picciola, cantó la muerte de Oberdan, y Carducci escribió su bellísima oda *Saluto italico.*

A pesar de los rigores persecutorios, en Trieste crecía el irredentismo. Las sociedades secretas funcionaban activamente. En los banquetes celebrados para conmemorar el aniversario del emperador, aparecían encima de la mesa proclamas irredentistas. Una bandera austriaca, izada en el balcón del gobernador, fué quemada con ácido sulfúrico. Una sociedad de obreros dinásticos se disponía a inaugurar una bandera, y ésta desapareció misteriosamente una hora antes de celebrarse la ceremonia. El poeta republicano Felice Cavalloti, que había ido a Trieste, fué expulsado por las autoridades. Prohibióse la representación del *Hernani,* de Verdi, porque cuando el coro cantaba *Siamo tutti una sola familia,* el público es-

tallaba en delirantes manifestaciones de entusiasmo. Sucedía a menudo que, en la madrugada, los colores de la bandera italiana aparecían pintados en las paredes de los edificios oficiales. De los archivos del tribunal militar de Trieste desaparecieron los autos del proceso contra Oberdan, que fueron a parar a Roma. Durante algún tiempo, no cesaron de estallar bombas. Una de ellas estalló dentro de la papelera del director de policía; otra, en la redacción del periódico oficial *L'Osservatore triestino*.

IV

Las victorias del partido liberal-nacionalista. Nuevas persecuciones.

Por toda la región Julia se extendió la agitación de Trieste. El partido liberal-nacionalista, que había reunido a casi todos los italianos de aquellas comarcas, se organizaba rápidamente y conquistaba numerosos municipios en la Istria, en la Dalmacia, en el Friul austriaco. El Gobierno de Viena redobló sus esfuerzos para sostener a los croatas, a los eslovenos y al partido clerical antisemita contra los italianos.

En 1893, los liberales nacionalistas, que desde el proceso de Oberdan el Gobierno había arrojado del Ayuntamiento de Trieste, tuvieron nuevamente mayoría absoluta El Ayuntamiento fué disuelto. En 1897, toda la corporación estaba formada por miembros del partido liberal-nacional, salvo los seis eslovenos elegidos por los suburbios. También el Gobierno austríaco procedió a su disolución. Ningún ayuntamiento llegaba al término de su vida legal. Las autoridades austríacas aplazaban indefinidamente la aprobación de los presupuestos comunales y la sanción de las leyes votadas por la Dieta o Corporación provincial.

El irredentismo no cejó, y las persecuciones se acentuaron. Continuamente eran disueltas asociaciones italianas, entre ellas la *Societa gimnastica* y la *Giovine Trieste*. La primera fué objeto de un proceso, que sirvió de pretexto a numerosos encarcelamientos, por haberse encontrado tres bombas debajo del piso de su local; más tarde quedó probado que un agente provocador salido de la policía había propuesto a algunos socios la realización de un atentado; y los inculpados no fueron condenados más que a algunos meses de arresto. El delator, que se había refugiado en Udine y había de ser juzgado por un tribunal de honor, se suicidó.

La exhibición de los colores de la bandera italiana y los gritos de *Viva l'Italia!* eran castigados severamente. Sometida a una censura rigorosísima, la prensa perdió toda libertad (1).

Cuando, en 1898, el italiano Lucheni mató, en Ginebra, a la emperatriz Isabel de Austria, produjéronse en las calles de Trieste manifestaciones tumultuosas del populacho, protegidas y promovidas por la policía; los cafés fueron asaltados; las mujeres y los niños fueron maltratados, y a tiros de revólver las asociaciones italianas tuvieron que hacer retroceder a los asaltantes. La ciudad atravesó unas horas de verdadero terror. Siempre castigados y nunca sometidos, los triestinos aprovecharon la Exposición de Udine de 1903 para rendir homenaje al rey Victor Manuel III y a la reina Elena, quién recibió una comisión de damas triestinas. En aquella ocasión el entusiasmo fué inmenso. En la plaza de la ciudad fué quemada una bandera austríaca. Estallaron en Trieste nuevos desórdenes que motivaron numerosos procesos, registros y encarcelamientos. Poco después, con ocasión de una entrevista celebrada en Venecia por los ministros de Negocios extranjeros de Italia y Austria, Tittoni y Goluchowski, mientras se hallaban reunidos los dos personajes en una sala del hotel, re-

(1) Tullio Giusti cita el caso de periódicos a los cuales la censura austríaca suprimió todos los escritos, menos el título y el nombre del gerente.

cibieron sendas cartas, en las que los irredentistas les recordaban la cuestión de Trieste y el Trentino.

Un distinguido escritor italiano resumía en la siguiente forma la política del Gobierno de Viena respecto a la región Julia: 1. No conceder ni una sola escuela a los italianos y abrir muchas para los eslovenos y los croatas. 2. Destinar todos los empleados públicos italianos a las provincias alemanas o eslavas del Imperio, y reemplazarlos en las regiones italianas por empleados eslavos o alemanes, los cuales ignoran casi todos la lengua del país. 3. Arrebatar el comercio, la industria y la navegación de manos de los italianos para darlos a los eslavos y a los alemanes. 4. Colonizar la región con eslavos y favorecer la organización política de éstos. 5. Crear una ley electoral capciosa para entregar la administración de los municipios a los eslavos, a los alemanes y a los socialistas (1).

Ateniéndose a esta política, el Gobierno estableció en Trieste una ley electoral complicadisima, que concedía el voto a todos los súbditos austríacos que viviesen en la ciudad.

Muchos irredentistas acusaban al partido socialista de aquellas comarcas de ayudar a la obra del Gobierno de Viena. La actitud de los socialistas triestinos motivó algunos incidentes entre éstos y los socialistas italianos. Por otra parte, los irredentistas acusaban a las autoridades austríacas de servirse contra ellos de la chusma de la ciudad para practicar la delación y el chantage y de subvencionar la publicación de libelos infamantes destinados a deshonrar a los liberales-nacionalistas y a sus familias.

No fué tan violenta la lucha en el Trentino. Allí el irredentismo tuvo hasta hace poco escasos partidarios. Los trentinos, más que a su secesión del Austria y consecutiva unión a Italia, aspiraban a la salvaguardia de su carácter y al desarrollo de sus intereses espirituales y materiales dentro de un régimen de plena autonomía. El Trentino, autónomo, hubiera vivido a su gusto dentro del Austria, como vive el Tessino dentro de Suiza. Esto no quiere decir que si libremente hubiera podido escoger, no hubiese optado por formar parte de Italia. Los trentinos se quejaban especialmente de que, en vez de tener derechos iguales a los de las otras provincias de Austria y de formar una entidad política propia, estuviesen anexionados al Tirol austríaco, dentro del cual coustituían una minoría, a merced siempre de la mayoría alemana. En la Dieta de Innsbrück, capital del Tirol, eran siempre los alemanes los que imponían su voluntad.

(1) T. GIUSTI: Obra citada.

V

La defensa de la nacionalidad. La lengua, campo de lucha. La Lega Nazionale.

En el Trentino, los naturales del país se hallaban en contacto con los elementos germánicos; en la región Julia, con los elementos eslavos. Los trentinos tenían que defenderse contra el peligro de la germanización; los triestinos, contra el de la eslavización. Hay que decir que, en el Trentino sobre todo, los procedimientos con que se intentó la desnacionalización no eran tan brutales, tan violentos como los usados por Prusia y Rusia en Polonia. Oficialmente, el Gobierno austriaco no intervenía en los esfuerzos germanizadores que en el Trentino se realizaban; este trabajo lo habían emprendido asociaciones particulares, especialmente el *Südmark* y el *Volksbund*.

Como sucede en casi todos los pleitos nacionalistas, se hizo de la lengua el principal campo de lucha. En la región trentina, los germanistas pretendían extender el idioma alemán, porque, según ellos, mientras sus habitantes hablasen italiano, no podían ser buenos súbditos del Austria.

Los trentinos defendían con empeño extraordinario la lengua italiana. Hablan vulgarmente diversos dialectos románicos parecidos a los de Venecia, Lombardía y Friul; pero usan como lengua literaria el italiano. Para fortalecer a éste, procuran hacerle ganar terreno sobre los dialectos vulgares. Y hoy puede notarse el hecho de que el *patois* es mucho menos usado en el Trentino que en las provincias limítrofes de Italia. Austria había reconocido al Trentino el uso oficial de la lengua italiana, la cual era empleada en las escuelas del Estado; en los frontispicios púsose la inscripción *Scuola Popolare*. Otros edificios públicos también ostentaban las respectivas inscripciones en lengua italiana. En italiano se redactaban las actas de las corporaciones públicas. En el ejército, el alemán era la lengua oficial; pero prácticamente se había establecido un régimen bilingüe. Las inscripciones de los edificios militares estaban redactados en ambas lenguas. Si alguna vez se infringía esta costumbre, los trentinos protestaban enérgicamente.

En 1910, en un edificio utilizado como cuartel, no apareció más que la inscripción alemana *Marodenhaus 3 bataillon*. El periódico *Alto Adige* protestaba así: «¿En qué país vivimos? Las inscripciones están hechas para que las entienda el público, al cual no se le puede pedir el conocimiento de una lengua exranjera; no se nos puede tildar de intransigentes si pedimos que sean traducidas al idioma del país, que es, gracias a Dios, exclusivamente italiano.»

En esta cuestión de la lengua, los italianos del Trentino y de Trieste han demostrado una vivísima susceptibidad. Es curioso un caso sucedido años atrás en Trieste. Dos muchachas entraron en un estanco a comprar sellos; pidieron, en italiano, *francobolli*. La estanquera, que era alemana, contestó —hablando italiano—que no tenía *francobolli*, que lo único que tenía eran *marke* (es decir, sellos, en alemán). Al día siguiente el periódico *Il Piccolo* relató el caso, comentándolo vivamente. Al cabo de una hora de publicado el periódico, centenares de

triestinos se presentaron frente al estanco de la alemana, pidiendo a grandes gritos *francobolli! francobolli!* La estanquera vendió todos los sellos en pocos momentos, el gentío invadió el estanco, la policía acudió y la tienda, aquel día, tuvo que cerrarse.

Otro agente de desnacionalización en todas las nacionalidades en lucha es la inmigración. La inmigración alemana en el Trentino no ha sido tan considerable como la inmigración eslava en la región Julia. El contingente más importante de inmigrados alemanes en el Trentino lo aportaba el turismo. Creadas casi todas por los austríacos y frecuentadas principalmente por ellos, las estaciones invernales y estivales de aquellas comarcas eran focos de germanismo. No obstante, «los inmigrados alemanes—escribe Albert Dauzat (1)—están lejos de presentar la actitud altiva de las asociaciones pangermanistas. Hablan voluntariamente el italiano y procuran mezclarse con los indígenas, declarando que ellos no hacen política y que sus simpatías son iguales para los italianos que para los alemanes. Con todo, hay una especie de separación, y los habitantes, como el comercio, están divididos en dos campos bien delimitados: casas alemanas con clientela alemana (y también inglesa); casas italianas con clientela italiana y local. Según vayáis aquí o allá, sois clasificado en seguida. Hasta los vendedores de periódicos tienen su opinión política: inútilmente pediríais los diarios de Viena, de Innsbrück o de Berlín al que tenga diarios del Trentino o de Italia, y viceversa. No hay más excepción que la de los estancos».

Contra todos los ataques de que en su nacionalidad eran objeto, el gran órgano de defensa y de acción de los italianos de los *paesi irredenti* ha sido la *Lega Nazionale* (Liga Nacional). La creación y el funcionamiento de esta Liga es un timbre de gloria para aquellos patriotas, que han dado pruebas espléndidas de entusiasmo, de generosidad, de espíritu de sa-

(1) *L'Alsace-Lorraine de l'Italie*. Número de la *Revue*, 15 setiembre 1909.

crificio. En pocos movimientos nacionalistas hase visto una cosa igual.

La Lega Nazionale, hija y heredera de la asociación Pro-Patria, disuelta en 1890, tiene por principal fin la conservación y la difusión de la lengua italiana en las regiones que estaban sometidas al Austria. Está dividida en tres secciones: trentina, adriática y dálmata; contaba, antes de la guerra, unos 180 grupos y unos 18.000 asociados, que pagaban una cuota mínima anual de 1 corona. Además, se celebran muy a menudo fiestas y actos encaminados a proporcionar dinero a la Lega. La largueza de los italianos de la *Irredenta* es digna de las más altas alabanzas. La ciudad de Trieste, en 1908, dió 112.000 coronas, y en 1909, 123.000. En la ciudad de Zara, donde no hay más que 10.000 italianos, en 1909 se recogieron 53.443 coronas, o sea, más de cinco por persona; una sola fiesta produjo 12.000 coronas. Los mil italianos de Ragusa, en otra fiesta dieron 8.000 coronas. Algunos centenares que habitan Traú reunieron 4.000. Los alumnos italianos del Gimnasio del Estado en Trieste (una institución alemana) daban anualmente cerca de 1.000 coronas. Un muchacho de diez años, al morir, legó todos sus ahorros —1.000 coronas— a la Liga Nacional. Enrico Corradini cuenta que hallándose en el domicilio social de ésta en Trieste, se presentaron quejosos unos obreros, preguntando por qué no se les habia pasado a cobrar su cuota (1).

En conjunto, la Liga reunía cada año más de 300.000 coronas. Y hay que tener presente que los italianos de la ex Austria no son más que unos 800.000.

Con estos abundantes recursos, la Liga ha podido desplegar una fecunda acción. Por todas aquellas comarcas ha fundado escuelas y bibliotecas italianas. Entre unas y otras, ha creado cerca de 300.

La Liga hase dedicado especialmente a ayudar a los municipios pequeños y pobres en la creación de instituciones italianas.

(1) Artículo publicado el año 1910 en *Il Marzocco*, de Florencia.

Por su parte, el municipio de Trieste gasta en escuelas, anualmente, tres millones, o sea la cuarta parte de sus ingresos (1). En la región Julia, el gobierno de Viena no pagaba más que las escuelas alemanas, eslovenas y croatas.

El socialismo tiene una fuerza considerable en los países italianos que formaban parte del Austria. En el Reichsrat tenían asiento diversos diputados socialistas italianos que defendían generalmente las reivindicaciones nacionalistas italianas, como sucedió en la cuestión de la Facultad de Derecho de Trieste.

En el Trentino es mucho más fuerte el partido católico, el cual poseía la mayoría de los puestos parlamentarios de aquella región.

Todos los escritores y políticos que han estudiado el movimiento italianista de Trieste y el Trentino se muestran admirados de la solidaridad nacional existente entre los italianos de aquellas comarcas, especialmente en la región Julia. Un ataque inferido a los italianos de un municipio cualquiera levantaba vehementes y generales protestas; de todas partes los perjudicados recibían ayuda y adhesión. Todas las asociaciones de aquel país —económicas, benéficas, culturales, artísticas y, sobre todo, deportivas— eran hogares de patriotismo, fortalezas de la *italianità*. En tiempos del régimen austriaco, hasta al comprar cajas de cerillas hacían los italianos obra patriótica: compraban todos cajas de la Lega Nazionale, la cual percibía una parte del producto de la venta. A menudo se organizaban excursiones de los italianos de la península a Trieste, y de los triestinos a Italia. En 1909, una numerosa comisión de triestinos fué a Rávena a depositar en la tumba del Dante una botella votiva para proveer de aceite la lámpara que, ofrecida por los florentinos, arde perpetuamente a la memoria del gran poeta nacional. En algunas de estas excursiones se produjeron desórdenes e intervino la policía.

(1) Entre las escuelas que sostiene la municipalidad hay 10 eslovenas.

Como ha escrito Corradini, los italianos de la *Irredenta* hacían más que confiar: obraban; hacían más que esperar: luchaban.

El punto débil de los italianos en esta lucha hallábase en el campo económico. Trieste se vió inundado de capitales vieneses y checos, protegidos en su acción por el Gobierno. No pudiendo recibir el auxilio de Italia, los triestinos se defendían difícilmente contra las empresas y las instituciones económicas de los eslovenos y de los alemanes. Los impuestos sobre Trieste eran recargadísimos. Su puerto pagaba más que algunas provincias enteras del Imperio.

VI

La cuestión de la Facultad de Derecho italiana.

Antes de la anexión del Véneto a Italia, los estudiantes de Trieste y el Trentino seguían sus carreras en la Universidad de Padua. Separada aquella región del Austria, tuvieron que acudir a las Universidades alemanas de Innsbrück y Grätz, donde se producían a menudo colisiones sangrientas entre italianos y alemanes. A consecuencia de la actitud hostil de los estudiantes alemanes de Innsbrück, se suprimieron en dicha Universidad las cátedras italianas que en ella habían sido creadas.

Los italianos del Austria pedían la creación de una Universidad italiana en Trieste. En Viena era siempre mal acogida esa petición. Cuéntase que el emperador Francisco-José dijo un día al diputado triestino Mauroner, que le hablaba de la Universidad de Trieste: «¡Nunca!». Tenaces, obstinados y enérgicos, los italianos persistieron en su demanda. Pocos años antes de la gran guerra, los 200 estudiantes de la Universidad de Viena organizaron una manifestación; entre ellos y los 2.000 estudiantes alemanes se produjo un cruento choque; la emoción en la región Julia fué considerable, motivando un re-

crudecimiento de la antipatía italiana hacia los alemanes. El Gobierno de Viena prometió al de Roma que se establecería pronto en Austria la Facultad de Derecho italiana que se pedía. Con la esperanza de conseguirlo, los veinte diputados italianos del Reichsrat pusiéronse al lado de los diputados alemanes, dándoles mayoría contra la Unión Eslava, formada por los diputados eslavos del Austria.

Sin embargo, ante los aplazamientos de que la cuestión era objeto, los diputados italianos del Reichsrat amenazaron con dificultar los trabajos de la comisión de presupuestos. Esa amenaza estimuló la actividad del Gobierno del barón Bienerth, que presentó un proyecto, según el cual se crearía en Viena una Facultad de Derecho italiana. A principios de 1911 la comisión de presupuestos comenzó a discutir el proyecto del Gobierno, en el que introdujo una enmienda importante, en virtud de la cual el establecimiento de la Facultad en Viena sería transitorio, por cuatro años tan sólo; pasado este tiempo, se designaría la población donde hubiera que establecerla definitivamente. Los italianos, a la vez que renovaban sus peticiones de que se estableciese la Facultad de Derecho en Trieste, aceptaron esta solución interina.

En un principio, los diputados sudeslavos acogieron con cierta hostilidad el proyecto. Reconocían el derecho de los italianos a tener Universidad propia—aunque no en Trieste, centro de una comarca que no es del todo italiana—; pero formularon diversas reivindicaciones lingüísticas, ciertamente atendibles. Los eslovenos pidieron la creación de una Universidad eslovena, y los croatas la validez en Austria de los títulos conferidos en la Universidad croata de Zagreb, en el reino de Hungría. El Gobierno no se mostró dispuesto a acceder a estos deseos. Temióse entonces que los diputados yugoeslavos, ayudados por toda la Unión Eslava del Reichsrat, hiciesen obstrucción al proyecto del Gobierno. Estos temores no se realizaron. Los diputados alemanes, salvo los panger-

manistas, se mostraron favorables a aquél. Por 40 votos contra 6, la comisión, en el mes de febrero de 1911, aprobó la creación provisional de la Facultad en Viena. Pero vino la disolución del *Reichsrat* (marzo de 1911) y la cuestión quedó aplazada una vez más. Impacientes, los estudiantes italianos de la Universidad de Viena organizaron a últimos de mayo una manifestación en favor de la Facultad de Derecho italiana; entonaron cantos nacionales y la policía intervino, produciéndose algunas colisiones.

VII

El carácter del problema irredentista.

En los años que precedieron a la gran guerra, persistió muy vivo el problema de la *Irredenta*. Los triestinos, especialmente, mantenían con firmeza su actitud. A menudo se producían en Trieste incidentes que eran síntomas de la gravedad del problema. Por las calles tuvieron lugar (febrero de 1910) choques entre las patrullas de soldados austriacos y los irredentistas.

En el mes de diciembre de 1910 celebróse en Florencia un Congreso irredentista, el cual aprobó la declaración siguiente: «El Congreso nacionalista afirma que el irredentismo sano y fecundo es, sobre todo, aquel que tiene por objeto defender hoy prácticamente la nacionalidad italiana de las provincias irredentas, amenazadas de supresión y de absorción, a fin de que puedan ser recobradas por nosotros intactas en su lengua y en su fe, el día que nuestras energías despertadas nos permitan libertarlas.» Evidentemente, aquí había todo un programa.

La ciudad de Trieste ha sido el gran centro del irredentismo. Y como la población ha crecido, la importancia de este centro ha ido aumentando también; de 178.172 habitantes que acusó

el censo en 31 de diciembre de 1900, pasó a 224.465 (la guarnición de 3.052 hombres no entra en cuenta) en 31 de diciembre de 1910; habiéndose producido, por tanto, en diez años, un aumento de más del 25 por 100. En la población total van incluídos unos 30.000 eslovenos.

Uno de los hechos que más ha contrariado el movimiento irredentista es la hostilidad italo-eslava en las comarcas del mediodía austriaco. En ciertos momentos ha parecido que esta hostilidad se desvanecía, y que los dos elementos llegarían, por fin, a una inteligencia; en el mes de mayo de 1910 se pusieron de acuerdo en Spalato para organizar una manifestación hostil a los doscientos pangermanistas que acompañaban al difunto jefe del partido cristiano-social, Lueger, en su viaje a la costa adriática. En cambio, en el mes de septiembre del mismo año se produjo en Trieste un hecho contrario; con ocasión de la visita de los eslovenos de Pola a los de Trieste, éstos organizaron grandes fiestas; los italianos, tomándolo como una provocación, organizaron una manifestación numerosísima por las calles de la ciudad. Por cierto que el alcalde de Trieste fué acusado ante los tribunales de haber dirigido la manifestación y de haber cantado el himno garibaldino, prohibido en Austria, *Va fuori*... Los debates parlamentarios relativos a la cuestión de la Facultad de Derecho italiana pusieron de relieve, como ya hemos visto, la poca cordialidad entre los italianos y los yugoslavos del Austria.

A pesar de la alianza oficial, la tirantez entre austriacos e italianos por la cuestión irredentista era innegable. Bastaba el más ligero incidente para excitar las pasiones por una y otra parte. Un día las palabras del vicepresidente de la Cámara italiana Marcora, «nuestro Trentino...», otro las de D'Annunzio, «el amarguísimo Adriático», otro la representación de la obra del mismo poeta *La Nave*, desataban las iras, provocando violentas polémicas periodísticas y suscitando entre Viena y Roma dificultades diplomáticas. Y la alianza austro-

italiana dentro de la Tríplice estaba de hecho neutralizada por el pleito irredentista. Así, el Austria reforzaba cada día más la organización y las obras militares del Trentino, comarca de una importancia estratégica de primer orden. A menudo se producían procesos de espionaje y de traición. Falta de toda adhesión popular, la alianza tenía un mero valor diplomático. «Si en caso de guerra hubiese necesidad de ponerla a prueba, no es muy fácil que se aviniese a ella el pueblo italiano», decíamos, en la edición catalana de esta obra, el año 1913.

«Las esperanzas de las poblaciones italianas del Austria, ¿tienen alguna probabilidad de ser realizadas algún día?», preguntábase Albert Dauzat. Y él mismo contestaba: «Sería bien temerario pretenderlo. Mientras exista Austria, es seguro que Trieste no será nunca devuelto a Italia. En lo que toca al Trentino, la situación es un poco diferente.» En un discurso que hizo sensación hace algún tiempo en Montecitorio (1), Barzilai, el diputado republicano irredentista de Roma, reveló que, al ser pactada la Tríplice, Austria había prometido ceder el Trentino a Italia el día que aquélla realizase una adquisición territorial. El Gobierno italiano contestó que la anexión de Bosnia-Herzegovina —de que trató el interpelador— no modificaba el *statu quo* territorial; pero no desmintió la promesa alegada. Así quedaba abierta una vía diplomática a las esperanzas italianas...»

El Trentino, donde los italianos forman un grupo compacto, tenía plena posibilidad geográfica de ser reunido a Italia. La ciudad de Trieste y la costa de Istria, y sobre todo la de Dalmacia, presentaban serias dificultades, por la estrechez del territorio propiamente ocupado por los italianos y por la convivencia de éstos con los eslovenos. La Dalmacia, a pesar de contar con numerosas colonias italianas, que un día fundó Venecia, es principalmente un territorio croata, pues los croatas forman hoy la mayoría en todos los municipios dálmatas, salvo en

(1) Cámara de Diputados, de Italia.

Zara, la capital. En Fiume dominan los italianos, gracias a la protección que los magyares les otorgan contra los croatas, según escribía R. Henry (1). En Trieste, aunque había un poderoso partido irredentista o separatista, existía una parte de la población que rehusaba la separación respecto de Austria, ya que la prosperidad económica de la población es debida al *interland,* sin el cual el puerto perdería su tráfico formidable. El citado R. Henry ponía en boca de un diputado italiano de Trieste las siguientes palabras: «Yo soy representante de la lengua italiana y de la *italianitá;* si me presentaba como diputado separatista, no sólo tendría que luchar contra el Gobierno, sino que no sería reelegido» (2).

En Italia, especialmente en el Piamonte, la campaña en favor de los italianos de Austria era intensa. Se venden o vendían unas cajas de cerillas en las cuales hay los colores de la bandera italiana —blanco, verde y rojo— con esta inscripción: «Italianos, defended vuestra lengua, amenazada en las puertas de Trento y Trieste.» Al otro lado de la caja se lee: «Los habitantes de Trento y Trieste son tan italianos como todos los nacidos en el interior de nuestras fronteras actuales.» Cuando se abre la caja se halla un papel con las siguientes palabras: «Acordaos —la experiencia lo ha demostrado— de que la muerte del lenguaje nacional es la muerte de la patria.»

Otro aspecto interesante de la cuestión irredentista estaba en el hecho de que, como hace notar Paul-Marie Masson (3), interesa a todo el mundo latino, «pues en el fondo—dice—lo que está en juego es la delimitación de las fronteras de la civilización latina ante las civilizaciones germánica y eslava.»

Al entrar Italia en la Triple Alianza, pareció que la cuestión irredentista del Austria debía perder importancia. Alemania

(1) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient,* pág. 53.
(2) Obra citada, págs. 53 y 54.
(3) *L'Irredentisme et la politique italienne.* Artículo publicado en *La Dépêche* del 6 de noviembre de 1911.

se esforzaba en cambiar la dirección septentrional del irredentismo por la dirección meridional, en desviar del Adriático la mirada de Italia para hacer que la fijase en el Mediterráneo, en las costas norteafricanas. Creábase así lo que puede llamarse el «irredentismo mediterráneo», que, en el fondo, no es más que un imperialismo conquistador.

Es evidente que la anexión de la Tripolitania a Italia, sin hacer desaparecer el irredentismo entre los italianos del mediodía austro-húngaro, produjo una *détente* más o menos durable, a la cual contribuyó de momento al enfriamiento de la amistad franco-italiana a consecuencia de los incidentes del Manouba y del Carthage, los barcos franceses que los italianos detuvieron durante la guerra italo-turca. Tanto en Roma como en Viena, los elementos oficiales se esforzaban para mejorar las relaciones austro-italianas.

Pese a la alianza oficial, la gran guerra llevó a Italia a luchar contra Austria-Hungría. Vencedores los aliados, Italia ha obtenido la anexión del Trentino y parte del Tirol hasta el desfiladero de Brenner, los territorios de Gorizia y Gradisca y la Istria, con Trieste y Pola. Están en litigio Fiume, parte de Dalmacia y algunas islas, que los italianos y los yugoeslavos reclaman a un tiempo. Las pretensiones de Italia sobre Fiume y la Dalmacia pueden causar graves conflictos.

CROACIA

I

Los croatas. — Diversificación entre croatas y serbios.

CONSTITUYEN los croatas, con los serbios, los eslovenos y los búlgaros, el grupo meridional de la raza eslava. Hacia el siglo quinto, cuando las tribus que más tarde formaron los pueblos croata y serbio bajaron de los Cárpatos hacia el sud, componían un sólo pueblo y hablaban una sola lengua. Atravesaron el Danubio, avanzaron hacia los ríos Drava y Sava y ocuparon una gran extensión territorial sin unidad geográfica, separada por montañas. Unas tribus se separaron de las otras y después se concentraron en núcleos políticos, asimilándose los restos de los pueblos autóctonos.

Formáronse dos grupos. Al oeste el croata, que en el siglo décimo tuvo por límite, al mediodía, el mar Adriático; y al este y más al sud, el serbio, en la península balcánica.

Los croatas estuvieron sometidos a los griegos, formando el patriarcado de Iliria; más tarde pasaron a la dominación de Carlomagno. Pero pronto recobraron su independencia.

Las tribus del oeste, situadas en comarcas ricas y en vecindad del mar, fueron las primeras que organizaron un Estado, probablemente en el siglo VII. Ese Estado llamóse Croacia (1).

(1) Dice Lubor Niederle que no se sabe el origen de este nombre. Pero el eminente autor inglés Seton-Watson consigna que las palabras Serbia (Srbia) y Croacia (Hrvatska) son, etimológicamente, un mismo nombre, diferenciándose su escritura, por emplearse en la primera los caracteres cirílicos y en la otra los caracteres latinos.

Hasta el siglo X o XI no constituyeron la Serbia las tribus del sudeste, que ocupaban comarcas montañosas y pobres, apartadas del litoral.

Transformada en reino en 924 por Tomislav, Croacia se engrandeció; a últimos del siglo XI comprendía además la Eslavonia y la Dalmacia, con el ducado de Bosnia por vasallo, formando lo que se llama reino *tri-unitario* (Croacia-Eslavonia-Dalmacia).

Extinguida la dinastía nacional, a fines del siglo XI, Croacia se juntó, en una unión puramente personal y dinástica, a Hungría. Los bosniacos se negaron a reconocer al rey magyar como soberano y volvieron a constituirse en principado independiente. Estipulóse entonces que Croacia conservaría la plena autonomía política, militar, administrativa y económica y que el rey estaría representado allí por un virrey o *ban*. Algunas décadas después, Serbia, independiente, inauguraba el período más brillante de su historia.

Las dos ramas del pueblo serbo-croata fueron separándose cada día más, entrando a veces en lucha. Se hallaron dentro de dos diversas esferas de relaciones y de influencia. Así, los croatas, bajo la influencia de Roma, hiciéronse católicos y adoptaron el alfabeto latino, y los serbios, bajo la influencia de Bizancio, hiciéronse ortodoxos y adoptaron el alfabeto cirílico. La cultura latina invadió a los primeros; la cultura bizantina, a los segundos (1). En 1389 los serbios fueron conquistados por los turcos, y estuvieron bajo el dominio de éstos hasta los comienzos del siglo XIX, en que, después de las insurrecciones de 1804 y 1815, recobraron gradualmente la libertad nacional.

Formando parte de Hungría, en el año 1526 Croacia pasó al dominio de los Habsburgos de Austria. A principios del siglo XVIII, el príncipe Eugenio, con una parte del territorio croata formó los llamados *Confines militares*, que tuvieron un régimen

(1) L. NIEDERLE: *La Race Slave*, cap. VII.

especial, y que en 1881 fueron de nuevo reunidos a Croacia-Eslavonia.

En medio de la confusión, en ciertos puntos inextricable, de razas, lenguas, territorios, fronteras, emigraciones e inmigraciones, que caracterizan el centro y el oriente europeo, se encontraban a los croatas, en su casi totalidad, dentro del Austria-Hungría. La mayor parte de ellos pertenecía a Hungría, donde formaban el reino de Croacia-Eslavonia.

Ocupan los serbo-croatas la parte eslava de Istria y la mayor parte de Dalmacia. Además, forman la casi totalidad de la Bosnia-Herzegovina. También viven esparcidos por el sud del territorio magyar. En estas comarcas, las estadísticas confunden a menudo los serbios con los croatas propiamente dichos.

Por ésto es difícil dar el número aproximadamente cierto de unos y otros. Las estadísticas húngaras de 1900 señalaban las siguientes sifras:

	CROATAS	SERBIOS
Croacia-Eslavonia . . .	1.478.000	610.909
Hungría.	188.552	434.641

En la Cisleitania, las estadísticas asignaban a los serbo-croatas más de 700.000 individuos, la gran mayoría croatas, y en la Bosnia-Herzegobina, 1.650.000, la gran mayoría serbios. Algunos grupos eran disputados por serbios y croatas. En conjunto, las estadísticas croatas llegan a 2.700.000 croatas en Europa; las estadísticas serbias sólo consignan 2.300.000.

En la Transleitania, los croatas, por el norte, veíanse inundados por la emigración magyar y alemana. En los decenios últimos, las cifras de los habitantes magyares y alemanes de Croacia creció considerablemente, a costa de los croatas; muchos de éstos emigraron a América.

Los croatas tienen una natalidad muy débil (1). En Istria

(1) Es necesario hacer una observación: la natalidad es débil, porque la fecundidad de los matrimonios es bajísima, la más baja de Europa; pero como el número de matrimonios es crecido, resulta de ésto una cierta compensación.

retroceden ante los italianos: mientras en 1851 constituían allí el 57,36 por 100 de la población total, en 1906 constituían solamente el 42,58. En cambio, han ganado algún terreno en Dalmacia: hace medio siglo representaban el 96,1 por 100 de la población, y hoy representan el 96,6. El número de serbocroatas en Austria aumentó mucho, por la inmigración, en los años anteriores a la guerra.

En su casi totalidad, los croatas son católicos; éste es uno de los principales caracteres que los distinguen de los serbios, que en su gran mayoría son ortodoxos, con una gran masa de mahometanos en la Bosnia-Herzegovina.

Desde el punto de vista de la instrucción, los croatas, a pesar de los progresos realizados desde hace medio siglo, están bastante atrasados. En Croacia las estadísticas húngaras señalaban un 56 por 100 de analfabetos. En Dalmacia había en el año 1900 un 64,8 por 100 de hombres y un 86,6 de mujeres que no sabían leer ni escribir. En Istria la instrucción es también deficientísima. Los croatas, en una proporción del 80 al 90 por 100, son agricultores. Durante mucho tiempo se creyó, aunque sin razón, que los croatas eran una especie de bárbaros o de cosacos del Imperio austro-húngaro.

II

El renacimiento croata. Croacia, Austria y Hungría.

Durante largos siglos fué respetada la autonomía de Croacia. El primer golpe contra aquélla lo dió, en 1775, la emperatriz de Austria María-Luisa, la cual, con gran satisfacción por parte de los magyares, publicó un decreto reuniendo Croacia a Hungría y haciendo de la primera una simple provincia húngara.

Algunos años más tarde, el esfuerzo glorioso de la Francia

revolucionaria repercutió en Croacia. «Aquí puede verse palpablemente — escribe Albert Malet (1) — la acción libertadora de la Francia revolucionaria e imperial en Europa, ya que verdaderamente es la influencia de Francia lo que originó el movimiento croata del siglo XIX.»

Las guerras de Napoleón reunieron, en el año 1809, la Croacia civil y los Confines militares y los incluyeron en las provincias ilíricas, sometidas al Imperio francés. Ya hemos citado, al hablar de Eslovenia, la oda patriótica «El despertar de Iliria», que el poeta esloveno Vodnik escribió en elogio de Napoleón. Hundido en el año 1814 el grande y efímero poder napoleónico, volvieron los croatas a formar parte del Imperio austríaco.

En la primera mitad del siglo XIX, durante la cual tantos movimientos nacionalistas estallaron, también Croacia fué agitada por un renacimiento nacional. De 1830 a 1840 tomó algún vuelo el movimiento llamado «ilírico» de carácter panserbio, cuyo principal sostenedor fué el literato Gaj, que publicó la *Gaceta Ilírica* y poco después su suplemento literario llamado *La Aurora Ilírica*. El éxito de estas publicaciones fué muy notable, y el Gobierno austríaco, temeroso del movimiento que se iniciaba, lo persiguió, llegando a prohibir el uso de la palabra «ilírico». El único resultado positivo de aquel movimiento fué la unificación del idioma croato-serbio, mediante la adopción del principal dialecto como lengua literaria común.

Pero los que vieron con más enojo el renacimiento croata fueron los magyares, que siempre quisieron considerar a la Croacia como una provincia de su reino. En 1847, la Dieta de Hungría aprobó un proyecto disponiendo que la lengua oficial del reino fuese la magyar y que el latín, que había sido la lengua oficial hasta entonces, sólo continuase siéndolo por seis años más en los comitatos o distritos eslavos; disponíase,

(1) *La Nationalité serbo-croate.* Trabajo contenido en el libro *Les aspirations autonomistes en Europe*, pág. 167.

además, que los croatas empleasen el magyar en sus relaciones con Buda-Pesth, y que aquel idioma fuese enseñado en todas las escuelas de Croacia.

La Dieta croata se negó a aceptar las imposiciones de los magyares y respondió con un contraproyecto que contenía los siguientes extremos: ejército exclusivamente croata en Croacia; establecimiento de un Tribunal Supremo en Zagreb (1), capital de Croacia, y que, a pesar de la presencia de los delegados croatas en la Dieta de Buda-Pesth, las leyes votadas por ésta, para ser aplicables a Croacia, tuviesen que ser previamente ratificadas por la Dieta de Zagreb.

Mientras se discutían estas cuestiones, el emperador nombró al general Jellacic *ban* de Croacia. El Gobierno de Hungría no se avino a que se prescindiese de él en la designación del virrey, y destituyó a Jellacic. Pero éste continuó en su lugar, pronunciando aquellas famosas palabras: «*Regnum regno non prescribit leges*», es decir, «un reino no impone leyes a un reino».

La revolución europea de 1848 produjo una formidable conflagración nacionalista en toda Austria-Hungría. Este Imperio heterogéneo y caótico, mosaico complicadísimo de razas y de patrias, saltó a pedazos. Bohemia, Hungría, Croacia, los rumanos de la Transilvania, se alzaron por la defensa de sus respectivas nacionalidades. Croatas y rumanos, por odio a los magyares, se aliaron con Austria contra Hungría; en aquellas luchas tomó parte principal el general Jellacic, que marchó sobre la capital húngara. Otro caudillo croata, Stratimirovic, protestaba con estas palabras de la opresión magyar: «Combatimos contra los magiares porque no quieren la libertad más que para ellos y porque pretenden gastar en provecho propio el tesoro acumulado con el producto del sudor de eslavos, alemanes y rumanos.»

Dominada la Hungría, los austriacos abandonaron a los

(1) Zagrab, en magyar, y Agram, en alemán.

croatas, que tan valerosamente les habían ayudado. Después de 1849, el Gobierno reaccionario de Bach adoptó una política unitaria encaminada a hacer del Imperio un Estado germánico centralizado, de la que sufrieron por igual todas las nacionalidades sometidas a los Habsburgos.

Enemigas Austria y Hungría, los magyares hicieron grandes esfuerzos para obtener la adhesión definitiva de los croatas. El jefe del ministerio húngaro, Deak, ofrecióles aquella histórica f«página en blanco» para que inscribiesen en ella la fórmula de inteligencia política con Hungría que mejor les pareciese, órmula que él aceptaba por anticipado.

En la Dieta croata formáronse dos partidos. Uno, el partido nacional, defendía la completa autonomía de la Croacia dentro de una federación austro-húngara; era un partido de patriotas ardientes que ambicionaban un porvenir de grandeza y de gloria para su tierra. El otro era el partido llamado *magyarón*, constituído por los partidarios de la inteligencia con Hungría; estaban mezclados extrañamente en él los nobles, que esperaban de la vuelta del régimen tradicional la restauración de sus privilegios abolidos en 1848, y los patriotas demócratas, que admiraban la obra liberal, revolucionaria, del húngaro Kossuth y sentían aversión por la corte de Viena (1). El partido nacional era el que dominaba en la Dieta. Ésta fué disuelta en 1861.

Hasta el año 1865 no volvió a convocársela. En la nueva Cámara se formó un tercer partido: el autonomista, dirigido por el poeta Mazuranic. «La ironía quiere—escribe Charles Loiseau—que este título encubra una renuncia parcial a la autonomía doctrinal, bajo la forma de avenencia con el Gobierno vienés.» Mazuranic creía que ésta era la solución más ventajosa que podía darse al problema planteado, pues protegía a los croatas contra los odios de los magyares y restablecía

(1) CHARLES LOISEAU: *La Hongrie et l'opposition croate.* Número de la *Revue des deux Mondes*, 1.° septiembre 1895.

el contacto de Croacia-Eslavonia con Dalmacia, región incorporada al Austria y poblada de croatas.

Después de largos debates, la Dieta decidió que se entrase en negociaciones con los magyares y acordó que con dicho objeto se enviasen delegados a Pesth. Pero las circunstancias habían cambiado; húngaros y austriacos estaban en camino de entenderse; ya no necesitaban aquéllos la inteligencia con los croatas. Los delegados de la Dieta de Zagreb se encontraron con que en Pesth seguían la táctica de prolongar las negociaciones.

El obispo Strossmaier, gran patriota, que era uno de los delegados croatas, sintióse herido en su dignidad nacional y se retiró después de un ruidoso incidente. En aquellos momentos sobrevino la guerra entre Austria y Alemania. Vencida aquélla en Sadowa (1866), el emperador Francisco-José pactó con Hungría sobre la base de un régimen dualista (1867). El Imperio quedó dividido en dos partes, la Cisleitania y la Transleitania, dominadas, respectivamente, por los alemanes de Austria y por los magyares de Hungría. Incluída en la Transleitania, la Croacia quedó en manos de los magyares. Al negociarse en 1867 el compromiso austro-húngaro *(Ausgleich)*, los croatas no fueron admitidos a tomar parte en las negociaciones. Y al coronarse Francisco-José rey de Hungría en la capital, Pesth, la Dieta de Zagreb, en señal de protesta, negóse a enviar representantes a la ceremonia. Esto le valió la disolución (marzo de 1867). Días antes de ser disuelta, la Dieta había creado la Academia yugoeslava de Ciencias y de Artes, que ha sido la ciudadela del espíritu nacional.

III

La Convención o Nagoda de 1868.

El primer acto de dominación de los magyares, fué el nombramiento del barón Rauch como gobernador de Croacia. Estaba Rauch encargado de aplicar el nuevo sistema electoral; y lo aplicó de tal modo, que en la Dieta de 1868 no había más que unos 15 diputados patriotas, los cuales se retiraron. De esta Dieta falsificada salió la delegación croata que se entendió con la delegación húngara para determinar, por vía de pacto, el régimen definitivo de Croacia.

De aquellas negociaciones salió la convención de 1868, la *Nagoda,* en la cual se establecían las bases por que debían regirse en adelante las relaciones entre Croacia y Hungría. Esta convención dió a los croatas una autonomía incompleta, mutilada. «Imaginaos una especie de federación—escribe Ch. Loiseau (1)—que deja subsistir la noción de pueblos y de territorios distintos, separa cuidadosamente los asuntos comunes de los autónomos, pero adjudica a uno de estos pueblos, naturalmente al más fuerte, el poder ejecutivo y la Hacienda. Éste es el carácter original y esencial de la *Nagoda.*»

En el compromiso croata-húngaro se citan los asuntos que caían bajo la jurisdicción autónoma de Croacia. Eran los siguientes: la administración interior, la justicia, la instrucción pública y los cultos. El *ban* o virrey era nombrado por la Corona, haciendo la propuesta el Gobierno húngaro; legalmente, el *ban* era responsable de sus actos ante la Dieta croata. En el gabinete de Pesth había un ministro de Negocios croatas. Para defender los intereses nacionales de Croacia en lo relativo a los asuntos declarados comunes con Hungría

(1) Obra citada.

—hacienda, trabajos públicos, comercio, agricultura, ferrocarriles, correos y telégrafos, ejército territorial— 40 delegados de la Dieta de Zagreb se agregaban a la Cámara de Diputados de Pesth. La *Nagoda* estipulaba que mientras se discutiesen las cuestiones comunes, las banderas de las dos naciones debían ondear sobre el palacio del Parlamento y que los diputados croatas podían expresarse en su idioma. Éste era considerado como el único oficial en el territorio de Croacia-Eslavonia. En una cláusula del pacto, Hungría prometía ayudar a los croatas a obtener la anexión de Dalmacia, incluida en la Cisleitania, anexión que reconstituiría el antiguo reino triunitario (Croacia, Eslavonia y Dalmacia).

Es evidente que la *Nagoda* establecía un régimen desfavorable a Croacia. Ésta, sin Hacienda propia y con el jefe del poder ejecutivo designado por el Gobierno húngaro, quedó sometida a la tutela y a la dominación de los magyares. Por otra parte, las garantías y las libertades concedidas a los croatas en las cláusulas del compromiso de 1868, fueron, en la práctica, vulneradas y desconocidas.

El partido nacional combatió la *Nagoda* y realizó contra ella una enérgica campaña. En aquellas circunstancias, el *ban* Rauch fué acusado de inmoralidades administrativas, las cuales quedaron probadas ante el tribunal militar a que fué sometido el denunciador. Absuelto éste, el barón Rauch tuvo que dimitir. La victoria ganada sobre el pequeño tirano odioso, reconfortó a los patriotas. Precisamente el proceso coincidió con la convocatoria de las elecciones para la Dieta. El partido nacional triunfó. Disuelta la Cámara y convocadas nuevas elecciones, triunfó otra vez el partido nacional. Croacia, pues, rechazaba decididamente la convención de 1868.

Entonces los húngaros acudieron a un recurso inesperado para contrarrestar la oposición de los patriotas croatas. Una antigua práctica, ya caída en desuso, autorizaba a los nobles y magnates a formar parte de la Dieta de Zagreb; el Gobierno

de Pesth restableció la anacrónica usanza y dispuso que los nobles croatas fuesen admitidos en la Dieta.

Esto constituía un golpe grave contra la mayoría nacionalista de la Cámara, pues la nobleza croata, numerosos miembros de la cual vivían desde hacía muchos años fuera de su país, se había desarraigado y descastado completamente. Los nobles no sentían ninguna clase de solidaridad con el pueblo de Croacia; habían perdido el contacto con él y eran espiritualmente extranjeros. Enamorados de la vida de ostentación, de la pompa cortesana y del cosmopolitismo de las grandes ciudades, sentían menosprecio por su pueblo, humilde, rural, rudimentario. No es extraño, pues, que en la lucha entre Croacia y Hungría se pusieran al lado de la última. La intervención de los nobles en los trabajos de la Dieta no hizo desaparecer la mayoría patriótica, pero la debilitó notoriamente.

Los patriotas, sin embargo, reaccionaron. La protesta nacional contra el compromiso del año 1868 se reprodujo, pidiendo que la *Nagoda* fuese revisada. Los magyares, astutos, aceptaron la revisión. Pero tan sólo cedieron en algunos puntos de detalle relativos al régimen financiero y mantuvieron el principio fundamental de la dependencia económica de Croacia (1873).

Croatas y magyares pactaron una especie de tregua. Como concesión importante, los primeros obtuvieron del Gobierno de Hungría el nombramiento de un patriota como *ban*. El designado fué Mazuranic, el gran poeta, venerado y adorado por sus compatriotas, hombre de ideas liberales y odiador viril del fanatismo religioso. «Maldito sea—grita en uno de sus poemas —el hombre que persigue a su hermano a causa de la fe. Todas las desgracias, ¡oh tierra de los eslavos!, tienen su origen en este lodo.» Obra de Mazuranic fueron las reformas democráticas y laicas introducidas en aquel país en el último tercio del siglo pasado. La más importante de estas reformas fué la que en 1874 substrajo al poder del clero la dirección de las escue-

las. Los católicos, aunque con pesar, aceptaron la reforma; pero los ortodoxos, que veían destruídos sus viejos privilegios, protestaron airadamente, y el partido serbio suscitó dentro de Croacia una especie de cisma nacional. Ante la guerra que le hacía una parte de sus compatriotas, Mazuranic dimitió en 1879. Esto constituyó una gran desgracia para la causa de la patria.

IV

Período de persecución. El conde Khuen-Hedervary.

El Gobierno de Pesth aprovechó las disensiones internas de los croatas para nombrar un nuevo *ban,* Pejacevic, dócil instrumento de los húngaros, quien inauguró un período de magiarización y de persecución de los patriotas. El delirio de grandezas de los magyares y su espíritu dominador los llevó a una brutal política de absorción. «Es necesario a nuestro Estado—escribía en 1891 el diario *Budapesti Hirlap*—que el magyarismo se extienda a costa de las nacionalidades de la Transleitania, las conquiste y se las asimile.»

El principal representante de esta política fué el conde Khuen-Hedervary, nacido en Croacia, de la cual fué nombrado *ban* en 1883. Mal recuerdo dejó el conde Khuen en su tierra. Mostró al principio disposiciones benévolas, pero cambió pronto de política y procedió con rigor cruel, acabando por sojuzgar a la nación croata. Juró que mientras él fuese gobernador no saldrían de sus labios las palabras *croatas* y *Croacia;* y cumplió el juramento. Uno de sus principales trabajos consistió en fomentar las rivalidades entre croatas y serbios en el reino, ayudando a los últimos contra los primeros. Los serbios, en cambio, ayudaron a los *magyarones.*

Ante la cuestión croato-serbia, los patriotas croatas estaban entonces profundamente divididos. El obispo Strossmaier, cuya influencia en el renacimiento nacionalista de Croacia fué muy grande, era partidario de la cordialidad y de la unión entre los croatas y los serbios; la disensión religiosa que los separa, confiaba verla resuelta un día por la reconciliación de las dos Iglesias: la romana y la griega; sus ambiciones patrióticas iban más allá de la libertad de Croacia-Eslavonia y más allá aún de la «Gran Croacia»; soñaba con la constitución de un ancho reino sudeslavo, en el que se mezclarían —hermanos de patria y hermanos de raza— los croatas, los serbios, los eslovenos y los búlgaros.

Opúsose a esta tendencia la del «partido del Derecho», llamado también radical y ultra-croata, dirigido por A. Starcevic. Este partido, enemigo de los serbios, a últimos del siglo pasado dominó en Croacia y conservó, hasta hace poco, una gran fuerza. Pedía que Croacia tuviese, dentro del Imperio, las mismas libertades y los mismos derechos que tenía Hungría, y que este reino croata, amplísimamente autónomo, incluyera todos los países sudeslavos, tanto de la Cisleitania como de la Transleitania, es decir, Croacia, Eslavonia, Dalmacia, Istria, parte de la Carniola, Bosnia y Herzegovina. La constitución dualista del Imperio se convertiría en trialista por la formación de un reino sudeslavo, por la constitución en Estado de la «Gran Croacia». En el partido de Starcevic, sobre todo en su plana mayor, estaban muy extendidas las tendencias racionalistas y librepensadoras. Durante un largo período de tiempo, los del partido del Derecho, desde su organo *Hrvastska* (Croacia), sostuvieron largas polémicas virulentas con los nacionalistas católicos del periódico *Obzor,* lanzándose respectivas acusaciones de traicionar el ideal patriótico y de hacer el juego a los magyares.

El conde de Khuen-Hedervary se valió de estas discordias internas para emprender contra los croatas una violenta política. Hacía poco tiempo que ejercía sus funciones de *ban,* cuan-

dc realizó un golpe de audacia que tuvo gran resonancia y que exacerbó las iras de los nacionalistas. Había en Zagreb unos archivos que contenían interesantísimos documentos relativos a la historia y al derecho político de Croacia, archivos que había llevado allí el gran patriota Jellacic en 1849. Una noche el conde Khuen hizo meter los archivos en un vagón y los mandó a Pesth. Habiéndosele dirigido en la Dieta una interpelación, el debate se convirtió en un tumulto espantoso, en medio del cual se llegó a vías de hecho. En este tumulto hubo un episodio que los croatas recuerdan jocosamente: un sobrino de Starcevic pegó al conde Khuen un puntapié en la parte más innoble del cuerpo. Para recordar dicho episodio —que el conde Khuen empeñóse en negar— los patriotas hicieron un gran tiraje de una fotografía del zapato que David Starcevic llevaba al agredir al virrey; en las casas de los croatas se encuentran todavía hoy ejemplares de la famosa fotografía.

La política anticroata del conde Khuen-Hedervery obligó a los dos partidos nacionalistas a unirse para la defensa de la patria. En las elecciones municipales celebradas en el año 1892 en Zagreb, se coaligaron y obtuvieron una completa victoria. Ensancharon más tarde el campo de la alianza y formaron una coalisión permanente llamada *Oposición reunida,* para la cual elaboraron un programa común, que comprendía la constitución de la «Gran Croacia» en reino autónomo en las mismas condiciones que Hungría y el establecimiento de un verdadero régimen parlamentario. Los resultados de la coalición fueron mezquinos; los dos partidos continuaron alejados en espíritu por divergencias irreductibles. Además, dentro del partido del Derecho no había un acuerdo perfecto; el doctor Franck, una de sus personalidades más eminentes, aconsejaba, guiado por su oportunismo, la aceptación parcial y provisional del compromiso de 1868.

Por fin, en 1903, después de sangrientos desórdenes revolucionarios, el conde Khuen, que se había ganado en último

término la hostilidad de los croatas y de los serbios, tuvo que marcharse de Croacia.

«Después de la caída del hombre—escribe el croata H. Hinkovic (1)—quedó el régimen; pero se pudo respirar más libremente. En estas circunstancias, eminentes políticos fundaron una coalición de los partidos oposicionistas, croatas y serbios, con excepción de los elementos chovinistas de los dos campos.» Esta coalisión dió la preponderancia a los nacionalistas en la política croata y causó el hundimiento del partido *magyarón,* el cual, durante el período del conde Khuen, había dominado en la Dieta.

V

El conflicto de la lengua. Período de agitación. El proceso de Agram.

En 1906 los croatas se aliaron con el partido de la independencia magyar, dirigido por F. Kossuth, hijo del gran Luis Kossuth, para vencer al partido del conde de Tisza. Pero una vez llegó al poder Kossuth, junto con la coalición magyar, viéronse abandonados y traicionados.

En el mes de junio de 1907 se promovió un grave conflicto entre el Gobierno de Buda-Pesth y los croatas, con motivo de un proyecto de ley presentado a la Cámara de Hungría.

El citado proyecto era poco importante, en apariencia, pues trataba de la reglamentación del personal ocupado en el servicio de ferrocarriles. Pero, en realidad, tenía una importancia transcendental, pues lesionaba los derechos y los sentimientos de los croatas en lo que éstos aman más: el idioma.

El Gobierno húngaro, en el reglamento proyectado, exigía

(1) *Apprès les élections croates. Un peuple opprimé.* Núm. de *L'Action* de París, 26 diciembre 1911.

a los empleados de ferrocarriles dos condiciones indispensables, que eran las de ser ciudadanos húngaros y poseer el idioma magyar, exceptuándose de esta última condición, en los territorios de Croacia y Eslavonia, solamente a los empleados en los ferrocarrriles urbanos y comunales. Los demás empleados ferroviarios estaban obligados, según el proyecto de ley, a poseer la lengua magyar.

Sostenían los croatas que el proyecto del Gobierno de Buda-Pesth era atentatorio a la convención de 1868, la cual reconoce categóricamente a la lengua croata su caracter oficial en el territorio de Croacia y Eslavonia. Se comprende, pues, la indignación que produjo en los croatas el proyecto repetido, que precisamente era obra del entonces ministro de Comercio de Hungría, F. Kossuth, jefe del partido de la independencia magyar.

Para buscar una solución satisfactoria hiciéronse activas gestiones entre el gabinete húngaro y la delegación de los diputados croatas. Kossuth adoptó una actitud de irreductible intransigencia en cuanto a la esencia de su proyecto. «Yo no consentiré nunca—dijo—que se rompa la unidad de la lengua magyar en el servicio de ferrocarriles. Antes que consentirlo, presentaré mi dimisión de ministro».

Tuskan, un diputado croata, contestó en términos enérgicos a las palabras de Kossuth, exclamando: «Es incorrecto, ilegal e injurioso para la nación croata el hablar de la unidad de la lengua magyar en todos los países de la corona de San Esteban». Kossuth, replicó sofísticamente que la convención de 1868 no podía referirse a los ferrocarriles, porque entonces no existían. Ante la intransigencia del Gobierno húngaro, los diputados crotas se retiraron del Parlamento y volvieron a Zagreb, donde fueron objeto de un entusiasta recibimiento.

Una de las principales figuras del movimiento croata, Frano Supilo, hizo, a propósito de este pleito, las siguientes declaraciones:

«Los magyares quieren introducir la lengua magyar en Croacia. Nosotros no lo queremos.

»Los magyares quieren hacer de Croacia un instrumento para su ideal de Estado unitario magyar. Nosotros no lo queremos.

»Los magyares quieren que la idea del Estado unitario magyar tome cuerpo, mediante leyes, en la misma Croacia. Nosotros no lo queremos.

»Puedo afirmar que en toda Croacia no hay un solo croata ni un solo serbio honrado que piense de distinta manera en estas tres cuestiones y que no diga: no lo queremos.»

La Dieta croata se mostró decidida a rechazar el proyecto. Mientras tanto, tuvieron lugar apasionadas discusiones en la Cámara de Buda-Pesth. Fracasadas todas las tentativas de arreglo amistoso, los diputados croatas hicieron en el Parlamento una obstrucción impetuosa.

La obstrucción que realizaron fué de las más fuertes que registran las crónicas de los Parlamentos. El proyecto estaba compuesto de ochenta artículos. Los diputados croatas, todos, desde el primero al último, hiciéronse inscribir para hablar sobre cada artículo, a razón de tres horas cada diputado, cosa que estaba permitida por el reglamento de la Cámara. De manera que los croatas amenazaron con llenar, ellos solos, el total terrible de 9.600 horas. Suponiendo que la Cámara hubiese acordado declararse en sesión permanente, los croatas no habrían aún terminado sus discursos al cabo de un año.

Así imposibilitaron los trabajos parlamentarios y pusieron en grave peligro la vida del ministerio Wekerle. La campaña obstruccionista motivó algunos escándalos parlamentarios. En una sesión de mediados de noviembre de 1907, el presidente de la Cámara, después de llamar repetidamente al orden a un diputado croata, acabó por retirarle la palabra. Esto provocó en los bancos croatas ruidosas protestas, contestadas por los otros bancos. Los diputados de Croacia,

puestos en pie, con los puños cerrados, amenazaban a los magyares. El escándalo era tan ruidoso, que el presidente se vió en el caso de levantar la sesión.

Todos esos incidentes sobreexcitaron los ánimos de magyares y croatas. El *ban* de Croacia, Pejacevic, dimitió, y en su lugar fué nombrado Rakocsay, que venía precedido de una fama de hombre enérgico. Convocó la Dieta croata para el día 12 de diciembre de 1907 y el mismo día la disolvió, presentando al propio tiempo la dimisión. Nombróse entonces al baron Rauch, hombre autoritario y violento, que al entrar en Agram, en el mes de enero de 1908, fué recibido con silbidos y pedradas.

A pesar de los procedimientos brutales del nuevo virrey y de las maniobras de los magyares para volver a crear un partido magyarón que les ayudase a vencer la obstinada resistencia de los patriotas, las elecciones para la Dieta celebradas en el mes de febrero de 1908 dieron a los últimos una brillantísima victoria. La coalición serbo-croata (una coalición permanente de cuatro partidos nacionalistas) obtuvo 60 puestos; el partido de Derecho croata, 23; los amigos del virrey 3 solamente. Al cabo de dos días de sesión, la Dieta fué cerrada. Fué cerrada también la Universidad de Zagreb.

El barón Rauch fué quien preparó aquel vergonzoso proceso de Agram, que tanta emoción causó en toda Europa. Con motivo de la anexión de Bosnia-Herzegovina a Austria-Hungría, en 1908, anexión que contrariaba el ideal de los serbocroatas de constituir un Estado con todos los pueblos de su raza, prodújose una gran agitación en Serbia, Montenegro y Croacia. Rauch aseguró haber descubierto un gran complot en Agram, encaminado a proclamar el Estado pan-serbio bajo la soberanía del rey de Serbia, Pedro Karageorgevic. Fueron encarceladas 53 personas, las cuales, en el mes de julio de 1909, comparecieron ante los tribunales, acusadas del delito de alta traición.

Este proceso provocó una vivísima indignación. Los serbios y los croatas sostenían que los presos eran inocentes y que se les hacía víctimas de una maquinación de las autoridades magyares (1). La sentencia del Tribunal fué condenatoria. Pero la condena exacerbó todavía más la indignación. Alzóse la protesta de los eslavos de Austria-Hungría y comenzó una formidable campaña.

Ante esta campaña, que encontró eco en todos los países europeos, intentóse justificar el proceso y las condenas. Fueron presentados al historiador doctor Friedjung algunos documentos a los que se atribuía decisiva importancia. El doctor Friedjung publicó en la *Neue Freie Presse* de Viena, un artículo en el cual declaraba que tenía en su poder documentos de cuya autenticidad estaba seguro, que habían sido examinados por los principales personajes de la monarquía y que probaban de una manera indudable el delito de traición cometido por los individuos perseguidos ante el tribunal de Agram.

La intervención del doctor Friedjung demostró la injusticia y la infamia del proceso. Algunos diputados croatas, acusados por dicho historiador, se querellaron contra éste y le hicieron comparecer ante los Tribunales de Viena. En este nuevo proceso quedó probada la falsificación de los principales documentos que habían servido de base a la acusación, y salieron a luz las indignidades cometidas para obtener la condena de los acusados. El mayor descrédito cayó sobre los que tramaron el proceso. El mismo doctor Friedjung se vió en el caso de confesar que se había equivocado. La inocencia de los condenados de Agram fué reconocida y, más tarde, el proceso fué

(1) Firmada por todos los periódicos de París, envióse a los Presidentes de las Asociaciones de la Prensa de Viena y de Budapest un telegrama pidiendo a sus colegas austriacos y húngaros que interviniesen en favor de los procesados. En el telegrama se hacía constar que se trataba «de hombres inofensivos, acusados solamente de opiniones tendenciosas, y que los únicos cargos que se les hacían se referían a la publicación o posesión (colportage) de diarios, fascículos y calendarios que nunca la autoridad había suspendido o confiscado». La Asociación de los periodistas húngaros contestó a la petición con una grosera negativa.

anulado. Esta rehabilitación se debió, en mucha parte, a la valiente actitud del ilustre profesor checo Masaryk, miembro de las delegaciones del Imperio. El fué quien, mediante una minuciosa enquesta, descubrió que el conde Forgach, ministro plenipotenciario de Austria-Hungría en Belgrado, había dado la orden de fabricar los documentos falsos a algunos empleados de la legación, con los cuales colaboró el periodista serbio Vlasic. Éste, una vez detenido, confesó la falsificación y dió sobre ella interesantes detalles confirmatorios de la enquesta del doctor Masaryk.

VI

Nuevos intentos de conciliación. Su fracaso.

Una de las consecuencias del proceso de Agram fué unir a los croatas y los serbios de Croacia-Eslavonia. La grandiosa victoria que les proporcionó el proceso contra el doctor Friedjung, obligó al Gobierno húngaro, del cual había sido nombrado presidente el conde Khuen-Hedervary (enero de 1910) a hacerles algunas concesiones.

Al llegar al poder en Hungría el conde Khuen-Hedervary —el ex virrey de Croacia, de triste memoria—, entró en violenta lucha contra los partidos de la coalición magyar y buscó ayuda en los croatas. En sustitución de Rauch, nombró *ban* a su amigo personal Tomasic, a quien encargó que se entendiera con la mayoría de la Dieta de Zagreb. El 7 de febrero de 1910 el nuevo gobernador pactó con la coalición croato-serbia, sobre las bases siguientes: 1.ª, que todo el Gobierno croata precedente, tanto el *ban* como sus secretarios y altos empleados, se retiraría; 2.ª, que la coalición serbo-croata apoyaría al nuevo gobierno; 3.ª, que el gobierno se comprometía a restablecer las garantías constitucionales en Croacia-Eslavonia; 4.ª, que

se elaboraría una nueva ley electoral ampliando el derecho del voto en grandes proporciones, pero sin llegar al sufragio universal completo, y 5.ª, que se daría a Croacia las leyes constitucionales que reclamaba.

Este pacto constituyó una nueva equivocación de los croatas, excesivamente cándidos en cuestiones de alianzas y convenios. La ley electoral que pedían les fué concedida, y en su virtud el número de electores de Croacia-Eslavonia pasó de 47.000 a 200.000; pero las otras bases del pacto quedaron incumplidas.

Al contrario, consolidado en el poder, Khuen-Hedervary emprendió de nuevo la política de magyarización. Renovó las tentativas para reconstituir en Croacia el partido magyarón, aprovechando la buena fe de los croatas, que concedieron a los amigos del presidente del Consejo húngaro los puestos vacantes en la Dieta de Agram cuando se estableció el citado pacto. Hizo nuevos esfuerzos para dividir y enemistar a los croatas y a los serbios y a los diversos partidos croatas entre sí. Tan pronto se percataron de la deslealtad, los confiados croatas protestaron vivamente y dieron el pacto por roto.

En el mes de agosto de 1910 el *ban* Tomasic disolvió la Dieta croata. Las nuevas elecciones, celebradas en el mes de octubre del mismo año, constituyeron una derrota para Tomasic, que sólo sacó triunfantes 18 de sus candidatos (1). También esta Dieta fué disuelta.

En el mes de noviembre de 1911 celebráronse otra vez elecciones. El *ban* realizó un trabajo previo de coacción y corrupción, dirigiendo principalmente sus esfuerzos contra la coalición serbo-croata (2), sin obtener lo que se proponía. El resultado de los escrutinios fué el siguiente: coalición serbo-croata, 28 diputados; partido del Derecho, 27; partido lealista

(1) En Croacia, el voto era público y verbal. Y ya es sabido que la publicidad del voto favorece en gran manera las coacciones electorales.

(2) *The Southern Slav question*. London. 1912.

o magyarón, 21; partido rural croata, 8; partido radical serbio, 3; independiente, 1.

Pero la nueva Dieta no llegó a reunirse, precisamente porque no resultó como quería el Gobierno de Buda-Pesth. El 27 de enero de 1912 un decreto real la disolvió, por la razón —¡razón famosa! — de que la composición de la Dieta no permitía esperar que realizase su labor.

Tomasic presentó la dimisión. Fué nombrado *ban* Cuvaj, hombre de procedimientos enérgicos y despóticos, que cumplió perfectamente la misión que los magyares encargaron al virrey y que consistía, como dice Seton-Watson (1), en ser agente comisionado para combatir la nacionalidad croata y someter Croacia a Hungría. Las arbitrariedades del nuevo virrey no consiguieron tampoco destruir la protesta patriótica.

VII

La dictadura. Violencias y atentados.

La efervescencia popular fué tan inquietante en Croacia, que el gobierno de Buda-Pesth se vió en el caso de suspender las garantías constitucionales, y de concentrar en el *ban* Cuvaj todos los poderes civiles y militares. Uno de los primeros actos del poder dictatorial fué el de suprimir el derecho de huelga, la libertad de idioma y la autonomía constitucional (abril de 1912). Se persiguió inícuamente a los patriotas; muchos de ellos fueron encarcelados y otros huyeron al extranjero. Cerrose gran número de sociedades serbias y croatas, incluso de beneficencia. En ciertos casos, la tiranía del *ban* se hizo bufa, llegando a intervenir en la elección de casas de huéspedes para los estudiantes, a los cuales se obligó a vivir en casas clasificadas por las autoridades como «honradas y no comprometidas.»

(1) *The Southern Slav question.* London. 1912.

Entre las medidas represivas hay que citar la previa censura sobre la prensa, que fué ejercida con extremo rigor. En España, y sobre todo en Cataluña, conocemos suficientemente las fechorías de la censura periodística; pero hemos de confesar que lo que aquí hemos visto, en este punto, no es nada comparado con lo que sucedía en Croacia (y en toda Hungría). Los periódicos debían retrasar la salida de seis a ocho horas a causa de la censura y se les exigía el depósito de una suma de 5.000 francos. Los que no depositaban esta suma tenían que cesar en su publicación. La Unión profesional de la prensa de Zagreb formuló una protesta que envió a la prensa austríaca y extranjera.

Durante este período de agitación y de latente revuelta, Cuvaj fué objeto de un atentado (8 junio 1912). Volvía en automóvil de una fiesta, cuando un estudiante bosniaco, llamado Jukics, disparó sobre el vehículo un tiro de revolver. Cuvaj resultó ileso, pero quedó mortalmente herido uno de los altos funcionarios que le acompañaban. Perseguido por la policía, el agresor, antes de ser detenido, mató a un agente e hirió otro.

La indignación producida en Croacia por los procedimientos magyares fué tan general, que hasta los niños de las escuelas primarias organizaron manifestaciones por las calles, cantando himnos patrióticos, y declararon la huelga escolar.

Las vejaciones de que se hizo víctima a los serbo-croatas fortalecieron la solidaridad eslava en el Imperio austro-húngaro. Los checos, especialmente, se colocaron al lado de sus atropellados hermanos de raza.

En el mes de febrero de 1912 se produjeron sangrientos tumultos en Serajevo, capital de Bosnia, con motivo de una manifestación organizada por los estudiantes y los socialistas en favor de Croacia y contra Hungría. Entre los manifestantes y la policía se produjo una colisión a pedradas y a tiros. La policía se portó brutalmente, resultando un muerto y numerosos heridos.

Consignaremos aquí, de paso, que Bosnia-Herzegovina, que pertenecía a la vez a Austria y a Hungría, sin pertenecer particularmente ni a la una ni a la otra, se encontraba en una situación especialísima. El presidente de la Dieta bosniaca, a últimos de 1911, decía:

«Para todo tenemos que dirigirnos al Gobierno austríaco y al Gobierno húngaro. Sin embargo, como estos últimos tienen ya bastantes asuntos interiores sobre sí, no disponen más que raras veces del tiempo necesario para ocuparse de Bosnia-Herzegovina.

»Este deplorable estado de cosas es consecuencia natural de que la situación de nuestro país no está todavía definida desde el punto de vista del derecho público.»

VIII

Los diversos aspectos del pleito croato-húngaro.

Las relaciones jurídicas entre Hungría y Croacia dieron motivo a incesantes controversias y discusiones.

Queriendo plantear la cuestión desde el punto de vista del «derecho histórico», Mailath habla extensamsnte, en su libro sobre Hungría, de la falta de fundamento histórico de las reivindicaciones croatas. Las ideas que el escritor magyar expone chocan tan violentamente con los principios de justicia y libertad admitidos en el occidente europeo, que nos convencen de lo contrario de aquello que pretende demostrar el autor.

En esencia, todo el débil andamiaje de los argumentos de Mailath se basa en la afirmación de que el territorio de Croacia-Eslavonia no es el mismo que ocupó el Estado croata en la historia, cosa que sólo parcialmente es cierta. Pero, aunque lo fuese totalmente, el argumento tiene muy poco valor. Si un

desplazamiento territorial o un cambio de fronteras destruyese los derechos nacionales de un pueblo, en el centro y en el este de Europa no podría sostenerse ninguno de estos derechos. Y mucho menos podría sostenerse si se admitiese el otro argumento capital de Mailath, es decir, que aquellos territorios pertenecen a la corona de Hungría porque Hungría los conquistó. Hay que advertir, no obstante, que la parte de la Croacia histórica que formaba parte de Hungría, entró en ella, como ya hemos visto, por una unión dinástica. El carácter plenamente autónomo de Croacia en los primeros siglos de su unión con la corona húngara, común más tarde con Austria, lo prueba de manera irrefutable Albert Malet en su estudio sobre la nacionalidad serbo-croata (1). Para mejor demostrar la mentalidad de la nobleza magyar, traduciremos textualmente unas frases de Mailath, quien, por cierto, quiere pasar por liberal. Hablando del ya explicado conflicto del idioma en los ferrocarriles de la Croacia, decía:

«Creo preferible poner en claro el *lado político* de la cuestión croata, pues esta cuestión es, en primer término, una cuestión de poder: se trata, ante todo, de saber quién es el más fuerte.

»Para Hungría, mantener el carácter húngaro de los ferrocarriles del Estado húngaro, asegurarse, si es posible, por la fuerza y, en caso necesario, por el hierro y por el fuego, la supremacía de la lengua húngara en las líneas croatas de estos ferrocarriles, es una cuestión de vida o muerte: en efecto, nosotros sólo podemos llegar a nuestro puerto de Fiume pasando por Croacia. Nos sería necesario ser dueños de la ruta de Fiume, aunque el derecho no estuviese de nuestro lado. No hay que ser escrupuloso (difficile) en el empleo de los medios políticos...

»En todo caso, Hungría no puede tolerar que sus adversarios se mofen de ella, desde el momento que los croatas quie-

(1) *Les aspirations autonomistes en Europe*, págs. 143 y 144.

ren destruir una unidad de Estado fundada sobre la historia y sobre la ley y desde el momento que Hungría es políticamente bastante fuerte para resistirles y para imponerles silencio» (1).

Algunos escritores imparciales han encontrado una excusa al brutal unitarismo magyar en las necesidades vitales de Hungría, en su especial situación geográfica y étnica. Charles Loiseau escribía (2):

«La nación magyar quizá sufre más rigurosamente que otra cualquiera la ley de la lucha por la vida. Hay que decirlo en descargo suyo y no recriminar, sin reservas, su temperamento. En un siglo en que el sentimiento de la raza se despierta, atribuyéndose una parte preponderante en la formación o la reforma de los cuerpos políticos, la situación de los magyares es particularmente peligrosa. No están vinculados a ninguna de las grandes familias europeas. No les es dado pronunciar esta palabra, que por sí sola es un dulce consuelo para los pueblos aislados: hermanos de raza; o si la pronuncian se les une a los mongoles. Las agrupaciones constitutivas de la nueva Europa se operan en torno de su pequeño grupo, en virtud de una ley natural contra la que deben reaccionar, so pena de quedar reducidos a un papel nulo y a una seguridad dudosa. De ésto proviene el carácter artificial e inquieto de su política. Hay algo de defensivo en su plan de asimilación encarnizada. Su bloque étnico no puede ser sostenido más que por el aluvión. Su política, ante los eslavos del sud —así como ante los eslovacos y los rumanos—, no es más que el desarrollo de este espíritu de conservación egoísta y militante. Las vejaciones que infligen a esta nación, que les ha entregado el dualismo, no son puro efecto de un odio de raza que obra sin finalidad y únicamente por tiranizar. Ellos no han resuelto—como lo sostiene a veces la exaltación de los patriotas croatas—mantener al país en una especie de servidumbre a distancia, análogo al

(1) *La Hongrie rurale, sociale et politique*, págs. 279, 280 y 282.
(2) *La Hongrie et l'opposition croate.*

régimen que Inglaterra aplica a Irlanda o al que Austria hizo sentir a la Lombardía. Es otro espíritu, es otro sistema. Ellos exigen, a la vez, más y menos.»

Pero las disculpas que cita Charles Loiseau pierden valor cuando él mismo concreta la finalidad y los procedimientos de la política de los magyares. «Su fin—sigue diciendo—es hacer entrar por fuerza a Croacia dentro del molde magyar, obligar a la idea nacional a fundirse en la unidad política que la constitución de 1867 creó en su provecho y de la que son el alma... Su enemigo —el del pueblo magyar— es, pues, la nacionalidad de los otros. Por el poder ejecutivo y por el presupuesto, disponen de la vida nacional en Croacia. Por la explotación del interés y por el miedo, intentan absorber su vida íntima. Su método consiste en asociar a los mismos croatas a la obra de magyarización, llenando las funciones públicas y la Dieta de empleados sumisos y de diputados complacientes.»

Uno de los pleitos entre croatas y magyares era el de Fiume, pleito en el cual los primeros acusaban a los segundos de falsarios. Cuando, en 1868, se pactó la Nagoda, los delegados de los dos reinos no pudieron entenderse en la cuestión de Fiume, y la dejaron sin resolver, haciéndolo constar así en el artículo 66 del pacto. Pero después los magyares pegaron encima del pergamino del texto croata una tira de papel con la nueva redacción del artículo 66, por la cual se hacía de la ciudad de Fiume y de su distrito un cuerpo autónomo aparte, unido a la corona de Hungría. El texto magyar fué ya redactado con la modificación fraudulenta y sometido así a la sanción del Parlamento húngaro y a la firma de Francisco-José. Tan evidente es la falsificación, que, si se mira al través el pergamino, se lee claramente el texto primitivo y verdadero (1). De ésto se deduce que Croacia fué desposeída de una parte de su territorio nacional gracias a una falsificación documentaria.

(1) IVAN BOJNICIE: *Las leyes sobre el compromiso húngaro-croata.* El autor de la citada obra es director de los archivos reales de Agram.

El conde Mailath intenta demostrar que Fiume no pertenece a Croacia, sino a Hungría (1).

La cuestión de las relaciones financieras entre Croacia y Hungría era otra fuente de conflictos. Al lado de la Nagoda política permanente existía una Nagoda o pacto financiero, que era preciso renovar cada 10 años. Como hace notar Seton-Watson, el régimen financiero croata-húngaro resultaba complicado y oscuro y no daba a Croacia garantías contra la explotación magyar (2).

El criterio con que han juzgado los magyares la cuestión de las nacionalidades lo revela una frase del conde Khuen-Hedervary ante el Parlamento de Budapest, con motivo de hablarse de la rivalidad croato-italiana en Fiume. «A nosotros—decía el hombre de Estado húngaro—no nos interesa saber quién es italiano, ni quién es croata, sino quién es amigo de los magyares.»

Firmado por un ex diputado croata, se ha dicho, con razón (3): «¿Qué pensar de una comunidad política que al cabo de cuarenta y cuatro años de existencia no encuentra ya un solo partidario en el país entero? ¿No es verdad que los magyares, con sus violaciones perpetuas del compromiso, con su magyarización odiosa y con sus medidas de explotación económica y financiera, han hecho todo lo posible para hacer detestable a los ciudadanos croatas el estado político actual de su patria? No sería milagro que los temores de los magyares tuviesen fundamento». Así y todo, el articulista añadía que no lo tenían y negaba que existiese un movimiento separatista en Croacia. Pero es indudable que la gran mayoría de los croatas aspiraban a un cambio de régimen, dentro de Austria-Hungría o fuera de ella.

(1) *La Hongrie rurale, sociale et politique,* págs. 282 y 283.

(2) R. W. SETON-WATSON: *The Southern Slav Question.* Hablando de esta notable obra, decía Mr. H. Sacher, en el diario inglés *The Daily News & Leader:* «Seton-Watson es reconocido generalmente como la primera autoridad que posee nuestro país respecto a la política interna de Austria-Hungría.»

(3) *Un coup d'Etat en Croatie.* Artículo publicado en *L'Action* del día 9 del mes de abril del año 1912.

IX

Croacia y Serbia.

Sobre la unión de Croacia y Serbia, tema actualísimo, decíamos en la edición catalana de este libro:

«El porvenir de Croacia está vinculado íntimamente a dos cuestiones: la del cambio de organización de Austria-Hungría y la del desarrollo y fortalecimiento del reino de Serbia. Hay grandes fuerzas que mantienen unida la Croacia a Austria-Hungría y otras que la empujan hacia el sud, hacia Belgrado, hacia el reino creciente y renaciente de la libre Serbia. Las grandes soluciones del problema serbo-croata son dos: 1.ª La creación de un tercer Estado en la monarquía austro-húngara, reuniéndose así en un grupo autónomo a los yugo-eslavos de aquélla. 2.ª La secesión de los yugo-eslavos de Austria-Hungría para formar, con la Serbia engrandecida, el gran Estado serbo-croata independiente. Tiempo atrás, habíase creído posible que dentro del nuevo Estado habsburgués entrase el reino de Serbia; pero la guerra de los Balcanes, con la expansión hacia el sud de la Serbia victoriosa, hizo más difícil que nunca esta solución, pues los serbios del reino balcánico podían renunciar menos que nunca a su plena independencia.

»Si Austria permanece en pie o cualquier causa interior o exterior no produce la disgregación, puede darse como seguro que se impondrá la primera solución indicada, la de la creación de un Estado sud-eslavo en el imperio. La influencia eslava va en aumento dentro de éste y es probable que antes de pocos años los eslavos conquisten la hegemonía. En este caso son de prever nuevas complicaciones y nuevos problemas, pues no hay que pensar que los austro-alemanes, y menos los ale-

manes de la Confederación se resignen a ver como se convierte Austria-Hungría en un Estado eslavo.

»Ya en 1840, escribía Saint René Taillandier, como impresión de su viaje a los países de Austria-Hungría: «Austria estaba encargada de someter a la influencia germánica los pueblos extranjeros reunidos al imperio y son estos pueblos los que la atraerán a ella. Al menos, ellos así lo esperan y lo dicen claramente. ¡Esperanzas quiméricas! se pensará. Está bien; pero que se sepa, no obstante, que Alemania comienza a inquietarse y que ha dirigido ya más de un aviso a Austria.»

»La segunda solución, la de la incorporación de Croacia al reino libre de Serbia, sería segura si se deshiciese el conglomerado austro-húngaro, salvo en el caso, nada probable, de que una gran potencia se anexionase aquélla.»

Los hechos han confirmado estas previsiones.

Entre algunos elementos croatas, especialmente entre los estudiantes, había hecho algunos prosélitos la idea de crear una República federal sud-eslava.

»Sólo la ruína de Austria-Hungría—añadíamos—con el hundimiento de los dos Estados de la monarquía dual, haría posible la secesión de los serbo-croatas que hoy forman parte de ella. Estos hállanse establecidos sobre la costa adriática, indispensable militar y comercialmente al Imperio austro-húngaro. Privada de salida al Adriático por la secesión de las tierras eslovenas y croatas, Austria-Hungría dejaría de ser una potencia importante. Mientras el Imperio tenga fuerza para oponerse al ideal de la Gran Serbia, este ideal no se verá realizado» (1).

René Henry no creía en la persistencia de la inteligencia serbo-croata, ni en la futura unión definitiva de estas dos ramas: «El croata—decía—sabe que el serbio prefiere anexionárselo a unirse a él. El serbio será siempre para el croata un oriental. Es de creer que la paz pactada entre ellos no será de larga duración. O conflictos religiosos en el reino de Croacia o conflictos nacionales en Bosnia, o una inteligencia temporal probable sobre la costa adriática entre los serbios y los italianos, rivales de los croatas, dejarán al descubierto bien pronto el abismo secular, cubierto, pero subsistente. Y si estas diferencias tardasen mucho en producirse naturalmente, el magyar político, poco escrupuloso y siempre en acecho, se acordaría, sin duda, de que sabe reinar dividiendo» (1).

(1) Recuérdese, a propósito de esto, las palabras de Mailath, que hemos citado anteriormente (pág. 147) sobre la necesidad vital que tienen los magyares de poseer el puerto de Fiume.

Muy diferentemente pensaba Albert Malet, quién creía en la futura unión serbo-croata y hasta pan-serbia. «Para los que les han visto de cerca—escribía (2)—, entre serbios, croatas, dálmatas, montenegrinos, bosniacos y herzegovinos, las diferencias son las mismas que cien años ha en Italia entre piamonteses, venecianos, toscanos, romanos y sicilianos. Estos pueblos tienen hoy plena conciencia, y éste es el hecho capital. Decir que existe en ellos, en la masa misma del pueblo, un movimiento pan-serbio, sería absolutamente falso. Solo los campesinos del reino serbio tienen, creo yo, la noción de la gran Serbia. Pero si la idea no es todavía popular en todas partes, se la encuentra en toda la *élite*. Esto es lo esencial: no son los *lazzaroni* de Nápoles ni los gandoleros de Venecia los que han hecho la unidad italiana, sino los pensadores. Pues bien: a todos los que piensan, en el mundo serbio, la idea de la gran Serbia les es familiar.»

Otro aspecto del problema estaba en la lucha entre eslavos y alemanes. La raza eslava es para los alemanes el enemigo histórico, el «enemigo hereditario», como dicen ellos. Hemos visto cómo desde principios de la Edad Media eslavos y germanos se disputan las tierras y el poder. Los eslavos tienen

(1) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient.* Págs. 272 y 273.

(2) *Les aspirations autonomistes en Europe. La Nationalité Serbo-Croate.* Pág. 174.

sobre los germánicos la ventaja del número; y, a medida que desplieguen, organicen y aprovechen sus fuezas, harán inclinar cada vez más hacia su lado la balanza de las probabilidades de victoria.

«Es innegable —decíamos en la edición catalana— que Alemania y los austro-alemanes pueden encontrarse un día cogidos y aplastados entre un oriente y un occidente hostiles. Por eso hay una verdadera alianza, no ya diplomática, sino espiritual y sentimental, entre los eslavos, los latinos y los anglosajones, especialmente entre las dos primeras razas, ante las pretensiones de expansión y dominio manifestadas por los alemanes. El Drang nach Osten choca cada día más violentamente contra la defensa eslava, la cual va convirtiéndose en ofensa... La táctica ofensiva de los eslavos puede hacer vacilar todo el poder de los alemanes y detener su expansión nacional e imperialista. En cuanto a Austria-Hungría, se puede arriesgar este dilema: o se convertirá en un Estado eslavo, es decir, en un Estado donde los eslavos tendrán la hegemonía, o la vieja monarquía de la Europa central se hundirá y se deshará, probablemente en medio de un cataclismo europeo.»

Ya decía René-Henry que «Austria-Hungría es un Estado viable, pero vulnerable» (1).

Mr. Setton-Watson (2) expresaba en su libro la creencia de que Austria subsistiría, si bien con otro régimen, y que el porvenir de los serbo-croatas estaba en la monarquía de los Habsburgo. Pero cuando el autor inglés escribió su libro, la guerra de los Balcanes aun no había sobrevenido. A nosotros nos parecieron muy dudosas las previsiones del autor inglés, desde el momento que en el problema de Austria-Hungría entraban, no sólo las luchas de las nacionalidades que lo integraban, sino también y muy principalmente las rivalidades entre las grandes potencias de Europa.

(1) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient*, pág. 78.
(2) *The Southern Slav Question.*

«Y no puede preverse hoy —añadíamos— qué solución tendrá este transcendental problema europeo. Hay motivos para temer que se resuelva en los campos de batalla, aunque las generaciones futuras, según las palabras del ministro británico Winston Churchill, califiquen de locos a los hombres de la generación que vaya a tal catástrofe, en la que podría naufragar la civilización. Por eso la locura de la paz armada—una paz que tiene muchas de las siniestras consecuencias de la guerra—causa cada día más angustia en Europa. Pasan los años entre peligros, y la temida conflagración europea no estalla. Vemos, sin embargo, que las potencias obran en el terreno diplomático y en el militar como si hubiese estallado. La gran incógnita —trágica incógnita quizá— flota encima de Europa. Y de esta incógnita depende el porvenir de Austria-Hungría y, por tanto, el del problema sud-eslavo, que tan directamente afecta a Croacia.»

«Detrás de la cuestión croata —hacía notar Ch. Loiseau (1)— se ve aparecer la nueva cuestión de Europa, la evolución lenta y caótica de los yugo-eslavos hacia la unidad, no sé qué rocío de porvenir, que fertilizará los campos de batalla de la Cristiandad y del Islam.» Y añadía, después de evocar bellamente las tierras yugo-eslavas: «Conjunto de recuerdos; mundo que se elabora; pueblo que espera.» Escritas en 1895, estas palabras nos aparecen hoy singularmente clarividentes. Coinciden con las que escribió Albert Malet al final de su citado estudio sobre las nacionalidades serbo-croatas: «El pueblo serbio es menos interesante por lo que es que por lo que puede ser y por lo que debe ser.»

La anexión de la Bosnia-Herzegovina al Imperio austrohúngaro, aunque favoreció la solución trialista dentro del mismo Imperio, fué un golpe dado contra el ideal de la Gran Serbia. Albert Malet hacía notar, oportunamente, que, en 1859, Austria ocupaba buena parte de tierra italiana y que, no obs-

(1) *La Hongrie et l'opposition croate.*

tante, al cabo de pocos años, la unidad y la libertad de Italia se habían realizado. Y encontraba natural que se viese en estos pueblos sud-eslavos, que entonces formaban una mescolanza de reinos y de provincias, «la esperanza de un gran Estado unificado y la promesa de un gran pueblo».

X

La Jugoslavia (1)

A. Malet y R. Pinon, con cuya opinión coincidíamos, han tenido razón contra Setton-Watson y R. Henry. Hoy, la Yugoslavia es ya una realidad. Serbia, Croacia-Eslavonia, Eslovenia y Montenegro constituyen el Reino Unido de los Serbios, los Croatas y los Eslovenos, proclamado en febrero de 1919.

La mayor victoria nacional que ha salido de la gran guerra es la de la raza serbo-croata. Pero, antes de llegar a la victoria, durante los cuatro años de la lucha, ha debido pasar esta raza fuerte por terribles pruebas. En los países serbo-croato-eslovenos que formaban parte de la monarquía de los Habsburgo, la persecución de los patriotas fué crudelísima. Serbia, aplastada y destruída en el otoño de 1915, vió la resurrección casi milagrosa de su ejército en el frente de Macedonia, y obtuvo, junto con sus aliados occidentales, el triunfo transcendental que causó la capitulación de Bulgaria y permitió la rápida reconquista del devastado solar serbio.

Para suprimir de un modo definitivo las posibilidades de la formación de la Iugoeslavia, de la Gran Serbia, provocaron los ex Imperios centrales la guerra magna. En tierras yugoeslavas saltó la chispa que causó el incendio. Y al extinguirse las llamas formidables, la Jugoslavia, la Gran Serbia, aparece en pie, políticamente constituída, como una fuerza joven e impetuosa, llena de promesas para el porvenir.

(1) Capítulo añadido a la obra por el autor.

HUNGRÍA

I

El pueblo magyar.

Es cosa generalmente admitida que los magyares o húngaros pertenecen a la familia étnica de los fino-ugranios o turanios, como los fineses, los turcos y los ávaros. Sin embargo, hace pocos años fué combatida esta tesis. El doctor Bastian, de Berlín, sostuvo la siguiente teoría: «En la llanura que se extiende al norte del Cáucaso, las tribus de los hiú-hunos estuvieron en contacto con multitud de pueblos, en la parte septentrional con los fineses, al sur con las hordas turcas; les tomaron ciertas ideas y sonidos, quizá hasta palabras. Pero nos equivocaríamos completamente si de ello quisiéramos deducir su origen finés o turco... Los hiú-hunos son una raza aparte, que no es finesa ni turca; y de esta tribu ha salido el pueblo magyar.»

El magyar Zichy, después de un viaje de estudios al Cáucaso, al Turquestán, la Siberia y al desierto de Gobi, declaró que es cierta la hipótesis de Bastian y afirmó que la raza húngara o húnica es una raza original, primordial, sin ningún parentesco con los turcos ni con los fineses, y que, salida de la China septentrional, permaneció desde el siglo II al siglo X en el norte del Cáucaso, conservándose allí libre de toda mezcla étnica. No obstante, la hipótesis de Bastian y Zichy necesita, para ser plenamente admitida, una demostración más completa.

Fué en el siglo X cuando los guerreros hunos, acaudillados por Arpad, pasaron al otro lado de los Cárpatos, entrando en contacto y en lucha con los eslovacos y los alemanes. Por fin se establecieron definitivamente en la gran llanura de los ríos Danubio y Tisza (Theiss, en alemán), que ha formado desde entonces el territorio magyar.

En los primeros siglos de la Edad Media, toda la llanura que se extiende de Bohemia al Adriático estaba ocupada por los eslavos, que constituían un gran imperio. Los eslovacos o o grandes eslavos, situados al norte de esta llanura, estaban en contacto con los eslovenos o pequeños eslavos, que ocupaban el sud. La invasión de los húngaros separó las fracciones eslavas, colocándose como una cuña entre ellas.

Con todo, rota la continuidad territorial entre los eslavos del norte y del sud, quedan entre ellos islotes numerosos que son como los pilares de los puentes, entre las dos fracciones.

Sobre un buen mapa etnográfico, veremos uno de estos puentes en la frontera que separa Austria de Hungría, donde existe una hilera de islotes eslovenos; otro puente lo encontraremos en la orilla del mar Negro, formado por islotes búlgaros. Uno de los ideales del eslavismo ha consistido en volvolver a unir territorialmente las dos grandes agrupaciones del mundo eslavo, separadas por los magyares y los rumanos desde hace muchos siglos.

Al hablar de Hungría hay que distinguir el Estado húngaro (ya derrumbado) o países de la corona de San Esteban, de la nacionalidad húngara. En el Estado húngaro no había solamente los magyares o húngaros propiamente dichos, sino que había también eslovacos, croatas, rumanos, sajones de Transilvania y numerosos serbios y ucranios. Los magyares, dentro del Estado en que hasta hace poco han ejercido la hegemonía, no llegaban a representar el 50 por 100 de los habitantes.

En conjunto, el Estado húngaro o Transleitania formaba

un territorio de 324.851 km.², de los cuales correspondían a Croacia-Eslavonia 42.535.

Hungría es un país principalmente agrícola. Tiene inmensos campos de trigo y maiz en la gran llanura, en la famosa *puszta,* que tanto aman los magyares y que Alejandro Petœfi cantó tan bellamente. Es el país de Europa donde hay más porcentaje de habitantes del campo. Los húngaros sólo tienen una gran ciudad, la capital, Budapest, formada por la moderna Pesth y la antigua Buda, unidas mediante puentes sobre el Danubio.

Entre los magyares la instrucción está regularmente desarrollada, mucho más que entre las otras razas de la Transleitania.

La religión de los magyares es casi exclusivamente la católica.

II

La unión de Hungría a Austria.

El rey Esteban I extendió en la Hungría el cristianismo, mereciendo del papa Silvestre II el presente de una corona real, que es histórica en Hungría y con la cual son coronados sus reyes.

A últimos del siglo XI y a principios del XII, los magyares dirigieron sus conquistas hacia el sud, agrandándose considerablemente su territorio. Al extinguirse la dinastía de los Arpad, la corona húngara fué electiva.

En el siglo XVI la invasión turca redujo a los magyares a una situación tristísima. Entraron los otomanos hasta el corazón de Hungría y la devastaron. Los reyes de ésta vieron circunscritos sus dominios al noroeste del país. Los húngaros contribuyeron de un modo principal a la gran obra de oponer una barrera al avance de los turcos, gracias a la cual pudo desarrollarse en el occidente europeo una espléndida civilización.

En 1490, los Jagellones reunieron bajo su soberanía a los

reinos de Hungría y de Bohemia. En 1526—después de la batalla de Mohacs, que permitió a los turcos penetrar en Hungría—el emperador Fernando de Habsburgo fué elegido para estas dos coronas. Una Dieta húngara lo eligió en Presburgo; pero una gran parte de los magyares no quiso aceptar al rey extranjero; y otra Dieta, reunida cerca de Szekesfehavar, proclamó rey a Szapoljai. Posteriormente continuaron eligiéndose reyes nacionales frente a los Habsburgos; pero éstos acabaron por imponer a Hungría su dominación.

La política unitaria de José II, en el último tercio del siglo XVIII, chocó principalmente con la resistencia pasiva de los magyares, resistencia tan firme, que el emperador tuvo que renunciar a sus proyectos respecto a Hungría.

Entre las medidas unitarias de José II debe citarse la introducción de la lengua alemana en Hungría y en los demás países del Imperio. Un magnate magyar protestó de ello, y el monarca le dirigió aquellas palabras, que muestran claramente el ideal unitarista que inspiraba su obra: «La lengua alemana es la lengua universal de mi Imperio. Yo soy emperador de Alemania: los Estados que poseo son provincias que no forman más que un solo cuerpo con el Estado del cual soy jefe. Si el reino de Hungría fuese la más importante de mis posesiones, no vacilaría en imponer su lengua a los otros países.» Es de notar que la obra unitaria del emperador coexistía con otra obra liberal: esto es lo que se llama *josefinismo*.

Así, pues, si la política de José II tenía un anverso simpático, tenía también un reverso antipático. «No se omitió nada —dice L. Léger (1)— para reducir a Bohemia y a Hungría al rango de simples provincias. El emperador pretendía germanizar, costase lo que costase, los dos reinos y gobernarlos como un tirano liberal.»

Los hombres de Estado austríacos, imbuídos de unitarismo, intentaron repetidamente llevar a la práctica los planes

(1) *Historie d'Autriche-Hungrie.* Pág. 377.

de José II, sobre todo desde 1806. Adaptándolos a las circunstancias, los aplicaron con relativo éxito de 1815 a 1825; con un fracaso completo en 1847; y después, de 1850 a 1860 y de 1861 a 1865.

III

El renacimiento patriótico. Insurrección de 1848. El pacto de 1867.

Al impulso de las ideas de la revolución francesa, prodújose un gran renacimiento patriótico en el primer tercio del siglo XIX. Los magyares sintieron la dignidad de raza y el amor al idioma, que eminentes poetas y novelistas honraron con obras maestras. La Dieta de Budapest, que desde muchos siglos atrás usaba el latín como lengua oficial, adoptó la lengua magyar.

Conscientes de sus derechos, los magyares plantearon ante Austria sus reivindicaciones nacionales. Desatendidas éstas, apelaron, en 1848, a la rebelión.

Entre las revueltas austríacas y europeas de aquel año, la de Hungría fué la más formidable. A la voz del gran Luis Kossuth, todo aquel pueblo, ebrio de entusiasmo, alzóse por la libertad de la patria. En la épica lucha tomaron parte todos los húngaros: los jóvenes y los viejos, los hombres y las mujeres, los poderosos y los humildes. Los soldados recitaban poesías patrióticas y los poetas empuñaban las armas. El poeta Petoefi, que durante la guerra murió heroicamente en el campo de batalla de Segesvar, enardecía al pueblo con encendidas estrofas (1).

«¡En pie, magyares! —dicen unos versos suyos— ¡La patria

(1) El eminente escritor francés Saint-René Taillandier escribió, hablando de Petoefi, que éste era «un poeta del pueblo» y que, «no escuchando más que su corazón, expresa sus emociones en el idioma franco y decidido de la tierra natal». Nació Petoefi en 1823, de manera que sólo tenía 26 años cuando dió su sangre por la libertad de la patria.

os llama! Ha llegado el momento: ¡ahora o nunca!; ¿Seremos esclavos u hombres libres? Esta es la ocasión: ¡escoged! Nosotros juramos por el Dios de los húngaros, nosotros juramos que nunca más seremos esclavos!

»Hasta ahora hemos sido esclavos, malditos por nuestros abuelos; ellos que vivieron y murieron libres, pueden descansar en paz en una tierra esclavizada.

»¿Habrá un hombre, un miserable que, si es necesario, no tenga el valor de morir ahora y para el que la vida despreciable valga más que el honor de la patria?

»La espada es más brillante que la cadena; adorna mejor el brazo y, no obstante, nos resignamos a la cadena. ¡Sal de la vaina, vieja espada nuestra.

»El nombre húngaro surgirá resonante, digno de su antigua gloria; nosotros vamos a lavarlo de la verguenza en que lo han hecho caer los siglos.

»Allí donde se abran nuestras tumbas, se arrodillarán nuestros nietos, y pronunciar nuestros nombres santificados será para ellos como decir bendiciones. Nosotros juramos por el Dios de los húngaros, nosotros juramos que nunca más seremos esclavos!»

Por su edicto del 4 de marzo de 1848, el emperador suprimió las libertades de Hungría e incorporó el país a las provincias austriacas hereditarias. Los patriotas magyares dieron su contestación en la Asamblea de Debreczen, la cual, el 14 de abril del mismo año, declaró que la casa de Habsbnrgo había perdido todos sus derechos a la corona de Hungría.

Al principio de la revuelta, los magyares vencieron las fuerzas coaligadas contra ellos. Pero entonces los rusos intervinieron; las tropas del zar entraron en Hungría y derrotaron a los magyares, que tuvieron que capitular, por fin, en Vilagos, a pesar de su heroica y desesperada defensa.

Kossuth dió a la insurrección un carácter democrático y patriótico a la vez. Si aquél hubiese triunfado, seguramente

habría sido proclamada la República independiente de Hungría. Pero fué vencido y tuvo que expatriarse. Negándose a reconocer al Habsburgo como soberano, Kossuth no quiso volver a pisar jamás la tierra de la patria. Unicamente después de morir (en Turín, 1894), su cuerpo fué llevado a Hungría.

A la derrota siguió, para los magyares, el martirio. La represión fué feroz. Durante doce años, la reacción austríaca, implacable, se encarnizó con ellos.

Pero no tardaron mucho en alzar otra vez la cabeza y en fortalecerse nuevamente. Entre ellos luchaban dos tendencias: la radical de los amigos de Kossuth y la oportunista de los de Deak. Al caer en Sadowa el poder de Austria, desarmado el Imperio, encontróse ante el pueblo magyar en pie, y se resignó a un pacto. Por parte de Hungria se impuso el criterio de Deak; y el hombre de Estado húngaro firmó en 1867 una Convención con Austria, el *Ausgleich,* que representaba la solución legal y pacífica de la lucha entre austríacos y magyares.

El *Ausgleich,* o pacto de 1867, estableció el régimen del Imperio sobre la base dualista. Como ya expresa la forma del nombre «Austria-Hungría», la constitución de 1867 creó dos Estados, compuesto uno de ellos por los reinos y países representados por el *Reichsrat:* Austria; y el otro por los países de la corona húngara, Croacia inclusive: Hungría. El río Leita señalaba parcialmente la frontera entre los dos Estados, y por esta razón al Austria se la llamó Cisleitania, o tierra de este lado del Leita, y a Hungría Transleitania, o tierra del otro lado del Leita.

La autonomía de los dos Estados era amplísima. Hungría era dueña de su vida anterior y hasta ¡ay! de la vida de las nacionalidades sometidas a su yugo.

Entre los asuntos comunes a Austria y a Hungría había los siguientes: 1.º, las relaciones exteriores y por lo tanto la diplomacia y los consulados; 2.º, el ejército en cuanto a su organización, aunque los Parlamentos respectivos debían votar los

contingentes; 3.º, el régimen de la Bosnia-Herzegovina; 4.º, las finanzas relativas a los gastos ocasionados por objetivos comunes. Tales eran los asuntos perpetuamente comunes, a los cuales correspondían ministros comunes y que eran discutidos por las dos delegaciones parlamentarias, una del Parlamento de Viena y otra del Parlamento de Buda-Pesth, las cuales, reunidas, venían a formar el Parlamento federal austro-húngaro.

Había, además, otros asuntos comunes que no eran perpetuos, sino que debían discutirse cada dos años, a saber: 1, el convenio financiero por el que se fijaban las cuotas con que los dos Estados contribuirían a los gastos comunes; 2, el tratado de aduanas y de comercio, con sus anexos, o sea la unión aduanera, los ferrocarriles, el sistema monetario y el Banco austro-húngaro. En estos asuntos, al expirar el pacto temporal, cada parte contratante recobraba su libertad.

La Convención de 1867 era aceptada por la mayoría de los partidos magyares. Pero la constitución dualista no trajo la armonía entre Viena y Buda-Pesth. Los magyares interpretaban muchos puntos del *Ausgleich* de manera diferente que los austríacos. Además, en Buda-Pesth sacudían a menudo el polvo de ciertas antiguas leyes, para reclamar nuevos derechos.

¿Qué brechas dejó abiertas al descontento de Hungría la Convención de 1867? «Apenas habíamos firmado el pacto — dice Mailath—,notamos que muchas de sus partes estaban en desacuerdo con el principio fundamental de igualdad perfecta.» Los magyares vieron que no había ejército húngaro, sino solamente austríaco; que la diplomacia era puramente austríaca, aunque los húngaros ocupaban en ella algunos puestos; que el sistema económico convertía financieramente a Hungría en tributaria de Austria; que la corte que rodeaba al rey-emperador era exclusivamente austríaca. «En una palabra — concluye Mailath —, no tenemos ninguno de los atributos que constituyen un Estado independiente» (1).

(1) *La Hongrie rurale, sociele et politique*. Pág. 262.

IV

Los partidos políticos magyares

Triunfante, con el *Ausgleich*, la política de Deak — el hombre de juicio de la nación, como se le llamó — el partido titulado liberal obtuvo el poder y permaneció en él durante largos años. El partido liberal era, en realidad, la derecha magyar. A fines del siglo pasado fué perdiendo fuerza progresivamente, y después perdió casi toda su importancia.

A este partido pertenecieron Tisza, Banffy y Andrassy. Los liberales, dice René Henry (1), han dado vida y realidad a la Convención y han obtenido para su raza y para los Habsburgos resultados espléndidos.»

El partido nacional, dirigido por el conde Alberto Apponji, puede considerarse como un partido de centro, pero con tendencias clericales. Las principales diferencias que se separaban de los liberales están en las cuestiones sociales y económicas y en un mayor radicalismo en la cuestión militar.

El partido agrario, defensor de los intereses de los grandes terratenientes, puede ser considerado políticamente como un partido conservador.

Dirigido por los Zichy, familia de nobles, el partido popular constituía una fuerza católica, clerical y de un acentuado dinastismo habsburgués.

La izquierda nacionalista magyar estaba representada por el partido de la Independencia, que defendió la completa separación política de Hungría con respecto a Austria, dejando subsistente, a lo más, la unión personal dinástica. Sus leaders fueron Kossuth — el hijo del héroe de 1848, que había abandonado los viejos radicalismos — y Ugron, cada uno de los cuales representaba una fracción diferente.

(1) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient*, pág. 66.

El partido de la Independencia dividióse posteriormente en dos, que tomaron el nombre de sus caudillos respectivos: Justh y Kossuth. El de Kossuth era de tendencias moderadas, mientras que el de Justh representaba una izquierda verdadera. «Es el único partido imbuído de ideas modernas» — hace notar Hubert Lagardelle (1).

El conde Andrassy, separado del partido liberal de Tisza en 1904, se convirtió en caudillo del «partido del 67» (de la Convención de 1867).

El conde Khuen-Hedervary, al encargarse por segunda vez del poder, organizó su titulado partido nacional del Trabajo, análogo al partido liberal.

Entre la selección intelectual, la burguesía avanzada y la clase obrera, las ideas republicanas han tenido siempre en Hungría muchos partidarios.

En los últimos años, el partido socialista adquirió gran importancia. No tenía aún representantes en el Parlamento, a causa del sistema electoral que regía en Hungría.

Durante mucho tiempo, el partido liberal estuvo representado en el Poder por el ministerio Banffy, cuya política fué reaccionaria y poco nacionalista. Se le hacía una ruda oposición; pero Banffy quiso aplastarla en las elecciones legislativas de 1896, que fueron el colmo de la corrupción, dentro de la corrupción habitual de las elecciones húngaras. La oposición parlamentaria, reducida así en número, creció en agresividad y en fuerza moral. A las demandas de establecimiento del sufragio universal, hechas por la oposición, el gobierno respondió suprimiendo las libertades de reunión y de prensa. Por otra parte, conspirando contra la autonomía económica de Hungría, intentó, mediante la llamada cláusula de Isch, fijar perpetuamente el régimen aduanero con Austria. Unidos los partidos de oposición en una campaña ardorosa, su empuje fué irresistible y el barón Banffy cayó.

(1) *De Vienne à Constantinople: En Hongrie.* De *L'Humanité* 8 ag.° 1912.

Su sucesor en el Poder fué Szell, que fusionó el partido liberal, ya muy debilitado, con el partido nacional del conde Apponji y gobernó apoyado en los dos. El ministerio Szell elaboró una serie de leyes encaminadas a remediar la enorme corrupción electoral húngara. Una fracción del viejo partido liberal, cuyo jefe era el conde Tisza, muy influyente en Viena, adoptó una actitud hostil, de recelo hacia la nueva política.

V

La crisis húngara. El sufragio universal.

En 1903 comenzó una crisis fortísima, que en algunos momentos hizo temer la ruptura de los vínculos austro-húngaros.

La ley militar de 1888, que estableció en el ejército común del Imperio el predominio de la lengua alemana, disgustó hondamente a los patriotas magyares, pero este disgusto no se exteriorizó hasta 1903.

Según la ley, era el emperador-rey el que organizaba el ejército común; pero el Parlamento húngaro debía votar el contingente militar de la Transleitania. Este voto constituía un arma poderosísima en manos de los magyares, puesto que negándose a votar el contingente que se les pedía, creaban una dificilísima situación.

Desde el día siguiente de la penúltima renovación de la Triple Alianza, el ministro común de la Guerra pidió el aumento del contingente y de las cargas militares. Los partidos de oposición se negaron a acceder a las demandas del ministro de la Guerra. Como fórmula posible de arreglo, pidieron una compensación a los sacrificios de Hungría. El conde Mailath consigna así las reivindicaciones que formuló la oposición parlamentaria ante las demandas austríacas:

«No daremos ni dinero ni soldados mientras no se devuelva

a la lengua húngara sus derechos naturales en el ejército... Votaremos los reclutas; pero con la condición de que, en los regimientos húngaros del ejército común, la lengua de mando y de servicio sea la lengua húngara» (1). Pedían igualmente los magyares el uso de las enseñas nacionales húngaras en el ejército de la Transleitania.

La resistencia magyar fué tan enérgica, que durante el Gobierno de Khuen-Hedervary, Francisco-José se avino a retirar los proyectos militares. Agravóse la lucha bajo el ministerio Tisza (1904), quien sostuvo la tesis austríaca, según la cual la cuestión de la lengua de mando en el ejército pertenecía a las prerrogativas reales, y quiso violentar las cosas modificando en sentido dictatorial el reglamento de la Cámara de los diputados. Todos los demás partidos se juntaron contra Tisza, formando la Coalición nacional y provocando un formidable movimiento de opinión.

Las elecciones de 1905 fueron un completo fracaso para el partido Tisza y una imponente victoria para los partidos de la Coalición nacional. Como dice Lagardelle (2), el conde Tisza pagó su docilidad hacia Viena con la ruina política.

Pero Viena no se dió por vencida, realizando una maniobra cuya habilidad ha sido reconocida por todo el mundo. Puso al frente del Gobierno húngaro un hombre de su confianza, el general Fejervary, y le encargó que suscitase la cuestión del sufragio universal. En efecto: el ministerio Fejervary presentó un proyecto de sufragio universal, si bien restringido por la condición indispensable de que para ser elector era necesario saber leer y escribir.

En realidad, la Corona había suscitado la cuestión del sufragio universal como una amenaza a la Coalición y como un arma para ahogar su protesta, ya que levantaba contra ella a

(1) J. DE MAILATH. *La Hongrie rurale, sociale et politique*, pág. 228.
(2) *De Vienne à Constantinople: En Hongrie.* Número de *L'Humanité* del 19 de agosto de 1912.

las masas populares. Un hombre tan poco sospechoso como Lagardelle lo reconocía claramente:

«Es la corte de Viena —decía (1)— la que ha introducido oficialmente la cuestión del sufragio universal en la vida nacional de Hungría. Paradoja aparente que tiene su explicación en una política hábil. El emperador Francisco-José quedará en la historia como el tipo del monarca astuto. Desde el día en que crecieron las masas populares ha querido, si no buscar su favor, al menos utilizar su fuerza. Era éste un elemento nuevo en el *imbroglio* de los conflictos, del cual podía servirse para amalgamas imprevistas. La monarquía austríaca no ha dejado de hacerlo y ha mantenido sabiamente los antagonismos políticos de las clases para reducir las rivalidades nacionales.»

La Coalición magyar, llegada al poder en 1906 gracias a un pacto secreto con la corte de Viena, rechazó el sufragio universal, arrastrada por sus elementos oligárquicos, que veían en él el término definitivo de su dominación. Existía, en verdad, el argumento de que se trataba de una maniobra de Viena. Pero la Coalición, si no hubiese sido en gran mayoría esencialmente contraria a la universalidad del sufragio, hubiera podido hacer fracasar tal maniobra, elaborando un proyecto de sufragio universal. Si rechazó la reforma fué porque no le era favorable, y no porque viniese en aquellos momentos de Viena. ¡Tantas cosas venidas de Viena habían aceptado los principales elementos de la Coalición!

Las razones que daba Mailath contra la implantación del sufragio universal en Hungría nos ofrecen una nueva muestra de la estructura mental de la nobleza magyar, atrasada y pretenciosa. Uno no sabe si tales razones son cínicas o ingenuas. Helas aquí:

«El sufragio universal—decía—crearía la situación siguiente:

(1) *De Vienne à Constantinople: La Hongrie.* Número de *L'Humanité* del 19 de agosto de 1912.

»1.ª Entrarían en el Parlamento 180 diputados de las nacionalidades —en vez de 20—, hombres exagerados, enemigos jurados de todo lo que es magyar, dispuestos a oponerse a nuestro desenvolvimiento en el sentido de los pueblos occidentales.

»2.ª Por la entrada en escena, bruscamente y sin transición, de una multitud no acostumbrada todavía a los derechos políticos, la tendencia del derecho común radical a no contentarse con la unión personal y con el ejército independiente, sino a luchar por una ruptura completa con la dinastía, adquiriría excesiva fuerza y se impondría sobre las aspiraciones moderadas del derecho común de hoy.

»3.ª Los jefes fanfarrones del socialismo, hombres superficiales, ignorantes, parásitos de la demagogia y de la utopia, sin madurez política ninguna, entrarían en el Parlamento con el internacionalismo y el menosprecio de la patria, y con sus doctrinas abstractas perturbarían incesantemente el trabajo práctico de esta Asamblea.

»4.ª El Parlamento bajaría a un nivel tal, que las querellas nacionalistas y el tono grosero, vergüenza de la Cámara de diputados austríaca, se aclimatarían en nuestra causa por la entrada en la Cámara de elementos sin valor, que no tienen ninguna afición a la labor legislativa práctica.

»5.ª Austria tendría en las nacionalidades y en los socialistas internacionales servidores dispuestos a todo, que se opondrían a toda aspiración nacional, fuese la que fuese...»

Que se empleen y escriban tales pseudo-argumentos, sobre todo en un libro destinado a los políticos y a los intelectuales europeos, es cosa que instruye bastante respecto al caso de Hungría. En la Europa occidental nadie se atrevería hoy a argumentar de esta manera, pues equivale a decir: rechazamos toda reforma, por justa que sea, si perjudica nuestros intereses de clase y partido.

Sostenía Mailath que la reforma electoral debía hacerse

por etapas sucesivas, cuyo término sería el sufragio universal. Durante el período intermediario, los húngaros, escribía el susodicho escritor, «intentarían, por el afecto y la buena voluntad, persuadir a nuestras nacionalidades no magyares de que no tenemos la intención de arrebatarles sus derechos, sino solamente de pedirles que se consideren como los hijos, iguales a nosotros, de nuestra patria común, cumpliendo en ella como tales sus deberes de ciudadanos húngaros». Es decir, la oligarquía magyar exigía que eslovacos, serbios, rutenos y rumanos se resignasen al unitarismo de Hungría; y si lo hacían así, quizás les daría el derecho del voto y dejarían de perseguirlos.

Todos cuantos tienen estudiado el problema del sufragio en Hungría hacían notar que la resistencia desesperada de las clases dirigentes a la universalización del sufragio se explicaba por la misma constitución social de aquel país, de carácter «ultra-feudal», según el término de Lagardelle. El núcleo del poder estaba en los magnates, dos mil de los cuales poseían la tercera parte de las tierras. A su alrededor se agrupaban la Iglesia católica, muy bien organizada; los nobles venidos a menos, dedicados a acaparar los puestos de la burocracia, y la burguesía enriquecida. Cuatro aristocracias históricas o sociales, pero no morales ni intelectuales, dirigían, pues, la sociedad húngara: aristocracia terrateniente, aristocracia eclesiástica, aristocracia administrativa y aristocracia del dinero. Éstas eran las fuerzas que luchaban por conservar, en provecho propio, el régimen tradicional del reino.

Con el sistema de sufragio que durante largo tiempo en Hungría imperó, estas fuerzas tenían asegurada su dominación. No puede imaginarse sistema más irracional, más complicado ni más tendencioso que el sistema electoral húngaro. Sólo votaba un 6 por 100 de la población. El voto era oral. En la fijación variable de las condiciones de voto y en la demarcación de las circunscripciones sólo había una idea: aumentar enormemente el número de elegidos gubernamentales y anular

la representación de los elementos hostiles al magyarismo feudal.

«Conclusión—escribe Lagardelle—: una pequena oligarquía de terratenientes explota la Hungría como una finca. Tres millones de trabajadores agrícolas, de aparceros, de pequeños cultivadores jornaleros, de pequeños propietarios, más de un millón de obreros industriales, sin contar una parte de la burguesía media y de los intelectuales, están sujetos a algunos miles de reyes de la tierra y de la hacienda.» Después añade: «Prácticamente, esta hegemonía se traduce por una triple fórmula: 1, preponderancia de la agricultura sobre la industria; 2, dictadura de la propiedad y del capital sobre el trabajo; 3, dominación de la nacionalidad magyar sobre las otras nacionalidades.»

Con el sufragio universal se habrían alzado todas las grandes fuerzas aplastadas por la oligarquía reaccionaria magyar, y ésta habríase hundido rápidamente.

El sufragio universal triunfó en Austria en 1907. Pero en Hungría se opuso a él el ministerio Wekerle. Incluso los elementos de la izquierda de la Coalición magyar, para no romper el pacto con los elementos conservadores, declaráronse opuestos al sufragio universal. Francisco Kossuth sacrificó a su cartera de ministro y a su alianza con las derechas las ideas de libertad y los altos intereses de la democracia y la justicia.

Esta situación de la política húngara no podía prolongarse. Por su causa, las agrupaciones democráticas sufrían gravemente. La coalición, al fin, fué disuelta. La cuestión del sufragio universal fué el principal motivo de la ruptura.

En el mes de noviembre de 1909 el partido de la independencia celebró una asamblea, y en una de las sesiones de ésta, uno de sus hombres más eminentes, el diputado Hollo, presentó una proposición según la cual el partido sólo podía apoyar a un ministerio propio, que excluyese toda coalición con los demás partidos y que consignase en su programa de gobierno

la implantación del sufragio universal y la creación de un Banco autónomo húngaro.

El golpe iba directo contra la coalición y contra la política coalicionista. Kossuth combatió la proposición desesperadamente. Pero fué en balde. La proposición fué aprobada por 120 votos contra 74. Al verse desautorizado y vencido, Kossuth declaró que desde aquel momento dejaba de pertenecer al partido de la Independencia, e inmediatamente salió de la sala seguido de sus amigos. Separado del viejo partido, Kossuth, creó otro, del cual fué declarado caudillo.

Desacreditada y debilitada, la coalición cayó del poder en 1909. Sucedióle Khuen-Hedervary, quien, aliado con el conde Tisza para resucitar el antiguo partido liberal, sacó de las encandalosas elecciones de 1910, una fortísima mayoría.

De tal manera se hicieron aquellas elecciones, que de los 413 diputados de la Cámara de Hungría, solamente unos seis u ocho pertenecían a las nacionalidades no magyares (eslovacos, ucranios, rumanos y serbios).

Con hechos, pruebas y documentos, Setton-Watson dió a conocer a Europa la corrupción extrema de las elecciones húngaras (1). Falsificaciones estupendas, coacciones brutales y compra pública de votos, eran sus características. Respecto a las elecciones generales de 1910, el aludido autor explica tales enormidades, que el diario *Daily News & Leader* (2) decía justamente que «algunas de las cosas que relata Mr. Setton-Watson serían increibles si no estuvieran fuera de duda.»

Contra todas estas acusaciones, los magyares oponían los mismos paupérrimos argumentos. Parece como si todos los defensores de la Hungría feudal y unitaria calcasen sus defensas en un argumento único. Véase lo que contestó a Setton-Watson el escritor F. Herczeg (3).

(1) *Corruption and Reform in Hungary*. Londres, 1911.
(2) Número de 8 de mayo de 1911.
(3) V. *Rev. de Hungr.* (feb. 1912), que se publicaba en francés en Budapest.

«En nuestra tierra, todos los ciudadanos, cualquiera que sea la nacionalidad a que pertenezcan, pueden practicar libremente su culto y hablar su lengua, y no chocan con el Estado más que cuando intentan arrogarse derechos incompatibles con la unidad nacional; Hungría, que todavía era un país oriental hace algunas décadas, hace progresos ininterrumpidos, y se acerca con rapidez maravillosa al ideal del país civilizado. Está probado desde hace mil años que solo el Estado húngaro unificado puede servir de sostén a la civilización en este punto del continente, y lo que pudiera reemplazarle no sería sino decadencia, barbarie, anarquía.»

Ésto es lo mismo que decía el conde Mailath. Los magyares de la oligarquía magyar no podían destruir los hechos de que se les acusaba, y se limitaban a sostener que estos hechos respondían al interés de la civilización. El argumento es demasiado fácil, y todos los pueblos opresores han abusado de él.

Las fuerzas de los partidos en la Cámara de los Diputados se distribuían así: partido nacional del Trabajo, 255 diputados; partido Kossuth, 54; partido de la Independencia o partido Justh, 41; partido del 67, 20; partido del pueblo o popular, 13. Las otras fracciones eran de pequeñísima importancia.

La oposición parlamentaria era una mezcla heterogénea, una alianza circunstancial de tres partidos: el clerical o partido del Pueblo; el partido Kossuth y el partido Justh, que constituía el principal motor de la campaña oposicionista.

En el país, la lucha por el sufragio universal la sostenían dos grandes fuerzas en auge: los elementos avanzados de la burguesía democrática e intelectual y los obreros, tanto el partido socialista como los sindicatos. Los primeros tenían su baluarte en la Sociedad de Sociología, de Buda-Pesth, en donde convivían los radicales de las diversas tendencias.

Hubert Lagardelle veía en los sindicatos obreros la fuerza más impetuosa que luchaba por el sufragio universal. «Ellos

son — decía (1) — los que están animados por la llama de la pasión en los días de manifestaciones populares, tan frecuentes y tan sangrientas, ¡ay! en Buda-Pesth. *La lucha por el sufragio es simbólica para ellos. Materializa la revuelta de las masas contra las fuerzas de dominación de los magnates* (2).

Las nacionalidades no magyares de Hungría, especialmente la Transilvania, se mostraban partidarias del sufragio universal, que debía darles la fuerte representación parlamentaria que les correspondía. La reforma y la purificación del sufragio aparecían como condiciones indispensables para la regeneración de la política húngara, corrompida tiempo ha.

En la primavera de 1911 volvió a tomar caracteres graves el conflicto creado por la cuestión militar. El nuevo proyecto del presidente del Consejo austríaco, barón Bienerth, establecía el servicio de dos años y aumentaba el número de reclutas.

Los húngaros, a cambio de la aceptación del proyecto, pidieron la admisión de la lengua magyar en el código de procedimientos y en los tribunales militares. De esta manera la lengua magyar sería, como la alemana, lengua oficial en el ejército.

Sobre esta cuestión hubo negociaciones entre el Emperador, el presidente del Consejo de Austria, barón Bienerth, y el presidente del Consejo de Hungría, conde Khuen-Hedervary. Éste alegaba que era dificilísimo hacer aceptar la nueva ley militar al Parlamento de Buda-Pesth, sin otorgar al mismo tiempo alguna concesión al sentimiento nacional de los magyares. El barón Bienerth contestaba que era peligroso entrar por el camino de las concesiones nacionalistas en lo relativo al ejército, pues checos, polacos, eslovenos, etc., se apoyarían en el precedente húngaro para pedir el uso del respectivo idioma n los tribunales militares.

El pleito fué resuelto finalmente en favor de la lengua hún-

(1) *De Vienne a Constantinople: Hongrie.* Número de *L'Humanité* del 20 de agosto de 1912.

(2) El subrayado es del mismo Lagardelle.

gara. Austria, pues, cedió en este punto. El idioma húngaro llegó a ser el idioma oficial de la justicia militar en Hungría, como lo era ya de la civil.

Khuen-Hedervary, para desarmar la obstrucción, hubiera deseado hacer mayores concesiones al sentimiento nacional húngaro, llegando a proponer que se desposeyese al rey del derecho de llamar a filas a las reservas húngaras antes de votarse el presupuesto anual. Mientras tanto, se había empezado una ruda campaña parlamentaria y popular en pro del sufragio, estallando la sangrienta huelga general de marzo de 1912. No pudiendo resolverse el conflicto promovido por las cuestiones militares y electoral, Khuen tuvo que dejar el gobierno (abril 1912).

La corte de Viena pedía que se aumentase con urgencia el contingente de 100 a 150 mil hombres. La oposición aceptaba el proyecto militar a cambio del sufragio militar. En un principio, el nuevo jefe del gobierno, Lukacz, se mostró conforme, pero después quiso escamotear la reforma electoral, rechazando el proyecto elaborado por Kossuth y patrocinado por la oposición, lo que provocó una ruptura violenta con ésta. Todo ello dió lugar a nuevos y espantosos escándalos parlamentarios y a la expulsión de los diputados oposicionistas. La elevación a la Presidencia de la Cámara de Tisza—«reaccionario místico y brutal», como le llamaba Lagardelle—exasperó a las oposiciones. El diputado Kovacs, expulsado por el presidente, atentó contra la vida de éste en plena Cámara, disparándole varios tiros y suicidándose después. Tisza resultó ileso.

Lukacz obtuvo la aprobación del proyecto militar; pero en tales condiciones, que la votación resultaba ilegal y nula. La oposición ofreció darle validez a cambio de la aprobación del proyecto de sufragio universal. Luckacz elaboró un proyecto fraudulento y antidemocrático, que la oposición rechazó y que después de violentas escenas parlamentarias y de nuevas expulsiones de los diputados oposicionistas, fué aprobado en marzo de 1913. Pero en el pleito no quedó resuelto y la lucha continuó.

VI

El unitarismo magyar.

Significativo e instructivo era el caso del Imperio austro-húngaro. Entre los diferentes pueblos de que se componía, entre las diversas razas que lo integraban, existían pleitos nacionales muy viejos, dentro de los cuales una misma nacionalidad aparecía en situaciones completamentes opuestas. Así, teníamos a Hungría que era pueblo dominado por Austria y dominador de Croacia. Y esos húngaros que con voz clamorosa reinvindicaban frente a los austriacos su libertad nacional, eran los mismos que negaban la libertad naciocional a croatas, eslovacos y rumanos. ¡Triste contradicción la de los pueblos que inspiran su causa patriótica en un sentimiento de egoismo y no en los generosos ideales libertadores!

La actitud de Hungría ante el nacionalismo croata, eslovaco y rumano ha sido realmente vituperable. Lo ha sido por el hecho en sí, y además por la circunstancia de atropellar la libertad de los otros, precisamente quienes con mayor ardor han defendido su propia libertad.

Los magyares no han sabido ni disimular su anhelo unitarista; tanto les ha empujado y dominado. Uno de los personajes más influyentes de Hungría, el famoso conde Tisza, decía en un discurso (julio de 1910):

«Es necesario que todos los ciudadanos no magyares de Hungría acaben por aceptar el hecho de que pertenecen a un Estado nacional (1) a un Estado que no es un conglomerado de razas diferentes, sino que lleva el sello indeleble de una individualidad, que es la nación húngara».

Podríamos llenar muchas páginas con citas por el estilo: nos limitaremos a escribir dos, que son categóricas e instructivas.

(1) Es decir, uninacional.

Ante la Cámara de los diputados, en el mes de mayo de 1908, el conde Andrassy, entonces ministro, declaraba: «El fin de la política magyar ha sido y es sostener incondicionalmente la unidad del Estado, la unidad de la nación. Mientras los diputados de la nacionalidades se opongan a este modo de ver, no es posible que entremos en negociaciones sobre cuestión alguna».

Hablando, en un banquete celebrado en Buda-Pesth, de la reforma electoral, Khuen-Hedervay decía en el mes de mayo de 1910: «La reforma ha de ser hecha de conformidad con los principios liberales, sobre las más amplias bases. No conozco en este punto otro límite que el de conservar el caracter magyar del país...»

El sentido unitarista—y de un unitarismo, no ya sólo político, sino también espiritual—no puede estar más clara, más brutalmente expresado. A pesar de que era la Transleitania, con toda evidencia, un Estado multinacional, los chovinistas magyares se obstinaban ciegamente en no ver más que una nación, la magyar, y en darle, por la fuerza, un sentimiento uninacional.

El sentimiento patriótico está hondamente arraigado en el corazón de los húngaros. Las estrofas cálidas del poeta Vorosmarty son la expresión del alma de aquel pueblo: «A tu patria, ¡oh húngaro! has de ser eternamente fiel: ella te nutre hoy; cuando la muerte te herirá, ella te cubrirá con su espeso cesped. Para ti, en el vasto universo, no hay otro asilo. Sea maldito o bendito tu destino, es en este suelo, es aquí donde has de vivir, es aquí donde has de morir».

Pero en la nobleza, que ha sido durante mil años la clase dominante en Hungría, el sentimiento nacional degeneró en espíritu de dominación y de opresión. En cambio, los reyes siguieron una política de respeto a los pueblos no magyares del reino. El rey Esteban el Santo recomendaba a su hijo que tratase bien a los no magyares y que respetase sus lenguas,

«*nam unius linguæ uniusque moris regnum imbecille est*», o sea, «porque un reino de lengua y de costumbres uniformes es débil».

«La nación húngara—escribe René Henry (1)—es esencialmente aristocrática. Una nobleza histórica de grandes propietarios territoriales ha concentrado en ella el alma de la nación y ha asegurado la marcha de los negocios. Su patriotismo, su generosidad por las obras nacionales van más allá de todo lo que pueda imaginarse. Pero esta aristocracia es pródiga. Una parte notable de los grandes dominios de los castillos está hipotecada. Muchos están ya en manos de los financieros de Buda-Pesth. Por este lado el porvenir es sombrío. Quiza surgirá, con la industria naciente, una nueva Hungría, cuyo porvenir no puede predecirse».

En la nobleza magyar, la causa patriótica se convierte en una cuestión de conservatismo. El conde Mailath hacía esta afirmación rotunda: «La nación húngara es la más conservadora de los dos continentes». Y añadía que si se ha sublevado muchas veces contra los soberanos austríacos desde hace cuatrocientos años, nunca ha exigido otra cosa que el restablecimiento de los antiguos derechos asegurados y consagrados por el juramento real (2).

Con todo, es de justicia reconocer que las clases dirigentes magyares han hecho grandes esfuerzos para impulsar el progreso del país y para hacer que floreciese en él una espléndida cultura. En el aspecto artístico, sobre todo en la arquitectura, y en la organización de las instituciones agrarias, Hungría presenta cosas altamente loables.

Después de describir el aspecto magnífico de Buda-Pesth, Lagardelle decía: «Pero estamos en el reino de los contrastes. Esta capital tan ciudadana no es la imagen del país. La civilización húngara es incompleta. Bajo las magnificencias del ex-

(1) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient.* Pág. 18.
(2) *La Hongrie rurale, sociale et politique.* Pág. 264.

terior, subsisten, tenaces, las sobrevivencias feudales o semifeudales.» El brillante teorizador sindicalista llama a la sociedad húngara «mezcla desigual de arcaismo y novedad» (1).

VII

El problema de Austria-Hungría.

Era, sin duda, el Imperio austro-húngaro, el Estado más heterogéneo del mundo. Con razón se le ha llamado «mosaico de naciones y de razas». De estos mosaicos étnicos, el Oriente europeo ofrece diversas y complicadas muestras. La región del Cáucaso y la Península de los Balcanes, especialmente la Macedonia, están constituídas, como el Austria-Hungría, por mezclas, vecindades y superposiciones de razas y naciones diferentes. En numerosos puntos la confusión es caótica, inextricable. Nuestros cándidos partidarios de la nacionalidad «natural», obra perfecta de Dios o de la naturaleza, si visitaran la Europa oriental, volverían desolados, con el vidrio de sus teorías roto en mil pedazos.

En lo que era Austria-Hungría hay alemanes, checos, magyares, polacos, rutenos, eslovacos, eslovenos, rumanos, serbios, croatas, sajones e italianos. Y cada uno de estos pueblos encendió en llamas de lucha su respectivo movimiento nacionalista. Desde hace largo tiempo estaban planteados múltiples problemas y no se vislumbraba por ningún lado una solución definitiva. Toda la política de la corte de Viena—política poco simpática, nada noble, pero a la que no puede negarse un extraordinario mérito de habilidad—se redujo a oponer sabiamente unos a otros, los pueblos del Imperio, de tal manera, que de su oposición resultase un equilibrio, inestable, ciertamente, pero que subsistió muchísimo tiempo.

(1) *De Vienne à Constantinople: En Hongrie.* De *L'Humanité,* 8 ag. 1912.

A causa de la heterogeneidad de Austria-Hungría, de las ruidosas querellas que se produjeron y de las aventuras internacionales por que pasó la monarquía, se anunciaba, a menudo, como cosa inevitable, la disgregación de aquel conjunto de pueblos. Sin embargo, estos anuncios fallaban. El Imperio austro-húngaro era como uno de esos caserones ruinosos que parece que van a hundirse a cada momento y que, no obstante, se mantienen en pie. Las fuerzas centrífugas de disgregación que existían en el imperio, actuaban en sentido contrario y se neutralizaban mutuamente. Decía Anatole Leroy-Beaulieu (1) que, como si poseyese en ella misma, así como en las rivalidades de las potencias vecinas, una fuerza oculta, un misterioso principio de vida y de cohesión, la vieja monarquía de los Habsburgos sobrevivió a las insurrecciones nacionales interiores, así como a los desastres de sus ejércitos y a la formación de una Alemania y de una Italia, que debilitaron fuertemente su fuerza y su influencia. El eminente escritor francés creía en la solidez del Imperio austro-húngaro y fundamentaba su creencia en estas razones:

«Si en la Europa contemporánea, donde cada grande Estado descansa sobre una base nacional, Austria nos parece una paradoja política y un anacronismo viviente, ésto no es únicamente debido a la historia y a los azares de las sucesiones dinásticas, sino también el caos etnográfico de las riberas del Danubio, a la repartición de los pueblos y a la dispersión de las nacionalidades del Imperio habsburgués. Austria está formada en verdad, de diferentes nacionalidades y de fragmentos desmenuzados de pueblos pequeños; pero estas nacionalidades rivales están tan bien mezcladas y entrelazadas unas con otras, que es difícil separarlas. La monarquía dualista que les sirve de cuadro histórico podría romperse, pero no por eso sería posible formar Estados homogéneos y la mayor parte de

(1) Prefacio a la obra de René-Henry, *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient,* pág. XIV.

las nacionalidades que la componen se verían forzadas a continuar viviendo juntas. En este sentido, me atreveré a afirmar que el derecho de los pueblos no obtendría ventaja ning na con la ruina de la heterogénea monarquía que parece la negación del derecho de las nacionalidades, sino que padecería con ello. Aunque algunas nacionalidades podrían sacar provecho, la mayor parte se arriesgarían a ser víctimas. Los pueblos reunidos bajo el cetro de los Habsburgos tienen el sentimiento de lo que decimos; en vez de desear la demolición de la casa que los abriga, temen ser aplastados en su caída y desean solamente acomodarla a su conveniencia y renovarla. El trabajo es ciertamente difícil; pero nadie tiene el derecgo de declararlo irrealizable».

Encontramos justas algunas de las precedentes afirmaciones de Anatole Leroy-Beaulieu. Pero su tesis pecaba del sentido de conservatismo internacional que caracteriza a este autor. Su temperamento conservador le nacía creer necesario el viejo orden del centro de Europa, y le parecía difícilmente posible todo orden distinto. Sin embargo, la historia nos muestra como después de grandes hechos revolucionarios—sociales, políticos o internacionales—nace un nuevo sistema, y se implanta y perdura.

«Para deshacer a Austría-Hungría—decíamos en la edición catalana—sería necesario una guerra internacional o una formidable revolución interior. En estos casos se produciría un nuevo estado de cosas y la agrupación de razas y pueblos que saldría de él encontraría también su equilibrio, como lo ha encontrado la monarquía habsburguesa, incluso en medio de luchas y angustias.

»En cuanto a Hungría, es evidente que la solución separatista estaría muy lejos de asegurar sus intereses vitales. Una Hungría independiente sería más débil que ahora para tener sometidas las nacionalidades de la Transleitania, y no tardaría mucho en sucumbir. Sólo la reconciliación con la

Croacia, la Eslovaquia y la Transilvania, dentro de un régimen de libertad, haría fecunda para los magyares su completa independencia. Pero para ésto sería necesario que renunciasen a su unitarismo. Y tal renuncia no es probable por ahora.

»Es cierto que magyares y austríacos no se aman, pero se entienden para conservar unos y otros la hegemonía en el respectivo país. El *Ausgleich* entregó la Cisleitaria a los austro-alemanes y la Transleitania a los magyares. En la Cisleitania existía un unitarismo alemán y en la Transleitania un unitarismo magyar. Como ya hemos tenido ocasión de decir al hablar de la Eslovaquia y de la Croacia, la Transleitania estaba mucho más centralizada que la Cisleitania. Ésto era debido quizá al carácter más absorbente de los magyares o a que no encontraron ante sí nacionalidades tan fuertes como las que se levantaron frente a Austria.

En sus memorias, Bismarck escribió: «Si las consideraciones de una política juiciosa acabasen por imponerse siempre a Hungría, este pueblo bravo e independiente comprendería que, en cierto modo, no es más que una isla en medio de la vasta mar de los pueblos eslavos, y que dada su inferioridad numérica, sólo puede garantizar su seguridad apoyándose en el elemento alemán de Austria y de Alemania». En parte, la inteligencia con los germánicos fué económicamente favorable a Hungría, que encontró en Alemania un mercado para su ganado y su trigo, conquistó un buen lugar en la navegación del Adriático y llevó sus productos a la península de los Balcanes.

Pero existía entre los magyares una antigua y arraigada antipatía hacia los prusianos, que tiene su origen en los recuerdos del ataque de Federico II de Prusia a María Teresa de Austria, a la cual los primeros defendieron tan valerosamente. Transmitidos de padres a hijos, se conservan todavía en Hungría relatos populares que tienen por tema la ingratitud del

monarca prusiano, a quien el padre de María Teresa, Carlos II, había salvado la vida.

En ciertos momentos los magyares han comprendido que no es del peligro eslavo sino del germánico del que han de recelar. A veces temieron que el mismo mercado alemán, por la presión de los elementos agrarios, se les cerraría. El conde Eugenio Zichy decía, años atrás: «De común acuerdo con Austria, nos defenderemos contra este gran amigo alemán que siempre ha sido tan altamente alabado... y que hoy quisiera estrangularnos.»

Según Francisco Kossuth y los partidarios de la independencia, el régimen dualista impidió la creación de una industria nacional en Hungría, pues ésta era tributaria del extranjero, sobre todo de Austria. Gran número de municipios magyares, entre ellos el de Pesth, hanse declarado partidarios de la separación aduanera respecto de Austria. En algunas ocasiones, los alemanes de la Confederación insinuaron a los húngaros que sólo entendiéndose con ellos podrían sustraerse a la tutela económica de Austria. El diputado Hasse dijo textualmente «que los magyares sólo podrán redimirse económicamente del Austria con la ayuda de los capitales, ingenieros y obreros alemanes».

En el fondo, los alemanes desprecian a los magyares. Los consideran como una raza inferior—¿a qué raza, sin embargo, no consideran inferior a la suya los alemanes?—y los creen incapaces de las grandes obras de la inteligencia. Uno de los jefes del pangermanismo ha dicho: «Durante tres largos siglos, los magyares que han acudido a las Universidades alemanas no han producido jamás una inteligencia superior a la medianía, ni han sobresalido en ningún orden de la vida intelectual.»

Una parte de los políticos magyares era poco amiga de la política internacional triplicista de Austria-Hungría. Hombres tan influyentes como Wekerle, Kossuth y Ugron, habían defendido la inteligencia con Inglaterra y Francia. Después, estas tendencias se debilitaron.

«Uno de los grandes errores y una de las grandes iniquidades de la política magyar —escribíamos en la edición catalana de este libro— ha sido el oponerse a las reivindicaciones de los eslavos del Imperio, sobre todo al de los checos. El miedo al triunfo eslavo, la hostilidad al renacimiento eslavo, ha creado grandes peligros a la nación magyar, pues los eslavos la rodean y éstos son una fuerza cuyo triunfo es seguro en el porvenir. Hombres clarividentes como Ugron han advertido a su patria los peligros graves de la política anti-eslava y particularmente de la oposición a las aspiraciones de Bohemia, la nacionalidad más fuerte de la Cisleitania. Con ocasión de la guerra de los Balcanes, que tanto ha fortalecido y alentado a los eslavos, algunos periódicos magyares escribieron juiciosas palabras sobre la necesidad en que se encuentra Hungría de llegar a una cordial inteligencia con los pueblos eslavos.»

IX

El hundimiento de la Hungría histórica. (1)

Por haber perseverado, tenaz y ciega, en el error fundamental de hacer de los eslavos su principal enemigo, Hungría se ha derrumbado. La agresión contra Serbia, de la que tuvieron los políticos magyares la mayor culpa, llevó, como era inevitable, a la gran guerra del mundo. Y esta guerra ha sido causa de la muerte del Austria-Hungría y del hundimiento del Estado húngaro, de la Hungría histórica, de cuya antigüedad milenaria tan orgullosos se mostraban los magyares.

Rotas han quedado las ataduras constitucionales entre Austria y Hungría. Pero, como castigo de sus graves peca-

(1) Capítulo añadido a la obra por el autor.

dos, la independencia de Hungría ha venido acompañada del desquiciamiento total del Estado transleitano. La corona de San Esteban ha quedado hecha añicos. Vencida y humillada, Hungría ha debido consentir a la separación de las tierras rumanas, eslovacas y serbo-croatas, sobre las cuales dominaba. Queda reducida al territorio puramente magyar. En torno de la pequeña Hungría aparecen la gran Serbia, la gran Rumanía, la Polonia libre y la República checo-eslovaca.

El conde de Tisza pagó con la vida esta política. La constitución del Gobierno del conde Karolji, antiguo jefe del partido aliadófilo, no ha podido salvar a Hungría de su suerte. Y menos la habrá podido salvar el golpe de Estado bolcheviquista realizado por Bela-Kun y que ha constituído el último desesperado recurso de un pueblo que expía hoy sus viejas injusticias y sus grandes errores.

TRANSILVANIA

I

Los rumanos.

CUANTO más se avanza hacia Oriente, más se complican la geografía étnica y los problemas nacionalistas. «A partir de Viena, hasta el mar Negro y el mar Egeo —escribía René Pinon (1)—, Europa se quiebra, a lo largo del Danubio, en pequeños grupos étnicos metidos unos dentro de otros, en pequeños Estados, de los cuales ninguno cuenta más de 10.000.000 de almas, y que, a medida que se avanza hacia el sud, se convierten como en polvo de nacionalidades: en torno a los montes Balcanes y al Pindo, los curiosos de etnografía y los agentes de las propagandas nacionales vense obligados a buscar, aldea por aldea, los orígenes raciales y las afinidades históricas de cada molécula.» El estudio histórico y étnico de la nacionalidad rumana nos lo confirma.

Mientras las vastas riberas de los ríos Danubio y Tisza (Theiss) estaban pobladas, siglos atrás, por tribus eslavas, un pueblo latino, o, mejor, latinizado, permanecía en las montañas de Transilvania; eran los valacos, los rumanos de hoy, descendientes de los colonos del emperador Trajano, que ocuparon la antigua Dacia, y de los dacios romanizados, latinos de lengua, si no de raza.

Huyendo de los bárbaros, los rumanos se refugiaron en las

(1) *La Roumanie dans la politique danubienne et balkanique.* Número de la *Revue des Deux Mondes* del 15 de junio de 1911.

montañas de Transilvania, en los Cárpatos. Pasado el peligro mayor, volvieron a extenderse por la llanura del bajo Danubio, en el actual reino de Rumanía. Pero gran número de ellos quedose en Transilvania, donde también se instalaron grupos magyares, sículos y sajones.

«El macizo transilvano —dice R. Pinon— es la verdadera patria de la raza, la fortaleza histórica de la nacionalidad.»

Entre los eslavos y los rumanos de aquella parte del oriente europeo, en el siglo IX, los magyares se hicieron sitio a sablazos, como dice un autor; además, la tribu asiática de los szekels, que se fundió después con los magyares, se situó entre los rumanos de la montaña.

Habitan los rumanos, pues, en el bajo Danubio y los Cárpatos. Resistiendo las conquistas, han detenido las invasiones de alemanes, eslavos, magyares y turcos, y han salvado la lengua y la individualidad nacional.

Hoy forman un pueblo de 12.000.000 de almas. Más de 6.000.000 están dentro del antiguo reino de Rumanía; 3.500.000 en Transilvania y en algunos comitatos húngaros; 1.300.000 en la Besarabia; 250.000 en la Bucovina, y 90.000 en Serbia (1).

La población rumana estaba, pues, repartida entre cuatro Estados, además del Estado libre de Rumanía, formado por la reunión de los Principados de Moldavia y Valaquia en el año 1861.

La Besarabia, por el tratado de Bucarest de 1812, fué separada de la Moldavia y unida a Rusia. En el tratado de París de 1856, para alejar a los rusos de las bocas del Danubio, anexionóse a la Moldavia la parte meridional de la Besarabia. Pero el tratado de 1878 volvió a dar aquella parte a los rusos, otor-

(1) Las estadísticas húngaras de 1910 sólo daban una suma de 3.066.800 rumanos, pero escritores imparciales reconocen que este número es muy inferior a la verdad, pues las estadísticas oficiales de Hungría hinchaban el número de magyares a costa del de las otras razas de la Transilvania.

En Hungría, las estadísticas de las lenguas se hacían según la lengua materna y no según la de conversación, como sucedía en Austria.

gándose así a los rumanos bien mala recompensa por el concurso decisivo que con su sangre prestaron a Rusia en la guerra contra Turquía, que libertó a Bulgaria. Desde entonces, los búlgaros y los rumanos están enemistados, a causa de la posesión, por parte de Rumanía, de una comarca de la costa del mar Negro, en mucha parte búlgara: la Dobrudja. Esta comarca la agregó a Rumanía el Congreso de Berlín, a cambio de la Besarabia. Los rumanos salieron perdiendo con ello; pero los búlgaros no se resignaron a la pérdida de la Dobrudja. Rival de Bulgaria, Rumanía se entendió en 1909 con Turquía, pactando con ella un acuerdo en virtud del cual, si las tropas búlgaras invadían el territorio otomano, las tropas rumanas invadirían Bulgaria por el norte. Pero, al estallar la guerra turco-balcánica, en 1912, Rumanía permaneció neutral, si bien después formuló una demanda de compensaciones.

Otro grupo rumano puede todavía señalarse: el de los kutzo-valacos de las montañas de Albania meridional y de la Macedonia, los cuales forman tribus de pastores y hablan un lenguaje muy parecido al rumano. Ellos se llaman a sí mismos *tsintsars* y los griegos los llaman kutzo-valacos o «valacos cojos». Se cree que son los descendientes de los antiguos macedonios latinizados que se refugiaron en la montaña al producirse las invasiones. René Pinon (1) dice que los rumanos de la Transilvania son verdaderamente hermanos de los del reino de Rumania, y califica de primos hermanos de éstos a los kutzo-valacos.

No existiendo verdaderas estadísticas respecto a lo que hasta hace poco fué la Turquía europea, se ignora cuál sea el número de los kutzo-valacos en la península de los Balcanes. Algunos autores rumanos dan la cifra de un millón, que parece ser enormemente exagerada. Las estadísticas serbias, turcas y búlgaras consignan solamente unos 70.000. Los griegos, que disputaban a los rumanos la influencia sobre los kutzo-valacos,

(1) *La Roumanie dans la politique danubienne et balkanique.*

sólo reconocen algunos miles de éstos. Distinguidos autores, libres de competencias nacionales, creen que hay unos 200.000.

En cuanto a religión, una parte de los rumanos son ortodoxos y los otros griegos-unidos. Los de Rumanía son ortodoxos. En Transilvania y en los comitatos húngaros poblados de rumanos predomina la religión griega-unida.

II

Rumanos y magyares. Incorporación de Transilvania a Hungría.

En la guerra de 1848, los rumanos de Transilvania lucharon, junto con los austríacos, los croatas y los rusos, contra los magyares y en favor del emperador. El 15 de mayo se reunieron 40.000 rumanos en el campo de la Libertad, cerca de Blaj, acordando declarar al monarca que aspiraban a ser plenamente autónomos, como habían sido en tiempos pasados.

El día 25 de febrero del año siguiente, los rumanos presentaron al emperador una memoria, en la cual formulaban las siguientes demandas: 1, unión de todos los rumanos del Imperio en un Estado autónomo, desligado de Hungría; 2, convocatoria de una Asamblea general constituyente, sobre todo para elegir un jefe nacional; 3, oficialidad de la lengua rumana en el nuevo Estado; 4, creación de un Parlamento con dos Cámaras anualmente renovables; 5, representación en las Cámaras generales y en el Gobierno de Austria (1). Pero, lejos de conseguir la autonomía, fueron tan mal recompensados por Austria como todos los demás que al lado de ésta lucharon, pues por la convención de 1867 quedaron incorporados a Hungría. Entonces comenzó la magyarización.

(1) F. Pi y Margall. Artículos (Las nacionalidades y la federación), Barcelona, 1908, pág. 75.

Los rumanos protestaron insistentemente del régimen dualista establecido por el *Ausgleich,* que les puso a merced de los magyares. Durante muchos años observaron una actitud de resistencia pasiva, negándose a intervenir en las cuestiones de la política húngara. Posteriormente modificaron esta actitud.

Entretanto, sus hermanos del bajo Danubio conquistaron la libertad nacional. Un príncipe indígena, Couza, reunió en 1859 los dos principados de Moldavia y Valaquia, que en 1861 tomaron el nombre común de Rumania.

En 1866, cuando el país era aún feudatario de los turcos, Carlos de Hohenzollern fué nombrado príncipe de Rumania. Contaba ésta cuatro millones y medio de habitantes.

Durante la guerra ruso-turca de 1877, los rumanos se alzaron contra Turquía y se colocaron al lado de Rusia. A su acción se debió principalmente la famosa toma de Plevna. Vencidos los turcos, proclamóse Rumania reino independiente.

III

El nacionalismo rumano en Transilvania.

Los rumanos de Hungría fueron fidelísimos súbditos de los Habsburgo, hasta que comenzó a abrirse camino entre ellos la tendencia irredentista, es decir, la aspiración a incorporarse a Rumania. Aun así, René Henry hacía constar que los rumanos eran *Schwarzgelb* acentuados (1). Su tesis era la de que legalmente no pertenecían al reino de Hungría, sino que dependían directamente del emperador de Austria.

En 1892, los rumanos de Transilvania promovieron un conflicto ruidoso. Habían redactado un memorándum, en el cual

(1) La palabra alemana *Schwarzgelb* significa «negro y amarillo» —colores nacionales de los Habsburgo— y se aplicaba a los adictos incondicionales de la dinastía.

consignaban sus reivindicaciones nacionales, y enviaron a Viena una comisión para presentar el documento a Francisco-José. Negóse éste a recibir la embajada, y en vista de ello los comisionados dejaron el documento en el gabinete del presidente del Consejo de ministros de Austria, quien lo devolvió, sin abrir y por conducto del Gobierno húngaro, al leader del nacionalismo rumano.

Los transilvanos apelaron a Europa, y el famoso memorándum, impreso en diversas lenguas, fué repartido a millares. En este documento se quejaban de que los magyares los tratasen como vencidos y que en la enseñanza primaria y secundaria hubiesen substituído por la lengua magyar la lengua rumana. «Queremos—decían—tener una patria, ser dueños de la tierra donde vivieron durante siglos nuestros antepasados, gozar del sol de la libertad, ser árbitros de nuestra suerte. Sólo la muerte podrá arrebatarnos la nacionalidad de nuestros padres.» El Gobierno de Buda-Pesth persiguió a los firmantes del documento ante el tribunal de Kolosvar, capital de Transilvania, el cual los condenó.

El órgano del nacionalismo rumano en Transilvania fué el periódico *Tera Noastra* (Tierra Nuestra), de Sibiu, que fué suspendido por las autoridades a consecuencia de sus campañas. Le reemplazó el periódico *Tribuna*, a cuya propaganda se debió, en mucha parte, el incremento del partido nacionalista, que llevó su representación al Parlamento de Buda-Pesth. En 1903 eligió un diputado; en 1905 eligió 8; en 1906, 14. Las elecciones escandalosas de 1910 dejaron reducido a tres o cuatro el número de diputados rumanos triunfantes.

En el *Reichsrat* de Austria había cinco diputados rumanos de la Bucovina. Éstos acostumbraban a no hacer causa común ni con los eslavos, ni con los alemanes, sino que se juntaban a los italianos del Trentino y de la costa adriática, formando una especie de unión latina.

Björnstjerne Björnson publicó, en *Le Courrier Européen* del

25 de febrero de 1918, un violentísimo artículo titulado «La opresión magyar», en el cual denunciaba a la opinión europea las maldades de la oligarquía húngara, especialmente contra los rumanos. Por haber reproducido el artículo de Björnson la *Gazeta Transilvaniei* de Brasso, fué perseguido, encarcelado y multado uno de sus redactores.

Los magyares acusaban a Rumanía de fomentar el irredentismo transilvano. Según ellos, todo el sistema de instrucción pública rumano estaba construído de manera que alimentase en la juventud el sueño de una gran Rumanía futura (1). El diario *Budapesti Hirlap* (2) denunciaba que en las escuelas del reino de Rumanía enseñábase que la patria rumana estaba partida en dos pedazos: la Rumanía libre y la Rumanía esclava. Mailath se quejaba en su libro (3) de las tendencias irredentistas de los rumanos de Hungría, las cuales se desarrollaron sobre todo desde la independencia de Rumanía; afirmaba que Rumanía las ha apoyado abiertamente, citando el hecho de que en la Cámara de Bucarest la oposición declaró que el ideal de los hombres políticos de la raza debe ser la unión política de todos los rumanos en una sola nación; citaba también el caso de la Exposición nacional de Bucarest, a la que acudieron numerosas delegaciones transilvanas que pronunciaron discursos expresando el anhelo de ver a Transilvania unida a Rumanía. El incremento irredentista lo atribuía Mailath a la Liga rumana de Bucarest, que ha ejercido sobre la Transilvania una gran influencia.

(1) P. FARKAS: *La cuestión valaca*. Citado por J. de Mailath.
(2) Número del 26 de febrero de 1911.
(3) *La Hongrie nationale, sociale et politique.*

IV

Los procedimientos magyares.

Años atrás, se había llegado a crear en los países rumanos de Hungría 3.600 escuelas rumanas, sostenidas con los recursos particulares de los patriotas. Ésto no era del agrado de los magyares, que buscaron un medio indirecto, hipócrita, para perseguir estas escuelas. Con este fin se presentó al Parlamento de Buda-Pesth, con el pretexto de proteger a los maestros y a los discípulos, un proyecto de ley fijando rigurosísimas condiciones higiénicas para los locales de las escuelas y disponiendo que ningún maestro pudiese cobrar menos de 800 coronas anuales al abrirse la escuela y menos de 1.000 al cabo de dos años. Siendo el sostenimiento de las escuelas rumanas una obra de sacrificio, estaban instaladas en humildes locales, y muchos de ellos no reunían las condiciones exigidas; por otra parte, los maestros, que en su gran mayoría ejercían su profesión por patriotismo, no llegaban a cobrar la cantidad fijada por la ley. Evidente como era la finalidad de ésta, levantóse en todo el país una protesta fortísima, que obligó al Gobierno a aplazar la votación del proyecto de ley. Pero, poco después, el conde Apponji, entonces ministro, lo patrocinó y obtuvo su aprobación.

Gran número de escuelas fueron cerradas por este medio tortuoso. Posteriormente, gracias a los esfuerzos de los patriotas, pusiéronse algunas en condiciones legales, y así pudieron abrirse nuevamente.

Ante la resistencia de los rumanos y de los no-magyares de Hungría a llevar sus hijos a las escuelas magyares, el Gobierno creó por todas partes *kindergarten,* con el pretexto de cuidar de los niños de la gente del país y con el real propósito de hacerles aprender el magyar y de magyarizarlos.

En el terreno eclesiástico, el Gobierno húngaro intentó también una obra desnacionalizadora. Hemos dicho ya que, en su mayoría, los rumanos sometidos a Hungría son griegos-unidos. La Iglesia griega-unida emplea, en las diversas regiones, la lengua del país, cosa que le da un sentido nacionalista (1). Hasta hace poco tiempo, la Iglesia rumana estaba desligada de toda relación con el Estado y era un gran instrumento patriótico. Pero el Gobierno magyar, para disponer de los sacerdotes griego-unidos, hizo aprobar una ley concediéndoles un sueldo variable, que las autoridades magyares fijaban y que se convirtió en un medio de corrupción y de dominación.

Con frívolos pretextos, el Gobierno de Buda-Pesth propuso que se nombrase obispo griego-unido de una diócesis casi exclusivamente rumana, a un ruteno magyarizado, también con el intento de convertirlo en agente de desnacionalización. Los rumanos de Hungría reclamaron a Roma, y el papa se negó al principio a acceder a las demandas magyares. Pero la intervención directa de Francisco-José, que escribió una carta a Pío X, suplicándole con gran fervor que accediese, fué motivo para que el Vaticano, una vez más, rehusase justísimas reivindicaciones nacionalistas de carácter religioso, para complacer a los poderosos de la tierra.

El reino de Rumania, no obstante, era diplomáticamente amigo y aliado de Austria-Hungría, opresora de los rumanos de Transilvania. Parentescos dinásticos y combinaciones diplomáticas fueron causa de esta situación paradójica, que representaba para el Gobierno de Bucarest una traición a los grandes ideales de la raza. Se ha dicho algunas veces que Rumania hacía valer su amistad con Austria-Hungría para obtener de Buda-Pesth un trato mejor para sus hermanos de Transilvania. Sin embargo, esta pretendida influencia benéfica se ha notado muy poco.

(1) Otra de sus características es que sus clérigos pueden casarse.

V

La Gran Rumania. (1)

En la edición catalana de este libro, al hablar del porvenir del irredentismo rumano, escribimos el siguiente párrafo:

«Lo mismo que las demás nacionalidades, o fragmentos de nacionalidades, del Imperio austro-húngaro, la Transilvania tiene ligado su porvenir a la evolución futura de este Imperio. Como fenómeno interesante puede notarse que la antigua lealtad habsburguesa ha decrecido y que las aspiraciones irredentistas se han acentuado. Si el Imperio austro-húngaro se disgregase un día, la Transilvania y la parte rumana de la Bucovina unirianse sin duda a la Rumania libre, reconstituyéndose así la patria común de todos los rumanos.»

Y el Imperio de Austria-Hungría se ha disgregado. Y Rumanía recoge, al fin, el fruto magnífico de su intervención en la guerra. Sus inquietudes durante el período de la neutralidad oficial, sus angustias en los días de sus derrotas militares (otoño de 1916), su humillación al verse obligada a firmar la paz de Bucarest (primavera de 1918), quedan indemnizadas por la constitución de la Gran Rumanía, gracias al triunfo de los aliados. A través de las pruebas dolorosas de Rumanía, Bratiano, alma del intervencionismo rumano, ha tenido razón.

Por un azar, feliz para Rumania, hanse hundido los dos Imperios que poseían tierras rumanas: Rusia y Austria-Hungría. Las aspiraciones rumanas han podido realizarse por oriente y por occidente a la vez. La Besarabia, la Transilvania, la Bucovina y la mayor parte del banato de Temesvar entran a formar parte de la Gran Rumanía unificada.

(1) Capítulo añadido a la obra por el autor.

ALBANIA

I

Los albaneses.

OFICIALMENTE, Albania es, hoy, el territorio situado en el oeste de la península de los Balcanes, limitado al norte por Montenegro y Serbia, al este también por Serbia, al sud por Grecia y al oeste por el Adriático. Pero los albaneses no sólo ocupan este territorio, sino que se extienden por otras naciones y por otras comarcas geográficas. En Grecia, en Serbia, en Bulgaria, en Montenegro, hasta en Italia, existen grupos albaneses numerosísimos. Así, además del millón y cuarto, aproximadamente, de los habitantes de Albania, hay más de medio millón de albaneses esparcidos por diferentes países.

Es Albania un país poco explorado; montañoso, pero fértil, con valles estrechos e irregulares, de difícil acceso. En el lenguaje indígena, a sus moradores se les llama «skipelia» y «skipetars» (1), también denominados arnautas por los turcos. Es una raza de origen poco conocido; probablemente se formó por el cruzamiento de otras razas. Los albaneses se tienen por descendientes de los pelasgos, y algunos etnólogos lo confirman. Su idioma pertenece a la familia indo-europea.

A principios de la época histórica, los albaneses estaban ya establecidos al sud de los Balcanes, llegando, por el este, al litoral. Se les considera autóctonos. Los griegos los empujaron a sus montañas. Roma los dominó. No recobraron la indepen-

(1) Palabra que significa montañeses, hombres de las rocas.

dencia hasta el siglo XIII. Lucharon bravamente contra los osmanlíes, en el siglo XV, pero fueron vencidos; y, después de perder su último refugio, Scutari (1478), quedaron sometidos al Imperio turco. Éste, sin embargo, no pudo hacer nunca efectiva su dominación sobre los habitantes de las montañas albanesas. Como súbditos turcos nominales, vivieron, luchando y sublevándose a menudo. Una de las revueltas más importantes fué la de 1770. La debilitación de Turquía, las insurrecciones nacionalistas que en su territorio europeo estallaron en las primeras décadas del siglo XIX, avivaron en aquella raza indómita el anhelo de la independencia, que encontró un valeroso campeón en Alí-Bajá, llamado el león de Janina, popularizado en Europa por los relatos de Lord Byron. Gobernada por Alí-Bajá, Albania vivió independiente desde 1807 a 1822.

El estado social de los albaneses es atrasado en extremo. Son, dentro de Europa, una reminiscencia de la antigua barbarie. Viven agrupados en tribus y clanes. Al norte hay los guegas, salvajes, belicosos y duros; al sud hay los toscos, algo más civilizados, a quienes el trabajo de las llanuras fecundas ha dado la psicología de los hombres de tierra baja. El río Escumbi establece una línea divisoria entre estos dos grandes grupos de tribus. Una de las más importantes es la de los malisores, montañeses católicos que ocupan el norte, en contacto con Montenegro.

Como dice Hubert Lagardelle (1), no puede darse de Albania una definición ni etnográfica, ni geográfica, ni religiosa, ni administrativa. Es una yuxtaposición de clases montañesas, de tribus primitivas luchando a menudo entre ellas, separadas unas de otras por un conjunto de diversidades. El idioma, que es quizá lo que da mayor unidad a los albaneses, está formado por una multitud de dialectos influídos por otras lenguas. El idioma literario está forjándose con el habla de las comarcas de Elbassan y de Berat, donde la raza y el lenguaje son más

(1) *Autour de l'Albanie.* De *L'Humanite,* de París, 15 abril 1913.

puros. Pero este idioma literario no será entendido por muchas tribus hasta que la enseñanza escolar extienda su uso.

Predomina en Albania la religión musulmana. En las comarcas del norte hay unos 100.000 católicos, sobre los cuales han ejercido su influencia los jesuítas austríacos y las escuelas italianas; en el sud hay unos 250.000 ortodoxos, más o menos sinceramente adheridos a la Iglesia griega, los cuales han permanecido fieles a la religión que fué enseñada a los albaneses por los misioneros de Bizancio.

II

El nacionalismo albanés. El carácter de las revueltas. La insurrección de 1909-1910.

Como sucede en todos los pueblos atrasados y sometidos a una soberanía extranjera, el sentimiento nacionalista en Albania lo han creado los hombres ilustrados, los que forman la aristocracia intelectual, especialmente aquellos que han traspasado las fronteras de su país nativo. En las principales ciudades albanesas existe, desde hace algunos años, un principio de vida intelectual, de carácter marcadamente nacionalista, que tiene sus focos en algunos periódicos y escuelas. En 1910 se fundó una Liga de enseñanza, cuya finalidad es despertar el sentimiento de la unidad nacional, ahogado por el salvaje particularismo de las tribus. Uno de los resultados de este movimiento ha sido la unificación del alfabeto albanés, para el cual se han adoptado los caracteres latinos.

A veces se ha atribuído móviles de carácter religioso a las revueltas albanesas; se ha dicho, por algunos, que se trataba de un movimiento católico. Pero el número, bien pequeño, de los albaneses católicos no permite dar crédito a esta afirmación; más exacto sería decir que las discordias religiosas entre los albaneses son dañosas a su acción nacional.

«La cuestión religiosa —escribía Jean Herbette (1)— no tiene más que una importancia secundaria en Albania; el sentimiento que domina es un sentimiento de independencia que se parece al de los vascos españoles (2) y un poco también al de las tribus kurdas de la frontera turco-persa. Este sentimiento se compaginaba muy bien con la dominación otomana, mientras el sultán era simplemente un caudillo religioso y militar, a quien se nombraba en las plegarias, a quien se servía bravamente y al cual algunos albaneses, soldados de la guardia o grandes visires, no velaban sin provecho.»

El carácter de los albaneses, siempre dispuestos a sublevarse, hizo que los sultanes de Constantinopla les concediesen determinados privilegios. Abd-ul-Hamid había sabido atraérselos hábilmente; ellos formaban su guardia pretoriana. Durante muchos años no pagaron contribuciones y se administraron ellos mismos.

Algunos jóvenes albaneses de cultura, hacia 1870, decidieron emprender una campaña nacionalista, como la que realizaban los búlgaros, los serbios y los rumanos. Fundaron en Constantinopla, con el nombre de *Drita*, una sociedad editorial y un periódico en lengua albanesa, para propagar las ideas de independencia. La *Drita* fué prohibida. Uno de sus principales organizadores, Ferid, tentado por los ofrecimientos del sultán, entró al servicio de éste y llegó a ministro. Pero el movimiento continuó. Las decisiones del Congreso Internacional de Berlín de 1878, que atribuyeron a Montenegro y a Serbia territorios que los albaneses consideraban que les pertenecían, acentuaron el movimiento patriótico arnauta. Estalló una violenta revuelta, dirigida por la Liga Albanesa. Mientras la Liga combatía contra la anexión de aquellos territorios, el

(1) *Le probléme albanais.* Suplemento de *L'Action,* 12 octubre 1910.

(2) La comparación no es bastante exacta, pues precisamente en el nacionalismo vasco de hoy, o al menos en una gran parte de él, el factor religioso tiene gran importancia.

sultán la alentó. Pero por temer que hiciese labor separatista, la disolvió luego. Perseguidos y desterrados, los nacionalistas hicieron su propaganda desde las capitales europeas, fundando periódicos y creando sociedades. Esta propaganda, sin embargo, no influyó sobre las tribus, ignorantes, analfabetas; pasaba por encima de ellas sin tocarlas. Eso no quiere decir, con todo, que fuese trabajo perdido, ya que mantenía y aumentaba el número de la juventud patriótica y llevaba a los centros intelectuales y diplomáticos la idea de una Albania libre.

Victorioso en 1908 el régimen constitucional en Turquía, destronado el viejo sultán Abd-ul-Hamid después de la contrarevolución de abril y de la pretendida conspiración del mes de mayo de 1908, los Jóvenes turcos triunfantes no supieron entenderse con los albaneses y provocaron el alzamiento de éstos. A principios de 1909, las tropas turcas ocuparon la Alta Albania y se libraron algunos combates. La lucha siguió más o menos encendida durante algunos meses.

En 1910, la revuelta estalló con más fuerza, siendo su causa inmediata el establecimiento del impuesto de consumos en Albania, por disposición del gobierno de Constantinopla. Mientras se celebraba en Prichtina (3 mayo 1910) un mitin para protestar contra el impuesto, hubo una colisión entre las tropas turcas y los albaneses, de cuya provocación se acusaron mutuamente los dos bandos. Pronto aparecieron partidas de albaneses armados y la lucha tomó proporciones considerables. Derrotados los turcos en los alrededores de Pristina, el gobierno envió a Albania un ejército de 40.000 hombres, mandado por Durgut Chefket Bajá. Este general entró en negociaciones y la rebelión terminó.

Los Jóvenes turcos quisieron presentar a los albaneses como enemigos del régimen constitucional, como defensores del absolutismo de Abd-ul-Hamid. La verdad parece ser que lo único que los albaneses querían era la conservación de sus li-

bertades. Si el régimen constitucional las hubiese respetado, seguramente habrían sido sus primeros soldados. En abierta oposición Jóvenes turcos y albaneses, los partidarios del antiguo régimen trataron de servirse de los últimos para suscitar dificultades al nuevo partido, como se han servido de ellos las potencias, especialmente Austria. Así se explica el hecho, recogido por la prensa inglesa, de que en algunas ocasiones se encontrase en poder de los conspiradores de Albania documentos en favor del catolicismo, otros pidiendo la intervención austríaca y otros en los cuales se reclamaba la restauración del absolutismo y donde se decía que el pueblo no necesitaba ni libertad, ni igualdad, ni justicia. Un periódico comentando el hallazgo de tales documentos, exclamaba: «Este es un movimiento análogo al que organizaron al grito de ¡Vivan las caenas! los fanáticos castellanos en las más sombrías horas del reinado de Fernando VII.» Véase, no obstante, lo que escribía *L'Humanité,* de París, y que nos parece más cerca de la verdad (1): «El descontento producido (por el establecimiento de los consumos) no ha sido más que una simple manifestación de la antigua animosidad de los albaneses contra los turcos. Esta animosidad se había calmado hace algún tiempo, cuando parecía seguro que se llegaría a conciliar las aspiraciones de los albaneses con la política de los Jóvenes turcos. Pero al advertir los albaneses que el turquismo de estos últimos no se diferenciaba mucho del turquismo de los viejos partidos, no pudo haber avenencia. Los albaneses han querido siempre conservar su carácter nacional, tener cierta autonomía y administrarse ellos mismos. Turquía, al contrario, sin preocuparse de las diferentes razas de que está compuesta, se obstina, ante todo y por encima de todo, en hacer prevalecer el turquismo, en no respetar el carácter propio de cada nacionalidad, en imponer brutalmente su dominación y en no corregir los graves defectos que caracterizan la

(1) Número del 5 de mayo de 1910. Artículo *La revolte des albanais.*

administración turca. Naturalmente, en estas condiciones no ha podido haber avenencia.»

Precisamente el leader parlamentario de los albaneses fué Ismael Kemal, antiguo liberal y constitucionalista, que contribuyó con todas sus fuerzas a la revolución que acabó con el absolutismo de Abd-ul-Hamid. «Los albaneses —dijo Ismael Kemal (1)— han demostrado ser amigos de la Constitución y factores del nuevo régimen, el cual sin ellos no habría triunfado nunca.»

Otra de las acusaciones de los Jóvenes turcos era que Albania no quería sujetarse a los deberes que un Estado moderno impone. Ismael Kemal lo negó. «No hay nada de verdad —declaraba (2)— en lo que aquí se afirma, pretendiendo que los albaneses exigen privilegios especiales y odiosas exenciones de los derechos civiles... Una política del Gobierno inspirada en una especie de panislamismo interno ha de producir las peores sorpresas. Por ejemplo, la que ha sobrevenido en Albania, donde se han puesto de acuerdo los albaneses cristianos y los albaneses musulmanes, unidos todos en la indignación contra el opresor común.»

El escritor inglés Charles Woods, censurando asimismo la política de los Jóvenes turcos, decía que, si bien era justo que los albaneses se sometiesen a la formación de un censo y a pagar tributos, tenían derecho a pedir algo como compensación: esta compensación no se les otorgó (3).

Alegaban los Jóvenes turcos que Albania es un país deplorablemente atrasado y que ellos intentaban civilizarlo. Pero a ésto contestó, con toda razón, Jean Herbette (4): «No podríamos explicarnos la persistencia de esta revuelta ni el encarni-

(1) *Il Secolo,* Milán, 31 marzo 1911. Correspondencia de Constantinopla.
(2) *Ibidem.*
(3) CHARLES WOODS: *The Danger zone in Europe. Chandes and Problems in te near East.* Londres. 1911.
(4) *Le probléme albanais.*

zamiento de la represión, si no supiéramos hasta dónde llega el programa del Gobierno turco. No se trata solamente de hacer un nuevo censo de la población y de percibir los impuestos en la Albania del Norte, de construir carreteras como la de Mitrovitza a Ipek, de construir cuarteles en Pristina, Diakovo y Ferisovic, de instalar dos nuevas «divisiones independientes» en Scutari y Janina. Se trata, además, después de haber transformado la Albania feudal en país moderno, de transformar a los albaneses en turcos».

Es innegable, en efecto, que la principal causa de las revueltas albanesas estuvo en la política unitarista de los gobernantes de entonces, que se impuso a las tendencias federalistas de una parte de los Jóvenes turcos.

III

La insurrección de 1911.

El movimiento sofocado en 1910 se reprodujo pronto. En el invierno siguiente aparecieron en algunas comarcas albanesas pequeñas partidas armadas. A últimos de enero de 1911, necesitando el Gobierno soldados para combatir la insurrección de la región árabe del Yemen, llamó a filas a los reservistas; esta disposición indignó vivamente a los albaneses, aumentando su descontento. El gobierno les hizo algunas concesiones, pero no consiguió que desapareciese la agitación. Unos cuantos miles de albaneses pasaron la frontera y se refugiaron en Montenegro.

Crecía la agitación, y los desórdenes estallaban a cada momento. A últimos de febrero de 1911, los refugiados albaneses de Montenegro se procuraron fusiles y municiones y entraron nuevamente en su país. La rebelión tomó gran incremento, y las tropas turcas, a pesar de los refuerzos, sufrieron serios contratiempos.

En *Il Corriere della Sera*, de Milán, publicó (abril 1911) Vico Mantegazza, escritor muy competente en los problemas orientales, un artículo sobre la revuelta de Albania, en el cual decía que sus causas eran múltiples y complejas, pero que era evidente que la causa principal estaba en la intransigente aversión de los Jóvenes turcos a todo lo que no es de su raza. La causa determinante última fué la política equivocada de Chefket Bajá y de Hakki Bajá, el gran visir, que acabaron por ceder a las imposiciones unitaristas del comité Joven turco de Salónica.

«Los gobernantes de Constantinopla se engañaron—seguía diciendo dicho escritor—al proclamar, en 1910, después de la expedición militar contra los rebeldes albaneses, que no eran de temer nuevas insurrecciones. No tuvieron en cuenta que precisamente por haber sido demasiado fácil, la victoria de la expedición no podía ser definitiva. El gobierno se equivocó gravemente no realizando en Albania la obra de pacificación que había prometido. Las bases para poner fin a la lucha eran, principalmente, la introducción del idioma propio en las escuelas albanesas y la apertura de vías de comunicación que ayudasen al progreso económico de aquel desgraciado país. Y el gobierno turco, no solamente no hizo nada de lo que prometió, sino que hizo todo lo contrario. Cerró las escuelas albanesas, suprimió los periódicos escritos en el idioma del país, prohibió la adopción del alfabeto latino y disolvió todas las asociaciones albanesas. En cuanto a las vías de comunicación, después de haber construído aquí y allá algunos metros, para engañar a los albaneses mientras trataba con ellos, suspendió los trabajos. Además, no concedió la amnistía solemnemente prometida y que debía ser la verdadera y principal garantía de la política de pacificación.»

Confirmó las explicaciones del citado escritor italiano el Memorandum que los rebeldes albaneses redactaron, en el cual ofrecían dejar las armas si el gobierno turco aceptaba las siguientes condiciones:

1. Integridad del territorio albanés, consistente en los vilayetos de Scutari, Monastir, Janina y Salónica (1).

2. Introducción de la lengua albanesa en todas las escuelas, en las oficinas públicas y en las iglesias de Albania.

3. Empleo de todos los ingresos del presupuesto albanés a beneficio de la misma Albania, salvo una cuota para los gastos del ramo de guerra y para la lista civil.

4. Nombramiento de valíes o gobernadores albaneses para los vilayetos albaneses.

5. Las tropas albanesas sólo en caso de guerra deberían salir fuera de Albania.

Cruel y feroz, la represión de las revueltas albanesas agravó el pleito. Los turcos son excesivamente fáciles a las brutales violencias y a las inhumanas venganzas. En Albania, las tropas otomanas mataron a las mujeres, los niños y los viejos, arrasaron las cosechas y quemaron granjas y pueblos. Hablando del viaje que proyectaba hacer el sultán a Albania en la primavera de 1911, decía el diputado albanés Ismael Kemal a un periodista italiano: «Pero este viaje del soberano a un país todavía dolorido por la herida reciente, ¿no es una ironía cruel? ¿Qué le mostrarán en Albania? ¿Las casas bombardeadas, los pueblos incendiados, las viudas y los huérfanos de las víctimas numerosísimas, las familias de los fugitivos, los campos incultos, las riquezas naturales que no pueden ser aprovechadas?... Dícese que exageramos nuestra miseria; pero nosotros contestamos: Id a Albania, vedlo y decidnos después vuestro parecer» (2).

Ante las atrocidades de las tropas turcas enviadas para reprimir la insurrección albanesa, los cónsules de las potencias en Scutari protestaron repetidamente (3).

(1) Es curioso hacer notar que en la delimitación definitiva del nuevo Estado de Albania, tres de estas ciudades, las más importantes (Monastir, Janina y Salónica), no son albanesas.

(2) De *Il Secolo*, de Milán, de 31 marzo 1911.

(3) CHARLES WOODS: Véase su obra citada en la página 355.

Por su complejo aspecto internacional, el problema de Albania ha interesado, no sólo a las naciones balcánicas, sino a todas las grandes potencias europeas. Los turcos acusaban a las potencias extranjeras de fomentar las insurrecciones en el Imperio otomano, tanto en la Turquía asiática como en la europea, y se quejaban del auxilio que recibían los albaneses del extranjero: Austria-Hungría, Montenegro, Serbia, Bulgaria, Rusia e Italia. A los dos primeros Estados, principalmente, atribuían el carácter de provocadores y fomentadores de la rebelión.

En Italia se formó un movimiento favorable a los sublevados albaneses. Constituyóse un Comité Pro Albania, que publicó un manifiesto. Habióse durante toda la primavera de 1911 de la organización de un batallón de voluntarios italianos que irían a Albania a luchar por la libertad de aquel país, y se dijo que al frente de los voluntarios se pondría el general Ricciotti Garibaldi, hijo de aquel Garibaldi soldado de todas las causas de liberación. El gobierno italiano, temeroso de complicaciones, dispuso que se ejerciera una estrecha vigilancia para impedir la expedición, la cual no llegó a organizarse. Dada la posición de Italia ante la cuestión albanesa, este movimiento no podía creerse desinteresado.

A últimos de abril de 1911 se celebró en Sofía, capital de Bulgaria, un gran Congreso Nacional Albanés, al que enviaron delegados todos los distritos de Albania. Con motivo de este Congreso se publicó y se envió a todas partes un manifiesto redactado en cinco lenguas: albanés, turco, francés, italiano y alemán. Se pedía en este documento la intervención de las potencias europeas en favor de Albania y se proclamaba la solidaridad de todos los albaneses esparcidos por diversas naciones.

IV

Las potencias y los albaneses. Albania, Estado independiente.

La guerra de los Balcanes precipitó los acontecimientos y planteó el problema de la inmediata independencia de Albania. Vencida Turquia, griegos, serbios y búlgaros pensaron repartirse Albania. Quisieron justificar su intento por el hecho de ser los albaneses gente bárbara e inquieta, sin aptitud para formar un Estado, que había de convertirse, fatalmente, en un hogar de perturbación en la península balcánica.

Pero estos propósitos eran incompatibles con las pretensiones de Austria e Italia respecto a Albania. Las dos potencias sostuvieron con invencible firmeza la necesidad de constituir Albania en Estado independiente. Así lo decidieron los representantes de las potencias en la Conferencia de Londres (diciembre de 1911).

Los límites señalados por la diplomacia europea al nuevo Estado fueron causa de un doble conflicto. Serbia había hecho llegar sus tropas triunfadoras hasta el litoral adriático de Albania, y quería anexionarse la parte norte del mismo, con los puertos de San Juan de Medua, Alessio y Durazzo, realizando así el ideal serbio de tener una salida al mar. Montenegro se obstinaba en poseer la ciudad de Scutari, y en apoderarse de ella empleó casi todos sus esfuerzos. Pero la actitud enérgica de los gobiernos de Viena y Roma consiguió que las grandes potencias pusiesen el veto a las pretensiones de Serbia sobre la costa adriática y a las de Montenegro sobre Scutari.

Ni la citada parte del litoral adriático ni la ciudad de Scutari están pobladas hoy por serbios o montenegrinos (que son serbios de raza y de lengua). Es más: no existen allí habitantes de raza serbia. Quienes han estudiado el problema étnico

de aquellos países aseguran que son puramente albaneses. Desde este punto de vista, los serbios y los montenegrinos no podían invocar el principio de las nacionalidades. En cambio, podían invocarlo desde el punto de vista histórico, pues se trata de territorios que pertenecieron a la poderosa Serbia de siglos pasados. Podían añadir a sus razones las necesidades económicas, que hacían de alta conveniencia la posesión de una zona litoral por parte de los serbios sin mar, y la de Scutari y su fértil llanura por parte de los montenegrinos recluídos entre montañas. La fuerza de Europa, sin embargo, inclinó la balanza. Serbia y Montenegro tuvieron que renunciar a sus pretensiones. Para obligarlos a ceder, fué necesaria la amenaza de una invasión austríaca del territorio serbio y el bloqueo de las costas montenegrinas por una escuadra internacional.

Entre tanto, seguía en Albania el estado anárquico. Al capitular la guarnición turca de Scutari, su comandante, Essad-Bajá, salió al frente de sus tropas y se internó en territorio albanés con el probable intento de proclamarse rey de Albania. En Valona funcionaba un gobierno provisional presidido por Ismael Kemal, con el famoso aventurero Issa Bolatinatz como ministro de la Guerra, gobierno que se entendió con Italia y con Austria.

Hecha la delimitación del Estado albanés por los representantes de las potencias, quedaron incluídos en el territorio de Serbia buen número de albaneses. Por aquel lado, la frontera política actual de Serbia va más allá de la frontera etnográfica. Una buena parte de tierra albanesa queda así bajo la dominación del Estado serbio.

¿Hay aquí, pues, una vulneración del principio de las nacionalidades? No nos atrevemos a afirmarlo categóricamente. Es necesario tener en cuenta, en efecto, la inextricable confusión de razas y de lenguas que ofrece la península balcánica. Ninguna delimitación geográfica puede ser allí perfecta. Por más

que se haga, siempre quedarán griegos en territorio búlgaro, albaneses en territorio serbio, etc. Por otra parte, tierras y poblaciones hoy ocupadas por una raza formaban parte, siglos atrás, del territorio de otra. Los serbios, por ejemplo, ocupaban gran parte del territorio de la Albania actual, con un trozo considerable del litoral adriático. Guerras e invasiones les hicieron retroceder. Otro hecho desorientador hay todavía: y es el de que la lengua de los habitantes de aquellos lugares a veces no coincide con su raza. Hay muchos que hablan búlgaro y no son búlgaros; muchos que hablan griego y no son griegos; muchos que hablan albanés y no son albaneses. Ellos mismos no saben lo que son. Han perdido la conciencia de la nacionalidad. Sobre este caos étnico y lingüístico, ¿quién puede levantar Estados políticos que coincidan plenamente con el dominio geográfico de cada raza?

Creemos, no obstante, que desde el momento que las grandes potencias decidieron crear una Albania nominalmente libre, el territorio albanés quedó excesivamente mermado por la parte de las fronteras serbia y montenegrina. Las tribus albanesas que se encontraron dentro del Estado serbio y dentro del Estado montenegrino debían sentirse naturalmente oprimidas. Y siendo los albaneses gente guerrera y fanática, su revuelta feroz era de esperar. En efecto, en el otoño de 1913 se sublevaron. En un principio vencieron a las pequeñas guarniciones serbias de diversas poblaciones. Pero el gobierno de Belgrado envió nuevas tropas, que ahogaron la insurrección.

La dificultad más grande para la constitución de Albania fué su delimitación, por las razones expuestas. Por haberse dejado algunas tribus albanesas dentro de Serbia, estalló la insurrección de 1913, y por haberse incluido una buena parte del Epiro griego dentro de Albania, estalló la insurrección de los epirotas en marzo de 1914. Las razones étnicas aconsejaban extender el territorio albanés por la parte del norte y del oeste, y reducirlo por la parte del sud. Esto último, sobre

todo, era a la vez de necesidad y de justicia. La misma debilidad del nuevo Estado hacía preferible reducir sus límites, atribuyéndole tan sólo aquellas regiones en que la población es relativamente homogénea y no hay la mezcla perturbadora y peligrosísima de otros elementos étnicos. Tal es la tesis sostenida por el eminente escritor Gaston Gravier con argumentos de gran fuerza (1).

El príncipe alemán Guillermo de Wied fué designado por las potencias soberano de Albania, probablemente a propuesta de su tío el rey Carlos de Rumanía. A primeros de marzo de 1914, fué con su esposa a Albania para tomar posesión del trono. Al cabo de poco tiempo se enemistó con Essad-Bajá, y éste organizó una insurrección que obligó al príncipe de Wied a huir de Albania.

Por obra de la Conferencia de Londres, contó Europa con un nuevo Estado nominalmente independiente: Albania. Los albaneses fueron, en este sentido, libres.

¿Podían los nacionalistas considerar como un triunfo de sus principios la constitución de este Estado? Nuestra convicción sincera es que solamente en pequeña parte triunfó el nacionalismo en el caso de que tratamos. Albania no pasó a ser independiente de verdad. Todo el mundo sabe que Austria e Italia ejercían una especie de protectorado o tutela sobre ella. Y las ambiciones de los gobiernos de Viena y Roma, para un porvenir más o menos lejano, se dirigían hacia la apropiación de aquel territorio. Parece como si Italia y Austria-Hungría hubiesen querido establecer un régimen interino, esperando la ocasión de realizar sus planes, por cierto contradictorios. La sorda rivalidad italo-austríaca respecto a Albania creaba una nueva fuente de peligros. Italia no admitía la hipótesis de que, por una expansión territorial sobre Albania, Austria aumentase su influencia en los Balcanes. Y Austria no

(1) GASTON GRAVIER: *L'Albanie et ses limites*. Números de la *Revue de Paris* del 1.° y del 15 de enero de 1913.

podía consentir que Italia ocupase la costa albanesa y se convirtiera así en dueña del estrecho de Otranto, pues eso equivalía a embotellar al Austria en las aguas adriáticas.

Por otra parte, la masa del pueblo albanés, compuesta de gente salvaje, guerrera, incivilizada, habituada a las luchas intestinas, no siente el verdadero ideal nacionalista. Si ha luchado contra sus dominadores e invasores, lo ha hecho por ese primitivo impulso de independencia que mueve a las tribus contra quien las amenaza, impulso que poco tiene que ver con el sentido superior de la nacionalidad.

Con todo, hay una selección de albaneses instruídos, conocedores de Europa, con cultura intelectual. Esta selección, hoy todavía muy reducida, será la que promoverá, más tarde, el verdadero movimiento nacionalista albanés, la que despertará al pueblo embrutecido y bárbaro y le dotará de la conciencia nacional.

No triunfó el nacionalismo albanés al constituirse el Estado oficial de Albania. Triunfará más adelante, después de un nuevo período de luchas. En realidad, la historia nacional del pueblo albanés empieza ahora.

La gran guerra habrá tenido una fuerte influencia sobre el proceso de la nacionalidad albanesa, en el sentido de acentuar la acción italiana. Aun antes de intervenir en la guerra, Italia ocupó el puerto albanés de Valona, llave del canal de Otranto.

Durante la guerra, bajo los auspicios de Italia, fué proclamada la independencia de Albania, que en la intención del gobierno de Roma no debía ser otra cosa que un protectorado exclusivo de Italia, en substitución del protectorado austro-italiano que, de hecho, existía desde las guerras balcánicas. Hoy se considera seguro que la Liga de las Naciones dará a Italia el mandato para administrar a Albania.

EPIRO

I

El pleito de la frontera albanesa del sud.

DURANTE las guerras balcánicas, las tropas griegas ocuparon el Epiro, tierra helénica que había quedado fuera del reino de Grecia, al constituirse éste en 1830, y que siguió bajo el dominio de Turquía. El Epiro está situado al norte de la Tesalia, y comprende, en el oeste, una considerable extensión de la costa adriática. La población es de unas 200.000 almas.

Todo el Epiro habría sido anexionado, seguramente, a Grecia, al hacerse la liquidación de las guerras balcánicas. Los griegos, en efecto, predominan en aquel territorio, aunque en su parte septentrional hay un buen número de habitantes de lengua albanesa (1). Pero Italia y Austria se opusieron intransigentemente a la anexión y exigieron que la frontera meridional de Albania dejase gran parte del Epiro dentro del nuevo Estado albanés.

De aquí nació el largo pleito de la frontera albanesa del sud, que motivó una gran tirantez de relaciones entre los gobiernos de Atenas y Roma. El último sostenía que no podía consentir que se convirtiese en griego el litoral del Epiro, por cuanto ésto representaría una amenaza para Italia. Francia apoyó la tesis griega, cosa que le valió violentos ataques por

(1) Según los griegos, estos habitantes no son albaneses de raza, sino helénicos albanizados por la lengua, o sea arnautófonos.

parte de la prensa italiana. Inglaterra, en cambio, se inclinaba del lado de la tesis contraria.

Mientras producíase esta lucha diplomática, el rey Constantino de Grecia pronunció, en Berlín, aquellas famosas palabras según las cuales las victorias helénicas de los Balcanes fueron debidas a la táctica prusiana que él y sus oficiales habían aprendido en Alemania. Esta afirmación la hizo en términos que excluían de toda participación en aquellas victorias a la misión militar francesa que, dirigida por el general Eydoux, reorganizó el ejercito griego. Las palabras del rey de Grecia produjeron en Francia pésima impresión.

Francia, poniéndose al lado de Grecia en el pleito del Epiro y en el de las islas griegas del Egeo, hacía un sacrificio, del cual quizá no habría sido capaz ninguna otra potencia. El idealismo y el espíritu de justicia pesan muy poco en la diplomacia; pero donde pesan más, aun no pesando mucho, es en la diplomacia francesa. Y en la cuestión helénica la diplomacia de Francia se había dejado influir por este idealismo que es la tradición y la gloria de la República vecina. Para favorecer a Grecia, el Gobierno de París había corrido el peligro de ver enfriarse sus relaciones con Rusia, su aliada, y de acentuar la hostilidad italiana. El problema vital, primordial, de Francia, era el de su rivalidad con Alemania. Ante este problema, tenía un interés de primer orden en contar con la adhesión de los rusos, que en caso de guerra podían atacar el Imperio germánico, y un interés considerable en estar en relaciones amistosas con los italianos, que podían atacarla a ella. Si, a pesar de ésto, el rey de Grecia le pagaba ofendiéndola y poniéndose al lado de Alemania, ¿cómo no había de perder la afición a sostener al reino griego? Todas las manifestaciones de simpatía hacia Francia hechas por Venizelos y por la prensa griega no podían borrar el efecto de la indiscreción del rey. Consecuencia de este tropezón indisculpable fué, probablemente, el hecho de que Francia dejó de oponer expedientes dilatorios a

la fijación de la frontera meridional de Albania. En el mes de diciembre de 1913, la comisión internacional delimitadora dió su *rapport*, en el cual triunfaba el punto de vista italiano.

En el mes de enero de 1914 el presidente del Consejo de ministros de Grecia, Venizelos, emprendió un viaje a las capitales de las grandes potencias europeas, con el fin de resolver las serias dificultades creadas a su país por la cuestión del Epiro, y sobre todo por la de las islas egeas. Con su clarividencia, Venizelos comprendió que la anexión del Epiro septentrional a Albania era un hecho consumado, irreparable por el momento, impuesto por la fuerza de las grandes potencias, contra las cuales nada podía Grecia. Por eso sus negociaciones partieron de la base de aceptar la delimitación de la frontera albanesa del sud con alguna modificación de detalle. Sus esfuerzos se dirigieron a obtener la mejor solución posible de la cuestión de las islas del mar Egeo.

II

La revuelta epirota de 1914.

En la lucha diplomática, el ideal de los epirotas fué vencido. Pero éstos, que ya se preparaban hacía tiempo para la lucha armada, decidieron apelar a las armas.

Toda Europa tuvo la impresión de que sus amenazas no eran vanas palabras. Algunos hombres influyentes de diversos Estados, especialmente de Inglaterra, se manifestaron partidarios de solucionar el conflicto por la concesión de la autonomía al Epiro (1).

Habiéndose avenido el Gobierno de Atenas a retirar las tropas de aquel territorio, se formó un Gobierno provisional

(1) Artículo publicado por Mr. Pomber Rooves, director de la Escuela de Ciencias Políticas de Londres, en el número del *Daily Chronicle* del 22 de diciembre de 1913.

para cuando llegase el caso de la evacuación. Constituyóse un numeroso cuerpo de voluntarios, teniendo al frente oficiales griegos que habían dimitido sus cargos en el ejército para ir a luchar al lado de los revoltosos. Los epirotas de Grecia y América aportaron cuantiosas sumas para subvenir a los gastos del movimiento. A medida que se iban retirando las tropas helénicas, los habitantes del país se insurreccionaban (marzo de 1914).

Al principio, los revolucionarios proclamaron la independencia del Epiro, y entró en funciones el gobierno provisional, al frente del cual se puso Zographos, hombre inteligente y fuerte. Tal como el problema estaba planteado, los epirotas no tenían en aquel entonces ninguna esperanza de unirse al reino de Grecia. El mismo Gobierno helénico no podía alentar ni sostener el movimiento. Si hubiese querido alentarlo o sostenerlo, habría sido objeto de dolorosas represalías por parte de Europa. Sin ninguna probabilidad de ganar nada, se exponía a perderlo todo. La unión del Epiro a Grecia era, en aquellas circunstancias, un imposible material.

Por esto Zographos no se obstinó puerilmente en dar a la insurrección un carácter anexionista, que habría motivado su fracaso seguro. Tampoco se forjó la ilusión de que pudiese durar mucho la independencia proclamada. Así se explica que Zographos procurase entrar en negociaciones con Albania, a la cual reclamó el reconocimiento de las reivindicaciones de los griegos del Epiro. Sus demandas tenían por objeto la salvaguardia del carácter helénico de los epirotas, y se referían a la lengua, a la enseñanza, al servicio militar, al ejercicio de cargos públicos, etc.

En el mismo mes de marzo de 1914, el alzamiento llegó a su período álgido. Las principales poblaciones del Epiro —Argyrocastro, Chimarra, Delvino— cayeron en poder de los «batallones sagrados» epirotas.

El éxito del movimiento insurreccional y el estado de anarquía en que siguió Albania después de la llegada de Guillermo de Wied, alentaron a los epirotas. Éstos, yendo más allá de las reivindicaciones formuladas primeramente por Zographos, exigieron la autonomía. Así lo acordaron en una Asamblea de notables que a fines de marzo se celebró en Argyrocastro.

Interrumpidas las negociaciones entre el Gobierno provisional epirota y el Gobierno albanés, este último decretó la movilización de sus fuerzas militares. Italia manifestó deseos de ayudar militarmente al Gobierno albanés, pero las otras naciones no lo aceptaron.

El Gobierno de Atenas, que no podía sostener la pretensión de los epirotas de unirse al reino griego, ni tampoco la de constituirse en un principado independiente, en cambio sostuvo diplomáticamente la concesión de especiales derechos nacionales al Epiro y hasta el otorgamiento de la autonomía.

Durante la gran guerra, la cuestión del Epiro dió lugar a incidentes diversos, entre ellos el de la admisión de los diputados epirotas en el Parlamento de Atenas y el de la ocupación militar griega de aquella región. Últimamente, parece que, gracias a la política de Venizelos, han llegado a un acuerdo los gobiernos de Atenas y Roma.

CRETA

I

Antecedentes.

En los tiempos prehelénicos, la civilización llamada minoana floreció en Creta. Más tarde, la isla fué ocupada por los helenos. Los romanos la conquistaron, y la convirtieron en una dependencia de su provincia africana de la Cirenaica. En 825, la ocuparon los árabes, que la retuvieron en su poder durante un siglo y medio; ellos construyeron la fortaleza de El Kandak (Candía), que dió nuevo nombre a la isla. Después del año 961, formó parte del Imperio bizantino.

A principios del siglo XIII, las expediciones latinas causaron el desmembramiento del Imperio de Bizancio. Creta cayó en poder del francés Bonifacio de Montferrat. Pero éste, que ya tenía bastante con el reino de Salónica, vendió la isla por treinta libras de oro a Venecia, para la cual constituía una escala necesaria en su próspero comercio con Siria y Egipto.

El terreno montañoso de Creta facilitó en gran manera la resistencia de los naturales del país a las invasiones extranjeras. La República de Venecia, desde 1204 a 1363, tuvo que combatir más de treinta revueltas, y su dominación no pudo nunca extenderse más allá de las costas y las llanuras.

El régimen veneciano era muy duro. Convertidos a la religión griega durante el período de la opinión bizantina, los cretenses restaron fieles a aquélla. La diferencia de religión hizo

que los venecianos, católicos, acentuasen su opresión sobre los indígenas. Éstos, en el siglo XVII, llamaron a los turcos para que les ayudasen a arrojar a los venecianos. El sitio de la plaza de Candía, famoso en la historia, duró de 1648 a 1669.

Vencieron los turcos. Pero los cretenses vieron agravarse su servidumbre. El régimen otomano fué mucho más tiránico y brutal que el de Venecia.

Para salir de la situación terrible en que se hallaban, los cretenses se veían obligados a adoptar la religión musulmana. Al contrario de los venecianos, que no se mezclaban con los indígenas, los dominadores turcos tuvieron hijos cretenses, griegos por la lengua. Así resultó que al cabo de unas cuantas generaciones, no hubo verdadera diversidad de raza ni de lengua. La diferencia estaba en la religión. En las comarcas montañosas seguía dominando el cristianismo. Sin embargo, los progresos del islamismo eran tan considerables en la isla, que llegó un momento en que pareció próxima la desaparición de la religión cristiana. En 1760 había más de 200.000 musulmanes y apenas 60.000 cristianos.

Pero los turcos fueron adoptando hacia el cristianismo una actitud de indiferencia y de menosprecio. Gracias a ella, los cristianos pudieron reconstituir la jerarquía eclesiástica griega. De esta manera uniéronse otra vez al helenismo. De ahí se originó como un renacimiento, nutrido por la esperanza de que Rusia vendría un día a libertar a Creta. Durante todo el siglo XVIII, los cretenses, guerreros por naturaleza, esperaron el momento de la revuelta, que con el auxilio del Imperio moscovita les daría la libertad. En 1770 estalló la primera insurrección. Fué sofocada, pero el sentimiento de raza y el deseo de acabar con la opresión turca quedaron vivamente encendidos en el corazón de los cretenses. Por otra parte, la decadencia del Imperio otomano les ofrecía futuras posibilidades de victoria.

II

Las insurrecciones del siglo XIX.

Con la insurrección de 1770 los cretenses habían entrado por el camino de la protesta violenta. Durante todo el siglo XIX siguieron este camino y las insurrecciones sucediéronse en la isla.

Una gran insurrección estalló en 1821, coincidiendo con el alzamiento de Grecia contra la dominación otomana. En 1822 los cretenses enviaron representantes a la Cámara pan-helénica de Epidauro. Por espacio de más de cinco años, mientras se sostenía la lucha por la independencia griega, Creta formó parte del nuevo Estado helénico. Menos afortunados que los helenos de la península, los cretenses no consiguieron librarse del yugo turco. El Gobierno de Constantinopla, sintiéndose débil, entregó la isla a Mahomet-Alí, virrey de Egipto. En 1830 Europa confirmó ese estado de cosas. Los patriotas de Creta protestaron «ante la cristiandad y el mundo civilizado», y proclamaron «eterna e inmutable la unión de este pueblo con los helenos, con los cuales ha combatido, con los cuales aun hoy continúa formando una sola nación y de los cuales no se separará nunca». Rusia alentaba entonces las revueltas, pero éstas recibían también el auxilio de Grecia. «Todas las insurrecciones cretenses—dice un escritor (1)—han recibido socorros de Atenas, y todas se han cubierto con la bandera helénica.»

El régimen egipcio, que duró veinte años, introdujo, después de una represión cruel, una relativa mejora. La desigualdad de condiciones entre los cristianos y los musulmanes desapareció. Mahomet-Alí llevó a la isla sus fieles soldados albaneses. Los *beys* musulmanes perdieron su despótico poder.

(1) G. STREIT: *La volonté du peuple crétois.* Citado por V. Berard en su obra *Les affaires de Créta,* pág. 169.

Hacia el año 1840, Europa, que, pretendiendo proteger a Creta, contribuyó poderosamente a sus desgracias, la puso otra vez en manos del sultán de Turquía. Las potencias habían dispuesto que se estableciese un régimen moderado y prudente. La realidad fué que la tiranía de los *beys* se entronizó otra vez. Los cretenses no la soportaron. En 1858 se alzaron en armas. Vencido el movimiento, se reprodujo en 1866.

Aunque las revueltas eran sofocadas, no dejaron por eso los cretenses de obtener algún resultado. A cada nueva insurrección conseguían ventajas. La de 1866 terminó en 1868 con el otorgamiento de un «Reglamento orgánico», que representó un gran paso hacia la igualdad de derechos entre musulmanes y cristianos. Su disposición más importante fué la que estableció que los tribunales estuviesen formados por individuos cristianos y musulmanes elegidos por habitantes de la isla. Además, dispuso aquel Reglamento que las lenguas griega y turca fuesen cooficiales.

En 1878 el pacto de Khalepa, entre el sultán y los cretenses, estableció en la isla un verdadero régimen de autonomía y de democracia. La principal reforma fué la creación de una Asamblea designada por elección, que cada dos años se reunía para votar los presupuestos y promulgar leyes. Como ya entonces los elementos cristianos estaban en gran mayoría, el nuevo régimen significó la supresión de los privilegios de los *beys.*

Tan pronto funcionó la Asamblea se dibujaron en ella dos partidos. Los *beys* y aquellos cristianos que resultaban beneficiados por el poder de Turquía, constituyeron el partido conservador; los cretenses, que eran víctimas de la explotación y del despotismo, constituyeron el partido liberal. Este último estaba en mayoría en la Cámara y sostenía el nuevo régimen. El partido conservador era su enemigo.

Al principio, todo marchó bien. De 1880 a 1886, Photiades bajá, el valí, jefe del poder ejecutivo nombrado por cinco años,

gobernó de acuerdo con los liberales. Pero al cesar Photiades en su cargo, los *beys* redoblaron sus esfuerzos contra el régimen establecido. Ayudados por el sultán Abd-ul-Hamid, acabaron por llevar la perturbación a la isla. En 1889 los conservadores promovieron desórdenes, de los cuales se aprovechó el sultán para enviar nuevas tropas turcas a Creta y para abolir el pacto de Khalepa, a pesar de estar éste garantizado por las potencias europeas, que lo habían impuesto como solución del conflicto cretense. Un *firman* imperial del 26 de octubre de 1889, restableció el poder absoluto del valí, otorgó privilegios a los *beys*, reformó los tribunales en sentido favorable a los musulmanes y modificó el sistema electoral con una nueva repartición de los lugares y con la exclusión del derecho de sufragio de aquellos que no poseyesen propiedades. «Los *beys* recomenzaron su explotación legal—escribe Víctor Bérard (1)—, y de 1890 a 1895 tuvieron cinco años buenos.» Durante este tiempo los valíes hacían celebrar elecciones; sin embargo, no convocaron la Asamblea. Había una relativa tranquilidad material, externa; pero la isla cayó en una anarquía lastimosa.

III

La insurrección de 1897. Intervención armada de las potencias. Guerra entre Turquía y Grecia.

La situación de Creta empeoraba cada vez más. Todo estaba allí desorganizado; ninguno de los mecanismos del Estado funcionaba. Ni se pagaba los impuestos, ni estaban garantizadas las vidas y haciendas, ni había ningún respeto legal o humano que impidiese los crímenes de los malhechores y de los fanáticos. Crecían los odios y germinaban las semillas

(1) *Les affaires de Crète*, pág. 78.

de revuelta. Los cristianos pedían que fuese puesto en vigor el pacto de Khalepa y que se convocase con regularidad la Asamblea.

Ante aquella insostenible situación, las potencias obligaron a Abd-ul-Hamid a enviar un gobernador cristiano a la isla. Los *beys*, con la eficaz ayuda del Gobierno de Constantinopla y de las tropas regulares turcas, pusieron obstáculos a la obra del nuevo valí. Al propio tiempo, los musulmanes cometieron repetidos asesinatos de cristianos.

Caratheodory, el gobernador cristiano, convocó la Asamblea, que ya hacía seis años que no se reunía. Los diputados votaron diversas leyes y disposiciones, necesarias y urgentes, para poner fin a la anarquía reinante. El sultán negóse a sancionarlas.

Una parte de los cretenses había dejado de creer en la virtualidad de los procedimientos legales y era partidaria de los procedimientos de violencia. Enfrente del partido legalista moderado, formóse un partido francamente revolucionario que defendía la unión de Creta a Grecia. En el mes de septiembre de 1895 apareció en la montaña una partida armada: la «Apitropia Reformadora». Turquía envió nuevas tropas a Creta para perseguir a los revoltosos.

Atado de manos por las maniobras de los turcos, Caratheodory no pudo solucionar el conflicto, cada día más envenenado. En el mes de marzo de 1896 dimitió. Entonces la Sublime Puerta nombró otra vez un gobernador musulmán. Nuevamente dejó de convocarse la Asamblea.

Entretanto, el partido revolucionario ganaba terreno. Los cretenses desterrados en Grecia formaban comités encargados de enviar armas y municiones a la isla. Temeroso de un conflicto grave que repercutiese hondamente sobre la península balcánica, el Gobierno de Atenas pidió a las potencias protectoras de Creta (Rusia, Francia e Inglaterra) que impusiesen a Turquía el restablecimiento del pacto de Khalepa, garantido

por aquéllas, y la inmediata reunión de la Asamblea. Los Gobiernos de Petrogrado, París y Londres no escucharon la demanda. El Gobierno griego recurrió a las potencias signatarias del tratado de Berlín de 1878, el cual estipulaba para Creta la aplicación del «Reglamento orgánico» de 1868. Tampoco obtuvo ningún resultado.

No obstante, el sultán convocó la Asamblea cretense para el 28 de mayo de 1896. Pero antes de esta fecha, los musulmanes de la isla, al saber que las tropas turcas habían sido derrotados por los revoltosos de la montana, realizaron una matanza entre cristianos de La Canea.

Las potencias enviaron barcos de guerra a las aguas cretenses. En la isla los asesinatos y los incendios continuaban. Otra vez Abd-ul-Hamid nombró un gobernador musulmán. Exasperados los cretenses, amenazaron con solicitar la ocupación inglesa. Eso alarmó a algunos Gobiernos y activó las gestiones diplomáticas. Rusia, Francia, Inglaterra, Austria-Hungría, Alemania e Italia, pidieron al sultán el restablecimiento del pacto de Khalepa y la reunión de la Asamblea. Abd-ul-Hamid accedió. La Asamblea fué convocada, concedióse una amnistía y envióse a Creta un gobernador cristiano.

Pero siguiendo sus habituales procedimientos, la Puerta trató de escamotear en la práctica las concesiones hechas. Desconfiados, con razón de sobra, los cretenses, rehusaron tratar con el sultán si las potencias no intervenían en el pacto y no lo garantizaban. Los musulmanes seguían asesinando cristianos y quemando poblaciones.

Órdenes secretas de Constantinopla hicieron que se concentraran los campesinos musulmanes alrededor de las ciudades. Su afluencia agravó la situación. En Creta y en Grecia la agitación aumentaba en grandes proporciones. El contrabando de armas y municiones era formidable. Mientras las potencias estaban ocupadas en nimias negociaciones, los campesinos musulmanes quemaron el barrio cristiano de La Canea y pasaron a degüello a los cristianos de las ciudades. Los cretenses respondieron con la insurrección general y tomaron contra los musulmanes crueles represalias (febrero de 1897).

Inmediatamente después de la matanza de cretenses, la escuadra griega zarpó hacia La Canea, llevando a bordo tropas de desembarco. Pocos días después llegaba una flota internacional, cuyos marineros desembarcaron y ocuparon diversos puntos. Esta flota la constituían navíos de Inglaterra, Francia, Rusia, Italia, Austria-Hungría y Alemania. Una junta de almirantes hízose cargo de la isla. A primeros de marzo de 1897, las seis potencias acordaron que su política se basaría en los siguientes extremos: 1.º Creta no podrá en ningún caso ser anexionada a Grecia en las presentes circunstancias; 2.º La isla será dotada de un régimen autonómico.

Los insurrectos negáronse a aceptar la autonomía que las potencias les ofrecían. «¡La unión a Grecia o la muerte!», gritaban. La presencia de las tropas griegas en la isla los alentaba. Viendo que se llegaba a la pacificación, la flota internacional procedió al bloqueo de las costas.

El desembarco de tropas griegas en Creta encendió la guerra entre Grecia y Turquía (abril de 1897). Los helenos fueron totalmente vencidos. Las fuerzas griegas desembarcadas tuvieron que reembarcar.

IV

Nuevo régimen de autonomía. Insurrección de 1905. Insurrección de 1908.

Obligados a hacer concesiones a los cretenses, en el sentido de preparar la anexión de la isla a Grecia en un porvenir más o menos lejano, las potencias protectoras (en el número de las cuales había entrado Italia) designaron un alto comisario que se pusiese al frente del Gobierno cretense. Para este cargo fué

escogido el príncipe Jorge, hijo segundo del entonces rey de Grecia. La soberanía del sultán sobre Creta siguió existiendo, pero resultó, desde aquel momento, más nominal que efectiva. Al hacerse el nombramiento del príncipe Jorge, ni tan sólo se pidió el parecer de Abd-ul-Hamid.

En los primeros años de este nuevo régimen, la paz y el orden reinaron en Creta. Pero el deseo ardiente de unirse a la madre patria subsistía en los cretenses, que se impacientaban al ver que el tiempo pasaba y no se realizaba la anexión.

Hacia 1904 la situación se agravó de nuevo. El malestar se apoderó nuevamente de los cretenses. Complicaba las cosas el hecho de haberse formado en la Asamblea un grupo de oposición al príncipe Jorge, cuya gestión no era bastante plausible. El príncipe reclamó de las potencias la anexión que los cretenses exigían intransigentemente o, al menos, alguna concesión importante en este sentido.

Ante las interminables negociaciones de las cancillerías, los cretenses, contrariados, exasperados, en la primavera de 1905 apelaron otra vez a la insurrección. Los sublevados se reunieron en Asamblea, en Therisso, dirigidos por Venizelos —el actual presidente del Consejo de ministros de Grecia— y proclamaron «la unión política al reino de Grecia en un solo Estado libre y constitucional». Inútiles resultaron los esfuerzos del príncipe Jorge y de las potencias para hacer desistir de su actitud a los sublevados. La revuelta se extendía. A pesar de los consejos de los jefes, algunos musulmanes de las poblaciones rurales fueron asesinados y sus correligionarios, atemorizados, huyeron hacia las ciudades y comenzaron a embarcarse hacia otras tierras.

La Asamblea regular de la isla, reunida el 20 de abril, en una sala exclusivamente decorada con banderas griegas, proclamaba igualmente la anexión y comunicaba el acuerdo a los cónsules. Estos respondieron que no era posible, en aquellas circunstancias, modificar la constitución política de Creta, y

pidieron, consiguiéndolo, que se volviera a izar en los edificios públicos la bandera cretense, que había sido sustituída por la griega. La insurrección duró hasta el mes de noviembre de 1905, en que los insurrectos dejaron las armas y los cónsules concedieron una amnistía general.

Falto de la afección del pueblo cretense, fracasado, el príncipe Jorge dimitió su cargo en el mes de julio de 1906. Las potencias, entonces, dieron un nuevo paso hacia la unión creto-griega, confiriendo al rey de Grecia la facultad de designar, con el beneplácito de aquéllas, al alto comisario de Creta, y no por una sola vez, sino cada vez que el cargo quedase vacante. El monarca griego nombró al ex presidente del Consejo de ministros, Zaimis, que había adquirido fama de político hábil y de hombre de Estado, gobernando a Grecia después de la desastrosa guerra de 1897.

El período de gobierno de Zaimis, que duró dos años, fué beneficioso para los intereses de Grecia. Para facilitar a Zaimis su gestión, las potencias aprobaron una nueva Constitución del Estado cretense (febrero de 1907), confiaron el control de las haciendas cretenses a los mismos delegados que controlaban las finanzas griegas, y permitieron que se confiase a oficiales griegos el mando de las fuerzas cretenses creadas. En el mes de julio de 1908 comenzó la evacuación de la isla por las tropas internacionales.

Como se ve, en este período se iba gradualmente, con relativa rapidez, a la unión creto-griega. Pero la revolución turca de 1908 vino a romper el curso normal de los acontecimientos. Para los cretenses, era aquélla una ocasión excepcionalmente favorable a la realización de sus anhelos. Al proclamarse, en los primeros días de octubre de dicho año, la anexión de la Bosnia-Herzegovina al Imperio austro-húngaro y la independencia de Bulgaria, Creta creyó llegada la hora del triunfo. Si Bulgaria, cuya situación respecto a la Sublime Puerta era análoga a la de Creta, se había proclamado completamente desli-

gada del poder otomano, ¿por qué no podemos nosotros—pensaron los cretenses—realizar inmediatamente la anexión a Grecia?

El día 7 de octubre de 1908, la ciudad de La Canea apareció llena de banderas griegas; miles de cretenses de los alrededores acudieron a manifestar en pro de la anexión, descargando al aire, locos de alegría, fusiles y revólveres. La unión a Grecia fué proclamada por décimacuarta vez desde 1830. Pocas horas después, la bandera griega ondeaba en los edificios públicos y se promulgaba un decreto del Gobierno cretense, anunciando la adhesión de éste a la voluntad del pueblo. Reunida la Asamblea el 12 de octubre, en ausencia de los escasos diputados musulmanes, el presidente abrió la sesión en nombre del rey de Grecia, una música tocó el himno griego y se izó en la sala la enseña helénica. El acuerdo adoptado fué el siguiente:

«La Asamblea de los cretenses, reunida en sesión extraordinaria, tomando en consideración la resolución irrevocable del pueblo cretense, decreta: Proclamar la independencia de Creta y su unión con el reino de Grecia en un reino único e indivisible. Invitar a S. M. el rey de los helenos a tomar posesión del gobierno de la isla.»

Al día siguiente la Asamblea nombró una comisión ejecutiva, dentro de la cual Venizelos estaba encargado de los Negocios Extranjeros, para que gobernase al país en nombre del rey de Grecia y de conformidad con las leyes griegas. Después de ésto, la Asamblea declaróse disuelta. Todos los partidos, salvo el musulmán, se habían unido entusiásticamente.

V

Nueva interinidad. Insurrección de 1911. La guerra balcánica: unión de Creta a Grecia.

Después de dar a entender que estaban dispuestas a realizar el anhelo de los cretenses, las potencias retrocedieron y siguieron obstaculizando los intentos de anexión. Ante tal conducta, el alto comisario Zaimis presentó la dimisión de su cargo, y a pesar de no habérsela admitido las potencias, se retiró de la isla. Un Comité ejecutivo asumió el Gobierno. El régimen de Creta volvió a ser irregular.

Mientras tanto, Grecia se debilitaba a consecuencia de sus perturbaciones interiores. La Liga militar ejercía un poder escandaloso. Ocurrió el pronunciamiento del 28 de agosto de 1909, que obligó al Parlamento a votar la revisión constitucional. La crisis política acabó con el nombramiento de Venizelos, el antiguo ministro de Creta, para la presidencia del Consejo de ministros de Grecia. Venizelos disolvió la Asamblea griega en agosto de 1910, y los cretenses decidieron celebrar elecciones para enviar diputados a la nueva Asamblea de Atenas.

Turquía, donde los Jóvenes turcos habían consolidado su poder después del destronamiento de Abd-ul-Hamid (abril 1909), amenazaba con declarar la guerra a Grecia si se consumaba la unión de la isla al reino por la admisión de diputados cretenses en la Asamblea griega. Desde el nombramiento del príncipe Jorge como alto comisario, las potencias preparaban lentamente la anexión. Los Jóvenes turcos creyeron que la hora era propicia para sus intentos y quisieron detener la acción de las potencias mediante la concesión definitiva de un régimen autonómico bajo la soberanía otomana, de manera que se suprimiese el alto comisario nombrado por el rey de Grecia. Algunas potencias acogieron favorablemente la propuesta turca, pero otras se reservaron, no llegándose a ningún acuerdo práctico.

Ni las amenazas turcas, ni la presión de las potencias protectoras, pudieron impedir que en Creta se hiciesen elecciones de diputados a la Asamblea griega. Para que éstos no pudiesen asistir, como era su propósito, a las sesiones de la nueva Asamblea, los representantes de las potencias los detuvieron y no les pusieron en libertad hasta que la Asamblea de Atenas suspendió sus sesiones (enero de 1911).

Insistiendo en su política de afirmar la soberanía turca en la isla, el Gobierno de Constantinopla envió cadíes o jueces musulmanes, hecho que motivó la protesta de los cretenses y de los griegos e hizo temer graves complicacionns. Se acercaba el fin del término de cinco años para el cual habíase nombrado el alto comisario Zaimis, y llegaría el momento de confirmar el *statu quo* o de dar un régimen definitivo a Creta. Para que la solución fuese favorable a los respectivos deseos, hacían extraordinarios esfuerzos los diversos Gobiernos interesados y el pueblo cretense, el cual, a pesar de los consejos de prudencia dados por Venizelos, no desistía de su propósito de unirse a la madre patria.

Habiendo decidido las cuatro potencias que el *statu quo* fuese mantenido y que no se nombrase nuevo alto comisario, al terminar, a últimos de septiembre de 1911, el mandato de Zaimis, la Asamblea cretense ratificó la decisión de unirse a Grecia, eligiendo diputados al Parlamento de Atenas.

Un movimiento revolucionario estalló a principios de diciembre. El día 9 se reunió en La Canea la Asamblea revolucionaria, que eligió presidente a Michelidakis, jefe del movimiento. Dos días después nombró los diputados a la Asamblea griega. Éstos intentaron embarcarse con dirección a Grecia, pero las potencias los detuvieron y los llevaron a bordo de los buques de la escuadra internacional que había acudido. Se ofreció a los detenidos la libertad si prometían no ir a Atenas, pero aquéllos se negaron en absoluto a hacer tal promesa. Para poner fin a esta situación, el gobierno griego disolvió la Asamblea. No habiendo Cámara, no había diputados y desaparecía el motivo de la detención de los cretenses.

Otra vez Creta estaba en revolución. Algunos musulmanes fueron muertos por los insurrectos. A últimos de febrero de 1912 las potencias enviaron una nota al Gobierno revolucionario cretense, amenazándole con tomar medidas si, no respetando el *statu quo*, persistía en enviar diputados a Atenas y en destituir a los funcionarios musulmanes, y si los ataques contra la vida de los musulmanes continuaban. Hacia el mes de abril volvieron a marchar a Grecia los diputados, que en parte fueron detenidos en alta mar por buques de la escuadra internacional; pero no se pudo evitar que un buen número de ellos burlasen la persecución de que eran objeto y llegasen a Atenas. La apertura de la Asamblea griega se aplazó por esta causa.

Meses después (octubre de 1912) estalló la guerra de los Balcanes. Los diputados cretenses fueron admitidos en la Cámara de Atenas. Derrotada Turquía, consideróse un hecho seguro la unión definitiva de la isla al reino helénico. Con todo, todavía hubo maniobras diplomáticas que la amenazaron. Se generalizó entonces la sospecha de que Inglaterra tenía pretensiones sobre Creta y procuraba dificultar la anexión. Poco a poco las dudas y los recelos se disiparon. Y el día 14 de diciembre de 1913 la isla fué oficialmente anexionada a Grecia por el rey Constantino, el cual izó en uno de los fuertes de La Canea la bandera helénica. La anexión fué reconocida por las potencias.

VI

La población de Creta. La misión de los cretenses dentro del reino griego.

Los cretenses son de raza y lengua griega, el predominio de la cual en la isla ha resistido las mezclas étnicas. Pero se había hecho fuerte en ella el elemento musulmán. Hemos dicho que

en 1760 el número de cristianos era de unos 60.000 y el de mahometanos de unos 200.000. Hay que advertir que esta clasificación es más religiosa que étnica, pues gran número de musulmanes eran de raza helénica, convertidos, de grado o por fuerza, al islamismo.

Desde entonces no ha cesado de disminuir el número de habitantes musulmanes de Creta y de crecer el de habitantes cristianos. Véanse las cifras siguientes:

Años	Habitantes musulmanes	Habitantes cristianos
1881	73.224	205.010
1901	33.496	303.543
1911	27.852	307.832

Los musulmanes habitan casi todos en las principales ciudades de la isla, sobre todo en Candía y La Canea. Posteriormente al censo último, la población mahometana ha disminuído. Se puede decir, pues, que el carácter heleno de Creta está plenamente asegurado, y mucho más formando parte de Grecia.

Los cretenses, en el último período de su larguísimo batallar, adoptaron el lema *todo o nada*. No quisieron aceptar ni la autonomía más amplia, ni la misma independencia. Y es que el ideal nacional de los cretenses no estaba ni en la autonomía ni en la independencia. Ellos no forman una nación, sino un pedazo de una nación, de la nación griega, y no aceptaban otra solución que la unión pura y simple al reino griego. Para este fin luchaban y daban su sangre, demostrando un valor invencible, una constancia admirable, una voluntad firmísima; y al fin triunfaron.

Cada causa nacional ofrece caracteres particulares y distintivos. Cada pueblo triunfa con procedimientos diversos, según su manera de ser, su fuerza, las condiciones del enemigo, las circunstancias de la lucha. En Creta el triunfo del ideal nacional ha exigido mucha sangre. Venizelos decía, años atrás, que «la sangre ha de regar la tierra para que nazcan útiles frutos».

Pero, en este ardiente anhelo de los cretenses, ¿no había otra cosa que la voluntad de formar parte de Grecia? ¿Querían la anexión solo por la anexión? Al quedar unidos a Grecia, ¿estaba ya realizado su ideal? ¡Oh, no! Los cretenses veían en la unión el engrandecimiento de la patria helénica, su florecimiento, el posible retorno a su antigua gloria. «Formada enteramente por la cultura griega—escribe M. Reinach (1),—la generación joven no tiene más que una voluntad: aportar a Grecia, envejecida antes de tiempo, las nuevas fuerzas que sus montañeses, apenas salidos de la barbarie, sienten hervir en su interior. Fáciles a la ilusión, como todos los pueblos jóvenes y seguros de sí mismos, piensan regenerar a Grecia por el esfuerzo de sus energías.»

Los cretenses veían al pueblo peninsular débil, decadente, y querían infundirle su sangre más rica, su voluntad más fuerte. Ellos, solos, eran gente salváje, sin medios para elaborar una cultura y ocupar un puesto digno entre los pueblos. Pero estaban convencidos de que su entrada en el reino griego produciría un florecimiento de cultura y de esplendor en la vieja patria, por ellos nunca olvidada.

En la gran guerra, Venizelos, el cretense, ha prestado a Grecia servicios inmensos. La ha salvado del complot germanófilo al frente del cual estaba el rey Constantino, merecidamente destronado. Ha evitado el derrumbe del Estado griego y ha asegurado, con su política aliadófila, un nuevo engrandecimiento del territorio de la Hélada, especialmente en el litoral del Asia Menor.

(1) *La question crétoise vue de Crète.* Número de *La Revue* de 15 septiembre 1906.

MACEDONIA

I

Los búlgaros.

MACEDONIA no es propiamente una nacionalidad. Es una región geográfica situada en el centro de la península balcánica, entre la Vieja Servia y la región búlgara de la Rumelia del norte, Albania al oeste, Grecia y el mar Egeo al sud, y la Tracia al este. Diversos elementos étnicos viven allí juntos, desde hace siglos, en mezcla caótica. Pero el elemento predominante es el búlgaro. Aquella región, en la Edad Media, formó parte del territorio de Bulgaria. Para dar los antecedentes de las luchas nacionales en Macedonia, es necesario explicar la historia de los búlgaros en el oriente europeo.

Los búlgaros son un pueblo eslavo, pero impuramente eslavo. Las tribus eslavas que ocuparon aquel territorio en el siglo VI fueron invadidas, poco después, por elementos asiáticos, sobre todo fino-mongoles. El mismo nombre de búlgaros es el que llevaban sus principales invasores. Pero éstos, relativamente poco numerosos, fueron eslavizados (1). Su sangre mezclóse con la de los eslavos primitivos, dando origen a una raza mixta. Por esto hay quien no considera eslavos a los búlgaros. Es evidente, sin embargo, que, a través de las mezclas étnicas de Bulgaria, el carácter eslavo ha acabado por predominar, más o menos modificado.

(1) L. NIEDERLE: *La Race Slave*, pág. 184.

En los siglos IX y X, los búlgaros alcanzaron un estado de esplendor y de poderío. Bajo el zar Simeón, Bulgaria formaba un Imperio que se extendía del Danubio al Adriático y ocupaba casi toda la península balcánica. El territorio de la Serbia actual, con Belgrado, estaba incluído en aquel inmenso Imperio. Por dos veces, los búlgaros estuvieron muy cerca de conquistar Constantinopla.

El Imperio bizantino y el Imperio búlgaro fueron enemigos. La lucha se sostuvo principalmente en el terreno religioso. Los monjes Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos del sud, dieron una base nacional a su obra de cristianización. Bulgaria poseía una liturgia en su propia lengua. El zar Boris reclamó de Bizancio la autonomía religiosa, la creación de un episcopado búlgaro. En un principio, los griegos negáronse a ello; pero luego, temiendo que Bulgaria se separase de la Iglesia griega y se uniese a Roma, le concedieron un episcopado particular.

Esta autonomía religiosa de Bulgaria no se sostuvo mucho tiempo. Los bizantinos dominaron a Bulgaria en el siglo XI y fueron substituyendo los obispos búlgaros por obispos griegos. En el siglo XIV, el último patriarca de la Iglesia autocéfala búlgara desapareció.

Incluso bajo el yugo turco los griegos continuaron dominando a Bulgaria. El clero griego esforzábase en helenizarla. Sus esfuerzos dirigíanse, sobre todo, contra la lengua búlgara. Los viejos manuscritos búlgaros de las bibliotecas del Monte Athos y de los antiguos patriarcas de Tirnova fueron quemados.

En medio de estas luchas, Macedonia perteneció a diversos Imperios. En 963 los búlgaros la reconquistaron del poder de Bizancio y perteneció al Imperio del zar Samuel hasta 1018. Los griegos volvieron después a dominarla, hasta que en 1196 fué nuevamente conquistada por los búlgaros. En el siglo XIV formó parte del Imperio de Serbia, que tuvo su capital en la ciudad macedónica de Uskub. Perteneció a los serbios hasta que los turcos la invadieron en los últimos años del siglo XIV.

II

El renacimiento búlgaro. Las revueltas. Autonomía de Bulgaria. Macedonia sigue bajo el yugo turco.

Sometidos a un doble yugo, pasaron los búlgaros los tristes siglos. Yugo político de Turquía; yugo espiritual de los griegos. Tratados como bárbaros, los búlgaros resultaron bárbaros. Pero vino la redención.

Vino de aquel sagrado monte Athos. De allí surgió, a fines del siglo XVIII, el grito de vida nueva de una nacionalidad enterrada debajo de las ruinas de cinco siglos de esclavitud.

Lo dió un monje del monasterio del monte Athos, Paisi. Paisi habló al pueblo búlgaro de su historia olvidada y de su lengua envilecida y caída. Y unos cuantos patriotas escucharon la voz salida del silencio del monasterio. La obra de restauración de la lengua comenzó. Se recogieron las canciones populares, se estamparon libros en lengua búlgara, se fundaron escuelas de lengua búlgara. Obróse el milagro de la resurrección de la patria al conjuro de los acentos de la lengua. En 1840, un libro de Cyprien Robert hacía conocer a Europa las reivindicaciones búlgaras (1).

La lucha entre los búlgaros y los griegos retoñó. Los primeros pedían insistentemente la autonomía religiosa. Rusia e Inglaterra sostenían sus demandas. Duró años el combate religioso. Por fin, comprendiendo Turquía que un cisma debilitaría la temible fuerza de los griegos en Macedonia, estableció el exarcado búlgaro por un *firman* (1870). El patriarca griego negóse a reconocer el exarcado, y se reprodujo el conflicto,

(1) Trabajo sobre la cuestión macedónica contenido en el volumen *Les aspirations autonomistes en Europe*, pág. 206.

hasta que el sultán, en 1872, decidióse a investir oficialmente como exarca al obispo búlgaro elegido por el Sínodo. Así los búlgaros tuvieron nuevamente una Iglesia nacional autocéfala.

«Esta independencia religiosa —escribe J. Aulneau (1)— prepara la independencia política y el porvenir de la raza.» El esfuerzo de los patriotas se dirigió entonces contra Turquía; y en 1876 estalló en los territorios poblados por los búlgaros una insurrección formidable. Los turcos adoptaron feroces procedimientos de represión que levantaron indignadas protestas en toda Europa. El ilustre Gladstone protestó de las *atrocidades* —palabra que ha quedado en la historia— cometidas contra los búlgaros. Rusia intervino militarmente y estalló la guerra turco-rusa (1877). Vencida Turquía, pactó la paz de San Stéfano, por la cual se constituyó la «Gran Bulgaria», en la que iba incluída Macedonia. Pero en el Congreso de Berlín de 1878 las potencias redujeron enormemente los límites del principado búlgaro, y constituyeron una «Pequeña Bulgaria», de la cual Macedonia quedó excluída. Ésta permaneció bajo el dominio del Imperio otomano. «Europa—dice René Henry (2)—, una vez hubo vuelto a poner la Macedonia bajo el yugo turco, no exigió la ejecución de las promesas solemnemente consignadas en el tratado de Berlín.»

Este tratado hizo autónoma la Rumelia, región búlgara situada al norte de Macedonia. Pero poco después, en 1884, los rumeliotas se rebelaron contra Turquía y proclamaron su unión al principado de Bulgaria, hecho que confirmó en Filipópolis el príncipe Alejandro. La anexión de Rumelia estuvo a punto de producir una conflagración europea, pues fué causa de la reaparición de las rivalidades de las potencias, especialmente de Austria y Rusia, respecto a la cuestión de los Balcanes. Además, Serbia y Grecia pidieron compensaciones. De aquí

(1) Trabajo citado, pág. 208.
(2) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient*, págs. 289-290.

se originó la guerra serbo-búlgara de 1884-85, en la cual Serbia, que había sido empujada por Austria, sufrió una completa derrota. Turquía, meses después, reconoció la unión de Rumelia a Bulgaria.

III

La agitación nacionalista. Revueltas de 1902 y 1905. Las reformas.

Los turcos se vengaron de la pérdida de territorios agravando sus procedimientos de persecución contra los cristianos de Macedonia. Éstos respondieron organizando comités y defendiéndose de la barbarie de los turcos con la violencia terrorista. Los macedo-búlgaros eran los que más enérgicamente se defendían, apelando a menudo a los horrores de los atentados por la dinamita.

Con el fin de proteger a sus hermanos de Macedonia, los búlgaros del principado, con los inmigrantes macedónicos, organizaron comités en las principales poblaciones de Bulgaria, que hacia 1890 se federaron y constituyeron un Alto Comité. Mientras éste estuvo dirigido por hombres políticos autorizados, siguió una conducta de prudencia y de moderación. Sus demandas no iban más allá de lo dispuesto en el artículo 23 del Tratado de Berlín. Se limitaba a solicitar la intervención diplomática de las potencias signatarias para obtener de la Sublime Puerta reformas eficaces que garantizasen los derechos de los cristianos.

Pero, con algunas alternativas, el parecer de los más enérgicos triunfó. El famoso caudillo Boris Sarafof púsose al frente del movimiento. Los más moderados, ante la inutilidad de las gestiones acerca de Europa, acabaron por ser desbordados por Sarafof. Éste, jefe de la organización interior macedónica, era partidario, no de la anexión a Bulgaria, como querían los

comités fundados en el principado y dirigidos por Michailowski, sino de la independencia de Macedonia (1). En 1902 la insurrección estalló por obra de los comités exteriores. No tuvo, empero, gran éxito, pues los comités interiores se opusieron. Después de una aparente pacificación durante los meses del duro invierno balcánico, en la primavera del año siguiente comenzó de nuevo la rebelión con nuevos arrestos, dirigida esta vez por Sarafof. Los revoltosos ya no querían reformas. Querían separarse del Imperio otomano. Su lema era: «La libertad o la muerte». Comprendían que la sola fuerza de sus armas no les daría la victoria. Pero esperaban que los horrores de la guerra civil en aquel país provocarían la intervención de las potencias. Uno de los organizadores de la insurrección, Michailowski, decía: «Perecemos para llamar la atención de Europa (2).

Austria y Rusia se pusieron en movimiento, aconsejando a los Gobiernos de Sofía y Belgrado que se abstuviesen de fomentar la insurrección. En el mes de octubre de 1903, el emperador Francisco-José y el zar Nicolás celebraron una entrevista en Mürzsteg, en la que aprobaron un programa de reformas para Macedonia, encaminado a otorgar a ésta la autonomía bajo el control de las potencias y con la dirección de funcionarios europeos. La Puerta, que al principio se resistió a aceptar las reformas acordadas en Mürzsteg, acabó por resignarse a ellas. En este momento pareció que el problema de Macedonia entraba en el camino de la solución. La misma Bulgaria, por el Convenio de abril de 1904, se reconcilió con Turquía.

Pero a fines de aquel año la insurrección se reprodujo. La lucha no era ya solamente de los cristianos contra los turcos, sino de cristianos contra cristianos. Las partidas griegas y búlgaras, especialmente, se hacían una feroz guerra de exter-

(1) RENÉ HENRY: *Questions d'Autriche-Hangrie et d'Orient*, pág. 336.
(2) Ibidem., pág. 340.

minio. Fracasado el proyecto de Mürzsteg, Rusia y Austria-Hungría decidieron exigir a Turquía el establecimiento de medidas más radicales, particularmente en lo relativo al régimen financiero. Los propósitos austro-rusos chocaron con los recelos de las otras potencias, sobre todo de Inglaterra, que no veían con simpatía el papel preponderante que en la cuestión de Macedonia querían representar Viena y Petrogrado. Por fin se llegó entre las cancillerías a un acuerdo transaccional, que establecía el control y la organización de las finanzas otomanas por delegados europeos. Turquía negóse a aceptarlo, hasta que la demostración naval del mes de octubre de 1905 y el embargo de sus aduanas por las potencias le obligaron a ceder.

Así Austria y Rusia dejaban de ser «las dos potencias más interesadas» en los negocios de los Balcanes y las encargadas de intervenir en ellos. Era Europa entera, representada por las seis grandes potencias, la que se encargaba de la cuestión (1).

Después de nuevas y largas negociaciones, las potencias llegaron al acuerdo final del 25 de abril de 1907. Pero bien pronto renació la antigua rivalidad austro-rusa, mientras la inercia del Gobierno turco hacía ineficaces las reformas establecidas. La política rusa, cambiando de dirección, se acercó a Inglaterra. En la entrevista entre el rey Eduardo y el zar Nicolás, en Reval, pactóse una inteligencia sobre el programa de las reformas que había que establecer en Macedonia.

Como se ve, Turquía sufría cada día más la intervención —por otra parte justificada— de Europa en sus asuntos internos. Esto contribuyó a la revolución de los Jóvenes turcos, iniciada por el cuerpo de ejército de Salónica. Abd-ul-Hamid tuvo que ceder y otorgó la Constitución de julio de 1908.

Las nacionalidades oprimidas del Imperio, sobre todo las de Macedonia, recibieron con júbilo inmenso la instauración del régimen constitucional, por creer que inauguraba una era

(1) HUBERT LAGARDELLE: *L'Autriche et la Russie dans les Balkans.* I. Número de *L'Humanité* del 1.° de diciembre de 1911.

de libertad y de respeto a los derechos del hombre. La Constitución, en efecto, declaraba que todos los ciudadanos del Imperio, cualesquiera que fuesen su religión y su nacionalidad, eran iguales ante la ley. «He aquí—escribe J. Aulneau (1)— que las partidas dejan las armas, que se abren las cárceles, que las nacionalidades fraternizan, saludando la aurora brillante del nuevo régimen; los habitantes de Macedonia se han convertido en ciudadanos de un país libre; el fantasma de los asesinatos se ha disipado con el despotismo. Todos creen que el régimen liberal dará satisfacción a sus vastas esperanzas.» La misma confianza tuvo Europa. Inglaterra y Rusia retiraron su proyecto de reformas.

No tardó mucho en producirse la más dura decepción. El liberalismo constitucional de los Jóvenes turcos iba acompañado de un rígido unitarismo. Ellos querían extender el predominio de su raza sobre un Imperio en el cual ésta constituye una minoría. Su idealismo panislamista les hizo concebir una loca ilusión: la de que podrían «turquizar» a los habitantes no turcos del Imperio. Y para llegar a este resultado, adoptaron bárbaros procedimientos de rigor, especialmente en Albania y Macedonia. Entre otras disposiciones, el Gobierno Joven turco prohibió que existiesen sociedades políticas con denominaciones nacionales. Las asociaciones búlgaras, serbias, albanesas y griegas fueron clausuradas.

La Joven Turquía resultaba, para las nacionalidades del Imperio, igual o peor que la Turquía del «sultán rojo». Nuevamente aparecieron partidas y comenzaron otra vez las violencias y los asesinatos. Tanto los Comités de Bulgaria como los de Macedonia trabajaron de nuevo por la revolución. Fundóse otra organización revolucionaria, la de los «Hermanos rojos», la cual publicó una proclama que decía: «En nombre de la libertad y del progreso nosotros alzamos el estandarte de la revuelta balcánica. Al terror responderemos con el terror;

(1) *La question macedonienne,* pág. 224.

a la violencia, con la violencia. Contra las fuerzas de la reacción alzaremos el glavio sangriento de la revolución. Patriotas y revolucionarios, agrupaos alrededor de nuestro estandarte, el único salvador y el único sagrado» (1).

Los Jóvenes turcos no se ocuparon de la cuestión nacional de Macedonia ni de la cuestión agraria, tan importante en aquella región, ni de nada que no fuese la reorganización militar para asegurar el orden. Esta reorganización no pudo evitar la continuación de la lucha terrible entre musulmanes y cristianos. La serie infernal de atentados y matanzas acentuóse en 1912. En Kotchana tuvo lugar una matanza de búlgaros y en Istip una matanza de serbios. La excitación de las pasiones llegó al grado extremo. Los cristianos, ante la acometida brutal del común enemigo turco, hicieron tregua en sus disensiones En Grecia, en Serbia y sobre todo en Bulgaria, la opinión pública y los elementos militares se manifestaron partidarios de proceder enérgicamente contra Turquía, hasta declararle la guerra si fuese necesario.

IV

Las dos guerras balcánicas (1912-1913).

Los pequeños Estados balcánicos venían preparándose para la guerra desde hacía algunos años. Bulgaria era la que tenía mejor preparación militar. Esto le permitió, en 1908, cuando triunfó la Constitución turca, romper sus últimos vínculos de dependencia—puramente nominal—respecto de Turquía y proclamarse reino independiente. Ya entonces se corrió el peligro de una guerra turco-búlgara. Durante la guerra entre Italia y Turquía, el partido de la guerra creció en Bulgaria, y si no se impuso fué porque Rumania, que se había entendido con el

(1) J. AULNEAU: *La question macedonienne*, pág. 229.

Gobierno de Constantinopla, amenazaba a los búlgaros con atacarlos por el norte, en el caso de que éstos invadiesen el Imperio otomano.

Durante el verano de 1912 se habló insistentemente de acuerdos diplomáticos y militares entre las potencias balcánicas, acuerdos dirigidos contra Turquía. En el mes de septiembre se firmaron convenciones militares entre Bulgaria, Serbia, Montenegro y Grecia, convenciones que tenían el carácter de una alianza. En los últimos días de aquel mes, una noticia sensacional emocionó a Europa: los Estados aliados habían decretado la movilización de sus ejércitos. Turquía movilizó también el suyo. Y mientras las potencias perdían el tiempo discutiendo pretenciosas fórmulas para evitar el conflicto, toda la península balcánica se estremecía al paso de los ejércitos en marcha. Estalló la guerra. Montenegro fué el primer Estado que la declaró, y luchó solo durante ocho días.

Contra las previsiones de la mayoría de los técnicos y de la opinión europea, las tropas aliadas consiguieron rápidos e importantísimos éxitos. Los turcos fueron derrotados repetidas veces, en horribles batallas que fueron carnicerías. La derrota turca fué vergonzosa, y lo hubiera sido todavía más sin la heroica resistencia de Andrinópolis. A últimos de diciembre se pactó un armisticio y se reunieron en Londres los representantes de las potencias interesadas, con el fin de negociar la paz. Pero la cuestión de Andrinópolis hizo fracasar las negociaciones. Los búlgaros exigían la cesión de aquella plaza y los turcos se negaban a cederla. La guerra continuó, pero su segunda parte fué principalmente un duelo turco-búlgaro. Las víctimas cayeron a miles, pero ninguno de los dos adversarios consiguió ventajas decisivas. Ni los turcos pudieron reconquistar terreno, ni los búlgaros consiguieron romper la línea turca de Chataldia, que les cerraba el paso hacia Constantinopla.

Se abrieron nuevas negociaciones en Londres. La toma de

Andrinópolis por los búlgaros decidió la firma de la paz en sentido favorable a los últimos, a quienes fué reconocida la posesión de aquella plaza.

Bulgaria, que había hecho los más duros sacrificios durante la guerra, era la que obtenía de ella el mayor provecho. Pero al hacerse el reparto de los territorios conquistados surgieron disenciones entre los aliados. Pretendían los búlgaros unas fronteras que les daban una extensión formidable de territorio y hacían relativamente pequeña la ganancia territorial de los serbios y los griegos. En cuanto a los primeros, el Gobierno de Sofía quería atenerse extrictamente al tratado secreto búlgaro-serbio de septiembre de 1912. El Gobierno de Belgrado pedía su revisión. El citado tratado señalaba una línea geográfica como base de la futura frontera serbo-búlgara, para el caso de resultar victoriosos los aliados. Exigiendo el cumplimiento de este acuerdo y negándose a revisar el tratado, los búlgaros defendían una tesis fundada, desde el punto de vista internacional, pero injusta. El tratado, en efecto, no preveía el caso de que las potencias impidieran que Serbia se extendiese por el norte de Albania y que adquiriese una parte de la costa adriática. Si hubiesen podido obtener una salida al Adriático, los serbios no habrían disputado los territorios de la Macedonia occidental a Bulgaria. Al encontrar cerrado el paso del Adriático, no tuvieron más recurso que empujar hacia el sud, para acercarse al Egeo y tener con Grecia una frontera común que permitiese a los dos Estados pactar un convenio para hacer de Salónica el puerto del comercio serbio. Por otra parte, Bulgaria había obtenido en Tracia mayores territorios de los que en un principio se previó. En cuanto a Grecia, no existía siquiera un acuerdo semejante al que había con Serbia, y las pretensiones de Bulgaria resultaban excesivas exigencias con relación a los griegos.

El fondo de este nuevo conflicto estaba, evidentemente, en decidir si había de haber en los Balcanes un equilibrio de las

potencias de aquella península o si Bulgaria había de ejercer la hegemonía. En caso de que las fronteras macedónicas de los tres Estados hubiesen sido las que quería Bulgaria, ésta habría adquirido una fuerte preponderancia. Se habría creado una situación geográfica tan favorable, que hubiera dominado la península y hubiera sido su verdadera dueña, convirtiéndose en una potencia de primer orden, mientras Serbia y Grecia —y también Rumania— habrían quedado reducidas en el sudeste europeo a la categoría de pequeñas potencias secundarias.

En aquellos momentos los pueblos balcánicos se jugaban su porvenir. Compréndese, pues, que cada cual defendiese con obstinación sus intereses. Es necesario hacer, sin embargo, una distinción capital. Bulgaria defendía su interés de ser dominadora. Serbia y Grecia defendían su interés de no ser dominadas. Y el segundo interés es de un valor moral mucho más alto que el primero.

A pesar de los esfuerzos de Rusia y de algunas otras grandes potencias, sobrevino la guerra entre los aliados (julio 1913). Comenzaron las hostilidades, los búlgaros, por una brusca acometida contra los serbios, sin previa declaración de guerra. Pronto Grecia, Serbia y Montenegro, en una nueva alianza, derrotaban a su adversario. Entretanto se pactaba un acuerdo serbo-rumano que destruía para los búlgaros toda esperanza de victoria. Las tropas rumanas invadieron la Silistria, región situada al nordeste de Bulgaria, y Rumania le exigió compensaciones territoriales. Bajo la amenaza de que el extranjero ocuparía Sofía, el Gobierno búlgaro tuvo que aceptar las condiciones que se le imponían, y firmó el tratado de paz de Bucarest, en el cual se hacía una liquidación de las ganancias balcánicas muy desfavorable para Bulgaria.

La opinión europea, tan bien dispuesta para con los búlgaros en un principio, se les declaró luego hostil en vista del delirio de grandezas que se apoderó de ellos, de los enormes errores de los directores de la política búlgara y, sobre todo,

ante las atrocidades cometidas por sus tropas, atrocidades cuya certeza se comprobó de una manera que no deja lugar a dudas. Los demás ejércitos balcánicos cometieron también actos crueles. Es evidente, con todo, que los búlgaros ocuparon el primer lugar en este siniestro concurso de salvajismo.

«Las malas acciones de los búlgaros—dijo Lagardelle (1)—no han de hacernos olvidar sus cosas buenas.» Cierto. Pero debieran haber sido ellos mismos los que se esforzasen en borrar, mediante una nueva política, los errores y los crímenes que cometieron. De la derrota de Bulgaria, en la segunda guerra balcánica, sólo ella tuvo la culpa. Por esto su actitud después de la paz de Bucarest debía haber sido de contrición y de recogimiento. Y he aquí que tan pronto hubo firmado el tratado de paz, el zar Fernando, a quien correspondía el silencio expiatorio de los culpables, reincidió en sus graves culpas, publicando una orden del día a las tropas, tan fanfarrona como inoportuna. Hela aquí:

»Soldados: en el momento en que habíais de volver a vuestros hogares, una nueva desgracia cae sobre nosotros. Nuestros aliados, con los cuales teníamos tratados concretos, nos traicionaron y quisieron arrebatarnos lo que habíamos rescatado con la sangre de decenas de miles de héroes. Indignada ante esta felonía, la nación búlgara entera, desde el jefe de Estado al último campesino y obrero, no podía resignarse a tal expoliación. Ningún patriota búlgaro podía renunciar, de buen grado y sin lucha, a Monastir, Ochrida, Dibra, Perlepe, Salónica, Serres y a las demás tierras búlgaras donde viven nuestros hermanos de raza.

»Provocados por nuestros antiguos aliados, nosotros debíamos, a pesar de nuestro deseo, emprender nuevamente una lucha difícil. Ésta habría sido coronada por el éxito, si una serie de circunstancias políticas imprevistas no hubiesen paralizado nuestras fuerzas. Atacados por todas partes, nos hemos visto

(1) *La Bulgarie.* Artículo de *L'Humanité* del 28 de julio de 1913.

obligados a firmar la paz de Bucarest, pues no estaba nuestra patria en situación de luchar con sus cinco vecinos sin exponerse a perderlo todo.

»Agotados y fatigados, pero no vencidos, tuvimos que plegar nuestros gloriosos estandartes para días mejores...

»Contad a vuestros hijos y a vuestros nietos el valor del soldado búlgaro y preparaos para terminar un día la obra gloriosa que habéis empezado.»

Las últimas frases del documento constituían un anuncio franco del desquite. Podríase creer que las palabras del monarca eran puramente retóricas y que sólo respondían al propósito de disimular con bravas palabras la verdad triste de la derrota. No obstante, hechos diversos demostraron la existencia real de un pensamiento de desquite en Bulgaria.

V

El reparto de Macedonia.

En el tratado de Bucarest (1913) prevaleció la idea del reparto de Macedonia entre Bulgaria, Grecia y Serbia, a pesar de las insinuaciones de la diplomacia austriaca en favor de la constitución de una Macedonia autónoma. Con este proyecto de solución, que era el peor de todos, Austria-Hungría quería, sin duda, conservar la esperanza de poseer un día el magnífico puerto de Salónica, que durante mucho tiempo fué su más intensa ambición.

La victoria de Grecia y de Serbia había de pesar, forzosamente, en el reparto de Macedonia. Los búlgaros, que la habían querido casi toda para ellos, extendiendo sus fronteras hasta Albania, tuvieron que resignarse a obtener menos de la mitad. La Macedonia occidental, con el valle del río Vardar, quedó para Serbia; la mayor parte de la costa egea, con los puertos de Salónica y Cavala, para Grecia.

¿Injusticia? ¿Lesión del principio nacionalista? No. La caótica, la tremenda mezcla de razas, lenguas y religiones en aquella parte de la península balcánica, hace de todo punto insuficiente el principio de las nacionalidades naturales para delimitar las diversas zonas nacionales macedónicas. Desde este punto de vista, Macedonia es el país más complicado del mundo. La confusión y la complicación proceden de las causas siguientes:

1. Superposición, convivencia y mezcla de las diferentes razas.

2. Falta de continuidad del territorio ocupado por unos mismos elementos étnicos. El mapa nacional de Macedonia resulta un mosaico que consta de una multitud de piezas combinadas caprichosamente.

3. Desnacionalización lingüística de buen número de habitantes, por adopción de otra lengua. En Macedonia hay griegos y serbios de raza que tienen por idioma el búlgaro, y al revés.

4. Formación de dialectos intermedios entre las diferentes lenguas, sobre todo entre el búlgaro y el serbio, que impiden decir con exactitud si determinados elementos son de lengua serbia o de lengua búlgara. En estos casos ya no es solamente imposible decir a qué raza pertenecen estos grupos, sino también a qué lengua.

5. Influencia de la religión en la clasificación de las nacionalidades. Entre los cristianos de Macedonia hay dos Iglesias: la búlgara, que tiene por jefe al exarca, y la griega, que tiene por jefe al patriarca. Según sean los habitantes exarquistas o patriarquistas, se los clasifica como búlgaros o griegos, respectivamente. Así resulta que a un búlgaro patriarquista se le toma por griego y a un griego exarquista por búlgaro. Existe, además, respecto a la religión, otro motivo de confusión, y es que los serbios no tienen Iglesia nacional propia, reconociendo casi todos la griega. De ahí que gran número de serbios de Macedonia estén clasificados como griegos.

6. Falseamiento de las estadísticas y de los estudios lingüísticos y étnicos, hechos a menudo con propósitos tendenciosos.

Todas estas circunstancias son causa de que al hablar de la composición étnica de Macedonia se llegue a resultados enormemente diferentes. J. Aulneau (1) da algunas cifras elocuentes respecto a este punto. Pero las más notables son las que ofrece Niederle (2), como ejemplo de lo que decimos. El año 1889, el serbio Gopsevic contaba entre la Vieja Serbia y la Macedonia 2.048.000 serbios y 57.600 búlgaros. El año 1900, el búlgaro Kantchov contaba, en los mismas regiones, 700 serbios y 1.180.000 búlgaros Sin embargo, en medio de estas contradicciones, puede afirmarse que la raza búlgara predomina en Macedonia, sobre todo en el norte, centro y este de aquella región.

En la cuenca del Vardar, el Tratado de Bucarest dió a Serbia, ciertamente, gran número de búlgaros o de macedonios bulgarizados. En cambio, en Tracia, Bulgaria adquirió territorios en que los búlgaros están en minoría: predominan allí los griegos y musulmanes.

VI

Los errores de Bulgaria.

Como ya hemos dicho, firmado el Tratado de Bucarest, Bulgaria dió la impresión de que preparaba una nueva guerra de desquite. Por ésto, después de la retrocesión de Andrinópolis a los otomanos, reconcilióse con Turquia y se dispuso a aprovechar las circunstancias favorables que en el porvenir se presentaran para arrojarse sobre Serbia, Grecia y

(1) *Les aspirations autonomistes en Europe*, pág. 230.
(2) *La Race Slave*, pág. 163, nota.

Rumanía. Previendo este peligro, se pactó la alianza serbo-greco-montenegrina y una convención serbo-rumana.

El amor propio de los búlgaros recibió una herida hondísima por la derrota que les infligieron los serbios y griegos y por la cesión de los territorios de Silistria que les exigieron los rumanos.

Hablando del porvenir del problema balcánico, escribíamos en la edición catalana de este libro (1913):

«El error de sus políticos y la embriaguez conquistadora de su ejército serán por mucho tiempo un peso funesto y doloroso para Bulgaria. Queremos creer, sin embargo, que este pueblo —que tiene alma y valor de gran pueblo— sabrá curar, sabrá rehacerse. Bulgaria es un alma que se hace consciente, una cultura que nace, una fuerza que crece. Hoy es, más que nada, una fuerza. Fuerza que tiene su fuente en su admirable democracia. Así lo confiesa —empleando el adjetivo «admirable»— un ilustre escritor sindicalista, antidemócrata: Hubert Lagardelle.

»La península balcánica ofrece un amplio campo para estudiar la cuestión del nacionalismo y del imperialismo. En cada uno de los pueblos balcánicos —Serbia, Bulgaria, Grecia y Rumanía— hay a la vez un ideal nacionalista y un ideal imperialista. Los dos ideales se manifiestan, a menudo, mezclados, confusos.

»Debe decirse que el predominio del ideal imperialista representaría un peligro gravísimo para los pueblos de los Balcanes. Somos los primeros en reconocer que el principio de las nacionalidades es insuficiente para resolver los problemas étnicos y lingüísticos de aquella península, donde la superposición de razas y naciones es un hecho que todo lo complica. Pero si se quisiese resolver estos problemas a beneficio de uno solo de los pueblos interesados, y se usase de la fuerza para imponer un imperialismo dominador, como intentó Bulgaria después de la guerra con Turquía, vendrían nuevas guerras y las jóvenes culturas balcánicas naufragarían en la sangre y se deshonrarían con la ferocidad de que ya se dió ejemplo en las últimas guerras (las de 1912-1913).

»El único imperialismo sano en aquellos pueblos, es el espiritual. Que cada uno de ellos procure ejercer la hegemonía cultural y económica. Que ninguno intente dominar a los otros con las armas. No es posible que haya un dominador allí donde no se aviene nadie a ser dominado.»

VI (1)

La intervención de Bulgaria en la guerra europea.

Por su inmoderado apetito territorial, por su afán de anexionarse toda Macedonia, región mixta, provocó Bulgaria en 1913 la segunda guerra balcánica, volviendo sus armas contra Serbia y Grecia. Impulsada por los mismos móviles, más el de la venganza, Bulgaria intervino en la guerra mundial al lado de los Imperios centrales. A primeros de octubre de 1915, mientras los austro-alemanes realizaban por el norte y noroeste de Serbia una violenta ofensiva, los búlgaros la atacaron por oriente. Este ataque provocó la catástrofe serbia. A pesar de su resistencia desesperada, el ejército serbio fué totalmente arrojado de la tierra de la patria, y debió buscar una salida a la costa adriática, a través de las montañas de Albania. Y hacia el mar Adriático fueron los gloriosos derrotados, los vencidos de alma invencible, con su rey Pedro, viejo y enfermo, conducido en una carreta por bueyes tirada, dejando en los bosques albaneses un reguero de víctimas de la fiebre, de la sed y del hambre.

Los búlgaros creyeron que su triunfo era definitivo. Consideraron que era suya ya, para siempre, la Macedonia. Ocupaban toda la Macedonia serbia y buena parte de la griega, esta

(1) Capítulo añadido por el autor.

última gracias a la traición de Constantino de Grecia. Pretendían, no sólo la anexión de la Macedonia, sino la de una parte de la Vieja Serbia (tanto de la Vieja Serbia, en su sentido histórico, como del territorio serbio anterior a las guerras balcánicas). Veían ya como un hecho la creación de una Gran Bulgaria poderosa, Prusia de los Balcanes, con salida a tres mares: el Negro, el Egeo y el Adriático...

El despertar de este sueño imperialista fué terrible para Bulgaria. La prolongación de la guerra creaba a los búlgaros una difícil situación militar y económica. Íbase formando una atmósfera de descontento y de vago temor. Al sobrevenir la derrota de los alemanes en Francia, el descontento creció. Agotábanse las fuerzas de resistencia de Bulgaria. Y cuando la ofensiva del general Franchet d'Esperey se produjo, el ejército búlgaro cedió. Ante la inminencia de la invasión del territorio búlgaro, el Gobierno Malinof pactó el armisticio con los aliados (octubre de 1918).

Como castigo de las graves y repetidas culpas de Bulgaria, los aliados le han impuesto condiciones que, aun siendo moderadas, resultan dolorosas para Bulgaria. Pierde ésta la Tracia occidental y buena parte del territorio macedónico que adquirió en 1913.

VIEJA SERBIA

I

Los serbios en la península de los Balcanes.

SEPARADA en dos ramas la primitiva unidad serbo-croata, Croacia y Serbia se alejaron, política y espiritualmente. Los croatas hiciéronse católicos, occidentales, romanos; los serbios hiciéronse ortodoxos, orientales, bizantinos. No volvieron a sentir su hermandad —hermandad de sangre y de lengua— hasta principios del siglo XIX, cuando al trote del caballo de Napoleón tantos pueblos dormidos despertaron.

La Serbia medioeval llegó a un alto grado de esplendor y de fuerza. Cuando el Imperio búlgaro declinaba, el Imperio serbio iba levantándose sobre las ruinas de aquél. Bajo el zar Esteban Duchan (1331-1355), el Estado serbio reunía todas las regiones serbias y extendía su dominio sobre Albania, Epiro y Macedonia. Serbia estuvo muy cerca de hacer entrar sus armas victoriosas en Constantinopla, la codiciada.

Aquella Gran Serbia tuvo una corta duración. Pronto sobrevino la invasión otomana. Después de una resistencia heroica, desesperada, épica, los serbios fueron vencidos definitivamente y sojuzgados por los turcos, a fines del siglo XIV. La batalla decisiva tuvo lugar en la llanura de Kossovo (1389). Los vencedores pasaron como una ola de fuego sobre la Serbia aplastada, que les dejaba abiertos los caminos de la Europa central.

La esclavitud del pueblo serbio fué dolorosísima. Parece un milagro que la nacionalidad serbo-croata, al menos en su rama

serbia, no haya quedado destruida, exterminada, suprimida del conjunto de los pueblos. La nación serbia tuvo que cambiar casi totalmente de territorio.

Los serbios fugitivos encamináronse hacia el Danubio; muchos pasaron a la ribera opuesta y se extendieron por la gran llanura de Hungría.

El anhelo de resurrección nacional que la edad contemporánea trajo a Europa, llegó a los esclavizados campesinos serbios. En 1805, se rebelaron al grito de patria. En 1812 se puso al frente de la insurrección Kara-Georges, héroe de la independencia nacional. En 1815, la insurrección se reprodujo. De la copiosa sangre vertida nació la libertad de un pedazo de patria serbia, pedazo que constituyó primero un principado autónomo y se convirtió en reino independiente en 1878, después de la guerra ruso-turca que libertó a Bulgaria. Entonces fueron los serbios quienes iniciaron la revuelta, que pronto se extendió por las tierras búlgaras. «La Península —escribía J. Aulneau (1)— fué conquistada por los turcos, sobre los serbios, y éstos fueron, después, los primeros en sacudir el yugo otomano; así es que pueden enorgullecerse de haber dado a los otros pueblos la señal de independencia.»

II

El renacimiento nacional. La renacionalización de la Vieja Serbia.

Con la libertad, los ideales de grandeza reaparecieron en los serbios. El recuerdo de la espléndida gloria pasada hizo nacer en aquel pueblo soñador los anhelos de la gloria futura. Pero sufrió la desgracia inmensa de tener a su dinastía reinante vendida al Austria, el peor enemigo de Serbia. Primero el

(1) *Les aspirations autonomistes en Europe*, pág. 209.

rey Milano, de triste fama, después el rey Alejando, fueron los humildes servidores de la corte austriaca contra los vitales intereses y los nobles ideales del pueblo sobre el cual reinaban. Austria fué la que lanzó a Serbia contra Bulgaria en la guerra de 1885, desastrosa para la primera. Los que conocen la historia serbia de las últimas décadas, saben que no hay derecho a hablar como muchos hablan del asesinato del rey Alejandro y de la reina Draga, que no hay derecho a presentarlo como un crimen bestial y miserable. Por horrible que fuese el medio empleado, hay que reconocer que al ejecutar aquellas muertes trágicas, los patriotas serbios no estaban guiados por otro fin que el de librar a su pueblo de la dinastía de los Obrenovic, funesta y maldecida.

En nuestro siglo, el nacionalismo serbio se extendió y adquirió nobleza. Una cultura rica de promesas ha encendido su hogar en aquellas tierras, montañosas y pobres por naturaleza, fecundas, no obstante, por el esfuerzo de sus hijos. Hoy Serbia comienza a poseer una selección, y ésta se halla en pleno crecimiento. Tiene artistas —pintores, escultores, músicos—, al frente de los cuales va el famoso escultor Mestrovic, seguido de una pléyade de jóvenes discípulos; tiene literatos y poetas; tiene hombres de ciencia y profesores de universal prestigio; tiene una democracia fuerte, viril, consciente.

Todo este movimiento, que crece y se ensancha, toda la obra de estos artistas, hombres de letras, hombres de ciencia, hombres de pueblo, está movida por el sentimiento nacional. Bien claro lo vió en su viaje a Oriente, en 1912, Hubert Lagardelle, y en sus impresiones habla de ello con admiración.

«Hasta los campesinos serbios —decía A. Malet (1)— tienen el sentimiento de la Gran Serbia». La más célebre obra de Mestrovic es un colosal monumento al héroe nacional serbio en la guerra medioeval contra los invasores turcos, monumento destinado a levantarse, como una solemne oración a la patria, en

(1) *Les aspirations autonomistes en Europe*, pág. 174.

la llanura roja de Kossovo, donde el Imperio de Serbia cayó.

Los patriotas vieron que el reino de Serbia no era más que un pequeño fragmento de la patria. Bosnia, Herzegovina, Montenegro, el antiguo sandjak de Novibazar, parte de Macedonia y de Albania, la Vieja Serbia, etc., eran miembros, dolorosamente amputados, de la Gran Serbia de otros tiempos (1). Unir estos territorios al reino independiente, verdadero núcleo de la reconstitución nacional: éste ha sido el ideal más ardiente de los serbios.

La Vieja Serbia, región situada al noroeste de la Macedonia, fué el centro del Imperio serbio medioeval. Existen en aquella región los recuerdos más grandes de la pasada gloria serbia. La invasión otomana arrebató a los serbios aquella tierra. Tuvieron que abandonarla y retroceder hacia el norte, empujados por los invasores. Así la Vieja Serbia perdió, no ya la independencia y el carácter nacional, sino hasta los habitantes. Durante siglos, los serbios han sido allí una minoría. El elemento albanés, en cambio, creció en fuerte proporción y se extendió por la parte occidental. Muchos serbios de raza tuvieron que adoptar la religión musulmana y la lengua albanesa.

Reconquistar aquella región fué uno de los fines de la política serbia durante las últimas décadas. Comenzó el trabajo de reconquista extendiendo el idioma mediante escuelas y realizando propagandas nacionalistas mediante asociaciones. Los resultados de esta acción no se hicieron esperar. El idioma serbio arraigaba cada día más y el sentimiento de la patria serbia ganaba, con relativa rapidez, a los habitantes de la región.

(1) Hay que advertir que empleamos aquí el término de «Vieja Serbia» en un sentido histórico, o sea aplicándolo a una de las regiones que hasta las guerras balcánicas de 1912-1913 pertenecieron al Imperio turco. En la actualidad, designase frecuentemente con el nombre de «Vieja Serbia» el territorio del reino serbio anterior a dichas guerras, y con el nombre de «Nueva Serbia» los territorios que en aquella ocasión fueron anexionados a dicho reino.

R. Henry (1) considera hoy la Vieja Serbia, étnicamente, como una región serbo-albanesa. Y su renacionalización avanza (2).

Es difícil dar el número de serbios de la Vieja Serbia, por razones análogas a las que hemos expuesto al hablar de Macedonia. Al calcular el número total de serbios, Niederle (3) asigna a la Vieja Serbia y a Macedonia juntas 300.000. Hay que hacer constar que las fronteras geográficas entre estas dos regiones no son muy precisas (4).

III

Las guerras balcánicas. Anexión de la Vieja Serbia.

Tan pronto estalló la guerra entre los Estados aliados de los Balcanes y Turquía, el ejército serbio invadió la Vieja Serbia. Obtenidas las primeras victorias, extendióse por Albania y Macedonia occidental. Toda la Vieja Serbia fué ocupada por los soldados del rey Pedro Karageorgevic.

Desde el primer momento se tuvo la impresión de que la reconquista de aquella región por los serbios era definitiva. El hundimiento militar de Turquía, y más tarde el de Bulgaria, dieron amplios territorios por aquella parte al reino serbio. Serbia, por el Tratado de Bucarest, obtuvo los territorios de la Vieja Serbia que le disputaban en el oeste los albaneses y en el este los búlgaros.

La mezcla de nacionalidades que se ha producido en la Vieja Serbia, como en muchas otras otras regiones balcánicas, llega al extremo de hacer imposible el afirmar exactamente a qué nacionalidad pertenecen determinados grupos de habitan-

(1) *Questions d'Autriche-Hongrie et question d'Orient*, pág. 270.
(2) L. NIEDERLE: *La Race Slave*, pág. 160.
(3) Ibidem., pág. 164.
(4) Ibidem., pág. 212.

tes. Los eslavos de aquellas comarcas son, a la vez, disputados por los serbios y por los búlgaros (1). A veces no puede decirse si son eslavos o no. Es difícil afirmar, en efecto, quiénes son serbios y quiénes son albaneses (2). Hay un gran número de serbios albanizados, que han adoptado la lengua, la religión y los vestidos de los albaneses y que han perdido la conciencia de su origen; y es, por lo tanto, poco menos que imposible distinguirlos de los verdaderos albaneses.

El carácter étnico de la Vieja Serbia es, pues, mixto e incierto, como el de Macedonia. Pero así como en esta última el carácter búlgaro predomina, en la primera predomina el carácter serbio. Reconoce Niederle que en la Vieja Serbia hay una mayoría de habitantes que se conceptúan serbios (3).

¿Quiere decir ésto que el porvenir nacional de la Vieja Serbia es indeciso? ¿Quiere decir que es difícil que los serbios consigan reconquistar, no ya sólo territorialmente, sino étnica y lingüísticamente, aquel país y que puedan convertirlo otra vez en una verdadera región de su nacionalidad? No. El mismo carácter indeterminado de aquella región y de Macedonia asegura al Estado que las posee la completa asimilación de sus habitantes. Ha dicho Niederle (4) que el Estado que primero ocupase aquellos territorios por largo tiempo les daría un carácter duradero.

(1) L. NIEDERLE: *La Race Slave*, págs. 211 y 212.

(2) Interview celebrada por M. Jean Péllissier con M. Robert Foa, director de la revista *Italia al Estero*. Número de *La Dépêche*, de Tolosa, del 12 de junio de 1913.

(3) *La Race Slave*, pág. 215.

(4) Ibidem., pág. 276.

ARMENIA

I

Los armenios.

ARMENIA es el país montañoso situado al sud del Cáucaso, entre los mares Negro y Caspio, y que se extiende hacia el Asia Menor. Hay que distinguir, sin embargo, el territorio histórico de Armenia —que comprendía tierras no habitadas por armenios de raza, sino simplemente dominadas por éstos— del territorio de la Armenia étnica, que es mucho más reducido y que ha variado a través de las vicisitudes de la historia.

Los primitivos habitantes de Armenia —la Minni de la Biblia— fueron de raza semita. Pero numerosos elementos arios ocuparon después aquel territorio y acabaron por predominar allí. La lengua armenia pertenece a la familia indo-europea. Hoy el número de armenios es de 5.000.000.

El territorio de la antigua nación armenia estaba, antes de la guerra, dividido en pedazos. Tres Estados se lo repartían: Turquía, Rusia y Persia. Turquía poseía la parte más extensa; en las altiplanicies que separan Anatolia de la Mesopotamia y en algunas ciudades cercanas hay más de 2.00.000 de armenios. Rusia poseía una quinta parte de la superficie de la Armenia histórica, y el número de armenios en su territorio era de 1.200.000.

Turcos y persas dominaron a los armenios en siglos pasados. La dominación rusa sobre una parte de ellos no es tan antigua. Al comenzar el siglo XIX, Armenia estaba repartida

entre Turquía, Persia y Georgia. Cuando los rusos, en 1802, se anexionaron la Georgia, dominaron así la pequeña parte del territorio armenio que los georgianos habían conquistado. Guerreando contra Persia, los rusos le arrancaron, en 1827, otro pedazo de Armenia. Y en 1878, después de la guerra ruso-turca, el tratado de Berlín reconoció la anexión al Imperio moscovita de los distritos armenios de Kars, Ardahan y Batum, que pertenecían al Imperio turco. Un número considerable de armenios se ha desbordado de su territorio y se ha extendido por la Transcaucasia rusa, sobre todo por sus ciudades populosas.

La mezcla étnica que caracteriza el oriente europeo y el occidente asiático (o, como dicen los ingleses, el «oriente cercano», *near East)* se ha producido en el territorio de la antigua Armenia. En la Armenia rusa, los armenios viven mezclados con los rusos, los tártaros y los gregorianos. En la Armenia turca viven mezclados con los turcos y los kurdos.

En religión los armenios son cristianos, pero tienen una Iglesia particular, independiente. La Iglesia armenia—llamada también gregoriana, por haber sido S. Gregorio el Iluminador quien le dió su constitución y su liturgia— se distingue de la Iglesia ortodoxa griega y de la Iglesia romana, por no admitir más que los tres primeros Concilios ecuménicos. El cuarto, celebrado en Calcedonia (451), no fué reconocido ya por los armenios. En el siglo XII, algunos doctores de la Iglesia gregoriana iniciaron negociaciones para unirla a las Iglesias de Bizancio y Roma. En el primer tercio del siglo XIII, el armenio Juan de Kerni, con cierto número de compatriotas suyos, se unió a la Iglesia romana. Desde entonces existe un pequeño número de armenios católicos. La Iglesia gregoriana tiene su pontífice, el cual reside en el monasterio de Echmiadzin (Armenia rusa), cerca del monte Ararat. De él dependen los tres patriarcas de Constantinopla, Cilicia y Jerusalén. El episcopado y el clero regular o monástico está formado por celibatarios; los clérigos seculares pueden casarse. Los cargos eclesiásticos se designan por elección.

II

El sentimiento nacional en los armenios.

A través de las dominaciones extranjeras, de las guerras, de las miserias y de los duros sufrimientos, los armenios han conservado vivo y fuerte el sentido de la nacionalidad. Todos los que han estudiado la cuestión armenia reconocen la fuerza del sentimiento nacional en aquel pequeño pueblo, destrozado y esclavo, invadido y acometido por todas partes. «Una larga y dolorosa historia—escribe Hubert Lagardelle (1)—ha mantenido intactas las tradiciones, las creencias, las organizaciones, la lengua y el ideal de la raza. A pesar de estar dividida en Armenia rusa, en Armenia persa y en Armenia otomana, la nación armenia forma un bloque solidario, estrechamente unido por el más duro cemento moral.» Las mismas afirmaciones encontramos en el estudio que sobre los armenios del Cáucaso hizo Pierre Morane (2): «La servidumbre política envilece al pueblo que la acepta. Armenia ha sufrido la dominación extranjera, pero nunca se ha resignado a ella. Por esto, sin duda, el temperamento nacional no ha sido bastardeado.»

El tener una religión distinta y propia ha contribuído en gran manera a afirmar y mantener el sentimiento nacional entre los armenios. Hasta aquellos patriotas que han perdido la fe religiosa respetan la Iglesia gregoriana porque es una institución nacional, porque conserva la conciencia nacional. Tan íntimo es el vínculo entre la religión y la nacionalidad, que los armenios gregorianos se consideran como los verdaderos y únicos armenios, y niegan esta condición a los armenios unidos a Roma (3). No obstante, Morane (4) añade que éstos

(1) *La Turquie d'Asie.* Artículo publicado en *L'Humnnité,* 30 junio 1913.
(2) PIERRE MORANE: *Finlande et Caucase,* pág. 135.
(3) Ibidem., pág. 141. (4) Ibidem., pág. 142.

reivindican su carácter nacional. « A los gregorianos que dudan de su patriotismo—escribe—responden que son los armenios-unidos, los mekhitaristas de Venecia y de Viena, los que han trabajado más ardientemente, desde hace cien años, por el renacimiento de la literatura armenia; que son los monjes de la isla de San Lázaro, Ghevond Alichan, Chamchian, los que han resucitado la historia de Armenia, olvidada desde hace cuatro siglos. Los armenios católicos de Rusia tienen el derecho de beneficiarse del agradecimiento que ha merecido la *élite* de sus correligionarios. Por otra parte, son fieles a la idea nacional; subordinan a ella la cuestión de confesión religiosa; ponen sus fuerzas a su servicio, y si no admiten al patriarca de Echmiadzin como jefe espiritual, están dispuestos a reconocer en él al representante de la « idea armenia ». »

El sentimiento de la individualidad patriótica es avivado todavía más por la superioridad del pueblo armenio sobre los pueblos con los cuales convive. « Los armenios—dice Morane (1)—tienen conciencia de la superioridad de su carácter, y eso contribuye mucho a reconcentrarlos en sí mismos, a aislarlos de las demás razas. » La misma observación hace Lagardelle. « La idea nacional—escribe (2)—se ha afirmado mucho más frente a los turcos, porque los armenios, poseedores de una vieja cultura, han despreciado siempre a sus dominadores. »

III

En la Armenia turca.

Dentro del Imperio otomano, la situación de los armenios ha sido en todos tiempos tristísima. Las vicisitudes de la historia, con la superposición de razas que han producido en el nordeste de la Turquía asiática, han puesto en condiciones desfavorables y trágicas a los habitantes de la Armenia turca.

(1) *Finlande et Caucase*, pág. 136. (2) *La Turquie d'Asie*.

Allí viven rodeados de bárbaros enemigos, en contacto con los otomanos y con las tribus kurdas. Éstas, sobre todo, son el enemigo histórico de los armenios. Gente salvaje, sanguinaria y rapaz, los kurdos tienen, desde antiguo, la costumbre de robar y asesinar a los armenios.

En ciertos momentos, los robos y los asesinatos han adquirido carácter colectivo y han llegado a la trágica categoría de catástrofes. Uno de los períodos más horribles de la historia de la Armenia turca es el que va de 1893 a 1897. Entonces, repetidamente los kurdos bajaban de sus montañas y entraban a degüello en las aldeas y en las ciudades armenias. Las grandes matanzas de Sassum y Trebizonda conmovieron a Europa y levantaron una clamorosa protesta universal.

Era manifiesta la complicidad de las autoridades turcas y del Gobierno de Constantinopla en aquellas carnicerías. Las partidas kurdas que se libraban a excesos tan brutales eran azuzadas por los turcos. Pero cuando, para defender sus vidas y haciendas, los armenios se decidieron a resistir por la fuerza a las agresiones, los turcos consideraron el acto de aquéllos como una revuelta y procedieron a una represión tan bárbara y sangrienta como las mismas matanzas de los kurdos.

En realidad, los responsables de aquellas hecatombes eran los turcos. La producción de las mismas entraba en los planes de la Sublime Puerta. Véase lo que escribe sobre este punto Lagardelle (1): « Aunque los antagonismos económicos hubiesen excitado a kurdos y armenios, hubieran sido insuficientes dichos antagonismos, sin el concurso de las provocaciones de las autoridades, para desencadenar estas matanzas en masa. Pero la dominación turca tenía necesidad de ellas para establecer mejor su Imperio. »

De aquí vino a Abd-ul-Hamid el título de *Sultán Rojo*. La prensa europea realizó una gran campaña en favor de Armenia,

(1) *La Turquie d'Asie*.

del pueblo mártir. En las principales ciudades europeas se constituyeron Comités *Pro-Armenia*. Londres era el centro de este movimiento internacional. Inglaterra, Rusia y Francia intervinieron diplomáticamente, imponiendo a la Puerta la aceptación de un proyecto de reformas para la Armenia turca. A partir de 1897, las grandes matanzas no se repitieron durante algunos años. Según frase de un escritor, dejóse de asesinar a los armenios en masa, pero se les siguió asesinando individualmente.

La implantación, en 1908, del régimen constitucional hizo confiar a los armenios que había llegado la hora de su libertad. Como los albaneses y los macedonios, creyeron que el nuevo régimen adoptaría una amplia política de libertad, de justicia y de descentralización. Pero ya sabemos que los Jóvenes turcos siguieron en todo el Imperio una política de centralismo y de turquización a ultranza. A últimos de 1912, el delegado armenio en el *Bureau* socialista internacional, Varandian, dirigió al Congreso de Basilea un mensaje que decía, entre otras cosas: «Cuatro años de régimen constitucional han sido para los socialistas armenios una cruel decepción. En balde hemos sostenido, exhortado, alentado, a los Jóvenes turcos, por el camino del progreso, de la regeneración. Aunque han aportado algunas libertades de prensa y de palabra, nunca han querido introducir reformas serias en Armenia, donde continúa el lento exterminio.»

Tan poco favorable para los armenios resultó el Gobierno de los Jóvenes turcos, que en 1909 ocurrió la espantosa matanza de Adana, la cual recordó el período trágico de la última década del siglo pasado.

Desde entonces hasta el comienzo de la gran guerra no hubo, ciertamente, ninguna otra matanza. Pero continuó la serie crónica de crímenes y atropellos. El patriarca armenio de Constantinopla reclamó repetidamente cerca de la Sublime Puerta las medidas necesarias para garantizar la seguridad en

la Armenia turca. Tanto al patriarca como a los representantes de las potencias, los ministros turcos contestaban con buenas palabras, pero los hechos no venían casi nunca. A menudo los atropellos contra los armenios se realizaban ante los ojos de las complacientes autoridades. En un momento de brutal cinismo, el ministro del Interior de la Puerta declaró que «los crímenes que se mencionan como cometidos en la Anatolia oriental, no son más que crímenes ordinarios». Y añadió: «Si no se cometiesen crímenes, no sería necesario el Gobierno» (1).

El Comité nacional armenio, a principios de 1913, publicó un folleto titulado: *Llamamiento a las grandes potencias y a los pueblos europeos*, en el cual se resumían las reformas a que aspiraban los armenios. El proyecto de reformas que en 1895, durante el período de las matanzas, formularon Francia, Inglaterra y Rusia, no fué aplicado, como no lo fueron las disposiciones del tratado de Berlín de 1878. Después la situación varió y fueron necesarias nuevas medidas. El programa mínimo de los armenios era el siguiente:

1. Reorganización geográfica de los vilayetos del Asia Menor. Éstos estaban delimitados de tal manera, que los armenios no constituían mayoría en ninguno y quedaban sometidos a una mayoría musulmana. La división administrativa se apartaba completamente de las zonas étnicas. Como dice Lagardelle (2), «si las fronteras administrativas se confundiesen, tan naturalmente como fuese posible, con las fronteras étnicas, desaparecerían muchas rivalidades nacionales».
2. Autonomía de cada vilayeto, con derecho a nombrar sus funcionarios, tribunales de distrito y maestros de escuela.
3. Nombramiento de un gobernador general cristiano.
4. Elección de una Asamblea general nombrada por sufragio universal y con plenas facultades legislativas.

(1) EDWIN PEARS: *The Armenians: A warning*. Artículo publicado en el *Daily News* del 16 de septiembre de 1912.
(2) *La Turquie d'Asie*.

5. Oficialidad de la lengua armenia.

El desastre de Turquía en Europa (1912-1913) dió nuevo interés a los problemas de la Turquía asiática. También, en su Imperio de Asia, los turcos no son más que una minoría. Seis razas se mezclan allí: árabes (10.000.000), turcos (4.000.000), armenios (más de 2.000.000), griegos (cerca de 2.000.000), judíos (500.000). «Si los otomanos se obstinaran en mantener el régimen de opresión centralista—decíamos en la edición catalana—, su Imperio de Asia podría hundirse como se ha hundido su Imperio de Europa.»

Por la presión de las grandes potencias, especialmente de Rusia, aceptó Turquía, a últimos de 1913, la discusión de un proyecto de reforma, presentado por los embajadores, en el cual se establecía el control internacional y la concesión de poderes ejecutivos a los funcionarios europeos que se encargaban de reorganizar administrativamente los vilayetos de Armenia.

IV

En la Armenia rusa.

En el curso del siglo XIX, entre los armenios sometidos a Rusia se avivó el sentimiento de la nacionalidad. En todos los pueblos del Cáucaso el espíritu nacional despertóse, y en los armenios, que nunca lo habían perdido, ganó nueva fuerza. «Los caucasianos—escribe Morane (1)—durante sus guerras con los persas o los turcos, no eran más que hordas salvajes: hoy, frente a la potencia moscovita, se diría que se han formado pueblos nuevos, pueblos unidos, desde ahora, por fuertes pasiones nacionales; reivindican sus orígenes lejanos; pretenden no depender mas que de sus tradiciones; se subdividen y se aislan unos de otros. Son los armenios quienes tienen más profundamente gravados estos sentimientos de independencia.»

(1) *Finlande et Caucase*, págs. 129 y 130.

Al anexionarse una parte del territorio armenio, los zares se presentaron ante los armenios como hermanos en cristianismo que venían a libertarlos del yugo musulmán. Y los armenios creyeron que Nicolás I les otorgaría una autonomía completa. Esta confianza se desvaneció muy pronto. En vez de respetar las instituciones armenias, especialmente la Iglesia gregoriana, los rusos persiguieron al patriarca y intentaron fundir aquélla dentro de la Iglesia rusa.

Alejandro II, hombre de tendencias liberales, respetuoso con el carácter nacional de los diversos pueblos de su Imperio, quizás habría atendido los anhelos de los armenios. Pero la trágica muerte de aquel emperador (1881) y el advenimiento de Alejandro III, esclavo de los elementos antiliberales que lo tenían dominado, destruyó las esperanzas armenias.

La desilusión inclinó hacia los procedimieutos de energía buen número de patriotas. La juventud intelectual armenia, que había aprendido las doctrinas de libertad en los centros de cultura europea, inició una intensa y febril propaganda nacionalista, constituyendo comités y creando periódicos. Algunos de estos jóvenes intentaron promover un movimiento revolucionario (1883). La mayoría fueron encarcelados y tuvieron que huir de su país.

El descontento de los armenios aumentó cuando, en 1884, el Gobierno de Petersburgo, en vez de proclamar patriarca de Echmiadzin o *catholicos* de la Iglesia gregoriana al que en el cónclave armenio obtuviese la mayoría, proclamó el candidato que le seguía en número de votos, por creer que este último sería dócil a las autoridades moscovitas. Esta intervención en el nombramiento del *catholicos,* el Gobierno ruso se la había reservado años atrás, pero no la había utilizado todavía. En efecto: con el pretexto de que el monasterio de Echmiadzin está dentro del territorio armenio anexionado a Rusia, el Gobierno moscovita dispuso que un representante ruso presidiese la elección del patriarca y que pudiese escoger cual-

quiera de los dos candidatos que hubiesen obtenido los dos primeros puestos en la votación. Los armenios, sobre todo los de la Armenia turca y persa, protestaron de esta abusiva intervención. Pero, a fin de no romper la unidad de su Iglesia, debieron reconocer el *catholicos* proclamado en Rusia.

Con ocasión de la campaña de reacción y rusificación en todo el Imperio que dirigió el fanático Pobiedonozev, procurador del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa (de quien hablamos al historiar la cuestión de Finlandia), los armenios fueron cruelmente perseguidos. Hiciéronse nuevos esfuerzos para sustraer de la fe gregoriana a los campesinos armenios y convertirlos a la Iglesia rusa, fueron cerradas numerosas escuelas armenias, y en 1886 se extendió al Cáucaso el servicio militar obligatorio, por el que los armenios sentían fuerte repugnancia.

En 1877, un grupo de jóvenes fundó la sociedad *Hindchak,* establecida fuera del territorio ruso, pero que ejercía su acción sobre la Transcaucasia. Las autoridades rusas encarcelaron o enviaron a la Siberia a los «hindchaquistas» que caían en su poder, y organizaron un servicio de espionaje y delación que produjo gran número de vejaciones e injusticias. La antipatía de los absolutistas rusos hacia los armenios dióse libre curso. «El armenio —decía Morane (1)— es sospechoso, no sólo a causa de sus tendencias particularistas, sino a causa del germen de vago liberalismo que lleva consigo. Aun cuando no ha sufrido directamente la influencia del Occidente, tiene inclinación a las ideas liberales y democráticas.»

La persecución encendió más y más el patriotismo de los armenios. El sepelio del gran patriota Artzruni (1893) dió ocasión a una imponente manifestación nacional. Un año después, con motivo de la visita a Tiflis del *catholicos,* el entusiasmo patriótico de los armenios se desbordó. El recibimiento hecho al patriarca fué triunfal. Las aclamaciones y los cantos nacionales llenaron aquel día la vieja ciudad caucásica.

(1) *Finlande et Caucase,* pág. 167.

Las autoridades rusas continuaron la política antiarmenia. Intervinieron en el régimen de las escuelas armenias, destruyendo la autonomía de que gozaban antes. Dispusieron que solo en una pequeña proporción fuesen admitidos los armenios en el ejercicio de los cargos públicos. Decretaron que fuesen educados dentro de la fe griega los hijos de matrimonios celebrados entre gregorianos y ortodoxos.

Dos partidos existen en la política armenia: el conservador y el liberal. El principal motivo de divergencia entre ellos es la cuestión religiosa. Los conservadores quieren la sumisión a la Iglesia gregoriana. Los liberales son contrarios a la ingerencia del clero en la vida civil. Estos dos partidos se combaten ásperamente, pero hacen causa común cuando se trata de defender los altos intereses nacionales.

En la Transcaucasia, los armenios gozan de la gran influencia social que les dan su riqueza y sus hábitos de trabajo. La mayoría se dedica al comercio y a la industria. Son, en general, hombres adinerados, acostumbrados al ahorro. Algunos de ellos se dedican a negocios usurarios, cosa que ha dado a su raza mala fama, parecida a la que pesa sobre los judíos. Es indudable que la riqueza de los armenios de Rusia contribuye poderosamente a mantener en ellos el sentimiento nacional. Es admirable la largueza patriótica de que dan ejemplo. Escuchemos en este punto, las palabras de Morane (1): «La fortuna es una fuerza. No es solamente para los armenios un principio de emancipación intelectual, sino también un medio de propaganda. El espíritu de solidaridad florece en ellos, se prestan unos a otros mutua ayuda. Los ricos comerciantes armenios dan millones de rublos de subvención al monasterio de Echmiadzin. Rivalizan en liberalidad para la fundación de escuelas; algunos comerciantes como Mantachef, han creado hasta cincuenta becas en los Gimnasios y Universidades. Auxilian a los periódicos armenios. Recompensan a los pro-

(1) *Finlande et Caucase,* págs. 152 y 153.

fesores de lengua armenia, a los historiadores de Armenia. Tienen como un honor sostener con sus recursos todo aquello que se refiera a la idea nacional.»

Las reformas propuestas por Europa antes de la guerra, no eran más que paliativos y no podían resolver, por lo tanto, el problema. H. Lagardelle veía el remedio eficaz de los conflictos de la Armenia turca en la concesión a la misma de una autonomía amplísima, análoga a la que después del Congreso de Berlín (1878) tuvo la Rumelia Oriental, de manera que no dejase más que un vínculo de ligero vasallaje con el Imperio otomano (1).

V (2)

Las nuevas horribles matanzas. La libertad de Armenia.

Uno de los efectos de justicia de la gran guerra del mundo, habrá sido la libertad de Armenia, que podrá reconstituir ampliamente su nacionalidad y formar un Estado, quedando libre a la vez de la dominación rusa y de la sangrienta tiranía otomana.

Pero antes de llegar a esta hora feliz y decisiva en la historia del pueblo armenio, éste ha debido pasar por nuevos horribles dolores. Los turcos y los kurdos, durante los primeros años de la guerra, se entregaron con monstruoso encarnizamiento a la obra de exterminio de la nación armenia. Las víctimas cayeron esta vez a centenares de miles. En la serie trágica de las matanzas de armenios, las matanzas últimas superan en horror a todas las anteriores. Los hombres eran asesinados en masa. Las mujeres, los niños y los ancianos eran desterrados, empujándoseles al desierto, donde perecían de hambre. Queríase sin duda resolver la cuestión armenia radicalmente, de una vez para todas, por el procedimiento

(1) *La Turquie d'Asie.*
(2) Capítulo añadido por el autor.

expeditivo de asesinar y matar de hambre a los armenios de ambos sexos y de todas las edades. Y esta espantosa hazaña se comenzó a realizar con la aquiesciencia, o por lo menos con la tolerancia de los alemanes, aliados de los turcos y verdaderos dueños del Imperio otomano durante la guerra grande. Las gestiones de los Estados Unidos y del Papa en favor de los armenios no tuvieron éxito. Antes de perder para siempre su dominio sobre las tierras que conquistaron, los turcos han querido escribir en Armenia la página más sangrienta y horrible de su historia.

No está resuelta todavía la cuestión de los límites del futuro Estado de Armenia. Su delimitación es ciertamente tarea ardua, y en este punto chocan pareceres encontrados. Por otra parte, no se sabe aún a qué potencia se concederá el mandato de la Sociedad de las Naciones para ejercer la tutela del nuevo Estado armenio en los primeros tiempos de su reconstitución. Hase hablado de Francia y de los Estados Unidos.

IRLANDA

I

Los irlandeses. Antecedentes históricos.

En tiempos antiquísimos, la isla de Irlanda fué habitada por tribus de raza céltica o gaélica. Según la tradición, sus primitivos pobladores salieron del noroeste de España, o sea de Galicia, mandados por Milesius. Los latinos llamaron Hibernia a Irlanda, e hiberniores a sus habitantes. Esta raza tuvo una lengua milenaria, el erse, el viejo idioma de los gaels. Los irlandeses, pues, tienen parentesco étnico con los pueblos de raza céltica, especialmente con los gaels de Escocia y Gales y con los bretones de Francia.

La isla de Irlanda no fué invadida por los romanos. Pero, desde los comienzos del siglo IX hasta el siglo XI, tuvo que combatir contra los invasores daneses, los cuales fueron finalmente vencidos en la batalla de Clontarf, cerca de Dublin, en el año 1014.

Libre de los daneses, Irlanda vivió prósperamente durante siglo y medio. Este período terminó en 1169. Aprovechando la circunstancia de hacerse la guerra dos poderosos caudillos de los clanes irlandeses, Enrique II, rey de Inglaterra, autorizó a uno de sus nobles para intervenir en favor de los aludidos caudillos. Cuando los guerreros anglo-normandos se hubieron establecido en Irlanda, el rey Enrique se presentó en Dublin y se hizo proclamar soberano de la isla.

Los ingleses habían ocupado parte de la costa oriental irlandesa, y transcurrieron muchos años sin que pudiesen avanzar. A dicha región acudieron, por espacio de tres siglos, miles y miles de ingleses. Iban con el intento de conquistar la isla. Pero, después de algún tiempo de vivir en ella, se casaban con mujeres irlandesas, adoptaban las costumbres, los vestidos y la lengua del país, y eran asimilados completamente.

Derrotados los ingleses por Roberto Bruce en Bannockburn, estalló una formidable revuelta en Irlanda. A pesar del heroismo de los irlandeses, éstos fueron vencidos en 1318. No obstante, continuó la asimilación de los ingleses en Irlanda. Eduardo III, por el estatuto de Kilkenny, les prohibió casarse con mujeres irlandesas y llevar la túnica y el bigote al estilo irlandés, so pena de ser declarados reos del delito de traición.

Caída bajo el dominio de Inglaterra, Irlanda vió su historia convertida en una trágica sucesión de devastadoras luchas y de horribles represiones. Georges Clemenceau (1) ha escrito que la historia de Irlanda es un martirologio. «De todas las historias, la de Irlanda es la más triste—escribe Goldwin (2)—. Durante siete siglos no ha sido más que una serie ininterrumpida de luchas, matanzas, asesinatos, malos gobiernos, guerras civiles, opresiones y miserias».

Enrique VIII, que en un principio inauguró una política de atracción, quiso más tarde introducir la Reforma en Irlanda y estableció severas penas para los que no renegasen públicamente del catolicismo. En el reinado de Isabel la persecución religiosa fué terrible. Los bienes de la Iglesia católica y las tierras de los irlandeses fueron confiscados y repartidos entre los ingleses. Los horrores de la lucha armada entre ingleses e irlandeses, entre protestantes y católicos, han obligado a escribir al historiador Lecky, en su *History of Ireland,* que el

(1) Artículo publicado en el diario *L'Homme Libre,* de París, en el mes de marzo de 1914.

(2) *Irish History and the Irish Question.* Londres, 1905.

exterminio de la raza irlandesa se realizó con una crueldad mucho mayor que la del duque de Alba en Flandes y que es digna de los anales más sangrientos de los turcos. La mitad de la población irlandesa sucumbió. El Acta de Supremacia de 1537 estableció en Irlanda la Iglesia protestante. Contra los que persistían en profesar el catolicismo adoptáronse disposiciones severísimas, entre ellas la de excluirlos de los cargos civiles.

Carlos I dulcificó el régimen a que estaba sometida Irlanda. Pero no cumplió los compromisos llamados «gracias» y provocó el gran alzamiento de 1641. Para indemnizarse de los gastos de la guerra, el Parlamento inglés confiscó por anticipado dos millones y medio de acres de tierras irlandesas, que entregó a los contratistas *(undertakers)*. En un principio los irlandeses obtuvieron algunas victorias que les permitieron constituir un Parlamento propio, o sea la Confederación de Kilkenny. Por su desgracia, estaban divididos en dos bandos, partidario el uno de pactar con Inglaterra y dispuesto el otro a continuar la lucha. Entre tanto, estalló la revolución inglesa. Ejecutado Carlos I, desembarcó Cromwell en Irlanda al frente de un fuerte ejército y derrotó a los irlandeses. La carnicería fué horrenda. Miles de irlandeses huyeron de la isla. Tres provincias enteras —las de Munster, Ulster y Leinster— fueron confiscadas y repartidas como botín entre los soldados.

En tiempo de los Estuardo mitigóse la opresión de los irlandeses. Al sobrevenir la revolución de 1688, los católicos irlandeses declaráronse por Jaime II. El rey buscó un refugio en Irlanda, y allí un Parlamento católico proclamó la libertad religiosa. Guillermo de Orange venció a los irlandeses en la famosa batalla del Boyne (1690). Miles de éstos, huyendo de la matanza y de la servidumbre, emigraron y formaron batallones irlandeses al servicio de los grandes Estados católicos. La provincia del Ulster quedó vacía de irlandeses, los cuales fueron substituídos por escoceses e ingleses de los que habían seguido a Guillermo de Orange. De ahí que se les llame *orangistas*.

Triunfante Inglaterra, impuso a Irlanda un régimen de esclavitud y de oprobio. Los irlandeses católicos fueron desposeídos de los derechos religiosos, civiles, políticos y económicos.

Las confiscaciones habían arrebatado a los irlandeses la propiedad de sus tierras. Los agricultores tuvieron que reconocer como propietarios a los señores ingleses, a quienes estaban obligados a pagar fuertes sumas por el arrendamiento. De esta manera el agricultor irlandés sólo trabajaba para enriquecer al *landlord*. Este régimen fué causa de una gran miseria. En veinte años hubo cuatro largos períodos de hambre desoladora. La desesperación hizo estallar la revuelta. Grupos de campesinos acometieron a los *landlords*, que, aterrorizados, huyeron del país. Ésta fué la primera revuelta agraria de Irlanda. Los males de aquel inicuo régimen se acentuaron al producirse, en grandes proporciones, el fenómeno del absentismo. Los terratenientes residían en Inglaterra y dejaban en Irlanda simples administradores para que les enviasen el importe de los arriendos de las tierras.

II

Período de libertad. Revuelta de 1798. El acta de Unión de 1800.

Cuando, en el último tercio del siglo XVIII, las colonias inglesas de Norte América se alzaron contra la metrópoli, los irlandeses aprovecharon la ocasión para hacer aceptar sus reivindicaciones por Inglaterra.

El régimen impuesto a Irlanda era de una iniquidad extrema. En el mismo Parlamento irlandés, donde sólo tenían asiento orangistas y protestantes, habíase formado un movimiento llamado de los intereses irlandeses *(Irish interest)*. Un gran número de diputados pidió la modificación de las leyes vejatorias que

hacían imposible la industria irlandesa y eran causa de una miseria crónica. Tan odiosos eran los excesos de las autoridades inglesas, que incluso muchos protestantes se mostraban indignados. Hablando de este régimen, ha escrito el historiador Burke que era una máquina organizada para la opresión, el empobrecimiento y la degradación de un pueblo. En los políticos ingleses existía la opinión tradicional de que una Irlanda fuerte era una amenaza para Inglaterra (1). Y todos sus esfuerzos se encaminaban a arruinar y debilitar a Irlanda.

Aprovechando las graves dificultades que la insurrección americana creó al Gobierno inglés, los irlandeses formaron batallones de voluntarios, que pronto se convirtieron en un verdadero ejército, organizado y disciplinado, en el que figuraban católicos y protestantes. El 15 de febrero de 1782 se reunió en Dungannon una Convención de delegados, representando en conjunto 40.000 soldados. La Convención votó dos resoluciones: una proclamando la libertad de Irlanda y otra estableciendo la igualdad religiosa. El Parlamento de Dublin aceptó la primera y rechazó la segunda.

Los voluntarios continuaron exigiendo la plena autonomía. Por la *Renunciation Act* (ley de Renuncia), Inglaterra renunció a su poder sobre Irlanda, la cual quedaba solamente ligada a ella por la corona. Los católicos recobraron los derechos civiles y políticos y fueron abolidas las leyes contra el clero y la enseñanza católica. El Parlamento inglés, en la primavera de 1782, cedió a las peticiones de los voluntarios, los cuales constituían ya un ejército de 60.000 hombres, y aprobó la *Renunciation Act.*

Durante algunos años, tuvo Irlanda una autonomía muy amplia, bajo la cual progresó y prosperó. Pero Inglaterra miraba con recelo aquel estado de cosas y no tardó en poner en juego maniobras desleales para perturbarlo. Una de estas

(1) *Fifthy points for Home Rule.* Punto primero. Londres, 1911. Folleto publicado por *The Daily News.*

maniobras consistió en hacer aprobar por el Parlamento de Dublin, que seguía acaparado por los protestantes, nuevas disposiciones contra los católicos, disposiciones que encendieron otra vez la guerra religiosa y provocaron violencias y desórdenes.

El conde Fitz-William, en 1794, fué nombrado virrey de Irlanda. Espíritu justiciero, reconoció en seguida la razón de las reivindicaciones irlandesas. Ésto disgustó al gobierno de Londres, y al cabo de tres meses el conde fué destituído de sus funciones. La mala fe y los propósitos hostiles de los políticos ingleses hacia Irlanda eran evidentes. Comprendiéndolo así, los irlandeses abandonaron la esperanza de un arreglo constitucional con la monarquía de Jorge III y solicitaron el auxilio de Francia contra Inglaterra. Los franceses les enviaron un cuerpo expedicionario mandado por el general Hoche. Un violento temporal de mar impidió a los franceses desembarcar donde se proponían; tuvieron que hacer el desembarco en condiciones desfavorables, y después de algunos combates fueron vencidos por los ingleses. Entonces comenzó el período del «terror orangista», que, según el escritor inglés T. Rogers, fué tan terrible, si bien dirigido más hábilmente, como las matanzas de la revolución francesa. Los franceses enviaron todavía una expedición poco numerosa, al frente de la cual iba el general Humbert. Ayudado éste por la gente del campo, alcanzó al principio algunos éxitos; pero después de una corta campaña tuvo que capitular. Los irlandeses siguieron luchando, sin organización y a la desesperada, no consiguiendo otra cosa que hacerse matar.

El gobierno inglés acusaba a los irlandeses por haberse rebelado. Pero la verdad es que con sus actos contribuyó él mismo eficazmente a fomentar la revuelta. Muchos historiadores ingleses y protestantes lo reconocen. Lecky dice: «Las fuerzas del Gobierno contribuyeron de manera indudable a las espantosas escenas de anarquía social y política, a los odios y a los pánicos religiosos». Algunos historiadores insinúan —y otros

lo afirman— que Pitt buscó deliberadamente el conflicto, con objeto de tener un pretexto para suprimir las libertades que la *Renunciatión Act* había reconocido a los irlandeses.

Terminada la revuelta de 1798, el Gobierno de Pitt vió llegado el momento de someter en absoluto a Irlanda. Con este objeto hizo votar por el mismo Parlamento de Dublin, en 1800, la *Unión Act* (ley de Unión), que juntó Irlanda a Inglaterra bajo la soberanía de un solo Parlamento.

Las palabras de Gladstone sobre la *Unión Act* son famosas: «No existe en la historia transaccción más triste y más vergonzosa que el establecimiento de la Unión de 1800 entre Inglaterra e Irlanda». En efecto: para hacer votar la *Unión Act* por el corrompido Parlamento de Dublin, fué preciso comprar el voto de sus miembros. En las cartas de lord Cornwallis, a la sazón virrey, háblase de la repugnancia que le causó el cumplimiento de las órdenes del Gobierno a este respecto. Se ha conservado en el histórico castillo de Dublin una lista de los vendidos, con indicación de las cantidades y de los cargos y títulos que se les repartió. En metálico se pagó millón y medio de libras esterlinas, suma que se cargó sobre el presupuesto especial de Irlanda. No obstante, en aquel Parlamento, que por estar compuesto exclusivamente de irlandeses protestantes no representaba más de una doceava parte de Irlanda, hubo un centenar de miembros que votaron contra la *Union Act*. Estas vergüenzas las recuerda una canción irlandesa que empieza así:

How did they pass the Union?
By treachery and fraud (1).

Los enemigos de Irlanda habían realizado sus planes. Sin embargo, quisieron disimular el verdadero objeto de la unión. Y alegaron que ésta era absolutamente necesaria y que favorecía los intereses de Irlanda. Los hechos demuestran lo contrario. Precisamente en los diez y ocho años que duró el régimen autonómico, y a pesar de las graves imperfecciones de éste, se inició en el país un período de actividad extraordinaria. Un funcionario inglés enviado en aquel tiempo a Dublin, Cooke, escribió que, en cuanto al número de habitantes, a la agricultura, a la industria y a la riqueza, «ningún país ha hecho adelantos tan rápidos como Irlanda». El mismo Cooke, describiendo en un memorándum particular la «peligrosa situación» de la isla, la atribuye a seis causas, de las cuales la segunda es «la prosperidad general del país, que ha producido gran actividad y energía». Nótese en estas palabras la confirmación de que los políticos ingleses consideraban la prosperidad de Irlanda como un peligro para Inglaterra.

(1) ¿Cómo se aprobó la Unión? Por medio de la traición y el fraude.

III

La emancipación de los católicos. Daniel O'Connell. La Joven Irlanda. Insurrección de 1848.

Para que los católicos irlandeses aceptaran la unión, Pitt les prometió que, una vez realizada ésta, los emanciparía, es decir, les concedería la plenitud de sus derechos civiles y políticos, y establecería en Irlanda la igualdad religiosa. Contando con ésto, el clero católico irlandés apoyó la *Union Act*. La promesa no fué cumplida, con la excusa de que el rey Jorge se oponía en absoluto. Víctimas de un nuevo engaño, los católicos irlandeses promovieron una honda agitación, y la situación de la isla agravóse de un modo amenazador. El Gobierno de Londres respondió con medidas severísimas; desde 1800 hasta 1829, el Parlamento inglés votó veinte leyes de represión.

En aquel período apareció en la política irlandesa la gran figura de Daniel O'Connell. Éste tenía veintitrés años cuando fué promulgada la *Union Act*. Y al oir un día que las campanas

de la catedral de San Patricio de Dublin repicaban en celebración de la unión a Inglaterra, sintió la gran vergüenza de la esclavitud nacional y juró dedicar todas sus fuerzas a la redención de la patria. Abogado de renombre, orador elocuentísimo, espíritu batallador, O'Connell hizo seguir tras de sí al pueblo irlandés en la campaña que promovió. A causa de su acción perseverante y resuelta, fué un hecho, en 1830, la emancipación de los católicos. Conseguida esta victoria, el gran patriota emprendió una nueva campaña para la derogación de la *Union Act*. La influencia de O'Connell fué inmensa; el pueblo le adoraba y le llamaba «el Libertador». Todos estaban dispuestos a obedecerle ciegamente a su primera palabra.

O'Connell creó en toda Irlanda una agitación intensísima por medio de mitines o reuniones al aire libre. En estos mitines sus extraordinarias condiciones de orador llegaban al máximo. El pueblo irlandés creyó que aquella serie de actos era el prólogo de una gran insurrección armada. Y en todas partes se esperaba con ferviente entusiasmo que O'Connell diese el grito de rebelión. Pero hubo en esto un doloroso error. En realidad, O'Connell no quería apelar a la fuerza. Creía que el alzamiento legal de Irlanda bastaría para triunfar. Era enemigo, por temperamento, de las luchas cruentas, por las que sentía un verdadero horror de cuákero. Distintas veces había dicho que «ninguna causa humana es digna de que se vierta por ella una sola gota de sangre» (1).

Los irlandeses creyeron que había llegado la hora de la revuelta con motivo de lo que sucedió en el mitin convocado en Clontarf el 8 de octubre de 1843. El virrey de Irlanda había prohibido la reunión, y los patriotas estaban decididos a celebrar el acto y a luchar contra las tropas que se enviasen para disolverlo. La agitación llegó a su punto culminante. Y cuando los partidarios de O'Connell esperaban la orden de éste para celebrar la reunión de Clontarf, costase lo que costase, recibieron una proclama suya aconsejándoles que obedeciesen las órdenes del virrey, que desistiesen de celebrar la reunión y que regresasen a sus casas. La proclama produjo verdadero estupor. Fué atendida; pero el prestigio y la popularidad de O'Connell sufrieron un golpe mortal. Gran parte de los patriotas jóvenes se apartaron de su lado y fundaron después el partido de la *Young Ireland*, la «Joven Irlanda».

(1) J. MAC CARTHY: *Historia de Inglaterra en el siglo* XIX, cap. IX.

No obstante, O'Connell fué encarcelado, juzgado y condenado. La Cámara de los Lores casó la sentencia y el gran patriota quedó en libertad. Pero había perdido para siempre la confianza de su pueblo, que le tuvo por un cobarde. Sintiéndose gravemente enfermo, quiso morir en Roma. Mas no pudo llegar a la ciudad de los Papas. En Génova agravóse y allí murió, en el año 1847.

Los partidarios de los procedimientos de violencia aumentaban en Irlanda. Muchos patriotas declarábanse abiertamente por el «Partido de la fuerza física». La angustia del país creció en terrible proporción a causa del hambre que atravesó en 1843. Murieron centenares de miles de irlandeses, entre ellos 730.000 niños. Emigraron centenares de miles de irlandeses. En aquel tiempo comenzó la despoblación de la isla. Algunos han atribuído la terrible hambre a la carestía de las subsistencias y a la pérdida de la cosecha de patatas. Pero otros la atribuyen al régimen agrario, al enorme canon que los agricultores tenían que pagar al *landlord* y que absorbía todo el producto de la tierra (1).

En la «Joven Irlanda» se manifestaron dos tendencias. Los unos, como O'Brien, sin reprobar en absoluto la apelación a la fuerza, sólo querían acudir a ella en último extremo y después de larga preparación. Otros, como Meagher y Mitchel, eran partidarios de una resolución inmediata. Los primeros tenían por órgano el periódico *Nation* y los segundos el *United*

(1) L. PAUL-DUBOIS, *L'Irlande contemporaine et la question irlandaise*. Paris, 1907.

Irishman, que comenzó a publicarse el mes de enero de 1848 y llamó a los irlandeses a las armas. En este periódico, Mitchel escribía que era preferible morir bajo las bayonetas de Inglaterra que bajo sus leyes. La revolución que había estallado en diversos puntos del continente excitó todavía más a los irlandeses, y éstos se sublevaron contra Inglaterra.

El movimiento fracasó. Algunos de sus caudillos fueron condenados a muerte. Después se les conmutó esta pena por la de deportacidn perpetua.

IV

Los fenianos. Parnell. La Land League. El Home Rule.

Inglaterra había creido que dominada la insurrección de 1848, quedaba Irlanda definitivamente vencida y aplastada. Pronto pudo darse cuenta de que la lucha seguía.

En 1858 descubrióse el complot de Skibberen, urdido en una sociedad secreta, la Phoenix Society, y organizado principalmente por James Stephens, que escapó a Norte América. Al terminar la guerra de secesión de los Estados Unidos, en la cual lucharon numerosos irlandeses, éstos formaron, en las ciudades americanas, sociedades de «fenianos», nombre que tomaron del que llevaba una antigua milicia irlandesa. Las sociedades fenianas eran secretas y trabajaban por la independencia de Irlanda (1). Los fenianos rechazaban los procedimientos legales. Eran antiparlamentarios y revolucionarios. No constituían, por cierto, nada nuevo en la historia de Irlanda, en la cual la violencia de los dominadores había suscitado frecuentemente la violencia de los dominados. El fenianismo fué un movimiento de desesperación. Aquellos hombres, patriotas fervientes y abnegados, viéndose impotentes para sacudir el yugo inglés, perseguidos y acorralados, se lanzaron por el camino del terrorismo y de la venganza, y no retrocedieron ni ante el crimen.

(1) Al entrar en las sociedades fenianas, los neófitos hacían el siguiente juramento:

«Juro ante Dios rechazar todo compromiso de fidelidad y de sumisión a la reina de Inglaterra y emplear todas mis fuerzas en el establecimiento de una República independiente en Irlanda. Estoy dispuesto a coger las armas y a combatir a la primera indicación que se me haga. Prometo completa obediencia a mis superiores y un secreto inviolable en todo lo que se refiere a nuestra sociedad.»

Stephens volvió a Inglaterra para propagar el fenianismo; fué encarcelado, pero escapó otra vez. Entre tanto, crecía el número de adheridos a las sociedades fenianas. En diversos puntos de Irlanda estallaron graves desórdenes y se produjeron numerosos atentados personales. La audacia de los fenianos era cada dia mayor. Volaron con dinamita la prisión de Clerkenwell, quisieron apoderarse del castillo de Munster y acometieron a la policía en Manchester (1867). Los autores de este último golpe — Allen, Larkin y O'Brien — subieron al cadalso; antes de su muerte, serena y valiente, dijeron al tribunal que los sentenció las siguientes palabras: «Nos vais a enviar a presencia de Dios: estamos preparados para ello. No nos arrepentimos de nada, no rectificamos nada. Sólo nos resta decir: *Good save Ireland!* (¡Dios salve a Irlanda!)»

Los fenianos consiguieron con sus procedimientos lo que se proponían: aterrorizar a los ingleses y hacerles pagar con sangre los dolores de la pobre Irlanda. La represión terrible de que fueron objeto los fenianos resultó ineficaz para hacer cesar los atentados. En vista de ello, los gobernantes ingleses decidieron mitigar la opresión en que vivían los irlandeses. Después de haberse aumentado la representación parlamentaria de Irlanda por la reforma electoral de 1867, Gladstone hizo votar, en 1869, la ley de separación de la Iglesia y el Estado en la isla, cesando así la iniquidad de obligar a los irlandeses, católicos en su casi totalidad, a pagar los diezmos

a la Iglesia protestante anglicana. En 1870 presentóse la primera ley agraria, encaminada a atenuar la injusticia enorme del régimen agrario en Irlanda.

En aquellas graves circunstancias surgió Parnell. Lleno de energías, con todo el entusiasmo de la juventud púsose a trabajar por la causa nacional. Ayudado por el feniano Michael Davitt y contando con el dinero que le enviaban los emigrados de América, Parnell fundó, en la primavera de 1869, la *Land League* (Liga Agraria).

La Cámara de los Lores, en 1870, rechazó el *Compensation for Disturbance bill,* que contenía algunas disposiciones en favor de los agricultores irlandeses. Ante el reto, la *Land League* ordenó la resistencia a los embargos. Los grupos de de *Moonlighters* (o sea, «hombre del claro de luna»), sucesores de los *Whiteboys*, sembraban el terror por todas partes. Asociando el problema de la derogación de la *Union Act* con el problema agrario, Parnell creó una agitación formidable. Al mismo tiempo, los irlandeses, dirigidos por él, comenzaron la obstrucción en el Parlamento inglés. El historiador Justin Mac Carthy (1) resume así el pensamiento obstruccionista de Parnell: «Si no quereis tener tiempo para ocuparos de las quejas y de los males de Irlanda, no podreis resolver otras cuestiones». En efecto: aprovechándose de la libertad casi ilimitada que el reglamento que entonces regía daba a los diputados, los nacionalistas irlandeses hicieron imposible las normales funciones parlamentarias.

En 1880, habiendo obtenido el partido liberal una gran victoria en las elecciones legislativas, encargóse Gladstone del poder. La agitación irlandesa prosiguió. El 6 de mayo de 1882, la sociedad secreta «Los Invencibles» hizo asesinar en Dublin a Lord Cavendish y a Mr. Burke, nombrados secretario y vicesecretario, respectivamente, del virrey de la isla. Precisamente estos dos hombres habían sido designados

(1) *Historia de Inglaterra en el siglo* XIX. Cap. XIV.

por Gladstone con objeto de iniciar una política más liberal en Irlanda; y su injustificada muerte, que renovó el período del fenianismo, produjo un sentimiento general de horror. Al principio creyóse que de rechazo, quedaba mortalmente herida la causa irlandesa. Gladstone adoptó una política de represión e hizo encarcelar a Parnell. Sin embargo, estudió la cuestión con imparcial espíritu de justicia y llegó a convencerse de que las peticiones de los irlandeses eran justas. Y cuando en 1886, después de un corto período de Gobierno conservador, Gladstone volvió al poder por haber triunfado su partido en las elecciones, declaróse convertido a la causa irlandesa y presentó (8 de abril de 1886) su *bill* del *Home Rule.*

El partido *tory* recibió el proyecto con hostilidad implacable. Una buena parte del partido *whig,* del propio partido liberal acaudillado por Gladstone, se declaró también contrario a la reforma. Entre los liberales enemigos del *bill,* existían dos tendencias: unos rechazaban en absoluto la idea de la autonomía irlandesa, y otros, aun estando dispuestos en principio a aceptar el *Home Rule,* creían que el proyecto, al suprimir la representación irlandesa en la Cámara de los Comunes, tomaba un carácter excesivamente radical. A causa de esto dividióse el partido liberal, separándose de él mismo hombres de gran valía y de gran prestigio, como John Bright, Chamberlain, lord Hartington y el duque de Devonshire. Cuando se votó el *bill* en segunda lectura, en la Cámara de los Comunes, fué rechazado por 343 votos contra 313. Habían votado en contra 93 liberales disidentes. Gladstone tuvo que dejar el poder.

Otra vez fué Gobierno, en 1892. Firme en su propósito de atender las aspiraciones irlandesas, Gladstone reprodujo el *bill* del *Home Rule,* con algunas modificaciones. Una de ellas consistía en dejar en la Cámara de los Comunes una representación irlandesa de 80 diputados. Esta modificación hizo que aceptasen el proyecto algunos de los liberales disidentes que en 1886 no lo habían aceptado; pero muchos otros, al

frente de los cuales estaba Chamberlain, permanecieron hostiles al principio del *Home Rule*. Con todo, el *bill* fué aprobado en la Cámara de los Comunes por 301 votos contra 267. Pero la Cámara de los Lores lo rechazó por 419 votos contra 41.

Mientras tanto, habían estallado en el nacionalismo irlandés hondas divergencias. Numerosos patriotas combatían la política de Parnell. Éste, complicado en un escandaloso proceso de divorcio, vió disminuído su prestigio y tuvo que dejar la dirección del partido nacionalista. En 1891 murió repentinamente, joven aún, pues sólo contaba 45 años. Según las palabras de Mac Carthy (1), la carrera de Parnell puede decirse que fué grande, pero la arruinó un triste error.

Caído Gladstone, decepcionados y divididos los patriotas irlandeses, la causa de la autonomía sufrió un fuerte retroceso. Muchos llegaron a creer que el *Home Rule* había sido enterrado en la tumba de Carlos Esteban Parnell.

V

Las leyes agrarias.

En el decurso de las guerras y de las persecuciones, los irlandeses fueron desposeídos de la propiedad de sus tierras. En el mismo siglo XIX, cual una prolongación de la servidumbre medioeval, los campesinos de Irlanda eran simples arrendatarios de la tierra que cultivaban. Debían pagar el tributo a los *landlords* ingleses y los diezmos a la Iglesia protestante, que no era la propia. Estaban expuestos a cada momento, por cualquier pequeño procedimiento de unas leyes inicuas, a ser arrojados del predio. Después de haber arruinado la industria irlandesa, Inglaterra arruinaba la agricultura, que se había convertido en la fuente de riqueza casi exclusiva de aquel

(1) *Historia de Inglaterra en el siglo* XIX, cap. XIV.

país. Este régimen daba lugar a las más indignas injusticias y produjo, como inevitable consecuencia trágica, la venganza de los oprimidos. Los crímenes agrarios, característicos de la historia irlandesa, eran la respuesta desesperada de un pueblo atropellado y martirizado.

Impugnando la opinión de los ingleses irlandófobos que presentan la tendencia al crimen como una cualidad propia del carácter irlandés, dice el estudio *Fifthy points for Home Rule,* publicado por *Daily News:* «Los crímenes agrarios irlandeses fueron el resultado inevitable, no de una doble dosis de pecado original en la naturaleza humana de los irlandeses, sino de un perverso sistema de gobierno, que se negó a escuchar las reclamaciones legales... Los crímenes agrarios son, por lo tanto, la respuesta salvaje de la naturaleza humana, oprimida y ultrajada hasta más allá de los límites de lo que puede resistirse. Las mismas causas habrían producido idénticos efectos en cualquier país de Europa. Los crímenes agrarios no pueden ser considerados como actos normales de la política irlandesa, de la misma manera que el incendio de ciudades y la decapitación de reyes no son considerados como actos normales de la política inglesa» (1).

El régimen de la tierra, funesto e inicuo, comenzó a transformarse en virtud de una ley de Gladstone (1869). En aquella ley había la primera pequeña mejora de la tristísima situación de los agricultores irlandeses. Desde entonces se han sucedido las leyes agrarias, las *Land Acts,* reparando gradualmente una de las más grandes injusticias sociales. El erario inglés ha dedicado buen número de millones de libras esterlinas a la expropiación de las tierras de los *landlords,* para devolverlas a los que las cultivaban. A esta obra de reparación han contribuído igualmente —hay que decirlo— los conservadores y los liberales ingleses. Una de las principales *Land Acts* es debido a Mr. Balfour. El espíritu de justicia ha vencido por fin en

(1) Obra citada.

esta cuestión. Pero es dudoso que hubiese triunfado sin el movimiento feniano y, sobre todo, sin el movimiento de la *Land League*, los cuales dieron ocasión al *Poor Paddy*, al pobre, al miserable, al hambriento campesino de Irlanda, a levantarse con violencia y hacer temblar a sus tiránicos opresores.

VI

Los proyectos del ministerio Campbell-Bannermann y del ministerio Asquith.

En 1905, el Gobierno conservador inglés de Mr. Balfour, al cual eran contrarias todas las elecciones parciales que venían efectuándose, dimitió, y el liberal Mr. Campbell-Bannermann fué llamado al poder. Las elecciones generales de 1906 dieron a los liberales ingleses una de las más espléndidas victorias que se haya visto en la historia de la política inglesa. Comenzaba un largo período de gobierno liberal. Y los diputados irlandeses, ante las declaraciones del nuevo primer ministro, favorables a su patria, concibieron la esperanza de que el *Home Rule*, hundido años antes, podría triunfar gracias a la política del nuevo gabinete.

Entre los liberales, sin embargo, no encontraba el *Home Rule* una adhesión unánime, ni mucho menos. El partido liberal, al reconstituirse, había eliminado de su programa la cuestión de la autonomía irlandesa, y muchos de sus miembros recordaban que el *Home Rule* había hecho caer dos veces del poder a su partido y que lo había dividido y destrozado. A la poca simpatía que en parte de los liberales y hasta en parte del Gabinete gozaba el principio del *Home Rule*, debióse, sin duda, el que Campbell-Bannermann se limitase, por el momento, a hacer concesiones parciales a los irlandeses. Entre estas concesiones figuraba el establecimiento en Dublin de una Universidad nacional irlandesa.

En 1907 el gobierno liberal presentó al Parlamento el *Irish Council Bill*. El 21 de mayo del mismo año se reunió en Dublin la Convención o Asamblea general del partido nacionalista para tratar del proyecto.

El Gabinete Campbell-Bannerman acababa de conceder una descentralización administrativa. Nadie se hacía la ilusión de que la reforma satisfaciese las aspiraciones de los nacionalistas. No obstante, había quien esperaba que éstos, aun manteniendo la integridad de sus reivindicaciones patrióticas, aceptarían el proyecto de ley como un primer paso hacia el *self-government*.

No sucedió así. Los acuerdos de la Convención nacionalista fueron radicales y categóricos. La resolución aprobada expresó claramente que la nación irlandesa rechazaba las mezquinas reformas descentralizadoras votadas por la Cámara de los Comunes.

La Asamblea la presidió Redmond, leader del partido nacionalista. Él fué quien presentó la citada resolución y quien la defendió en un discurso en el cual sostuvo que la creación de un Consejo administrativo no respondía a los anhelos autonomistas del pueblo irlandés y que el texto de la ley no era satisfactorio para Irlanda. La Convención aprobó la resolución por unanimidad y en medio de aclamaciones entusiásticas. Ante la actitud de los nacionalistas irlandeses, el proyecto fracasó.

Al morir Mr. Campbell-Bannerman fué nombrado primer ministro Mr. Asquith. Al cabo de poco tiempo suscitóse la cuestión de los famosos presupuestos de Mr. Lloyd George, de tendencias socialistas. Hubo que consultar al país mediante unas elecciones generales (enero de 1910). En éstas triunfaron nuevamente los liberales, pero el número de sus diputados quedó fuertemente disminuído, de manera que para sostenerse en el Poder, les era necesario el concurso de los 80 diputados nacionalistas irlandeses. Éstos aprovecharon la ocasión para

empujar al Gobierno por el camino del *Home Rule,* al cual se había declarado favorable Mr. Asquith ya antes de las elecciones.

Los conservadores, alentados por la debilidad de la minoría liberal y creyendo que la actitud del Gobierno respecto a Irlanda le perjudicaría ante la opinión inglesa, iniciaron en seguida una impetuosa campaña antiautonomista. Al ponerse a discusión en la Cámara de los Comunes la contestación al Mensaje de la Corona (15 de febrero de 1911), presentaron una enmienda en sentido hostil al *Home Rule.* El debate que se produjo planteó nuevamente en el terreno parlamentario la cuestión de la autonomía irlandesa y demostró que estaban de acuerdo respecto a las bases de ésta, el ministerio Asquith y los nacionalistas del partido de Mr. Redmond. (1) La enmienda de los conservadores fué rechazada por 326 votos contra 213. Votaron en contra los liberales, los obreros del *Labour Party* (Partido del Trabajo) y los nacionalistas irlandeses de los dos partidos.

La derrota de los enemigos del *Home Rule* aumentó las probabilidades del triunfo de éste. Era evidente que la Cámara de los Comunes estaba dispuesta a aceptar la reforma. Pero contra ella se levantaba un obstáculo enorme: la Cámara de los Lores. Era seguro, en efecto, que los pares rechazarían el *Home Rule,* como ya lo hicieron en 1894.

Todas las transcendentales reformas liberales y democráticas que el Gobierno de Mr. Asquith proyectaba, tenían cerrado el camino de su implantación a causa del derecho de veto de la Cámara de los Lores. La política del Gobierno, para triunfar, necesitaba la previa desaparición del obstáculo que le oponía la Cámara hereditaria. Empujado por la audacia de Lloyd George y Churchill, el Gobierno decidió el ataque a los privilegios históricos de los lores. Y presentó el *Parliament*

(1) Éste tenía 72 diputados. El partido nacionalista independiente de O'Brien no tenía sino 11.

bill, en virtud del cual desaparecía el veto. Según este proyecto, la Cámara de los Lores perdía toda intervención en los *bills* de carácter financiero; en cuanto a los otros, sólo podía aplazarlos por dos años en caso de no mostrarse conforme con ellos; aprobado un *bill* tres años consecutivos por la Cámara de los Comunes y rechazado otras tantas por la Cámara de los Lores, el *bill* pasaba directamente a la sanción del monarca.

El *Parliament bill* modificaba profundamente la Constitución secular del Reino Unido. No hay que decir que los lores lo rechazaron. Apeló entonces el Gobierno al país mediante la disolución de la Cámara de los Comunes y la convocación de nuevas elecciones legislativas. Éstas se celebraron en diciembre del mismo año 1910 y dieron un resultado casi igual al de las anteriores; el número de diputados liberales sufrió una pequeña disminución. En cuanto a los nacionalistas irlandeses, el partido Redmond ganó algunos puestos sobre el partido O'Brien, el cual quedó reducido parlamentariamente a ocho diputados.

A pesar de haber salido triunfante el *Parliament bill* del referendum a que se le había sometido, los lores persistieron en rechazarlo. Para hacerlos ceder en su despótica resistencia, fué preciso que Mr. Asquith recabase del rey Jorge la promesa formal de nombrar 500 nuevos lores, propuestos por el Gobierno (cosa que podía hacer el monarca según la Constitución), si la Alta Cámara continuaba obstinada en mantener sus privilegios. De esta manera, los lores hereditarios, en su casi totalidad conservadores y anti-irlandeses, hubieran quedado en minoría para siempre y su abusivo poder habría desaparecido. Por lo tanto, la Cámara de los Lores vióse obligada a aceptar lo que para ella resultaba un mal menor, o sea la aprobación del *Parliament bill.* En agosto de 1912 lo aceptó por 131 votos contra 114 (1). Los lo-

(1) Una parte de los lores se negaba a rendirse, y el *bill* fué aprobado merced a haber votado en pro la casi totalidad de los prelados. La mayoría de los lores *torys* abstúvose de tomar parte en la votación.

Los 131 votos en pro del *bill* se descomponían así: 81 liberales, 37 conservadores y 13 prelados. Los 114 votos en contra se repartían de la manera siguiente: 112 conservadores y 2 prelados.

res, al fin, dejáronse cortar un brazo para evitar la decapitación.

Reducido el derecho de veto de los lores a un mero derecho de suspensión por dos años, quedó abierto el camino de las grandes reformas. Entre éstas el *Home Rule* para Irlanda ocupó el primer lugar. En la primavera de 1912 Mr. Asquith presentó su *Home Rule bill*, que fué aprobado por 372 votos contra 271 (1). Liberales, laboristas y nacionalistas votaron en pro. Rechazado por la Cámara de los Lores, fué aprobado nuevamente por la de los Comunes en 1913, por 368 votos contra 270. Rechazado nuevamente por los lores, los comunes lo aprobaron por tercera vez el año 1914 por 356 votos contra 276.

VII

La cuestión del Ulster.

El territorio de Irlanda está dividido en cuatro provincias, que son: Leinster, Munster, Connaught y Ulster. Esta última es la septentrional.

En tiempos de las guerras de Cromwell, el Ulster perdió su carácter étnico irlandés. Los soldados de Guillermo de Orange, en su gran mayoría escoceses, invadieron el Ulster y vencieron definitivamente a los irlandeses en la batalla del Boyne. Los vencidos fueron terriblemente perseguidos. Los que no pudieron huir fueron exterminados. Gran parte del Ulster quedó sin irlandeses. En las tierras que éstos debieron abandonar se establecieron los soldados orangistas, entre los cuales se las repartió. Desde entonces, la mayoría de los habitantes del Ulster no son irlandeses de raza, sino «plantados» británicos, de religión protestante. La zona orangista del

(1) Damos las cifras de las votaciones en segunda lectura. La primera lectura, en el Parlamento inglés, tiene el carácter de una simple toma en consideración.

Ulster es la más cercana a la Gran Bretaña, o sea la zona nordeste.

Según las últimas estadísticas oficiales (1911), hay en la provincia del Ulster 885.033 habitantes protestantes y 690.134 habitantes católicos. La mayoría de los primeros es, pues, de 194.889 habitantes. No obstante, no todos los protestantes del Ulster son orangistas. Entre ellos hay cierto número de nacionalistas irlandeses y de liberales partidarios del *Home rule* (1).

De los nueve condados *(counties)* en que se subdivide la provincia del Ulster, cinco tienen mayoría de habitantes católicos (Cavan, Donegal, Fermanagh, Monaghan y Tyrone) y cuatro mayoría de habitantes protestantes. Parlamentariamente, el Ulster estaba representado, en 1914, por 17 diputados nacionalistas y por 16 orangistas o unionistas.

Los orangistas del Ulster, gente fanática y apasionada, mantienen vivo el viejo odio de religión y de raza entre ingleses e irlandeses. Desde que, en el siglo XVIII, los patriotas irlandeses comenzaron a luchar por la reconquista de la libertad perdida, los orangistas se declararon irreconciliables y furiosos enemigos de aquella libertad. Amenazaron con rebelarse, en el año 1828, si se concedía la emancipación de los católicos; en el 1868, si se realizaba la separación de la Iglesia protestante y el Estado en la isla; en 1885, si el *bill* del *Home rule* era aprobado. Es verdad que en ninguna de aquellas ocasiones las pavorosas amenazas de los orangistas se convirtieron en hechos.

En cuanto el gobierno de Mr. Asquith prometió a los irlandeses la autonomía, la eterna amenaza ulsteriana se reprodujo. Los orangistas se opusieron a toda concesión a Irlanda. Combatieron el *Home Rule* en bloque y afirmaron que nunca consen-

(1) La mayor parte de los protestantes del Ulster son no-conformistas o disidentes. Hay 421.566 presbiterianos, 366.171 anglicanos o episcopales, 48.490 metodistas y 48.806 de otras confesiones protestantes.

tirían que se implantase; después adoptaron el principio de que la provincia de Ulster debe ser excluída del *Home Rule,* es decir, de la Irlanda autónoma, y que ha de continuar regida directamente por el gobierno de Londres y por el Parlamento británico. Los orangistas ulsterianos y los conservadores ingleses uniéronse para continuar la abominable campaña contra el *Home Rule.*

Dirigidos por Sir Edward Carson, declararon los orangistas que se oponían en absoluto al *Home Rule* irlandés y que en caso necesario apelarían a las armas. El 18 de septiembre de 1912 se reunieron en Belfast en número de cien mil y firmaron, con gran pompa y teatralidad, un *covenant* (juramento) donde se comprometían a oponerse por todos los medios a formar parte de la Irlanda autónoma y a negar toda la autoridad al Parlamento de Dublin en el caso de que éste fuese establecido. Con este objeto realizaron preparativos de revuelta. El capitán Craig organizó un ejército de voluntarios compuesto de muchos miles de hombres, y se verificaron repetidos contrabandos de armas y municiones destinadas a los orangistas.

Al principio estas amenazas no fueron tomadas en serio ni por el Gobierno, ni por los liberales, ni por los obreros del *Labour Party,* ni por los nacionalistas irlandeses. Los partidarios de la autonomía irlandesa tenían la impresión de que se trataba de un simple *bluff.* En el mes de septiembre del año 1913, el ministro Mr. Robertson declaraba en un mitin que si el Gobierno no perseguía a los orangistas por sus preparativos bélicos, era porque consideraba peligroso castigar las guasas. El órgano obrero inglés, el *Daily Citizen,* en el verano de 1913, trataba los anuncios de revuelta, de «tremendas atracciones de otoño». Pero la verdad es que a medida que se acercaba el momento de la implantación del *Home Rule* crecía la impresión de que los orangistas estaban dispuestos realmente a alzarse en armas.

Mr. Asquith, en su deseo de suprimir toda apariencia de razón a la protesta ulsteriana, había ya consignado en su *Home Rule bill* sólidas garantías para los protestantes de Irlanda, poniéndolos a cubierto de cualquier abuso posible de la mayoría católica. Haciendo caso omiso de estas garantías, los orangistas siguieron vociferando y amenazando. Para lograr el arreglo del conflicto, el gobierno, de acuerdo con los nacionalistas, mostróse dispuesto a hacer nuevas concesiones, y ofreció al Ulster una sub-autonomía dentro de la autonomía irlandesa, un *Home Rule* regional que dejase en manos de los ulsterianos las cuestiones de religión y enseñanza.

Tampoco ésto fué aceptado por los orangistas. Ni las conferencias de personajes, ni las gestiones de políticos, pudieron encontrar una fórmula de avenencia. La crisis llegó a su punto culminante en el mes de marzo de 1914. Mientras los famosos voluntarios del Ulster realizaban ejercicios militares y Sir Edward Carson adoptaba actitudes heroicas, Mr. Asquith propuso una formula de arreglo que implicaba una concesión más a los ulsterianos rebeldes. Esta fórmula consistía en excluír temporalmente de la ley del *Home Rule* los condados del Ulster que así lo acordasen por vía de referendum. La exclusión duraría seis años. Si en el término de éstos no se hubiese decidido nada en contra, los condados temporalmente excluídos entrarían a formar parte, automáticamente, de la Irlanda autónoma.

La fórmula de Mr. Asquith tenía grandes ventajas. En primer lugar fijaba un largo plazo para buscar una solución definitiva al problema. Por otra parte, como hizo notar Mr. Redmond, la Irlanda autónoma tendría tiempo de ofrecer prácticamente a todos, y en primer lugar a los orangistas del Ulster, un ejemplo tal de buen gobierno y de tolerancia, que se desvanecerían los recelos contra la autonomía, y los mismos orangistas dejarían de oponerse a que fuese aplicado el *Home rule* a los condados temporalmente excluídos del mismo. Y, en fin, si

hubiese razones tan graves contra la aplicación del *Home Rule* a los condados excluidos, después de los seis años, el Parlamento inglés, que durante este período (o sea hasta el año 1921) debía haberse renovado normalmente dos veces, (en 1915 y en 1920) hubiera podido estatuir sobre la suerte definitiva de aquellos condados.

Esta transcendental propuesta era ciertamente dolorosa para los nacionalistas irlandeses. La fórmula ofrecía el peligro de separar definitivamente de Irlanda los condados excluídos. Era posible, en efecto, que en una futura Cámara de los Comunes hubiese una mayoría hostil a la aplicación del *Home Rule* a los citados condados. Aun suponiendo que el Gobierno liberal hubiera contado entonces con la mayoría, hay que tener en consideración, de una parte, que el *Home Rule Bill* reducía a 42 el número de diputados por Irlanda que tendrían asiento en Westminster, quedando así disminuídos los partidarios de extender el *Home Rule* al Ulster protestante, y por otra parte, no era muy seguro que los diputados del *Labour Party* votasen en su día la aplicación de la ley al nordeste de Irlanda, contra la voluntad de la mayoría de sus habitantes.

Comprendiendo que el rechazar la fórmula propuesta por Mr. Asquith, comprometía gravemente la suerte del *bill* y que, aun en el caso de triunfar éste, la actitud del Ulster sería un enorme obstáculo para la Irlanda autónoma, Mr. Redmond y su partido se avinieron a aceptar la fórmula. El partido nacionalista independiente, dirigido por Mr. O'Brien, al contrario, la rechazó categóricamente. Sus ocho diputados se abstuvieron de votar al aprobarse el *bill* por tercera vez, y uno de sus mejores oradores, Mr. Healy, pronunció en la Cámara de los Comunes un discurso vibrante de emoción, protestando de una fórmula que amenazaba mutilar a Irlanda. «Esto no es una cuestión política —declaró—, sino la esencia de nuestros corazones. Es preferible que no se apruebe el proyecto a aceptar tal condición, que significa el *Finis Hiberniae*, el fin de

Irlanda... Vosotros separáis de nuestro país la tierra donde está sepultado San Patricio, el verdadero hogar del pobre Joe Biggar».

Después de haber dado la impresión de que estaban dispuestos a aceptar la fórmula con algunas modificaciones de detalle, los orangistas la rechazaron. Querían que fuese toda la provincia de Ulster la que quedara excluída del *Home Rule* y que su exclusión fuera para siempre. En estas condiciones, toda avenencia era imposible. Ante tal intransigencia, el ministro de Marina, mister Churchill pronunció en Bradford un enérgico discurso, en el cual dijo que la muerte de un solo soldado británico por los orangistas provocaría en el país una explosión tal, que haría vacilar los fundamentos mismos de la sociedad. Tomando pretexto de estas palabras del ministro, los voluntarios ulsterianos amenazaron con una revuelta inmediata. Sir Edwar Carson, no habiéndole satisfecho la contestación que le dió el Gobierno en la Cámara de los Comunes, se retiró del salón de sesiones, gritando: «¡Mi sitio está en Belfast!», y marchóse en seguida a la capital del Ulster, dando a entender que se iba a poner al frente del alzamiento.

Al mismo tiempo, en el campo militar irlandés de Curragh se produjeron hechos de notoria gravedad. Gran número de oficiales de las fuerzas allí acantonadas, advertidos de la probabilidad de marchar a la provincia de Ulster, declararon que no querían combatir contra los orangistas y presentaron la dimisión de sus cargos. Dirigió esta especie de *pronunciamiento* el general Gough. De los 70 oficiales de su brigada de caballería, 59 dimitieron.

En otra ocasión, la actitud de los oficiales hubiera sido severamente castigada. Pero parece que la intervención del rey Jorge impidió la acción del Gobierno e impuso una solución al asunto en sentido favorable a los oficiales. El general Gough fué a Londres en calidad de delegado de aquéllos para imponer al Gobierno las condiciones en virtud de las cuales serían

retiradas las dimisiones. Los altos personajes del ejército —el ministro de la guerra coronel Seely, el general French y el general Ewart — conferenciaron con el general Gough; pero en vez de exigirle el cumplimiento de los deberes militares, le pidieron benevolencia. La audacia del general Gough y la humillación de sus superiores gerárquicos llegó a tal extremo, que el primero exigió garantías escritas de que los oficiales no serían enviados a luchar contra los orangistas ulsterianos, y no pareciéndole bastante claro en este punto el texto que se le propuso, exigió que se añadiesen nuevas palabras. Y, triunfante, el general Gough volvióse a Irlanda.

Estos hechos levantaron una protesta clamorosa en toda la opinión democrática del Reino Unido. Un diario tan moderado y tan adicto al ministerio como la *Westminster Gazette*, calificó de «increíbles» ciertas palabras del texto de las garantías dadas al general Gough. El órgano liberal radical, *Daily News & Leaders,* dijo que aquellos hechos tenían el carácter de un movimiento militar del género turco o sudamericano. Es seguro que si el Gobierno no hubiese desautorizado las garantías dadas al general Gough, sus mismos amigos lo habrían derribado.

Pero vino la desautorización. Mr. Asquith, ante la grave incorrección cometida, sintió la necesidad de defender la libertad del poder civil. Y declaró ante la Cámara de los Comunes que el Gobierno nunca se avendría a dar las garantías que exigían los militares, pues «admitir tal pretensión—dijo—equivaldría a poner al país a merced del ejército y de la marina». Estas palabras causaron un entusiasmo frenético en toda la Cámara. Prodújose una escena emocionante, que un diario describía así: «Esta declaración fué acogida por una tempestad de *hurras* en los bancos liberales y nacionalistas irlandeses. Todos los diputados se pusieron en pie. Muchos de ellos agitaban los pañuelos y aclamaban al primer ministro a pleno pulmón. La existencia del ministerio, momentos antes tan

comprometida, quedó evidentemente salvada gracias al tacto y a la habilidad de Mr. Asquith.»

El coronel Seely reconoció en plena Cámara su culpa por haber permitido, sin consultar a sus compañeros, que fuesen añadidas las famosas palabras al documento entregado al general Gough. A causa de este incidente había presentado la dimisión, que el Gobierno no le quiso aceptar, alegando que todo había sido ocasionado por una mala inteligencia. Esta fórmula de arreglo era tan insincera, que al cabo de pocos días el coronel Seely no tuvo otro recurso que abandonar el ministerio de la Guerra.

VIII

La cuestión religiosa en Irlanda.

Home Rule is Rome Rule (la autonomía es el gobierno de Roma) dicen los orangistas, haciendo un insidioso juego de palabras. Todavía hoy los protestantes británicos atribuyen al nacionalismo irlandés una significación exclusivamente católica, eminentemente vaticanista. Hay que desconocer la historia del movimiento irlandés, o prescindir de ella, para hacer tales afirmaciones. Ya la Joven Irlanda, en la primera mitad del siglo XIX, aceptó en sus filas a los hombres de todas las tendencias en materia religiosa y tuvo entre sus caudillos a patriotas protestantes. ¿Puede ignorarse por ventura que Parnell, el gran Parnell, el leader irlandés más representativo, era protestante? En todos los partidos y en todas las instituciones irlandesas han colaborado y colaboran los nacionalistas, sin distinción de confesión religiosa, como sucede en la Liga Gaélica, que ha tenido por presidente a un protestante. Entre los 80 diputados con que contaba en la Cámara de los Comunes, antes de la guerra, Mr. Redmond, había 10 protestantes.

Y ¿cómo puede decirse que el *Home Rule* equivale al *Rome Rule,* si la Iglesia romana, en vez de ayudar al movimiento nacionalista irlandés, lo ha dificultado y lo ha combatido repetidamente? En más de una ocasión el Vaticano y el alto clero han adoptado una actitud hostil hacia los patriotas irlandeses. El cardenal Cullen, jefe de la Iglesia irlandesa a mediados del siglo pasado, siguió, por inspiración de Roma, una conducta netamente antinacionalista. Este prelado prohibió al bajo clero que contribuyese al moviento nacional y llegó hasta a obligarle, en las elecciones, a apoyar a los candidatos del Gobierno, tanto si eran protestantes como católicos. Únicamente el obispo Mac-Hale, que fué un gran patriota, se negó a acatar la orden y hizo frente al cardenal Cullen.

Durante el siglo pasado, cada vez que el movimiento nacional irlandés se volvia amenazador, el Gobierno de Londres solicitaba el auxilio del Vaticano para reprimirlo. En repetidas ocasiones el Vaticano se ha colocado al lado de Inglaterra y frente a Irlanda. Los papas se han inclinado más a menudo a las conveniencias diplomáticas que a los sentimientos de religión y de justicia.

Es sabido que O'Connell era católico ferviente. Ya hemos dicho que al quedar desprestigiado ante su pueblo, quiso ir, gravemente enfermo ya, a la ciudad de Roma. Al morir en Génova, dejó en su testamento aquellas solemnes palabras: «Vaya mi alma a Dios, mi corazón a Roma, mi cuerpo a Irlanda.» Pues bien, el gran patriota miró siempre con recelo la acción del Vaticano en su tierra. A propósito de esto pronunció unas famosas palabras: «Yo soy sinceramente católico, pero no soy papista. Niego que el Papa tenga ninguna autoridad temporal, ni directa ni indirecta, sobre Irlanda.»

En 1814, entre el Vaticano y el Gobierno inglés se llegó a un acuerdo en virtud del cual tenía que pagar el último al clero de Irlanda, a cambio de la intervención de la Corona en el nombramiento de los obispos irlandeses, respecto al cual pretendía el derecho de veto. Ésto equivalía a hacer oficial la Iglesia romana en Irlanda y a ponerla en cierto modo bajo la dependencia del Gobierno de Londres. El Vaticano se esforzó en hacer aceptar la reforma por los irlandeses. Pero éstos, con la mayoría de los obispos y con O'Connell al frente, se negaron a ello en absoluto. Los obispos reunidos en Asamblea en Dublin, dirigieron a Pío VII una exposición mesurada y enérgica, en la que se decía lo siguiente:

«Por más que veneramos sinceramente al Supremo Pontífice como jefe visible de la Iglesia, no podemos concebir que nuestros temores por la suerte de la Iglesia católica romana en Irlanda, puedan o hayan podido dejar de ser tenidos en cuenta por una determinación de Vuestra Santidad, adoptada o proyectada, no sólo sin nuestro concurso, sino en oposición directa con nuestras repetidas resoluciones y con la memoria presentada por nosotros y sostenida con tanta competencia por monseñor Murray, nuestro diputado, que, en calidad de tal, era más competente para informar a V. S. sobre el estado real y los intereses de la Iglesia católica en Irlanda, que cualquier otra persona de quien V. S. haya podido informarse» (1).

En 1844, el *tory* Sir Robert Peel pidió a Gregorio XVI que interviniese para contrarrestar el movimiento de la *Joven Irlanda.* Más tarde todos los fenianos católicos fueron excomulgados, y al morir en 1861 uno de sus jefes, Mac-Manus, el cardenal Cullen negó a su cuerpo la sepultura eclesiástica.

Cuando Parnell promovió la formidable agitación agraria, el Gobierno de Londres, aterrorizado, solicitó el concurso del papa León XIII para contrarrestar el movimiento. Y el papa publicó, en efecto, el decreto *De Parnellio* (1884), condenando la agitación promovida por Parnell. Al día siguiente de publicado el decreto, el arzobispo irlandés Croke celebró una entrevista con León XIII, y éste quiso justificar su actitud alegando que el movimiento creado por Parnell tendría con-

(1) JOHN HEALY: *Maynooth College; its centenary history*, pág. 247.

secuencias revolucionarias. A las observaciones del prelado, León XIII contestó: «Yo no soy papa de Irlanda, sino papa de la Iglesia Universal, y no puedo sacrificar la Iglesia a Irlanda». «No — replicó Croke — pero tampoco se ha de sacrificar Irlanda a la Iglesia». El prelado acabó sometiéndose y declarando: «Cuando el papa de Roma ha hablado, el arzobispo de Cashel no puede hacer más que callar.» (1).

Pero el pueblo irlandés fué menos dócil que el prelado, y no quiso someterse al Vaticano. El decreto que ordenaba a los católicos que se abstuviesen de contribuir con su óbolo al «Tesoro de Parnell», tuvo un inmediato efecto contraproducente: la cantidad recogida en el Tesoro subió de 4.000 libras esterlinas a 40.000.

Así ha podido decir un escritor irlandés (2) que «los irlandeses católicos han demostrado, en los días difíciles del siglo pasado, que son católicos, no a causa de Roma, sino a pesar de Roma.»

Tanto los conservadores ingleses como los orangistas ulsterianos afirman que la autonomía de Irlanda, poniendo ésta bajo el Gobierno del papa, abriría una era de intolerancia religiosa y de persecución contra los protestantes. Uno de los más acérrimos enemigos del *Home Rule*, el eminente poeta inglés Rudyard Kipling, ha expresado este temor, hasta en verso:

We know the war prepared — on every peaceful home.
We know the hells declared — for such as served not Rome. (3)

(1) WILFRID SCAWEN: *The Land War in Ireland.* Londres, 1912. En esta obra hay interesantísimos detalles y hechos íntimos relativos a la cuestión irlandesa, con todas las garantías de autenticidad exigibles, y se revelan cosas que habían permanecido hasta ahora secretas.

(2) JAMES O'DONOVAN: *«Rome» v. Ireland.* Número del *Daily News* del 11 de abril de 1912. En este trabajo están expuestos multitud de hechos que prueban lo que decimos.

(3) Sabemos que la guerra está preparada
dentro de cada pacífico hogar.
Sabemos que los infiernos están declarados
para los que no sirvan a Roma.

Estos versos fueron publicados en el *Morning Post.*

En sus protestas fogosas y brutalmente apasionadas, los orangistas gritan *«Kick the Pope»* (puntapié al Papa), como si el *Home Rule* estableciese efectivamente el Gobierno del papa en la isla. En realidad, estas acusaciones y estos temores no tienen fundamento. Como dice James O'Donovan (1), los nacionalistas no harán nunca su política desde Roma. «Con nuestra independencia legislativa — añade — seremos más independientes que nunca». Otro distinguido escritor (2) ha dicho que «los irlandeses saben resistir respetuosamente, pero firmemente, las sugestiones políticas de Roma.»

Diversos historiadores ingleses protestantes han reconocido que no puede culparse a los irlandeses de persecuciones religiosas ni de excesos fanáticos. Taylor escribe: «Es de justicia añadir que en las tres ocasiones que han obtenido (los irlandeses) el dominio en la isla, no han muerto ni han maltratado nunca a nadie por profesar una religión distinta de la propia. Han sufrido persecuciones y han enseñado el perdón, como se demuestra en el reinado de María, en las guerras de 1641 a 1648 y durante el breve triunfo de Jaime II.» (3)

Si ha habido fanatismo religioso en Irlanda, es el de los protestantes orangistas. Son éstos tan odiosamente fanáticos, que, enloquecidos por su exacerbación, por la *bigotry,* ven fantasmas de persecución y la sombra misma del Papa en las más liberales y justicieras reivindicaciones del pueblo irlandés. Enfermiza visión de fanatismo en unos, arma política en otros, el peligro de la intolerancia católica en Irlanda es absolutamente imaginario.

(1) *«Rome» v. Ireland.*

(2) YANU-MORVRAN GOBLET: *L'Autonomie irlandaise.* Trabajo contenido en el volumen *Les aspirations autonomistes en Europe,* págs. 185 y 186.

(3) El profesor Swift Mac Neill, diputado nacionalista irlandés, protestante de religión, publicó en el número del *Daily News* del 7 de enero de 1912 un artículo titulado *The Ulster Bogey,* en el cual explica numerosos hechos que demuestran la tolerancia religiosa de los irlandeses católicos.

IX

La renacionalización lingüística. La Liga Gaélica. Mejora de la situación económica.

La lengua gaélica de Irlanda, el antiquísimo *erse*, iba camino de la extinción y estaba ya en una etapa muy avanzada. En el último tercio del siglo pasado parecía muy próxima su desaparición total. De los cuatro millones y medio de irlandeses, sólo poco más de medio millón seguía hablando la lengua irlandesa, convertida en un *patois* sin valor literario; los que la hablaban eran los habitantes de algunas lejanas comarcas rurales y los pescadores de una parte de la costa occidental; los demás irlandeses hablaban el inglés.

Desde el este, donde son numerosos los ingleses y los escoceses, la lengua inglesa había ido conquistando las tierras de Irlanda, haciendo retroceder progresivamente la lengua nacional. En la enseñanza, en la vida oficial, en la prensa, en la literatura, en el culto, el idioma inglés había triunfado y era el único que se usaba. La cuestión lingüística, aun desde el punto de vista nacionalista, había llegado a no tener más que una importancia secundaria. En este aspecto, la desnacionalización del pueblo irlandés era completa. En Irlanda se ofrecía el fenómeno de la agonía, de la extinción de un antiguo idioma.

El movimiento nacional irlandés del siglo pasado tuvo una gravísima lacra, y es el haberse preocupado casi exclusivamente del aspecto político del problema. Los valores espirituales de la nacionalidad fueron lamentablemente postergados. Y así vemos que es en el siglo XIX, en medio de las grandes agitaciones políticas, cuando la lengua gaélica va desapareciendo gradualmente. El mismo O'Connell creía era conveniente para los irlandeses el adoptar la lengua inglesa, pues opinaba que

constituía una gran arma para la lucha política. Como escribe Yanu-Morvran Goblet, «O'Connell (y durante cerca de un siglo los políticos seguirán su ejemplo) aconseja el uso del inglés, que permite discutir en Westminster y emigrar a los Estados Unidos» (1).

En este período, algunos patriotas, entre ellos el obispo Mac Hale, se dieron cuenta de los funestos efectos de la desnacionalización lingüística. La Joven Irlanda comprendió la necesidad de un gran trabajo de receltización, pero no llegó a realizarlo. Los espíritus más clarividentes del nacionalismo acabaron por comprender que se había seguido un camino de peligro y de muerte al abandonar la lengua propia, y que el *Home Rule* político nada valía sin el *Home Rule* espiritual.

Precisamente cuando decrecía el movimiento nacionalista organizado por Parnell, se inició una fuerte reacción contra la desnacionalización lingüística. En 1893 fundóse la *Connradh na Gaedhilge* (Liga Gaélica) con el fin de reavivar la lengua nacional y restaurar el carácter propio de Irlanda. A pesar del grado extremo de retroceso a que había llegado el *erse*, la obra de esta Liga ha sido eficaz, fecunda, salvadora.

Hija de la juventud irlandesa, formada por miles de asociados, entre los cuales hay católicos y protestantes, la *Liga Gaélica* ha dado espléndidos frutos inesperados. Por virtud de su acción, se desenterraron los tesoros centenarios de la antigua literatura irlandesa, y ha florecido una literatura nueva. El idioma nacional ha entrado en la enseñanza. En las Universidades se han instituído cursos de *erse*. En las escuelas públicas y privadas eran enseñados en el idioma patrio, antes de la guerra, unos 200.000 niños. En el comercio, en la banca, en los servicios públicos, se ha hecho necesario a los empleados el conocimiento del irlandés. Han aparecido periódicos en lengua irlandesa, en los que publican secciones aquellos otros que todavía están escritos en inglés. En el culto católico ha sido

(1) *L'Autonomie irlandaise*, págs. 192 y 193.

admitido asimismo el irlandés. El clero favorece el movimiento gaélico. Incluso se publican pastorales en *erse*. El seminario de Maynooth, el *Maynooth College*, es hoy, después de Dublín, el principal centro del gaelismo.

Anualmente se celebra en Dublín una gran fiesta patriótica que dura varios días; toman parte en ella los oradores, los poetas, los dramaturgos, los novelistas y los estudiantes de lengua gaélica, a los que se adjudica valiosos premios. Fiestas semejantes se celebran en otras poblaciones de la isla. Pero a tal punto había llegado el olvido del idioma nacional por parte de los irlandeses, que éstos han de aprenderlo hoy como si aprendiesen un idioma extranjero y como si estudiasen una lengua sabia. Con ocasión de la visita del *Eighty Club* a Irlanda (1912), el corresponsal del *Daily News* decía que en Dublin no había más allá de mil personas que supiesen el *erse* (1).

Y el renacimiento no se ha limitado al idioma. Renacen las artes y renace la espiritualidad de aquel pueblo. Es todo un movimiento de receltización. Despiértase el alma céltica de los irlandeses. La música, las danzas y los cantos nacionales se han extendido nuevamente y se han popularizado (2).

En las últimas décadas se ha creado un teatro nacional irlandés, que es una de las manifestaciones más originales y más vigorosas de la literatura dramática de nuestros días. Su fundador es un dramaturgo de gran mérito, Yeats, que estableció en Irlanda el *Abbey Theatre* y le dió un carácter eminentemente patriótico. El espíritu nacional inflama asimismo las obras de Synge y de Lady Gregory. «En el fondo de mi corazón —ha escrito Yeats— he tenido siempre el convencimiento de que hay que ser algo más que artista, y que en el alma de

(1) *With the Eighty Club*. Núm. del *Daily News* de 20 septiembre 1912.

(2) En 1910 dió monsieur Y.-M. Goblet, en la Escuela de Altos Estudios Sociales de París, un curso sobre el renacimiento céltico de Irlanda, en el cual explica el actual movimiento de receltización intelectual y social de aquel pueblo.

éste el patriotismo ha de ser un sentimiento completamente puro.» En 1911, una compañía irlandesa dió a conocer al público de Londres las principales producciones del teatro irlandés. Alcanzó un éxito grande.

Otro de los trabajos de la Liga Gaélica ha consistido en la nacionalización económica de Irlanda. La industria irlandesa tenía una vida mezquina, y la agricultura, la principal riqueza natural del país, estaba arruinada. Irlanda era, económicamente, feudataria absoluta de Inglaterra. Gracias a la propaganda de la Liga, los irlandeses sintieron vergüenza de tal situación y, realizando un patriótico esfuerzo, han creado en los últimos veinte años una importante industria. Hoy, las fábricas son numerosas y continuamente ábrense otras nuevas. Belfast, Dublín y Cork, se han convertido en grandes centros fabriles. Debido, sobre todo, a las nuevas leyes agrarias, aquella mísera y rutinaria agricultura irlandesa está transformándose; se han implantado nuevos métodos de cultivo, se ha utilizado la maquinaria agrícola y se han organizado importantes explotaciones. Ésto ha mejorado notablemente la situación de los pequeños propietarios rurales y de los trabajadores del campo. Entre los agricultores han tomado incremento las industrias domésticas, principalmente la de hilar la lana. Débese esto último, en mucha parte, a la Liga Gaélica.

Es, pues, general la mejora de las condiciones de vida en Irlanda. Aquel pueblo atrasado, paupérrimo, oprimido, que había perdido su propio idioma y que por la emigración a América perdía por momentos a sus hijos, aquel pueblo sin cultura, sin alma, sin sangre, sin vigor, sin esperanza, que ya estaba en la agonía, revive. En todas las manifestaciones de su vida se notan las señales venturosas de su resurgimiento.

Las últimas estadísticas acusaron ya notablemente la mejoría. Están muy lejos de las tristísimas, de las trágicas estadísticas de la población desde 1841 a 1901. Las cifras de 1911 marcan un cambio radical. En la década 1901-1911 apenas dis-

minuyó la población; la emigración se redujo tanto, que es de creer que no tardará mucho en ser detenida. Todavía desciende el número de habitantes de la isla, pero en proporción muy inferior a la baja de las décadas anteriores. Los 4.458.775 habitantes del censo de 1901, descendieron en 1911 a 4.381.951; la baja fué de 76.824 habitantes, o sea el 1,7 por 100. Comparada con la de las décadas anteriores, aquélla resulta insignificante.

He aquí las cifras descendentes de la población de Irlanda desde 1841:

Año	Población	Disminución absoluta	Íd. por 100
1841	8.196.597	—	—
1851	6.574.278	1.622.319	19,8
1861	5.798.867	755.311	11,8
1871	5.412.377	385.590	6,7
1881	5.174.836	237.541	4,4
1891	4.704.750	470.086	9,1
1901	4.458.775	245.975	5,2
1911	4.381.951	76.824	1,7

El gran descenso de población en la década 1841-51 fué debido a la terrible hambre de los años 1846-47. El nuevo incremento de la disminución en la década 1871-81, tuvo por causa principal la agitación agraria. La paralización de la baja registrada por el último censo, es debida a la mejora de la clase agrícola, mejora producida por las leyes agrarias.

Háse calculado que de 1851 a 1905 emigraron de la isla 4.028.589 habitantes.

Parece seguro que en la década actual, no sólo no habrá decrecido la población de Irlanda, sino que tendrá un aumento considerable. Aumentó ya en la anterior la mayoría de las grandes ciudades, y hasta el conjunto de una provincia, la de Leinster, que en 1911 tenía 7.499 habitantes más que en 1901. Existe un detalle que prueba de manera evidente la mejora de la situación económica, y es el incremento de la construcción

de nuevas casas; la estadística de 1911 cita en el número de casas en construcción un aumento del 42 por 100 sobre las de 1901; actualmente se construyen más casas que en 1841, cuando la población de la isla pasaba de ocho millones. En el estudio *(report)* preliminar del último censo, declarábase que éste es el más satisfactorio desde 1841.

Sin embargo, tanto había descendido Irlanda, que la mejora actual no representa más que una pequeña parte de la que le es necesaria para recuperar el terreno perdido en largos años de opresión y miseria. Es bastante, empero, para no tener, como se tenía años atrás, una opinión pesimista y desesperanzada respecto al porvenir de este pueblo. Hoy todo hace creer que ha sonado para la isla la hora de la regeneración y que en virtud del régimen autonomista y con el esfuerzo de sus hijos, Irlanda volverá a ser, como dice la canción:

First flower of the earth,
First gem of the sea (1).

X

El dualismo anglo-irlandés.

El hecho del nacionalismo irlandés tiene sus raíces en la invencible diferencia de carácter y de sentimientos entre ingleses e irlandeses. Inglaterra e Irlanda son dos pueblos diferentes, opuestos, de alma esencialmente desemejante. Fundir estos dos elementos étnicos en un solo pueblo, es cosa absolutamente imposible.

Ni la dominación histórica, ni la influencia de la cultura inglesa, ni la conquista de la tierra irlandesa por el idioma inglés, han podido destruir ni disminuir la oposición irreductible de las dos razas. En unas interesantes notas sobre el movi-

(1) La mejor flor de la tierra — el mejor capullo del mar.

miento nacional irlandés, un distinguido escritor (1), al notar el acentuado relieve de la individualidad nacional de Irlanda, hace presente que en el contraste que ésta presenta con Inglaterra, el factor de la lengua no ha tenido hasta hoy más que una importancia secundaria y que en cambio la oposición de los temperamentos nacionales es mucho más importante.

«La fusión intelectual de los dos pueblos —escribe Y. M. Goblet (2)— es menos posible todavía que su fusión política», puesto que, según sus palabras, «el irlandés deceltizado no se anglicaniza; ya no es un celta, pero jamás será otra cosa que una falsificación de inglés, una especie de inglés de segunda calidad, un «West Briton», ridiculizado al propio tiempo por los ingleses y por los gaélicos».

Se ha dicho por algunos que el desacuerdo anglo-irlandés consistía, principalmente, en la diversidad de religión, y ésto tampoco es cierto. A propósito de este punto, afirma Y. M. Goblet que «es menor la distancia entre un católico y un protestante irlandés que entre un irlandés y un inglés católico» (3).

¿Qué valor tenía la ley del *Home Rule*?. Veamos, en primer lugar, el contenido de la ley aludida.

El poder legislativo de Irlanda reside en un Parlamento constituído por dos Cámaras: un Senado de 40 miembros que la Corona nombra por ocho años y renovable por cuartas partes cada dos años, y una Cámara de los Comunes de 164 miembros, elegida por cinco años. En caso de desacuerdo entre las dos Cámaras, éstas deben reunirse en Congreso y sus miembros votar juntos.

Son de competencia del Parlamento de Dublin todos los asuntos interiores de Irlanda. Quedan excluídas de sus atribuciones las cuestiones siguientes: *a)* las que se refieren a las prerrogativas de la Corona; *b)* la paz y la guerra; *c)* los tratados con las potencias extranjeras; *d)* el ejército y la marina; *e)* los títulos y dignidades; *f)* los crímenes de alta traición; *g)* las modificaciones a la ley del *Home Rule*; *h)* durante seis años quedan excluídas las leyes sobre las reuniones para los obreros viejos, sobre los correos y sobre los empréstitos irlandeses anteriores a 1912.

(1) V. SAINT-CLAIR MACKENZIE: *Le Mouvement National en Irlande.* Artículo publicado en *Les documents du Progrés,* núm. febrero 1909.

(2) *L'Autonomie irlandaise,* pág. 125.

(3) Ibidem, pag. 186.

Para garantizar la libertad y la igualdad religiosa en Irlanda, se establece sobre las decisiones del Parlamento de Dublin el control del Consejo privado del rey y del Parlamento de Westminster. Dice la ley que las Cámaras irlandesas no podrán ni directa ni indirectamente: declarar oficial o favorecer una religión cualquiera; impedir su libre ejercicio; conocer preferencias, privilegios o ventajas, ni crear inferioridades respecto a los adeptos de un determinado culto; hacer de la ceremonia religiosa una condición de validez de los matrimonios.

El poder ejecutivo reside en el lord gobernador y en un ministerio responsable.

La representación de Irlanda en el Parlamento inglés, que hoy es de 103 diputados, queda reducida a 42.

Para compensar al Tesoro irlandés del desequilibrio que temporalmente le crea el sistema financiero establecido por esa ley, el Tesoro inglés debe abonar una subvención anual, que irá disminuyendo gradualmente hasta extinguirse después de seis años. En el aspecto financiero es donde presenta más dificultades el régimen establecido por la ley.

Entre los irlandeses fué mal acogida la forma del nombramiento del Senado. Esta forma, sin embargo, sería cosa interina. No puede tardarse mucho en reformar esencialmente la Cámara de los Lores de Inglaterra, hereditaria y medioeval, y cuando ésta fuese reformada, lo sería también la Alta Cámara irlandesa.

Creemos que, antes de la guerra, el *Home Rule* representaba

la solución o la casi-solución del problema político irlandés; pero no la solución del integral problema nacionalista. Como hace notar Y. M. Goblet (1), el *Home rule* no llenaría todas las aspiraciones de Irlanda. Y es que los problemas nacionales entran dentro de la esfera política, pero no están contenidos en ella totalmente; gran parte del problema queda fuera de la esfera política. Lo que los principios políticos hacen es encauzar la solución total del problema por vías normales, por vías de paz y de libertad.

En los últimos tiempos ha aumentado el número de los patriotas irlandeses que no creen en la eficacia del *Home Rule*. Los nacionalistas del partido independiente de O'Brien lo consideran excesivamente defectuoso y los separatistas del *Sinn Feinn* lo presentan como un engaño.

No sería quizá el *Home Rule* la solución completa de la cuestión irlandesa. Pero representaría, evidentemente, un paso decisivo hacia esta solución necesaria y deseada. Todo indica que está próxima la instauración del régimen federal en Inglaterra. La solución federal la preconizó ya Isaac Butt, el leader irlandés anterior a Parnell. John Redmond la aceptaba también, con la condición de que no sirviese de pretexto para retrasar la implantación del *Home Rule*. La federación ampliaría y consolidaría las libertades irlandesas, y podría resolver definitivamente un trágico pleito multisecular.

IX (2)

La cuestión de Irlanda durante la guerra.

Habiendo aprobado la Cámara de los Comunes, por tres veces, el *bill* del *Home rule*, éste fué sometido a la sanción real, a pesar de las dos votaciones contrarias de la Cámara

(1) *Ibidem.*
(2) Capítulo añadido a la obra por el autor.

de los Lores, según lo dispuesto en la ley sobre el Parlamento. El *bill* o proyecto del *Home rule* convirtióse en *act* o ley, y entró a formar parte del *Statute Book* inglés, o sea, del Libro de las Leyes. En el otoño de 1914 debía ponerse en vigor la nueva ley.

Mientras se buscaba una fórmula de concordia que resolviese el conflicto del Ulster, la gran guerra estalló. El Parlamento, a propuesta del Gobierno y con el asentimiento de mister Redmond, acordó aplazar la implantación de la ley hasta después de terminada la guerra, a fin de evitar que la cuestión ulsteriana produjese disturbios en Irlanda mientras el ejército luchaba contra los imperiales.

Los alemanes venían trabajando desde hacía ya muchos años la opinión irlandesa. Una vez la guerra hubo estallado, Alemania se valió principalmente del irlandés Sir Roger Casement, ex diplomático de la Gran Bretaña, hombre apasionado (quien, según opinión de muchos, no estaba en su cabal juicio), para fomentar la agitación separatista creada por la asociación *Sinn Fein* (palabras gaélicas que significan «Nosotros solos», «Nosotros mismos»).

Los *sinn feiners* concibieron grandes esperanzas. Creyeron, como los irlandeses de tiempos pasados, que «las dificultades para Inglaterra constituyen oportunidades para Irlanda». Y de acuerdo con el grupo sindicalista irlandés que años atrás dirigió el famoso Jim Larkin, después emigrado a los Estados Unidos, organizaron el alzamiento de la Pascua de 1915. Fracasó la rebelión, y sus principales jefes fueron condenados a muerte por un Consejo de guerra. Sir Roger Casement, que había sido detenido al desembarcar en la isla, a donde le había conducido un submarino alemán, fué asimismo ejecutado algún tiempo después.

La represión, aunque no fué muy dura, causó un nuevo resentimiento en los irlandeses. El *Sinn Fein* vió crecer de una manera formidable y rápida el número de sus adeptos. El partido nacionalista dirigido por John Redmond —que había con-

denado enérgicamente el alzamiento— vióse abandonado por la masa del pueblo.

Con la noble intención de buscar una solución práctica al agravado conflicto, el Gobierno de Mr. Lloyd George, en junio de 1917, reunió una Convención o Asamblea irlandesa, formada por representantes de todos los partidos y de todas las clases sociales de Irlanda, con la excepción del *Sinn Fein,* que se negó a asistir a ella y que la combatió violentamente. El Gobierno inglés había ofrecido aceptar y llevar a la realidad inmediatamente el acuerdo unánime que la Convención adoptase. Desgraciadamente, el acuerdo fué imposible. La ausencia de los *sinn feiners,* que hoy representan a la mayoría de la opinión irlandesa, había hecho ya disminuir considerablemente la posibilidad de una solución eficaz salida de la Convención. Por otro lado, los protestantes orangistas del Ulster adoptaron en la Convención una actitud de intransigencia, negándose a aceptar toda solución que no consistiera en excluir a aquella provincia del territorio de la Irlanda autónoma.

La Convención irlandesa no pudo, por lo tanto, llegar a un acuerdo unánime. No obstante, la mayoría formuló un proyecto de *Home rule,* muy amplio, basado en mucha parte sobre el régimen de los Dominios o grandes colonias autónomas de Inglaterra.

La cuestión del servicio militar obligatorio vino pronto a agravar el conflicto. Las vicisitudes de la guerra, en la primavera de 1918, hicieron necesario reforzar los contingentes del Reino Unido. Una nueva ley sobre los efectivos militares extendió el alcance del servicio obligatorio en la Gran Bretaña y dispuso la aplicación del reclutamiento forzoso a Irlanda, que había quedado exceptuada de él.

La protesta contra el servicio militar obligatorio unió en Irlanda a todas las clases sociales y a todos los partidos nacionalistas. El clero católico, desde los obispos a los curas rurales, se puso al frente del movimiento de resistencia. Y todos los irlandeses hicieron promesa solemne de resistirse al reclutamiento obligatorio por todos los medios a su alcance.

A la intensa agitación de la Irlanda nacionalista respondió la agitación orangista en la provincia del Ulster. Los ulsterianos reorganizaron los batallones de voluntarios formados en 1913 para oponerse por las armas a la incorporación de la Irlanda autónoma. Y el Gobierno inglés, que había anunciado la presentación inmediata de un nuevo proyecto de *Home rule,* redactado de acuerdo con las bases acordadas por la mayoría de la Convención irlandesa, declaró que se veía en el caso de aplazar la presentación del proyecto.

Disuelto el Parlamento inglés en el mes de diciembre, celebráronse nuevas elecciones en el Reino Unido. Los *sinn feiners* obtuvieron en Irlanda un gran triunfo. Conquistaron 70 de los 77 distritos verdaderamente irlandeses de la isla. El partido nacionalista que dirigió Mr. Redmond, quien murió en 1918, vió reducidos a 7 lugares los 80 que tenía en la anterior Cámara de los Comunes. Su actual jefe, John Dillon, quedóse sin acta.

Los diputados *sinn feiners* no han ocupado sus escaños en el Parlamento de Westminster. El 21 de enero reuniéronse en la *Mansion House,* de Dublin, los diputados separatistas que estaban en libertad (un buen número de ellos hallábanse encarcelados o deportados) y empezaron a actuar como Asamblea constituyente. Proclamaron la República independiente de Irlanda, designaron delegados para la Conferencia de la Paz y pidieron al gobierno de Londres que las tropas británicas evacuaran el país. El jefe de los *sinn feiners,* Eduardo de Valera (de origen español, como su mismo apellido indica), logró evadirse de la cárcel inglesa donde estaba recluído, y algunas semanas después apareció ocupando la presidencia de la *Dail Eirean,* o sea de la Asamblea constituyente de Dublin.

La situación en Irlanda tiende a agravarse nuevamente. En gran parte de la isla ha sido declarado el estado de guerra. Si esta situación no se modifica en breve de una manera radical,

será difícil evitar nuevos episodios de rebelión y de sangre. Y sobre la nación irlandesa volverá a pesar el trágico destino que ha hecho de Erin una tierra tempestuosa y dolorosa, en perpetua crisis, devorada por la fiebre del malestar, trabajada por los fermentos de la revuelta. «Los irlandeses —ha dicho un escritor francés— llevan un golpe de sol en el corazón.» Puede más en ellos la pasión ardiente que el juicio sereno. Poseen el espíritu heroico. Carecen del sentido político.

Y los ingleses, que poseen el sentido político, parecen perderlo cuando se trata de la cuestión de Irlanda. Sólo los obreristas y un pequeño grupo de liberales, especialmente los que redactan la revista *The Nation,* aceptan la posibilidad de que Irlanda se constituya en Estado independiente, si es su voluntad.

VASCONIA

I

Los vascos.

ENTRE el Ebro y el mar Cantábrico, en las dos vertientes de los Pirineos, están establecidos, desde tiempos antiquísimos, los vascos o éuskaros. Los etnólogos están de acuerdo en que los vascos forman una «raza-isla», una raza aparte, hondamente distinta de todas las que la rodean y hasta de todas las demás razas humanas. «Existe en toda la extensión del país donde se habla éuskaro —dice Collignon (1)— una raza especial, sin analogía con ninguna otra raza conocida, ni prehistórica ni moderna; a una y otra parte de los Pirineos se observa un aire de familia y un conjunto de caracteres anatómicos que les acercan tanto entre sí como les separan de sus vecinos, sean españoles o franceses.» A pesar del gran número de etnólogos que se ha dedicado al estudio de la raza vasca, el origen de ésta permanece dudoso. Algunos la creen autóctona, y son muchos los que opinan que es un resto de la raza que primitivamente poblaba la península ibérica.

Así como la raza vasca aparece aislada en las clasificaciones etnográficas, ocurre lo propio con la lengua vasca en las clasificaciones linguísticas. Tampoco el idioma eúskaro tiene parentesco con las lenguas de los países vecinos, ni con

(1) Citado por T. Arantzadi.

la de ningún pueblo del mundo. Se ha notado algunas analogías del vasco con la lengua finesa y con las lenguas algonquinas de la América del Norte. Pero son pequeñas analogías parciales y no demuestran parentesco entre el éuskaro y las lenguas citadas.

La raza vasca ocupa un área muy reducida. La Vasconia española —Navarra, Álava, Vizcaya y Guipúzcoa— tiene una extensión de 17.482 kilómetros cuadrados. Parece que los habitantes de una parte del Alto Aragón son vascos españolizados (1). Al otro lado de los Pirineos hay los laburdinos y los zuberoanos.

II

La evolución histórica. Unión de los vascos a España.

En los primeros tiempos de la historia de la península, los vascos aparecen ya establecidos en las vertientes cantábricas de los Pirineos. Fuertes en sus escarpadas montañas, no sufrieron la dominación de los diversos invasores de España en las épocas antiguas. Ni los mismos romanos consiguieron someter a aquellos bravos montañeses. De todos los pobladores de España, los vascos son los que menos han sufrido la influencia de las invasiones que sucesivamente se han producido en la península.

Su historia antigua es poco conocida. Y hasta es incierta y nebulosa en los primeros siglos de la Reconquista. A medida que ésta fué avanzando, se organizaron los diversos núcleos, los vascos salieron de su obscuro aislamiento y entraron en el concierto de los pueblos peninsulares.

Al igual que los otros pueblos de la vieja España, los vascos, a pesar de la comunidad de raza y de lengua, carecen de unidad política. Existían diversas agrupaciones políticas vas-

(1) Del diario de Bilbao, *Euzkadi*. 1913.

cas, que vivían independientes. Los vascos de los Pirineos galibéricos constituyeron el Reino de Navarra. Los de los Pirineos cantábricos constituyeron las agrupaciones de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava. Estas agrupaciones se entendían a menudo entre ellas, pero no llegaron a crear relaciones permanentes, ni mucho menos a establecer una unidad política.

Discuten los historiadores si Vizcaya, Álava y Guipúzcoa eran Estados independientes o si estaban sometidos al gobierno del señor, del *Jaun*. Los nacionalistas vascos sostienen la primera tesis, afirmando que las juntas generales de los Estados eran plenamente soberanas y el *Jaun* tenía que aceptar necesariamente las decisiones de las Juntas. Numerosos historiadores, vascos muchos de ellos, sostienen la tesis contraria. Pi y Margall (1) cree que aquellas tres provincias no constituyeron verdaderos Estados, pero que gozaron de gran autonomía bajo el cetro de sus diversos monarcas. De los hechos alegados por unos y otros parece deducirse que el concepto jurídico de la soberanía resultaba confuso en el régimen vasco, y de ésto proviene que haya opiniones contradictorias respecto a la intervención del *Jaun*. Habiendo resultado que, más adelante, el *Jaun* fué el rey de España, unos han sostenido que aquellas comarcas formaban Estados independientes, y otros que formaban parte del Estado español. Esta controversia histórica no ha sido siempre científicamente desinteresada. Preocupados con exceso del «derecho histórico», los nacionalistas vascos han querido encontrar en la independencia de las comarcas éuskaras uno de los más fuertes fundamentos de sus reivindicaciones; y los adversarios del nacionalismo vasco, al negar aquella independencia, tienden a destruír el fundamento histórico de las reivindicaciones nacionalistas. La verdad es que, desde el punto de vista del principio nacionalista, la cuestión a que nos referimos es secundaria.

En 1076, el rey de Navarra Sancho Garcés murió asesinado

(1) *Las Nacionalidades*. Libro III. Cap. X.

por su hermano Ramón, que lo tiró por un barranco durante una cacería. Los navarros no quisieron que el asesino fuese rey y eligieron a Sancho Ramírez de Aragón, primo del monarca muerto. De este modo uniéronse Aragón y Navarra. La unión duró medio siglo. Al morir Alfonso el Batallador (1134), las Cortes de Borja eligieron rey de Aragón y Navarra a Ramiro el Monje. No quisieron aceptarlo los navarros; reunidos en Pamplona, nombraron rey a Sancho Ramírez, nieto de Sancho Garcés. Navarra volvió a vivir aisladamente, hasta 1512, en que Fernando el Católico la conquistó y ocupó, por haberse aliado los navarros con el rey de Francia, estando éste en guerra con España.

Una tras otra, las agrupaciones euskáricas entraron en la corona de Castilla. Guipúzcoa entró en 1200, Álava en 1332 y Vizcaya en 1379.

«Estos vascos —escribe Pi y Margall (1)— se han distinguido siempre por un gran amor a sus propias leyes, una ciega devoción a sus caudillos y un férreo espíritu de independencia». Conservaron sus instituciones políticas mucho más tiempo que los otros países de la península y todavía hoy conservan vestigios de la antigua libertad. Como hace notar Pi y Margall, crecía la autonomía vasca hasta después de la unión a Castilla y continuó creciendo en el siglo XVIII, en los mismos tiempos en que morían las libertades de Cataluña, Aragón y Valencia.

III

La destrucción de las libertades vascas en el siglo XIX.

«En realidad —escribe Pi y Margall en *Las Nacionalidades* (2)— no han comenzado las provincias vascas a perder algo de su autonomía hasta el siglo actual».

Carlos IV quiso ya atacar la autonomía vasca, pero no convirtió su propósito en realidad. La célebre declaración unitarista de las Cortes de Cádiz —«unos mismos Códigos regirán en toda la monarquía»— no tuvo efectos prácticos en Vasconia. Pero entre los vascos se despertó el recelo de que los liberales eran enemigos de las libertades locales. De ahí que en la primera guerra carlista se colocaran al lado del pretendiente y por él lucharan con bravura. Si hubiesen sido vencidos, habrían perdido total e irremisiblemente la autonomía. Pero la guerra civil terminó con el convenio de Vergara (30 de agosto de 1839) que representó una transación y en el cual se acordó que los fueros serían respetados. No obstante, la ley del 25 de octubre de 1839, que tenía por fin el cumplimiento de lo pactado en Vergara, fué redactada en tal forma, que abrió la puerta a los sucesivos ataques de que posteriormente han sido objeto las libertades vascas. En efecto; la ley decía que se confirmaba los fueros, «sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía» y encargaba al gobierno que tan pronto lo permitiesen las circunstancias, propusiese a las Cortes la indispensable modificación de los fueros, a fin de conciliarlos con tal unidad y con el interés general de la nación, y que mientras tanto resolviese provisionalmente.

Los vascos no advirtieron, de pronto, el peligro gravísimo que contenía aquella ley. Solo vieron las palabras que confirmaban los fueros. Aquella ley era una amenaza, y ellos, ingénuos, la consideraron como una garantía. Y cuando, al cabo de dos años, la amenaza comenzó a realizarse en forma de leyes centralizadoras, creyeron que se faltaba a la ley de 1839, siendo así que no se hacía otra cosa que aplicar aquellas palabras insidiosas: «sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía». Sabino de Arana, fundador del partido nacionalismo vasco, fué el primero en señalar la ley de 1839 como la causa primordial de todos los ataques inferidos a las libertades vascas en el curso del siglo XIX.

A partir de 1840, la autonomía vasca fué decreciendo gradualmente. El real decreto del 15 de diciembre de 1840 declaró

(1) *Las Nacionalidades*, Libro III, Cap. X. (2) Ibidem.

que no tenían que sujetarse al *pase foral* las leyes, órdenes y sentencias. La ley de 16 de agosto de 1841 aplicó el régimen administrativo común a Navarra, obligándola a presentar el cupo de hombres para el servicio militar y a contribuir a los gastos del Estado español con una cantidad alzada. Para las llamadas provincias vascongadas —Vizcaya, Álava y Guipuzcoa— se publicó el Real decreto de 29 de octubre de 1841, el cual dispuso que los Ayuntamientos y las Diputaciones se organizasen según el régimen común, pero no impuso ni contribuciones ni servicio militar. Hubo, pues, un régimen diferente para Vizcaya, Álava y Guipúzcoa por una parte, y Navarra por otra.

Aquéllas perdieron los privilegios después de la última guerra carlista. La ley de 21 de julio de 1876 impuso a las mismas el servicio militar y la contribución a los gastos generales. En 1878 se pactó el concierto económico, por el cual se fijaba la contribución en un tanto alzado por ocho años. El concierto ha sido objeto de diversas prórrogas.

IV

El nacionalismo vasco.

Al aparecer las primeras amenazas a las libertades de los vascos, éstos, viendo que eran los liberales quienes las amenazaban, creyeron que su enemigo estaba en el liberalismo, y abrazaron con entusiasmo la causa carlista. El carlismo consignó en su programa el respeto a los fueros y se presentó en Vasconia como el natural defensor de la autonomía local. Por esto, más que por la causa de la legitimidad dinástica y del absolutismo, se hizo carlista gran parte del pueblo éuskaro. Los carlistas se presentaban como los sostenedores del patriotismo vascongado.

Valentín Almirall, en su trabajo *España tal cual es,* estudia con cierta extensión las causas de haberse arrojado los vascos en brazos del carlismo. «Siendo los partidos constitucionales —dice (1)— centralizadores a ultranza, aquéllos (los vascos) creyeron que la amenaza procedía del constitucionalismo, y, olvidando que el carácter castellano se había mostrado siempre dominador y absorvente, hasta en tiempos del absolutismo, se declararon campeones de este último sistema, en oposición al sistema constitucional.»

No obstante, el fuerismo carlista estaba lejos de representar el sentido nacional vasco. No era más que un españolismo provincialista, que negaba, en el fondo, los principios esenciales de la nacionalidad euskárica. Fué Sabino de Arana quien fundó el nacionalismo vasco, levantando bandera enfrente de los carlistas. Arana publicó un trabajo, *El partido carlista y los fueros vasco-navarros,* que marcó la línea divisoria entre el carlismo y el nacionalismo. Desde entonces, los nacionalistas y los carlistas se tienen por enemigos y se combaten durísimamente, llegando a menudo a las colisiones sangrientas.

Sabino de Arana-Goiri era un ardiente patriota, y de su intenso patriotismo está saturado el partido nacionalista que él fundó. Pero lo llenó, al mismo tiempo, de un espíritu religioso reaccionario e intolerante. No hay en la tierra católicos más fervientes que los nacionalistas de Vasconia. Reunidos en las alturas del Aralar, proclamaron caudillo al Arcángel San Miguel. Cada año, el partido nacionalista organiza oficialmente peregrinaciones a Lourdes. En el manifiesto del partido, se declara que el nacionalismo éuskaro se encamina, en primer lugar, «a que el pueblo vasco siga fervorosamente las enseñanzas de la Iglesia católica, apostólica, romana, como las siguió y observó en tiempos pasados, con exclusión absoluta de toda doctrina condenada por la Iglesia católica.» En la

(1) *Espanya tal com és,* III.

prensa nacionalista vasca se encuentra a cada momento declaraciones en el mismo sentido de fanatismo y de exacerbación religiosa. La sombra de Ignacio de Loyola aparece a menudo. «En nuestra causa — ha escrito el semanario *Gipuzkoarra* (1) — puede militar todo vasco, proceda de donde proceda, pero que antes que patriota esté sometido, incondicionalmente, sin reparos de ninguna clase, a la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana; de lo contrario, no puede ser buen vasco». El diario *Euzkadi* (2) afirmaba que el nacionalismo, al luchar para que sea reconocido a los éuskaros el derecho a su libertad originaria, lo hace «no por el triunfo de un derecho terrenal y humano, sino porque aquella libertad serviría a la patria para tender hacia Dios y facilitaría la salvación eterna de los vascos». Y añadía: «Nuestras campañas por el idioma, custodia de la pureza vasca, por sus usos y costumbres nacionales, frutos de la colectividad euskadiana, empapada del espíritu cristiano, y nuestra oposición al modo de ser extraño, que aquí se presenta ordinariamente en rabiosa oposición a las normas del Evangelio, arrancan del carácter religioso de la cruzada nacionalista.»

La Iglesia católica da paga muy mala a los nacionalistas vascos. El Vaticano y el alto clero han adoptado una actitud hostil ante el bizcaitarrismo. En repetidas ocasiones, los obispos han dificultado seriamente la obra nacionalizadora y han condenado los esfuerzos de los patriotas. El año 1913, el Nuncio del papa en Madrid, monseñor Ragonesi, envió una circular a los superiores de las órdenes religiosas españolas referente a la intervención de sus individuos en la política. La circular aludida era de tendencias antinacionalistas y aludía al bizcaitarrismo y al catalanismo. Era, sin émbargo, más duro para el

(1) *Los dos nacionalismos*. Artículo publicado en el número del 4 de marzo de 1911.

(2) *Invencibles, como nuestro caudillo*. Artículo publicado en el mes de septiembre de 1913.

primero que para el último. He aquí uno de los párrafos de la circular:

«5. Vigilen el *bizcaitarrismo* de algunos Religiosos vascongados, los cuales con esa actitud separatista, no sólo pierden el espíritu de la Orden, sino que se hacen odiosos al Gobierno y a la Nación. Conviene que vigilen también el *catalanismo*, aunque en este último parece notarse menos falta de prudencia y moderación.»

Es un hecho que no deja de sorprender el que la tierra vasca haya sido durante todo el siglo XIX y sea todavía hoy un centro del fanatismo religioso y de las ideas ultramontanas. No era ésta, ciertamente, la característica de Vasconia en los tiempos pasados. El viejo régimen de las comarcas éuskaras era esencialmente democrático. Imperaba la supremacía del poder civil. Las bulas del papa, lo mismo que las pragmáticas reales, para ser introducidas en aquellas comarcas necesitaban el *pase foral*. En el fuero de Guipúzcoa no hay ningún privilegio tributario, de honor ni de jurisdicción, para el clero secular o regular. No existían tribunales especiales para los clérigos, los cuales eran juzgados por los tribunales civiles ordinarios.

En 1904 se formó en Guipúzcoa una poderosa Liga Foral, de carácter parecido al de la Solidaridad Catalana. Con motivo del impuesto sobre los alcoholes, el Gobierno conservador atentó contra el concierto económico, y por tanto contra los fueros. Una comisión de la Diputación fué a Madrid en el mes de octubre de aquel año, no siendo atendida. Al volver a San Sebastiánn fué recibida triunfalmente por un gentío entusiasta, con músicas y banderas. Al mes siguiente se celebró una reunión a la cual asistieron representantes de los partidos republicanos, liberal, integrista y carlista. Fueron creadas una Junta central y más de 60 Juntas locales en los pueblos de la provincia.

La Liga alcanzó un gran éxito electoral. En las elecciones

provinciales de 1906, todos sus candidatos resultaron elegidos. En las de diputados a Cortes y senadores de 1907, triunfaron igualmente sus candidatos.

Sin embargo, la Liga tuvo una vida efímera. La agitación producida en España por el proyecto de ley de Asociaciones fué causa de la disolución de aquel organismo. Los elementos clericales del mismo, incitados por el obispo y por el clero, proclamaron que en aquellas circunstancias no podían convivir políticamente con liberales y republicanos, y rompieron la inteligencia pactada.

A principios de 1911 fundóse en Bilbao una izquierda patriótica constituída por el partido republicano nacionalista, el cual tuvo por portavoz al semanario *Askatasuna*. Este partido apareció con carácter plenamente nacional. Al lema de los nacionalistas de la derecha «Dios y ley vieja» *(Jaun-goikua eta Lege-zarra)* opuso el lema «Patria y Libertad». La inauguración del Centro Nacionalista Republicano Vasco, de Bilbao, fué perturbada por los nacionalistas de la derecha, los cuales quisieron quitar del locar el retrato de Sabino de Arana, que allí se había colocado.

El intento de la izquierda nacionalista vasca parece haber fracasado lamentablemente, por ahora.

V

La lengua vasca. El porvenir.

La invasión del idioma castellano en Vasconia ha producido sobre la lengua del país efectos mucho más fuertes y mucho más profundos que en Cataluña, por ejemplo. La desnacionalización lingüística es allí enorme. En la lengua escrita, el castellano domina casi en absoluto. Los periódicos nacionalistas vascos están escritos en lengua castellana. En el mismo diario *Euzkadi*, la mayoría del texto está en castellano. Sólo unas cuantas secciones van habitualmente escritas en lengua éuskara.

Esto es debido a que una gran parte del pueblo vasco, y sobre todo las clases ilustradas, desconoce o conoce imperfectamente el idioma nacional. En las ciudades éuskaras no se oye apenas otra cosa que castellano. Por la lengua, Bilbao es una ciudad castellana. En la Vasconia francesa, el francés impera.

Los bizcaitarras han iniciado un movimiento de reacción contra la desnacionalización lingüística. Han establecido clases de lengua vasca y procuran extender su uso. Sin embargo, este trabajo no da hasta ahora mas que resultados pequeñísimos, comparados con el enorme mal contra el cual luchan.

Se ha de reconocer que el idioma vasco está en condiciones biológicas desfavorabilísimas. Aislado de todos los demás idiomas, sin parentesco con ninguno de ellos, radicalmente diferente de los mismos, inadaptado a las necesidades modernas de la expresión, hablado en un territorio nacional reducido en extremo, viviendo en la vecindad de dos grandes idiomas, está amenazado de una desaparición relativamente cercana. Para evitar esta desaparición, que sería un grave golpe contra el nacionalismo vasco, los patriotas de aquella tierra deberán desplegar un esfuerzo heróico, titánico. Es expuesto emitir un juicio sobre el porvenir de la lengua éuskara; pero el peligro de su desaparicion es innegable.

La literatura en lengua nacional es escasísima y de poco valor. «En la tierra vasca — escribe F. Goitia (1) — no ha habido literatos y artistas como en Cataluña, que hayan reverdecido el sentimiento por la pequeña patria, pues los pocos hombres de letras y de arte que Euskaria ha producido, han ejercido su noble misión en sentido genuinameute español, pudiendo afirmar que, al contrario de otros pueblos, este movimiento de los espíritus ha brotado espontáneamente de las

(1) *Autonomía mundial*, pág. 281.

mismas entrañas de la multitud, sin los prestigios y las galas de la literatura creadora de las evoluciones de la humanidad. El pueblo vasco no tiene un solo hombre eminente que haya concretado en las letras el programa y las aspiraciones de Vasconia.»

Es la música, sin duda, la rama del arte vasco que presenta un carácter más nacional. Ultimamente ha adquirido también alguna importancia el teatro en lengua éuskara. El teatro vasco cuenta hoy con un numeroso repertorio de dramas, comedias, sainetes, óperas y zarzuelas; no obstante, no ha aparecido todavía ningun autor de primera fila. La Juventud Vasca, de Bilbao, organiza a menudo funciones teatrales a beneficio de las escuelas éuskaras. El éxito de estas funciones es muy notable. Un periódico nacionalista de San Sebastián hablaba de los progresos del teatro nacional en los siguientes términos: «Y en verdad que el progreso del teatro vasco ha sido rápido, enorme, magnífico; aún no hace muchos años que sólo contábamos con unas cuantas piezas escénicas rudimentarias y pobres, que despertaban más compasión que admiración. Pero he aquí que la ópera vasca se presenta en escena, no con apariencias raquíticas, sino con vigor y empuje de gigante» (1).

Los nacionalistas éuskaros no forman hoy mas que un pequeño núcleo en la masa de su pueblo. Sin embargo, son entusiastas, abnegados, activos, luchadores. Su partido está en período de crecimiento y es seguro que adquirirá mayor influencia sobre la vida de Vasconia. En Bilbao es donde ha logrado mayor fuerza.

El aislamiento étnico de la raza éuskara y su pequeña extensión (2) disminuyen las posibilidades de un espléndido porvenir nacional. Por otra parte, annque exista una raza vasca, no hay, hoy por hoy, una cultura vasca. Si los patriotas éuskaros quieren salvar el movimiento, han de esforzarse en

(1) Del número del 28 de febrero de 1912 del semanario *Gipuzcarra*.
(2) Los vascos no llegan a un millón.

crear una cultura, sin la cual el nacionalismo carece de la más fuerte de sus justificaciones espirituales.

VI

La situación política del nacionalismo vasco.

En los últimos años —los años de la gran guerra— el nacionalismo vasco se ha lanzado decididamente a la acción política. Siguiendo el ejemplo de los nacionalistas catalanes de la Lliga, ha montado una poderosa organización electoral. Al mismo tiempo, el número de los patriotas vascos ha crecido. La generación joven le ha dado un fuerte contingente de correligionarios. La juventud de raza vasca, en su mayoría, se ha orientado hacia el nacionalismo.

Así se ha podido dar el caso de que los nacionalistas conquistaran la Diputación foral de Vizcaya, desde la cual iniciaron una obra de cultura vasca análoga a la que en la Diputación provincial de Barcelona y en la Mancomunidad de Cataluña realizan los nacionalistas catalanes. Bajo el patronato de la Diputación de Vizcaya crearon el Centro de Estudios Vascos. Empero, en la última renovación de la Diputación, las maniobras del caciquismo les han arrebatado el predominio en aquel organismo.

En las elecciones generales de 1918 obtuvo el partido nacionalista vasco un gran éxito electoral. Eligió cinco diputados a Cortes (cinco por la provincia de Vizcaya, uno por la de Navarra) y un senador. En las de 1919, la descarada parcialidad oficial ha dejado reducidos a tres sus puestos.

El nacionalismo vasco es más radical — en el sentido puramente nacionalista — y más audaz que el catalán. Éste aceptaría la autonomía. Aquél va más allá. En sus campañas y en sus actos, los patriotas vascos muéstranse asimismo más violentos y agresivos que los catalanes. Hay en éstos una mayor

experiencia política, y su combatividad es más atenuada. Viven los patriotas vascos, por decirlo así, en tensión continua. En los patriotas catalanes, la alta tensión pasional es intermitente.

Los elementos españolistas de Vizcaya combaten al nacionalismo con saña feroz. Recientemente se ha constituído una Liga Monárquica, formada por todos los partidos dinásticos y aun por otros elementos que no acatan a la dinastía reinante, con el único fin de derrotar y aplastar al partido nacionalista.

Empeño vano. Se le podrá arrebatar algunos puestos en la Diputación y en el Parlamento. Pero la idea nacional vasca gana terreno y seguirá ganándolo. El nacionalismo vasco es todavía un partido adolescente. Crecerá. Y, al crecer y afirmarse, irá perdiendo el carácter cerrado y medioeval que en algunos aspectos reviste, carácter que, en el fondo, es mucho menos vasco que español.

CATALUÑA

I

Los catalanes.

La Cataluña del viejo Principado está comprendida en el triángulo montañoso que tiene su base en los Pirineos y su vértice un poco más abajo de las bocas del Ebro. Pero el territorio de la lengua y de la raza catalanas, el territorio de la nacionalidad catalana, se extiende más allá de los Pirineos, más allá del Ebro y más allá del mar, y comprende el Rosellón, el reino de Valencia y las islas Baleares.

Este territorio lingüístico se acerca mucho al área primitiva de la raza ibera, de donde proceden los catalanes. Prat de la Riba dice (1): «Cuando el viajero fenicio que Avieno copió seguía, cincuenta años antes de J. C., las costas del mar Sardo, encontró en ellas la *etnos ibérica*, la nacionalidad ibera, extendida desde Murcia al Ródano, esto es, desde los pueblos libio-fenicios de la Andalucía oriental hasta los ligures de la Provenza. Aquellas gentes son nuestros antepasados, aquella etnos ibérica, el primer anillo que la historia nos muestra de la cadena de generaciones que han forjado el alma catalana.»

Pronto el territorio de la raza ibera, fácil a las incursiones, fué invadido por otras razas. Los ligures por el norte y los tartesios por el sur, se apoderaron de buena parte de aquel territorio. Después comenzó la época de las colonizaciones

(1) *La Nacionalitat Catalana*, cap VII.

comerciales—fenicios y griegos—y la de las conquistas—cartagineses y romanos—. La larga dominación de Roma sobre Hispania dejó profundas huellas en el alma de los catalanes primitivos. Nuestra nacionalidad está formada por la combinación del espíritu ibérico y el espíritu romano. Los romanos nos dieron el idioma, el derecho, el carácter latino que desde entonces ha conservado Cataluña. «Hispania Tarraconensis... dice un distinguido escritor francés (1). Todo nos hace recordar que aquí todavía estamos en tierra latina, como todo, en la España castellana, parece hacérnoslo olvidar.» La invasión goda, el establecimiento de los visigodos en nuestro territorio y su posterior fusión con los antiguos habitantes, influyeron ciertamente en la evolución de Cataluña, pero no le quitaron su carácter romano. La influencia de la invasión sarracena en Cataluña fué menos fuerte que la romana y la goda, al contrario de lo que sucedió en otras tierras de España. «Cataluña —dice el citado escritor— ha seguido siendo un país ante todo latino, mientras que las invasiones moras acentuaban cada vez más el tipo semi-africano que se encuentra en casi todo el resto de los pueblos de la península.»

II

Formación histórica de la nacionalidad catalana.

Como dice Prat de la Riba (2), al cabo de tres siglos de haber desembarcado en las costas catalanas las primeros legionarios de Roma, la *etnos* ibérica había desaparecido, como casi todas las de Europa occidental, entre los pliegues de la civilización romana. Pero al derrumbarse el Imperio romano a causa de la invasión de los bárbaros y al aparecer los núcleos medioevales que dieron origen a las nacionalidades históricas, resurgió la vieja raza ibérica, marcada con el sello poderoso de Roma, pero conservando una viva individualidad étnica. Del latín de Cataluña salió, por obra de la evolución filológica, la lengua catalana, cuyos primeros documentos escritos se remontan al siglo XI. Que era la raza ibera la que resurgía, que no se trataba de una simple diversificacion de la España romano-goda, rota por los árabes, lo prueba el hecho, puesto de relieve por Prat de la Riba, que las fronteras de la lengua catalana eran las mismas de la *etnos* ibérica. Esta había sido repartida, en tiempo de los romanos, entre la Hispania y la Galia; la lengua catalana, al aparecer, apareció a la vez en ambos lados del Pirineo.

(1) PAUL DE MIRECOURT: *Cataluña y Castilla.* Artículo publicado en *L'Action,* del 30 de septiembre 1911.

(2) *La Nacionalitat Catalana,* cap. VII.

Al producirse la invasión sarracena, los moros ocuparon Cataluña. Cuando se inició la reconquista, los montes pirenaicos sirvieron de punto de partida a los cristianos. En las sierras de Montgrony comenzó la lucha por la reconquista del territorio catalán. Pero, como dice Pella y Forgas (1), este esfuerzo no hubiera tenido eficacia sin la ayuda francesa. «Francia tenía que influir de una manera grande en Cataluña—añade—y tanto fué así, que dió nacimiento al Estado catalán e indirectamente a sus grandes libertades e instituciones.» Los francos invadieron Cataluña en los últimos años del siglo VIII y primeros del IX, la libertaron del poder de las musulmanes, fundaron la Marca Hispánica y nombraron los condes que debían gobernar sus condados diversos.

Estos condados—el de Pallars, el de Cerdeña, el de Rosellón, el de Ampurias, el de Barcelona, etc.—, son el origen histórico del Estado catalán. Dejaron de depender de los emperadores francos y tuvieron vida independiente hacia el final del siglo X. El condado de Barcelona obtuvo la primacia *(primum inter pares)* y constituyó el núcleo principal. El conde de Barcelona fué el príncipe de Cataluña. «¿Qué carácter tenía —se

(1) *Llibertats i antic govern de Catalunya.* Barcelona, 1905. Pág. 13.

pregunta Pella (1) este principado que se formaba en Barcelona?» Y contesta: «Considero que tenía un carácter verdaderamente visigodo con una influencia mediterránea; aquí la áspera y dura ley de los visigodos estaba influída por el espíritu más republicano del Mediterráneo, porque ésta ha sido siempre la influencia de la frontera este de Cataluña.»

En 1150, el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, casó con Petronila de Aragón. Así se unieron los dos Estados, conservando, empero, cada uno su personalidad.

El rey Jaime I, en el siglo XIII, ensanchó en grandes proporciones las tierras de la llamada corona de Aragón. Conquistó primero Mallorca, después Valencia, más tarde Murcia. La última región fué cedida por Jaime I al rey de Castilla; Mallorca constituyó un Estado unido a Cataluña y Valencia un nuevo reino de la Unión catalano-aragonesa. Y he aquí cómo la lengua catalana volvió a tener el mismo territorio antiguamente ocupado por la *etnos* ibérica. Se extendía por toda la faja mediterránea que va del Ródano a Murcia y entraba en las Islas Baleares.

El poder del Estado catalano-aragonés llegó a su punto culminante de esplendor por la obra de Pedro el Grande. Las naves de Aragón y Cataluña llevaron el poder de la Unión a las tierras italianas y a Grecia. La Unión componíase de Estados cismarinos o *ça del mar* (Cataluña, Aragón, Valencia y Rosellón) y de Estados ultramarinos o *lla del mar* (Mallorca, Córcega, Cerdeña, Nápoles, Sicilia, Atenas y Neopatria). Las cuatro barras catalanas eran la enseña de la Unión, y la lengua catalana compartía con el latín la dignidad de lenguaje oficial y diplomático.

(1) Ibidem.

III

La unión a España. Decadencia de Cataluña.

En el año 1410 murió Martín el Humano, último rey de la casa de Barcelona. No teniendo sucesor y habiendo diversos pretendientes a la corona, se reunió el llamado Parlamento de Caspe, donde acudieron nueve compromisarios (tres por Aragón, tres por Cataluña y tres por Valencia). En Caspe, por la influencia de Fray Vicente Ferrer, puesto al servicio del antipapa Luna (Benedicto XIII) fué elegido rey el infante castellano Fernando de Antequera (1412) contra el parecer de la mayoría de los compromisarios catalanes.

El conde de Urgel, que tenía mejor derecho a la corona, seguido por buen número de partidarios, alzóse en armas. Se hizo fuerte en la ciudad de Balaguer, pero al fin tuvo que rendirse. El conde Jaime, después de largos años de prisión, murió en el castillo de Játiva, aunque no asesinado, como dicen algunos historiadores catalanes.

La extinción de la dinastía propia en la Unión fué un golpe terrible para Cataluña. Con Fernando I el de Antequera comenzó la influencia castellana sobre nuestra patria, y el glorioso brillo de su estrella fué apagándose.

En 1469, Fernando II de Aragón casó con Isabel de Castilla. Al subir ambos a los tronos respectivos, las dos coronas conservaron cada una su independencia. Pero, de hecho, era Castilla la que ejerció en adelante la hegemonía en España. Desde Carlos de Austria, el príncipe de Cataluña es a la vez rey de España; vive fuera de nuestra tierra y apenas convoca las Cortes catalanas. Fernando el Católico fué, de hecho, como hace notar Pella, el último príncipe de Cataluña, el último que hablaba en lengua catalana (1). Por eso mismo los nobles cas-

(1) *Llibertats i antic govern de Catalunya.* Pág. 21.

tellanos, después de la muerte de Isabel I, lo consideraron como un estorbo y demostraron profunda antipatía hacia el *viejo catalán.*

Durante el reinado de los reyes Católicos acaeció el descubrimiento de las Américas, hecho que tuvo sobre el viejo mundo enorme influencia. Para los catalanes, esta influencia fué funesta. Era Cataluña un pueblo mediterráneo, que en el comercio de este mar tenía su principal fuente de riqueza. Trazadas las rutas del Océano, el Mediterráneo perdió su importancia mercantil. El mismo acontecimiento que dió vida a Portugal, hundió a Cataluña.

Pero este acontecimiento histórico no hubiera tenido tan funesta influencia sobre nuestra patria, si Castilla no hubiese cometido una gran iniquidad. Por el famoso codicilo al testamento de Isabel la Católica, los ciudadanos de la Corona catalano-aragonesa quedaron excluídos, bajo pena de la vida, del comercio con las Indias. Los catalanes, pues, quedaron reducidos al comercio del Mediterráneo, mar que había quedado fuera de las grandes rutas comerciales y que era además en extremo peligroso, por ser los turcos señores de su parte oriental y por estar infestado de piratas.

Bajo el cetro de Isabel y Fernando, los dos grandes reinos peninsulares estuvieron sobre un mismo pie de igualdad: *tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.* Casi todos los historiadores ven en la subida al trono de los reyes Católicos la constitución de la unidad española. Pero cuando llegó la hora de gozar de las riquezas americanas, entonces el reino catalano-aragonés no formó parte de España, según los castellanos. Catalanes y aragoneses fueron considerados como extranjeros. Los puertos de Andalucía monopolizaron el comercio con las Indias.

De aquí vino la ruina y la decadencia de Cataluña. De aquí vino también la reclusión de Cataluña dentro de un pequeño territorio. De aquí vino asimismo el estancamiento de

la expansión de la lengua catalana. Sin aquella prohibición inicua, Cataluña hubiera llevado su genio de trabajo y de creación a las tierras ultramarinas, se habría convertido, como Inglaterra, en una gran potencia marítima y comercial. La lengua catalana se hubiera propagado por América; hoy existirían en el nuevo continente, al lado de las naciones de lengua inglesa, castellana y portuguesa, naciones de lengua catalana, y ésta sería una de las lenguas mundiales. El egoismo de Castilla, que tuvo su expresión en el codicilo de Isabel, destruyó en aquel momento histórico el magnífico porvenir que le esperaba a Cataluña.

Pero, al arruinar a Cataluña, Castilla arruinóse a sí misma. Si los catalanes hubiesen podido establecerse en América, hubieran adoptado un sistema de colonización completamente opuesto al que adoptaron los castellanos; hubieran creado un comercio floreciente con las nuevas tierras; hubieran dado a España una poderosa marina mercante y una formidable marina militar. Castilla no es ni ha sido nunca un pueblo marítimo, como lo es Portugal, como lo es Vasconia, como lo es Cataluña. Cataluña tuvo que sucumbir—escribe Guillermo Graell (1)—. Viviendo del mar, al faltarle el comercio marítimo, no halló salida, y horroriza recordar el hambre que sufrió, incluso en el siglo XVIII y hasta a principios del XIX, exceptuando la provincia de Barcelona. Pero con ella sucumbió la marina mercante y con ésta la militar. Cuantos esfuerzos ha hecho Castilla para tener marina, que no han sido pocos, han sido baldíos. Requiere, indudablemente, aptitudes especiales, larga historia, y diríase, a juzgar por los hechos, que es propia de determinadas costas o gentes y que hay países refractarios a esta industria. Roma ya fué un ejemplo palmario. Así es que, no pudiendo tener Castilla verdadera marina, su dominación en Ultramar resultaba más nominal que efectiva. Dos naciones que no juzgaron que la unidad constituyera las

(1) *La Cuestión Catalana.* Barcelona, 1902. Pág. 14.

grandes nacionalidades. Inglaterra y Holanda, llenas de vida por sus instituciones libres, se interpusieron entre la metrópoli omnipotente y sus colonias abandonadas».

A la ruina económica de Cataluña juntóse su ruina política. Hecha la unidad española, la monarquía tendió al absolutismo y las libertades de Cataluña quedaron socavadas. En el s. XVII, los catalanes rebeláronse contra las vejaciones del poder central; prodújose el alzamiento de la población rural catalana (mayo 1640) y el grave motín de los segadores, en Barcelona, el día del Corpus, clamando el pueblo contra el mal gobierno de Felipe IV. Cataluña, bajo la dirección del gran Clarís, declaróse República independiente y después se dió al rey de Francia, Luis XIII; los franceses no le fueron fieles y al fin pactó con España, volviendo a formar parte de ella (1652). En aquellas guerras, Cataluña perdió su territorio ultrapirenaico, que fué anexionado a Francia por el tratado de los Pirineos (1659). Sin embargo, las instituciones catalanas se salvaron.

La guerra de Sucesión, a principios del siglo XVIII, causó la ruina definitiva de las libertades de Cataluña. Los catalanes, que habían ido perdiendo el espíritu nacional, cometieron el funesto error de intervenir en la lucha entre Felipe de Anjou y el archiduque Carlos, declarándose por este último. Sitiada Barcelona por las tropas franco-españolas, cayó por fin en 1714, y las instituciones políticas catalanas desaparecieron. Nuestra patria vivió en la más negra y dolorosa opresión. En el año 1716 se publicó el decreto de *Nueva Planta*. Hasta 1725, ejercióse la venganza filipista sobre las personas y los bienes de los catalanes. Hecha la paz con el emperador de Austria, promulgóse una amnistía y se devolvieron dignidades y bienes.

La caída de Cataluña fué, sin embargo, la consecuencia fatal del camino que los catalanes llevaban hacía ya mucho tiempo. Su valor de combatientes no pudo evitar los efectos de su política suicida. Con la sangre no pudieron rescatar sus

pecados contra la patria. Desde el siglo XV, los catalanes se habían ido desnacionalizando, habían ido renunciando a las más nobles características de su individualidad nacional. El brillo engañoso de la efímera y exterior grandeza castellana los deslumbró y todo su esfuerzo dirigióse a quedar asimilados a la tierra que con tanto esplendor lucía. Los nobles catalanes iban a Madrid y se ponían al servicio de los reyes de España. Los escritores dejaban de cultivar la gloriosa lengua propia para adoptar la castellana. «Cataluña pobre, sin comercio, sin industria, Cataluña sin dirección política autónoma—escribe Prat de la Riba (1)—quedó también sin cultura propia, sujeta a la cultura de la Corte, tributaria de la cultura castellana. Boscán escribe en castellano sus composiciones poéticas; Pujades publicó (2) en castellano sus crónicas que había empezado en lengua catalana; en castellano escribe sus anales Feliu de la Peña; en castellano los galanteadores componen sonetos y madrigales a las damas en las reuniones de la nobleza provinciana... Cuando en 1714 cayó el último baluarte de las libertades políticas, ya la intelectualidad catalana había adoptado el castellano por lengua vulgar de la cultura.»

IV

Los orígenes del renacimiento de Cataluña.

Bajo la represión crudelísima de los vencedores, con los cuchillos sin punta atados a las mesas de comer y con las almas atadas por la más dura esclavitud espiritual, el pueblo catalán encontró en el trabajo la fuerza que tenía que redimirlo. En la misma oscuridad de la cárcel política, los catalanes comenzaron de nuevo su labor. Se les quitó las armas de la mano y ellos cogieron con nuevo amor las herramientas. Al día siguiente de haber entrado en Barcelona los soldados de

(1) *La Nacionalitat Catalana*, págs. 13 y 14.
(2) Debe decir *escribió*, pues la parte castellana quedó inédita.

Felipe V, fresca la sangre derramada, abiertas todavía las heridas de la carne, más abiertas aún las del espíritu, los artesanos pusiéronse otra vez al trabajo. Y mientras los asaltantes iban por las calles de la ciudad paseando su triunfo, en las tiendas resonaba otra vez el ruido de las herramientas y todos los oficios reanudaban su trabajo. Aquel ruido de los reanudados trabajos, era la salutación a un futuro más venturoso para Cataluña; era la afirmación de que la raza no había muerto y que conservaba en lo profundo de su alma la fuerza madre que más adelante tenía que alzarla de nuevo.

El siglo XVIII consumó la decadencia de Cataluña y completó la desnacionalización de los catalanes. Estos olvidaron la noble dignidad de la raza y cayeron en las abyecciones del servilismo dinástico y españolista. Después de Felipe V, los Borbones que vinieron a Barcelona fueron recibidos triunfalmente por un pueblo olvidado de su propia dignidad y su propia historia. En el último tercio de aquel siglo, los más esclarecidos catalanes, no sólo se muestran resignados a la sujeción, sino que bendicen el yugo. A esto contribuyó el relativo bienestar material que las disposiciones de Carlos III, entre ellas la derogación de la prohibición de comerciar con las Indias, habían producido en Cataluña. Los aciertos de aquel rey hicieron que los catalanes de entonces se excediesen en las alabanzas y hasta bendiciesen la memoria afrentosa de su padre Felipe V. José Finestres se entusiasmaba al recordarlo. El doctor Dou proclama a Felipe V, el «Solón de Cataluña», precisamente a causa del decreto de *Nueva Planta* (1). Hablando del gran crecimiento de la población de Barcelona, Capmany—esta falsa gloria catalana, como le llama justamente Gabriel Alomar—escribe: «Tal ha sido el impulso que recibió en el benéfico reinado del señor Felipe V, época de feliz recuerdo para la prosperidad general en estos reinos». Como

(1) M. S. OLIVER: *Catalunya en temps de la revolució francesa.* Trabajo publicado en el *Anuari* del Institut d'Estudis Catalans (1911-12), pág. 189.

hace notar Miguel S. Oliver, aquellos catalanes estaban muy lejos del odio a Felipe V, que se manifestó en los cenáculos literarios del siglo siguiente.

¿Dónde tomó origen el renacimiento catalán, el moderno movimiento catalanista? Valentín Almirall explica el hecho del renacimiento catalán en el siglo XIX, por la invasión francesa, por la influencia de las ideas liberales traídas por los soldados de Napoleón. Prat de la Riba (1) busca mucho más lejos el origen de nuestro renacimiento y lo encuentra precisamente en tiempo de la decadencia de Cataluña, cuando, desde el siglo XVII en adelante, la gente del campo, redimida, comenzó a intervenir en la vida pública poniéndose al lado de las instituciones de la tierra en lucha contra las tendencias unitaristas y absolutistas de la monarquía española. «La entrada de la gente del campo en la vida pública catalana—escribe Prat—inició el renacimiento.» Pero más adelante añade: «Fué en los primeros años del siglo XIII, en las últimas Cortes normales de Cataluña presididas por el mismo rey que más adelante debía destruirlas, por Felipe V, el fundador de la dinastía borbónica. Entonces se siente en las entrañas de la tierra catalana este primer impulso de renacimiento en plenas Cortes: los representantes de las ciudades y villas catalanas reivindicaron para los catalanes el derecho de comerciar con América. En aquel momento, comenzó una nueva era para Cataluña, nuestro era, el renacimiento».

Esta explicación histórica de Prat de la Riba, ciertamente muy notable, no es, a nuestro entender, satisfactoria. Los hechos que cita el ilustre teorizador del nacionalismo son hechos que preparan el terreno al renacimiento catalán, que lo hacen posible para más adelante, pero que en realidad no lo empiezan. La entrada de los campesinos en el tercer estado es un fenómeno social más que nacional. Este origen señalado a nuestro renacimiento, no concuerda, por otra parte, con

(1) *La Nacionalitat Catalana.* Cap. 1.

la teoría de los círculos concéntricos que en el mismo capítulo de su libro expone Prat (1). Partiendo del punto indicado por Prat de la Riba, la trayectoria de la línea no nos lleva al movimiento catalanista del siglo pasado. Este movimiento sigue una línea diferente, con otro punto inicial. No enlaza con el movimiento de los campesinos, no es su desdoblamiento ni su continuación.

Otros escritores han puesto el punto inicial del renacimiento catalán en las guerras de España contra la República francesa (1793-95), en las cuales los catalanes tomaron una parte activísima. Sostienen esta opinión algunos catalanes y, con ciertas atenuaciones y reservas, Ossorio y Gallardo (2), que ve en aquel momento el alborear del sentimiento regional y encuentra que allí «comienza lo que más interesa hoy: el germen directo de lo que ahora presenciamos, las causas próximas de los efectos que pesan sobre la generación en que nos movemos». El alborear del renacimiento catalán lo adivina Ossorio y Gallardo en el pensamiento que tuvieron muchos catalanes de reconquistar el Rosellón y la Cerdaña.

Tampoco creemos cierta esta explicación. En aquella ocasión saltaron algunas pequeñas chispas regionalistas; pero chispas de un fuego sepultado y casi extinguido, reminiscencia inconsciente del pasado de Cataluña; no eran las primeras exteriorizaciones de un nuevo fuego. Allí no se manifestó el sentimiento catalanista, pues éste no puede confundirse con los sentimientos de monarquismo servil y de fanatismo religioso. Lo que efectivamente manifestóse fué la antipatía de la gente del centro hacia Cataluña, antipatía que no pudieron destruir las bajezas del fervor dinástico de los catalanes de

(1) «Las transformaciones de los pueblos—escribe Prat—comienzan por los círculos superiores de la vida nacional y después irradian en ondas concéntricas, hasta las capas sociales más hondas». Sin embargo, esta teoría falla a veces en la realidad.

(2) *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República francesa* (1793-95). Madrid, 1913.

aquel período. Por el recelo anticatalán que siempre ha existido, el Gobierno de Godoy rehusó tercamente el concurso de los catalanes para la reconquista de la Cataluña ultrapirenaica (1).

Hace notar Alejandro Plana (2) que las hipótesis de Prat y Valentín Almirall son las dos explicaciones opuestas, centrífuga y centrípeta, del fenómeno del renacimiento catalán. Y pregunta: «¿Proviene de nosotros mismos o del exterior la fuerza inicial de nuestro renacimiento? Y la transcendencia de esta cuestión supone otro problema, que es ideológico: ¿este renacimiento fué provocado por las ideas liberales que Francia trajo a nuestra tierra, o bien fué debido a una concentración enérgica de todas las fuerzas tradicionales, conservadoras, antiinnovadoras?»

Para nosotros, Valentín Almirall, en la explicación del fenómeno de nuestro renacimiento, es quien se acerca más a la verdad. En efecto: la corriente de ideas de la Francia revolucionaria suscitó nuestro renacimiento, obrando, no directamente, que en su influencia directa trajo el unitarismo de las Cortes de Cádiz, sino indirectamente, mediante el movimiento romántico que tanta fuerza alcanzó en Cataluña en la primera mitad del siglo XIX. De aquí sale la línea del renacimiento catalán, la línea misma que sigue el catalanismo de nuestros días. La trayectoría de la línea indicada por Prat es diferente; es la que pasa por el movimiento catalán de la guerra contra Francia, después por la guerra de la Independencia y llega a las guerras carlistas. Hasta cierto punto, los herederos de 1640 y de 1714 son los carlistas de la montaña catalana. El catalanismo actual tiene otra filiación.

(1) Hemos tratado extensamente esta cuestión en la serie de artículos *Catalans de la decadencia*, publicados en *El Poble Català* en el verano de 1913, comentando el libro de don Angel Ossorio, y en nuestro libro *El Nacionalismo Catalán*.

(2) *Les idees polítiques d'En Valentí Almirall;* Barcelona, 1911, pág. 7

Rubió y Lluch, en unos notabilísimos estudios literarios (1) nos hace ver con claridad el verdadero origen del actual movimiento nacionalista. Todos sabemos que éste se inició, como en muchos otros pueblos, por un movimiento poético. En dicho trabajo estudia Rubió y Lluch el período anterior al renacimiento literario catalán. Y este período, que es tan poco conocido y sobre el cual el erudito escritor proyecta una viva luz, explica perfectamente la formación del renacimiento. De este estudio resulta que el gérmen del catalanismo estuvo en la escuela romántica catalana (2). Téngase en cuenta, no obstante, que el romanticismo catalán no venía directamente de Francia. Tenía más bien carácter anglosajón y se inspiraba en las obras de Walter Scott, Schlegel, Schiller y el lombardo Manzoni. Era aquel movimiento un caso de europeísmo, una verdadera integración espiritual de Cataluña en Europa. *El Europeo* se titulaba la primera revista que sirvió de órgano a los literatos de aquel tiempo. Dicha revista, escribe Rubió, fué el primer ensayo de europeización de las letras españolas. Sus redactores escribían en castellano, pero llevaban el germen del renacimiento catalán. Ellos eran los que representaban el sentido catalán y no los poetas de la escuela de Vicente García, que escribían todavía en un catalán sin llama espiritual, por un efecto de inercia, herederos de la literatura catalana de los siglos XVII y XVIII, que ya tenía el alma muerta. Uno de aquellos escritores, Buenaventura Carlos Aribau, dió el primer grito, instintivo aún, de la resurrección, con su famosa *Oda a la Patria*, publicada en 1833 (3).

Dos períodos tuvo el romanticismo catalán. El primero durante el régimen constitucional de 1820-23, representado por *El Europeo* y que terminó al sobrevenir la reacción de 1824, perseguidora de ideas y de hombres, entre ellas las ideas y los hombres de *El Europeo*. Al reinstaurarse el régimen constitucional de 1833, recomenzó el movimiento romántico, que tuvo por órgano *El Vapor*. En este periódico escribían Piferrer, Milá y Fontanals, Rubió y Ors, etc., o sean los precursores del catalanismo literario.

(1) Discurso leído en la Real Academia de Buenas Letras, de Barcelona, el 25 de febrero de 1912.

(2) En el prólogo a su *Historia de Cataluña* (volumen I, pág. VIII), Antonio Aulestia consigna ya el movimiento romántico como un antecedente del renacimiento.

(3) El título primitivo de la *Oda*, que fué insertada en el periódico *El Vapor*, era *La Patria (Trobas)*.

Aquellos hombres amaban a Cataluña y a la lengua catalana, pero su lengua literaria era el castellano; en castellano se quejaba Milá y Fontanals — ¡oh, paradoja! — del olvido del idioma de Cataluña:

Del saber el alto cetro
que el catalán empuñaba
cayó también de su diestra
al olvidarse su habla.

Y es que aquella generación creía entonces que el catalán era una lengua muerta para la literatura. «Nadie tenía confianza en la eficacia estética del idioma regional» hace notar Rubió y Lluch (1) y añade: «... el idioma (el catalán) tenía que luchar con su aplebeyamiento o funestas tradiciones de escuela. Capmany consideraba perdido el pleito de la nacionalidad literaria de Cataluña (2) y lo mismo pensaban Milá y Fontanals, Aribau, Piferrer y Quadrado, en cuya revista *La Palma* se daban como inhábiles e inadecuadas para la literatura, todas las lenguas regionales de la Península».

(1) Discurso citado, pág. 92.

(2) De la lengua catalana dijo Capmany que era un «antiguo idioma provincial muerto para la República de las Letras y desconocido del resto de Europa».

V

El movimiento literario.

Sin embargo, entre aquellos hombres, hubo uno, uno sólo, que tuvo fe en la vitalidad y en el porvenir de la lengua catalana. Este hombre fué Rubió y Ors, verdadero fundador del catalanismo literario, que más tarde debía producir el catalanismo político y después el nacionalismo actual. Hablando de su ilustre padre, dice Rubió y Lluch que «solo, con sus débiles fuerzas, luchando con inveteradas preocupaciones y quizás con el ridículo, atrevióse a acometer empresa tan arriesgada. Mi padre fué el único de aquella generación que levantó con valentía la bandera de la independencia literaria de Cataluña, en el prólogo de su *Gayter,* que es todo un manifiesto de nuevas orientaciones y una de las páginas más curiosas y vibrantes de la historia de nuestro Renacimiento» (1).

Rubió y Ors quedóse solo durante algunos años. A menudo se dolía de la soledad en que se le dejaba. Todos sus compañeros escribían en castellano. Pero, aun que un poco tardíos, dió espléndidos frutos el esfuerzo de Rubió. «El fué — escribe Pi y Margall (2) — quien inició el renacimiento de la poesía catalana.» Y después añade: «De él deriva este catalanismo que hoy tanto acongoja y asusta a nuestros hombres de Estado.» No previó Rubió y Ors las consecuencias de su obra literaria. Y como si se hubiese asustado de ella, no volvió a intervenir ya en el movimiento.

Mientras tanto, los eruditos, como Milá y Torres Amat, rebuscaban los tesoros de la literatura catalana; los arqueólogos, como Piferrer, empezaban a seguir los viejos monumen-

(1) Discurso citado. Pág. 92 y 93.

(2) Artículo *Rubió y Ors,* contenido en el libro *La Qüestió de Catalunya.* Barcelona, 1913; pág. 50 y 51.

tos olvidados. El ejemplo de Rubió tuvo muchos imitadores en la década de 1850 a 1860; Antonio de Bofarull pudo publicar en 1858 una antología de poetas de su tiempo, titulada *Los Trobadors nous.* Él, Bofarull, fué quien trabajando con brava perseverancia, consiguió en 1859 la restauración de los Juegos Florales. El Ayuntamiento de Barcelona atendió la petición que le hicieron Bofarull, Cortada, Pons y Gallarza, Milá, Rubió y Ors, Balaguer y Amer.

Con la restauración de los Juegos Florales quedó definitivamente constituído el catalanismo literario. En los versos de los poetas y en los discursos de los primeros mantenedores había ya los rudimentos de las reivindicaciones políticas. Pero el movimiento era esencialmente literario, y tenía por única manifestación el uso de la lengua. Usar el catalán escrito era hacer profesión de catalanismo. Como dice Moliné y Brasés (1), «ser buen patricio, consistió entonces en escribir versos».

En la década siguiente apareció el periodismo catalán. El primer periódico que tuvo éxito fué la hoja satírica *Un tros de paper.* Poco después (1868) Pelayo Briz fundó la primera revista catalana *Lo Gay Saber.* Clavé, con sus coros, promovió la dignificación de la música popular catalana. A la vez se realizaron los primeros intentos de teatro catalán, del cual hizo pronto Federico Soler una institución perdurable.

Entre los literatos se acentuaba la tendencia a convertir el renacimiento literario en un movimiento de reivindicación patriótica. Bofarull y Balaguer, sobre todo el último, eran los sostenedores principales de esta tendencia. Otros, como Milá y el mallorquín Mariano Aguiló, no se atrevían a salir del círculo de la literatura y de la investigación científica.

(1) *Resum sintètic de l'historia del catalanisme.* Trabajo contenido en el folleto *Catalunya a Valencia,* pág. 27 (1908).

VI

El movimiento político.

Al iniciarse el renacimiento literario de Cataluña, las circunstancias no eran favorables a la derivación política de aquel movimiento. Los catalanes habían entrado de lleno en el juego de la política española, y las luchas de aquel tiempo entre carlistas y liberales, moderados y progresistas, monárquicos y republicanos, tenían absorbida la actividad de nuestro pueblo. Y, mientras tanto, iban cayendo los últimos vestigios de las instituciones de Cataluña, descuartizada en provincias por un Decreto de 1833.

El gran movimiento republicano español tuvo su cuna en Cataluña. En aquellos tiempos, por otra parte, el partido republicano era federalista. Por ahí podían haber convergido fecundamente el sentimiento catalanista y el sentimiento republicano. Pero la verdad es que los dos sentimientos no llegaron a mezclarse. Sólo en una parte de la juventud federal —la más ilustrada— había un espíritu, y aun incompleto, de catalanidad.

El primero que trató desde el punto de vista político la cuestión del catalanismo fué Cortada, que publicó en el año 1860 un notable trabajo, escrito en castellano, titulado *Cataluña y los catalanes*. Romaní y Puigdengolas había hablado también de federalismo, pero separando el principio federal de las ideas avanzadas.

Almirall fué el representante del federalismo verdaderamente catalán. Había empezado a publicar en 1869 *El Estado Catalán* y sentía plenamente el problema de Cataluña. En 1873, intervino en el intento de proclamación del Estado catalán, que hizo fracasar Pi y Margall, por creer que aquello era una precipitación peligrosísima. A medida que el sentimiento catalán de Valentín Almirall se fortalecía y se precisaba, iba marcándose la separación espiritual entre él y la gran mayoría de sus correligionarios. En el año 1879 comenzó la publicación del *Diari Català*, y en 1881, después del viaje de propaganda de Pi y Margall por Cataluña, separóse del partido federal español.

Valentín Almirall dió entonces a su desacuerdo una base de principios. Pi y Margall había afirmado categóricamente la doctrina del pacto, y él la rechazaba. En esta cuestión doctrinal, Almirall no tenía mucha razón. Pero no eran estas diferencias de doctrina el motivo real que le separó del partido federalista, sino su espíritu profundamente catalán, incompatible con el espíritu de los federales españoles, y aún de los catalanes, para quienes la federación era una fórmula vacía que no les impedía mirar con hostilidad las tendencias autonomistas. Este espíritu anticatalanista —debido, más que a la malicia, a la ignorancia— es lo que justifica la actitud de Valentín Almirall, y no el principio del pacto. Que la gran mayoría del partido federal catalán era entonces hostil al catalanismo, nos lo prueba Martí y Juliá, al explicar detalles íntimos de política, en el prólogo de su colección de artículos titulada *Per Catalunya*.

Almirall fundó en 1882 el *Centre Català*, entidad prestigiosa y fuerte, con carácter netamente catalanista. Decidido a trabajar ante todo por Cataluña, dejó en segundo término sus ideas republicanas. Y así le vemos en 1885, con ocasión del tratado de comercio con Inglaterra, redactando la famosa memoria al rey D. Alfonso XII, llamada *Memorial de Agravios*, y yendo a Madrid con una comisión presidida por Mariano Maspons, y de la cual formaban parte, entre otros, mosén Jacinto Verdaguer, Federico Soler, Guimerá, Pella y Forgas, mosén Collell y Permanyer. La comisión fué presentada al rey (10 de marzo de 1885), quien la recibió amablemente. En cambio, los políticos y los diarios de Madrid la acogieron con indiferencia y le

hicieron el vacío. Por el solo hecho de presentarse como catalanistas, los eminentes literatos que formaban parte de la comisión no fueron objeto de ninguna demostración de amistad, ni tan sólo de cortesía, por parte de los literatos madrileños (1). Los resultados de este acto, que tuvo gran resonancia en Cataluña, fueron absolutamente nulos.

En 1886, Valentín Almirall publicó su obra capital, *Lo Catalanisme,* que es todavía hoy el tratado sistemático más completo de los principios políticos catalanistas. Almirall, en esta obra, no sólo expone y justifica las reivindicaciones del catalanismo, sino que le da el fundamento doctrinal de una teoría general, el particularismo.

Almirall se había hecho la ilusión de que podría mantener reunidos en su *Centre Català* a los hombres de pensamientos diversos que coincidían en el catalanismo, y hasta soñó en conseguir un acuerdo entre ellos sobre todas las demás cuestiones. La realidad hízole ver pronto que sus esperanzas eran vanas. Las diversas tendencias sociales y políticas de los hombres del *Centre Català,* no sólo no se fundieron, sino que fueron acentuándose. Los que tenían un criterio principalmente historicista, alejáronse cada día más del carácter doctrinal, filosófico y poco afecto a la tradición que presentaba el catalanismo de Almirall. En 1887 prodújose la escisión. Gran parte de los elementos del *Centre Català* fundaron una nueva entidad, la *Lliga de Catalunya,* que tuvo por órgano al periódico *La Renaixença,* que era diario desde 1881. El elemento joven intelectual, congregado en el *Centre Escolar Catalanista,* marchóse con la *Lliga de Catalunya,* a la cual siguieron asimismo numerosos e influyentes centros y periódicos de las comarcas catalanas. El *Centre Català* quedó herido de muerte, y los hombres de la *Lliga de Catalunya* tomaron la dirección del movimiento catalanista. En el año 1888, dirigieron un mensaje a la Reina Regente.

(1) VALENTÍN ALMIRALL: *Contestació a Núñez de Arce.*

La nueva entidad inauguró brillantemente sus trabajos con ocasión de la campaña contra la unificación de las leyes civiles intentada por el ministro Alonso Martínez con su Código civil de 1888, que pretendía borrar las diversas legislaciones llamadas «forales», entre las cuales se incluye el derecho completo y nacional de Cataluña.

Aquella campaña en defensa del derecho catalán, último prestigio de las instituciones nacionales de Cataluña, tuvo una base catalanista, y el movimiento político adquirió un gran desarrollo. A cada momento se fundaban periódicos y entidades catalanistas y nuevos patriotas ingresaban en la hueste de los luchadores. Pensóse en unir en una organización superior todas las entidades, y de aquí vino la creación de la *Unió Catalanista,* cuya primera Asamblea se celebró en Manresa el año 1892, presidida por Doménech y Montaner. Allí fueron aprobadas las célebres Bases. Sucesivamente se celebraron la Asamblea de Reus (1893), que fijó los medios para llevar a la realidad las Bases de Manresa; la de Balaguer (1894), que estableció el sistema tributario de la Cataluña autónoma; la de Olot (1895), que trató de las obras públicas regionales. En 1896 los catalanistas conquistaron el Ateneo Barcelonés, en donde pronunció Guimerá su gran discurso presidencial sobre la lengua catalana.

VII

El malestar de Cataluña. El desastre colonial de España. El general Polavieja.

El catalanismo, durante este período, fué ganando adeptos entre las clases ilustradas y se extendió por todo Cataluña, dejando de ser, como era al principio, un movimiento casi exclusivamente barcelonés. Pero su propaganda había llegado muy poco al pueblo, a las clases media y obrera, las cuales ignoraban, por decirlo así, la existencia del catalanismo. Los

partidos políticos populares de Cataluña habían caído en un estado de postración; el partido republicano, a pesar de algunos relampagueos fugaces, había entrado en un período de descomposición. En estas circunstancias los partidos dinásticos, sin ningún arraigo en la opinión, sin verdaderos partidarios, instalaron el aparato del caciquismo, y merced al mismo dominaban en absoluto la vida política catalana, imperaban en las corporaciones públicas, triunfaban en las elecciones. El caciquismo había sumido la política en la abyección más repugnante.

Por otra parte, el terrorismo había hecho su aparición en Barcelona. Desde la bomba de Pallás, lanzada contra el general Martínez Campos, los atentados por la dinamita se sucedieron. Hizo explosión la bomba del Liceo (1893) y la de la calle de Cambios Nuevos (1896). Después, la tragedia de Montjuich. La agitación obrera, dirigida por los anarquistas, era intensa y amenazadora. Todos los años, el día primero de mayo se realizaban formidables manifestaciones, que a menudo degeneraban en tumultos y llenaban de violencia y alarma las calles de la ciudad.

El malestar era grande en todas las clases sociales barcelonesas. Las guerras coloniales, que arruinaban al país y sacrificaban la generación joven, constituían otro motivo de disgusto. Y cuando las imprevisiones criminales y la ineptitud escandalosa de los políticos españoles llevaron a España a la guerra con los Estados Unidos y al consiguiente desastre de 1898, el malestar de Cataluña se hizo intenso y general.

Todo el mundo, en nuestra tierra, abominaba de la política centralista, que estaba en quiebra con pérdidas copiosas de sangre y de oro, que ponía un final tristísimo a la dominación ultramarina, que había dejado sin mercados a la producción catalana, que no sabía evitar ni prevenir los atentados terroristas. Fué aquél el momento en que el fracaso de la política madrileña apareció claramente a los ojos de los catalanes. Las semillas de protesta germinaron y bien pronto Cataluña declaróse contra los viejos partidos centralistas españoles, que después del desastre colonial continuaban gobernando el Estado.

Fué en aquellas circunstancias cuando el catalanismo alcanzó enorme crecida y su acción tomó un formidable impulso. Entonces el pueblo, y sobre todo la clase media de Barcelona, al encontrarse con que todo lo de España se hundía en el desastre y en el oprobio, volvió los ojos al catalanismo y comprendió que la autonomía representaba la política nueva que había de salvar a Cataluña de la ruina a que la habían llevado el centralismo castellano y los políticos de Madrid.

Aquel movimiento general de protesta atrajo hacia las soluciones regionalistas o descentralizadoras, a gran número de elementos, sobre todo industriales y comerciantes, que en realidad carecían de espíritu catalanista. Ésta fué la causa de la gran fuerza que alcanzó el catalanismo a fines del siglo pasado y a principios del actual, y ésta fué también la causa de la debilidad interna de aquel movimiento.

Bien pronto produjo aquel hecho consecuencias perturbadoras. El general Polavieja, que había regresado de Filipinas con un inmerecido prestigio militar y político, publicó su manifiesto al país, que contenía soluciones descentralizadoras y regionalistas. El mismo hombre que acababa de llegar de Filipinas presumiendo de haber aplastado la rebelión de aquella gente oprimida y vejada, el mismo hombre que había hecho fusilar al gran patriota Rizal, presentábase aquí como defensor de las libertades locales y de las aspiraciones autonomistas.

En Barcelona, los elementos económicos, vagamente regionalistas, constituyeron la *Junta regional de adhesiones al programa del general Polavieja*. Esta Junta entró en relación con algunos de los hombres de la *Unió Catalanista,* al frente de los cuales se hallaba Doménech y Montaner. Unos y otros llegaron a un acuerdo, y Polavieja escribió a los últimos su carta (septiembre de 1898) en la cual prometía la concesión, desde el Gobierno, de las siguientes reformas:

1. Concierto económico de Cataluña con el Estado español para las contribuciones directas.
2. Reorganización de la vida municipal sobre bases que diesen representación a las fuerzas sociales y a los intereses corporativos.
3. Refundición de las cuatro provincias catalanas en una Diputación única.
4. Autonomía universitaria.
5. Respeto a las instituciones catalanas de Derecho civil.

Estas concesiones representaban una pequeña parte de las reivindicaciones catalanas. Pero buena parte de los catalanistas las aceptó y las convirtió en su programa, disponiéndose a seguir la política de Polavieja. Ésto produjo la división de las fuerzas de la *Unió Catalanista*. La mayoría de los elementos que la formaban, con *La Renaixença,* adoptaron una actitud intransigente y mantuvieron la integridad de las Bases de Manresa.

En el mes de marzo de 1899, ocupó el poder el ministerio Silvela-Polavieja, y los elementos económicos creyeron que había llegado la hora de conseguir resultados positivos.

En el ministerio había entrado Durán y Bas. Fueron nombrados alcaldes algunos conocidos nacionalistas: el doctor Robert, de Barcelona, Font de Rubinat, de Reus, e Ixart, de Tarragona. Al cabo de poco tiempo fué nombrado obispo de Barcelona Morgades, antipático a una parte de la opinión por acusársele de haber intervenido en la persecución de mosén Verdaguer; pero que era un ferviente catalanista, como lo probó con su pastoral en catalán recomendando al clero el uso de la lengua del país.

La personalidad del doctor Robert aportó al catalanismo un buen contingente de la masa neutra barcelonesa. Era aquel un hombre de gran prestigio social y científico, un patricio de gran corazón y de gran honradez, que no militaba en política hacia mucho tiempo y que ante el desastre español y el fracaso

de la política madrileña abrazó con convicción y entusiasmo la causa de Cataluña.

El paso de Robert por la alcaldía de Barcelona fué rápido, y el trabajo que pudo realizar en ella fué muy pequeño. Por una parte, encontróse con un Ayuntamiento formado por liberales y conservadores, hijo de las bajas artes del caciquismo, Ayuntamiento que le era desafecto. Por otra parte el gobierno tampoco le ayudaba.

Pronto se vió que los regionalistas se habían equivocado al poner sus esperanzas en el ministerio Silvela-Polavieja. El último no pudo imponer a sus compañeros el programa regionalista que había tomado por bandera. A su vez, el ministro de Hacienda, Villaverde, proyectó unos presupuestos que levantaron la airada protesta de los contribuyentes. Los gremios emprendieron una campaña activísima contra los planes del ministro. En Barcelona el movimiento adquirió notoria gravedad. Acordaron los gremios la resistencia pasiva al pago de los impuestos, el «cierre de cajas». El gobierno adoptó severas medidas de represión. Al procederse ejecutivamente contra los contribuyentes, el doctor Robert debía decretar, como alcalde, los embargos; después de firmar los cuatro primeros, cosa que no podía eludir sin caer en responsabilidad, presentó la dimisión. Este gesto aumentó su popularidad. Al cabo de poco tiempo, Durán y Bas, que se sentía rodeado de recelos y desafectos, dejó el ministerio de Gracia y Justicia. El general Polavieja dimitió más tarde, y el ministerio Silvela adoptó ante el catalanismo una actitud francamente hostil. Había fracasado rápidamente el pacto entre el gobierno y los elementos del regionalismo atenuado. El movimiento catalanista, fomentado por el descontento de todas las clases sociales, volvió a tomar un carácter amenazador. Fué entonces cuando, con ocasión de la visita de la escuadra francesa mandada por el almirante Fournier, fué silbada la Marcha Real española en el Palacio de Bellas Artes.

Los elementos económicos, secundados por algunos de los catalanistas que se habían separado de la *Unió*, persistieron, sin embargo, en hacer campaña por dos reformas, que eran los vestigios del naufragado programa del general Polavieja: el concierto económico y la zona neutral. El gobierno de Silvela había prometido hacer estas dos concesiones. Pero ante la protesta, mas o menos espontánea, de una gran parte de la opinión española, aguzada por la prensa de Madrid, y de la oposición terca de Villaverde, que veía en el concierto un obstáculo a sus planes económicos, el Gobierno faltó a sus promesas. Esta falta de formalidad fué la causa principal de la mala acogida que en la primavera de 1900 tuvo en Cataluña el ministro Dato, quien fué repetidamente silbado.

VIII

La Lliga Regionalista. Renacimiento del republicanismo. Lucha entre republicanos y catalanistas.

Los catalanistas separados de la *Unió* habían fundado el *Centre Nacional Català*, del cual era alma Prat de la Riba. Por otra parte, los elementos procedentes de la disuelta *Junta regional de adhesiones al programa del general Polavieja*, una de cuyas figuras más populares era Alberto Rusiñol, fundaron la *Unió Regionalista*, gracias a los trabajos de don Luis Ferrer-Vidal y don Fernando Agulló, y que fué presidida por un médico eminente, el doctor Miguel Fargas. La constitución de la *Unió Regionalista* representaba en los antiguos polaviejistas un avance hacia el catalanismo.

De común acuerdo, el *Centre Nacional Català* y la *Unió Regionalista* presentaron, en las elecciones generales de 1901, la famosa candidatura de los cuatro presidentes: Robert, de la Económica de Amigos del País; Alberto Rusiñol, del Fomento del Trabajo Nacional; Domènech y Montaner, del Ateneo Barcelonés, y Sebastián Torres, de la Liga de Defensa Industrial y Comercial. Triunfó la candidatura, y las dos entidades se fundieron en la *Lliga Regionalista*.

La *Lliga Regionalista*, se dedicó al trabajo de derribar el vergonzoso dominio caciquista bajo el cual se encontraba Barcelona. Las elecciones eran aquí, como en el resto de España, una ficción impúdica, un indecente juego de manos, obra de los tahures y de los matones. Se propusieron los regionalistas conquistar las representaciones populares y decidieron lanzarse de lleno a la lucha electoral.

Preparando las elecciones a manera de grandes batallas, con una fuerte organización a la moderna, la *Lliga* consiguió hundir al caciquismo. Así vino la purificación del sufragio en Barcelona y el final del ignominioso imperio caciquista. En las elecciones municipales de 1901, obtuvo la *Lliga* una señalada victoria, que le dió una fuerte minoría en el Ayuntamiento.

En la *Lliga Regionalista*, había, al lado de hombres verdadera y hondamente nacionalistas, que creían en la táctica oportunista, aquellos elementos económicos que habían ido al catalanismo empujados, no por el sentimiento nacional catalán, sino mas bién por los errores y el desbarajuste de la política española. Entre muchos catalanistas de tendencias conservadoras nació el temor de que el movimiento tomase el camino de una protesta revolucionaria y aceptaron la posibilidad que les ofrecía el general Polavieja de hacer entrar el movimiento por el camino legal de la colaboración con los gobiernos españoles y de la gradual realización de reformas en sentido autonomista. Un federalista de claro criterio, F. Pi y Suñer, en su estudio *El problema catalán* (1), decía: «Tenemos el firme convencimiento de que si alguno de los más conspicuos catalanistas pasó por ellas (por las promesas de Polavieja), fué para conservar el concurso de los elementos económicos». La *Lliga* conservó su concurso; pero, como

(1) Valencia, 1908. Folleto publicado por el semanario *El Federal*.

hace notar Pi y Suñer, «en ocasiones ha sido mas bien prisionera que directora de aquellos elementos».

Despertada la conciencia popular, en marcha la democracia barcelonesa, los republicanos también se rehicieron. Había llegado Lerroux de Madrid, y con sus condiciones de conductor de multitudes y de organizador, reconstituyó un pequeño ejército republicano, el cual, al amparo de la acción purificadora del sufragio, pudo obtener los dos lugares de minoría en las elecciones generales de 1901.

El partido republicano iba fortaleciéndose cada día más. Las esperanzas y los entusiasmos renacían en el corazón de los viejos republicanos de Barcelona, y la masa obrera seguía a Lerroux, que le hablaba en un lenguaje radicalísimo, cercano a la anarquía. Por desgracia, entre los catalanistas y los republicanos comenzó entonces una guerra despiadada. Los republicanos presentaban el catalanismo como reaccionario, burgués y separatista. Y Lerrouz actuaba, a la vez, de anarquizante sin patria y de españolista. Entre los catalanistas arraigóse entonces la convicción de que la obra de Lerroux en Barcelona era debida a una maniobra de los gobernantes de la monarquía y especialmente de Moret, maniobra realizada ya en otros países y que consiste en atizar las luchas sociales, lanzando los obreros contra los patriotas, acusados de burgueses y de explotadores.

Al mismo tiempo, en toda España se producía un renacimiento de la sentimentalidad republicana. Pactose entre los diversos partidos republicanos una nueva Unión, al frente de la cual se puso don Nicolás Salmerón. Teníase la impresión de que la nueva poderosa fuerza intentaría la realización de un movimiento revolucionario; y la masa del pueblo, sobre todo en Cataluña, creyó que la República estaba cercana. El partido republicano experimentó un alza enorme; en las elecciones generales de 1903 consiguió los cinco puestos de la mayoría en Barcelona, e hizo triunfar en Cataluña y en toda

España un considerable número de diputados, superior al que acostumbraba a obtener desde hacía muchos años.

Pareció, de pronto, que el alza del movimiento republicano ahogaría el movimiento catalanista. Entre los dos bandos la lucha era más encendida que nunca, y menudeaban las mutuas acusaciones denigrantes. Los federales, que habían seguido, en los últimos años de la vida de Pi y Margall, una evolución favorable al catalanismo, fueron arrastrados por la impetuosa corriente republicana y muchos de ellos entraron en la Unión. De los restantes, la mayoría siguieron fieles a Vallés y Ribot, inteligenciado con los republicanos unionistas, con quienes pactó coaliciones electorales. Vallés asistió a la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la Casa del Pueblo y allí dijo a Lerroux aquellas palabras que tanto se le echaron en cara después: «Tu es Petrus». Sólo un reducido grupo de federalistas — valioso, no obstante, por la calidad de sus miembros — siguió fiel a las orientaciones catalanistas y constituyó la sociedad *Catalunya Federal*, de la cual era el alma Miguel Laporta.

Los regionalistas, después de la muerte de Robert (1902), acentuaron la nota conservadora y religiosa, aumentando así la distancia que les separaba de los republicanos. En las elecciones provinciales de 1903, los que llevaban la dirección de la *Lliga Regionalista* se entendieron con los elementos ultramontanos, contra la voluntad de prestigiosos hombres liberales que entonces figuraban en ella y bautizaron la candidatura con el nombre de «católico-regionalista». En aquellas elecciones triunfó la candidatura republicana, con sorpresa de muchos, que tenían descontado el triunfo de los regionalistas.

Las orientaciones conservadoras y dinásticas que iba tomando la *Lliga* motivaron una escisión importante en el seno de esta entidad. En el mes de abril de 1904, el rey don Alfonso XIII hizo su primer viaje a Barcelona. Se había convenido por los regionalistas que se observaría, respecto a la

venida del rey, una conducta de abstención. Pero algunos hombres del regionalismo, que habían puesto gran confianza en Maura, se apartaron del criterio de abstención y contribuyeron al recibimiento hecho al monarca. Cuando don Alfonso visitó el Ayuntamiento, Cambó, a la sazón concejal, pronunció un discurso de salutación, recordándole al propio tiempo las aspiraciones autonomistas de Cataluña.

Este acto de Cambó hizo estallar públicamente el desacuerdo que tiempo ha existía en la Lliga Regionalista. Se separaron de ésta hombres de tanta valía y de tanto prestigio como Ildefonso Suñol, Doménech y Montaner, Lluhí y Rissech y Jaime Carner. Éstos publicaron un gran semanario, *El Poble Català*, convertido en diario en 1906. A últimos de aquel año se constituyó el Centre Nacionalista Republicà.

En el año 1904 se celebró en Barcelona una Asamblea de la Unió Catalanista, en la cual intervinieron dos hombres que entonces no formaban parte de la misma: Ildefonso Suñol y Raimundo de Abadal, hecho que disgustó a algunos catalanistas intransigentes. En aquella Asamblea se hizo la declaración siguiente: «Siendo nacionalista la acción que en nuestro pueblo realiza la Unió, tienen el deber y el derecho de cooperar a ella todos los catalanes movidos por las aspiraciones del nacionalismo catalán, cualquiera que sea su pensar y sentir en materias religiosas, sociales y políticas». Esta declaración anuló, de hecho, las Bases de Manresa como programa catalanista.

En las Asambleas de Reus y Tarrasa, la Unió Catalanista había reglamentado su intervención en las luchas electorales, pero la verdad es que sus hombres sentían muy poca inclinación por estas luchas, y la acción electoral de la Unió fué insignificante. Los regionalistas, al contrario, se lanzaron de lleno a la acción política, y las elecciones eran la manifestación principal de su actividad. Merced al estrépito y a la pasión de los comicios, consiguieron aumentar muy pronto sus

contingentes y constituir una fuerza política formidable. La actuación de la Unió Catalanista quedó en segundo término y después de la Asamblea de Barcelona entró en un período de debilidad, acentuado por la formación de la izquierda catalanista, en la cual entraron numerosos patriotas procedentes de la *Unió*. *La Renaixensa* dejó de publicarse en 1905.

IX

El 25 de noviembre. La Solidaridad Catalana.

Fracasada la Unión Republicana, herido el prestigio de Lerroux por sus actos dictatoriales en la confección de las candidaturas, la Lliga pudo obtener un nuevo triunfo en las elecciones municipales de 1905. Para celebrarlo, organizó el Banquete de la Victoria en el Frontón Condal. Al terminarse el acto, los que habían asistido al mismo, bajaban en manifestación, cantando Els Segadors. Al pasar cerca de la Fraternidad Republicana, situada en la calle de Cortes, que era la entidad central de los republicanos, un grupo de éstos salió a la calle, agrediendo a tiros de revólver a los regionalistas, algunos de los cuales resultaron heridos.

Pocos días después, el semanario regionalista *¡Cu-cut!* publicó una caricatura que tuvo graves consecuencias. Un militar, ante el Frontón Condal, hablaba con un transeunte. La leyenda decía: «—¿Qué se celebra aquí, que hay tanta gente? — El Banquete de la Victoria. — ¿De la Victoria? Ah, vaya, serán paisanos!» Entre la oficialidad de la guarnición de Barcelona, la caricatura produjo extraordinaria agitación. Las acusaciones de antiespañolismo hechas contra los catalanistas le habían ya concitado la animadversión del elemento militar. La caricatura de *¡Cu-Cut!* —que no era tan molesta como muchas caricaturas publicadas contra el ejército en periódicos de otros países del mundo— hizo estallar los odios reconcen-

trados. Y en la noche del 25 de noviembre, grupos de oficiales de la guarnición asaltaron las redacciones del *¡Cu-Cut!* y *La Veu de Catalunya*, y la imprenta donde el primero se confeccionaba, destrozando el material y haciendo en la calle hogueras con los muebles.

Aquel fuego encendió la ira de todos los catalanes. El acto realizado por los militares ofendió a Cataluña en lo más intimo de su ser. No ya en nombre de las convicciones catalanistas, sino en nombre de la dignidad de un pueblo, los ciudadanos protestaron de aquel acto de violento militarismo. Sólo la voz de Lerroux, desde las páginas de *La Publicidad*, aplaudió la hazaña de los militares en su célebre artículo «El alma en los labios». Aprobar un atropello del cual todo un pueblo se sentía herido, fué un alevoso agravio que los patriotas catalanes no han perdonado a Lerroux.

Y sucedió que después del 25 de noviembre, la acción de las autoridades dirigióse, no contra los autores de los asaltos, sino contra los elementos que habían sido víctimas de ellos. Fueron suspendidas las garantías constitucionales, encarcelóse al director de *La Veu de Catalunya;* el *¡Cu-Cut!* fué suspendido. La prensa de Madrid realizó una brutal campaña anticatalana, pidiendo el exterminio de los catalanistas, los cuales, a su juicio, no eran otra cosa que separatistas y viles enemigos de España. Los militares de diversas guarniciones se solidarizaron con sus compañeros de Barcelona. Y el Gobierno de Moret, bajo la presión del militarismo triunfante, presentó el proyecto de la llamada ley de Jurisdicciones, que era a la vez una provocación a Cataluña y una vulneración de los más elementales principios jurídicos de libertad. La ley de Jurisdicciones, aun después de las enmiendas que se introdujeron en el proyecto primitivo, es una ley draconiana, sin semejante en ningún país civilizado de la tierra.

En el Parlamento, los diputados republicanos, con Salmerón al frente, combatieron aquella ley anti-jurídica y anti-europea.

Al ver los principios de libertad pisoteados, catalanistas y republicanos se unieron. En Cataluña, los diversos partidos de raíz popular, unidos por el peligro de aquella ley y por la dignidad común ofendida, depusieron los odios y las diferencias y se congregaron en un bloque que recibió el nombre de Solidaridad Catalana, cuyo primer acto fué el mitin de Gerona.

Los partidos solidarizados — regionalista, Unión Republicana, republicano-federal, carlista, integrista, izquierda nacionalista, Unió Catalanista — organizaron la gran manifestación del 20 de mayo de 1906, en homenaje a los diputados que habían combatido la ley de Jurisdicciones. La fiesta del 20 de mayo constituyó el acto cívico más grande que se ha visto jamás en Cataluña, y uno de los más grandes que se hayan realizado en todo el mundo. Gente de todas las comarcas de la tierra catalana, de todas las clases, de todas las ideas, desfiló en cortejo interminable por el Salón de San Juan, entre el ondear de centenares de banderas que el sol espléndido de aquella tarde encendía como antorchas. El mes de octubre se celebró en las Arenas el Aplec de la Protesta, que tuvo aquel momento de emoción en que miles y miles de pañuelos ondearon. Y al convocarse, en la primavera de 1907, las elecciones generales, la Solidaridad extendió sus propagandas por toda Cataluña, en medio de un frenético y unánime entusiasmo popular. Fué el alzamiento, que Maragall cantó en un inolvidable artículo.

La Solidaridad redactó un programa mínimo de reivindicaciones, conocido con el nombre de programa del Tívoli. En aquel documento se pedía la derogación de la ley de Jurisdicciones; la creación de organismos regionales con amplias facultades en materia de beneficencia, enseñanza y obras públicas; el establecimiento de órganos de renovación del derecho civil catalán y la autonomía municipal.

El atentado contra Salmerón, perpetrado el jueves anterior a las elecciones de diputados a Cortes, multiplicó la agitación.

La opinión acusó a los republicanos antisolidarios que seguían a Lerroux del atentado, que dejó a Cambó entre la vida y la muerte. El día 21 de abril de 1907, la victoria de la Solidaridad fué inmensa. De los 44 puestos que en el Congreso de Diputados tiene Cataluña, conquistó 41. El hundimiento del caciquismo, es decir, de los partidos dinásticos de turno, que en 1901 se había consumado en Barcelona, en 1907 se extendió a toda Cataluña. En las elecciones de senadores, la Solidaridad obtuvo todos los puestos.

Las victorias solidarias acentuaron la hostilidad de la opinión española hacia Cataluña y sobre todo la de los políticos de los partidos de la monarquía. La prensa madrileña, secundada por la provinciana, atizó todos los odios contra los catalanes. Y así, en un ambiente de hostilidad exacerbada, llegaron a Madrid los diputados y senadores catalanes. En aquellos días, un diario como *El Liberal,* que era de los menos agresivos en la campaña, escribió que dudaba se tuviese a los representantes de Cataluña la deferencia de escucharlos.

X

El proyecto de Administración local. Divergencias entre los solidarios. Ruptura de la Solidaridad.

En medio de aquel desencadenamiento de violentas pasiones, Maura conservó la serenidad e insinuó que estaba dispuesto a hacer concesiones autonomistas a Cataluña. Al cabo de poco tiempo publicó su proyecto de Administración local. Pero éste causó fuerte desilusión.

Los regionalistas —que por el activo maniobrar político de sus hombres habían conseguido rápidamente en la Solidaridad un papel preponderante— creyeron aceptable, en

principio, el proyecto y defendieron el criterio de mejorarlo mediante enmiendas. Otros elementos, en especial los nacionalistas republicanos, creyeron que el proyecto de Maura no era aprovechable y que debía rechazarse en absoluto. Éste fué el sentido del magnífico discurso que Suñol pronunció en el mes de octubre de 1907 en el Congreso. La gran mayoría de los diputados solidarios — y entre ellos casi todos los afiliados a los partidos republicanos — pusiéronse en esta cuestión al lado de los regionalistas. En la reunión que en una sección del Congreso celebraron, el criterio de Cambó triunfó sobre el de Suñol. Desde aquel momento, el último se retrajo de la vida política.

Meses después, la cuestión del voto corporativo, que Maura había introducido en el proyecto de Administración local, llevó a los solidarios a un público desacuerdo. Los diputados republicanos emprendieron una campaña por las principales poblaciones de Cataluña contra el sufragio corporativo y el colegio único provincial establecidos en el proyecto.

Mientras tanto, el pueblo creyóse defraudado en sus esperanzas. Había confiado en que los representantes parlamentarios de la Solidaridad, entrando en Madrid como una «irrupción de bárbaros», según había dicho Cambó, realizarían una campaña formidable y obtendrían resultados inmediatos. No sucedió así. La derecha regionalista se esforzaba en salvar el proyecto de Administracion local. La izquierda estaba desorientada y vacilante. Los que habían creído que el movimiento solidario era el comienzo de una revolución que había de subvertir el régimen de España, llamáronse a engaño. En estas circunstancias fueron convocadas elecciones parciales de diputados en Barcelona para cubrir tres puestos vacantes (diciembre de 1908). Todos creían segura la victoria de la Solidaridad y produjo verdadero estupor la inesperada derrota de ésta. El partido de Lerroux, que en torno de la bandera antisolidaria había reunido a todos los elementos españolistas

de Barcelona, incluso elementos conservadores, triunfó en medio de gran alegría de todos los partidos políticos y de todos los diarios de Madrid, alegría que, según *El Imparcial* escribió, había llegado al mismo palacio real.

La Solidaridad sobrevivió poco tiempo a aquella derrota. En las elecciones municipales de marzo de 1909, los partidos republicanos solidarios se negaron a coaligarse con las derechas. Presentaron una candidatura de izquierda catalana y consiguieron reunir 24.000 votos. El siguiente año los aludidos partidos — federal, Unión Republicana y nacionalista republicano— se fusionaron en la Unió Federal, de la que fué nombrado jefe don Pedro Corominas.

XI

La Mancomunidad de Cataluña.

Muerto Salmerón, rota la Solidaridad, perturbada Cataluña por la revolución de 1909 y la represión que la siguió, el pleito catalán pasó, durante algún tiempo, a segundo término.

Mientras los funestos efectos de la depresión política se acentuaban y existía en todas las fuerzas autonomistas un estado de desorientación, el diputado provincial de la Unión Catalanista, Folguera y Durán, presentó a la Diputación de Barcelona una proposición en la que se pedía que las cuatro Diputaciones catalanas manifestasen su anhelo de ver reconstituída la unidad de Cataluña y de tener un organismo común a toda nuestra tierra. Firmaron además la proposición los diputados provinciales Verdaguer y Callís, Antonio Suñol y Sansalvador.

Al lado de aquella proposición, Durán y Ventosa presentó otra, que suscribieron diversos diputados. La proposición de Durán tenía un carácter concreto y práctico y pedía que se estudiase por las cuatro Diputaciones catalanas en común un

proyecto de bases para la constitución de un organismo supra-provincial, representativo de toda Cataluña.

Las dos proposiciones fueron englobadas en un mismo dictamen que las refundió. En la sesión del 30 de mayo de 1911 el dictamen fué discutido y aprobado, con el voto en contra de los cuatro diputados de la minoría radical. El día 20 de julio se reunieron en Barcelona los delegados de las cuatro Diputaciones y se nombró una ponencia, compuesta de los presidentes de las mismas, para redactar el anteproyecto de bases. En estas bases dióse al organismo supra-provincial el nombre de Mancomunidad, tomado del proyecto de Administración local de Maura. Adoptóse este nombre porque ya tenía estado parlamentario y podía contribuir a la aceptación del proyecto por parte del Gobierno y de los partidos españoles. La Mancomunidad, según aquellas bases, tenía un carácter igual al de los organismos interprovinciales establecidos en el proyecto de régimen local, con algunas mejoras y precisiones. Una tras otra, las cuatro Diputaciones catalanas aprobaron el proyecto de bases. En su casi totalidad, los diputados provinciales de Cataluña se mostraron partidarios de la Mancomunidad. Todos los partidos catalanes, menos el republicano radical, se declararon favorables a élla. La misma Unió Catalanista lo aplaudió. Los elementos catalanistas hicieron, empero, la reserva de que el proyecto sólo representaba una pequeña parte de las aspiraciones autonomistas de Cataluña y que lo aceptaban como un principio de realización de las reivindicaciones patrióticas.

El día 8 de diciembre de 1911, fué recibida por Canalejas una comisión interprovincial catalana, a la cual se unieron gran número de diputados y senadores por Cataluña. Presentaron los comisionados al jefe de Gobierno las bases de la Mancomunidad, y Canalejas tuvo palabras y promesas halagüeñas. Después los comisionados visitaron a los jefes de las minorías parlamentarias y todos aceptaron la idea del proyecto de Mancomunidad.

El día 25 de mayo de 1912 leyóse en las Cortes el proyecto de Mancomunidad del Gobierno, redactado por Barroso. El proyecto estaba redactado de nuevo y resultaba una fuerte atenuación de las bases presentadas por las Diputaciones. Los Presidentes de éstas propusieron una serie de enmiendas que sometieron a los representantes parlamentarios de Cataluña. Designada por el Congreso la comisión parlamentaria encargada de dictaminar sobre el proyecto ministerial, fueron introducidas en el mismo importantísimas enmiendas, que lo hicieron equivalente al de las Diputaciones.

Púsose a discusión el proyecto en la Cámara. Parte de los diputados de la mayoría, en los cuales ni la autoridad de Canalejas pudo destruir la hostilidad a Cataluña, mostróse contraria al proyecto de Mancomunidades. Un discurso de Alcalá Zamora, vulgarmente unitarista y españolista, obtuvo un gran éxito parlamentario. Moret combatió también el proyecto. Gran número de personalidades del partido liberal y del mismo partido conservador lo veía con malos ojos. Canalejas vaciló un momento y temióse que el proyecto fracasase. Pero en la memorable sesión del día 3 de julio, el presidente del Consejo presentó batalla y la ganó. En aquella ocasión, se colocó Canalejas al lado de Cataluña y se hizo acreedor a la gratitud de nuestra patria. Al cabo de dos días, todo el articulado del proyecto quedaba aprobado.

Un acontecimiento trágico puso en peligro la reforma proyectada. En el mes de noviembre de 1912, Canalejas fué asesinado por un anarquista. Sucedióle el conde de Romanones, quien, requerido por los representantes de Cataluña, declaró que se hacía suyo el proyecto de Mancomunidades y que se esforzaría en hacerlo votar pronto por el Senado. Con la oposición de gran parte de los elementos del partido liberal, Romanones puso a discusión el proyecto en la Alta Cámara, a pesar de la dimisión de presidente de la misma que por este motivo presentó Montero Ríos. El artículo primero del proyecto

fué aprobado por una débil mayoría. Consumóse entonces la escisión de García Prieto y sus amigos, y Romanones cerró las Cortes.

Temiendo Cataluña por la suerte del proyecto, dudando de la sinceridad de las promesas hechas por Romanones, convocó para el día 24 de octubre una Asamblea catalana, a la cual asistieron los diputados provinciales de las cuatro Diputaciones y los representantes parlamentarios de Cataluña. En la tarde del mismo día se celebró una grandiosa manifestación pública, en la que tomaron parte ciudadanos de todos los partidos y de todas las ideas. Al abrirse nuevamente las Cortes (octubre de 1913), Romanones fué derrotado al presentar una proposición de confianza.

Substituído por el Gobierno conservador de Dato, éste, ante la petición de implantar por decreto la parte del proyecto aprobada por las dos Cámaras, promulgó el real decreto del 18 de diciembre de 1913, por el cual se autorizaba a las Diputaciones provinciales a mancomunarse para los fines exclusivamente administrativos que están a cargo de las Diputaciones, y se establecía por el nuevo organismo el derecho de pedir al Gobierno delegaciones de servicios, las cuales tendrían que ser concedidas mediante una ley. En virtud del real decreto, y después de aprobados por el Gobierno los estatutos de la Mancomunidad de Cataluña, constituyóse el nuevo organismo el día 6 de abril de 1914, eligiendo presidente a don Enrique Prat de la Riba. Éste, al tomar posesión del cargo, pronunció un discurso de sentido plenamente nacionalista, que motivó enfáticas protestas por parte de la prensa de Madrid.

XII

La cultura catalana. La lengua. El porvenir.

Durante el movimiento catalanista del siglo pasado, la cultura nacional catalana fué sólo incipiente. Había hombres de gran cultura, sobre todo en el campo del arte y de la historia, pero era aquélla una cultura individual, esporádica. No existía una verdadera cultura colectiva y nacional.

Ha sido en los primeros años del presente siglo cuando se ha encendido el foco nacional de la cultura catalana. Desde entonces ha ido apareciendo, en pléyade admirable, gran número de literatos, artistas, escritores, pensadores. Hoy tenemos una cultura catalana, y Cataluña es una individualidad diferenciada y vigorosa en el conjunto de la civilización de nuestros días.

En escultura, en pintura, en arquitectura, en música, en literatura, en ciencias sociales, en filosofía, tiene hoy nuestra patria una lucida hueste de hombres, de jóvenes sobre todo, que le dan fuerte personalidad y la colocan a una notable altura espiritual. El Orfeó Català es una maravilla en el arte coral. El Instituto de Estudios Catalanes, creado por la Diputación de Barcelona, es un centro de alta cultura. Alrededor de la Diputación de Barcelona, se han creado las primeras instituciones sociales modernas de España, como el Museo Social. La Mancomunidad de Cataluña ha proseguido esta obra. Todo ésto no es más que un principio. Pero es un principio lleno de promesas espléndidas.

Este progreso cultural contrastó algún tiempo, empero, con una marcada depresión política que se notó desde la caída de la Solidaridad. Hubo en la masa del pueblo un evidente retroceso de entusiasmos, como una especie de cansancio o de triste desengaño.

Posteriormente, nuevos movimientos de fe y de entusiasmo se han producido, especialmente el de la petición de la autonomía integral (1918-1919).

Nosotros hemos creído encontrar la causa profunda de ciertas depresiones periódicas en la debilidad del sentimiento nacional catalán. Y es que los grandes estallidos sentimentales que siguieron al desastre colonial y a la Solidaridad hicieron creer que el sentimiento catalán habíase despertado definitiva y plenamente en el alma de nuestro pueblo. Confióse en una catalanización por la política, siendo así que en todos los pueblos la nacionalización es el efecto de un gran trabajo cultural y social.

La nacionalización de un pueblo es una obra gradual y relativamente lenta. Pero hay que reconocer que la lentitud con que se realiza el despertar de la conciencia catalana no es normal, y ésto prueba que hay algún defecto grave en el proceso del movimiento nacionalista catalán. No ha existido suficiente virtud de esfuerzo y de sacrificio en los patriotas, a pesar de las excelentes condiciones biológicas en que se halla Cataluña para un rápido y total proceso de renacionalización (1).

Si sometemos a Cataluña a lo que podríamos llamar un examen biológico, nuestro corazón de patriotas se hinchará de esperanzas. Este examen nos demostrará que nuestra patria vive en condiciones altamente favorables a la conservación y a la acentuación de su carácter nacional. Hay en la tierra catalana y en la sociedad catalana circunstancias vitales que nos dan gran fuerza y facilitan extraordinariamente el trabajo de los patriotas.

Un conjunto de hechos naturales y sociales trabaja por la

(1) Este interesantísimo aspecto del movimiento nacionalista catalán lo hemos tratado con mayor extensión en el discurso presidencial que pronunciamos en la inauguración de la Izquierda Catalanista (publicado íntegramente en el número del semanario *La Nació* del 24 de junio de 1914) y en el estudio titulado *La nacionalització de Catalunya* (Barcelona, 1914).

obra del nacionalismo catalán. Uno de ellos, el principal, es la vitalidad de la lengua, la cual, a pesar de una parcial corrupción del léxico y de la sintaxis, ha conservado su dominio territorial desde los tiempos medioevales hasta hoy. Los modernos estudios sobre la frontera de la lengua catalana —tanto en la Cataluña cispirenaica, como en la transpirenaica, como en la ultramarina— nos lo demuestran. Territorialmente, el idioma catalán ha mantenido sus posiciones, a despecho de los siglos de desnacionalización y de servidumbre.

El retroceso del catalán en estos siglos ha sido, no territorial, sino social. No se han encogido sus fronteras; pero, saltando por encima de ellas, se ha producido la invasión de otros idiomas, haciendo que coexistiesen en el hablar, y sobre todo en el escribir, la lengua del país y las lenguas importadas. El daño ha sido mayor en el escribir que en el hablar. Durante muchos años, el castellano fué, casi exclusivamente, la lengua escrita que se usaba en la Cataluña cispirenaica. Todavía hoy conserva en este punto importantes posiciones, al asalto de las cuales se dirigen los nacionalistas.

Pero el retroceso social de una lengua es un mal que tiene remedio. Con el renacimiento patriótico ya se ha reconquistado buena parte de lo que se había perdido. Está en nuestras manos avanzar en la gradual reconquista. No pasaría lo mismo con el retroceso territorial. Si el avance de otras razas en las comarcas fronterizas hubiese ido disminuyendo nuestro territorio, como ha sucedido en muchos países de Europa, la pérdida hubiera sido irreparable. El mantenimiento de la integridad del dominio linguístico catalán es una venturosa obra biológica de la naturaleza, altamente favorable a la nacionalidad.

Por otra parte, la lengua catalana tiene en las tierras peninsulares del viejo Principado uno de los caracteres propios de las lenguas fuertes: absorbe a los inmigrados. La gente de otras tierras que viene a vivir en Cataluña, se catalaniza lingüísticamente con relativa rapidez. En muchos de los mismos inmigrados se opera ya este proceso de catalanización. Los hijos de los inmigrados hablan catalán en su gran mayoría. La catalanización es completa al llegar a la tercera generación.

No es tan sólida la situación de la lengua catalana en las islas Baleares. Lo es menos en Valencia y en el Rosellón. En estas dos regiones, en la última sobre todo, el idioma catalán está en peligro de extinguirse en un tiempo no lejano. Para evitar este peligro sería necesario que tomase un gran impulso el movimiento en pro de la lengua propia que débilmente se ha iniciado en tierras valencianas y rosellonesas.

Hay que notar, finalmente, un hecho desfavorable: y es la baja natalidad de Cataluña. El porcentaje de nacimientos en el resto de la península es superior al de las tierras del viejo Principado.

«En el juego de la política española—decíamos en la edición catalana de este libro—, el porvenir de Cataluña es incierto. Es evidente que en los partidos y en la masa de opinión de España existe una profunda hostilidad a las reivindicaciones catalanas. Mucho habrían de cambiar las condiciones de la política española, o tendría que fortalecerse formidablemente Cataluña, para conseguir el reconocimiento de su plena autonomía. Las regiones que en el territorio español son trozos de la Cataluña total y nacional—Valencia y Baleares—han perdido la conciencia de su nacionalidad catalana; pertenecen espiritualmente a Castilla, y sienten más bien desafecto hacia Cataluña. En la hipótesis de una solución federal, Valencia y las Islas Baleares constituirían seguramente Estados particulares de la federación. El pancatalanismo sólo es hoy una vaga aspiración, flotante en las posibilidades de la historia futura. Posteriormente, el pancatalanismo ha logrado algunos avances.»

En cuanto a la Cataluña del viejo Principado, núcleo y baluarte de la raza y la lengua catalanas, es seguro que hará triunfar la idea nacional, si por ella lucha con valor y trabaja

con fe. La formación de un poderoso movimiento nacionalista, con las raíces clavadas —muy profundamente— en el sentimiento patriótico, es indispensable, incluso para conseguir aquellas reformas parciales y graduales que nos acerquen a la autonomía.

Durante los últimos cinco años, las condiciones de la política española han experimentado una transformación considerable, que facilitan, indudablemente, la solución del problema catalán por medio de la autonomía de Cataluña dentro del Estado español. La descomposición y decadencia de los dos viejos partidos del turno pacífico, el liberal y el conservador, el hondo malestar de todos los estamentos y clases del Estado, las condiciones del mundo nuevo creado por la guerra, han hecho más necesario para España el librarse del problema catalán, angustioso y frecuentemente amenazador. Y sólo por la amplia concesión de las reivindicaciones catalanas cabe resolver por la concordia este problema. La intervención de los nacionalistas de la Lliga Regionalista en el gobierno de España debía influir lógicamente en la solución jurídica y armónica del problema. En el pensamiento del señor Cambó, la participación catalana en la obra de gobierno del Estado español tenía dos finalidades: primera, la desaparición de los recelos contra Cataluña y contra las consecuencias que pudiera tener su autonomía en punto a la unidad española, haciendo que la labor de los catalanes en el gobierno fuese garantía de la labor que la Cataluña autónoma realizaría; y segunda, promover un renacimiento de las energías y los ideales de los pueblos españoles, poniéndoles en marcha hacia un imperio federal ibérico, hacia una España grande, de cuya grandeza sería Cataluña, a la vez, partícipe y factor principal.

El pensamiento es generoso y hay en él, además, una vasta visión de estadista a la moderna. Pero, hasta ahora, cada vez que el señor Cambó, optimista por temperamento, ha creído

que iba a llegar el momento de efusión hispánica del cual saldría la autonomía de Cataluña, las esperanzas se han desvanecido cruelmente. A Madrid marcharon llenos de fe, en diciembre de 1918, los consejeros de la Mancomunidad de Cataluña y los parlamentarios catalanes, para entregar al Gobierno el mensaje en que se pedía, en nombre de la casi totalidad de los municipios catalanes, el establecimiento de la autonomía. Y recientes son los acontecimientos políticos que malograron, con grave peligro de la unidad española, que los centralistas pretenden defender, la victoria que muchos catalanes tenían por segura. Una tempestad de pasiones y de odios destruyó, por algún tiempo al menos, la posibilidad de aquel momento de efusión que debía hacer factible la solución del problema de Cataluña.

¿Por qué? ¿Cuál ha sido la causa del fracaso? Sin duda, las intrigas de la baja política madrileña han representado un gran papel en esos acontecimientos. Pero, a nuestro entender, esas intrigas habrían resultado inocuas, o poco menos, si no hubieran podido apoyarse en una realidad. Y esta realidad es la honda oposición del espíritu castellano al ideal autonomista de Cataluña. No diremos que esta oposición no desaparezca algún día; pero su desaparición no será algo instantáneo y milagroso, no será el resultado feliz de un simple momento de cordialidad.

Y es que hay en el problema catalán, precisamente por ser un problema nacionalista, aspectos que tocan a lo más vivo del alma de los dos pueblos, el catalán y el castellano. Así, basta la mala fe o la astucia de unos cuantos políticos o de unos cuantos periódicos para levantar esos vendabales de odio que enturbian el problema y envenenan los sentimientos. Pero aun sin esas bajas maniobras hay cuestiones en que naturalmente se produce la oposición, cuando no el choque. Tal sucede con la de la oficialidad de la lengua y la de la enseñanza. En esto, la mentalidad de los castellanos es esencialmente unitaria. Su oposición a las reivindicaciones catalanas es tan biológica por

lo menos como esas reivindicaciones mismas. De ahí que, aun en el caso de conseguirse próximamente el establecimiento de la autonomía, serían de temer las «reacciones ofensivas», digámoslo con términos del tecnicismo militar, del espíritu unitarista.

Esas dificultades innegables que ofrece la realidad a la solución satisfactoria del problema catalán dentro del Estado español hacen mayor el mérito de los políticos catalanes por las concesiones parciales, más o menos importantes, que han obtenido en lo pasado y puedan obtener en lo futuro. Es harto injusto, pues, acusar a los políticos catalanes. Su táctica será acertada o errónea; pero hay factores, y de los más decisivos, que no dependen de los procedimientos políticos, ni de las campañas parlamentarias, ni de la habilidad de los leaders. Al fin y al cabo todos los problemas nacionalistas del mundo han chocado, en el terreno legal, con dificultades análogas. Para llegar a la solución de la gran mayoría de ellos, ha sido necesaria la acción quirúrgica de la gran guerra. El triunfo absoluto, total, de las reivindicaciones nacionalistas raras veces se logra si no es por la fuerza. Pero, para emplear la fuerza, hay que tenerla, ya sea propia, ya derivada de un apoyo exterior. Hoy las soluciones de fuerza, es decir, la consecución de la libertad nacional de un pueblo contra la voluntad del Estado detentador, han de consistir, no en las revueltas románticas, destinadas irremediablemente al fracaso, sino en la acción internacional. Y este camino no es tampoco llano, ni deja de ofrecer graves peligros. Además, es un camino que sólo queda abierto durante cortos períodos históricos.

Lo esencial para Cataluña está en la resistencia y en el desarrollo de su anhelo nacionalista. Las más felices intervenciones catalanistas en la política general española serían estériles en fin de cuentas, si el proceso interior del nacionalismo catalán siguiese un curso poco satisfactorio. Se impone, por lo tanto, una acción intensa que haga desaparecer la debilidad

relativa con que todavía se manifiesta el sentimiento nacional catalán. Para la eficacia de la política nacionalista catalana en España es indispensable la fuerte realidad social de Cataluña como nación. Una causa nacionalista puede prescindir y en ocasiones debe prescindir de la acción política exterior. Pero de la acción interior no debe ni puede prescindir nunca. La nación catalana, para triunfar de los obstáculos que se oponen a su autonomía, tiene en su propia realidad la mayor fuerza. Con la fuerza incontrastable de esta realidad podrán los políticos, ahora o más tarde, conseguir el reconocimiento, si no de todas, por lo menos de una parte importante de las reivindicaciones catalanas.

ADVERTENCIA FINAL

HEMOS terminado nuestra larga tarea. Al dar cima a la *Historia de los Movimientos nacionalistas*, creemos oportuno hacer una advertencia final.

Dando mayor amplitud al concepto de «movimiento nacionalista», habríanos tocado incluir en nuestra HISTORIA numerosos problemas étnicos, lingüísticos, coloniales e internacionales, que han quedado excluídos de ella. Pero nosotros nos hemos propuesto incluir tan sólo los problemas íntegramente nacionalistas, es decir, aquellos que se refieren a nacionalidades con plena personalidad material y espiritual, que luchan por una reforma constitucional o por un cambio estatal destinado a satisfacer sus anhelos patrióticos.

Por ésto no hemos incluído en nuestra obra los movimientos incompletos y rudimentarios, como los de Escocia, Gales, Bretaña, India y Egipto (1); ni problemas lingüísticos como los de Noruega, África del Sud y Canadá. Por otra parte, si hubiésemos dado demasiada latitud a nuestro tema, habríamos tenido que publicar toda una historia universal.

(1) Este último, como el de los países bálticos, se ha desarrollado considerablemente durante los últimos años, principalmente a causa de la gran guerra.

Escribimos las últimas líneas de esta obra sintiendo más fuertes que nunca nuestras convicciones nacionalistas, sintiendo más viva que nunca nuestra fe humana y catalana. Después de haber historiado los movimientos nacionalistas del extranjero, nos hemos puesto a hablar de Cataluña con un amor más grande y con una más clara esperanza.

EL AUTOR.

ÍNDICE

Páginas

ADVERTENCIA EDITORIAL. 5
PALABRAS PRELIMINARES. 7
FINLANDIA 9
I. La tierra finlandesa. El estado social.— II. La dominación sueca. La unión a Rusia. — III. El renacimiento nacional en el siglo XIX. — IV. Primera campaña de rusificación. El general Bobrikov.— V. La revolución incruenta de 1905. Finlandia recobra la autonomía. Reformas políticas y sociales.—VI. Nueva campaña de rusificación. La ley antiautonomista del 30 de junio de 1910. — VII. La aplicación de la nueva ley. En plena opresión. La actitud del pueblo finlandés. — VIII. La guerra de las naciones. Finlandia independiente.
POLONIA. 48
I. Antecedentes. — II. Los tres repartos de Polonia. El fin de la nación polaca.—III. El Congreso de Viena. De la autonomía a la opresión. Las revueltas. — IV. En la Polonia rusa. — V. En la Polonia prusiana. — VI. En la Polonia austriaca. — VII. La cuestión religiosa en Polonia.—VIII. La vitalidad de Polonia. — IX. Polonia y la guerra. La resurrección del Estado polaco.
LITUANIA 97
I. Los lituanos. Unión de Lituania a Polonia.— II. Lituanos y polacos. Polonización y rusificación. — III. El nacionalismo lituano. — IV. Lituania y la guerra.
UCRANIA. 112
I. Los rutenos, pequeños rusos o ucranios. — II. El nacionalismo ucranio. — III. Lucha entre rutenos y polacos en Galitzia. — IV. El sistema electoral de la Galitzia. Los hechos trágicos de Drohobycz. — V. Ucrania y la guerra. ¿Independencia o autonomía?
SLESVIG 127
I. Los ducados de Slesvig-Holstein. Guerras entre los alemanes y los daneses. Anexión de ambos ducados a Prusia, en 1865. — II. La emigración de los daneses del Slesvig. La germanización.—III. Despertar del espíritu nacional. La acción nacionalista.

Páginas

ALSACIA-LORENA 134
I. Formación histórica de Alsacia y Lorena.—II. La Alsacia y la Lorena, francesas.—III. La guerra franco-prusiana de 1870. La Alsacia y la Lorena, alemanas. La protesta contra la anexión.—IV. El régimen de Alsacia-Lorena después de la anexión.—V. Un fenómeno de biología social: cómo se iba formando la nacionalidad alsaciano-lorenesa. La cuestión de las lenguas.—VI. Los hechos económicos y su influencia. La inmigración alemana.—VII. Los partidos políticos de Alsacia-Lorena.—VIII. Los sentimientos de los alsaciano-loreneses. —IX. La constitución de Alsacia-Lorena (1911). — X. La nueva Dieta.—XI. La nobleza del pleito.— XII. La reincorporación de Alsacia y Lorena a Francia.

FLANDES 172
I. El reino de Bélgica. Flandes y Walonia. — II. El movimiento flamenco. Conquista de la igualdad de derechos para la lengua flamenca.—III. Agravación de la lucha entre flamencos y walones. La actitud de los católicos, socialistas y liberales. — IV. Las tendencias federalistas de los walones. La separación administrativa.

BOHEMIA 186
I. Los checos. — II. Vicisitudes históricas. La lucha entre checos y alemanes. Desnacionalización de Bohemia. — III. El renacimiento literario.—IV. El movimiento político. Revoluciones de 1848 y 1849. V. La Constitución dualista de 1867. Nuevos esfuerzos por la autonomía integral. Progresos del nacionalismo.—VI. El conflicto checo-alemán en Bohemia.—VII. Los partidos políticos checos.—VIII. El conflicto entre el proletariado checo y el alemán. — IX. La cuestión de las lenguas. — X. Los sentimientos de los checos. — XI. La República checo-eslovaca.

ESLOVAQUIA 228
I. Los eslovacos. — II. El nacionalismo eslovaco. — III. La opresión magyar.—IV. Un episodio trágico. Los fusilamientos de Cernova.— V. Eslovacos y checos.

ESLOVENIA 245
I. Antecedentes. — II. La situación de la nacionalidad eslovena.— III. Eslovenos e italianos. El Estado yugo-eslavo.

TRIESTE Y EL TRENTINO 253
I. Antecedentes. — II. Cómo nació el movimiento nacionalista. Los provechos económicos y el ideal nacional. — III. Los eslovenos y los croatas contra los italianos. El irredentismo. Ejecución de Oberdan. —IV. Las victorias del partido liberal-nacionalista. Nuevas persecuciones. — V. La defensa de la nacionalidad. La lengua, campo de lucha. La Lega Nazionale. — VI. La cuestión de la Facultad de Derecho italiana. — VII. El carácter del problema irredentista.

Páginas

CROACIA 275
I. Los croatas. Diversificación entre croatas y serbios. — II. El renacimiento croata. Croacia, Austria y Hungría. — III. La Convención o Nagoda de 1868. — IV. Período de persecución. El conde Khuen-Hedervary. — V. El conflicto de la lengua. Período de agitación. El proceso de Agram. — VI. Nuevos intentos de conciliación. Su fracaso. — VII. La dictadura. Violencias y atentados. — VIII. Los diversos aspectos del pleito croato-húngaro. — IX. Croacia y Serbia. —X. La Yugoslavia.

HUNGRÍA 300
I. El pueblo magyar. — II. La unión de Hungría a Austria. — III. El renacimiento patriótico. Insurrección de 1848. El pacto de 1867.— IV. Los partidos políticos magyares. — V. La crisis húngara. El sufragio universal. — VI. El unitarismo magyar. — VII. El problema de Austria-Hungría. — VIII. El hundimiento de la Hungría histórica.

TRANSILVANIA 339
I. Los rumanos.—II. Rumanos y magyares. Incorporación de Transilvania a Hungría.—III. El nacionalismo rumano en Transilvania.— IV. Los procedimientos magyares.—V. La Gran Rumanía.

ALBANIA 349
I. Los albaneses. — II. El nacionalismo albanés. El carácter de las revueltas. La insurrección de 1909-1910. — III. La insurrección de 1911. — IV. Las potencias y los albaneses. Albania, Estado independiente.

EPIRO 365
I. El pleito de la frontera albanesa del sud. — II. La revuelta epirota de 1914.

CRETA 370
I. Antecedentes. — II. Las insurrecciones del siglo XIX. — III. La insurrección de 1897. Intervención armada de las potencias. Guerra entre Turquía y Grecia. — VI. Nuevo régimen de autonomía. Insurrección de 1905. Insurrección de 1908. — V. Nueva interinidad. Insurrección de 1911. La guerra balcánica: unión de Creta a Grecia.— VI. La población de Creta. La misión de los cretenses dentro del reino griego.

MACEDONIA 386
I. Los búlgaros.—II. El renacimiento búlgaro. Las revueltas. Autonomía de Bulgaria. Macedonia sigue bajo el yugo turco. — III. La agitación nacionalista. Revueltas de 1902 y 1905. Las reformas.— IV. Las dos guerras balcánicas (1912-1913).—V. El reparto de Macedonia.—VI. Los errores de Bulgaria.—VII. La intervención de Bulgaria en la guerra europea.

Páginas

VIEJA SERBIA 405
I. Los serbios en la península de los Balcanes.—II. El renacimiento nacional. La renacionalización de la Vieja Serbia.—III. Las guerras balcánicas. Anexión de la Vieja Serbia.

ARMENIA. 411
I. Los armenios. — II. El sentimiento nacional de los armenios.— III. En la Armenia turca. — IV. En la Armenia rusa. — V. Las nuevas horribles matanzas. La libertad de Armenia.

IRLANDA 424
I. Los irlandeses. Antecedentes históricos. — II. Período de libertad. Revuelta de 1798. El acta de unión de 1800. — III. La emancipación de los católicos. Daniel O'Connell. La Joven Irlanda. Insurrección de 1848. — IV. Los fenianos. Parnell. La Land Leage. El Home Rule. — V. Las leyes agrarias. — VI. Los proyectos del ministerio Campbell-Bannermann y del ministerio Asquith. — VII. La cuestión del Ulster.—VIII. La cuestión religiosa en Irlanda.—IX. La renacionalización lingüística. La Liga Gaélica. Mejora de la situación económica. — X. El dualismo anglo-irlandés. — XI. La cuestión de Irlanda durante la guerra.

VASCONIA 469
I. Los vascos. — II. La evolución histórica. Unión de los vascos a España.—III. La destrucción de las libertades vascas en el siglo XIX. — IV. El nacionalismo vasco. — V. La lengua vasca. El porvenir.— VI. La situación política del nacionalismo vasco.

CATALUÑA 483
I. Los catalanes. — II. Formación histórica de la nacionalidad catalana. — III. La unión a España. Decadencia de Cataluña. — IV. Los orígenes del renacimiento de Cataluña.—V. El movimiento literario. —VI. El movimiento político. — VII. El malestar de Cataluña. El desastre colonial de España. El general Polavieja. — VIII. La Lliga Regionalista. Renacimiento del republicanismo. Lucha entre republicanos y catalanistas. — IX. El 25 de noviembre. La Solidaridad Catalana. — X. El proyecto de Administración local. Divergencias entre los solidarios. Ruptura de la Solidaridad.—XI. La Mancomunidad de Cataluña.—XII. La cultura catalana. La lengua. El porvenir.

ADVERTENCIA FINAL. 531

Editorial Minerva
(SOCIEDAD ANÓNIMA)

Aribau, 179 BARCELONA

Teléfono núm. 27 G. Telegramas: MINERVA

OBRAS PUBLICADAS

El Comercio del Mundo

POR EL PROFESOR NORTEAMERICANO
James Davenport Whelpley

Un volumen de 440 páginas . . . . . 4 pesetas.